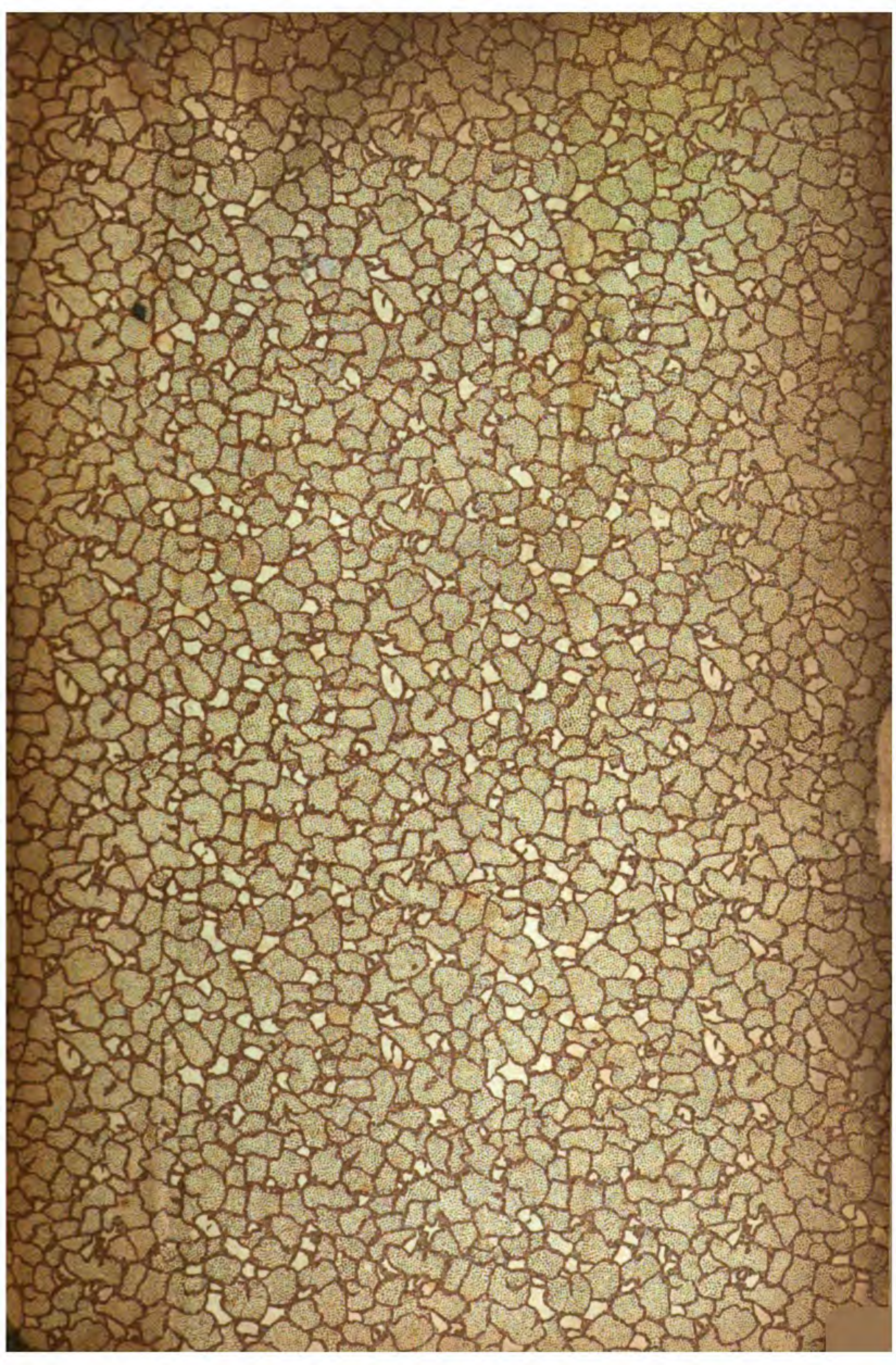


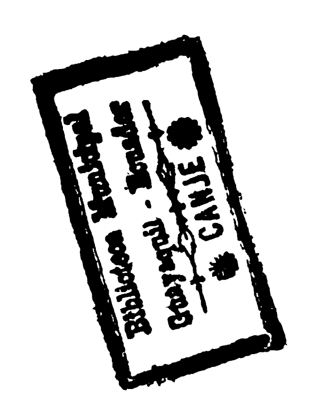


OBRAS

DE

FRAY VICENTE SOLANO

I



OBRAS

DE

FRAY VICENTE SOLANO

DE LA ORDEN DE MENORES

EN LA REPÚBLICA DEL ECUADOR

PRECEDIDAS DE LA BIOGRAFIA DEL AUTOR

POR

ANTONIO BORRERO C.

TOMO I

BARCELONA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE «LA HORMIGA DE ORO»
1892



BIOGRAFÍA

DEL

R. P. FRAY VICENTE SOLANO

I

Hace muchos años que veíamos andar, de cuando en cuando, por las calles de esta ciudad, á un religioso de pequeña estatura, vestido con el burdo sayal de san Francisco. Su fisonomía estaba marcada con el sello de la inteligencia y de la virtud: revelábase la primera en la mirada viva y penetrante, en la espaciosa frente, en la nariz larga y fina; y se dejaba entrever la segunda en los rasgos de santa austeridad que se notaban en su semblante pálido y descarnado. Todo el mundo fijaba en él sus miradas, con ademán atento y respetuoso, como en el objeto de la veneración popular. Su vida no fué la de los zánganos de la sociedad: fué la de un sabio y la de un santo. La

práctica de la virtud, el cultivo de las ciencias y el estudio de la naturaleza, constituyeron su preciosa existencia, é hicieron de él un grande orador, un pensador profundo y un hábil escritor. ¿Cuál de los hijos del Azuay no ha saboreado las dulzuras de su elocuente palabra, no ha admirado la novedad de sus profundos pensamientos, no se ha entusiasmado con las bellezas de sus luminosos escritos? ¿En cuál de los más apartados lugares de la República del Ecuador no ha resonado el simpático y popular nombre del sabio Fr. Vicente Solano?

En el largo espacio de trescientos años que hemos vivido á la sombra de la Cruz, hablando la hermosa lengua de Castilla y recibiendo las visitas de hombres como La Condamine y Jussieu, Humboldt y Bompland, Caldas y Boussingault, no hemos tenido, de entre nosotros, un escritor que nos diera á conocer la naturaleza de nuestro suelo, la variedad y riqueza de nuestras plantas y flores, la estructura de nuestras inmensas cordilleras, la calidad del agua que bebemos y del aire que respiramos, etc. Sólo el P. Solano se había dedicado á ese importante estudio, sin descuidar por eso las altas cuestiones teológicas, sociales y políticas, ni la enseñanza de la pura moral del Evangelio. Él nos ha dejado curiosas investigaciones sobre los reinos animal, vegetal y mineral; sobre la constitución geológica del terreno que pisamos; sobre el curso de nuestros ríos y la naturaleza de sus aguas; sobre las condiciones atmosféricas en que vivimos, etc.; en una palabra, él nos ha enseñado, con su ejemplo y con sus escritos, la verdadera civilización.

Cuenca, que le vió nacer, fué el teatro donde el P. Solano hizo brillar sus altas dotes intelectuales. Católico y patriota, defendió nuestra religión, sin tregua ni descanso, por más de treinta años, con el celo y ciencia de un Padre de la Iglesia, y vindicó el buen nombre del Ecuador con sus numerosos y sólidos escritos.

Como hijos de este país, y, por lo mismo, vivamente

interesados en cuanto tenga relación con la honra y gloria de la patria, vamos á dar á conocer al P. Solano en su verdadero punto de vista, y á presentarlo á los demás pueblos de la América española como un escritor digno de figurar, en primera línea, sobre los más acreditados. El P. Solano es menos conocido que unos cuantos escritores que no han tenido la ciencia, ni el talento que él tuvo; y de ninguno puede decirse, con más razón, lo que el Sr. Torres Caicedo ha dicho, hablando del afamado sabio y literato D. Andrés Bello.—«Es preciso que las Repúblicas Sud-americanas comprendan la imperiosa necesidad en que están de hacerse conocer más entre sí mismas: hasta hoy las unas ignoran casi absolutamente los adelantos que las otras hacen; y es muy común en ellas estar más al corriente de lo que pasa en Europa, que de lo que acaece en los países vecinos y hermanos. Por consiguiente, las obras de los más célebres escritores sud-americanos son conocidas de pocos, y á veces no pasa este conocimiento de los límites de la República en donde se publica la obra.»

Tal es el motivo que nos ha movido á escribir sobre la vida del P. Solano y sobre sus numerosos escritos; trabajo que emprendemos sin pretensiones de ningún género, y sin el talento y luces suficientes para hacer un juicio crítico de las numerosas producciones del eminente ecuatoriano.

II

Fr. Vicente Solano nació en esta provincia, por los años de 1791 á 92. Fué hijo legítimo de D. Tomás Solano y D.ª María Vargas Machuca, ambos de origen español. Después de aprender de su padre las primeras nociones de Gramática, entró, á la edad de nueve años, en el novicia-

do que entonces había en el convento de San Francisco de esta ciudad, donde estudió Gramática y Filosofía bajo la dirección de los PP. Calis y Segura. Tuvo por maestro de novicios al R. P. Fr. Mariano Váscones, y por condiscípulos, entre otros, á los célebres PP. Pazmiños, hijos de este lugar, uno de los cuales, Fr. Manuel, hizo en Lima una lucida oposición á la cátedra de Filosofía del Convento máximo de aqüella ciudad, del cual vino al de ésta, en donde murió á tiempo que dictaba un excelente curso de Lógica en el Colegio Seminario.

La aplicación del P. Solano era tal, que no dejaba el libro de la mano, ni á las horas de comer: nunca se le veía en el claustro, ni fuera de él, porque todo el día lo pasaba en la Biblioteca del convento. Profesó en esta ciudad, después de concluído su curso de Filosofía; pasó, en 1809, á la Recoleta de San Diego de Quito, donde estudió Teología bajo la dirección de los RR. PP. Herrera y Sanz; y, concluído ese estudio, se opuso á la cátedra de Filosofía, cuya enseñanza tuvo á su cargo, durante tres años, en el mismo convento de San Diego.

La vida que llevó en Quito fué semejante en todo á la que llevó en Cuenca. El estudio, la oración, el cumplimiento de sus deberes religiosos, eran su única ocupación, y no tenía más entretenimiento que pasear, de cuando en cuando, por los alrededores de Quito, dando muestras, desde entonces, de un espíritu sagaz y observador. Enemigo de la superficialidad, nada estudió por compendios, sinó por obras que arrojasen suficiente luz sobre las materias que se proponía conocer á fondo.

Concluído el curso de Filosofía, le ordenó de Presbítero en 1814 ó 15 el Ilmo. Sr. Dr. D. José Cuero y Caicedo, y poco después regresó á su ciudad natal, sin poder satisfacer el vehemente deseo que tenía de ir á emplearse, cual otro religioso de su mismo nombre é instituto, san Francisco Solano, en la conversión de los infieles. El P. Solano pidió con instancia, tanto á la autoridad eclesiástica



como á la civil, que le expidieran el título de misionero, porque el instituto que había abrazado y su misma vocación le llamaban á desempeñar el sublime ministerio del apostolado; pero los acontecimientos políticos de aquella época le impidieron llevar la luz del Evangelio á las remotas regiones del Oriente, donde hubiera prestado inmensos servicios á la religión, la patria y la ciencia.

No pudiendo ser misionero en Oriente, vino á serlo en Cuenca. Aquí pasó la mayor parte de su vida predicando con el celo y la unción de un Apóstol, y escribiendo con el nervio y la erudición de un distinguido apologista de la Religión. Sólo de tiempo en tiempo se retiraba á la hacienda *La Papaya*, situada en la provincia de Loja, provincia muy querida por el P. Solano, porque era el teatro de sus correrías científicas. Visitó también, á poco de haber llegado de Quito, la histórica Cajamarca, de donde era cura un hermano suyo, el Dr. Miguel Solano.

Pobre, obediente y casto; desinteresado, caritativo y abnegado, el P. Solano fué el verdadero discípulo del Serafín de Asís. Enemigo de los honores, de los empleos y de las dignidades, no aceptó, sinó por poco tiempo en 1826, el cargo de Guardián del convento de esta ciudad. Posteriormente fué nombrado varias veces Provincial de su Orden, y últimamente Obispo auxiliar del Ilmo. Sr. Plaza; pero nunca se resolvió á admitir esos destinos, porque, si él tenía ambición, no era de honores ni de mando, sinó de ser útil á la religión y á la patria, consagrándose al estudio de las ciencias sagradas y profanas.

En 1858 decía en el n.° 34 de *La Escoba*, correspondiente al 3 de Febrero, hablando de su obispado:—«Cuando la Asamblea de Guayaquil se dignó honrarme con el nombramiento de Obispo auxiliar del Ilmo. Sr. Plaza, renuncié, como era debido. Dicho señor Obispo me instó para que no diera este paso, ofreciéndome la mitad de su renta, á fin de que le ayudara en su ministerio pastoral. Muchos amigos míos fueron del mismo parecer, haciéndome ofertas muy

lisonjeras. Nada pudo resolverme á la admisión de un cargo que he mirado siempre con terror. Así es que renunciaría mil veces, si otras tantas se me propusiera.

»¿Por qué? me dirán algunos. Si yo les digo que me juzgo indigno de tan alto ministerio, tal vez me replicarán que eso es llevar la humildad hasta la *Coqueteria*, como decía Fontenelle, hablando de las demostraciones que hizo Fenelón cuando fué censurada su obra de las *Máximas de los Santos*. Por tanto, dejo esta causal, que para mí es muy poderosa, porque para conocerme no necesito ser humilde: bástame ser racional.

»No sería fácil dejar mi método de vida, para entregarme al laberinto de negocios de un obispado, y me sucedería lo que al sabio Huet que, habiendo sido hecho Obispo contra su gusto, se encerraba en su biblioteca y ponía un familiar en la puerta. A éste le preguntaban los que querían ver al Obispo:—¿Podemos ver á Su Ilustrísima?—»Está estudiando, respondía el portero.» Esta fórmula se usaba casi todos los días, hasta que uno, lleno de incomodidad, le contestó:—«Nosotros queremos un Obispo que ha»ya estudiado, y no que ahora venga á estar estudiando.»

»El amor á las ciencias es incompatible con los negocios, tanto temporales como espirituales, cuando son impuestos por obligación: yo podría citar muchos ejemplos tomados de la historia, á más de lo que le sucedía al sabio obispo Avranches. En los tiempos calamitosos, se aumenta mucho más la aversión á las dignidades y empleos, en los hombres dedicados á la cultura de las ciencias.»

La intriga, la doblez, la falsía, eran incompatibles con el carácter grave y austero del sabio franciscano, enemigo de la lisonja, de la adulación y de la mentira; vicios propios de esos seres miserables que no conocen el valor de la dignidad humana, ni la importancia de la santa libertad cristiana.

Accesible á toda clase de personas, el rico y el pobre, el sabio y el ignorante, el noble y el plebeyo, hallaban en él

cuanto buscaban: luz para su inteligencia, paz para su corazón, tranquilidad para su conciencia. La conversación del P. Solano era variada, amena é instructiva, como sus escritos. Sencillo y natural, nunca hacía alarde de su saber; el hombre instruído, lo mismo que el rústico campesino, podían acercársele con la seguridad de no verse humillados por el orgullo y vanidad que suelen tener los sabios, cuando su ciencia no está apoyada en el santo temor de Dios.

Causa admiración que un religioso franciscano, que había pasado casi toda su vida en un país donde, hasta 1818, no se enseñaba más que latín y algo de Teología moral, y donde, por lo mismo, era muy difícil instruirse, se hubiese proporcionado obras que le suministrasen profundos y variados conocimientos en los más importantes ramos del saber; conocimientos que ninguno, á lo menos que nosotros sepamos, ha tenido en el Ecuador.

«Mientras los defensores de la Religión,—decía en la contestación que dió á la *Censura* que el Sr. Araujo hizo del Opúsculo sobre predestinación,—no reunan la bella literatura y las ciencias naturales á la Teología, es tiempo perdido el que se emplee en escribir fárragos para persuadir á los incrédulos.» Y cabalmente esto fué lo que el P. Solano ejecutó al pie de la letra. Él conocía la lengua y literatura latinas, lo mismo que la lengua y literatura castellanas, como conocía también la francesa é italiana; escribía en el idioma de Cicerón con la misma precisión y propiedad que en el de Cervantes; había hecho un estudio detenido y concienzudo de la historia natural; el derecho público, en sus diversos ramos, no le era desconocido; y en cuanto á las ciencias eclesiásticas, sus conocimientos eran tan profundos, que bien podríamos llamarle el teólogo del Ecuador.

No es de extrañar que, con estudios tan varios, con talento claro y penetrante, temperamento fogoso, imaginación viva y ardiente, el P. Solano fuese un rival temible en las luchas literarias. Infatigable para la polémica, pronto en la réplica, fecundo en la argumentación, invencible

por su lógica severa, conciso y claro en su estilo, satírico y picante á veces, el autor en quien nos ocupamos, era considerado, generalmente, como un formidable atleta en el palenque literario. Midió sus fuerzas con los primeros escritores de su patria y con escritores extranjeros tan afamados como D. Antonio José Irisarri; y nunca fué vencido por ellos.

Todos los que conocieron el distinguido mérito del P. Solano le tributaron el honor que los pueblos cultos y los hombres ilustrados ofrecen siempre á la virtúd y al saber. Monseñor Cayetano, conde Baluffi, primer Delegado Apostólico en Nueva-Granada, y posteriormente Cardenal, sostuvo una larga correspondencia con el P. Solano, cuyo talento reconocía y admiraba (1). El Sr. Luna Pizarro, arzobispo de Lima, tan célebre en la historia política y ecle-

---

(1) Hé aquí, entre otras, dos cartas de aquel sabio Prelado:—«R. P. Fray Vicente Solano.—Imola, 20 de Enero de 1847.—Muy estimado Padre y de mi mayor aprecio: Su carta de 8 de Junio del año pasado de 1846, llegó á mis manos cerca de la Pascua de Navidad, es decir, cuando después de haber sido destinado por el Padre Santo para Obispo de Imola, como su inmediato sucesor en esta Silla, me llegaba de Roma el aviso de que me habia nombrado Cardenal de la Santa Iglesia. Si V. supiese las atenciones que tienen los Cardenales en la época de su promoción, estoy cierto que no extrañaría que no le haya contestado hasta ahora: mas, ahora que tengo proporción para cumplir con ese deber, no dejo de hacerlo, dándole las más expresivas gracias por la obra intitulada *Máximas*, *Sentencias*, etc., que V. se sirvió dedicarme. La leí con inmenso placer, quedando muy satisfecho de los bellos pensamientos de que está llena, y del magnífico estilo, propio de todas sus producciones, que en la literatura española tendrán siempre muy distinguido lugar. Me complazco también de que sus trabajos sean siempre dirigidos al sostén de los buenos principios y al servicio de Dios y de su Santa Iglesia. Mucho desearía otro ejemplar de las *Máximas*, etc., y por eso le suplico que lo remita al Ilmo. Sr. Garaicoa, obispo de Guayaquil, presentándole mis respetos, y rogándole, en mi nombre, que aproveche de algún buque que de aquel puerto salga para Génova, de donde por el correo pueda enviármelo acá, á Imola.—Las noticias que usted me ha comunicado con respecto á ese país, las he agradecido mucho, y mis opiniones sobre los puntos que toca están muy acordes con las de usted.—Le apreciaré mucho que V. se sirva saludar de mi parte al Ilustrísimo Carrión cuando le escriba. Yo aprecio mucho á ese hombre, por su firmeza de carácter y por las demás prendas que lo recomiendan.—Si una

siástica de la república del Perú, le invitó para que se trasladara á aquella ciudad, á fin de ocuparle en la defensa de la religión y en la predicación, ofreciéndole una cuantiosa renta; pero el humilde franciscano prefirió la obscuridad de su celda al brillo y esplendor de una Corte como Lima. Otro eclesiástico, aun más distinguido, el Sr. Doctor José Ignacio Moreno, sabio autor de las *Cartas Peruanas*, Arcediano de la misma Catedral, tuvo una alta idea del P. Solano, á quien reputaba una de las glorias del sacerdocio americano.

Pero no sólo los teólogos y canonistas reconocían el sa-

ú otra vez tuviese la bondad de darme noticias del Ecuador y demás Repúblicas de América, se lo estimaré.—Quedo de V. muy afecto amigo y S. S.—*Cayetano, Cardenal Baluffi. Arzobispo de Imola.*»

«Muy R. P. Fray Vicente Solano.—Imola, Enero 22 de 1848.—Querido amigo: Recibí su carta muy apreciable de 8 de Septiembre del año pasado con el cuaderno de *Máximas* y el otro sobre Jesuitas, como también la carta que le escribió el señor Presidente Roca: me complazco por los buenos sentimientos de éste, pues podemos esperar que cumpla con sus deberes con respecto á la Religión, y su influjo puede ciertamente producir un bien duradero en esa República, sin embargo de que hay mucho que temer por los esfuerzos que el infierno hace en todas partes. Muy bien se condujo usted escribiendo algo en defensa de los Jesuitas, ó más bien, parece que Dios nuestro Señor le inspiró eso para que los americanos tengan un preservativo contra los libros que en Francia é Italia los combaten.—La guerra que se les ha declarado, especialmente en Italia, es quizás más atroz que la que tuvieron que sostener en el siglo pasado. Un sacerdote de ingenio superior y perteneciente al Clero piamontés, aunque se halla ahora en París, Vicente Gioberti, escribió seis volúmenes, en donde, aunque repita lo que se ha dicho y confutado mil veces, por el atractivo de su estilo, y especialmente por un carácter de novedad que se halla en aquella obra, cuyo título es *El Jesuita moderno*, y, sobre todo, porque halaga las pasiones del día, es leída de todos, y es causa de una espantosa é injustísima persecución contra aquella Orden, que tanto mereció por sus constantes servicios á la Iglesia.—Agradezco en mi corazón los parabienes por mi ascenso á la púrpura, y los agradezco mucho más por venir de una persona como V. á quien aprecio y estimo infinito.—Le estimaré que V., de cuando en cuando, se sirva imponerme del curso que tomen los negocios religiosos y políticos de ésa y de las demás Repúblicas de América, pues la memoria de los países de mi antigua Legación apostólica está grabada en mi alma, y el interés que tengo por ellos es inmenso.—Mande V. como guste á su apreciador y verdadero amigo.—*Cayetano, Cardenal Baluffi.*»

ber de nuestro teólogo y canonista: también los literatos tributaban homenaje al claro mérito de nuestro literato. Los Sres. Juan María Gutiérrez y Rufino Cuervo, argentino el primero y colombiano el segundo, muy conocidos ambos en la república literaria, fueron por algún tiempo corresponsales del P. Solano, y en su correspondencia, que sentimos no poder reproducir, se encuentran rasgos que honran sobre manera al literato del Azuay. El Sr. Dr. José María Torres Caicedo, antiguo redactor de *El Correo de Ultramar*, escritor muy popular, tanto en Europa como en América, llamó al P. Solano «hombre eminente por su talento, ilustración y virtudes.» Igual elogio le han hecho en Chile, donde han reproducido algunos de sus escritos; y el poeta ecuatoriano, Sr. D. Juan León Mera, le dedicó una de sus más hermosas poesías.

III

De cuantos escritores ha producido el Ecuador en el presente siglo, ninguno puede colocarse, por su fecundidad y erudición, á la altura del P. Solano. Él ha dado á luz opúsculos, folletos, innumerables hojas sueltas, que reunidas pudieran formar algunos volúmenes. Larga tarea sería analizar todos esos escritos; y así, hablaremos sólo de los más importantes y de los que, en nuestro humilde juicio, merezcan ser leídos por los que en algo estimen las glorias literarias de su patria.

En 1828 fundó en esta ciudad, con la colaboración del ilustrado Sr. D. Francisco Eugenio Tamariz, el primer periódico que ha tenido Cuenca, bajo el título de *El Eco del Azuay*. El general colombiano Ignacio Torres, Intendente, por aquella época, del antiguo Departamento del Azuay,

había comprado, por indicación y empeño del P. Solano, la primera imprenta que vino al Ecuador; la cual, puesta á disposición del hombre más instruído que teníamos, empezó á difundir buenos principios, sanas ideas y doctrinas luminosas.

En el *Prospecto* del periódico decía el P. Solano con tanta verdad como elocuencia:—«El entendimiento y el corazón del hombre son el origen inagotable de errores que eclipsan su brillantez. De aquí esa asombrosa divergencia de opiniones que trastornan las sociedades, ó á lo menos las tienen en continua alarma. ¿Qué remedio para un mal tan ominoso? Acostumbrar á los pueblos á que escuchen la imperiosa voz de la razón. Así, poco á poco, se uniforman las ideas y sentimientos, se proscriben las preocupaciones, y sucede la salud de la sociedad. Con el fin de llenar un objeto tan importante, hemos sido destinados á sostener un periódico que procurará difundir, por medio de la prensa libre, de este soplo de la razón, la luz de que ha carecido por tantos siglos el horizonte del Departamento del Azuay.»

Si *El eco del Azuay*, cuyas columnas agradaron mucho al Libertador, quien tenía un alto concepto del P. Solano, no es una publicación tan importante como *El Semanario* del ilustre Caldas, es, á lo menos, un periódico que proporciona útil y amena lectura. Hemos encontrado en él una serie de instructivos y bien escritos artículos sobre Agricultura y Geología, ciencias sobre las cuales hasta hace poco nadie había escrito en el Ecuador; pero que, sin embargo, no le eran desconocidas al eminente franciscano.

En el mismo periódico nos han llamado la atención el «Proyecto que contiene las bases ó principios fundamentales del Imperio de la América meridional,» y los artículos que llevan por título: *General Bolívar*, *Federalismo*, *Republicanos*, etc. El P. Solano, como muchos hombres pensadores de aquella época, *antiguos y verdaderos patriotas*,

según el testimonio del historiador Restrepo, creía que el único medio de consolidar el orden y la paz en la antigua Colombia, era investir al general Bolívar, hombre de la situación, de la mayor suma posible de poder, aun á riesgo de sacrificar ese otro bien inestimable, que se llama libertad. Con tal motivo, propuso la creación del *Imperio republicano de los Andes*, bajo la dirección del general Bolívar, con el título de *Emperador*.

Este proyecto, que hoy pudiera parecer utópico y hasta absurdo, se creía tan aceptable entonces, que el mismo historiador de Colombia dice:—«Era tan alta la idea que varios gobiernos europeos habían concebido de los talentos, de las virtudes cívicas, de la elevación de carácter y de los eminentes servicios que Bolívar había prestado á su patria, que si éste hubiera tenido la insensata pretensión de hacerse monarca, naciones de primer orden le habrían reconocido y saludado, como hermano y compañero de los antiguos reyes; lo que sabemos por documentos oficiales auténticos.» Dicho proyecto, á pesar de sus ideas antirepublicanas, contiene principios liberales, dignos de figurar en un buen código político, tales como «la igualdad ante la ley; la libertad de imprenta, siempre que no ataque la religión y la moral pública; la inmigración de extranjeros; la abolición del infame tráfico de esclavos; el exterminio de las penas crueles y de infamia trascendental.»

Al desenvolver los principales artículos de las bases de su proyecto, el P. Solano se presenta como hombre versado en la lectura de los publicistas más distinguidos, y en la historia de los pueblos antiguos y modernos. «La América, decía, dividida en una multitud de Estados, se parece á la Italia, cuya suerte deplora Montesquieu, llamándola caricatura de soberanos. Este profundo político ha dicho que los italianos serían felices, si reunidos formasen un solo estado.»—«El abuso del poder, dice en otra parte, jamás se contiene por las leyes, sinó por la prensa libre, por la opinión, por las costumbres. Procúrese conservar estos ma-

nantiales, y se verá florecer el árbol de la libertad nacional.»

Al hablar de Bolívar, contra quien en aquella época era moda escribir, el P. Solano vaticinó lo que hemos visto realizado en nuestros días, en que, por todas partes, en Lima, Bogotá, Caracas, etc., se levantan suntuosos monumentos á la gloria del Libertador. «La luz, decía, que difunden los grandes hombres, durante el período de su vida, se reune en la fosa sepulcral, como en su foco. De aquí refleja hacia nosotros, y entonces distinguimos las prendas que nos habían deslumbrado por su demasiada brillantez. Los colombianos, dijo después, han hecho con Bolívar lo que los atenienses con Sócrates y los ingleses con Carlos I; esto es, perseguirlos durante la vida y erigirles estatuas después de muertos. Los hombres son una especie de animales nocturnos, que no ven el mérito sinó en la obscuridad del sepulcro.»

Por el mismo tiempo escribió el P. Solano otros dos periódicos, *La Alforja* y *El Telescopio*, destinados á combatir la expedición del general Lamar contra el Sur de Colombia. No hemos podido proporcionarnos un solo número de esas publicaciones, y por eso nada podemos decir de ellas; pero suponemos que serían dignas de la pluma del fundador del periódico en la capital del Azuay.

Posteriormente publicó *El Semanario eclesiástico*, *La Luz* y *La Escoba*, y colaboró en *El Cuencano*, *La República*, etc.

El Semanario, escrito en 1835, tuvo por objeto oponer las sanas doctrinas á los principios antisociales y antireligiosos, que empezaba á difundir *El Ecuatoriano del Guayas*. Este periódico había sentado, en los números 70 y 74, algunas proposiciones que revelaban tendencias contrarias á la enseñanza católica, y el designio de resucitar entre nosotros el materialismo y sensualismo de Hobbes, Bentham, Compte, etc. El P. Solano refutó victoriosamente doctrinas tan perniciosas, y probó, además, con la historia

y con los hechos, la necesidad de que el Gobierno proteja la Religión. «En la América española, decía, todas las Constituciones han tenido su artículo de religión. Mably y otros políticos han visto, en la de los Estados-Unidos, un defecto notable en su tolerancia ilimitada, así como Franklin y Jefferson la reconocieron también viciosa.»

Agitábase en aquel tiempo la cuestión presidencial. El P. Solano propuso su candidato para la presidencia á la Convención reunida en Ambato, y al proponerlo, dijo estas importantes verdades; verdades, por desgracia, muy olvidadas entre nosotros: «El hombre lleva en su corazón el Código civil y penal, grabado por la mano del Criador: las pasiones le borran. Un malvado tiene más sutileza para traspasar las leyes, que un rayo de luz el cristal. ¿De qué sirvió á los desgraciados sicilianos la sabiduría de la legislación romana, bajo la pretura de Verres?»—En el mismo periódico empezó á publicar, en forma de carta, un juicio crítico sobre el poema intitulado: «Victoria de Junín, Canto á Bolívar, por J. J. de Olmedo.» Allí se muestra tan conocedor de las bellezas poéticas y de las reglas del arte, como el mejor poeta español; porque «la libertad fué para el P. Solano una profesión seria (como dice D. Eugenio de Ochoa, hablando del poeta venezolano D. Rafael María Baralt), resultado de una larga preparación y de un cultivo asiduo y severo; no una ciencia infusa, ni un pasatiempo pueril.» Transcribiremos, en prueba de ello, algunos trozos de ese importante trabajo literario. Dicen así:

«Mi estimado amigo: No sé cuál será su fundamento para recurrir á mis escasas luces, con el objeto de esclarecer sus dudas sobre el poema que se intitula: *Victoria de Junín, Canto á Bolívar*. Si no conociese el carácter de V., diría que su pregunta era por burlarse de mí. Porque, si se tratase de la Ilíada, de la Eneida, de la Jerusalén del Tasso, etc., ya podría decir algo con acierto; no tuviera otra cosa que hacer, sinó copiar algunos párrafos de tantos libros buenos que hay en pró y en contra de aquellos poe-

mas. Pero querer hablar con tino de una pieza original, es pedir algo más de lo que pueden mis fuerzas, que jamás se han ejercitado en servir á las musas.

»Yo entro solo en este sendero: quiero decir, que no he leído otra crítica que la de D. J. J. de Mora, inserta en el *Correo literario y político de Londres*, número 2.°, que más bien debe llamarse un panegírico exagerado, que no juicio imparcial. Cuando éste se hace con método, ciencia y buen gusto, enseña mucho más que todos esos centones de obras didascálicas, que por lo común carecen de buenos ejemplos, sea por falta de discernimiento en el compilador, ó por estar destituídos de bellos modelos en el idioma en que se escribe. Tal es, sin duda, el defecto de las *Lecciones de Blair*, así en el original inglés, como en la producción castellana por Munarriz, según el sentir de buenos críticos.

»Lo primero que ocurre al leer la *Victoria de Junín*, es el entusiasmo con que el poeta rompe el silencio, y se arrebata inmediatamente á la inflamada esfera, según su expresión. En efecto, el estro lírico, á vista del grandioso objeto que iba á cantar, no permitía esta plácida introducción que observamos en la Eneida:—*Ille ego, qui quondam gracile modulatus avena, etc.*

»La conclusión del poema es digna de atención. A la vehemencia de los primeros acentos, sucede la calma; y á esta calma, el reconocimiento de la musa que le ha inspirado. Aquí todo es natural en el pensamiento y en los versos:

Mas ¿cuál audacia te elevó á los cielos,
humilde musa mía? ¡Oh! no reveles
á los seres mortales
en débil canto arcanos celestiales.
Y ciñan otros la apolínea rama....
. . . .
Yo volveré á mi flauta conocida,
libre vagando por el bosque umbrío,
. . . .
que matiza la margen de mi río.

»Se nota en la mayor parte del canto, bastante elocuencia filosófica y moral. Tal es, entre otras, la estrofa que comienza:

Las soberbias pirámides que al cielo
el arte humano osado levantaba

. . . .

ludibrio son del tiempo, que con su ala
débil las toca, y las derriba al suelo,

. . . .

Entre la sombra del eterno olvido,
¡oh de ambición y de miseria ejemplo!
el sacerdote yace, el Dios y el templo.

»La aparición del Inca es una máquina poética tan hermosa, que no se encontrará cosa semejante, según mi pequeño modo de concebir, ni en Homero, ni en Virgilio, ni en el Tasso, etc. Es una imitación de la profecía de Anquises, en el libro 6.° de la Eneida; pero esta imitación es superior al original. El cantor de Eneas hace hablar al príncipe troyano de las futuras glorias y calamidades de los romanos, para tomar de aquí ocasión de elogiar á Augusto y á su joven sobrino Marcelo. Esta es una pura idea del poeta. El cantor de Bolívar pone en boca de Huaina-Cápac, un discurso que, á excepción de algunos períodos, es el mismo que pronunciaron Huáscar, Atahualpa y Manco-Inca. (Véase la *Historia de Garcilaso*). En una palabra, esta ficción es la más verosímil entre todas las apariciones de divinidades, fantasmas, furias, espectros, etc., de los poetas más famosos. Por manera que el Sr. Olmedo ha observado literalmente el precepto de Horacio en su poética: *Ficta voluptatis causa, sint proxima veris;* y de aquí resulta aquel apasionarse el lector americano de una multitud de ideas, que le hace nacer esta visión respecto á su patria, mucho mejor que los cuentos de Homero y el pasaje tan poético de Virgilio: *Tu Marcellus eris.....* que hizo derramar lágrimas á Octavia y á su hermano Augusto.

»La versificación es, por lo común, fluida y proporcio-

nada al asunto. Esto hace conocer que el poeta entiende el uso y el mecanismo de nuestro verso, etc.»

Veamos ahora el juicio que un eminente literato, el sabio Bello, ha formado sobre el mismo *Canto á Bolívar;* juicio idéntico, en el fondo, al formado por el literato ecuatoriano.—«La parte más espléndida y animada del *Canto á Bolívar*, dice el Sr. Bello en el tomo I del *Repertorio Americano*, es, incontestablemente, la aparición del Inca. Algunos han acusado este incidente de inoportuno, porque, preocupados por el título, no han concebido el verdadero plan de la obra. Lo que se introduce como incidente, es en realidad una de las partes más esenciales de la composición, y quizá la más esencial. Es característico de la poesía lírica no caminar directamente á su objeto, etc.»

Al concluir su juicio crítico sobre el *Canto á Bolívar*, dice así el mismo Sr. Bello:—«Entusiasmo sostenido; variedad y hermosura de cuadros; dicción castigada, más que en ninguna de cuantas poesías americanas conocemos; armonía perpetua; diestras imitaciones, en que se descubre una memoria enriquecida con la lectura de los autores literarios y particularmente de Horacio; sentencias esparcidas con economía y dignas de un ciudadano que ha servido con honor á la libertad, antes que cantarla: tales son las dotes que, en nuestro concepto, elevan el *Canto á Bolívar* al primer lugar entre todas las obras inspiradas por la gloria del Libertador.»

Otro escritor muy competente, el distinguido literato señor Torres Caicedo, ha creído también, al escribir la Biografía del Sr. Olmedo, que la aparición del Inca, tan elogiada por el P. Solano y calificada de *fantasmagoría ridícula* por un escritor chileno, es lo mejor y lo más hermoso que se encuentra en la obra del poeta ecuatoriano, «cuyo nombre pasará á la posteridad, envuelto en los perfumes de la harmonía, y su memoria será inmortal, como la de los altos hechos que cantó.»

El P. Solano, admirador constante y entusiasta del

Sr. Olmedo, escribió también, en honor del ilustre cantor de Bolívar, un hermoso y sentimental rasgo necrológico; rasgo que reproducimos á continuación, porque honra igualmente al autor, como á la persona á quien se dedicaba. Dice así:

«Homenaje al mérito.

»El día 20 del corriente Marzo se celebraron las exequias en esta santa Iglesia Catedral, por el Sr. Dr. D. José Joaquín Olmedo, con el aparato fúnebre que exigía una muerte tan sensible. Jamás se verá emoción más general que en esta ocasión, porque nunca se presentará, ó al menos correrán muchas décadas, para que se renueve una escena tan triste. En efecto, los grandes hombres son una producción lenta de la naturaleza, y pasan muchos siglos para que la humanidad halle un individuo que la honre. En esta ocasión podemos repetir, con mucha propiedad, aquella tierna expresión con que Horacio lamentaba la pérdida de un hombre célebre, amigo suyo: *quando inveniemus parem?*

»¿Cuándo seremos capaces de ver ocupado el vacío que ha dejado Olmedo con su muerte? Poeta sublime, orador elocuente, filósofo profundo, ciudadano ilustre, él habría atraído la admiración en la antigüedad, si hubiese vivido en los días florecientes de las Repúblicas de Roma y Grecia. Ha sido un honor para Sud-América tener, en los días de su independencia, hombres prominentes que han fijado la atención del antiguo hemisferio: uno de estos ha sido Olmedo. Particularmente el Ecuador ha sentido el influjo de su acendrado patriotismo y de sus luces: él fué el alma de nuestra gloriosa transformación, en junta de sus ilustres compañeros Roca y Noboa. A pesar de su salud valetudinaria, se reanimaba en su corazón el fuego patriótico, para dar impulso al genio de la libertad y mandarle que presida los destinos futuros de una nación, llamada á representar un papel brillante en los fastos de la historia.

Por él podrá decir el Ecuador: «Tu corazón fué el templo »de las virtudes que me has legado: tu gloria es la mía: tu »vida me dió la existencia, y tu muerte será una lección »para mis hijos, á quienes has enseñado que es preciso sa- »crificar el reposo, la salud y la misma vida, cuando se »trata de los intereses de la patria.»

»Si alguna vez se extravió su genio sublime; si la Musa de Junín no presidió siempre á sus cantos; si cantó al vencedor de Miñarica, faltando, tal vez, á la verdad y á las leyes de la Oda, esta ligera mancha no recaerá jamás sobre el genio de Olmedo, sinó sobre la pequeñez del objeto: jamás se disminuirá el mérito de Dryden por haber cantado á Cromwel y á Carlos II. ¡Feliz siempre el poeta heroico que tiene objetos grandiosos para sus cantos! Nosotros, débiles ecos del llanto público, nos hemos atrevido á bosquejar este pequeño elogio. Para hablar dignamente de Olmedo, sería preciso evocar su alma; porque él solo pudiera decirnos lo que era. Y para publicar su fama, será menester un genio superior, como los que escucharon los armoniosos acentos del Cisne del Guayas en las márgenes del Támesis y del Sena. Los grandes hombres, al fin de su vida, entran en la carrera de la inmortalidad; y esta inmortalidad no la pueden dar los ingenios vulgares.»

En 1857, diez años después de la muerte del Sr. Olmedo, el P. Solano volvió á hablar del cantor de Bolívar en una serie de artículos que publicó en *La Escoba*, bajo el título de «Revista de algunos hombres célebres de nuestro siglo.» Allí reprodujo lo que ya había dicho en *El Semanario Eclesiástico* sobre la *Victoria de Junín*, y contrayéndose á otras producciones del Sr. Olmedo, se expresaba así:

«Olmedo no sólo cantó á Bolívar, sino también á Flores, por el triunfo de Miñarica; pero si es sublime en el primer canto, es inferior en el segundo. No podía ser de otra suer-

te, porque los objetos grandiosos son los que animan y dan todo el valor á los poemas: Miñarica dista mucho de Junín, en toda la extensión de la palabra, etc.

»La última estrofa que comienza así:

«Rey de los Andes, la árdua frente inclina,
que pasa el vencedor....»

me parece muy atrevida. Un poeta, hablando del pasaje de Aníbal por los Alpes, dice que éstos se inclinaron. Aníbal y su ejército de 80 ó 90 mil hombres, atravesando los Alpes para destruir á Roma, es, en efecto, una cosa grandiosa. Flores pasando por el pie del Chimborazo, con 600 ó 700 libertos ó esclavos, para destruir la libertad ecuatoriana, sostenida por corazones patrióticos, y no por Cónsules y soldados romanos, es una cosa muy pequeña. Cuando Bonaparte, después de la paz de Campo Formio, se presentó al Directorio, Barrás le dirigió un discurso que comenzaba con estas palabras: «Cuando los Apeninos, las rocas del »Tirol y la Carintia se abatían bajo nuestros pasos...» Esto era sublime: ¡qué ejército! ¡qué jefe! ¡qué obstáculos! ¡qué objetos tan grandiosos conquistados para la República francesa!

»Entre todas las piezas delicadas de Olmedo, la que más me gusta es su RETRATO, dirigido á su hermana:

«¡Qué dignos son de risa
esos hombres soberbios,
que piensan perpetuarse
pintándose en los lienzos!
De blasones ilustres
sus cuadros están llenos,
de insignias y de libros
y pomposos letreros.
De este modo ellos piensan
que sus retratos viejos
serán un gran tesoro
á sus hijos y nietos;

y que todos los hombres
del siglo venidero
su arrugada figura
mirarán con respeto...»

»Mucha filosofía, sencillez y moralidad atractiva reinan en todo este nuevo poema.

»Las demás composiciones del bardo del Guayas tienen un mérito nada vulgar, tanto por los asuntos como por su versificación hermosa: son raros los versos duros ó flojos. En suma, Olmedo es uno de los poetas que honran la América y el Parnaso.»

IV

El P. Solano, que tan patriota, tan entendido en la bella literatura y tan justo apreciador de los méritos del Cantor de Junín se ha mostrado al hablar de él, no se muestra menos conocedor del arte de gobernar, ni menos amigo y defensor de las libertades públicas, al tratar de la de imprenta, el más precioso de todos los derechos políticos. En el n.° 3.° de *La Razón*, periódico que se publicaba en esta ciudad en 1841, y en el cual escribían los Sres. Malo, Brabo, Cueva, etc., el P. Solano decía lo siguiente, en un artículo sobre libertad de imprenta:

«¿Es ó no conveniente la libertad de imprenta? Esta cuestión tiene sus partidarios en pro y en contra. Nosotros no pretendemos aquí tomar partido por unos ni por otros. Vamos al hecho. Nuestra Constitución establece la libertad de imprenta, como la primera garantía de la libertad civil y política; las leyes precaven el abuso que puede hacerse de ella. Sin embargo, se ha visto que ciertos hombres, para quienes el despotismo es la mejor regla de costumbres, han procurado sofocarla y restringirla. El medallón

de la libertad no les presenta en el exergo, sinó: *para mí*, por el anverso: *no para otros*, por el reverso. Así es que ellos solos son hombres libres: los demás son esclavos, ó como decía Napoleón Bonaparte: CARNE DE CAÑÓN.

«Desengañémonos: mientras que los ciudadanos sean vulnerados en sus derechos y privados de la libertad de la prensa, que es el órgano de la respiración del cuerpo político, descenderán juntos al sepulcro opresores y oprimidos. Los sucesos hablan con más elocuencia que los raciocinios. Dos grandes hombres de nuestro siglo han bajado, del alto rango que ocupaban, á una humilde condición: Bolívar y Carlos X. El primero fué adorado de los pueblos, mientras que les hizo creer que sólo aspiraba á la elevación de ellos. Mas luego que éstos vieron frustradas sus esperanzas con la opresión de la prensa, pronunciaron irrevocablemente estas terribles palabras: *no más Bolívar!*; y Bolívar desapareció. La época de su desgracia fué promovida por sus mismos amigos. Redactábase en Bogotá un periódico liberal, con el título de *Zurriagazo;* algunos oficiales imprudentes, partidarios del Libertador, desbarataron la imprenta de dicho periódico y persiguieron con encarnizamiento á los editores y al impresor. ¡Qué escándalo! Pero fué mayor cuando se vió que los autores de tamaño atentado quedaron impunes por la protección del Libertador. Formóse un partido terrible contra él, hasta atentar contra su vida en el aciago 25 de Septiembre de 1828. Bolívar se salvó; pero no fué sinó para experimentar mayores ultrajes de parte de sus compatriotas. Murió, en fin, en Santa Marta, sin que casi nadie hubiese llorado su fallecimiento. Sus aduladores, verdaderos enemigos de su fortuna, le perdieron; cuando la opinión pública se pronunció contra él, ninguno de aquellos viles se atrevió á darle la mano.

»Es bien sabida la historia de Carlos X. Su ruina dimanó de haber querido anular la libertad de la prensa. Un ejército respetable y un gran partido no pudieron salvarle con-

tra la opinión pública. Y ¿cuál será el temerario que piense dominarla sofocando ó restringiendo con ocultos manejos la libertad de la prensa, después de haber jurado sostenerla él mismo? La opinión pública prevalecerá siempre, porque ella es la reina del mundo, como dice Pascal. Otro dijo con más energía:—«La opinión pública es como el aire, que aunque débil, produce las explosiones más terribles. El único medio es dejarle libre el curso.»

Posteriormente, hablando sobre la misma libertad de imprenta, el P. Solano decía:—«Siempre que el Gobierno restringe la libertad de imprenta, mirando sólo á la estabilidad de él, se expone á arruinarse por el mismo medio con que piensa sostenerse. Es imposible que un Gobierno se contenga sin que la voz de la opinión pública llegue á él.»

V

En 1843 se reunió en Quito una Convención convocada por el general Flores, con el objeto de reformar la Constitución dada por la Convención de Ambato. Los Diputados que concurrieron á ese cuerpo constituyente, lejos de dar consistencia y solidez á nuestras instituciones, no hicieron más que falsearlas por su base, estableciendo, en forma de artículos constitucionales, varias disposiciones, no sólo abiertamente contrarias á nuestro sistema de gobierno, sinó á las creencias del país. Tales fueron, entre otras, las contenidas en el artículo sobre religión y en el que se excluía al clero de la representación nacional. El P. Solano, con el objeto de combatir esos inconsultos artículos, escribió entonces *La Luz*, periódico en el cual, al mismo tiempo que defendió los intereses de la Religión y de la Iglesia, invocando en su apoyo la autoridad de escritores tan dis-

tinguidos como Frayssinous, Madrolle, La Mennais, publicó también interesantes artículos sobre política é historia natural.

En el artículo intitulado *Estado futuro de la América del Sur*, el P. Solano, después de haber manifestado lo que debe hacer la América para ser feliz, prosigue de esta manera:—«Pero estos son sueños ó delirios de un hombre de bien, como decía el Cardenal de Fleuri, hablando del proyecto de paz perpetua del Abate de Saint-Pierre. Y ¿por qué son delirios? Porque nuestros desgraciados países tienen más sofistas que sabios y hombres de Estado. Los sofistas dieron la muerte á Sócrates y dispusieron al pueblo de Atenas para que recibiera el yugo de los Reyes de Macedonia. Los sofistas destruyeron la libertad romana. Los sofistas derribaron el trono de Luis XVI para postrarse delante de Robespierre, derramar ríos de sangre y adorar á la *Diosa Razón*. Los sofistas quitaron la vida á Bolívar, llenándole de pesadumbres, con los odiosos epítetos de tirano, déspota y otros peores. Los sofistas no aborrecen la tiranía, sinó al tirano; es decir, al tirano que no es de su partido; pero en siéndolo, ellos le elogian y le rodean, sin extraviarse un punto, como un satélite gira al rededor de su planeta primario. La religión y la virtud no son realidades para los sofistas, sinó quimeras, cosas de mera convención y un negocio de política. El elemento en que viven los sofistas, es la anarquía: todo orden regular es para ellos aborrecible, como la muerte. Los sofistas son enemigos de los sabios, y por esto tratan de arreglar, ó más bien de desarreglar los establecimientos literarios, como los colegios, las universidades, etc.

«Se llaman sofistas los charlatanes que quieren vendernos bellas teorías por verdades evidentes y necesarias; los que con una elocuencia florida, ajena de la simplicidad republicana, sostienen paradojas inauditas; los que no se sabe si son protestantes, deistas ó ateistas, y no obstante, no cesan de hablar de religión y tolerancia. Los que cla-

man por las reformas del orden social y religioso, y son los más estafadores, los más intrigantes y los más corrompidos; los periodistas mercenarios que, con su literatura parásita, zurcen sus periódicos, tomando retazos de otros periódicos; los que, aun teniendo ingenio como el de Rousseau, no piensan profundizar la materia de que tratan, sinó singularizarse y captar el aura popular. Estos son los sofistas. Ábrase la historia y se verá que, en todos los siglos y en todos los lugares en que ha habido sofistas, los pueblos han sido víctimas de las teorías de éstos. Si la América del Norte, en el momento de su emancipación, hubiese tenido esta clase de botarates, y no á los Franklins, á los Washingtons, á los Jeffersons, á los Adams, etc., etc., ¿se creerá que habría llegado á ser lo que es?»

Los artículos sobre historia natural, no sólo revelan un hombre familiarizado con la lectura de Buffón y de *Cusier*, sinó también un filósofo cristiano. En ellos hay rasgos tan brillantes como el siguiente, que encontramos en el artículo *La vista de algunos animales*. «El caballo, dice, lleva dos excelentes microscopios en sus ojos, y por consiguiente los objetos que se pintan en su retina deben ser inmensos. Al caballo se le presenta como un coloso la estatura del muchacho que le conduce: un riachuelo es para aquél un brazo de mar: una pequeña cuesta, una altura interminable; en fin, todos los objetos le son grandiosos y terribles. Obsérvese un caballo de pesebrera, caminando por lugares que él no ha frecuentado: todo le causa admiración; su movimiento es fogoso, sus miradas espantadizas, y sus orejas, horizontalmente rectas, indican asombro. La Providencia quiso dotar á este animal con una propiedad tan excelente, porque debía ser el compañero del hombre en sus peregrinaciones. Así es que el caballo no teme ningún peligro, porque está acostumbrado á ver siempre precipicios inmensos, mares, obstáculos insuperables. El se arroja denodadamente, tanto sobre un grupo erizado de lanzas y bayonetas, como en un río caudaloso. Si los caballos de carga no hacen lo mis-

mo, es porque, abatidos con el trabajo, pierden lo que vulgarmente llaman espíritu, que no es otra cosa que la vivacidad sorprendente de sus ojos, por la cual aceleran y varían los movimientos.

«Y ¿qué dirémos de la vista del hombre? Es verdad que sus ojos no son telescópicos, como los del águila, ni microscópicos como los del caballo; pero, en recompensa, ha recibido otras prendas. Él ha sido criado para la ciencia; y si todo lo viese, se acabaría su espíritu investigador, le causaría hastío el espectáculo del universo, y sería el sér más desgraciado. El queso que come, el agua que bebe, no serían más que un conjunto de insectos abominables, si él tuviese vista microscópica. Su cuerpo mismo le causaría horror, al verlo cubierto de poros y de escamas. Ha sido, pues, preciso, según la presciente Providencia, formar los sentidos del hombre tales como son, porque así corresponden exactamente á las ideas del Criador. El hombre debe dirigir sus miradas hacia el Cielo, morada de toda hermosura, de todo placer; y no puede gustar de estos encantos, sinó á medias, sobre la tierra. La ignorancia de muchas cosas, estimula su ardor por la ciencia, y como ésta no es consumada aquí, infiere que algún día este mundo material, que encierra tantos objetos dignos de nuestra atención, llegará á ser perfectamente conocido. Al contrario, no habiendo sido destinados los brutos á la eterna felicidad, son recompensados con algunas ventajas materiales sobre el hombre. Con razón, á vista de estos prodigios, exclamaba el Salmista, lleno de asombro: *¡Quam magnificata sunt opera tua, Domine.... omnia in sapientia fecisti!*»

VI

En 1850 se hallaba dividida la República en los encarnizados bandos de *Noboistas* y *Elizaldistas*. La guerra civil parecía inevitable, y la anarquía amenazaba disolver los

vínculos sociales. Tal estado de cosas era incompatible con el espíritu de recogimiento del P. Solano, quien, enemigo del tumulto y del desorden, buscó siempre el retiro y la soledad, para darse al estudio y á la meditación, que eran su ocupación favorita.

«En un rincón (decía en la contestación que dió á una carta dirigida por el Ilmo. Sr. Jimenez, obispo de Papayán, refutando las publicaciones que el P. Solano había hecho con motivo de la supresión de los conventos de Pasto), en un *rincón* se piensa con más acierto que en medio del bullicio del siglo. Diógenes pensaba mejor sepultado en el *rincón* de su tinaja, que Alejandro recorriendo el mundo y derramando torrentes de sangre. Por pensar mejor que todos los charlatanes de Atenas, Platón se retiró al *rincón* de la Academia, Zenón al *rincón* del Pórtico, y Aristóteles al *rincón* del Liceo. Newton trazó el sistema de la atracción en un *rincón* de su jardín. A Massillon le preguntaron, antes de ser obispo, que en dónde había aprendido á conocer tanto á los hombres, sin embargo de no haber salido de su *rincón*.—*En mi corazón,* respondió. En efecto: el hombre es todo hombre; y el que se conoce á sí mismo, conoce á los demás. Conocidas las pasiones, se conocen todos los efectos de ellas. Por falta de este estudio, el mundo está lleno de atolondrados y charlatanes, sin política, sin previsión, sin la ciencia verdadera. ¡Oh feliz retiro que tanto bien nos traes!»

El P. Solano se retiró, pues, al rincón de la hacienda de *La Papaya*, en esa época de revolución y de trastornos; y desde allí, decía á un amigo suyo, en una carta fechada el 26 de Agosto de 1850, hablando de ciertas gentes que, desconociendo su misión, pretendían posponer á Jesús por Barrabás: «Fije V. la vista en Talleyrand, hombre de grandes talentos políticos; pero ni con ellos pudo jamás dominar ninguna Asamblea francesa, durante la rovolución, como Mirabeau, ó siquiera como Robespierre. El mismo Maury, el rival de Mirabeau, con toda su elocuencia, sus talentos,

su política, hizo un papel secundario; huyó del teatro de la revolución, y murió desgraciadamente. Un sacerdote es célebre, es ilustre, es grande, cuando maneja la política según el Evangelio; es decir, predicando la paz á los pueblos, procurando extinguir los odios, enseñando la santa doctrina, escribiendo la verdad.....; de otra suerte, es un ridículo; y jamás podrá hacer papel ni aún entre los criminales brillantes.»

Por el mismo tiempo envió á la redacción de *El Cuencano* un importante artículo, que nada ha perdido de su interés, á pesar del tiempo que ha transcurrido, y que lo reproducimos íntegramente, porque da á conocer que el P. Solano no era de estos escritores que hablan de política, sin tener ideas ni nociones de ella, sinó hombre que meditaba sobre la situación de la República, y quería encontrar remedio para sus males.

Dicho artículo dice así:

«El único mal del Ecuador y su remedio.

»Pocos habrá que conozcan el mal que padece nuestra República; y los que lo conocen, no se atreven á publicarlo, ya sea por un espíritu de partido, ó ya porque les conviene á su interés. Hay hombres que especulan con las desgracias del género humano: esto es lo común. Para publicar la verdad son necesarias tres cosas: desinterés, imparcialidad y amor á sus semejantes. Faltando éstas, los oradores y los escritores no son más que sofistas ó, cuando más, publicadores de lugares comunes, verdades triviales y frases brillantes. Al menos, yo no he visto hasta ahora en el Ecuador uno que con imparcialidad nos diga la causa radical de nuestros padecimientos. La República se agita, padece y casi llega á extinguirse. Y ¿por qué? Unos lo atribuyen á la ambición; otros á la falta de luces; éstos al mal

gobierno; aquellos, á la colección de todos los males políticos que gravitan sobre nosotros.

»Unos pocos, de vez en cuando, penetran la causa verdadera; á saber, la falta de libertad. Pero estos mismos, que quieren la libertad cuando obedecen, la comprimen cuando llegan á mandar. Unas veces tribunos, y otras tiranos, ellos son Proteos políticos para su conveniencia, y no para la felicidad del pueblo. Yo atribuyo todas las desgracias del Ecuador á la única causa de la falta de libertad en las elecciones.

»En efecto, el único acto en que ejerce el pueblo su soberanía es en las elecciones de diputados. En los demás es pasivo; recibe la ley del cuerpo que ha elegido, y la ejecución de ella por el poder á que está inherente esta función. En una palabra, según el sistema constitucional, es soberano en la causa y vasallo en los efectos. El día de las elecciones es el día grande, el día del pueblo, el día único en que puede decir: «Yo soy el rey, el legislador, el árbitro de mi suerte. Yo voy á elegir à mi arbitrio hombres que me hagan feliz: ninguno puede coartarme esta autoridad: si mis elegidos faltaren á mis votos, yo los sufriré por el momento, pero en adelante no obtendrán mis sufragios...

»Ahora bien: si tal es la naturaleza del gobierno popular y representativo, ¿no se causará la muerte de este gobierno cuando se violente la libertad de las elecciones? Hasta ahora, desde que el Ecuador se constituyó independiente, no he visto una sola elección popular y libre. El Gobierno lo ha hecho todo... Los llamados *ministeriales* seducen, violentan, hacen extorsiones, cometen injusticias á fin de ganar los votos para perpetuar el gobierno en un círculo de hombres tal vez ineptos é inmorales. Entre tanto, el pueblo no sólo es espectador de estas violencias, sinó que es vejado y oprimido en el más augusto de sus derechos. No reconoce á esos facciosos ó diputados sin misión verdadera, como obra suya: los desecha, los detesta, los

anatematiza. Y de aquí resulta que ni el pueblo se conforma con las leyes, porque no han emanado de un poder legítimo, ni los legisladores pueden hacer cosa de provecho, porque no están en consonancia con el pueblo. Véase el origen de las revoluciones. Vamos á tener cinco Constituciones, y tendremos quinientas, escritas con sangre y disecadas con el polvo de los campos de batalla.

»La Inglaterra y los Estados Unidos marchan bien, porque las elecciones son libres. Su Código nacional no se altera, á pesar de algunos defectos, porque el Gobierno, lejos de restringir enteramente el sufragio popular, lo protege, lo amplía, lo robustece. Si el Gobierno inglés ó anglo-americano tratara de monopolizar las elecciones, al momento verían hundirse el edificio social. Ellos habrían mudado de Constituciones como nosotros. Véase el origen de la estabilidad de los gobiernos representativos.

»No por esto quiero decir que los gobiernos no trabajen, ó no tengan ingerencia en las elecciones, absolutamente: esta sería una paradoja, ó más bien un disparate en política. Pueden trabajar como todos, si quieren; es decir, con la misma libertad que Pedro ó Juan; pero no deben oprimir la libertad de los demás, sinó más bien protegerla con su ejemplo, con la ley, con la fuerza; por cuanto depende de esto su permanencia y la tranquilidad de toda la República.

»Madama de Stael ha dicho que el origen de la desmoralización de los gobiernos populares son las elecciones. Esto es inexacto, hablando generalmente, y un indicio nada equívoco de la mezquina política de una mujer. Si hubiera reducido su aserción á las elecciones forzadas por el Gobierno, habría dicho una verdad sin controversia. En efecto; las intrigas, las violencias, las injusticias de los gobernantes para arrancar á la bayoneta los sufragios, no pueden menos de desmoralizar á los más austeros ciudadanos. Es un semillero de iniquidades que se propaga como esas hierbas maléficas en un campo fecundo y bien cultivado.

»Pues ¿qué remedio? Ya lo he dicho. El Ecuador se halla en un estado de consunción, en una actitud de muerte. Restitúyasele su salud, su vida, la libertad electoral. Con respecto á esto se puede decir aquello de Tasso:

»Che in questo mondo instabile e leggiero
costanza é spesso il variar pensiero.

»Que en este mundo variable y móvil, la constancia consiste muchas veces en variar los designios.

»Variemos, pues, esa rutina ministerial que conduce á la abolición de la libertad, á la muerte de la República: esta es la verdadera constancia como virtud; la otra es un vicio. Dejemos al pueblo el pleno goce de su único ejercicio soberano. El se conoce, y no necesita de pedagogos en esta materia.

»El pueblo, ha dicho Montesquieu, tiene un instinto que no le engaña en la elección de los sugetos que pueden hacer su felicidad. No hay que dudarlo: ningún hombre, por más estólido que sea, deja de conocer lo que puede hacerle daño, según su constitución física. Tal manjar, aunque sea exquisito, puede no aprovecharle: tal diputado, aunque tenga luces, puede no ser del agrado del pueblo.

»Y ¿por qué obligarle á esto? ¡Qué! ¿Al Congreso anglo-americano van solamente los filósofos, los estadistas, los sabios? ¿No van los yanquis con sus maneras y frases provinciales, á defender la causa común y la de cada Estado? Yo no quiero descender, por ahora, á pormenores odiosos; y me parece bastante el presente bosquejo de la triste situación en que nos hallamos: situación que no mudará de aspecto mientras no se aplique el remedio indicado.

»Desafío al mejor publicista de ambos hemisferios á que me demuestre lo contrario. Yo creo que más fácil le sería á un geómetra la invención de la cuadratura del círculo.»

VII

En 1854 principió el P. Solano la publicación de *La Escoba*, el último y más importante de los periódicos que dió á luz; *La Escoba*, cuya duración fué de cuatro años, aunque con largas interrupciones, es una preciosa colección de artículos científicos, literarios, políticos, etc., que quisiéramos dar á conocer por extenso á nuestros lectores.

El nombre y el objeto de *La Escoba* están indicados en las siguientes palabras que copiamos de la *Advertencia:* «Voy á publicar, dice, bajo el título de *La Escoba*, una serie de escritos, cuyo objeto principal será barrer las inmundicias de *La Libertad* (periódico que se escribía en Quito). Este oficio es de humildad; y así puede *barrer* el sabio, el rico, el grande, etc., sin degradarse.»

Los artículos sobre Entomología, Botánica, Geología, Meteorología, etc., que se registran en *La Escoba*, manifiestan que el P. Solano tenía conocimientos muy variados y nada vulgares sobre las diferentes ciencias que abraza la Historia Natural, y que escribía sobre cada una de esas ciencias como hombre que tiene *conciencia* de lo que hace, no como *charlatán*, palabra que alguno tuvo la barbaridad de aplicársela al ilustre Solano.

Bajo el título de *Revista de algunos hombres célebres de nuestro siglo*, el P. Solano escribió hermosos rasgos biográficos de cuatro sabios europeos, cuyos nombres son conocidos en todo el mundo, y de tres ilustres americanos, cuyos nombres son populares en Europa como en América. Humboldt, el Aristóteles de su siglo; Chateaubriand, el inmortal autor del *Genio del Cristianismo* y sublime cantor de *Los Mártires;* La Mennais, célebre por el brillo y elo-

cuencia de sus escritos, y desgraciado por su lamentable caída; Balmes, el gran escritor teólogo, filósofo, matemático, etc., fueron tan conocidos por el docto franciscano, como Bolívar, el Libertador de medio mundo; Olmedo, el *Homero americano;* y Caldas, el *varon justo y sabio.* De cada uno de ellos había hecho un estudio especial, y el juicio que ha formado de sus escritos y de sus altas dotes intelectuales, es, por lo general, exacto y concienzudo. Omitiremos el rasgo relativo al Sr. Olmedo, por haberlo reproducido, en su mayor parte, oportunamente; y, en su lugar, transcribiremos el alusivo á otro ecuatoriano, no sabio ni poeta, como Olmedo, pero sí republicano y patriota como éste. Hablamos del Marqués de Selva-Alegre, el digno compañero de Morales, Salinas y Quiroga, cuyo nombre está unido al recuerdo de los primeros días de nuestra Independencia.

Antes de tratar de cada uno de estos hombres célebres, gloria de su patria y honra de la humanidad, el P. Solano hace un juicio ilustrado y muy cuerdo sobre la preferencia que Mr. de Lamartine da en *El Civilizador* á Juana de Arco sobre Judit, y sobre la semejanza que encuentra entre ésta y Carlota Corday. Critica también la disculpa, relativa al estado y corrupción de la República romana, con que Mr. de Lamartine vindica á Cicerón, por haber lisonjeado á César hasta la bajeza; crítica que nos parece muy justa y oportuna, especialmente en las Repúblicas de América, donde la falta de hombres de carácter independiente y de elevación de alma, es causa de que tiranos como Francia, Rosas, Melgarejo y Veintemilla, etc., manchen con sus crueldades la historia de los pueblos americanos, y encuentren aduladores que encomien la tiranía y bendigan la esclavitud. Veamos, pues, cómo se expresa el P. Solano al tratar de Montúfar y Bolívar.

El nombre de Montúfar debe seguir á los de Humboldt y Caldas: ambos recibieron señalados beneficios de este ilustre quiteño: ambos hacen honorífica mención de él.

Caldas reprende á los quiteños por el poco aprecio que hacen de sus hombres prominentes; y, por mi parte, digo que dudo mucho que se conserve un retrato del Marqués de Selva-Alegre: su memoria no vale nada entre sus compatriotas. Humboldt fué su amigo agradecido, y le dedicó varias plantas para perpetuar su memoria; me acuerdo de una gramínea, que la llamó *poa montufari*, que fué la primera que halló en Chillo.

«La casa de Selva-Alegre era el lugar á donde iban los sabios extranjeros, porque hallaban en ella la franqueza, la libertad, la urbanidad, etc. Chillo será un monumento tan célebre en Quito como la quinta de Mecenas, á donde concurrían los literatos y sabios de Roma. En efecto, Montúfar era el protector de todos los literatos: no había colegial que no le dedicase un acto literario, que no recibiese recompensas amplias. Su dinero estaba á disposición de sus amigos y de los necesitados: podía haber sido rico, y murió pobre. Semejante conducta le atrajo el respeto público: el Marqués de Selva-Alegre era el más popular de sus conciudadanos.

»Su corazón ardía con el amor de su patria: quería verla en un grado eminente; pero las circunstancias del tiempo no lo permitían. Presentóse la ocasión más oportuna con la invasión de Napoleón sobre la Península. Queriendo, pues, preservar al menos el territorio que comprendía la antigua Audiencia de Quito del influjo francés, habló con sus amigos, y de aquí resultó la variación del gobierno en el año 9. Desgraciadamente, no todos los que componían lo que entonces se llamaba *Junta*, pensaban como Montúfar. El abogado Morales formó una especie de oposición, queriendo llevar las cosas muy adelante: era el ultra-liberal de aquel tiempo. Montúfar, al contrario, no quería efusión de sangre, nada de teorías, de innovaciones violentas, etcétera: rodeado de enemigos y de amigos que contrariaban sus ideas, no pensó más que en disolver dicha *Junta* y restablecer el Gobierno del Presidente Ruiz de Castilla:

así se verificó. Hé aquí el origen de los padecimientos de Selva-Alegre, y de la rivalidad de los dos partidos: el uno dirigido por Montúfar, y el otro por Morales, hasta producir el funesto desenlace del 2 de Agosto. Si ambos partidos hubieran trabajado de consuno, jamás habrían entrado en Quito las fuerzas peruanas y granadinas; y el Gobierno quiteño habría marchado con firmeza, sin que la resistencia que le opusieron las provincias limítrofes hubiese sido bastante para sofocarlo; tanto más, cuanto que dentro de poco tiempo se incendió toda la América.

»Hablando imparcialmente, ni Montúfar ni Morales eran hombres para dirigir una revolución. El primero, era un hombre de gabinete: su cabeza tenía buenas ideas; pero su corazón era débil. Selva-Alegre habría sido un buen ministro de cualquier soberano en tiempo de paz. Morales tenía una imaginación ardiente, era literato; pero carecía de conocimientos prácticos, principalmente para sostener una revolución crítica, como la que había emprendido. Él decía que moriría como Cicerón; y en efecto, murió el 2 de Agosto en el cuartel, á balazos, sin haber rebajado un punto de sus sentimientos patrióticos. Su muerte fué gloriosa para él; y habría sido también gloriosa para la patria, sin la maldita división, introducida por él mismo. Volvamos á Selva-Alegre.

»Las semillas de división y de odio que dejó Morales, no le permitieron á Montúfar llevar adelante sus ideas: nuevas complicaciones, nuevos proyectos de tantas cabezas imperitas, sepultaron otra vez en un caos de desorden los gobiernos que se sucedieron. Montúfar se separó de los negocios públicos; mas no por esto dejó de ser víctima del Gobierno español.

»Yo no emprendo aquí una biografía del Marqués de Selva-Alegre, ni una relación histórica de los sucesos de Quito de 1809 hasta 1812: me reduzco solamente á presentar algunos rasgos que recomiendan á Montúfar como á un hombre digno de la atención de sus compatriotas. Entre

los hombres es recomendable aquél cuya empresa tiene buen éxito: este es un error. La elevación de cualquiera persona se ha de medir por sus servicios y virtudes, y no por los caprichos de la fortuna. De otra suerte, César sería más ilustre que Catón; y Blucher, mejor general que el vencedor de Austerlitz y de Marengo. Con esto quiero decir que Montúfar, si no merece una estatua en Quito, al menos su nombre no debe estar tan ignorado en su patria, que aprecia más á los aventureros que á sus hijos.

»Nombrar á Bolívar, es recordar, no sólo las glorias de Colombia, sinó de toda la América meridional. Si Colón descubrió nuestro continente, y abrió un paso franco á la Europa, las relaciones fueron en pequeña escala. Bolívar ha puesto á disposición de todos los pueblos todas las ricas producciones de nuestros vastos territorios, con sólo haber roto el lazo que los unía á la antigua metrópoli. Un nuevo mundo político y comercial ha dado Bolívar á la patria de Colón. En fin, la fama de Bolívar se transmitirá á la posteridad, como la de todos los grandes hombres que han servido al género humano con sus virtudes, con su talento ó con su valor.

»Así que son más dignos de compasión que de censura, ciertos hombres que se han hecho cargo de desacreditar á Bolívar, por algunas faltas verdaderas ó supuestas. Estas pobres gentes no saben que los héroes son como esos mosaicos, cuyo conjunto causa una vista tan agradable, mientras que sus partes, separadamente tomadas, tal vez no sirven de nada. No saben que Rousseau ha dicho que los héroes no son tales porque sus virtudes son sin mancha, sinó porque tienen vicios y virtudes brillantes. No saben que si se tratase de disminuir las glorias de Washington ó de Guillermo Tell, no dejarían de encontrarse faltas notables. No saben que Horacio dice que nadie nace sin vicios, y que aquel es mejor que menos los tiene: *optimus est ille qui minimis urgetur*... Todos aquellos que andan buscando defectos en los héroes, pensando ridiculizarlos, son como el

gramático Zoilo que criticaba la *Iliada*, creyendo hacerse superior al inmortal Homero.

»Dejemos á éstos, y veamos el carácter eminente de Bolívar en sus hechos y en sus pensamientos. En una oración fúnebre, inédita, se leen los siguientes pensamientos, que dan á conocer con bastante fidelidad al ilustre caracano.

»Es preciso haber nacido con el dón de hacer la guerra, ó más bien haber recibido del cielo este dón de conducir las campañas dudosas á la victoria con éxito feliz. «Bendito seas, Dios mío, decía el Salmista, que me has enseñado á pelear y vencer.» No se triunfa leyendo los *Comentarios* de César y algunos tratados de estrategia. El arte de la guerra, para conseguir una brillante jornada, es como la retórica respecto de la elocuencia... Y ¿quién, al menos entre nosotros, ha poseído este dón en más alto grado que Bolívar? Su genio creador le suministraba recursos que los espíritus subalternos miraban como imposibles. Ese golpe de vista, tan necesario á un general, le presentaba los tiempos, las circunstancias, los movimientos, la táctica, la fuerza, el carácter del enemigo: en una palabra, cuanto sea menester para combinar y trazar planes, capaces de producir un fenómeno tan rápido como el que se observa con la sombra á presencia de la luz.

»Ni el hielo de los Andes, ni lo escarpado y rígido de las serranías de Colombia, ni el calor de los valles del Perú, ni los sitios poco ventajosos para el triunfo, pudieron servir de obstáculo á su genio emprendedor y marcial. Combatir y vencer, voces sinónimas de aquella táctica que llevaba escrita en el gran libro de su corazón. Él ha peleado contra los cielos, los hombres y la tierra; ha triunfado de todos ellos. Napoleón atribuía su detención en Santa Elena á la oposición que encontró en los elementos, cuando invadió la Rusia. A Bolívar toda la naturaleza le franqueó sus tesoros, como á su hijo predilecto. No atribuyamos esta desigualdad entre el vencedor de Boyacá y el de Marengo á un contraste de la fortuna, según el lenguaje

del vulgo, que jamás medita sobre los grandes acontecimientos. Lo que se llama fortuna, es una voz vaga é insignificante: ella no es un agente. Tomada la fortuna por la felicidad, está más bien sujeta á nuestra disposición, que nosotros á la de ella. El hombre es el alumno de su espíritu y de su corazón: su prosperidad y su ruina son efectos de la desobediencia á estos preceptores que raras veces se engañan. Por esto dice el célebre Bacon «que cada »uno es el principal y primer artesano de su fortuna...; »que si se busca ésta con una vista perspicaz y atenta, se »la hallará fácilmente, porque si ella es ciega, no es invisi»ble... Una fortuna rápida é inesperada hace á los hom»bres turbulentos y temerarios; una fortuna lenta y adqui»rida los hace al mismo tiempo prudentes y valerosos.»

»Napoleón fué un militar formado en la revolución, y por consiguiente, inconstante y poco previsor. Una fortuna rápida le colocó sobre el trono: su brillantez le deslumbró y fué, como un ciego, á estrellarse en Moscow. Al contrario, Bolívar meditó, combinó, ejecutó una gran revolución; es decir, obró con una fortuna lenta y adquirida á costa de mil sacrificios; necesariamente debió ser un militar prudente y valeroso, según el pensamiento del filósofo ya citado. No nos admiremos, pues, que el uno hubiese muerto desterrado y prisionero en medio del océano, y el otro en su patria, entre los brazos del Genio que presidió á la última campaña libertadora de Sud-América. ¡Oh Ayacucho, tú eres muy semejante á York-Town, cuya redención fijó para siempre la suerte venturosa de Norte-América! ¡Oh Bolívar! ¡oh Washington! Vosotros sois justamente puestos en paralelo: vosotros solos podéis llamaros grandes generales en todo el rigor de la palabra. La naturaleza os hizo guerreros, y no la suerte; y por consiguiente, os coronó hasta el fin. Esta semejanza entre estos dos héroes obligó á congeturar al general Lafayette que, si hubiese vivido Washington, habría preferido á Bolívar para hacerle el regalo de su retrato.

»No obstante, es menester confesar que al ilustre norte-americano le faltó una propiedad tan recomendable como necesaria á un gran General: la elocuencia militar. Su aire frío y poco interesante, su imaginación desprovista de ideas brillantes, le hacen muy inferior á Bolívar, cuya elocuencia sublime, tanto en el gesto como en los pensamientos, arrebataba los corazones, penetraba de fuego al soldado y fijaba el punto preciso de la victoria. Tenemos todavía en nuestras manos sus discursos y proclamas, que pasarán á la posteridad como obras maestras de elocuencia y de buen gusto. Si yo fuese capaz de trazar un cuadro perfecto de esté hombre singular, diría que la naturaleza se había complacido en formarle tan grande como Washington, y tan elocuente como César.

»Mas lo que pone sello á la gloria militar de Bolívar, es haber combatido contra un pueblo acostumbrado á vencer: contra una nación que para sojuzgarla necesitó la orgullosa Roma de mucha circunspección y paciencia, según la expresión del autor del libro I de los *Macabeos:* contra unos enemigos, en fin, que acababan de arrojar de la Península á los ejércitos vencedores de Austerlitz, Jena y Marengo. Tales eran las tropas del general Morillo, y las de La Serna en el Perú: habían sostenido catorce años un choque siempre ventajoso para ellas, hasta burlar todas las providencias que tomó el general San Martín para arrollarlas. Hagamos justicia: seamos imparciales. La independencia de Sud-América jamás se habría verificado sin el LIBERTADOR. Esta no es una proposición á la aventura, sinó una consecuencia legítima del dicho de un sabio que recorrió la América, haciendo profundas observaciones. Cuando Bolívar viajaba en Europa, se encontró con el Barón de Humboldt, á quien le abrió su corazón sobre el proyecto de emancipar este continente:—Yo creo—le respondió aquel sabio—que su país ya está maduro; mas no veo al hombre que pueda realizarlo.—En efecto, Bolívar sólo era capaz de ejecutar tamaña empresa; porque ninguno habría tenido

esa constancia impertérrita, para chocar con hombres acostumbrados á la preocupación y al hábito de obedecer. La América, para ser regenerada, necesitaba de un hombre valeroso, activo, constante, insensible á las injurias del tiempo y de los hombres, como Scipión al frente de Numancia. ¡Campos de Araure, de Victoria, de Boyacá, de Carabobo, de Junín, y otros innumerables! Vosotros seréis para siempre el foco donde se reunirán todas las circunstancias de la brillante carrera del Libertador. Desgraciado el que os mire con indiferencia; y mucho más desgraciado si, al contemplaros, no adora los consejos del Eterno sobre la suerte de las naciones...

»¡Soldados! ¿Dónde está vuestro jefe, ese guerrero ilustre que os condujo con tanto denuedo á la victoria? ¿Qué se ha hecho ese ídolo de vuestros corazones, á quien consagrabais todo vuestro afecto con expresiones las más tiernas? ¡Ah, el genio de la inmortalidad nos ha privado de su vista, para que la envidia y los celos no manchen su gloria!

»¡Ingleses, vuestro grande amigo ya no existe! El héroe que ha muerto en Santa Marta, en nada se parece al que falleció en Santa Elena. Éste dijo en su testamento: «Lego »el oprobio de mi muerte á la nación inglesa.» Aquél, en su última voluntad, os declara amigos, en las personas del general Wilson y de su hijo Belford Wilson. Llorad, pues, al contemplar su túmulo, y guardad ese vasto silencio que se observó en Roma, cuando los restos de Germánico fueron transportados de la Siria al sepulcro de los Césares.

»¡Naciones enemigas de la independencia de América, el Libertador ha muerto! Nosotros no rehusamos daros esta noticia, porque él es muy grande para que ignoréis su fin. No nos hallamos en la posición de David, que quería ocultar á los filisteos la muerte de dos ilustres defensores de Israel, Saúl y Jonatás... Antes bien, recibid esta noticia para que digáis lo que Monteciuti, cuando supo la infausta suerte de su competidor, el Mariscal de Turena: «Ha muer-

to, dijo, un hombre que hacía honor al hombre!» Sí: el Libertador ha honrado la humanidad, no sólo con sus virtudes y talentos militares, sinó también con sus ideas políticas...

»Apenas había tomado la espada para romper los lazos que nos unían á la metrópoli, cuando pensó darnos una Constitución que fuese la obra de la reflexión y de la experiencia, como aquellos israelitas, vueltos del cautiverio de Babilonia, edificaban la ciudad santa, teniendo en una mano la espada y en la otra la escuadra y el nivel. Leed el proyecto de Constitución que presentó al segundo Congreso general de Venezuela, reunido en Angostura: leed también el elocuente discurso que pronunció en aquella ocasión, y veréis establecidos los principios más luminosos que no se encuentran en la mayor parte de los publicistas. Razona sobre toda clase de gobiernos; analiza todas nuestras necesidades, nuestra educación, nuestras relaciones, de una manera que hace honor á los sentimientos de que se hallaba penetrado. ¡Que no pueda yo presentaros todos sus pensamientos! Sin embargo, escuchad algunos rasgos: «La Libertad, dice, es un alimento suculento, pero de difí»cil digestión. Nuestros débiles conciudadanos tendrán que »enrobustecer su espíritu mucho antes que logren el salu»dable nutritivo de la libertad. Entumidos sus miembros »por las cadenas, debilitada su vista en las sombras de las »mazmorras y aniquilados por las pestilencias serviles, »¿serán capaces de marchar con paso firme hacia el augusto »templo de la libertad? ¿Serán capaces de admirar de cerca »sus espléndidos rayos y respirar sin opresión el éter puro »que allí reina?... Muchas naciones antiguas y modernas »han sacudido la opresión; mas son rarísimas las que han »sabido gozar de algunos preciosos momentos de libertad; »muy luego han recaído en sus antiguos vicios políticos, »porque son los pueblos, más bien que los gobiernos, los »que arrastran la tiranía... No aspiremos á lo imposible, no »sea que por elevarnos sobre la región de la libertad, des-

»cendamos á la región de la tiranía. De la libertad absoluta «se desciende siempre al poder absoluto, y el medio entre »estos dos términos es la suprema libertad social. Teorías »abstractas son las que producen la perniciosa idea de una »libertad ilimitada...»

»Su máxima fundamental era, que el sistema de gobierno es perfecto cuando produce mayor suma de seguridad social y mayor suma de estabilidad política. Aplicadas estas sumas á las necesidades de América, resultaba, según su cálculo, un *déficit* incapaz de ser cubierto por los gobiernos proclamados en aquella época. En fin:—«Los Có»digos, dice, los sistemas, los estatutos, por sabios que »sean, son obras muertas que poco influyen sobre las so»ciedades: ¡hombres virtuosos, hombres patriotas, hombres »ilustrados constituyen la República!» ¿Podéis imaginar política más sana ni más ilustrada? ¡Oh libertad infinita! Tú fuiste la caja de Pandora en Francia, durante la época del terrorismo, y Robespierre hizo de tí el instrumento de sus asesinatos. Cromwel invocó tu terrible nombre para degollar á Carlos I y ejercer sobre sus conciudadanos un despotismo asiático, Bolívar se ha horrorizado al contemplarte: ha querido proscribirte como filósofo, como legislador y como guerrero. Nada más prueban sus discursos y hechos. Y ¿esto se llama aspirar á la tiranía?...

»No es menos digno de observación un hecho que realza demasiado el talento político de nuestro héroe; este es su empeño por la reunión del Congreso de Panamá. Nada era más interesante para la paz y estabilidad de nuestro continente, que esta Dieta célebre. A la verdad, si por nuestra desgracia no se hubiese frustrado, ahora respiraríamos en la dulce atmósfera de la tranquilidad, en medio de goces que aun esperamos, y quizá jamás lleguemos á poseer.

»¡Oh LIBERTADOR! Yo bien sé que todas vuestras ideas se han desechado, no sólo como quiméricas, sinó como perniciosas. ¿Empero, merecía la pena de que se le tratase tan cruelmente? ¿Por qué atribuir á miras siniestras todas

las expresiones que emitía con esa franqueza de ánimo propia de un hombre libre? ¿Por qué á Washington no le calumniaron sus compatriotas, por haberse opuesto fuertemente al federalismo?—¡Ah! lo único que resulta es que Washington vivió en un país lleno de virtudes sociales, en un país de luces, que tenía en su seno á los Franklins, á los Jeffersons, á los Adams: en un país, en fin, donde la libertad cuenta muchos lustros, y donde se emiten las opiniones sin que los sarcasmos de los envidiosos puedan ofender á los héroes; y Bolívar no pudo tener esta dicha. La mayor prueba de que él no aspiraba á la tiranía, es haber perdonado generosamente á los traidores que asestaron su vida el 25 de Septiembre del año 28. Estos *setembristas* (así llamaban en Francia á los asesinos del aciago 2 de Septiembre del año 92), estos *setembristas*, digo, fueron convencidos de su delito: el Libertador podía haberlos hecho decapitar bajo la égida verdadera ó aparente de las leyes; y, sin embargo, prefirió vivir más bien en una continua alarma, que adoptar una política sanguinaria. Tan digno de elogio se manifestó en esta ocasión, que se le podían aplicar las palabras de san Ambrosio sobre la clemencia del emperador Valentiniano: *immemor impii, memor tantum germanitatis.* Se olvidó de su grandeza al ver que sus enemigos eran sus conciudadanos, y muchos de ellos amigos y confidentes...

»Pero nada pudo hacerle vacilar: sufrió con una grandeza de alma todos los sarcasmos hasta el último momento de su vida... «He sido víctima, dice en su última alocución, »he sido víctima de mis perseguidores, que me han conducido á las puertas del sepulcro. Yo los perdono.»—Napoleón, disponiéndose para morir, respiraba cólera y venganza contra la coalisión que le destronó. Bolívar perdona á sus perseguidores, que han querido arrebatarle la vida y la fama, bienes estos más preciosos que todas las coronas del mundo...»

VIII

La Escoba, lo hemos dicho ya, es una preciosa colección de artículos científicos, literarios, biográficos, políticos, etc. En las columnas de esta ilustrada publicación, la más importante de cuantas publicaciones periódicas han dado á luz las prensas del Ecuador, brillan la profundidad del sabio, la severidad y rigidez del filósofo cristiano, la erudicción del controversista, el buen gusto y la elegancia de estilo del literato, la previsión y el patriotismo del escritor político.

Las opiniones políticas sobre libertad de imprenta, libertad de elecciones, etc., del ilustrado escritor que honró nuestra tierra con sus virtudes y talentos, opiniones que ya conocen nuestros lectores, no son sólo la de todos los escritores independientes y de conciencia: son también las de los mismos PP. de la Iglesia, desde san Pablo hasta el P. Ventura; todos los cuales, siguiendo el ejemplo y las lecciones del Divino Maestro, han defendido siempre la libertad y la justicia. San Pablo enseña: «que donde está el espíritu de Dios, allí está la libertad; de manera, que no puede encontrarse el espíritu de Dios donde hay opresión y tiranía.» El P. Ventura nos ha dejado en sus brillantes Conferencias sobre el *poder político* cristiano y en su *Ensayo sobre el poder público*, una elocuente protesta contra la inculpación que el protestantismo ha hecho á la Iglesia católica de ser sostenedora y favorecedora de la tiranía de los gobiernos. Estos, según la doctrina del P. Ventura, no tienen nada de común con la enseñanza católica, cuando su origen y su apoyo son la fuerza y la violencia.

Creemos, pues, que nadie se habrá atrevido á tachar de *demagogo* y *anarquista* al R. Solano por sus opiniones en

materia de libertades públicas: primero, porque la doctrina del político ecuatoriano es la misma de la Iglesia cotólica, de la cual fué digno ministro; y segundo, porque él, austero y penitente, exento de toda ambición, nunca fomentó las disenciones civiles, ni vió en las revoluciones un segundo medio de subir y engrandecerse. Veamos ahora cómo se expresaba sobre la necesidad que tienen todos los gobiernos de un partido de oposición, que los ilustre y encamine, por lo mismo que ningún gobernante ha recibido de Dios el dón de la infalibilidad. En el número 15 de *La Escoba*, artículo *La oposición*, el P. Solano decía:

«Voltaire ha dicho que no puede haber democracia sin oposición; mejor se habría expresado diciendo que no puede haber gobierno sin oposición. En efecto, sea el gobierno que fuere: monárquico, aristocrático, democrático, no puede existir sin una oposición racional. Esta consiste en dirigir al Gobierno, presentando los medios de que debe valerse, y los escollos que debe evitar. La oposición es un guía, una luz, que manifiestan el camino trazado por las leyes, la razón y la equidad. La oposición es como el astro del día, que fecunda la naturaleza con arreglo á las zonas ó climas, y no de un mismo modo ardiente ó frígido. La oposición debe ser como la aguja magnética, que mira al Norte, para servir de regla á los navegantes, á fin de que los bajeles no se extravíen, eviten los escollos, etc. Según la bella alegoría de Horacio, el Estado es un bajel que surca el borrascoso mar del siglo: el conductor de este bajel es el Gobierno, y los pasajeros los envidiosos que componen la sociedad. En fin, la oposición es para el bien comunal, y no solamente para los intereses individuales, ó más bien para los intereses que nacen del egoismo.»

En la conclusión del artículo *Libertad*, correspondiente al mismo número, protestaba en los siguientes términos contra el espíritu de *pandillaje*, tan común en nuestros Congresos:

«¿Con qué autoridad, ciertos diputados, en los Congre-

sos, van á faltar á las ideas de sus comitentes y á los principios que ellos mismos proclaman? Se erigen en oráculos y nos dicen que ellos son ilustrados y que deben dirigir las opiniones erróneas de *masas* embrutecidas. Si se admitiera una vez semejante modo de discurrir, quedaría expuesta toda la suerte de los pueblos á cuatro charlatanes, que ejercerían un verdadero despotismo, como cuando Luis XIV decía: *Yo soy el Estado*, y ejecutaba su propia voluntad, y no la de los franceses.»

En otro lugar del mismo periódico, al hablar de la dignidad y *grandes obligaciones de los legisladores*, decía:

«Para levantar el grandioso edificio de la sociedad, son menester luces, patriotismo, firmeza y, sobre todo, ideas vastas y filantrópicas. Por esto vemos que hay pocas naciones felices, según nos presenta la historia, desde los tiempos más remotos. Al contrario, para formar una sociedad vacilante, ó para transformar una que marche con regularidad y firmeza bastan pocos hombres inquietos ó corrompidos. La muerte de un Estado depende tanto de sus malas leyes, como del abuso de las buenas. Hay un círculo vicioso entre los hombres y las leyes: los malos, hacen malas leyes; y las leyes malas hacen malos hombres. Nosotros nos hallamos en el caso de los romanos, que no tenían sino una colección confusa de plebiscitos, de senado-consultos, de edictos de pretores, y de respuestas de jurisconsultos: todo lo cual era resultado de circunstancias y de opiniones particulares; y ya se deja ver cuántas contradicciones habría entre las leyes, la forma de gobierno y las costumbres de los habitantes. Es decir, que nosotros también tenemos un fárrago de constituciones y de leyes, que forma el manto fúnebre de la República.»

En las columnas de *La Escoba* encontramos también *analizado* por el P. Solano un sermón predicado en Catamarca (República Argentina) por un religioso franciscano, Fr. Mamerto Esquiú, último obispo de Córdoba. Como ese sermón había sido recomendado por el Vicepresidente de la

Confederación Argentina, reproducido en varios diarios y reimpreso en Quito, como un *modelo perfecto y acabado de oratoria sagrada,* nuestro ilustre compatriota, no sólo demostró lo contrario, sino que refutó, en los términos siguientes, las doctrinas que el P. Esquiú había sostenido en su discurso, al tratar de la obediencia al poder civil.

«El imperio romano no pudo subsistir, á pesar de que san Pablo y todos los Apóstoles imponían el precepto de la obediencia á los magistrados. Y ¿por qué? Porque si les mandaban obedecer en lo lícito, les ordenaban también desobedecer en lo ilícito; y estas desobediencias repetidas eran un principio disolvente de la sociedad pagana. Así es como los primeros cristianos llegaron á destruir el imperio de los Césares. El precepto, pues, de obedecer á las autoridades constituídas, siendo afirmativo, lleva la negación de la obediencia en todos los actos ilícitos.

»Si consideramos la naturaleza de los gobiernos, encontrarémos que su constitución es el despotismo. Supóngase la Constitución más liberal; jamás esta podrá contener las pasiones de los hombres. Se inventarán premios y castigos; pero el poder de las pasiones aplicará los premios al criminal, y los castigos al inocente, como nos lo enseña la experiencia. La religión sola templa las pasiones y hace que los gobernantes premien y castiguen según la recta razón. Por esto decía muy bien Horacio: «¿De qué sirven las leyes »humanas sin buenas costumbres?»—El despotismo ha querido siempre tener intervención en todo y aun en lo más sagrado; de aquí ha resultado ese choque continuo entre el sacerdocio y el imperio; y, no pudiendo el poder civil avasallar á la Iglesia, se ha valido del arbitrio de desechar la religión, como la zorra de la fábula, que no quería comer las uvas porque estaban en agraz.

»No se crea que lo que he dicho es una mera suposición mía. Tertuliano, hablando de los hechos de Jesucristo, referidos por Pilatos á Tiberio, trae estas notables palabras: «Los Césares habrían creído los milagros de Jesucristo, si

«los Césares no fuesen necesarios al siglo, ó si los cristia»nos pudiesen ser Césares.» Hé aquí una oposición entre el despotismo del poder civil y la religión de los cristianos. Los Césares son necesarios al siglo para contener con su despotismo los desórdenes de la sociedad; y los cristianos no pueden ser Césares, esto es, no pueden ejercer este despotismo, sino templarlo con su doctrina y con sus costumbres. El César es un torrente impetuoso que quiere arrebatarlo todo; el Cristianismo es un dique que lo contiene. A veces, rompe el dique y hace estragos en los valles: sin metáforas, el valle es la sociedad.»

El mismo escritor, que tan brillantemente sostenía los buenos principios de gobierno y las sanas doctrinas políticas, juzgaba también con mucho acierto y suma previsión sobre la marcha política y el porvenir de las naciones europeas y americanas. Y adviértase que los rasgos que vamos á transcribir de la serie de artículos que intituló *Revista europea y americana,* fueron escritos á fines de 1857, es decir, ahora 30 años, y que el tiempo transcurrido desde entonces, lejos de desmentir las predicciones del sabio político, ha venido á confirmarlas.

Al hablar de los Estados de América, el P. Solano se expresa así sobre Venezuela, Nueva Granada, el Ecuador, el Perú, Bolivia, la República Argentina y el Paraguay:

«Después de haber observado ligeramente la Europa, vengamos á la América, que se halla casi en la misma posición que ella. Las mismas doctrinas, las mismas tendencias á un porvenir funesto, los mismos motivos de temor reinan en ambos hemisferios...................................

»Nueva Granada y Venezuela duermen al borde del precipicio. Quiero decir que Venezuela tiene su mezcla de despotismo y de liberalismo. Este estado ¿no es mortal?

»Un buen soldado... Páez, detuvo la marcha progresiva de Venezuela: su funesto ejemplo ha tenido imitadores en los que le han sucedido en el Gobierno. Páez se hizo odioso por la violenta proscripción del arzobispo Méndez, y ha

tenido que experimentar él mismo una pena que había aplicado sin justicia y sin razón: tal es la conducta de la Providencia.

»Nueva Granada tiende al *ultra-liberalismo* ó *romanticismo*. Esta idea es halagüeña; pero ¿consiste en ella la vida de las naciones?

»El Ecuador es una República original. Tiene dos clases de límites: una de hecho y otra de derecho. La primera es el Carchi por el Norte, y el Macará por el Sur. La segunda, Pasto y la provincia de Jaen, con Tumbes, por el derecho del *uti possidetis* de 1810. que han observado en América para las demarcaciones de límites. El Gobierno ecuatoriano ha seguido hasta ahora una política falsa, con respecto á esta cuestión. Debía haber reclamado con energía la resolución; y si no era posible con la fuerza, haber vendido ó cedido de una vez aquellos territorios (del mal el menos) cuya posesión no hace otra cosa que causar rivalidades. ¿Quién ignora que entre el acreedor y el deudor no puede haber sincera amistad si se dilata la solución? No se pueden atribuir á otra cosa esas cuestiones que á cada paso han suscitado los granadinos y peruanos.

»Así es que, tanto el Ecuador como las Repúblicas limítrofes, se hallan en un estado de ansiedad respecto de unos puntos interesantes. Con relación á los límites del Brasil, es más fácil la transacción y ésta también debe practicarse, para que no le suceda al Ecuador lo que á los terrenos que, por falta de un dique, son inundados y destruídos.

»Nuestra República tiene un puerto magnífico, y por él nada de lo interior se exporta al Extranjero. Esto me trae á la memoria la imagen de Horacio en la primera página de su *Arte poética: mulier formosa superne... desinit in atrum piscem...* Algún día quizá exportarán sus frutos industriales, esperemos.—La esperanza—dice un filósofo—es el soberano bálsamo del corazón humano.

»Hace más de medio siglo que Caldas nos visitó, y

véase cómo se expresa sobre nuestros conocimientos: «Un »prodigioso número de doctores de toda edad, clase y con»dición, reunidos bajo un Rector que ellos mismos eligen, »constituyen la Universidad de Quito. Si exceptuamos un »corto número de aquellos que, poco satisfechos con los »conocimientos de los colegios de su patria, se han formado »en silencio, los demás no tienen sino el nombre de docto»res. Una condescendencia sin límites de los examinado»res, inspira á los jóvenes el deseo de un título, que al »mismo tiempo que los condecora, no exige conocimientos. »No hay memoria en los anales de este cuerpo, de una sola »reprobación en el número incalculable de sus doctores.— »¿Quito será ese país privilegiado y único en que se des»mienta el proverbio vulgar: *non omnes* Doctores?» (No es *proverbio vulgar*, sino sentencia de san Pablo). ¿Se ha reformado este abuso? Si no, esto basta para arruinarnos.

»Una de las causas que han retardado el progreso del Ecuador, es haber formado parte de la antigua Colombia. Esta República, por su vasta extensión, por el difícil recurso á la capital, por los intereses opuestos de cada departamento, etc., no podía sostenerse bajo la unidad: fué precisa la separación que exigía la naturaleza de sus partes constituyentes. Así es como al Ecuador, que nada había adelantado formando una parte de Colombia, le tocaron solamente los males de una administración viciosa y de una soldadesca inmoral.

»La sensatez del pueblo ecuatoriano ha rechazado siempre las teorías exageradas en política y en religión; y por esto no ha padecido tanto como las otras secciones de América. Se levantaba una borrasca temible durante la administración de Flores, pero el *Seis de Marzo* la extinguió. Algunas pequeñas disensiones no han alterado su cohesión moral y política, si me es permitido usar de esta frase. ¡Ojalá que en adelante se conduzcan los ecuatorianos con esta misma circunspección!...

»Hablando sin rodeos, el Perú no tiene un hombre de

Estado, ó, al menos, si los hay estarán casi próximos á sufrir la suerte de Catón por los triunfos de César. Algún ateista político podrá persuadirse de que el Perú progresará por casualidad, como los filósofos ateos creen que la maravillosa estructura del universo se debe á la combinación casual de los átomos.

»Bolivia va por el mismo carril que el Perú. No hay más diferencia que la que se observa entre lo *alto* y lo bajo...

»En la República Argentina hay patriotismo; y esta virtud es como la blancura en la especie humana, que, según se dice vulgarmente, *tapa siete defectos*. Bien pueden los argentinos cometer muchas faltas, como otras veces; pero el patriotismo será entre ellos lo que fué entre los romanos: las disensiones civiles de éstos no impidieron ese asombroso progreso que nos refiere la historia.

»El patriotismo de los argentinos ha llevado la independencia desde el Plata hasta el Rímac; y desde el Rímac hasta el Pichincha; en el ejército aliado de Sucre se hallaron muchos valientes argentinos. Es muy sabido el ardor patriótico con que rechazaron la expedición inglesa, aun en tiempo del Gobierno español.

»Buenos-Aires, en particular, es llamado á un porvenir muy halagüeño; esta es una consecuencia de todas las ciudades marítimas. El comercio, la literatura y las ciencias hacen su domicilio en estos lugares privilegiados, como nos lo enseña la experiencia de todos los siglos.

»El Paraguay ha pasado de las manos de Francia á las de López, y tal vez de las manos de éste pasará á las de su hijo. Pero, aun cuando no suceda esto, es cierto que la tiranía es como esos tintes falsos, que los destruye el agua; pero siempre queda manchada la tela.»

IX

En 1856 se escribía en Bogotá *El Neo-Granadino*. Su redactor, el muy conocido y hábil escritor D. José María Samper, sostenía, entre otras cosas contrarias al buen sentido, que el clero católico no había hecho nada por la civilización del mundo, y que el de Colombia en particular tampoco había hecho nada por la independencia de su patria.» Varias fueron las plumas que refutaron victoriosamente al Sr. Samper, y una de las que mejor lo hicieron fué la del P. Solano. Bajo el título: *El Clero Ultramontano*, título que había adoptado en sus artículos el escritor granadino para atacar á esa respetable corporación, nuestro apologista de la religión y de la verdad, escribió en *La Escoba* una serie de artículos defendiendo al clero católico de las tremendas inculpaciones que le hacía el Sr. Samper.

El P. Solano probó, pues, con la historia de la civilización del mundo, que esta era debida, principalmente al clero católico, cuyas luces y virtudes habían salvado á la Europa de esa espantosa catástrofe que se llama *irrupción de los bárbaros*. Entre los muchos notabilísimos rasgos que se encuentran en defensa del clero, transcribiremos sólo los siguientes que, á nuestro juicio, son los más luminosos. Dicen así:

«Pretende nuestro escritor que el mundo, antes de la aparición del clero ya era ilustrado, y nos cita á Platón, Sócrates, Foción, Licurgo, Solón, Séneca, Catón, Lucrecia, y *tantas figuras inmortales de estupenda* magnitud... Nos cita también los males que ha causado el clero católico con el ejemplo de la Inquisición, de la condenación de Galileo, etc., y apenas concede al diácono Flavio Gioja una pequeña parte en la acción ilustrada del clero católico.

»Mil veces se ha contestado á lo que han dicho contra

la Inquisición en general, y contra lo que oponen en particular sobre la condenación de Galileo.—Véase mi *Carta tercera ecuatoriana;* y no es negocio en que ahora nos detengamos mucho. Por lo demás, hé aquí un rasgo de un discurso inédito, que satisface victoriosamente á las objeciones del periodista neo-granadino. Dice así:

»Arrojemos una mirada sobre las naciones antiguas y modernas, y veamos cuál ha sido el progreso en las ciencias. Comencemos por los antiguos, por estos pueblos que han dejado en la historia un nombre eufónico; la China, la India, la Persia, el Egipto, Grecia y Roma. ¿Estas naciones tenían el instinto perfeccionado de la ciencia ó no? Si lo tuvieron, ¿cómo sus legisladores y sabios no son nuestros modelos en todo? Si no, están fuera de nuestra cuestión (la cuestión sobre la preferencia de la ilustración moderna con respecto á la antigua). La China presenta una mezcla de civilización y barbarie. La India, con sus brahmas, sus filósofos, sus sectas, no ha tenido más que un movimiento aislado en su país, cuyos efectos han sido inferiores al ruído de sus empresas. Si miramos la Persia, no nos presenta sino el cuadro que acabamos de trazar de la China. El Egipto, célebre por sus artes, por su comercio, por sus sacerdotes filósofos, nada nos muestra comparable á la ciencia contemporánea. Sus pirámides, sus obeliscos, sus momias... son más bien pruebas de su tiranía y superstición, que de una ciencia depurada.

»La Grecia, esta patria de Platón, de Homero, de Demóstenes, de Eurípides, de Sófocles, de Aristóteles, de Píndaro, de Hesíodo y de otros mil historiadores, poetas y oradores célebres; la Grecia, digo, ¿qué ha hecho por la verdadera civilización? Esta es universal y la ciencia de los griegos ha estado reducida á algunas leguas cuadradas de su territorio. Un extranjero, un hombre desconocido se presenta al Areópago y dice que no tienen nociones de la Divinidad y los trata de ignorantes y supersticiosos: *ignorantes colitis...* Este hombre era san Pablo.

»Roma conquista casi todo el orbe conocido, no para propagar la verdadera civilización, sino para satisfacer su ambición, que no conocía límites. La misión de Roma, en el fondo, es la misma que la de sus rivales, los griegos: se reduce á muy poca cosa; esto es, á hacer ruído con una ciencia vana y con un poder apoyado en el egoismo. No es esto, señores, lo que debe buscar el hombre, pues no fué hecho para tan mezquino resultado.

»El Cristianismo ha mudado la faz del universo. Ha difundido las luces por do quiera, con aquella profusión y magnificencia que se observa en la creación. Con la aparición del culto cristiano han conocido los hombres sus deberes para con Dios, para con la sociedad y para consigo mismo. Con el Cristianismo ha venido ese progreso en todas las ciencias y artes; por manera que, si recorréis la historia, no hallaréis los descubrimientos más asombrosos sino entre los adoradores del Cristo. Esta materia me llevaría á ocupar mucho tiempo; me concretaré únicamente á indicaros algunos hechos más notables.

»¿Quién ha dado impulso á la Astronomía, ó más bien, quién ha creado la Astronomía moderna? Copérnico. Este clérigo atrevido arrojó la tierra más de 50 millones de leguas para hacerla girar en derredor del sol. Algunos textos aparentes de la Escritura no le detienen; él tenía el instinto de la ciencia y sabía lo que Dios había hecho y lo que había hablado en la Escritura. La ignorancia y la preocupación le acometen: no importa. Copérnico triunfa. Newton y Leibnitz, Kepler y Galileo se glorian de ser discípulos de Copérnico. Un suceso tan glorioso para la Iglesia romana no podía menos de causar cierto pudor en el partido disidente. ¿Y qué es lo que hicieron para desacreditar de algún modo las ventajas de la ciencia de los católicos? Fingieron que la Iglesia romana había condenado el sistema de Copérnico en la persona de Galileo. ¡Calumnia atroz, bajeza propia del espíritu de secta! Otra era la cuestión entre Galileo y la Inquisición de Roma, como está de-

mostrado hoy, sin que quede la menor duda entre los sabios y eruditos de primer orden.

»¿Quién ignora, señores, que la reforma del calendario se debe á la Iglesia romana? Julio César, con su calendario, obra del profundo matemático Sosígenes, no había previsto bastantemente para determinar con exactitud el curso del tiempo. La historia, pues, no tenía datos fijos para establecer la época de los acontecimientos. Gregorio XIII trata de remediar este mal: reune sabios astrónomos; á Clavio, á Regiomontano, á Luis Lilio, quienes calculan el tiempo, fijan los períodos de su duración hasta el fin del mundo y llenan el vacío que habían dejado los sabios de la antigüedad. Esta reforma tan necesaria, causó la admiración de la Europa ilustrada, y los protestantes mismos se vieron obligados á abrazarla.

»La electricidad revela á Galbani y á Volta secretos incógnitos á Franklín y á otros.

»Las primeras nociones del telescopio, del microscopio, del termómetro, del barómetro y de otros instrumentos físicos y matemáticos, se deben á los católicos, como igualmente la invención del globo aerostático.

»La Geología, esta ciencia ignorada de los antiguos y que hace hoy las delicias de los sabios, tuvo su principio en la mente creadora de un fraile capuchino.

»La Mineralogía, que no era más que un caos, sin principios, sin consecuencias analizadas por el raciocinio, fué refundida y metodizada por el inmortal abate Haüy, por este legislador de la Mineralogía, como le llamó Cuvier.

»La brújula, que ha abierto los mares á todo el mundo, y estrechado á los hombres para su comunicación, es la obra del diácano Flavio Gioja.

»Los buques de vapor fueron inventados por un español católico, Blasco de Garay, en 1543, en el reinado de Carlos V.

»La imprenta, este instrumento de la palabra, este foco de donde se difunde la luz de todos los pensamientos huma-

nos, fué la invención de Guttemberg, de este nuevo Cadmo, quizá superior al griego.

»La Geografía, la Arqueología, la Diplomacia, han sido perfeccionadas por los católicos.

»La música moderna y algunos instrumentos pertenecientes á ella, son obra de los católicos. El monje Gerbert, después Papa Silvestre II, inventó el órgano, que ha dado origen á otros instrumentros variados, como el piano, el clavicordio, etc. Otro monje llamado Guido Aretino, inventó la escala musical, y hasta ahora nadie se ha atrevido ha sostituir otra.

»Sin engolfarnos ahora en todos los ramos de la bella literatura, ¿la poesía y la elocuencia á quiénes deben sus primores? ¿Qué relación hay entre la elocuencia pagana y la cristiana? No hay paralelo entre el hielo de la tumba y el calor de la vida. San Juan Crisóstomo y Bossuet son superiores á Demóstenes y á Cicerón. Aquéllos son los oradores de Dios; y éstos, los oradores de los dioses.

»En fin, yo fatigaría demasiado vuestra atención, si llevase más adelante esta materia; y concluyo haciéndoos observar, que las bellas artes, como son la Arquitectura, la Pintura, la Escultura, han recibido perfección asombrosa de mano de los católicos. ¿Quién ignora los nombres de Rafael, de Miguel Angel, de Canova, de otros innumerables? Ved esa Italia, esa cuna de lo bello, á donde corren los extranjeros, no tanto para estudiar las antiguas ruinas, cuanto para imitar las obras maestras que han dejado allí los genios inmortales bajo la influencia de los Papas.

»No obstante me diréis: «Mucho habéis elogiado á vues»tros católicos, ¿y cómo os olvidáis de los servicios que »han hecho los protestantes con sus talentos y con su »ciencia?»—Este argumento se nos repite sin cesar, y reducido á su verdadero punto de vista, no puede sostener la discusión, ni resistir al soplo de la razón ilustrada. Es verdad que el protestantismo ha hecho mucho alarde de su sabiduría, atribuyéndose todo lo bello y lo perfecto. Pero

¿quién mete más ruído, dice un célebre apologista de la religión, una mujer honesta ó una coqueta? La pretensión de los protestantes sobre los católicos es un problema ya resuelto en nuestros días por los mejores escritores, y principalmente por Balmes y Chateaubriand; es decir, que las artes y las ciencias muy poco ó nada deben al protestantismo. Además, decidme, señores, ¿dónde está el protestantismo? En Europa; esto es, al lado del foco católico; y ya sabéis que el calor y la luz de un hogar, no sólo calientan é iluminan á los domésticos, sino también á los extraños. Para establecer vuestra cuestión, llevad el protestantismo á los desiertos de Africa, á las islas del Japón ó de la Oceanía; es decir, quitadle toda comunicación directa é indirecta con Roma, y veremos si se sostiene. Si en la hipótesis de una completa incomunicación con el centro de unidad del catolicismo, nos lo presentáis vivo y lleno de vigor, contad con un milagro, y por consiguiente, con la conversión de todos los católicos al protestantismo. Pero esto es imposible. Lo propio se puede decir de los progresos del filosofismo.

»El orador habla generalmente de los católicos y del clero, porque para manifestar el objeto que se había propuesto, es decir, el influjo que ha tenido el clero en la ilustración de los siglos que abraza el Cristianismo, era preciso hablar de los católicos, y los católicos no habrían sido tales sin la enseñanza del clero. El progreso de los discípulos cede en honor del maestro; y si hay alguna originalidad, se debe tanto al genio de los unos, como á las primeras lecciones del otro.

»Después de innumerables sofismas, exageraciones y calumnias contra el clero secular, *El Neo-granadino* convierte sus ataques contra las Ordenes regulares. Según él, estos cuerpos son ignorantes, supersticiosos, corrompidos, etcétera. ¡Y cómo no lo habían de ser! «La mayor preocupación es la despreocupación» —dice Larra. *El Neo-granadino* se gloria de ser *despreocupado*; luego debe ver con preocupa-

ción cuanto no sea conforme á sus ideas, como ha sucedido con todos los enemigos del clero y de la Iglesia. ¿Los Cartujos y los Trapistas eran corrompidos? No, señor: eran unos cenobitas útiles á la sociedad, austeros, indepcndiendientes del mundo, etc. ¿Los toleró la impiedad? La historia hablará mejor que yo sobre este particular: las preocupaciones y las calumnias que experimentaron aquellos desgraciados, prueban hasta la evidencia que el espíritu de error no ataca tanto los vicios cuanto la virtud.

»¿Qué eran los monjes del monte San Bernardo? Unos solitarios que no se ocupaban en otra cosa, que en hacer todo el bien posible á lo viajeros perdidos en aquellas Termópilas glaciales, sin distinción de rango, de nación, de culto y aun á los mismos animales cargados de su bagaje. algunos de estos sublimes solitarios, según la expresión de un sabio protestante, subían á las pirámidades de granito que rodeaban su camino para descubrir desde allí un convoy que iba á perecer; otros abrían una senda sepultada en la nieve, con el riesgo de perderse ellos mismos en los precipicios; todos arrastrando el frío, las avalanchas, el peligro de extraviarse, casi ciegos por los torbellinos de nieve y prestando oído atento al menor rumor con que los llamaba la voz humana... ¿Estos hombres benéficos escaparon al furor de los reformadores fanáticos? ¡Imposible! Eran monjes, eran virtuosos, eran bienhechores de la humanidad. Así, los enemigos de la Religión no atacan en los monjes los vicios, sino los bienes que puedan resultar de su instituto y de su profesión. En una palabra no son censores imparciales, y tanto experimentarían los monjes esos virulentos ataques si fuesen observantes ó relajados, útiles ó inútiles á la sociedad. . . . .

»Desde tiempos muy remotos ha reinado esta preocupación; y en prueba de esto, citaré un hecho del siglo v. Tratábase en aquel tiempo de la elección de un Obispo, y el pueblo puso á disposición de Sidonio Apolinar la elección. Este, antes de proceder á su compromiso, les habló

de esta manera: «¿Os daré un monje? ¡oh! aun cuando ese monje fuese el modelo de los anacoretas, la crítica caería sobre él de todas partes, y me parece oir ya los murmullos de una multitud de enanos que me gritan:—Lo que necesitamos es un Obispo, y no un abad. El hombre que nombráis podrá muy bien interceder por nosotros cerca del Juez del cielo, pero, ¿quién protegerá nuestros cuerpos cerca de los jueces de la tierra?—Luego llegará la opinión de las gentes del mundo y esa manía de denigración que transforma en vicios los menores hábitos y hasta las virtudes de esos solitarios. Suponed que nombro un monje que lleva la cabeza modestamente baja:—Es un hombre de nada, me dirán; su aire denota su bajeza.—Si, al contrario, lleva la cabeza alta y derecha, gritarán que nombro un arrogante, un hombre lleno de sí mismo. Si le tomo sabio, le tacharán de pedantería y orgullo; de grosería, si es sencillo. La severidad será dureza; su indulgencia, relajación; su penetración, si la tiene, pasará por astucia y mala fe. Si es sobrio, le proclamarán avaro; si le gusta vivir bien, le llamarán glotón; si ayuna, le tendrán por hipócrita y un falso santo. Si habla libremente, será un malo; y si sabe callar un tonto.—El juicio del mundo es un anzuelo de doble dardo; y, además, las preocupaciones obstinadas del pueblo, ya lo sabéis, hacen su gobierno demasiado difícil...»

»Tal ha sido siempre el juicio que se ha formado de los religiosos, según nos habla la historia. El mundo no está contento sino de sí mismo; es decir, de la inconsecuencia y del orgullo...»

X

El P. Solano, no sólo defendió, como acabamos de ver, la ilustración del clero católico en general; defendió también la ilustración y el patriotismo del de Colombia en par-

ticular. Como conocía la alta dignidad del ministerio sacerdotal, no podía aplaudir la conducta de Hidalgo, Morelos y otros, que, cambiando la sotana por el uniforme militar, y la cruz por la espada, combatieron como soldados por la independencia de América.

Nadie, cual el escritor de quien nos ocupamos, había defendido la libertad y combatido los abusos; pero no con armas vedadas á los de su clase, sino con la *espada* de la palabra. En 1839, á consecuencia de haber sido denunciado, como *sedicioso*, ante el Gobierno, hablaba en los siguientes términos, en una nota dirigida al Gobernador Eclesiástico de esta Diócesis, sobre la libertad con que podían y debían atacarse los actos abusivos de los gobernantes:

«Hasta ahora, decía, he ignorado que sea un delito de alta traición, ó como dice el Sr. Gobernador, *de sedición*, atacar algunos actos de los gobernantes. He leído á varios publicistas y no encuentro uno sólo que no sostenga, como un dogma político, la imposibilidad de mantenerse un Estado sin este requisito saludable. Montesquieu pretende que hasta los libelos contra los gobernantes deben tener curso, por ser esto conforme á la libertad *de pensar y de escribir*. Yo no adopto esta máxima: la refiero para que sepan cuál es el modo de pensar de los escritores que circulan entre nosotros, sin que la gobernación los mire como *sediciosos*. Usted sabe muy bien que los pueblos ilustrados del presente siglo sostienen con calor la libertad de la prensa, con el objeto de atacar los abusos de los altos Poderes, cuando éstos se oponen á la ley. Por este nombre, no debemos entender solamente la ley civil, sino también la divina y eclesiástica. Las Cámaras de Francia y de Inglaterra atacan los actos del Ejecutivo; y los periodistas los de los poderes legislativo, ejecutivo y judicial. Si allá, en la culta Europa, no se tiene esto por sedición, ¿porque lo será aquí? Menos que digamos, irónicamente, con Pascal: «que la justicia varía según los meridianos.» Lo cierto es, que esta voz *sedicioso*, atribuída á los católicos, es muy vieja, según se

ve por el Nuevo Testamento y los monumentos de la historia eclesiástica.»

Un sacerdote que así comprendía la libertad política nunca podía ser de la escuela de Hidalgo y de Morelos, ni tampoco podía aplaudir la recomendación que el Sr. Doctor José Joaquín Ortiz hizo del P. Mariño, religioso dominicano, en una de las hermosas cartas que le dirigió al redactor del *Neo-Granadino*, bajo el seudónimo de *Un Sacerdote católico*, para probarle que el clero de Colombia había trabajado por la independencia de su patria. Fué con tal motivo que el R. Solano escribió el siguiente artículo, que da la verdadera idea del patriotismo que deben tener los ministros de Dios. Hélo aquí:

«El sacerdote patriota

»Leyendo las cartas del Sr. Ortiz y las notas del Sr. Restrepo contra *El Neo-Granadino,* he observado que aquellos, para satisfacer á éste, confunden el verdadero patriotismo con el falso; y lo que es lo mismo, la virtud con el vicio. *El Neo-Granadino* objeta que el clero de la Nueva-Granada no ha prestado ningún servicio á la independencia. Los señores antes citados refutan esta aserción, presentando eclesiásticos seculares y regulares que han hecho la guerra á los españoles. El Sr. Ortiz dice en la carta 8.ª «Un día fuí á la Iglesia de la parroquia y ví entrar á un »fraile, vestido con el blanco sayal de Santo Domingo: era »el P. Mariño. Sobre su sombrero ondeaba un inquieto plu»maje: de sus hombros resplandecían temblando las sueltas »charreteras de coronel: sonaban en el pavimento de la »iglesia sus espuelas y su larguísimo sable. Llegó al altar, »se despojó de los arreos militares para revestirse el alba de »los levitas y las demás vestiduras sacerdotales, y ofreció al »temible Dios de los ejércitos el sacrificio incruento de sa»lud y de paz...»

»No me acuerdo haber leído cosa semejante ni en la vida de Lutero, ni en la de Calvino. ¿Y ese fraile y otros sacerdotes de esta clase merecerán ser contados entre los que hacían servicios á la patria? Ninguno puede servir á una causa justa, faltando á sus deberes. Esos sacerdotes eran unos sacrílegos profanadores de los altares, de la religión y de la patria. Las armas del sacerdote, verdadero patriota, son la prensa, si sabe escribir, la oración y la predicación, evangélica se supone. Las lágrimas, decía san Ambrosio, son mis armas contra los enemigos de la Iglesia y del Estado. Las manos levantadas al cielo son más poderosas que los ejércitos, dice Bossuet. Hablando Lamartine de los deberes del sacerdote, dice, juiciosamente: «Sus »relaciones con el Gobierno son simples. El le debe, lo »mismo que todo ciudadano, ni más ni menos; á saber, »obediencia en lo que sea justo. Él no debe apasionarse, »ni en pró ni en contra de las formas de Gobierno de la »tierra; las formas se modifican, los poderes cambian de »nombres y de manos, los hombres se precipitan alternati»vamente del trono; estas son cosas humanas, transitorias, »fugitivas é instables por su naturaleza. La Religión, go»bierno eterno de Dios sobre la conciencia, que está encima »de esta esfera de vicisitudes y de versatilidades políticas, »se degrada cuando desciende y se confunde con ellas: su »ministro debe, en consecuencia, evitar cuidadosamente »tan absurda degradación. El sacerdote es el único ciuda»dano que tiene el derecho, así como el deber, de perma»necer neutral en las causas, en los odios y en las luchas »de los partidos ú opiniones que dividan á los hombres; »porque él, antes de todo, es ciudadano del reino eterno, »padre común de vencidos y vencedores, hombre de paz y »amor, discípulo del que no quiso derramar ni una gota de »sangre para defenderse, y que dijo á Pedro: *Vuelve esa »espada á su vaina.*»

»No vale replicar que sólo se trata de satisfacer al *Neo-Granadino*, que había negado la cooperación del clero en

la lucha de la independencia; porque para esto bastaban tantos sacerdotes patriotas que se condujeron según los deberes que les imponía su estado. Los ejemplos de inmoralidad, ó deben omitirse, ó llevar su corrección. Al contrario, presentar mezclados hombres reprensibles con inocentes, es dar margen para que los ignorantes y corrompidos se persuadan de que es lícito, para defender la patria, conducirse como el P. Mariño y otros de su calaña.

»El Sr. Restrepo hace lo mismo, contando entre los próceres eclesiásticos de la independencia de Méjico, á Hidalgo y á Morelos, soldados con sotana y parecidos al P. Mariño. Cuando habla del Ecuador, apenas hace mención del obispo Cuero, de su provisor Caicedo y del cura de San Roque, José Correa. ¿Ignoraría al Sr. Restrepo que el Dr. Miguel Rodríguez fué compañero de Caicedo en su deportación á Filipinas, y que valía más que éste y Correa? Yo he visto en Quito al provisor Caicedo, vestido de secular, con su bastón y sombrerito á la *dernière*, comandando una tropa de indios, en junta de otro clérigo, vestido como él, que era su teniente ó ayudante. ¿Podía darse cosa más ridícula en un eclesiástico de categoría? Para mí, el único verdadero patriota, digo de los que hacían figura, es el Dr. Miguel Rodríguez. Este clérigo virtuoso é ilustrado jamás se metió en monadas: era individuo de la *Junta*, y se conducía con dignidad en sostener los derechos de la patria. Él fué quien dictó la nota de contestación al oficio de Montes, que intimaba la rendición de Quito, desde su campo del *Calzado*. Entre otras cosas, decía la contestación, que el Gobierno de Quito no podía reconocer una misión que emanaba de los *mercaderes de Cádiz* (el Consejo de Regencia). Esta frase irritó demasiado á Montes, quien hizo investigaciones sobre el autor, y le juró un odio eterno. Rodríguez, en consecuencia, fué desterrado á Panamá, y de allí transportado á Filipinas en unión del Dr. Caicedo. Aquel ilustre patriota, después que las tropas españolas evacuaron la plaza de Quito, regresó á su patria, y murió en Guayaquil.

Rodríguez, pües, merece un lugar preferente en la historia del Ecuador, por sus virtudes y talentos. Fué maestro del Dr. Vivero: el señor Obispo Cuero le apreciaba en sumo grado; y, en fin, le honraban con su amistad los eclesiásticos distinguidos en aquella época, como Araujo, Villamagán, etc. Yo leía con avidez sus escritos, principalmente su elocuente oración fúnebre pronunciada en las exequias de los que murieron en el cuartel el 2 de Agosto. Siento no conservar dichos escritos, por haberse perdido en Quito con mi salida; pues ahora los habría publicado, al menos algunos fragmentos.

»Pero volvamos á los sacerdotes que tomaron parte en la revolución de Quito. Yo he visto á muchos frailes y clérigos traspasar los límites de su estado, capitaneando tropas y excitando revoluciones. A un Fray José Correa, franciscano, le hicieron Comandante de una compañía que vino á Mocha para reforzar la tropa estacionada en aquel punto contra Montes. Aquel buen fraile llevaba en su pecho un Crucifijo, y sus manos manejaban la espada! Esto se parecía bastante al espectáculo que presentaban los penitentes de la *Liga* en Francia, que ha dado mucha materia á los historiadores para ridiculizar el partido del Duque de Mayenna. Un amigo, que acompañó al comandante misionero, me contaba que se le había convertido en sustancia su nuevo grado. En cada lugar que hacía alto la tropa, y tenía que dar sus órdenes, se quejaba, en la apariencia, diciendo: «¡Qué trabajo es ser comandante!» No quiero extenderme más sobre esta materia tan odiosa, que recuerda los extravíos de nuestra primera revolución.

»Cuando los sacerdotes se mezclan en negocios puramente políticos, se hacen odiosos aun á los seculares que sostienen la misma causa. Napoleón miraba con desprecio á Talleyrand, y varias veces le dijo que reasumiera su estado; lo cual no le agradaba al obispo de Autun, y este fué el motivo porque se empeñó en traer á los aliados que estaban en las fronteras de Francia contra Napoleón. Al

abate D'Pradt le llamaba el *capellán del dios Marte*, porque era el panegirista de todas las revoluciones. La América ha tenido también muchísimos *capellanes del dios Marte*, y Dios quiera que en adelante no los tenga.

»Porque, ¿qué adelantan las naciones con semejantes sacerdotes apóstatas? El Señor no puede mirar con indiferencia esta conducta punible de sus ministros; y, por castigarlos, descarga su brazo sobre los que los sostienen ó los toleran. Sucede con éstos lo que con aquellos israelitas, llamados José y Zacarías, que por adquirir fama, se empeñaron en un combate y fueron derrotados con pérdida de 2,000 hombres, según se refiere en el libro I, capítulo V de los *Macabeos: Non erant*, dice el escritor sagrado, *de semine virorum illorum, per quos salus facta est in Israel.* «Ellos no pertenecían á la generación escogida por Dios »para la salvación de Israel.» Así los sacerdotes no son de la clase destinada para defender la patria con efusión de sangre...»

XI

En 1860 y 61 se redactaba en esta ciudad, por el señor Rafael Borja y por el que escribe estas líneas, el periódico intitulado *La República*, periódico en el cual colaboraban los Sres. Tamariz, Malo, Cueva y Ramón Borrero. El padre Solano, que en esta época se hallaba ya postrado de las fuerzas del cuerpo, pero no de las del entendimiento, envió á la redacción de *La República* algunas producciones suyas, que fueron las últimas que nos dejó escritas su brillante pluma. Tales fueron un artículo científico sobre el cultivo del algodón, algunas fábulas en prosa y algunas máximas, sentencias y pensamientos religiosos, morales y políticos. Tanto las fábulas como las máximas, sentencias,

etcétera, son resultado de un profundo estudio, de largas meditaciones y de un perfecto conocimiento de las cosas y de los hombres.

Cada uno de esos pensamientos contiene, como dice el P. Solano, un discurso completo; y, por lo que hace á la forma en que están concebidos, ella es tan culta y elegante como la que han dado á los suyos Bossuet, Massillón, Balmes, Donoso Cortés y otros hombres tan eminentes como éstos. Mucho y muy bueno ha dicho el P. Solano en muy pocas palabras; y al transcribir aquí sus elevados conceptos, creemos, no sólo honrar la clara memoria de su autor, sino también hacer un servicio importante á nuestros compatriotas, recordándoles las breves, pero profundas lecciones de verdadera libertad, patriotismo y moral política, que debemos á la pluma del ilustre escritor. Hélos aquí:

«Hay patriotas que hacen más daño que provecho á su patria: son como las nubes tempestuosas, que se deshacen en lluvias, no para fecúndar, sino para esterilizar los campos. Si Cartago no bubiera tenido á Aníbal, tal vez hasta ahora hubiera estado en pie.

»Muchos se hacen patriotas por mandar, y ninguno por obedecer. Quitad á Mazzini y á Garibaldi sus pretensiones, y los veréis en las filas de los austriacos.

»Invadir el derecho ajeno es más cómodo y más dulce que conservar el propio. Este es el origen de las conquistas y de los robos.

»El campo de la política tiene tres zonas: frígida, templada y ardiente. Un buen político desecha los extremos y adopta el medio.

»En la sociedad humana, lo político, lo moral y lo físico son distintos, pero inseparables. Lo primero, mira al gobierno; lo segundo, á las costumbres y á la Religión, y lo tercero, al comercio, á la agricultura, á las artes, etc. De aquí sigue que una nación sin política, es bárbara; sin costumbres y sin religión, es brutal; y sin agricultura y comercio, es salvaje.

»La federación es la tentación del *demonio meridiano* de la América meridional.

»La política ecuatoriana, aunque muy complicada, es fácil comprenderla. En el Ecuador no hay más que dos partidos: uno de engañadores, y otro de engañados. Aquí viene la exclamación de Shakespeare: *Poor peole!* ¡Pobre pueblo!

»La política verdadera se aprende en el estudio del corazón humano; y la escuela de este estudio es el propio corazón.

»La política moderna es como el juego, en que más es lo que se pierde que lo que se gana.

»La política quiere gobernar el mundo por el interés: la Religión, por el amor. Los vínculos de la primera son ficticios; los de la segunda, están en la naturaleza del hombre. Véase por qué es necesaria la Religión en los sociedades.

»La economía es respecto de la riqueza, lo que la luz respecto de los objetos. Sin luz no hay visión: sin economía no hay riqueza.

»La política quiere hacer ricos por la ciencia: la Religión por la limosna: *date et dabitur vobis*...

»Las naciones que comienzan son como los niños, á quienes no se les puede dar lecciones largas y abstractas. Tal fué el pensamiento de Franklin, cuando publicó en los Estados-Unidos sus célebres máximas y sentencias políticas y económicas. Ojalá hubiera muchos que lo imiten.

»El pueblo no necesita tanto de ciencia cuanto de Religión y de moral.

»Si Newton, Leibnitz, Descartes y todos los filósofos antiguos y modernos vinieran á persuadirme, que para hacer un cuerpo más sólido. más compacto y más bello, era preciso triturarlo y después reunir sus moléculas, no les creería. Del mismo modo, no creo que un cuerpo político centralizado quede más firme y estable separando sus partes para reunirlas después por medio de la *federación*.

»El vasallo es infatuado; el ciudadano es loco; el hom-

bre religioso es cuerdo. El primero tiene puesta su esperanza en el palacio; el segundo en el pueblo, y el tercero en el cielo.

»Arquímedes no podía mover el globo terráqueo con su palanca por falta de un punto de apoyo. El Cristianismo ha sacado el mundo moral de su centro, porque tiene su palanca y su punto de apoyo: la Divina Providencia.

»¿Quieres vivir inquieto, como en una casa amenazada de ladrones? Busca una república naciente. Si te gusta vivir tranquilo, tener quijotismo, dominar y vegetar como una planta tropical, no te faltará una monarquía absoluta. ¿Te place ser algo fanfarrón, algo ilustrado y faccioso? Las monarquías limitadas te darán asilo.

»Séneca era un filósofo tocado de *spleen;* y, por tanto, nos dejó los siguientes versos en una tragedia intitulada: *Troas* (Las Troyanas), acto 4.°

»Dulce mœrenti populus dolentum
Dulce lamentis resonare gentes.

»Al triste le es dulce
vivir en un pueblo,
rodeado de penas,
de dolientes lleno.
»Escucha gustoso,
tranquilo y sereno,
de gentes que exhalan
suspiros, lamentos.

»Si Séneca hubiese vivido en este tiempo y en el Ecuador, sin duda habría estado como en su centro, disfrutando de tantos dolores y angustias que experimentamos: porque verdaderamente en la época actual nuestra pobre patria es el *populus dolentum* del filósofo español. Sin embargo, no habría dejado de reirse algunas veces asistiendo á las graciosas comedias políticas que se representan entre nosotros.

»Los tontos son necesarios en la sociedad, como las sombras para la perfección de un cuadro.

»De todas las revoluciones de nuestra América, una sola ha sido popular: la de la independencia. Las demás han traído su origen de los cuarteles ó de tribunos imperitos.

»La prensa es un fuego que ilumina y quema. Hace lo primero, si es imparcial; y lo segundo, si procede con imparcialidad. La imparcialidad no consiste en no tener partido alguno, sino en que no se sostenga una facción: partido y facción son dos cosas distintas.

»El partido busca la verdad; el faccioso quiere sostener su idea á todo trance. El primero es un hombre que puede equivocarse; el segundo es una fiera que sigue con seguridad su presa hasta devorarla.

»Para conocer quién es partidario y quién faccioso, la mejor regla es la del Evangelio: *ex fructibus eorum cognoscetis eos.*

»La prensa, si al menos no dice como Quevedo: «Ver»dades diré en camisa, poco menos que desnudas,» no merece el nombre de republicana. La verdad desnuda conviene á las repúblicas.

»La prensa ecuatoriana ha sido hasta ahora como una vieja regañona, que habla mucho y hace peores á sus hijos y domésticos.

»Para apreciar á los hombres se necesita un criterio muy fino y delicado: éste es el alma de la política; sin él, no hay más que errores y equivocaciones en materia de elogios, de gobiernos, etc.

»Los granadinos quieren gobernar á los hombres por los libros y no conforme á las necesidades del pueblo. Este fué el vicio radical de los revolucionarios franceses del siglo pasado. Es todo lo contrario en Inglaterra y en los Estados-Unidos. De aquí esa industria incalculable, esa inmensa riqueza... Bentham, Burke y otros célebres jurisconsultos ingleses son más bien admirados que seguidos.

»El choque entre jurisconsultos y soldados es antiquísimo. Cicerón decía:

»*Cedant arma togæ, concedant laurea linguæ*

»Las armas deben ceder
á los magistrados solo:
sométanse los laureles
á la elocuencia del foro.

»Cuando los abogados y soldados degeneran, producen dos males terribles en la sociedad. El abuso de las leyes por los abogados es causa de la anarquía; y del atropellamiento de las leyes por los soldados, resulta el despotismo.

»Dios permite las guerras civiles para despejar la atmósfera política, como envía las tempestades para purificar la atmósfera terrestre.

»La guerra es una espada, cuyo puño está en el cielo y la punta en la tierra.

»La política quiere cierta libertad que no traspase las leyes ni las observe con bajeza y servilismo. *Hoc opus, hic labor est.* Esto es muy arduo; y por eso es que los grandes políticos, tanto antiguos como modernos, han creído ser necesario invocar las luces del cielo por medio de la religión.

»A Dios sólo corresponde el gobierno de sus criaturas; y ¿cómo los hombres podrán gobernar á los hombres sin que Dios les enseñe el modo de gobernarlos?

»La última catástrofe del mundo consistirá, según está anunciado, en que el hombre sólo gobernará al hombre; el Antecristo.»

A más de los pensamientos que acabamos de reproducir, encontramos también otros no menos dignos del P. Solano. Hablamos de aquéllos en que este hábil pensador caracteriza á los dos hombres que dieron existencia á la gloriosa Colombia: Bolívar y Santander. Todos los que han escrito sobre la historia de la gran República antes del P. Solano, como Baralt y Restrepo, y los que han escrito después, como el general Posada Gutiérrez, el ilustrado

señor José Manuel Groot, el Doctor Felipe Larrazábal, etc., dicen, más ó menos, lo mismo que el escritor ecuatoriano; pero éste lo dice en muy pocas palabras, y ellas solas encierran una completa biografía de Bolívar y Santander; grande, el primero, por su gloria militar y por sus heroicos y brillantes hechos; célebre, el segundo, por su talento político, por su infatigable laboriosidad y por sus dotes oratorias.

«Bolívar y Santander, dice el P. Solano, eran dos genios con distintos caracteres. Bolívar cuidaba de su persona, y quería ser el primero en Colombia, como Pompeyo en Roma. Santander se había despojado de sus prerogativas personales, y no quería sino una república *mazziniana*, radical, ó lo que fuese. Con esta idea mandó que se enseñaran en los colegios las doctrinas de Bentham. ¡Qué espectáculo tan doloroso fué ver convertidos los Seminarios en gimnasios de jóvenes *utilitaristas!*

»Bolívar creaba soldados que miraban la muerte y la religión como ilusiones. Santander educaba jóvenes epicúreos, que tarde ó temprano debían producir frutos amargos. Con tales elementos, Colombia debía disolverse, y se disolvió.

»Bolívar respetaba la vida de Santander. Este, al contrario, se mezcló con los asesinos de Bolívar.

»Colombia habría subsistido con Bolívar, sin Santander. Santander no pudo sostener á Colombia sin Bolívar. Este era un atlante; y el otro, si se quiere, un gigante.

»Bolívar nunca se hizo César; pero Santander se presentó como Bruto, partidario y faccioso. Partidario, defendiendo la libertad; y faccioso, asesinando á César.

»Bolívar podía haber creado una monarquía, si hubiera querido. Santander no tenía elementos ni para una monarquía, ni para una república. La primera se hace con soldados: la segunda con el pueblo. Las simpatías del ejército se inclinaban á Bolívar, y Santander apenas tenía una semipopularidad.

»Bolívar era venezolano, y Santander granadino. El uno tenía algo de *llanero:* el otro, algo de *estudiante.*

»Bolívar quería ir con la experiencia; y Santander con el siglo.

»Mientras Bolívar trabajaba en el Perú para darle independencia y libertad, Santander se ocupaba en dejarnos la *deuda colombiana.* Bolívar y la nación le pidieron cuentas de aquel funesto empréstito, y Santander les dió *cuentos* (1).

»Bolívar era el hombre de orden, y Santander el *hombre de las leyes.*

»El retrato de Bolívar está hecho por naturales y extranjeros: el de Santander está bosquejado.

»Bolívar y Santander pasarán á la posteridad en diversas actitudes. El uno escribiendo una elegía sobre Colombia; y el otro dictando *leyes.*»

XII

Interminable sería nuestra tarea, si después de haber hablado de los periódicos que escribió el P. Solano, quisiéramos también hablar de sus innumerables opúsculos y folletos, tales como «El penitente fingido visto en su verdadero punto, ó crítica sobre el folleto intitulado: *Vidaure*

(1) Mucho se ha hablado de este negocio, dentro y fuera de Colombia, especialmente cuando vivía el general Santander. Entonces se le llamó *asesino, ladrón, tirano,* etc.; pero no han faltado escritores respetables, amigos personales y políticos del Libertador, y que estaban al corriente de todo lo que había pasado en el negocio del empréstito colombiano, que vindicaron la memoria de Santander del feísimo cargo de ladrón. Léase, en prueba de ello la *Historia de Colombia* por Restrepo, las *Memorias histórico-políticas* del general Posada y las *Memorias* del general O' Leary. (A. B.)

contra Vidaure», «Defensa de la inmunidad eclesiástica,» «Cartas ecuatorianas contra el editor de *La Balanza*,» etc. Hablaremos sólo y muy ligeramente de dos opúsculos muy notables: «La predestinación y reprobación de lcs hombres, según el sentido genuino de las Escrituras y la razón,» y «Bosquejo de la Europa y de la América en 1900.»

El opúsculo sobre predestinación, que tanto ruído ha hecho en el Ecuador, fué escrito en 1828, y, cuando se publicó se hallaba nombrado Obispo de esta Diócesis el ilustrísimo Sr. Dr. Calisto Miranda, Canónigo de la Catedral de Quito; desempeñaba las funciones de gobernador eclesiático del obispado de Cuenca el Deán Dr. José María Landa. El Dr. José Chica, Promotor fiscal del obispado de Quito, se presentó ante el Ilmo. Sr. Miranda, que por aquel tiempo era Vicario Capitular de esa Diócesis, pidiendo, en una solicitud que formuló al efecto, que se mandara recoger todos los ejemplares del opúsculo sobre predestinación, como había pedido que se hiciera lo propio con las Biblias inglesas; «porque, decía el Dr. Chica, el daño que causaría al público una Biblia trunca, sería igual al que causaría el sistema del P. Solano, si se divulgase y anduviese en manos de todos, en razón de ser no sólo absurdo, sino funesto y malicioso.»

A la vista fiscal del Dr. Chica, contestó el P. Solano en un folleto titulado «Espíritu de F. Vicente Solano,» folleto en el cual, hablando del anterior sobre predestinación, decía lo siguiente: «Su idea me ocupó mucho tiempo, como tengo dicho en el prefacio. Jamás pensé manifestala á nadie porque bien conocía lo que han padecido los autores, sean originales ó no. Me acordaba lo que sufrió Ambrosio Catarino por su opinión acerca del valor de los sacramentos conferidos sin intención, que se miró como un error escandaloso, y que después adoptó la Sorbona. Traía á la memoria los insultos que prodigaron la ignorancia y la emulación contra los PP. Berti y Patavio, atribuyéndole al primero sentimientos jansenísticos, y al segundo el pesti-

lente contagio del arrianismo. Después de haber recorrido los hombres ilustres de Europa perseguidos y calumniados, daba una rápida ojeada sobre la América, donde hay pasiones quizá más bajas y degradantes que en Europa. Ponía á la vista sin cesar la suerte de dos célebres quiteños, Espejo y Megía. ¡Qué no hizo la envidia para perderlos! El uno murió rodeado de críticos indecentes; y el otro tuvo á bien expatriarse y acabó sus días á dos mil leguas de su hogar. Reflexionaba que toda opinión algo contraria á las máximas de algunos escolásticos se tenía por herética, según lo había observado el célebre Luís Vives. En fin, después de mil vacilaciones, estuve decidido á morir con mi opinión sin hacerla sentir á nadie. Pero luego que vi que con la libertad de imprenta y de comercio se introducían libros impíos, los cuales andaban en manos de todos; que los pastores callaban; que muy pocos tomaban la pluma para sostener las verdades de la Religión, dije entre mí: esta es la hora de entregarme al sacrificio y atacar el libertinaje y la incredulidad. La predestinación, reflexionaba, según mi idea, es muy aparente para esto. ¿Qué podrán oponerme? Los PP. y los Concilios nada han decidido. La predestinación gratuita tampoco es un dogma de fe; los doctores católicos están discordes: ¿por qué no me será lícito usar la libertad que permite san Agustín en las cuestiones dudosas: *in necessariis unitas*, *in dubiis libertas*, *in omnibus charitás*?»

El Ilmo. Sr. Miranda, accediendo á la petición del Promotor fiscal de Quito, Dr. Chica, decretó que se recogieran todos los ejemplares del cuaderno sobre predestinación, mientras séa censurado por el Sr. Dr. José Jaoquín Araujo, á quien nombró para el efecto. Con tal motivo decía el P. Solano: «Yo veo en la persona de Su Ilma. á un sucesor de los Apóstoles; á un Obispo puesto por el Espíritu Santo para gobernar la Iglesia de Dios, según la expresión del Apóstol: por consiguiente, me es imposible no deferir á su dictamen, y en prueba de ello he entregado

los ejemplares que se hallaban de venta al señor Gobernador del obispado, Dr. José María Landa. ¡Infeliz de mí si abrazara otro partido que el de la obediencia! La privación de ésta ha sepultado al género humano en el abismo en que yace. Millares de grandes ingenios se han perdido por esta falta.»

El Sr. Araujo, eclesiástico, que gozaba de la reputación de un gran teólogo, censuró, en efecto, el opúsculo sobre predestinación; y véase lo que aquel sabio opinó sobre el mérito del que lo había escrito: «No es el autor, dice, de aquellos hombres superficiales que desfloran algo los libros y se ponen á escribir inmaturamente: ha estudiado su asunto, lo ha meditado fuertemente: ha leído con aplicación: presenta por lo común su modo de pensar con claridad y método: lo exorna con estilo fácil, en que no sé qué admirar más, ó la habilidad y facundia del escritor, ó las riquezas de nuestra lengua, que se presta con propiedad á las materias más abstractas. Su talento vivo, perspicaz, brilla en todo el discurso de la obra. Lo más importante para nuestro caso es que el autor protesta su diferencia y sumisión á los hombres apostólicos, á los Santos Padres y Sumos Pontífices, asentando después esta noble sentencia: «Si yo en»contrase en los Padres una doctrina uniforme, aunque fal»sa, la abrazaría; porque me parece más razonable errar con »ellos, que acertar siguiendo mi propio dictamem;» aunque en ella supone herejía, porque el unánime consentimiento de los Padres sobre una doctrina, prueba que es de fe, y es imposible que sea falsa y que se yerre siguiéndola. Su celo por la Religión lo demuestra en las valientes salidas que hace contra los filósofos incrédulos, y contra los políticos irreligiosos, dándonos una prueba, en estas escaramuzas, de lo que podría en una acción arreglada.»

El P. Solano contestó al Sr. Araujo en un opúsculo titulado: *El Baturrillo*, como antes había contestado al doctor Chica: y en esas contestaciones manifiesta una erudición que asombra, atendida la corta edad que entonces tenía.

El había dicho en el prefacio de su obra: «Estoy íntimamente convencido de la debilidad del espíritu humano en general, y de la del mío en particular; y así, no puedo mirar este escrito sino como una travesura de imaginación ó, llámase como se quiera. Jamás me parecerá otra cosa, sin que reuna el sufragio de los sabios; pues yo no tengo ni puedo tener más que la creencia de nuestros padres tocante á la predestinación y á la gracia. Si después de la reconvención justa de los sabios, viese que mis pricipios son erróneos, tendré la gloria de imitar al inmortal Fenelón, con su libro de las «Máximas de los Santos.» En la contestación que dió al Promotor fiscal Dr. Chica, se expresa así: «Yo puedo decir de mi folleto (sobre predestinación) lo que Hume de su «Historia de la casa de Stuard,» cuya publicación, dice, alarmó á muchos. No obstante, no me arrepiento y lo digo delante de Dios y de los ángeles, que no ha sido otro mi pensamiento que reformar las costumbres. Si acaso hubiera errado, sería más digno de compasión que de censura. Se podría decir de mí y de mis adversarios lo que el Papa Inocencio XII, reprendiendo el furor con que á Fenelón le calumniaban sus émulos, por el libro de las «Máximas de los Santos:» *Peccavit excesu amoris Dei; sed vos pecatis defectu amoris proximi:* «Pecó llevado del mucho amor de Dios; pero vosotros habéis pecado por falta de amor al prójimo.» En la contestación del Sr. Araujo, dijo también: «Pero supongamos que el Sumo Pontífice, tomase el partido de condenar mi obra. ¿Se piensa que esto me degradaría? De ninguna manera; antes me llenaría de gloria, porque habría dado un testimonio de mi sinceridad y obediencia. Yo no soy vanidoso como Leibnitz que murió de pesadumbre porque le disputaron la invención del cálculo diferencial; ni soberbio como Diodoro Crono, que perdió su vida por no haber podido responder un sofisma... Persuádase mi impugnador de que jamás tomé la pluma por miras personales: la Religión es todo mi objeto!»

Cuando llegó el caso de que la Santa Sede condenara,

por su Decreto del mes de Abril de 1857, el opúsculo sobre predestinación, el R. Solano no se mostró, ciertamente, vanidoso como Leibnitz, ni soberbio como Deodoro Crono. Se sometió, como anteriormente se habían sometido los PP. Lacordaire y Ventura, cual católico de buena ley, á la censura romana; y dirigió al Soberano Pontífice la carta que reproducimos á continuación. La sagrada Congregación del Indice agregó entonces, con fecha del 23 de Mayo de 1862, al decreto sobre condenación, la siguiente nota: *Laudabiliter se subjecit.*

Hé aquí la carta á que hemos aludido, carta que tanto enaltece la veneranda memoria de su ilustre autor:

«Beatísimo Padre:

»Desde mis tiernos años no he tenido otros deseos que hacerme útil á la Iglesia Santa de Dios. Y, habiendo llegado con esta idea á la juventud, quise publicar algunos escritos, y entre estos un opúsculo intitulado, en idioma vulgar: *La predestinación y reprobación de los hombres, según el sentido genuino de las Escrituras y la razón.*

»Según el prefacio de esta obra, es muy fácil conocer que yo sospechaba hubiese algunos errores. Era muy joven en aquella época, y ciertamente, esta circunstancia pudo conducirme á algún error; pero ignoro cuál sea éste, si contra la fe ó contra las buenas costumbres. Lo único que ha llegado á mi noticia, es que dicho opúsculo ha sido puesto en el *índice* de los libros prohibidos; y si inmediatamente no pude escribir á Vuestra Santidad sobre este particular, fué porque nos hallamos siempre oprimidos de guerras y de trastornos por todas partes. No obstante, publiqué un escrito que manifiesta suficientemente que ninguna molestia ni adversidad podía sucederme por los De-

cretos de la Silla Apostólica, como se ve por el adjunto impreso publicado poco tiempo hace (1).

»Finalmente, Beatísimo Padre, hablando sin rodeos, digo, que vuestro juicio es el mío; y que todas mis obras las detesto y abomino si fueren condenadas por la autoridad de la Silla Apostólica, y os suplico al mismo tiempo, muy encarecidamente, con aquel pasaje de la Escritura: *Señor, no os acordéis de los pecados y errores de mi juventud...*

»El Dios eterno y Padre de Nuestro Señor Jesucristo se digne conservar á Vuestra Beatitud sin adversidad alguna, para el aumento de la fe, paz y unidad de la Iglesia. A este importante objeto dirige todas las preces, Santísimo Padre, vuestro humilde hijo y siervo en el Señor.—*Fr. Vicente Solano.*»

XIII

En 1839 escribió el P. Solano una obrita, bajo el título: *Bosquejo de la Europa y de la América en* 1900. Esta obra, dedicada al clero ecuatoriano, no tiene, desgraciadamente, la extensión y desarrollo que requería el asunto, á causa, sin duda, de que «las enfermedades del autor y la falta de numerario para los gastos de imprenta, le obligaban siempre

(1) El P. Solano alude al número 20 de *La Escoba,* correspondiente al 14 de Octubre de 1857, en uno de cuyos artículos dice lo siguiente: «Una de las cosas que más me ha gustado en la obra del Dr. Eyzaguirre, intitulada *El Catolicismo en presencia de sus disidentes,* es la siguiente protesta con que termina el segundo tomo:

«En las deducciones de los hechos que he referido, ó en las cuestiones que he tocado de paso, pudiera haber aventurado alguna proposición disconforme al sentir de la Iglesia católica; si así hubiese sucedido, desde luego la retracto, pues ahora y siempre he sometido y someto mi juicio al de la Iglesia, cuya cabeza es el Romano Pontífice. Lo propio han hecho y hacen todos los escritores católicos; porque de otra suerte, serían inconsecuentes é infelices. Yo, que siempre he vivido penetrado de estas ideas, he hecho lo mismo; y ahora sería tachado de inconsecuencia si no sometiera mis escritos á la autoridad de la Iglesia y no condenara lo que ella condenare. Esta es mi consecuencia.»

á escribir lo más preciso,» como lo hace notar en la *Advertencia.*

Al principiar su obra el P. Solano, se expresa así: «Un grande problema ocupa á algunos pensadores de Europa: ¿cuál será la suerte de tantas naciones que han obtenido la primacía en nuestro globo? Después de haber recorrido todas las edades de las asociaciones políticas, se hallan en su vejez, y, por consiguiente, próximas á su muerte. Los síntomas son alarmantes: todos conocen el mal, y muy pocos piensan aplicar el remedio. Pero aun éste, humanamente hablando, suele ser ineficaz para las naciones, en ciertos períodos, como lo es á los individuos en los males físicos. No obstante, yo quiero manifestar las causas que han conducido á los pueblos europeos al borde del precipicio. Y como la América, desde que fué conquistada, ha seguido la suerte de Europa, estas naciones tienen entre sí tal contacto, que no se puede hablar de la una sin hacer mención de la otra. De aquí resulta, que entra en el plan de mi obra, tratar del estado futuro de los americanos, después de la ruína del continente europeo.»

El *Bosquejo de la Europa y de. la América* contiene dos partes. En la primera el P. Solano habla de lo que Dios ha hecho con la Europa; de las causas que la han corrompido y de los castigos con que Dios la amenaza: en la segunda bosqueja muy ligeramente el estado actual y el porvenir de la América, cuyo destino debe ser su anexión á los Estados-Unidos del Norte, así como el del antiguo continente su absorción por la Rusia.

Recordando los beneficios que Dios ha hecho á la Europa, el ilustre franciscano habla así: «La misión de Jesucristo sobre la tierra fué la de propagar una religión universal; ó como dice san Juan: *reunir á los hijos de Dios en un solo rebaño.* Él podía haber hecho el centro de esta reunión cualquier punto de la tierra, así como pudo hacerlo con los judíos cuando los sacó de Egipto. No obstante, les dió la Palestina, este país delicioso, fértil y abundante, ó

según la frase de la Escritura, *esta tierra que se deshace en leche y miel.* Del mismo modo, eligió la Europa para el centro de este nuevo pueblo escogido; la Europa, cuyo clima dulce es la envidia de todos los que viven fuera de ella, y cuyos frutos sustanciosos y sazonados hacen las delicias de la vida. Allí respira el hombre, sin sentir las fatigas de una temperatura que hace hervir el alcohol, ó que congela el mercurio. Allí reinan las ciencias, las artes, el comercio, etc. Todas las naciones han oído sus oráculos, y han corrido á contemplar sus maravillas. Cualquier europeo puede decir de su patria, lo que el Salmista de la suya: «Grandes cosas se refieren de tí ¡oh ciudad de Dios!... »Aquí vemos á los extranjeros, llenos de asombro, al mirar »nuestra dicha; al opulento mercader de Tiro, y á los pue»blos de Etiopía, ricos con la abundancia de su oro...»

»La Europa, antes de la propagación del Evangelio, era un país montuoso, malsano, escaso de alimentos, sin población y poco habitable. La Religión la ha civilizado, y de la civilización provienen todos los encantos de la vida, sin exceptuar la belleza del campo. La bondad del clima influye muy poco en ella; la civilización perfecciona el alma; y el alma al cuerpo, por esa íntima unión que tienen entre sí. A vista de este torrente de bendiciones que Dios ha derramado sobre aquellos pueblos, ¿no podrá decir, lo que en otro tiempo anunciaba por un profeta: *¿Qué más debí hacer por tí, y no lo hice*, pueblo ingrato?»

Cuatro son las causas á las cuales atribuye el R. Solano la corrupción de Europa: la propagación asombrosa de libros y periódicos impíos é irreligiosos; la lectura de la Biblia en lengua vulgar, sin la inteligencia que le dan la Iglesia Católica y los Santos Padres; la ninguna autoridad que tiene la predicación de los ministros protestantes, y la corrupción del teatro. Notables y muy juiciosas son las apreciaciones que hace sobre cada uno de estos puntos, mostrándose en ellas tan buen conocedor del estado religioso, social y político de aquel país, como pudiera serlo

cualquier escritor europeo versado en la historia de su patria.

Después de haber expuesto con alguna extensión las causas de la corrupción de las costumbres en Europa, invocando en apoyo de su opinión el irreprochable testimonio de los protestantes Dryden, Gibbon, Blackwod, etc., el Padre Solano habla así de los castigos con que Dios amenaza á la Europa: «Ningún pueblo corrompido puede evitar la ira del Cielo. No obstante, el Señor, por su misericordia, jamás derrama el cáliz de su indignación, sin primero anunciarle. Así vemos que el diluvio fué intimado por Noé. Isaías vaticinó, más de doscientos años antes, la desolación de Babilonia por Ciro. Jeremías, Ezequiel, Baruch, Nahum, Jonás, etc., etc., predijeron la ruina de Tyro, de Jerusalén, de Nínive, de los idumeos, de los egipcios, etc. Daniel es casi un historiador de la devastación de la monarquía persa por Alejandro. Las persecuciones de la Iglesia por algunos tiranos y herejes están consignadas en el Apocalipsis. La invasión de los bárbaros del Norte de Europa en el siglo v, fué anunciada por varios hombres justos, con relación á las señales que de ella nos dan los libros sagrados. El gran cisma de Oriente tuvo también sus profetas. En fin, omitiendo otros innumerables pasajes, la espantosa revolución de Francia fué predicha, en términos casi precisos, por el Ven. Benito Labre, muchos años antes de verificarse. Y, ¿creeremos que la terrible catástrofe que debe experimentar la Europa en el siglo xix, por sus enormes delitos, se verifique sin predicción alguna? No: yo la encuentro, si no me engaño, en el capítulo 38 de Ezequiel, que habla de la invasión de Gog y Magog. Esta invasión, en otros términos, es la del Imperio ruso sobre la mayor parte del antiguo continente.»

Como se ve, el fundamento del vaticinio del P. Solano es una profecía; y para aplicarla á la invasión del Imperio ruso sobre Europa, se apoya en la doctrina del Jesuita Maldonado acerca de los cuatro modos por los cuales puede

cumplirse una profecía. Se apoya también en que Ezequiel designa un Príncipe de la cabeza ó capital de Mosoch, y en la interpretación que da Oalmed al cap. 10, vers. 2 del Génesis; interpretación según la cual los descendientes de Gog (hijo de Jafet) y Magog son los que habitan la Gran Tartaria, así como los descendientes de Mozoch, hijo también de Jafet, son los moscovitas, como lo comprueban el río llamado *Mozcho* (Moserva) la ciudad de Moserva, etc.

A la autoridad de la Biblia y de sus expositores, Maldonado y Calmet, agrega la de algunos escritores profanos, como el Conde de Segur, en su *Historia de Napoleón y del ejército grande*, el autor de un discurso inserto en *El Diario de Debates* de 23 de Marzo de 1833, y lord Dudley Stuart, orador de la Cámara de los comunes en 1836, y concluye así: «A vista de unos testimonios tan irrefragables, ¿qué recurso le queda á la Europa? El que están indicando la religión y la razón. Volver al punto de donde partió, hacer un cuerpo con los católicos bajo el Vicario de Jesucristo, como se unieron los judíos religiosos á la familia de los Macabeos para evitar los golpes de los reyes de Siria.—Mas ¡ay! ¿quién escuchará mis débiles palabras, cuando han cerrado los oídos á los clamores más imperiosos? Bossuet, con su voz de trueno, anunció á los protestantes el estado en que se hallan; es decir, que sus errores los precipitarían en el deísmo y ateísmo, ó más bien, en la mayor corrupción. Bergier, La Mennais, Maistre, Bonald, Chateaubriand y otros mil, han hecho ver la verdad misma é indicado el remedio. Pero lejos de sacar el fruto que debía esperarse, sólo han podido repetir esta sentidísima queja de un Profeta: *Curavimus Babilonem, et non est sanata.*»

Al hablar del estado presente y del porvenir de la América, el R. Solano se expresa en estos términos: «Muchos esfuerzos hace la América por colocarse al nivel de los pueblos del antiguo continente: no obstante, le faltan los elementos más necesarios: luces y población. Estas, muchas

veces, no son la obra del genio, sino de la casualidad. El Occidente de Europa se ilustró con la toma de Constantinopla por Mahomet II; centenares de literatos emigrados del Oriente, huyendo del alfange otomano, trajeron consigo la lengua de Homero y las bellezas de Platón y Demóstenes. La India fué la cuna de los conocimientos de los egipcios, y éstos los transmitieron á la Grecia, de donde pasaron á Roma. Tenemos un hecho reciente que lo prueba mejor. Cuando Junot se apoderó de Lisboa, emigró la familia real á la capital del Brasil; y por esta casualidad, se hallaron en Río-Janeiro muchos sabios y excelentes artistas; de suerte que aquella sección de América es la más adelantada en las ciencias y artes.»

«La populación de un país, dicen, se debe más bien á la introducción de nuevas familias, que al aumento de los aborígenes. Los Estados-Unidos, en 1783, apenas contaban dos millones de habitantes; y ahora pasan de catorce millones. Justamente, Tocqueville ha calculado para el año de 1900 un incremento de cien millones, por la continua introducción de extranjeros. Ya se ve que todo eso no promete una población constantemente numerosa y selecta, en que estriba la felicidad de las naciones. La introducción de extranjeros, cuando más da un aumento precario; pero no es la causa fecunda, que sólo se encuentra en el seno de la Religión. Así se ha visto que los países siempre poblados sólo han sido aquellos en que el verdadero culto no ha padecido alteración. La heterodoxia es estéril, en lo físico, en lo moral y en lo político. Por eso se vale de medios facticios para el incremento de su población, y para todo. La naturaleza no conoce otro medio que la bendición de su Criador, inherente á la santidad del matrimonio: bendición que hace *crecer*, *y multiplicar*, *y llenar la tierra*. Si todos conociesen esta verdad, no propondrían para poblar nuestro continente, la tolerancia de sectas, que lejos de fijar el principio propagativo de la especie humana, es el germen de su destrucción, etc.»

«Debemos reflexionar, dice el P. Solano, al concluir su obra, que la América está en su período de incremento; que ella aún no tiene aquellos vicios ilustrados que anuncian la total ruína de las naciones; y por tanto, hablando humanamente, debe esperar su vejez, como todos los Estados que se han formado en nuestro globo. Así que, llegará hasta el siglo xx, llena de grandeza y también de los vicios que son inherentes á ella. La Religión sufrirá los mismos ataques que en Europa, según el progreso que va haciendo la impiedad. No habrá sino ateístas; y sus obras pedirán el rayo del cielo. ¿Será el año 2000 esa época fatal que debe experimentar el género humano, como dicen algunos escritores eclesiásticos? Aquí se agotan mis conjeturas, y se me cae la pluma. Escrito está: *Non est vestrum nosse tempora, vel momenta quæ pater possuit in sua potestate.*»

Sin embargo de que la obra de que damos una ligera idea, debía llamar la atención de todos los hombres pensadores de América, y, en particular, de los del Ecuador, no ha habido quien escribiera un juício crítico sobre ella. Los trabajos científicos, históricos, literarios, etc., de los ecuatorianos, ó no se publican, ó, si llegan á ver la luz, á vuelta de mil dificultades, caen luego en el olvido. ¿Cuál es el ecuatoriano que ha escrito un juicio crítico sobre los trabajos científicos y literarios del sabio Franciscano? ¡Ninguno!

Sólo el Sr. Moreno, Arcediano de Lima, y, á quien, por lo mismo, debíamos considerar más bien peruano que ecuatoriano, juzgó, de una manera muy favorable, la obra á que aludimos; y, aunque ese juicio es muy lacónico y fué formulado en una carta particular, él vale por mil, porque el Sr. Moreno, escritor imparcial y concienzudo, era un sabio de reputación europea. Pero este sabio, este hombre que tanto honor hace á su patria, no ha recibido de sus compatriotas más tributo que el rasgo biográfico escrito en honra suya por el mismo ecuatoriano que tan buena memoria

hizo del ilustre poeta Olmedo; por el P. Solano. Veamos, pues, el juicio que acerca del *Bosquejo de la Europa y de la América en* 1900 formó el Sr. Moreno.

En una carta escrita al Sr. Dr. D. Ignacio Marchán y fechada en Lima el 30 de Junio de 1839, dice así el señor Moreno: «Muy señor mío y de todo mi aprecio: Contesto la estimada de V. de 26 del pasado Abril, dándole las gracias por la parte que ha tenido en la pronta remisión de la obrita del P. Solano, de la que he recibido los primeros siete ejemplares de las suscripciones remitidas á mi hermano. He leído con gusto dicha obrita, y desde luego me parece tan bien desempeñada cuanto cabe en tan corto volumen. Ojalá que su autor quisiera dar más expansión á sus pensamientos, dignos, por cierto, *de llamar la atención de todo el mundo* por su indudable verdad en la parte descriptiva y filosófica, y por su gran verosimilitud en la aplicación de la profecía. La claridad y precisión del estilo es inmejorable, y la expresión decente, animada y enérgica. Dele V., de mi parte, las gracias por su celo y dedicación.

»Deseo á V., etc.—*José Ignacio Moreno.*»

XIV

A fines del año 1860 enfermó gravemente el P. Solano, y desde entonces se sumergió en una profunda melancolía, tanto por sus padecimientos físicos, cuanto porque se veía privado de la lectura, ocupación que había sido el entretenimiento y las delicias de toda su vida.

Continuamente se acercaba á su librería y exclamaba: «¡Qué suplicio! ¡Qué situación la mía! Bien puedo compararme con el Tántalo de la fábula; tengo cerca de mí aguas deliciosas y frutas que provocan, pero no puedo gustar de ellas.» Otras veces decía: «Un padre de familia siente

por sus hijos en el momento de su muerte; yo, en vísperas de dejar el mundo, siento separarme de estos maestros y amigos que han hecho los placeres de mi vida. Voy á dejarlos en manos de quienes no sabrán aprovecharse de ellos.»

El vaticinio del P. Solano se ha cumplido al pie de la letra: su selecta librería, cuyos restos vimos hace algún tiempo en casa de D. N. Landín, síndico de San Francisco, ha desaparecido. Esa librería debió ser comprada por el Colegio Seminario ó por el Nacional; pero nadie pensó en tal cosa. Entre nosotros, muy poco nos cuidamos de honrar á los muertos, por ilustres que sean: de lo que nos cuidamos es de honrar á los vivos, aunque estos sean como D. Ignacio Veintemilla, cuyo nombre lleva un puente levantado sobre el riachuelo de *Milchichig*. Mientras tanto nada se ha hecho (1) para honrar, como es debido, la memoria del P. Solano, del más ilustre de los hijos del Azuay, de quien no tenemos otro recuerdo que el nombre de la calle que pasa por San Francisco, calle á la que, recientemente, se le ha puesto el nombre de *Solano*.

Dos años antes de su muerte, acostumbraba pasearse por las orillas del río *Matadero*, y se entregaba á diversas reflexiones. Unas veces repetía aquellos versos de Rioja: (?)

> Como los ríos que en veloz corrida
> se llevan á la mar, tal soy llevado
> al último suspiro de mi vida.

«Los ríos, decía otras veces, tienen para mí encantos indecibles: ellos me han hecho delirar desde mi juventud. En el cristal de sus olas y en sus diversos murmullos hay para mí un no sé qué de divino que siento y no puedo expresar. Juan Jacobo Rousseau quería morir viendo el sol, y el filósofo Aristipo la verdura del campo. Yo quisiera morir al borde de este río, arrullado por sus olas.»

Pocos meses antes de su muerte tomaba con frecuencia

1) Téngase presente que esta biografía se escribió el año de 1883.

las *Cartas burlescas* del abate Guenee contra Voltaire, y los libros poéticos de la Biblia, traducidos por D. Tomás González Carvajal, y decía: «Hé aquí las obras que más he leído en mi vida;» luego añadía chanceándose con un individuo de su familia: «Los incas se enterraban con sus tesoros; verás tú si puedes enterrarme con estas dos *ollas de oro*, que deseo llevarlas hasta el sepulcro.»

A medida que crecían sus dolencias, suspiraba de vez en cuando y decía: «La Religión no se destruirá en el Ecuador por los incrédulos; los que la han de destruir son los clérigos aspirantes en política. El odio á éstos pasará á odio de la Religión, y hé ahí un semillero de calamidades para la Iglesia.»

Faltando muy poco para su muerte, la que tuvo lugar el 2 de Abril de 1865, no quiso ya hablar de otra cosa sino de Dios. Gustaba mucho de que se le leyeran algunos fragmentos de obras espirituales; recitaba continuamente las oraciones de la Iglesia, y el Salmo que dice: *Unum petii á Domino, hanc requiram, ut inhabitamini domo Domini omnibus diebus vitæ meæ;* y días antes de su fallecimiento, compuso el siguiente epitafio, el mismo que se lee sobre la losa que cubre los restos mortales del sabio franciscano:

Hic jacet
Frater Vincentius Solano
Ex Ordine Minorum,
Qui satis vixit, cogitavit et scripsit.
Utinam bene!
Et in pulverem reversus
A transcientibus
Veniam et non laudem petit.
Obiit anno.....

A. Borrero.

Challuabamba, Diciembre 12 de 1883.

MÁXIMAS,

SENTENCIAS Y PENSAMIENTOS

MÁXIMAS,

SENTENCIAS Y PENSAMIENTOS

Al Excmo. Sr. Cayetano Conde Baluffi,

Obispo de Camerino, Prelado Doméstico y Asistente al Solio Pontificio, etc., etc.

EXCMO. SR.:

La presencia de V. E. en el continente americano fué de mucho consuelo para los fieles, que veían en la persona de Vuecencia al enviado del sucesor de San Pedro, y V. E., con aquel tino propio de su carácter y de sus luces, mantuvo la dignidad apostólica, con el respeto que raras veces suele sostenerse, en unos países plagados con el azote de la guerra y con opiniones poco favorables al sistema religioso. La Nueva Granada fué el teatro en que hizo brillar V. E. los talentos de un hábil político y de un obispo trazado según la idea del Apóstol. En una palabra, la internunciatura de V. E. fué el signo de paz para el gobierno y para los pueblos, y el título más glorioso para V. E. Así es que Su Santidad, al ver la conducta de V. E., quedó plenamente satisfecho, y quiso dar una prueba de la estimación que hacía, elevando á V. E. al obispado de Camerino, y llenándole de honores.

Yo he esperado un momento favorable para dar testimonio de estas verdades: yo, que, sin merecerlo, recibí expre-

siones de afecto de parte de V. E.: yo, en fin, que no he sido olvidado, aun cuando V. E. se ha separado del horizonte americano, para volver á ver el hermoso cielo de Italia. Me parece que he oído de V. E. aquellas tiernas palabras del Padre san Gregorio á su amigo san Leandro: QUANTO ARDORE VIDERE TE SITIAM, QUIA VALDE ME DILIGIS, IN TUI TABULIS CORDIS LEGES. *Quisiera, pues, Excmo. Sr., corresponder dignamente á la grandeza de esta memoria; pero, no encontrando en mi pequeñez cosa digna de tan augusto personaje, le suplico se digne aceptar la dedicatoria de este librito, que es un bosquejo de autor, y tal vez el monumento eterno de mi ignorancia. En suma, yo no le ofrezco á V. E. como una obra capaz de fijar la consideración de un hombre que conversa con los sabios de Italia, sino como un índice del grande afecto con que me suscribo humilde siervo de V. E.*

FR. V. SOLANO.

ADVERTENCIA

Yo creo que las siguientes máximas, sentencias y pensamientos, son originales, esto es, producciones mías que me han ocurrido cuando he escrito ó meditado. Sin embargo, como he leído á Pascal, La Bruyere, Vauvenargues, La Rochefoucauld y otros que tratan de esta materia, tal vez, sin advertirlo, he imitado algún pensamiento de aquellos escritores. Pero aun en este caso no dejará de ser original; porque la imitación no quita este carácter. Marmontel, contestando á un crítico, decía: «Yo me atrevo á predecir á todos los que como él quieren cosas nuevas, es decir, inauditas, que jamás se les satisfará, sino á expensas del buen sentido.»

Otro escritor trae estas notables palabras: «Imitar no es ser plagiario; es luchar, como dice Boileau, con su original...; es nutrir su genio, y aumentarlo con el genio de los otros (1).» Todo esto se comprende en este bello pensamiento de Pascal: «Hay hombres, dice, á quienes no les gusta jamás que un autor hable de lo que otros han dicho: y por otra parte, se le acusa de que no dice cosas nuevas. Pero si las materias de que trata no son nuevas, la disposición es original. Cuando juegan á la pelota, es una misma con la que juegan todos; sin embargo, uno sabe colocarla mejor. Yo quisiera también que se le acusase del uso de palabras antiguas: como si los mismos pensamientos no formasen otro cuerpo de discurso, por una disposición diferente, de la manera que las mismas palabras forman otros pensamientos por las diferentes disposiciones.» Empero, si yo conociese cuál pensamiento era una imitación servil, lo excluiría para contentar á estos hombres, que sólo quieren cosas inauditas; aunque, por otra parte, ellos no sean siempre los modelos del buen gusto.

(1) VOLTAIRE: *Essay sur la poesie épique.*

El objeto que debe proponerse todo escritor moralista es la reforma de las costumbres. Muy poco se adelanta con la censura de los vicios de antaño; es preciso elogiar las virtudes y atacar los vicios dominantes del siglo en que se vive. Una obra de máximas y sentencias es más á propósito para este fin, que las que causan tedio por la difusión de sus preceptos y ejemplos. Esta bella sentencia de un escritor: «Niña, las cuerdas del instrumento son saetas de Cupido,» hace más impresión que cualquiera invectiva, publicada en tantos libros contra la mala educación de las jóvenes.

Debo también advertir que yo no soy hombre de partido; y por lo tanto, en la pintura de algunos caracteres y refutación de varias doctrinas, he procedido con toda la imparcialidad necesaria.

Pensaba dar las definiciones de *máxima, sentencia* y *pensamiento;* pero he reflexionado que, hallándose estas nociones en tantos libros, era excusado transcribirlas aquí.

Si la presente obrita tuviese mérito, ella serviría para el progreso de los conocimientos; así las *Máximas y reflexiones morales* de la Rochefoucauld sirvieron para dar impulso á los ingenios franceses, que yacían aletargados antes del siglo XIV, según dicen varios escritores. Pero no pudiendo yo prometerme semejante dicha con respecto á mis compatriotas, doy á luz mis débiles pensamientos, para excitar á otros á que se dediquen á este género de escritos, que son tan útiles, y por lo mismo muy raros.

En fin, he procurado establecer algún método, colocando los pensamientos por el orden alfabético: de esta suerte, el lector podrá hallarlos fácilmente, y aun recomendarlos á la memoria, si quisiese.

FR. V. SOLANO.



MÁXIMAS,

SENTENCIAS Y PENSAMIENTOS

A

Abogado.—La superioridad de talentos de un abogado, ó de un general de ejército, no consiste en que éste gane todas las batallas y aquél todos los pleitos; sino en que cada uno sepa desistir oportunamente de lo que no pueda ganar.

Abundancia.—La abundancia de víveres prueba escasez de dinero; así la multitud de leyes es signo de poca libertad.

Aduladores.—Los aduladores y pretendientes son como los pordioseros, que no miran la virtud ó los vicios de las personas, sino la posibilidad de éstas para dar algo.

Ambición.—La democracia es la infancia de la ambición; la aristocracia es la vejez.

Bienaventurados los ambiciosos, porque de ellos es el reino de este mundo.

Amistad.—Tener amistad con todos no es posible ni conveniente; pero amar á todos es posible y necesario.

La amistad es un género que cuesta muy caro. El que no tiene amigos se expone á perecer, y el que los tiene, á ver desengaños. En el comercio de este mundo no se compra el consuelo sino como una mercadería preciosa de un país pestífero.

La amistad es como la hermosura, que varía según el tiempo, y al fin se acaba.

La amistad es una planta que se marchita sin el riego de los regalos.

Amigo.—Conviene que tu amigo sea algunas veces amargo; porque, si siempre fuera dulce, tal vez te lo comerías todo.

Amor paterno.—Por más que ames á tus padres, nunca llegarás á exceder su amor. Los padres comunmente pecan por exceso, y los hijos por defecto. El amor es una atracción: la fuerza atractiva está en los padres. Si te emancipas de ellos, no por eso se acaban tus relaciones. Ve un árbol, y observarás que las hojas y frutos se desprenden y caen al pie del tronco que los produjo, para fecundarlo y producir arbolillos á su presencia. Casi toda la naturaleza presenta fenómenos semejantes.

Amor de la patria.—El filósofo ama su patria, y quiere verla en un estado de perfección; el ciudadano la ama, aunque sea imperfecta, porque es su patria. El uno es un adulto, que se avergüenza de las imperfecciones de su madre, y el otro es un niño que se complace con ella, según las impresiones de la naturaleza. Véase por qué hay más patriotismo en el ciudadano que en el filósofo.

¿Y qué es un ciudadano? Es un hombre que mira su patria como el mejor punto del universo. Un hombre que morirá por ella, sin el fanatismo de Catón y la imprudencia de Pompeyo.

Amor propio.—El amor propio es el fénix de los vicios: vive mucho tiempo, y cuando muere renace de sus propias cenizas.

El amor propio es un veneno como todos los demás: útil en algunos casos.

Menos daño te causará tocar un avispero, que el amor propio de los hombres.

Anarquía.—Siendo la anarquía la tiranía de muchos, es preferible un tirano que sofoque aquélla, y hasta cierto punto, es digno de elogio.

Apologista.—Si quieres ser un buen apologista de la religión, basta que leas dos obras: *De Civitate Dei*, de san Agustín, y la *Apología* de Tertuliano. Y si quieres ser incrédulo, no leas nada. La religión es positiva; la incredulidad negativa. Es la mayor necedad trabajar para ser incrédulo, pudiendo serlo sin trabajo alguno.

Aristocracia.—La aristocracia es á la democracia lo que la tierra al aire. La primera firme, por su naturaleza, y la segunda movible. Ambas se tocan, y ambas son elementos de la sociedad política. Una pura democracia ó una pura aristocracia, serían viciosas, así como sería una necedad, según la presente providencia, querer que viva el hombre en la tierra sola, sin aire, ó en el aire solo, sin la tierra.

Aritmético.—El mejor aritmético es el que sabe sumar y multiplicar sus faltas, restar y dividir las ajenas.

Artes.—¿Cuál fué el primero que introdujo la maldita distinción de artes liberales y mecánicas, y retrajo de éstas una infinidad de brazos? El diablo, que es el autor de la ociosidad.

Ateísta.—Los ateístas niegan la existencia de Dios y hablan bien de la virtud; pero la virtud sin Dios, es nada. Para ser consiguientes, deben negar también la existencia de la virtud. Y como el ser consiguiente es ejercer alguna virtud, se sigue de los mismos errores de los ateístas la demostración de la virtud y la necesidad del Autor de ella.

Autoridad del Papa.—El Capitolio y el Senado no podían subsistir con el Vaticano y el Conclave; y querer resucitar ahora el Capitolio sobre las ruinas del Vaticano es uno de los delirios de nuestro siglo.

Hubo un Tito, destinado para la destrucción del mejor templo de su siglo; y no habrá jamás otro Tito para destruir el templo de todos los siglos.

César-Sumo Pontífice era común entre los antiguos romanos; los modernos no quieren César-Papa, porque son *italianos*.

La incompatibilidad del dominio temporal con el sumo pontificado, es más bien doctrina protestante, que católica.

Lo supérfluo es cosa muy necesaria, ha dicho un grande ingenio. Si el dominio temporal es supérfluo para el Papa, es necesario para sostener el Cristianismo.

Á la Iglesia toca decidir si el gobierno temporal es incompatible con el Papado; y ni la escritura ni la tradición suministran pruebas negativas.

El texto: *Regnum meum non est de hoc mundo*, es semejante á estotro: «El Hijo del hombre no tiene donde reclinar su cabeza (1).» Véanse las conclusiones:—Jesucristo dijo: *Mi reino no es de este mundo;* luego el Papa no puede tener autoridad temporal. *El Hijo del hombre no tiene dónde reclinar su cabeza;* luego el Papa no puede tener ni una casa, ni un lecho, ni una almohada en que reclinar su cabeza. Esto ¿no es risible?

Se dice: Los primeros Papas no tuvieron autoridad temporal. Esto, lejos de favorecer á los contrarios, prueba la necesidad de la autoridad temporal. Los primeros Pontífices fueron todos mártires; y no habrían sido tales, si hubiesen sido soberanos independientes. El martirio es un dón de Dios, y nosotros no debemos exponer á los hombres á una prueba semejante.

Si todos los soberanos fuesen católicos y todos los fieles sumisos, el jefe universal de la Iglesia podría estar entre ellos como un padre entre hijos virtuosos. Pero, si algunos de éstos son rebeldes, es menester que el padre tenga otro género de vida para ponerse á cubierto y conservar su persona y carácter.

B

Bolivar.—Bolivar miraba más por su honor que por su gloria; y por esto ha dejado una fama equívoca, después de haber emprendido una carrera brillante (2).

---

(1) *Vulpes foveas habent, et volucres cœli nidos: filius autem hominis non habet ubi caput reclinet.* (Math. VIII, 20.—Luc. IX, 58).

(2) Sentimos no estar de acuerdo en este último punto con nuestro sabio (*los EE*).

Los colombianos han hecho con Bolívar lo que los atenienses con Sócrates y los ingleses con Carlos I, esto es, perseguirlos durante la vida, y erigirles estatuas después de muertos.

Los hombres son una especie de animales nocturnos, que no ven el mérito sino en la oscuridad del sepulcro.

Bolívar y Santander eran dos genios, con distintos caracteres. Bolívar cuidaba de su persona, y quería ser el primero en Colombia, como Pompeyo en Roma. Santander se había despojado de sus prerogativas personales, y no quería sino una república *mazziniana*, radical, ó lo que fuese. Con esta idea, mandó que se enseñara en los colegios la doctrina de Bentham. ¡Qué espectáculo tan doloroso fué ver convertidos los seminarios en gimnasios de jóvenes *utilitaristas!*

Bolívar creaba soldados que miraban la muerte y la religión como ilusiones. Santander educaba jóvenes epicúreos, que tarde ó temprano debían producir frutos amargos. Con tales elementos, Colombia debía disolverse, y se disolvió.

Bolívar respetaba la vida de Santander. Éste, al contrario, se mezcló con los asesinos de Bolívar.

Colombia habría subsistido con Bolívar, sin Santander. Santander no pudo sostener á Colombia sin Bolívar. Este era un Atlante, y el otro, si se quiere, un gigante.

Bolívar nunca se hizo César, pero Santander se presentó, como Bruto, partidario y faccioso: partidario, defendiendo la libertad, y faccioso, asesinando á César.

Bolívar podía haber creado una monarquía si lo hubiera querido. Santander no tenía elementos ni para una monarquía, ni para una república. La primera se hace con soldados; la segunda con el pueblo. Las simpatías del ejército se inclinaban á Bolívar; y Santander apenas tenía una semipopularidad.

Bolívar era venezolano, y Santander granadino. El uno tenía algo de *llanero*, el otro algo de *estudiante*.

Bolívar quería ir con la experiencia, y Santander con el siglo.

Mientras Bolívar trabajaba en el Perú, para darle independencia y libertad, Santander se ocupaba de dejarnos la *deuda colombiana*. Bolívar y la nación le pidieron cuentas de aquel funesto empréstito y Santander les dió *cuentos*.

Bolívar era el hombre del orden, y Santander el *hombre de las leyes*.

El retrato de Bolívar está hecho por naturales y extranjeros; el de Santander está bosquejado.

La tragedia de Samper, intitulada *La conspiración de Septiembre*... deshonra á su autor, y no á Bolívar, ni á la nación granadina.

Cuando aquél hace hablar á Bolívar, diciendo: «Yo soy el Chimborazo viviente de Colombia: y así como ese gigante de los Andes pudiera, al desplomarse, aplastar una cordillera, yo aplastaré á mis enemigos, si se olvidan de mi clemencia!», es una expresión fanfarrona, que sólo ha existido en la imaginación del poeta, y jamás en el corazón del Libertador.

Bolívar y Santander pasarán á la posteridad con diversas actitudes. El uno, escribiendo una elegía sobre Colombia; y el otro, dictando *leyes*.

Bossuet.—La elevación del genio de Bossuet es como la de las nubes, que á veces nos priva de la luz cuando más la necesitamos.

Bossuet habría sido muy grande si no se hubiese acercado mucho á Luis el Grande. La grandeza de los reyes es el orín de la grandeza de los obispos.

Bossuet y Fenelón eran dos astros, y, por consiguiente, no podían caminar por una misma órbita.

Brutos.—Los brutos no son felices, ni infelices; porque no conocen su estado.

La Religión excita nuestra compasión con respecto á los brutos, mucho mejor que las reflexiones de Pitágoras y los cuadros de Hogart.

Si los brutos tuviesen alma racional, semejante á la nuestra, harían en la moral, en las ciencias y en las artes, mayores progresos que nosotros y nos darían mejor trato que el que nosotros damos á ellos.

C

Calaveras.—No sólo hay calaveras en los cementerios, sino también en los palacios y en las casas más decentes. El vulgo teme las primeras, y el sensato las segundas.

Calvario y Tabor.—Todo el mundo es Jerusalén, que tiene más cerca el Calvario que el Tabor.

Celebridad.—Si los hombres supiesen que la celebridad es una tentación muy peligrosa, ciertamente no la buscarían con tanto ardor.

Censura.—La censura es tan necesaria en el mundo, como el movimiento. Sin éste se destruiría el mundo físico; sin aquélla el mundo moral.

La censura se diferencia de la detracción en sus causas y en sus efectos. La una nace del odio al vicio, y la otra de la envidia ó del furor. La primera reforma y la segunda destruye.

El hombre no puede vivir sin censurar ó detractar. Por esto, los gobiernos que impiden la censura de los escritores públicos, no hacen sino fomentar la detracción, y, por consiguiente, la desmoralización de la sociedad.

Ciencia.—Si la ciencia se vendiese, muy pocos la comprarían; porque son muy pocos los que conocen el mérito de ella.

El árbol de la ciencia produce muchas flores y pocos frutos. Por esta razón, las verdades que conocemos, que son los frutos, son en muy corto número y todo lo demás son conjeturas, hipótesis, sistemas y teorías: ¡flores del árbol de la ciencia!

La ciencia es como el sol, que ilumina todo el sistema solar; pero muy pocos rayos tocan al hombre.

Conciencia.—La conciencia recta es como la moneda de legítimo cuño: sin ella está expuesto el hombre á mil miserias.

La mejor elocuencia para defender cada uno sus derechos, es el testimonio de una buena conciencia.

El que se arregla á su buena conciencia procede como un sabio, ó, como dice su nombre, *con-ciencia.*

Se cansa en vano el que quiere tener un largo diálogo con su conciencia: ésta no sabe más idioma que dos palabras monosílabas: *si*, *no*.

El mejor amigo es la conciencia, y el peor enemigo es la conciencia.

Conquistas y Robos.—Invadir el derecho ajeno es más cómodo y más dulce que conservar el propio. Este es el origen de las conquistas y robos.

Conquistadores.—Los conquistadores son el objeto de la admiración de los devotos y de los poetas; porque los primeros los miran como el azote de Dios, y los segundos encuentran en aquéllos rasgos sublimes para sus cantos.

Constitución.—Las constituciones de las repúblicas hispano-americanas se parecen á las cartas de dote, en las cuales se promete mucho, y, al momento de entregarlo, no se halla sino trapos, poco dinero y zarandajas.

Cortesanos.—Los cortesanos son como las nubes de verano, que hacen mil figuras caprichosas y luego desaparecen.

Cuerpo social.—Los granadinos han visto el cuerpo social como un alimento que, cuanto más es despedazado, tanto más fácil es digerirlo.

Cuestiones geográfico-políticas.—El Chimborazo y el Sorata son los puntos más elevados de la cordillera de los Andes. La base del primero se extiende hasta el Amazonas y Jaén, por el Sudeste y el Sud; la del segundo, hasta Chile, Arica é Iquique, por el Oeste. Tendrán miedo de que se desplomen estos colosos andinos, cuando los peruanos quieren darles unas bases muy pequeñas. Lo cierto es que, mientras existan cuestiones geográfico-políticas entre las naciones, no puede haber paz estable en ellas. Este es el origen de las discordias entre bolivianos y peruanos, y entre éstos y los ecuatorianos.

D

Demonio.—El demonio es un cero en el guarismo de nuestras culpas: los números que dan todo el valor somos nosotros mismos.

Despotismo.—El despotismo literario es tan temible como el político. En la república de las letras se ven, á veces, dictadores como en la sociedad política.

No es tan nocivo al progreso de las luces el despotismo, como el que sea el jefe de la nación un pedante. Los siglos de Alejandro, de Augusto, de Luís XIV, fueron brillantes. ¿Por qué la Inglaterra no hizo progresos bajo el reinado de Jacobo I?—Porque Jacobo, á pesar de que los ingleses le llamaban el Salomón de su siglo, no era Salomón, sino un pedante.—¿Por qué la Prusia con Federico II, llamado el Grande, no se aventajó, como debía, con su academia de Berlín, Voltaire, Maupertuis, etc.? Porque Federico no era sabio, sino un pedante.—El pedante sostiene á los literatos con el brazo izquierdo, y los deprime con el derecho. El pedante quiere singularizarse, y si tiene el mando supremo, es el Cromwel de la literatura.

Dignidades.—Si obtuviesen las dignidades y empleos solamente los hombres de bien, ¿con qué premiaría Dios á los perversos en este mundo, por los servicios que algunas veces le hacen?—*Receperunt mercedem suam vani vana.* (San Agustín).

Las dignidades y empleos son el mayorazgo asignado por una ley gótica al primogénito, que es el valimiento, y no al mérito, que es el hermano segundo.

Dios.—Si fuese posible ignorar la existencia de Dios, también sería posible comprender su esencia: no se ignora ni se comprende sino lo finito.

Nadie ignora la existencia de la tierra, del aire, del fuego, del agua; porque estos elementos están en relación con nuestro sér físico. Mucho menos se puede ignorar la existencia de Dios, por ser mayor la relación de la constitución física y moral del hombre con su Criador, que la de los elementos con nuestro cuerpo.

Si la existencia de Dios fuese una invención humana, como quieren los ateistas, el inventor de una cosa tan admirable merecería los honores divinos. Se daría una idolatría excusable, ó más bien, no habría idolatría.

Entre todos los señores, el menos servido es Dios: entre todos los reyes, el menos obedecido es Dios: entre todos los padres, el menos amado es Dios. Dios es todo y para el hombre es nada.

Doctores.—Si todos los doctores fuesen doctos, la ciencia sería muy vulgar, y, por consiguiente, despreciable.

Felizmente sucede en la carrera de las ciencias lo que en los juegos olímpicos: muchos corrían y muy pocos eran dignos del premio.

Dolor.—El dolor es un aire mortífero que respira el hombre desde su nacimiento. El placer es un céfiro que vivifica y pasa.

E

Economía.—La economía es á la riqueza lo que la luz á los objetos. Sin luz, no hay visión; sin economía, no hay riqueza.

Ecuador.—El Ecuador nunca puede ser una República grande mientras exista entre la Nueva-Granada y el Perú; así como no puede progresar una planta oprimida por dos cuerpos enormes.

Séneca era un filósofo tocado del *spleen*, y por tanto nos dejó los siguientes versos en su tragedia intitulada *Troas* (Las Troyanas), act. 4.°

Dulce mœrenti populus dolentum,
Dulce lamentis resonare gentes.

Si Séneca hubiese vivido en este tiempo y en el Ecuador, sin duda habría estado como en su centro disfrutando de tantos dolores y angustias que experimentamos; porque verdaderamente, en la época actual, nuestra pobre patria es el *populus dolentum* del filósofo español. Sin embargo, no habría dejado de reirse algunas veces asistiendo á las graciosas comedias políticas que se representan entre nosotros.

Edad.—La naturaleza ha dado cabellos y barba al hombre para distinguir su edad; porque, por sus acciones, siempre es niño.

Educación.—Si la educación consistiese sólo en buenos preceptos y jamás en ejemplos, por lo común los hombres se-

rían bien educados. En materia de educación todos son maestros; pero hay pocos modelos.

El Genio del Cristianismo.—*El Genio del Cristianismo*, obra marcada con todo el peso y la belleza de la religión, salió de la pluma de Chateaubriand pobre, y huyó de la cartera del ministro, y de la mesa del vizconde y del par. La grandeza humana es como un globo aerostático que no lleva en su elevación sino cosas leves.

Elogio.—La embriaguez de los elogios es más funesta que la del vino. Para trastornar la cabeza de cualquiera basta elogiar sus méritos verdaderos ó supuestos. Por esto la Divina Providencia permite que el juicio del hombre se incline más á la detracción que al panegírico.

Enemigo.—Si desprecias siempre á tu enemigo por su debilidad, te expones á que él triunfe de tí. El enemigo débil es como el aire, que, á pesar de su sutileza ó tenuidad, puede hacer explosiones terribles.

Temer siempre al enemigo, es cobardía; no temerle nunca, es imprudencia.

¿Quieres vengarte de tu enemigo? Llénale de beneficios: la prosperidad le arruinará más de lo que tú pudieras hacer contra él.

Engreído.—¿Quieres ver á un engreído? Dale dinero, ciencia ó empleo.

Epicuro.—Epicuro y Maquiavelo deben estar muy irritados en el otro mundo. Casi todos los hombres son discípulos de ellos y practican su doctrina. Sin embargo, se avergüenzan de confesarlo, como aquellas mujeres que llevan el fruto de su prostitución y no se atreven á manifestar al autor.

Escritos.—Para que tus escritos sean apreciables, no basta que los hagas buenos; es preciso que tengas partido entre tus lectores. Los sufragios que se dan á los literatos son como los que se hacen por las almas del purgatorio: pocos, y por los amigos y parientes.

Españoles.—Los españoles del siglo XVI fueron lo que los griegos, antes de la aparición de los romanos. Ellos llevaron su idioma, las luces, las conquistas á países muy remotos, como los griegos bajo el imperio de Alejandro. Los españoles subsisten formando nación, porque han adorado al Dios de Pelayo; los griegos han desaparecido, porque adoraban al *dios ignorado:* IGNOTO DEO...

Esclavitud.—La esclavitud va delante y la libertad atrás: por esto, muchos que buscan la libertad, caen frecuentemente en la esclavitud.

En materia de libertad se contentan con el nombre, como aquellos que se suponen nobles y no lo son.

Los hombres son como los ciervos y los venados que, constituídos una vez en el campo de la libertad, no se detienen en un punto, sino que recorren terrenos inmensos hasta caer en las garras de alguna fiera ó en las manos de los cazadores.

F

Fama.—Tácito ha dicho que es tan peligrosa una buena fama como una mala. Yo creo que es más peligrosa la primera que la segunda; porque aquélla produce envidiosos y ésta indiferencia ó desprecio.

Fecundidad.—La fecundidad puede ser buena ó mala. Voltaire y Rousseau escribieron más que Racine y Boileau. Los primeros tuvieron una fecundidad supérflua, y los segundos una fecundidad necesaria.

Federación.—La federación es la tentación del *demonio meridiano* de la América Meridional.

Si Newton, Leibnitz, Descartes y todos los filósofos antiguos y modernos vinieran á persuadirme que, para hacer un cuerpo más sólido, más compacto y más bello, era preciso triturarlo y después reunir sus moléculas, no les creería. Del mismo modo, no creo que un cuerpo político centralizado, sea más firme y estable, separando sus partes, para reunirlas después por medio de la federación.

Fenelón.—El *quietismo* de Fenelón fué como la negación de san Pedro: cayó, para fortificarse más en la fe. Cuando los grandes hombres reparan sus caídas, se elevan comc los rayos de luz que reflejan de un plano horizontal.

Filosofía.—¿Qué es filosofía? El buen uso de la razón. Por tanto, puede haber algunas veces más filosofía en una cabaña que en una academia.

Dios nos ha dado la filosofía como hija de la religión, y no como madre.

La filosofía vino del cielo á ilustrar á los hombres ignorantes y corrompidos, y no pudiendo éstos sufrir el resplandor de aquella deidad, le dieron la muerte. El espíritu volvió á la mansión celestial y sólo quedó el *cadáver* en este mundo. Por esta razón, los que quieren contemplar *el alma de la filosofía*, fijan sus miradas en el cielo.

La filosofía es una esclava de la religión; pero una esclava que quiere ser manumitida por capricho.

El verdadero filósofo mira la filosofía como un rico las ganancias de poca consideración.

El abuso de la razón es la filosofía del infierno.

La filosofía se burla de los reyes y magistrados; la religión los respeta. Esta condena las injusticias; pero sostiene el poder, como el podador que quita las ramas inútiles de los árboles, para que sean hermosos y fructifiquen con más vigor.

Voltaire y Condorcet han impugnado los *Pensamientos* de Pascal; y no han hecho otra cosa que probar la inferioridad de la filosofía en presencia de la religión, aun sostenida por un jansenista.

Los filósofos son unas buenas gentes que se divierten con su razón, como los niños con un juguete.

Muchos filósofos han atacado á Rousseau por haber querido hacer del hombre un animal insociable; pero ellos, ciertamente, no han visto que todo filósofo, si quiere ser consiguiente á sus principios, debe raciocinar como Rousseau.

Nadie puede ser católico, oponiéndose á la religión; pero el que ataca la filosofía es más filósofo que cuando la defiende. Burlarse de la filosofía es filosofar, dice Pascal. Bayle y Rousseau han dejado pruebas terribles contra la filosofía, y no han perdido el nombre de filósofos.—«La filosofía, dice el primero,

se parece á esos polvos corrosivos que, después de haber consumido las carnes mal sanas de una llaga, corroen la carne viva, carcomen los huesos y penetran hasta el meollo. Ella comienza refutando los errores, y al fin ataca las verdades.»—«El espíritu raciocinador y filosófico, dice el segundo, nos arranca de la vida, nos afemina, envilece las almas, concentra las pasiones en la bajeza del interés particular y mina lentamente los verdaderos fundamentos de toda sociedad.»—Véase por qué cualquier hombre de razón es cristiano y no filósofo, ó más bien, es filósofo creyente.

Fortuna.—Si es inconstante la fortuna, lo es mucho más el hombre; y por esto vemos que algunas veces domina el hombre su fortuna.

La fortuna y la atmósfera no elevan los *graves* sino los *leves*.

Fundar y gobernar.—Más fácil es fundar una monarquía ó una república, que gobernarlas. La razón es, porque el fundador puede proceder por sí solo; pero, para gobernar, se necesita la cooperación de muchos.

El mundo no puede ser gobernado por muchas políticas, porque no las hay: la política es una. ¿Y qué es política? La ciencia que enseña á gobernar bien: cualquiera otra definición es una algarabía.

¿Y en qué consiste la bondad? En dar al pueblo lo que necesita, y no quitarle lo que es suyo. Por falta de una buena aplicación de este principio, las repúblicas hispano-americanas no progresan.

Uno se persuade que lo que el pueblo necesita es tolerancia, aunque tenga la religión verdadera. Falsa política. La religión verdadera es una propiedad del pueblo, y es preciso no quitarle lo que es suyo.

¿Hay tolerancia? Es una política falsa atacar la religión católica. Por lo mismo que hay tolerancia, se debe respetar aquella religión.

En materia de agricultura, de comercio, de contribuciones, de restricciones, de aplicaciones de leyes civiles y criminales, etcétera, etc., la sana política no tiene más regla que dar al pueblo lo que necesita, y no privarle de sus derechos.

¿Hay necesidad de ilustrar al pueblo? ¿Qué se entiende por

ilustración? Un niño no necesita de la medicina, de las matemáticas, de la jurisprudencia, etc.; lo que necesita es saber leer y escribir y algunas nociones proporcionadas á su edad y capacidad. Lo propio sucede con los pueblos. En esta parte es fatal la política europea. Recorred la Europa y encontraréis maravillas: colegios, academias, museos, bibliotecas magníficas, etc. ¡Y el pueblo siempre ignorante y grosero! (1)

Observad un pueblo protestante y veréis que él no tiene más instrucción en materias religiosas que lo que oye á sus predicadores: es decir, que el Papa es el Anticristo; que los católicos son los peores del mundo; que la divinidad de Jesucristo es problemática, etc, etc.; este pueblo, digo, si se le diera lo que necesita, se instruiría por sí mismo; saldría de sus errores y sería un pueblo civilizado con la civilización que le corresponde á su posición en la sociedad.

A Dios sólo corresponde el gobierno de sus criaturas; y ¿cómo los hombres podrán gobernar á los hombres sin que Dios les enseñe el modo de gobernarlos?

G

Geómetra.—El mejor geómetra es el que sabe medir su capacidad para cualquier empresa.

Gobierno.—¿Quieres un buen gobierno? Yo te lo prometo siempre que me demuestres la cuadratura del círculo, ó el movimiento perpetuo.

Un buen gobierno es posible porque no tiene repugnancia; y es imposible porque depende de los hombres.

Querer la estabilidad de un gobierno, fundado solamente en la política, es lo mismo que pretender que no se mueva un molino de viento.

Para vivir cómodamente en ciertos gobiernos, no hay ne-

(1) La palabra *pueblo* expresa unas veces la colección de individuos que forma un reino, una provincia, etc. Así decimos: el pueblo español, el pueblo francés... Otras veces se toma por la mayor parte de la sociedad que no pertenece á la aristocracia. Este es el sentido presente.

cesidad de virtudes ni de talentos: basta prostituir su conciencia. La respuesta de Napoleón á su madre, revela el misterio de iniquidad de muchos Gabinetes. Madama Leticia pidió á su hijo la remoción del malvado Fouche del Ministerio de policía, alegando el descontento general. Napoleón le contestó friamente: «Dadme un hombre virtuoso que me sirva tanto como Fouche, y yo le remuevo del Ministerio en este instante.»

La ciencia del gobierno es un nudo gordiano, que es más fácil desatarlo con la espada que con el ingenio.

¿Quieres vivir inquieto, como en una casa amenazada de ladrones? Busca una república naciente. Si te gusta vivir tranquilo, tener quijotismo, dominar y vegetar como una planta tropical, no te faltará una monarquía absoluta. ¿Te place ser algo farfantón, algo ilustrado y faccioso? Las monarquías limitadas te darán asilo.

Granadinos.—Los granadinos han visto el cuerpo social como un alimento, que, cuanto más es despedazado, tanto más fácil es digerirlo.

Los granadinos quieren gobernar á los hombres por los libros, y no conforme á las necesidades del pueblo. Este fué el vicio radical de los revolucionarios franceses del siglo pasado. Es todo lo contrario en Inglaterra y en los Estados-Unidos. De aquí esa industria incalculable, esa inmensa riqueza... Bentham, Burke y otros célebres jurisconsultos ingleses son más admirados que seguidos.

Un escritor granadino ha dicho: el Ecuador es una nación degenerada. Esta censura maligna me ha inspirado la fábula siguiente:

La garza y la tortuga

—Volátil más pesado que la garza
no se conoce, la tortuga dijo.
La otra contesta:—¿Tú, mezquina en todo,
necia, pretendes, sin que te conozcas,
formar censuras de mis movimientos,
cuando los tuyos mucho más son lentos?

Si el Ecuador, como afirmas,
es nación degenerada,
yo te digo de mi parte:
también la Nueva-Granada.
Con esta composición
que no juzgo peregrina,
el Ecuador queda igual
á la nación granadina.
Son dos hermanas coquetas
que de una madre nacieron:
Colombia las engendró
y ellas serán lo que fueron.

Si padeces de insomnios y quieres dormir como una marmota, conversa con ciertos políticos granadinos y ecuatorianos. Y si duermes mucho, la vocinglería de los peruanos te quitará el sueño.

Grandeza.—Las grandezas humanas son obra de las circunstancias; y las circunstancias no vuelven. De aquí vemos que las grandes fortunas trastornadas son irreparables.

Guerra.—Dios permite las guerras civiles para despejar la atmósfera política, como envía las tempestades para purificar la atmósfera terrestre.

La guerra es una espada, cuyo puño está en el cielo y la punta en la tierra.

H

Héroe.—Un héroe sería completo si tuviese la cabeza de César y el corazón de Washington.

El heroismo es una locura sublime.

Si Alejandro, César, Napoleón y otros héroes, hubiesen tenido la sinceridad de transmitirnos las casualidades y las intrigas con que ganaron tantas batallas, muy poco tendríamos que atribuir á su valor y táctica.

Hipócrita.—Los golpes de pecho que se dan los hipócritas, son signos para llamar al diablo á que se apodere del corazón de ellos.

Los hipócritas son los contrabandistas del vicio.

La hipocresía es un monstruo que se alimenta de la virtud.

Huid de un hipócrita mucho más que de un ateista. El primero es un demonio encarnado; y el segundo un mal hombre. Este blasfema de Dios; aquél se burla. El ateista puede tener algunas virtudes morales; el hipócrita está en disposición de no tener ninguna. El ateista peca como hombre; pero el hipócrita es un vicioso por cálculo, como el demonio.

Se puede ocultar la hipocresía por algún tiempo y pasar por un hombre virtuoso; pero al fin se da á conocer, como estos fuegos subterráneos que tarde ó temprano hacen su erupción.

Es tan criminal tratar de hipócritas á los virtuosos, como tratar de virtuosos á los hipócritas.

Hombres.—Hay muchas definiciones del hombre. La más común: *el hombre es un animal racional*, parece á muchos que es implicatoria. La palabra *animal* nos da la idea de bruto, ó irracional. Así que la citada definición querrá decir: *el hombre es un irracional racional*. Pienso que es mejor esta definición: *el hombre es un animal que quiere hacer figura en este mundo*.

Los hombres desean ser más ricos que sabios, porque cuidan más del cuerpo que del espíritu. Pero por una de las contradicciones de la especie humana, no sienten tanto que los llamen pobres, cuanto ignorantes ó tontos.

El hombre tiene tres cosas dignas de aprecio, cuya pérdida es fácil, y su recuperación bien difícil; y sin embargo, cuida muy poco de ellas: la salud, la fama y la conciencia.

El hombre de ingenio es como un árbol frutal, que por coger sus frutos todos lo maltratan.

No debe causarnos admiración viendo á los hombres cometer los mayores crímenes; debemos, al contrario, admirarnos, si los viésemos practicando algunas virtudes. En la naturaleza corrompida la regla es obrar mal; y las obras virtuosas son una excepción.

Si el hombre se conociese á sí mismo, podría conocer todas las cosas. Él es un compendio de la naturaleza; pero hay una distancia infinita entre el hombre y su razón.

Nadie puede conocerse perfectamente, porque el conocerse á sí mismo es propio de la Divinidad. En el cielo se conocerá el hombre; porque allí será semejante á Dios.

Cuando llora el hombre es digno de risa; y cuando se ríe es digno de llanto. La grandeza del hombre y sus lágrimas hacen un contraste ridículo; y su miseria con su alegría presentan la imagen de un niño, que excita nuestra compasión y ternura.

La miseria del hombre no consiste tanto en ser miserable, cuanto en no conocer que lo es.

El que conoce su miseria, hace esfuerzos para elevarse á su origen, que fué la grandeza; así como el que conoce el naufragio procura ganar el puerto.

¿Por qué la generación y el nacimiento del hombre son ocultos y su muerte pública? Porque es mayor miseria nacer que morir.

Los hombres son como los números, que por sí mismos significan muy poco; su mayor ó menor valor dependen del lugar que ocupan.

El hombre se irrita más contra su bienhechor que contra el que le hace mal, por razón de que es más ingrato que vengativo.

La razón del hombre es más dócil que su corazón. Si la religión no consistiese más que en misterios, sin moral alguna ó con una moral halagüeña, la razón no tendría embarazo para someterse. Pero el corazón repugna la austeridad de la moral evangélica, y manda á la razón que se oponga. Véase el origen de la incredulidad.

¿Por qué el corazón del hombre es un abismo? Porque lo son los objetos que han de ocuparlo: la gloria ó el infierno.

Si pudiese haber entre los hombres un omnipotente, ciertamente no sería otro que un tonto; porque éste hace y dice cuanto quiere.

El hombre es un bajel que surca el mar de este mundo; su piloto es la razón; los marineros las pasiones. Pierde el piloto el rumbo, y toda la tripulación se pone en inquietud, furor y desesperación.

Cuatro pocos hacen toda la dicha del hombre, según el mundo. Un poco de locura, un poco de libertinaje, un poco de devoción y un poco de ciencia. El primer poco sirve para emprender cosas árduas y ganar fama, según aquello de... *auda-*

ces fortuna juvat... El segundo poco, para disfrutar de... y de..., para entrar en algunas intrigas ventajosas y para no padecer escrúpulo de conciencia. El tercero y cuarto sirven para adquirir dinero, empleos y dignidades.

El juicio del hombre es un astro que gira al rededor de su centro, que es la verdad. Se aumenta ó disminuye su luz, á proporción de su distancia al centro.

No hay animal que tenga mejor olfato que el hombre. Haz algo y verás cómo lo huelen, aunque lo hagas con el mayor secreto.

Tres clases de hombres no tienen derecho á quejarse del mal que les suceda: el que no cuida de su hacienda; el que no cuida de su mujer, y el que no cuida de su salud.

El hombre es un imán que tiene fuerza de atracción y repulsión: la riqueza y la pobreza.

El hombre que desprecia el honor, trabaja, sin saberlo, en el establecimiento de su gloria.

La naturaleza ha dado cabellos y barba al hombre para distinguir su edad; porque por sus acciones siempre es niño.

Habría menos males físicos y morales en el mundo, si los hombres fuesen más liberales en dar dinero que remedios y consejos.

I

Iglesia.—La Iglesia es un campo que jamás se esteriliza. Si no vemos cada día la fecundidad admirable de sus primitivos tiempos, es porque falta la causa que la sacaba á luz. Los mártires de la Francia del siglo pasado hubieran muerto ignorados sin la revolución.

La fusión de la Iglesia en el Estado es el error de los reformadores del siglo XVI. La separación de la Iglesia es el de los radicales del siglo XIX. El primer error hace al Estado protestante y el segundo ateo. Bossuet les anunció á los protestantes que sus doctrinas conducían al ateismo: la profecía de Bossuet está cumplida.

Ignorancia.—La ignorancia tiene su vida en un orden inverso á la del hombre. En su infancia ó en su juventud puede morir con facilidad, menos en su vejez.

El hombre es un sér finito, pero tiene una cosa infinita: la ignorancia.

Ingenio.—Nadie come pan por su ingenio, sino por su ingeniatura.

Algunos piensan suplir la falta de ingenio con una buena biblioteca, como aquellas personas que quieren ocultar la palidez del rostro con el colorete.

Los ingenios, talentos y genios son plantas indígenas de las regiones equinoxiales, tropicales y polares. Cultívense estas plantas en todas partes y se verán sus frutos.

Los ingenios de partido son como las golondrinas, que hacen giros en un espacio determinado aunque vuelen todo el día.

Un hombre de ingenio con bastante erudición y una imprenta libre, puede trastornar un reino con más facilidad que César y Napoleón al frente de sus ejércitos.

La tontería no consiste tanto en carecer de ingenio, cuanto en no tener juicio.

El ingenio y la reflexión se oponen muchas veces á la sinceridad y á la franqueza. Por esto se dice vulgarmente *que los niños y los locos hablan la verdad.*

El ingenio es como el terreno, que si no es fecundo vale muy poco ó nada.

Inquisición.—Cada uno cuenta de la Inquisición y de la feria como le va en ellas.

J

Juicio.—No es el mayor loco el que ha perdido enteramente el juicio, sino el que, teniéndolo, no quiere juzgar bien.

Más vale una onza de juicio que cien libras de ingenio.

Juventud.—La juventud es un rayo cuyos desastres muy pocos saben evitarlos.

Una edad joven y una moral vieja son la única y verdadera felicidad del hombre en este mundo.

Justo.—El justo es un sér extraordinario; y véase el origen de sus padecimientos. Lo que es común no inquieta la vanidad del hombre. Si el oro, la plata, las piedras preciosas... tuviesen conocimiento y resistiesen á nuestros caprichos, serían el objeto de nuestro odio.

Los justos desprecian el favor popular y el favor aristocrático, porque el uno es inconstante y el otro ridículo. *Vanitas vanitatum et omnia vanitas.*

L

Leguleyos.—Rocafuerte ha dicho: *El título de abogado es una patente de corso.* Este es un insulto al cuerpo de los abogados. Si él hubiese contraído su pensamiento á los leguleyos habría dicho una verdad.

Los leguleyos no pueden ser buenos políticos, porque, esclavos de las fórmulas legales, ellos las aplican bien ó mal á los casos prácticos.

Leyes.—¿Quién manda en Esparta?—dijo un extranjero á un espartano.—La ley, contestó éste.—Pero la ley puede ser mala, y entonces ¿qué ventaja reporta la sociedad?—Más tolerable es la fuerza de la ley, sea como fuere, que el capricho despótico de los gobernantes.

El magistrado dispone de la ley; el que tiene dinero, de la ley y del magistrado.

Las leyes físicas son las leyes de los cuerpos, y la ley natural es la ley de los espíritus.

Más fácil es que haya cuerpos sin leyes físicas que espíritus sin ley natural.

Es tan necesaria la ley á los seres, que hasta el mismo Dios está sujeto á una ley, que es su esencia inmutable.

Libertad.—La libertad es la piedra filosofal de los publicistas.

Los que pretenden abatir el despotismo y plantar la libertad sin tener virtudes, son como los que quieren derribar un árbol inmenso sin ver el lado por donde puedan ser oprimidos.

Libro.—El medio más seguro para juzgar del ingenio de cualquiera, es presentarle un libro: según el trato que le diere, está resuelto el problema.

Los libros son al ingenio lo que las joyas á las mujeres: realzan la belleza, pero no la dan.

El que publica un libro y tiene bastante amor propio, no hace sino buscar su mortificación. Las críticas no le gustan; y cuando no las hay, el libro no sirve de nada.

Si la Biblia no fuese revelada, no habría obra como ella. ¡Qué poesía! ¡Qué historia! ¡Qué moral! dirian. Sin la revelación ambos Testamentos serían unos libros *divinos*. La impiedad declama contra la Inquisición y condena la Escritura *in odium auctoris*. ¿Cuál de las dos Inquisiciones es la detestable?

Los libros sagrados serían *divinos* para ciertos hombres, si no fuesen divinos.

La naturaleza es un rico museo, y la Biblia es su historia. Son dos libros escritos por la sabiduría eterna, el uno á los sentidos y el otro al entendimiento. ¡Infeliz del que no lee en estos libros el nombre de su autor!

Luz.—Las mariposas nocturnas llamadas falenas, huyen de la luz del sol y buscan la llama de una vela, en que mueren. Así algunos hombres aborrecen la brillante luz de la religión y pierden su vida entre las débiles luces de la ciencia humana.

M

Maestro.—Hay dos clases de maestros: unos que enseñan á los que no saben; y otros á los que saben. Enseñar al que no sabe es obra de misericordia: enseñar al que sabe, ¿qué será? El mundo está lleno de maestros de esta segunda clase; mientras que son poquísimos los de la primera.

Magistratura.—Cuando la magistratura y la abogacía se miran como un oficio y no como una profesión, la justicia es el reo y el verdugo las leyes.

Matrimonio.—El matrimonio es santo, y por lo mismo está lleno de trabajos.

Maridos, amad á vuestras mujeres, dice el Apóstol; y lo mismo dice el mundo. El uno por la virtud y el otro por el vicio.

Medicina.—Quitad de la medicina las drogas y quedará tan pobre, que raras veces se manifestará en público.

La medicina cura el cuerpo y no tiene reglas tan fijas como la filosofía cristiana, que cura el alma.

Mentira.—La mentira es muy fecunda: si echas una, verás nacer innumerables.

Tres clases de hombres se han hecho dueños de la mentira: los mercaderes, los viajeros y los historiadores.

Místicos.—Los místicos son unos químicos espirituales que, analizando el tiempo, tienen por resultado la muerte y la eternidad.

Monarquía.—En las monarquías representativas los grandes se hacen populares, como los que se acercan á un animal para atarlo.

En las monarquías absolutas los grandes son, respecto del pueblo, lo que en la aritmética los números respecto del cero.

Moral.—La moral profana sufre mediocridad; la moral evangélica es como la poesía, que exige siempre lo perfecto, lo óptimo, lo sublime. *¡Si paulum á summo discessit, vergit ad imum.* (Horat.)

No hay más que un médico en el mundo: la moral.

Muerte.—El féretro es la cuna de la inmortalidad, como la cuna es el féretro de la vida mortal.

La muerte es como el cráter de un volcán en acción, que visto de lejos no infunde terror, y á veces causa placer. Pero su cercanía hace temblar al más intrépido.

No hay cosa más triste que la muerte, según la carne. Sin duda el hombre por *morir con alegría* sacrificaría cualquiera cosa en aquella terrible hora. Pero lo que no alcanza la naturaleza lo da la religión: *ridebit in die novissimo.* (Prov.)

La vida es la regla de la muerte: pocos saben aplicar las

reglas á los casos prácticos; y por esto hay pocos que sepan morir bien.

Si quieres morir de hambre, dedícate á la literatura y hazte crítico.

Mujeres.—Un filósofo de la antigüedad decía: «Si no hubiese mujeres nuestra conversación sería con los dioses.» Este es un disparate como si una mujer dijese: «Si no hubiese hombres nuestra conversación sería con Dios.» La miseria de la especie humana no consiste en la diversidad de sexos, sino en el abuso de las inclinaciones naturales.

Mundo.—El mundo aprecia al que le desprecia, cuando éste lo hace por humildad y no por orgullo.

Todas las ciencias tienen sus problemas insolubles; pero el problema más arduo es el de la ciencia de los mundos, que consiste en querer hacer de este valle de lágrimas un lugar de delicias.

En la medalla del mundo el anverso mira á Dios y el reverso al diablo. Por esto no pueden sufrir los hombres, ni la virtud ni el vicio en superlativo grado; y se avienen muy bien con una mezcla de virtudes y vicios. Pedro invoca la religión como una cosa necesaria para vivir en sociedad. ¡Verdad! ¡verdad! exclama la multitud. Pero ¿qué religión?—La religión católica, apostólica, romana.—¡Abajo Pedro!—Juan dice: «No se necesita religión alguna para establecer la sociedad: todas las religiones son picardías, y nada más.»—Unos pocos le aplauden; pero éstos no componen mundo.—La multitud grita: ¡Qué impiedad! ¡Abajo Juan!—«La religión es necesaria, y cada uno traiga á la sociedad la que profesa, ó la que quiere profesar: tolerémonos todos.» Véase aquí una mezclá de virtud y de vicio más monstruosa que la figura descrita por Horacio en la primera página de su *Arte poético*.

La última catástrofe del mundo consistirá, según está anunciada, en que el hombre sólo gobernará al hombre.—El Antecristo.

N

Nación.—Tres *algos* hacen la prosperidad de cualquiera nación. Algo de piratería, algo de infidelidad, y algo de conquista. Los romanos y cartagineses comenzaron con estos *algos*, y se acabaron por exceso. Algunas naciones de Europa tienen también estos *algos*; y se acabaron como los romanos y cartagineses.

Dos naciones se distinguieron mucho en la antigüedad: Grecia y Roma. Otras dos hacen un gran papel en la época presente: Francia é Inglaterra. Comparadas estas últimas con las primeras, se hallarán muchos puntos de relaciones. El francés tiene la versatilidad ateniense; el inglés, la obstinación romana. La Francia presenta la literatura griega; la Inglaterra, la sabiduría romana. El teatro francés tiene la abundancia y las gracias del teatro griego; el inglés, un no sé qué de austero y sombrío, como el romano. El Gobierno francés participa bastante del juicio y popularidad del Areopago; el Gobierno inglés parece un sucesor legítimo de la política y aristocracia del Senado romano. Los griegos fueron los maestros de los romanos; la Francia ha sido el modelo de la civilización actual de Inglaterra. Sin Descartes no habría habido Newton. Carlos II llevó á su patria la delicadeza de la Corte de Luís XIV, y todo el siglo de este Mocarca fundó la sociedad regia de Londres; y desde entonces comenzó á desaparecer la austeridad, y aun se puede decir la rusticidad que había introducido Cromwel con su protectorado.

Las naciones que comienzan, son como los niños, á quienes no se les puede dar lecciones largas y abstractas. Tal fué el pensamiento de Franklin, cuando publicó en los Estados-Unidos sus célebres máximas y sentencias políticas y económicas. ¡Ojalá hubiera muchos que le imiten!

Napoleón.—Napoleón tenía más sed de mandar, que de honor y gloria. Por esta razón se le puede comparar más bien con Gengiskan y Cromwel que con Washington y Bolívar.

Naturaleza.—La naturaleza es más bien una escuela de teología que de física.

Necio.—Disputar con un necio es exponerse á una aventura, como la de don Quijote con los molinos de viento.

Nobleza.—La nobleza es como el dinero, que se aprecia más el adquirido que el heredado.

O

Orgullo.—El ignorante sin orgullo es un hombre; el sabio orgulloso es un demonio, y el ignorante orgulloso es una bestia.

P

Papa.—El que niega la infalibilidad del Papa en materia de fe y de costumbres, no es hereje; así como el que da el primer paso para subir á la horca, no es ahorcado.

Partidario. —El partidario busca la verdad; el faccioso quiere sostener su idea á todo trance. El primero es un hombre que puede equivocarse; el segundo es una fiera que sigue con seguridad su presa hasta devorarla.

Para conocer quién es partidario y quién faccioso, la mejor regla es la del Evangelio: *Ex fructibus eorum cognoscetis eos.*

Partido.—Cuando en una sociedad se suscitan muchos partidos, se puede afirmar que ninguno de ellos sigue la verdad. Esta es una; y por consiguiente, excluye toda divergencia de opiniones. Algunos conocerán la verdad, pero nunca podrán formar un cuerpo respetable á favor de ella; así como los navegantes, durante la borrasca, no podrán dirigir la nave por el rumbo que indica la seguridad.

En medio de los partidos, el partido mejor es no tomarlo, y dejar que se destruyan unos por otros. Esto es lo que dicta la sana política. Pero la política de Maquiavelo obra de otro modo: ella aviva el fuego de todos los partidos y adelanta la destruc-

ción de éstos para sacar partido de su ruina. Así Cromwel llegó á dominar á los ingleses atacando en público á los realistas, como republicano; y ocultamente á los republicanos, como defensor del rey.

Patriotas.--Hay patriotas que hacen más daño que provecho á su patria; son como las nubes tempestuosas, que se deshacen en lluvias, no para fecundar, sino para esterilizar los campos. Si Cartago no hubiera tenido á Aníbal, tal vez hasta ahora hubiera estado en pie.

Muchos se hacen patriotas por mandar y ninguno por obedecer. Quitad á Mazzini y á Garibaldi sus pretensiones, y los veréis en las filas de los austriacos.

Pensamiento.—Para ser pensador basta tener ingenio; pero para pensar bien, es menester rectitud de corazón. Esta rectitud arregla los pensamintos, como la péndola el movimiento de un reloj.

Pensadores.—Hay pensamientos de entendimiento y pensamientos de ingenio. Los primeros son comunes á la especie: los segundos pertenecen á los *hombres pensadores.*

¿Cuántos pensadores hay en Europa? ¿Cuántos en América? Contadlos y hallaréis los grados de ilustración de ambos emisferios.

Periódico.—La multitud de periódicos en un país, prueba más bien el espíritu de novelería que el progreso de las luces.

Los periodistas son los árabes beduinos de la literatura: cuanto más se multiplican, tanto más roban.

Prensa.—La prensa es un fuego que ilumina y quema. Hace lo primero, si es imparcial; y lo segundo, si procede con parcialidad. La imparcialidad no consiste en no tener partido alguno, sino en que no se sostenga una facción: partido y facción son cosas distintas.

La prensa, si al menos no dice como Quevedo: *Verdades diré en camisa—poco menos que desnudas,*—no merece el nombre de republicana. La verdad desnuda conviene á las repúblicas.

La prensa ecuatoriana ha sido hasta ahora como una vieja regañona, que habla mucho y hace peores á sus hijos y domésticos.

Pobre.—El pobre es la máquina en que fabrica el rico su moneda.

Casi todos se quejan de su pobreza; pero nadie se queja de su ociosidad, ó de su disipación, que son el origen de su pobreza.

Política.—El campo de la política tiene tres zonas: frígida, templada y ardiente. Un buen político desecha los extremos y adopta el medio.

La política ecuatoriana, aunque muy complicada, es fácil comprenderla. En el Ecuador no hay más que dos partidos: uno de engañadores y otro de engañados. Aquí viene la exclamación de Shakespeare: *¡Poor people!* ¡Pobre pueblo!

La política verdadera se aprende en el estudio del corazón humano; y la escuela de este estudio es su propio corazón.

La política moderna es como el juego, en que más es lo que se pierde que lo que se gana.

La política quiere gobernar el mundo por el interés; la religión por el amor. Los vínculos de la primera son facticios; los de la segunda están en la naturaleza del hombre. Véase por qué es necesaria la religión en las sociedades.

La política quiere hacer ricos por la ciencia; la religión por la limosna: *Date et dabitur vobis...*

Para apreciar á los hombres se necesita un criterio muy fino y delicado: este es el alma de la política; sin él no hay más que errores y equivocaciones en materia de elogios, de gobierno, etc.

La política quiere cierta libertad que no traspase las leyes, ni las observe con bajeza y servilismo. *Hoc opus, hic labor est.* Esto es muy arduo; y por esto los grandes políticos, tanto antiguos como modernos, han creído ser necesario invocar las luces del cielo por medio de la religión.

Providencia.—Arquímedes no podía mover el globo terráqueo con su palanca, por falta de un punto de apoyo. El Cris-

tianismo ha sacado el mundo moral de su centro, porque tiene su palanca y su punto de apoyo: la divina Providencia.

Proyecto.—No hay proyecto, por más arduo que sea, que no le parezca fácil al que vé la ejecución. De aquí nace el desprecio ó la indiferencia de los ignorantes por las obras más ingeniosas.

Publicista.—Los publicistas son los médicos de las sociedades políticas; ellos matan más que curan, como los médicos del cuerpo.

Pueblo.—Dí á los pueblos en qué consiste su verdadera felicidad, y te tendrán por un predicador de vejeces. Proponles una paradoja, un disparate, una teoría... y te mirarán como á un grande hombre, digno de ser escuchado. Los pueblos, pues, son como los niños, que aman un juguete y desprecian una obra maestra de pintura ó escultura.

La popularidad, por lo común, es honrosa; pero jamás la *populachidad* (1).

El pueblo no necesita tanto de ciencia, cuanto de religión y moral.

Q

Quimeras.—Tres quimeras hay en el mundo, que miran como posibles los atolondrados y politicastros: una sociedad sin religión; una religión sin sacerdocio, y un sacerdocio sin privilegio.

R

R.—Nadie quiere pronunciar larga la R.

Razón.—La razón y la fe son inseparables. Dios ha dado la razón para conocer la fe; y la fe para dirigir la razón. De

(1) *Popularidad* viene de pueblo; y *populachidad* de populacho.

ambas se puede decir lo que Jesucristo dijo del matrimonio: *Quod Deus conjunxit, homo non separet.*

Solamente dos hombres tienen razón: tú, y el que piensa como tú; los demás deliran.

Reformadores.—Santo Domingo y San Francisco fueron reformadores del siglo XIII; y no fueron rivales. ¿Por qué Lutero y Calvino, reformadores (según ellos lo decían) del siglo XVI, Voltaire y Rousseau del siglo XVIII, fueron rivales encarnizados?

Religión.—En materia de religión cada uno quiere seguir su parecer, como se arregla por su reloj para medir el tiempo. La opinión es el reloj de las doctrinas.

Los que hablan de religión, fundados sólo en su ingenio, sin contar con el auxilio de la gracia, yerran ó se exponen á errar. De aquí vemos que unas veces hablan bien y otras mal, según las circunstancias. En una palabra: la religión en el hombre es como una planta, que no prospera si no recibe la luz del cielo, aunque el terreno sea feraz.

Hay muchos discursos á favor de la religión. Pero ninguno me parece comparable á este hermoso verso de Corneille, que contiene, en pocas palabras, cuanto se puede decir sobre el espíritu, la fuerza, la divinidad, la dulzura, la paz... de la religión:

Elle n'en veut q'aux dieux, et non pas aux mortels.

(POLYEUCTE, act. 1.°, esc. 3.ª).

Una religión que arrostra á los dioses y no á los débiles mortales: ¡ah! ¡qué idea tan sublime! Una religión que derrota á los dioses y protege á los hombres: ¿ha inventado jamás la imaginación del mejor poeta de la antigüedad? Una religión que persigue el error y no al que yerra, ¿puede ser más natural al hombre, ni más digna de ser deseada y protegida? El infierno, la política de Roma, la filosofía de Atenas, la ferocidad más que brutal de las naciones bárbaras, el error convertido en divinidad... véanse los *dioses*, estos colosos formidables, que con un soplo, con la palabra, ha pulverizado la Religión.

La religión tiene muchos defensores; pero pocos amadores.

Dos cosas no se pueden encontrar fuera de la religión revelada: salvación y poesía.

República.—Una república rica es una dama que está en vísperas de contraer matrimonio con un monarca.

En los Congresos de las repúblicas americanas entran muchos diputados con tufos de grandes patriotas; y luego, por sus miras particulares, se abaten en el lugar que ocupan, como aquellos diablos grandes de Milton, que por estar con más comodidad en el parlamento del infierno, se transformaron en pigmeos.

La República colombiana era una obra de perspectiva, que de lejos parecía admirable y de cerca valía muy poco. Los extranjeros la admiraron: los naturales la despreciaron y la disolvieron.

La República colombiana era como la sal gemma, que de lejos parece una piedra preciosa por su brillo; pero de cerca vale muy poco.

Revolución.—Hay ciertos hombres que en las revoluciones atraen la atención, como aquellos cuerpos arrebatados por las inundaciones; los cuales, sin estas circunstancias, nada tienen de particular.

De todas las revoluciones de nuestra América, una sola ha sido popular: la de la Independencia. Las demás han traído su origen de los cuarteles ó de tribunos imperitos.

Reyes.—El que dice la verdad á los reyes se coloca entre dos escollos terribles: el de la persecución y el de la vanidad. Si evita el primero, se expone á caer en el segundo.

¿Cuánto vale una corona? Un millón de inquietudes, mil bajezas y algunos momentos de placer.

Los reyes y los pobres piensan siempre ensanchar sus posesiones. Los unos con guerras, y los otros con pleitos.

Rico.—El rico y el pobre no tienen más que dos objetos visibles. El rico no ve sino su dinero, y el pobre su necesidad.

Ridículo.—Lo ridículo hace parte de la especie humana, como lo animal y racional; y aquél es más ridículo, que piensa no serlo.

Robo.—Todos roban: unos la literatura, otros la ciencia, la hacienda... pero el ladrón más temible es el que roba la fama.

S

Sabios.—Cuando algunos sabios hablan disparates con magisterio, no se da el nombre de charlatanería, que suena á desprecio, sino el de *teorías, sistemas, opiniones;* así como el pirata que reprendía los robos de Alejandro, no decía que se llamaban *robos,* sino *conquistas.* Es más temible un tonto sabio que un tonto ignorante. El primero es peligroso; y el segundo, impertinente.

Hacer sabios á todos y libres á todas las naciones, son dos problemas insolubles, como la cuadratura del círculo y el movimiento perpetuo.

Los literatos y los sabios no pueden prescindir de dos compañeras inseparables: la gloria y la envidia. Este es un efecto permisivo de la Providencia. Si todo fuera gloria, los hombres se llenarían de vanidad hasta arruinarse; y si todo fuera envidia, morirían de tristeza. El amor propio es capaz de conducirlos á estos extremos.

La sabiduría no se encuentra en las academias y en las bibliotecas, sino en la rectitud de corazón.

Sacerdote.—El sacerdote es un poder colocado entre los jefes de las naciones y el pueblo. Se acerca á los grandes por su augusto carácter, y pertenece al pueblo por su humildad.

Séneca.—Séneca era filósofo tocado del *spleen;* y por tanto nos dejó los siguientes versos, en su tragedia intitulada *Troas,* (Las Troyanas) act. 4.°

Dulce mœrenti populus dolentum
Dulce lamentis resonare gentes.

Al triste le es dulce
vivir en un pueblo,
rodeado de penas,
de dolientes lleno

Escucha gustoso,
tranquilo y sereno,
de gentes que exhalan
suspiros, lamentos.

Si Séneca hubiese vivido en este tiempo y en el Ecuador, sin duda habría estado como en su centro, disfrutando de tantos dolores y angustias que experimentamos; porque verdaderamente en la época actual, nuestra pobre patria es el *populus dolentum* del filósofo español. Sin embargo, no habría dejado de reirse algunas veces, asistiendo á las graciosas comedias políticas que se representan entre nosotros.

Silencio.—El que se retira de los hombres, no es por olvidarse de ellos, sino por acordarse mejor: el silencio habla con más elocuencia de las necesidades humanas que el trato y la familiaridad. El retiro es espejo en que se ve todo el mundo moral.

Sistemas.—Los sistemas filosóficos son como los fuegos artificiales, que brillan, divierten, y al fin dejan á oscuras.

Sociedad.—Las sociedades políticas son como los frutos, que crecen, maduran y caen, y en este estado cualquiera se aprovecha de ellos. Si los Estados-Unidos no hubiesen tenido á Washington, no habría faltado otro que derribase el dominio inglés. Si Cromwel... si César... si Napoleón...

En la sociedad humana, lo político, lo moral y lo físico, son distintos, pero inseparables. Lo primero, mira al buen gobierno; lo segundo, á las costumbres y á la religión; y lo tercero, al comercio, á la agricultura, á las artes, etc. De aquí se sigue que una nación sin política es bárbara; sin costumbres y sin religión, es brutal; y sin agricultura y comercio, es salvaje.

Soldados.—El choque entre jurisconsultos y soldados es antiquísimo. Cicerón decía:

Cedant arma togæ, concedant laurea linguæ.

Las armas deben ceder
á los magistrados solo:

sométanse los laureles
á la elocuencia del foro.»

Cuando los abogados y soldados degeneran, producen dos males terribles en la sociedad. El abuso de las leyes por los abogados es causa de la anarquía; y del atropellamiento de las leyes por los soldados resulta el despotismo.

Superstición.—Sin duda la superstición es mala; pero algunas veces puede ser peor no tenerla. El supersticioso no pierde los sentimientos de religión; el que ataca la superstición por orgullo camina al ateísmo. Es más fácil la conversión del primero que la del segundo.

T

Tiempo.—El tiempo y la eternidad son dos círculos concéntricos que abrazan el mundo visible y el invisible.

Menos malo es disipar el dinero que el tiempo.

Tirano.—El tirano es el fruto de la abyección de un pueblo.

Una nación abatida, cuando quiere deshacerse de un tirano, crea otros.

Tontos.—Los tontos son necesarios en la sociedad, como las sombras para la perfección de un cuadro.

Traidores.—Los traidores son como los niños, que se asustan cuando los sorprenden en alguna travesura; pero nunca se enmiendan.

Tribunos.—Los tribunos romanos eran despreciables y contenían los excesos de la aristocracia y del Senado, porque se apoyaban en el pueblo. Los tribunos americanos se apoyan en la prensa, y el pueblo los conoce y los desprecia. De aquí resulta que algunas veces atacan la aristocracia, y otras la lisonjean. Quieren extinguir la clase privilegiada de los militares y se valen de ellos para una revolución ó para tener empleos.

U

Universidad.—Si quieres graduarte, dice un escritor, no te faltará una Universidad silvestre en que te digan: *accipiamus pecuniam et mittamus asinum in patriam suam.* Las *Universidades silvestres* causan más daño á la literatura y á las ciencias que los bárbaros del Norte cuando declararon la guerra contra ellas en las provincias meridionales de la Europa.

Se venden grados en algunas Universidades como se hace con los efectos en un mercado; con esta diferencia: que el vendedor de grados es un ridículo y los otros no lo son.

V

Valor.—El valor es una virtud que no teme el peligro sino cuando está remoto.

Vasallo.—El vasallo es infatuado; el ciudadano es loco; el hombre religioso es cuerdo. El primero tiene puesta su esperanza en el palacio; el segundo en el pueblo, y el tercero en el cielo.

Vejez.—El mayor castigo de los vicios de la juventud es la vejez, y el premio más grande de la virtud de la juventud es la vejez. ¿Puede darse cosa más despreciable que un viejo libertino? ¿Y puede haber hombre más respetable que un anciano virtuoso? Este, por su sabiduría, es un oráculo, la imagen de la eternidad de Dios. *Antiquus dierum... capilli capitis ejus quasilana munda.* (Dan.)

Vengativo.—No hay espectáculo más bello para el vengativo, que el enemigo muerto.

Verdad.—Si la verdad fuera vestida, todos la desnudarían para verla; pero siendo ella desnuda, cada uno quiere vestirla á su gusto.

Tertuliano decía que la verdad se hallaba siempre entre dos ladrones, aludiendo al suceso del Calvario. ¿El Ecuador será la verdad entre la Nueva Granada y el Perú, que tienen usurpado su territorio por el Norte y por el Sur?

Vicio.—Jamás quiere el vicio presentarse con su propio ropaje, sino con el de la virtud. Las costuras, el corte, el color de estos ropajes son los mismos; pero la materia es distinta. De aquí resulta que los que saben discernirla no se dejan engañar de la apariencia.

Vida.—La vida no es otra cosa que un apoyo para saltar de la cuna al lecho de la muerte.

La vida no es más que una escuela en que aprende el hombre su miseria: la última lección es la miseria.

¿Por qué se ama tanto la vida? Porque le es prohibido al hombre existir eternamente en este mundo. Si estuviese condenado á vivir para siempre, sus deseos serían al contrario.

La vida es como la moneda, que circula entre todos; pero pocos la emplean bien.

Virginidad.—La virginidad es una con dos respectos: virginidad *solitaria*, y virginidad *social* ó matrimonial. La primera representa la unidad de Dios; la segunda la Trinidad de personas: padre, madre, hijo. La Iglesia prefiere la virginidad solitaria; porque, prescindiendo de otras razones, lo primero que cree es la unidad de Dios: *credo in unum Deum*... Jesucristo, enseñando la forma del bautismo, antepuso la unidad de Dios á la Trinidad: *baptizantes eos in nomine*... La unidad de Dios ha sido conocida de todos los pueblos de la tierra antes que la Trinidad: es el atributo más sencillo, y por consiguiente el más acomodado á la capacidad del hombre. La naturaleza misma tiende á la unidad: todo es uno en su línea: muchos en número, y una sola cosa con relación al sistema de la naturaleza. Es, pues, la virginidad solitaria el símbolo de la unidad de Dios, y de la unidad de la naturaleza.

Virtud.—La virtud es el antídoto contra el veneno de la mala fortuna.

Las virtudes son la escala por la cual se sube al cielo, como

la que vió Jacob. Nadie sube una escala sin agobiarse; así el hombre va por la escala de las virtudes, agobiado con el peso de las tribulaciones.

Una virtud no repara todos los daños causados á ella por el vicio opuesto á ella.

El vicio comienza deleitando, y al fin molesta; la virtud molesta al principio, y al fin deleita. El hombre prefiere el deleite presente al futuro: véase por qué el vicio tiene más secuaces que la virtud. ¿Y qué es lo que suple la falta de deleite, cuando se comienza á practicar la virtud? El premio. Luego una sociedad en que no se premia la virtud, ó se premia el vicio, carece del único resorte que hace á los hombres virtuosos.

¿Tienes virtudes?—Procura ocultarlas. La virtud se evapora en la publicidad, como un licor espirituoso en el aire. Por esto decía un filósofo de la antigüedad: «Jamás he vuelto á mi casa conforme salí de ella.»

La virtud pobre vive en el santuario; la virtud con dinero en el mundo.

Voltaire.—Voltaire miraba la religión como el templo de Salomón y las pirámides de Egipto. Llamaba iglesia de aldea al templo de Salomón; y á los egipcios pobres albañiles.

Washington.—Washington habría sido menos célebre, si hubiese libertado su patria en este siglo. Todo su mérito consiste en haber ejecutado con prontitud lo que en ambos hemisferios proyectaban los sabios.

Z

Zelo.—No hay cosa que pida más discreción, que el zelo. Los padres á sus hijas, y los maridos á sus mujeres, no deben dar á entender el por qué de su zelo. Obrar de otro modo es incitar al objeto de que se quiere apartar.

Los literatos son más zelosos de su ingenio que las mujeres de su hermosura.

GUERRA CATILINARIA

ó

LA CONJURACIÓN DE CATILINA

POR

CAYO CRISPO SALUSTIO

traducida al castellano y anotada

POR

FR. VICENTE SOLANO

1851

ADVERTENCIA

Al contemplar la triste situación de las repúblicas hispano-americanas, deseaba yo una obra capaz de poner á la vista la naturaleza de un buen gobierno, los peligros que le amenazan, y los medios de conservarlo tranquilo y floreciente. Los escritos publicados en Europa en el siglo XVIII y en el presente, me parecían insuficientes con relación á nuestras necesidades: el carácter político y moral de los americanos no es el mismo que el de los europeos; así como el genio y las inclinaciones de un niño que comienza, no tienen el mismo temple que se observa en la edad varonil. Además, nuestra forma de gobierno muy poco conviene con las formas transatlánticas: allá en Europa tienden, no sé si bien ó mal, á lo óptimo; nosotros tenemos que dar todavía un paso á lo bueno: nada se hace en la naturaleza por salto. De aquí resulta que los gobernantes y gobernados de la América española, nutridos en la política con alimentos poco adaptables á su constitución, se hayan mantenido hasta ahora sin progresar en la carrera social.

Si se les habla de moral, es perder tiempo: los goces materiales, la agricultura, el comercio, las luces, son los únicos elementos de un buen gobierno. La Religión es una quimera; y el que la propone como base de la felicidad pública, un fanático. ¿Cómo persuadir á estos hombres lo contrario? Ni la autoridad, ni la razón bastan para esta empresa. No así la experiencia; ella domina el entendimiento y el corazón, y las pruebas de hecho son superiores á las demostraciones matemáticas. Una obra, pues, que tenga este carácter, debe ser muy apreciable en las presentes circunstancias que nos rodean. Tal es la *Guerra catilinaria* de Salustio. Escritor sumamente imparcial para nosotros, y su gobierno popular, emancipado de la

dominación de los reyes, como el nuestro, pueden darnos lecciones más análogas á nuestra carrera política, que los libros y gobiernos europeos de la época presente.

En efecto, Salustio pinta, con su acostumbrada maestría, el origen de la prosperidad de Roma, su decadencia, sus vicios, su postración. Lee la historia, medita, combina, y saca por única consecuencia, que no son las riquezas ni las luces las que hacen prosperar las naciones, sino la VIRTUD. Para formar un imperio, para conservarlo, para conducirlo á la perfección, basta la virtud. Sin esta, no habría habido Catón que salvase á Roma contra el furor hipócrita de Catilina. César, con toda su elocuencia y su carácter condescendiente, habría entregado la república en manos de sus crueles enemigos. El mismo Cicerón se vió abrumado con el peso de la conspiración, y sin duda hubiera sucumbido si la virtud austera de Catón no le hubiera sostenido al borde del precipicio. ¿Y quién lo dice esto? No un escritor eclesiástico, un cenobita, un ministro de la Religión, sino un profundo político, un escritor elocuente del paganismo; y lo que es más, un hombre vicioso, que ha dejado una memoria indeleble de su vida corrompida á la par de su brillante ingenio.

Véase por qué he resuelto traducir esta obrita, y presentarla al pueblo americano como un libro elemental, para la conducta de los gobernantes y gobernados. Aquí aprenderán á conocer á los hipócritas que, como Catilina, no dejan de pronunciar las palabras *libertad, patria*, *opresión, etc.*, para aniquilar la república y elevarse sobre su ruina. Aquí verán los facciosos el término de sus proyectos justamente frustrados como los de Catilina. Aquí leerán que la avaricia, la usura, la lascivia... condujeron á Roma á tantas calamidades, y que otro tanto debemos esperar, y aún más, si no hubiere un Catón americano que se oponga á la elocuencia y sofistería de los nuevos Césares, y á la corrupción y ferocidad de tantos Catilinas y partidarios suyos.

Estas verdades las veremos confirmadas con ejemplos de la historia moderna. ¿Por qué los Estados-Unidos se han elevado al rango que ocupan las naciones civilizadas? Porque sus fundadores fueron virtuosos. Washington y Franklin han dejado una memoria eterna de su patriotismo, de su desinterés, de su carácter bondadoso, de su índole regeneradora de las virtudes de los Fabios y Cincinatos. ¿Por qué la revolución francesa del siglo pasado no pudo sostenerse, ni progresar? Porque ni Mirabeau, ni Danton, ni Robespierre, ni ninguno de los que figuraron en aquella funesta época, eran hombres morales y capaces de dar impulso á la inmensa obra que habían trazado. Artífices ineptos, ellos arruinaron el edificio social, y no tuvieron la ciencia suficiente para reedificarlo. En fin, volviendo á la materia

de la presente historia, hallaremos un contraste asombroso entre dos ambiciosos, César y Catilina. Ambos quisieron dominar la república; pero el uno logró su intento, mientras que el otro vió malogrado su proyecto. Aquél tuvo algunas virtudes que le sirvieron para atraerse partidarios respetables; éste fué un complejo de vicios que le hizo el blanco de la odiosidad pública. En una palabra, César fué el Napoleón del siglo, y Catilina el Robespierre romano.

Aunque me había propuesto no hablar sino con pasajes tomados de la historia profana, sin embargo, no llevarán á mal algunos lectores que les refiera el siguente rasgo de san Agustín, que nada tiene de exagerado ni sospechoso. Aquel Padre, hablando de la República romana, dice así:

«Esta república fundaron los primeros romanos, y la ensancharon con sus virtudes. Aunque no tenían la verdadera piedad con Dios, la cual pudiese conducirlos á la eterna ciudad por medio de una religión saludable; sin embargo, guardaban cierto generò de probidad que podía ser suficiente para formar, aumentar y conservar su ciudad terrena. Así Dios manifestó en aquel ilustre y rico imperio de los romanos cuánto valían aun las virtudes civiles practicadas sin la verdadera religión.» (*Epist. ad Marcellinum,* 138). Lo mismo dice en su inmortal obra *De Civitate Dei,* lib. V, capítulo 15).

Verdaderamente causa admiración la moralidad de aquellos grandes hombres. Véase á Decio inmolándose por la salud pública; á Fabio, sacrificando su honor; á Camilo, su resentimiento; á Bruto y Manlio, á sus hijos, etc., etc. Roma contaba muchas Virginias y Lucrecias; muchos Cincinatos, muchos Régulos y Scipiones. Fueron virtuosos, fueron felices. Abusaron del premio, y se corrompieron; y entonces ésta república tan fecunda en héroes no produjo sino Silas, Marios, Catilinas, Tiberios, Nerones, Calígulas, Heliogábalos, etc., etc.

Lo que digo de los romanos se puede aplicar á los griegos. El amor de la justicia, de la patria, de la castidad, etc., reinaba en toda la Grecia. Temístocles quiso más bien morir, que combatir contra su país, á pesar de hallarse desterrado y perseguido. ¿Quién ignora la rectitud del Areopago en hacer justicia? Plutarco refiere que las mujeres de la isla de Scio (hoy Coo) eran tan castas, que en el espacio de setecientos años, no se había cometido un sòlo adulterio ni oído que alguna virgen hubiese sido estrupada. Un extranjero preguntaba á un esparciata, ¿qué pena aplicaban en su tierra á un adúltero?—«Se le condena, respondió, á que dé un toro que desde la cima del monte Taygeto beba el agua del Eurotas.—¿Y cómo encontrará, replicó el extranjero lleno de asombro, un toro de semejante magnitud?—Esto es más fácil, repuso el esparciata, que encontrar un adúltero en Esparta.»

Aunque haya aquí alguna exageración, no obstante, se puede formar en general una idea muy ventajosa de la castidad de los lacedemonios.

Se sabe también que en Lacedemonia los ancianos eran tan reverenciados, que el general Lysandro decía que en ninguna parte debían ir á envejecer los hombres sino en Lacedemonia. Un joven de este país, viendo á uno que iba en litera exclamó: «¡No quieran los dioses que yo me siente donde no pueda levantarme delante de un anciano!» Estas virtudes fueron premiadas por Dios, así como sucedió con los romanos. Véase el origen de la grandeza de los griegos. Sin embargo, abusaron de esta grandeza y se corrompieron sin límites: sucedieron á aquellas mujeres castas las Frines, las Lais, las Aspasias, etc., etc.; y los filósofos epicúreos pusieron el sello á todas las desgracias, y la Grecia se postró para no levantarse jamás. Todo esto no es más que una confirmación de lo que dice Salustio al principio de su obra.

Además, esta historia puede servir á nuestros diputados al Congreso, no sólo en la parte política y moral, sino también con relación á la elocuencia: porque de los discursos de Catilina, aplicables á una buena causa, de los de César y Catón, se pueden hacer uso en tantas circunstancias que frecuentemente ocurren entre nosotros; ni es muy difícil recomendarlos á la memoria, para mudar algunas cosas é improvisar con facilidad. Paso ahora á decir cuatro palabras sobre mi traducción.

Es muy dificultoso verter un escrito en otra lengua; por manera que según el sentir de varios críticos juiciosos, es más fácil escribir una buena obra, que traducir con acierto. Comunmente oimos decir: fulano sabe traducir el inglés, el francés, el latín, etc., como si la traducción fuera el trabajo más fácil de cuantos se conocen. A más del conocimiento de los idiomas, *traducir* es hacer hablar á un muerto, ó al que se halla ausente, en un lenguaje en que no han hablado: es penetrar sus ideas, ponerse en lugar de ellos, y suplir en otra lengua lo que tal vez el idioma del original no alcanzó á expresar. En una palabra, es el último esfuerzo del ingenio humano: un dón particular que la naturaleza nos distribuye con profusión. Pero esta dificultad se aumenta con respecto á Salustio, porque su concisión inimitable, sus arcaismos y helenismos le hacen á veces obscuro. Así que yo no me presento como el *traductor de Salustio;* esto es, como un hombre capaz de hacer hablar á Salustio en castellano: lejos de mí tal vanidad. Mi intención ha sido expresar del modo posible los pensamientos del autor para hacer una obra popular, y no una clásica de literatura. Por esto he omitido tantas notas filológicas, que traen los traductores y comentadores de Salustio; y sólo me he contentado con poner algunas que tengan relación con la moral y la política, que son el objeto de la presente traducción. Poco

ó nada importa para esto saber qué eran *comicios, cónsul, pretor, senado, soldados ferentarios*, etc., etc.: los hechos pertenecen al pueblo, y el significado de algunas voces á los literatos.

Fuera de esto, siendo mi traducción muy clara, según me parece, puede servir también á los jóvenes que frecuentan las aulas de latinidad, y deseo que desde los primeros años se instruyan los americanos en esta pequeña historia romana, para saber el origen de la prosperidad y decadencia de las repúblicas, y para acostumbrarlos al horror de las revoluciones, y al amor de la virtud y del civismo de Catón. Todos conocerían en qué consisten la libertad y la patria; aprenderían á huir de los hipócritas, que abusan de aquellas palabras; y en fin sabrían apodar oportunamente á los ambiciosos con el odioso nombre de *Catilinas*, y á sus partidarios con el de *soldados de Catilina*. Este debe ser el fruto del estudio filosófico de la presente historia.



GUERRA CATILINARIA

1. Es conveniente que todos los hombres procuren con mucho empeño, si quisieren aventajarse á los demás animales, no pasar la vida sin hacer nada, como las bestias; las cuales han sido formadas por la naturaleza con inclinaciones puramente materiales y sujetas á dar pasto á la gula. Pero todo nuestro sér consiste en el alma y en el cuerpo. Usamos más de la primera para mandar, y del segundo para obedecer: lo uno nos hace semejantes á los dioses; y lo otro á los brutos. Por esto me parece más acertado buscar la gloria por el ingenio, que por el mucho ejercicio de las fuerzas físicas; y por cuanto la vida que tenemos es corta, procuremos llevar nuestra fama más allá de los límites de nuestra existencia. Es muy sabido que la gloria de las riquezas y de la hermosura es transitoria y frágil; al contrario, la virtud es ilustre é inmortal. No obstante, los hombres disputaron fuertemente por mucho tiempo si las cosas pertenecientes á la guerra se adelantaban más con el ingenio que con las fuerzas materiales. Pues antes de comenzar un proyecto es preciso reflexionar; y después de haber reflexionado, ejecutarlo sin dilación. Así, siendo el alma y el

cuerpo por sí solos desprovistos de acción, han menester prestarse auxilios mutuamente.

2. En este supuesto, al principio, los reyes (que este nombre se dió primeramente á los que obtuvieron el mando en la sociedad humana), según el parecer que cada uno seguía, unos ejercitaban el ingenio y otros el cuerpo; y además, aun en aquel tiempo, pasaban los hombres su vida sin codicia, contentándose cada uno con lo que tenía. Pero después que Ciro en el Asia y los atenienses y los lacedemonios en la Grecia, comenzaron á conquistar las ciudades y someter las naciones, se hizo causa de la guerra la pasión de mandar, y se colocó la mayor gloria en el imperio más dilatado: entonces se llegó á conocer por la experiencia y por el manejo de los negocios públicos, que en la guerra servía de mucho auxilio el ingenio. Si en la paz y en la guerra los reyes y generales procedieran conforme á lo que les dicta la conciencia, marcharían los sucesos humanos con arreglo y constancia, y no veríamos sustituirse los intereses, trocarse y confundirse todas las cosas. Porque el imperio se conserva fácilmente por los mismos medios con que se obtuvo al principio. Pero al momento que domina la pereza en lugar del trabajo, la arbitrariedad y la arrogancia en vez de la moderación y equidad, se muda la fortuna juntamente con las costumbres. Así es que el mando pasa siempre del indigno al más digno. La agricultura, la navegación, la arquitectura, todas las artes están sujetas á la industria humana. No obstante, muchos hombres, entregados á la gula y al sueño, ignorantes, groseros, pasaron su vida como peregrinos sobre la tierra, á quienes en verdad el cuerpo les sirvió para el deleite, y el alma para oprimirlos, contra el orden de la naturaleza. Su vida y su muerte me parecen iguales; pues que de ambas no tiene noticia la posteridad. Según mi modo de pensar, aquél solo es en efecto digno de vivir y disfrutar de la vida, que pretende hacerse famoso por alguna ocupación útil ó hecho heroico, ó por el ejercicio de las artes liberales y mecánicas. Pero en esta inmensa reunión de cosas, á cada uno le señala la naturaleza su rumbo.

3. Honroso es hacer bien á la república, y elogiarla es cosa digna de aprecio. Nos es lícito buscar la fama, sea en tiempo de paz ó de guerra; y tanto los que obraron como los que escribieron las hazañas de otros, son justamente elogiados, aun-

que, según mi juicio, el escritor no tenga igual mérito al de aquel que ejecutó las proezas. Sea lo que fuere, muy dificultoso es escribir una historia; porque, en primer lugar, las expresiones deben ser conformes con las acciones; y lo segundo, porque si el historiador reprende los vicios, muchos lo atribuyen á malevolencia y á envidia. Y cuando se habla del gran valor y gloria de los buenos, lo escuchan con indulgencia, si creen que cada uno puede hacerlo; y al contrario, lo atribuyen á fábula, si exceden á sus fuerzas. Empero, yo debo hacer aquí una confesión, que al principio de mi mocedad, como otros muchos, me dediqué á pretender empleos en la república; en lo cual experimenté muchas repulsas por razón de que dominaban la audacia, la profusión, la avaricia, en lugar del pudor, de la abstinencia, de la virtud; que aunque mi corazón detestaba aquellas como no acostumbrado á estos funestos artificios, no obstante, mi edad sin experiencia, me tenía como cautivo en medio de esta ambición corrompida. Así que yo era desemejante á los demás en mis costumbres; sin embargo, el deseo y estímulo de honor y fama me atormentaban del mismo modo que á los demás (1).

4. Luego que mi corazón se vió libre de tantas miserias y peligros, y me resolví á vivir separado del bullicio de la república, no quise emplear este tiempo tan precioso en la ociosidad y desidia, ni ocuparme en cultivar el campo, ni en la caza, ni en otros oficios serviles; sino que volviendo á tomar el punto de donde me había apartado mi reprensible ambición, traté

(1) Cayo Crispo Salustio nació el año 667, según unos, ó 668, según otros, de la fundación de Roma, y 85 años antes de J. C. Su educación fué muy bien dirigida por sus padres, quienes lograron precaverle de la corrupción que reinaba en aquel tiempo. Así, los primeros años de Salustio le prepararon al estudio y práctica de las virtudes, y por consiguiente al amor de la literatura y de las ciencias. Sin esto, jamás habría llegado á extender su fama hasta la posteridad. Véase la ventaja de una buena educación. De aquí resulta que sus escritos respiren esa moral agradable, propia más bien de un filósofo que de un historiador. Pero, por una consecuencia irreparable de su siglo, cayó después en los mayores desórdenes, y siguió con vehemencia los primeros impulsos que procuró reprimir, según refiere en la presente historia. Si Salustio hubiera sido siempre como fué en su edad posterior, sus escritos, ó no hubieran llegado á la posteridad, ó los tendríamos muy inferiores á lo que son actualmente. ¡Lección importante á los que aspiran á la fama literaria!

de escribir los hechos del pueblo romano, escogiendo los más notables y dignos de memoria, con tanta mayor facilidad, cuanto me hallaba muy distante de toda esperanza, miedo y partidos. Voy, pues, á escribir la conjuración de Catilina con la exactitud y brevedad posibles; porque este atentado lo tengo por más memorable entre otros con relación á la originalidad del crimen y del peligro. Pero es preciso decir algo de las costumbres de este hombre, antes de comenzar mi historia.

5. Lucio Catilina, descendiente de linaje noble, fué dotado de mucha fortaleza y gran talento, y al mismo tiempo de una índole mala y depravada. Le agradaban mucho desde su adolescencia las guerras intestinas, las muertes, las rapiñas, las disenciones civiles: en esta escuela ejercitó su juventud. Sufría, de un modo increible, el hambre, la falta de sueño, el frío. Atrevido, engañador, versátil; hábil sobremanera en disimular y aparentar cualquiera cosa; codicioso, dilapidador, vehemente en sus pasiones; bastante elocuente y de poca ciencia. Su imaginación vasta abrazaba siempre proyectos sin medida, increibles y elevados. Después de la dominación de Sila, le acometió un deseo grande de apoderarse de la república, sin detenerse en los medios, con tal que llegase á dominarla. Se inquietaba más y más su ánimo feroz todos los días, tanto por la escasez de su fortuna, cuanto por su conciencia criminal, á las cuales había dado vuelo con los artificios que ya he referido. Además, le animaban las costumbres estragadas de Roma, atacada por dos vicios pésimos y contrarios; á saber, la sensualidad y la avaricia. A propósito de los vicios de Roma, se nos presenta la ocasión, tomando la relación desde su origen, de decir en pocas palabras las instituciones de nuestros antepasados, tocante á la paz y á la guerra; de qué suerte era regida la república, y en qué estado la dejaron, y cómo declinando poco á poco se convirtió en pésima y criminal, habiendo sido antes la mejor y la más bella.

6. La ciudad de Roma, según las noticias que tengo, fué edificada y ocupada de primero por los troyanos, que prófugos con su jefe Eneas, andaban sin tener domicilio estable; y con ellos los aborigenes, cierto género de hombres libres, sin sujeción, rústicos, sin leyes, sin gobierno. Estos, después que se reunieron en una misma ciudad, aunque distintos en linaje, en idioma y costumbres, han dejado una memoria increible, por

la facilidad con que formaron el cuerpo social. Sin embargo, luego que su república, engrandecida con ciudadanos, civilización y territorios, parecía bastante próspera y poderosa, nació la envidia de la opulencia, como sucede en todos los lances de la vida humana. En consecuencia, los reyes y pueblos comarcanos comenzaron á inquietar con guerras. Tenian entonces los romanos pocos amigos, pues los demás, penetrados de terror, huían lejos del peligro. Mas aquéllos, atentos á los negocios de paz y guerra, se preparaban sin pérdida de tiempo, se exhortaban mutuamente, frustraban los proyectos de sus enemigos, y protegían con las armas la libertad, la patria y á sus padres. Después de haber rechazado los peligros con su valor, no omitían prestar auxilios á sus confederados y amigos, tratando de conciliar los ánimos, haciendo beneficios más bien que recibiéndolos. Tenían un gobierno nacional, cuya forma era monárquica: ciertos hombres selectos por su madura edad y por su ingenio vigoroso y sabio, dirigían la república: éstos se llamaban *padres* ó por su edad, ó por la naturaleza de su ministerio. Pero después que el régimen monárquico, constituído al principio para conservar la libertad y para hacer florecer la república, llegó á degenerar en soberbia y tiranía, entonces mudaron la forma y establecieron un gobierno anual, y dos emperadores ó cónsules. De esta suerte creyeron que el corazón humano no estaría enorgullecido, abusando del poder.

7. Así, pues, en esta época comenzaron todos á elevarse y hacer ostentación de su capacidad; porque para los reyes son más sospechosos los buenos que los malos, y siempre la virtud ajena es temible á los monarcas (1). Parece increible referir la rapidez con que la república se elevó, después de haber conquistado su libertad. ¡Tan grande era el deseo de gloria que se había apoderado de todos! Los jóvenes fueron los primeros que, siendo ya de edad para tomar las armas, se dedicaron á aprender los ejercicios militares prácticamente en las campañas, haciendo consistir su vanidad, no en la gula, ni en la lascivia, sino en el manejo honroso de las armas y de la caballería. Con tales hombres, pues, no había trabajo extraordinario, ningún lugar escabroso ó arduo, ni enemigo armado que fuera temible; el valor todo lo había sometido y entre ellos se dispu-

(1) Salustio habla aquí de los tiranos, y no de los reyes buenos.

taban cuál sería el primero en adquirir mayor grado de gloria. Cada uno se apresuraba en herir el primero al enemigo, en escalar los muros y ser visto de todos, cuando ejecutaba esta hazaña; estas cosas juzgaban que eran sus tesoros, su buena fama, su gran nobleza; ambicionaban elogios, despreciaban el dinero, buscaban una ingente gloria, y riquezas honrosas (1). Yo pudiera aquí referir los lugares en que el pueblo romano destrozó grandes ejércitos con muy poca tropa; las ciudades que sujetó, á pesar de que se hallaban defendidas por su naturaleza; pero esto me llevaría muy lejos, fuera del objeto que me he propuesto.

8. Sin embargo, la fortuna todo lo domina, y ella hace brillar ú obscurecer todas las acciones, más por capricho que

---

(1) La educación de la juventud es el gran problema de las sociedades. En Esparta, en Atenas, en Roma, mientras los jóvenes fueron morales, reinaba la felicidad pública. Una juventud corrompida causa mayores estragos en la nación, que la guerra ó la peste. Léase detenidamente lo que dice Salustio en este lugar y en otros; compárese el estado de la juventud romana con el de la nuestra, y decida cada uno si somos mejores ó peores. La educación que se da en la mayor parte de nuestros colegios, es más propia para hacer facinerosos que hombres útiles.—Una miserable jerga literaria, ningún respeto á los mayores en edad y dignidad; desprecio de todas las leyes..... Véase nuestra educación. Donde no hay moral, no hay ciencia; y faltando estas dos cosas, en vano es buscar la prosperidad nacional por las riquezas ó por la industria.

Es notable lo que refiere Salustio en los capítulos XIV y XVI de esta obra, acerca del modo con que corrompía Catilina á la juventud. Oh ¡qué maldad! dirán todos. Pues no es menos, ó quizá es más perverso el arbitrio de aquellos escritores que con sus romances inmorales, con sus poesías obscenas, con tantos escritos impíos, destinados á la juventud, introducen la licencia y el desenfreno en las costumbres. Son otros tantos Catilinas, con la sola diferencia de que el romano corrompía á los jóvenes de su tiempo con la voz viva; y aquéllos echan á perder con sus escritos á los jóvenes de todos los siglos. ¿Qué adelantó Catilina con sus lecciones inmorales? Nada para sí: él fue víctima de sus crímenes, y la república quedó debilitada con sus hechos, Poco tiempo después se vió lo que valía una juventud inmoral; pues habiendo ésta prometido á Pompeyo sostenerle contra César, siete mil jóvenes de caballería huyeron vergonzosamente en Farsalia, y dejaron de esta suerte en confusión todo el ejército del domador de la España, del Africa, del vencedor de Mitridates. Se refiere que César, conociendo el cuidado que tenían en conservar la belleza de sus caras, mandó á los suyos que procurasen herirlos donde más lo sintiesen. Apenas vieron esto, cuando echaron á correr, prefiriendo sus lindos rostros á la salud de la república. Hé aquí los frutos de la educación á la Catilina.

por razón. Según mi juicio, las hazañas de los atenienses fueron en realidad magníficas y bastante recomendables; pero algo menores de lo que preconiza la fama. Los historiadores de grande ingenio que florecieron en Atenas, trataron de engrandecer sus hechos; y véase por qué en todo el mundo se los mira como incomparables, por manera que se estima tanto la virtud de los que obraron, cuanto los ingenios ilustres pudieron elevarlos con su elocuencia. Pero el pueblo romano jamás ha tenido esta muchedumbre de panegiristas, porque todo sabio creía no serlo si no trabajaba; ninguno ejercitaba su ingenio sin dedicarse á los negocios públicos. Preferían obrar bien á escribir bien, querían ser elogiados por extraños, y no elogiar las hazañas de otros.

9. Así, pues, reinaban las buenas costumbres en la paz y en la guerra: había mucha concordia y muy poca avaricia; prevalecían la justicia y la bondad, no tanto por la fuerza de las leyes, cuanto por la inclinación natural á obrar bien; las disensiones, las riñas, las enemistades se reservaban para los enemigos de la nación; los ciudadanos entre sí no tenían otras contiendas, sino cuál debía aventajarse á otro en el valor. En los actos religiosos eran espléndidos; económicos en su casa, y fieles con sus amigos. No perdían de vista dos reglas: intrepidez en la guerra; y cuando conseguían la paz, atendían con equidad á la conservación de sí mismos y de la república. Yo tengo grandes pruebas de todo esto; y son, que en la guerra se castigaba más bien á los que combatían sin tener orden para ello, y á los que dejaban de pelear más tarde excediendo en las hostilidades, que á aquellos que desertaban ó se atrevían á ceder su puesto. En la paz ejercían el gobierno más con los beneficios que con el terror, y querían más bien perdonar las injurias que vengarlas.

10. Pero cuando la república creció con el trabajo y la justicia, fueron sometidos por la guerra los reyes poderosos, humilladas las naciones bárbaras y postrados pueblos numerosos, destruída enteramente Cartago, émula del pueblo romano, y abiertas todas las comunicaciones por mar ó tierra; entonces la fortuna comenzó á hacerse contraria y á confundirlo todo. A los que habían sufrido fuertemente los trabajos, los peligros, los sucesos dudosos y arduos, les fueron gravosas y funestas la paz y las riquezas, apetecibles para otros. Así que na-

ció primeramente el deseo de las riquezas y después el del mando; esto vino á ser como el elemento de todos los males; porque la avaricia echó por tierra la fidelidad, la probidad y las demás buenas cualidades. En lugar de estas virtudes, sólo aprendieron la soberbia, la crueldad, el desprecio de los dioses, la venta de todas las cosas. La ambición obligó á muchos hombres á ser falaces, á pensar de un modo y hablar de otro, á graduar las amistades y enemistades, no por su naturaleza, sino por el interés, á manifestar la bondad en el semblante, más bien que tenerla en realidad; estos vicios iban creciendo poco á poco, aunque algunas veces eran castigados. Pero cuando este mal cundió como una peste, Roma se mudó enteramente; y el Gobierno, que antes era el mejor y el más justo, se convirtió en cruel é intolerable.

11. Sobre todo la ambición superaba á la avaricia; y era porque aquel vicio tenía apariencias de virtud; porque la gloria, la honra, el dominio, apetecen los valientes, como los cobardes; pero aquellos pretenden por medios legítimos; mas estos, á falta de recursos legales, ambicionan con dolo y falacia. La avaricia tiene por objeto el cuidado de las riquezas, la cual no la ha deseado jamás ningún sabio, porque enerva el cuerpo y el ánimo vigoroso, como si estuviera impregnada de venenos mortíferos: ella no tiene límites; es insaciable; ni se disminuye con la abundancia, ni con la escasez. Pero después que Sila se apoderó de la república por la fuerza, tuvo mal éxito habiendo comenzado bien: se veían robos y violencias; unos despojaban de las casas; otros, de los campos; los victoriosos no guardaban medida ni moderación; cometían los crímenes más detestables y crueles contra los ciudadanos. Todo esto sucedía, porque Sila, á fin de tener siempre adherido el ejército que había comandado en Asia, le había acostumbrado á vivir voluptuosa y libertinamente, contra la costumbre de nuestros antepasados. Los lugares amenos y deliciosos fácilmente habían afeminado en la paz los ánimos feroces de los soldados: allí primeramente aprendió el ejército del pueblo romano á cortejar, á embriagarse, á estimar las estatuas, las pinturas, la vajilla curiosamente trabajada, á robarlas al pueblo y á los particulares, saquear los templos de los dioses y confundir todo lo sagrado y profano. Así, pues, estos soldados, luego que se vieron victoriosos, nada dejaron á los vencidos; porque, en verdad,

cuando la fortuna es próspera, hasta los corazones de los sabios se corrompen: mucho menos debían contenerse en la victoria hombres de costumbres depravadas.

12. Después que las riquezas llegaron á ser el ídolo de los ciudadanos y á depender de ellas la gloria, el gobierno y el poder, comenzó á debilitarse la virtud, ser oprobiosa la pobreza y confundirse la inocencia con la maldad. En consecuencia, la juventud, por las riquezas se hizo víctima de la lujuria, de la avaricia, de la soberbia: robar, consumir, dilapidar, arrebatar lo ajeno, despreciar inmoderadamente el pudor, la amistad, la pudicicia, confundir lo divino y humano, fueron vicios dominantes. Merece nuestra atención el contraste que presentaban las casas y granjas, edificadas como ciudades, con la modestia de los templos de los dioses, que edificaron nuestros antepasados, hombres los más religiosos entre todos; pero aquéllos adornaban los santuarios con su piedad, y las casas con el timbre de sus acciones; ni á los vencidos les quitaban otra cosa sino la licencia de hacer mal. Al contrario, los posteriores, hombres los más desidiosos, por un exceso de maldad arrebataron á sus conciudadanos lo que habían dejado á sus enemigos los victoriosos, como si en hacer injuria consistiera el derecho de mandar.

13. ¿Me atreveré á referir lo que parece increible al que no lo hubiese visto; á saber, que muchos particulares derrocaron montes y terraplenaron mares? (1) Parece que no podían emplearse de otro modo las riquezas, para hacer un juguete de ellas; porque, á la verdad, los que podían tenerlas honestamente, se empeñaban en malgastarlas por el abuso. Fuera de esto, la lascivia, el libertinaje y demás incentivos del lujo se habían introducido sin medida...; las mujeres no se avergonzaban de hacer en público comercio de la honestidad; la gula hacía irrupciones por mar y tierra; se acostaban sin tener sueño; el hambre, la sed, el frío, el cansancio, no se mitigaban según dicta

(1) Salustio no reprende aquí el dispendio del dinero en obras útiles al bien público, sino la profusión para conservar el lujo de los particulares. Ciertamente si aquellos caudales se hubieran invertido en desecar las lagunas Pontinas, ó en romper el istmo de Corinto, ó el de Suez, no habría empleado el autor su crítica; así como no puede reprenderse en nuestros días los enormes gastos para la construcción de ferrocarriles y otras obras que se hacen para facilitar los viajes por mar y tierra.

la naturaleza, sino con el esmero del lujo. Estas necesidades obligaban á los jóvenes que no tenían bienes propios á cometer crímenes: corazones acostumbrados á fraudes y artificios, no podían fácilmente privarse de sus apetitos; y, por tanto, se entregaban sin miramiento al pillaje y á la profusión.

14. Catilina, pues, tenía en su comitiva, como guardias de su persona, tropas de hombres los más desalmados y facinerosos; y esto le era muy fácil en una ciudad tan populosa y corrompida. Los impúdicos, los adúlteros, los libertinos, que habían derrochado los bienes patrimoniales en el juego, en los banquetes... los que se hallaban gravados con muchas deudas por ponerse á cubierto de sus maldades y fechorías; fuera de éstos, todos los parricidas de distintos pueblos, sacrílegos, convencidos en juicio, ó que por sus iniquidades temían la justicia; además de los mencionados, aquellos que tenían las manos y lengua manchadas con el robo y la calumnia, con el perjurio y los asesinatos; en fin, todos aquellos á quienes inquietaban sus crímenes y su mala conciencia; éstos, digo, eran los íntimos amigos y familiares de Catilina. Si por casualidad algún hombre de bien llegaba á ser su amigo, el trato diario y los atractivos le hacían presto muy semejante á los demás. Pero entre todo, lo que apetecía más era la familiaridad de los jóvenes; porque sus corazones, afeminados y versátiles por su edad, no son difíciles de atraerlos con engaños. Investigaba con cuidado el vicio que á cada uno le dominaba, según su edad, y con arreglo á esto, á unos les facilitaba el goce de los deleites carnales, á otros el ejercicio de la caza y de la equitación; y en fin, no perdonaba gasto alguno, ni aun el decoro de su persona, con tal de tenerlos adictos y dispuestos para sus proyectos. Sé que muchos se persuadían que los jóvenes que frecuentaban la casa de Catilina eran sospechosos de comercio poco honesto con él; pero este rumor nacía más bien de la mala opinión de Catilina, que porque alguno lo hubiese sabido por sí mismo.

15. Sin embargo, es cierto que Catilina desde sus primeros años había cometido muchos excesos con una virgen noble y con una sacerdotisa de Vesta, y otros crímenes semejantes contra el derecho divino y humano. Ultimamente, enamorado de Aurelia Oréstila, de quien nada se podía elogiar fuera de su hermosura, y porque ella vacilaba en casarse con él, temiendo estar en compañía de un entenado de edad adulta, se sabe cier-

tamente que Catilina, habiendo muerto poco antes á su mujer, mató también á su hijo para contraer un matrimonio criminal, libre de aquellos impedimentos (1). Según mi modo de pensar, este hecho fué el primero que aceleró su proyecto de aniquilar la república; pues este corazón impuro, aborrecido de los dioses y de los hombres, no podía estar tranquilo ni dormido ni despierto, y la conciencia atormentaba sin cesar su alma alterada. Claro se veía esto en su color pálido, en sus ojos deformes, en su modo de andar, á veces acelerado, á veces tardío; y, por decirlo de una vez, estaban grabadas su insensatez y su ferocidad en todo su cuerpo, en todas sus facciones.

16. Pero á la juventud que atrajo á su partido, como hemos dicho antes, ejercitaba de mil maneras en cometer delitos abominables. De ella sacaba Catilina, para su utilidad, falsos testigos y falsificadores de instrumentos públicos, despreciadores de la fidelidad, del bienser de los demás y de los peligros. Después de haber puesto en subasta el pudor y fama de aquellos jóvenes, los obligaba á cometer mayores crímenes. Aun cuando no había causa para ejercitar su crueldad, sin embargo, él ordenaba persecuciones, asesinatos, sin distinción de inocentes y culpados; esto es, era gratuitamente malo y cruel, á fin de que no se debilitasen las manos y el corazón, dejando de cometer crímenes, en el descanso. Confiado, pues, Catilina en tales amigos y compañeros, y observando al mismo tiempo que las deudas eran muy cuantiosas en todas partes, y que muchos soldados de Sila, después de haber disipado lo que tenían, se acordaban de sus rapiñas y antiguas victorias, y deseaban la guerra civil, comenzó á meditar la opresión de la república. Todas las circunstancias le eran favorables: ningún ejército había en Italia; Pompeyo hacía la guerra en los confines de la república; él tenía esperanza de obtener el consulado; nada recelaba el Senado; todo se hallaba en paz y tranquilidad.

17. Así que, á fines del mes de Mayo, siendo cónsules Lucio César y Cayo Fígulo, comenzó primeramente llamando á cada uno, exhortando á otros, explorando á los demás sus riquezas, y diciéndoles las grandes ventajas que reportarían de la conspiración contra una república desprevenida. Cuando llegó á des-

(1) Algunos creen que Catilina casó con su hija, habida fuera de matrimonio.

cubrir lo que quiso, reunió á todos aquellos que le parecían más necesitados y más audaces. En aquella junta se hallaron, del orden de senadores, Publio Léntulo Sura, Julio Autronio, Lucio Casio Longino, Cayo Cétego, Publio y Servio Sila, hijos de Servio, Lucio Vargunteyo, Quinto Antonio, Marco Porcio Leca, Lucio Bestia, Quinto Curio; y además, del orden de caballeros, Marco Fulvio Nobilior, Lucio Estatilio, Publio Gabinio Capitón, Cayo Cornelio; y con ellos muchos nobles de las colonias, de los municipios y de la misma Roma. Fuera de los citados, había en el partido algunos menos declarados, á quienes los hacían cómplices, no tanto la necesidad y pobreza, cuanto la esperanza de mandar. Sobre todo, una parte considerable de la juventud, y principalmente de los nobles, favorecía los proyectos de Catilina; porque aquellos jóvenes, creyendo vivir en el descanso con magnificencia y regalo, preferían lo incierto á lo cierto, la guerra á la paz. Hubo en aquel tiempo quienes se persuadían que Marco Licinio Craso era sabedor de esta maldad; porque Cneo Pompeyo, que comandaba un grande ejército, era su rival, y pretendía derrocarle apoyándose en cualquiera fuerza, confiando al mismo tiempo que, si prevalecía la conspiración, fácilmente llegaría á dominarla. Pero mucho antes que él ya habían conspirado otros, y entre ellos Catilina, de quien hablaré con la exactitud posible.

18. Lucio Tulo, Marco Lepidio, cónsules; Publio Autronio, y Publio Sila, cónsules designados, habían sido castigados por infracción de leyes contra el soberano: poco después á Catilina, como á estafador, se le había prohibido pretender el consulado, si dentro del término perentorio no pudiese vindicarse. Vivía entonces un joven noble, llamado Cneo Pisón, insolente en sumo grado, pobre y faccioso, á quien estimulaban la pobreza y las malas costumbres al trastorno de la República. De acuerdo, pues, con éste, Catilina y Autronio, hacia los primeros días de Diciembre, trataron de matar en el Capitolio á los cónsules Lucio Cota y Lucio Torcuato, el 1.° de Enero; y apoderándose de la autoridad, enviar prontamente á Pisón con un ejército para que ocupase las dos Españas. Descubierta esta tramoya, transfirieron el asesinato para el 5 de Febrero, y entonces ya no solamente se trataba de quitar la vida á los cónsules, sino también á muchos senadores; por manera que, si Catilina no se hubiera adelantado á presentarse ante el Senado, sin esperar la re-

unión de sus compañeros, aquel día se hubiera cometido un crimen inaudito desde la fundación de Roma: la falta de un número suficiente de hombres armados frustró el proyecto.

19. Pisón, por empeño de Craso, fué nombrado cuestor para la España, por cuanto era conocido como contrario á Cneo Pompeyo; ni el Senado se denegó para darle el régimen de aquella provincia, tanto por tener distante á un hombre tan infame, cuanto porque el poder de Pompeyo se había hecho respetable: los buenos ciudadanos le miraban como el apoyo de la república. Pero este Pisón, partiendo á su destino, fué matado por los soldados de caballería española que estaban bajo su comando. Hay quienes juzgan que esto sucedió porque los extranjeros rehusaron sufrir su mando injusto, altanero y cruel. Otros creen que aquellos soldados le dieron la muerte por orden de Pompeyo, como que eran sus antiguos amigos y favorecidos, y que además los españoles jamás hubieran hecho tal cosa, si antes no hubiesen experimentado muchas vejaciones. Yo no me decido por ninguna de estas opiniones, y de la primera conspiración he dicho lo suficiente.

20. Catilina, luego que vió reunidos á los que poco há tengo nombrados, aunque había hablado muchas cosas con cada uno de ellos, no obstante, juzgó todavía conveniente llamarlos en común y exhortarlos: y retirándose á un lugar secreto de la casa con los principales conjurados, les habló de esta manera:

«Si no estuviera muy convencido de vuestra fidelidad y valor, en vano se nos hubiera presentado una ocasión tan oportuna: de nada serviría la grande esperanza que tenemos de mandar, dependiente de nuestro poder, ni yo, tomando por instrumentos la cobardía y la inconstancia, haría elección de lo incierto por lo cierto. Pero como he hecho prueba que vosotros sois mis amigos fieles é inmutables en medio de los mayores peligros, me he resuelto á dar principio á una regeneración, la más bella y la más grande, persuadido al mismo tiempo de que, tanto los bienes como los males, serán comunes á vosotros y á mí; porque querer una misma cosa, ó no quererla, es prueba de una sólida amistad. Ya mucho antes os he descubierto mi proyecto á cada uno de vosotros. No obstante, cada día me abrasa el fuego de la indignación al contemplar cuál suerte nos cabrá, si no conquistamos nosotros mismos nuestra libertad; porque no ignoráis que después de haberse hecho la república

el patrimonio de unos pocos poderosos, los reyes y los tetrarcas han sido los tributarios de ellos, y los pueblos y las naciones sus contribuyentes: los demás, beneméritos, irreprensibles, nobles é innobles, hemos sido mirados como la hez del pueblo, sin aceptación, sin autoridad, sometidos á los que nos respetarían, si la república tomara otro giro. Ya véis que todo favor, poder, honor y todas las riquezas, están con ellos, ó donde ellos lo quieren; y á nosotros no nos han dejado sino los peligros, los desaires, los pleitos, la miseria. ¿Hasta cuándo, pues, compañeros intrépidos, sufriréis tales vejaciones y vejámenes? ¿No es mejor morir con denuedo, que perder ignominiosamente una vida miserable y deshonrada, después de haber sido el juguete de la altivez de otros? ¡Por vida de los dioses y de los hombres! Yo os lo aseguro: la victoria está en nuestras manos: tenemos una edad varonil, almas generosas. Al contrario, todo ha decaído entre ellos: los años y las riquezas; sólo hemos menester dar principio, y lo demás queda á disposición de nuestra fortuna. En verdad, ¿qué hombre de juicio podrá tolerar que ellos tengan riquezas para construir mares, derrocar montes, y que á nosotros nos falte lo más necesario para conservar la vida? ¿Que ellos sean dueños de dos ó más casas, y nosotros carezcamos aun de un miserable albergue? Cuando compran pinturas, estatuas, plata labrada, destruyen lo que todavía puede servir, por el placer sólo de fabricar nuevamente; en fin, disipan y desperdician el dinero de mil maneras; y con toda esta profusión no son capaces de agotar sus caudales. Y entre tanto, nosotros morimos de hambre en nuestras casas, y fuera de ellas nos oprimen los acreedores; al presente no tenemos sino males; y para lo futuro, peores esperanzas. En una palabra, ¿qué llevamos en nuestro cuerpo, sino un alma miserable? ¿Por qué no salís del letargo? Ved ahí la libertad, esa libertad que tantas veces habéis deseado; y con ella se presentan á vuestra vista las riquezas, el honor, la gloria: todo esto tiene reservado la fortuna para premiar á los victoriosos: las circunstancias, el tiempo, los peligros, la pobreza, los despojos magníficos de la guerra, os estimulen mucho más que mis palabras: haced de mí lo que queráis, ó vuestro jefe ó vuestro soldado: estoy dispuesto á serviros con mis talentos y con mis fuerzas: esto que acabo de deciros lo ejecutaré juntamente con vosotros, si llegare á obtener la dignidad de cónsul; y si mi previsión no me

engaña, creo que vosotros estáis más bien dispuestos á obedecer que á mandar (1).»

21. Luego que oyeron esta arenga los conjurados, en quienes abundaba toda clase de miserias, ni tenían que perder al presente, ni esperanza de mejorar su suerte, aunque estaban persuadidos de que sacarían grandes ventajas alterando la paz de la república; sin embargo, le preguntaron muchos, según lo que acababan de oir: ¿cuáles eran las condiciones de la guerra? ¿Qué premios alcanzarían por sus triunfos, y qué ventajas ó esperanzas podían prometerse? Entonces Catilina contestó prometiéndoles la abrogación de todas sus deudas (2), la proscripción de los ricos, el goce de la magistratura, del sacerdocio, de las rapiñas y de otras cosas que proporcionan la guerra y las pasiones de los vencedores. Además, les dijo, se halla en la España citerior, Pisón; en Mauritania, Publio Sicio Nucerino con su ejército, amigos y sabedores de nuestro proyecto. Que Cayo Antonio pretendía el consulado, á quien creía tenerle por colega en esta dignidad; y que éste era su confidente, y reducido á toda clase de necesidades; en fin, que hecho cónsul con él,

(1) Desgraciadamente este discurso de Catilina contenía verdades que no se podían contestar. Sin embargo, él las aplicaba mal; y por consiguiente, en su boca venían á ser un sofisma político. Bossuet ha observado que algunos errores en religión, no son otra cosa que verdades mal aplicadas. Así un jefe de secta se vale de la corrupción del clero, cuando es efectiva, para trastornar la disciplina eclesiástica y el dogma. En este caso los hechos son verdaderos; pero la aplicación es infundada. Este fué el sofisma de Catilina. Nadie puede reformar una sociedad, sea en el orden político ó religioso, si no tuviere misión para ello.

(2) En la república romana había la costumbre de cancelar las deudas, en todo ó en parte, cuando la plebe no podía satisfacer por su insolvencia, ó por la enormidad del crédito. Entonces se publicaba una ley que ordenaba formar nuevas listas ó tablas de los deudores y acreedores, y se fijaban en los lugares públicos. Esta ley era sabia, pues los usureros gravaban al pueblo de un modo increible con sus contratos inicuos; que si no se hubiera tomado aquel remedio se habría expuesto la república á continuos movimientos inconcinos por la indigencia de la plebe.

Supuesto que entre nosotros se ha introducido la usura sin restricción, ¿no sería útil una ley semejante? Probado que el deudor se hallaba insolvente y gravado con usuras inmoderadas, debería quedar libre en todo ó en parte. De esta suerte se miraría por la comodidad de tantas familias pobres, y se pondría freno á la avaricia de innumerables usureros que son el azote de la sociedad. Esta ley sola valdría más que todas las disputas sobre lo lícito é ilícito de las usuras, como sucedía entre los romanos.

daría principio á sus ideas. Después prorumpió en injurias contra todos los hombres honrados; y nombrando á cada uno de sus partidarios, alababa á unos, amonestaba á otros que se acordasen de su miseria; á otros, de sus necesidades; á varios, de su peligro y de su ignominia; y por último, á muchos les puso á la vista la victoria de Sila, á quienes había servido para sus depredaciones. Después que vió á todos en disposición de abrazar su planta les exhortó á que no la echasen al olvido, y disolvió la junta.

22. Hubo en aquel tiempo quienes aseguraban que Catilina, concluída su exhortación, obligó á los fautores de su crimen á que jurasen, dándoles vasos de vino mezclado con sangre humana; y que hecho el juramento, lo bebieron todos, como se acostumbra en los sacrificios solemnes; y en seguida les propuso su proyecto. Añadió que esto lo había hecho á fin de tenerlos más unidos entre sí, como sabedores de una empresa tan ardua. Otros creían que esta relación y otras muchas eran ficciones de aquellos que trataban de disminuir el odio, que después se manifestó en Cicerón, con la atrocidad del crimen de los que fueron castigados. Es preciso confesar que esto es muy incierto, á proporción de su enormidad.

23. Pero no cabe duda que en aquella conspiración se hallaba Quinto Curio, descendiente de linaje noble y plagado de crímenes y atrocidades, á quien los censores habían despojado ignominiosamente de la dignidad de senador. Este, pues, no era menos vano que atrevido y nada se le daba callar lo que había oído, ni aun sus propios delitos; en una palabra, hablar y ejecutar cuanto él quería. Tenía comercio ilícito desde mucho tiempo con Fulvia, mujer noble; y habiendo ésta comenzado á mirarle con sobrecejo, porque por sus profusiones no podía darle sumas considerables, repentinamente comenzó vanidoso á ofrecerle cosas casi increibles, y á amenazarla con la muerte, si no lo obedecía en todo: en fin, á tratarla con tal rigor, cual jamás se había experimentado. Mas Fulvia, luego que supo la causa de la altanería de Curio, no quiso ocultar el peligro que amenazaba á la república, sino que, omitiendo nombrar á la persona por quien lo sabía, refirió á muchos la conjuración de Catilina, según la había oido. Esta noticia bastó para hacer conchabar los ánimos de todos á que se diese el consulado á Cicerón; pues antes una parte notable de la nobleza ardía en

odio contra él, persuadiéndose de que se degradaría en cierto modo la dignidad consular, si llegare á obtenerla un hombre sin precedentes recomendables, aunque en sí fuese benemérito (1). Mas luego que sintieron el peligro, dejaron á un lado la envidia y el orgullo.

24. Así que, celebrados los comicios, fueron nombrados cónsules Marco Tulio y Cayo Antonio: este hecho aterró al principio á los fautores de la conjuración. Pero no por esto se disminuía el furor de Catilina, sino que cada día lo ponía todo en movimiento; enviaba armas por toda Italia á los lugares que él creía más necesarios; hacía transportar á Fiezoli el dinero que había pedido prestado en su nombre, ó en el de sus amigos, al poder de cierto Manlio, quien fué después el jefe de la guerra civil. En esta ocasión, se dice que enganchó á hombres sin distinción y también á varias mujeres, que en sus primeros años habían disipado sumas inmensas, y después habían contraído muchas deudas, cuando la edad solamente las hizo capaces para la mendicidad, sin refrenar su vida voluptuosa. Por medio de éstas, creía Catilina sublevar á los esclavos de Roma, incendiar la ciudad, y atraer á su partido, ó matar, á los maridos que tenían.

---

(1) El original dice: *namque antea pleraque nobilitas invidia æstuabat, et quasi pollui consulatum credebat, si eum, quamvis egregius, homo novus adeptus foret.*—Cicerón era descendiente de una antigua familia de caballeros romanos: su nobleza era indisputable; pero la delicadeza de los romanos era tal, que no admitía á las primeras magistraturas sino personajes de familias ilustres y nobles. Decían que Cicerón era *homo novus,* esto es, cuyos ascendientes, aunque nobles, no se habían hecho conocer con servicios brillantes á la república. Ciertamente una nobleza obscura no suministra pruebas de su aptitud para el mando: el lustre de las acciones es el fundamento de la confianza pública. Nosotros tenemos algunas familias nobles, pero obscuras: este es un mal necesario en toda sociedad que comienza. Por consiguiente, aunque digamos como los romanos, que *en cierto modo se mancha la magistratura: «quasi pollui consulatum...;»* sin embargo, es preciso echar mano de alguna persona menos digna, según las circunstancias, aunque sea *homo novus.*

Otra nota interesante nos suministra este pasaje. Los romanos conocían el mérito de Cicerón por sus talentos y por su nobleza: *quamvis egregius...*; pero no atendieron á nada de esto para darle el consulado, sino á su patriotismo, capaz de contrarrestar la sedición de Catilina. ¡Oh pueblos felices, pueblos sabios, entre quienes se escogen para los empleos hombres conocidos por su patriotismo; y no sólo por el favor, por los talentos, por la nobleza, por las riquezas!

25. Entre éstas estaba comprendida Sempronia, que había ejecutado frecuentemente hazañas propias de la intrepidez varonil. Esta mujer tuvo bastante fortuna por su nobleza, por su hermosura, por su marido y por sus hijos: era instruída en la literatura griega y latina; cantaba y bailaba con más atractivo de lo que pide la modestia del sexo...; pero ella amaba más estas cosas que el decoro y la pudicicia. Difícilmente se puede averiguar si prodigaba más su dinero que su buen nombre...; no obstante, es cierto que mucho antes había faltado á su promesa; que había negado con juramento un secreto; había sido cómplice en asesinatos, y su lujuria y pobreza la habían precipitado en mil desórdenes. A pesar de esto, tenía un ingenio nada vulgar para hacer versos, excitar la risa y usar de un lenguaje, ya urbano, ya halagüeño, ya satírico, hasta el extremo de ser muy seductora con chistes y donaires en la conversación.

26. Aunque Catilina no había sido electo cónsul, sin embargo, se disponía á pretender el consulado en el año siguiente, creyendo que, si le nombraban, fácilmente dispondría de la persona de Antonio; ni podía estar quieto, y de mil maneras tendía lazos á Cicerón. Pero á éste no le faltaban astucias y engaños para ponerse á cubierto; pues desde el principio de su consulado había entrado en relación con Fulvia, haciéndole mil ofertas, á fin de que Quinto Curio, á quien cité poco há, le manifestase todos los proyectos de Catilina. Además, había ofrecido á Antonio, su colega, con pacto expreso, cederle el gobierno de una provincia (de Macedonia), con tal que no maquinase contra la república, y se hallaba ocultamente rodeado del patrocinio de sus amigos y clientes. Llegado, pues, el día de los comicios, se vieron frustradas la petición de Catilina y las asechanzas que había dispuesto contra el cónsul; y en consecuencia se resolvió á declarar la guerra, y sufrir todos los azares, porque cuanto había maquinado ocultamente le salió vergonzoso é infausto.

27. Por tanto, envió á Cayo Manlio á Fiezoli y á una parte de la Toscana; á un Septimio, natural de Camerino, á la Marca de Ancona; á Cayo Julio, á la Pulla; y á otros, á diversas partes, donde los creía más necesarios. En este intervalo tramaba mil males en Roma, asechaba á Cicerón, preparaba incendios, hacía que ocupasen hombres armados los puestos más

importantes: él andaba con su arma; mandaba á unos; á otros exhortaba á fin de que estuviesen listos y preparados; pasaba días y noches en velar y disponer todo, sin que le molestasen el trabajo y la falta de sueño. En fin, viendo que todas sus fatigas no surtían el efecto que se proponía, volvió á deshora de la noche á reunir á los jefes de la conspiración en casa de Marco Porcio Leca; allí se quejó mucho de la indolencia de sus amigos, asegurándoles al mismo tiempo que había enviado anticipadamente á Manlio, con el objeto de que se pusiese al frente de aquella multitud que estaba dispuesta á tomar las armas; como igualmente á otros á los lugares más convenientes, para que ya diesen principio á la guerra; y en fin, que él deseaba partir al ejército, luego que desbancase á Cicerón, quien le perjudicaba mucho tomando sus medidas.

28. Al oir esto quedaron atónitos y vacilantes todos, fuera de Cayo Cornelio, caballero romano, y con él Lucio Vargunteyo, senador, quienes se comprometieron en aquella noche, que en breve irían con hombres armados á la casa de Cicerón, y como que le visitaban, le matarían repentinamente hallándole desprevenido. Al momento que supo Cario el gran peligro que amenazaba al cónsul, sin pérdida de tiempo, puso en su noticia, por medio de Fulvia, la asechanza que meditaban contra él. Con este aviso se les negó la entrada á los asesinos, y quedó frustrado un crimen tan horrendo. Entre tanto, Manlio en la Toscana conmovía la plebe, deseosa de transformaciones por la miseria y el dolor de la injusticia con que había perdido sus granjas y todos sus bienes durante la dominación de Sila. Además excitaba á toda clase de ladrones, que abundaban en aquella región, y últimamente á algunos de las colonias de Sila, á quienes nada les había quedado de sus robos, por su lujo y sensualidad.

29. Cuando supo Cicerón todo esto, al verse en medio de un doble peligro; esto es, que ni por sí solo podía guardar á Roma por mucho tiempo contra tantas asechanzas, ni podía saber decididamente de qué número constaba el ejército de Manlio, ni con qué objeto se había reunido, se determinó á dar cuenta al Senado de todo lo que la voz pública había difundido mucho antes. En esta virtud, el Senado decretó lo que acostumbra hacer en toda circunstancia crítica; á saber, que los cónsules pusiesen todo cuidado en que la república no padeciese de-

trimento alguno. Esta suprema potestad, atribuida al magistrado por el Senado, según la costumbre de los romanos, le da facultad para alistar tropas, hacer la guerra, y obligar, por todos los medios posibles, á que auxilien los ciudadanos y confederados, sin distinción de personas; tener en la paz y en la guerra el supremo poder y autoridad para dirimir todas las cuestiones; pero sin consentimiento del pueblo, ningún cónsul puede hacer nada de cuanto queda dicho.

30. Pocos días después, el senador Lucio Senio leyó en el Senado una carta, que decía haber sido traída de Fiezoli por Quinto Fabio: en ella se daba noticia que Cayo Manlio había tomado las armas á fines de Octubre, comandando una gran multitud; y al mismo tiempo, como en tales ocasiones suele suceder, unos referían muchos prodigios y casos extraordinarios; otros, que se hacían juntas y se disponían armas; que en Capua y en la Pulla comenzaba la guerra civil. Con este motivo, por decreto del Senado, fueron enviados á Fiezoli, Quinto Marcio, llamado el *Rey*, Quinto Metelio Cretico, á la Pulla y lugares adyacentes (á estos dos se les había negado entrar en Roma triunfantes, por la maledicencia de algunos que no reparaban en confundir la infamia con el honor); y además, los pretores Quinto Pompeyo Rufo, á Capua; Quinto Metelo Celer, á la Marca de Ancona, permitiéndoles que alistasen tropas, según la exigencia del tiempo y del peligro. A estas disposiciones se añadieron premios á los que denunciasen la conspiración tramada contra la república: si fuese siervo, la libertad y 200 sextercios; si libre, el perdón del delito y 200 sextercios. También ordenaron que los aprendices de esgrima fuesen distribuidos entre Capua y los demás municipios, según sus comodidades; que en Roma, por toda la ciudad, se estableciesen rondas, presididas por los magistrados menores.

31. Con todo este aparato se hallaban conmovidos los habitantes, y Roma había mudado de semblante. Repentinamente pasaron de una extremada alegría y sensualidad, que había producido una larga paz, á una profunda tristeza: todos andaban inquietos y asustados, desconfiando de los lugares y de las personas; sin determinarse á la paz ó á la guerra, cada uno calculaba los peligros según el miedo que tenía. Mas, no sólo esto: se afligían las mujeres, á quienes había acometido un temor no esperado al contemplar el espectáculo terrible de la guerra, y

elevaban sus oraciones al cielo; se dolían de sus tiernos hijos; hacían votos; lo temían todo; y dejando á un lado los deleites y el orgullo, desconfiaban de su suerte y del buen éxito de la patria. Pero el corazón sanguinario de Catilina no desistía de sus intentos, aunque se habían tomado medidas contra él; y habiendo sido preguntado de su conducta por Lucio Paulo, según la ley Plaucia, por último recurso fué al Senado, dando á entender con hipocresía, que iba á vindicarse como si le hubiesen puesto una querella injusta. Entonces el cónsul Marco Tulio, ó temiendo su presencia, ó movido de indignación, pronunció un elocuente discurso muy útil á la república; el cual dió al público después de haberlo escrito (1). Luego que aquél concluyó su invectiva, Catilina siempre dispuesto á ocultar todo lo que le atribuían, con semblante humilde y palabras rogativas, pidió al Senado que nada juzgase de él temerariamente; que siendo conocido por su familia y conducta, había procurado arreglar su vida desde sus primeros años á fin de tener virtudes dignas de su nacimiento; que no creyesen que un hombre patricio como él, y cuyos servicios, con los de sus antepasados, habían sido útiles al pueblo romano, tratase de arruinar la república, cuando un ciudadano forastero como Marco Tulio la guardaba con vigilancia. Y añadiendo á esto muchas injurias, se irritaron todos, y comenzaron á llamarle enemigo y parricida de su patria. Entonces él, lleno de furia, les dijo: «Supuesto que me veo rechazado y calumniado por mis enemigos, no me queda otro

(1) Esta oración comienza así: *¿Quousque tandem abutere, Catilina, patientia nostra? ¿Quandiu nos etiam furor iste tuus eludet?...* Las siguientes palabras, reprochando á Catilina sus negros proyectos, son de una energía admirable. *Senatus hoc intelligit; consul videt; hic tamen vivit. Vivit? Immo vero in Senatum venit: fit publici consilii particeps: notat et designat oculis ad cædem unumquemque nostrum.* «El Senado sabe lo que ha hecho; el cónsul lo vé; y sin embargo, vive todavía éste. ¿Vive? Algo más: viene al Senado, toma parte en nuestras públicas discusiones: señala y escoge con su vista á cada uno de nosotros para degollarnos.» ¡Ah! de cuántos malvados, que viven entre nosotros, toman asiento en nuestros congresos, y se mantienen de traiciones y partidos, se puede decir otro tanto!

El rasgo en que hace hablar Cicerón á la patria, quejándose de los atentados de Catilina, es lo más hermoso, según mi juicio, de toda la invectiva. Esta oración improvisada es digna de que la aprendan todos los que frecuentan la tribuna y escriben periódicos contra los enemigos de la república.

recurso que apagar con su sangre el incendio preparado contra mí.»

32. Diciendo esto, salió inmediatamente del Senado á su casa: allí meditando á solas mil cosas, á saber, que ni las asechanzas contra el cónsul le salían bien, ni podía incendiar la ciudad por hallarse muy guardada con las rondas, creyó que no podría hacer cosa mejor que aumentar el ejército, y antes de que se alistasen las legiones, prevenir cuanto fuese útil para la guerra; y con esta idea partió á deshora de la noche, en compañía de algunos, al campo de Manlio. Pero á Cétego, á Lentulo y á los demás, cuya veloz audacia le era conocida, les ordenó que del modo posible procurasen vigorar las fuerzas de la facción; llevasen á cabo las asechanzas puestas al cónsul, y dispusiesen asesinatos, incendios, y otros crímenes que trae consigo la guerra; pues que él dentro de pocos días estaría con un grande ejército delante de Roma.

33. Mientras pasaba esto en la capital, Cayo Manlio envió comisionados de su amaño á Quinto Marcio Rey, con la siguiente exposición: «General: ponemos por testigos á los dioses y á los hombres, que no hemos tomado las armas contra la patria, ni por causar daños á otros; sino por guardar nuestras personas de las vejaciones que se nos irrogan. Ya ves que somos desvalidos, menesterosos por la violencia de los usureros: muchos han quedado sin patria, y todos nosotros sin crédito y sin bienes. No se nos ha permitido usar del privilegio de las leyes, según la costumbre de nuestros antepasados; ni perdido el patrimonio, ver libres nuestras personas: ¡tan grande ha sido la crueldad de los usureros y del pretor! Millares de veces vuestros progenitores, condolidos del pueblo romano, le han favorecido en su indigencia con sus decretos. Y en nuestros mismos días hemos visto que por la enormidad de las deudas, con aprobación de todos los hombres juiciosos, han sido satisfechos los acreedores, en lugar de plata, con monedas de metal, y en menor cantidad. Frecuentemente el mismo populacho, movido por el deseo de dominar, ó sublevado por la arrogancia de los magistrados, se ha opuesto al Senado; pero nosotros no pedimos el mando, ni las riquezas de otros, cuyo goce es el germen de todas las guerras y disensiones entre los hombres; sino la libertad, que ninguna persona honrada la pierde, sin perder juntamente su vida. Suplicamos, pues, á tí y al Senado, que miréis

por la felicidad de tantos ciudadanos miserables y que nos restituyáis el apoyo de la ley, que nos lo ha quitado la injusticia del pretor; sin obligarnos á la dura necesidad de perecer, buscando los medios de venganza por la efusión de nuestra sangre.»

34. A esto contestó Quinto Marcio: que si quisieren pedir algo al Senado, lo debían hacer deponiendo las armas y presentándose con reverencia en Roma; pues no deben ignorar que el Senado y pueblo romano han usado siempre de tal mansedumbre y lenidad, que jamás ningún hombre ha experimentado repulsa, habiendo invocado su protección. En este intervalo, Catilina escribió del camino muchas cartas á varios consulares, y en particular á los principales de Roma, asegurándoles que, hallándose oprimido con falsas acusaciones, y no pudiendo resistir á la facción de sus enemigos, se veía precisado á someterse á su fortuna, partiendo á Marsella como desterrado: no porque le acusase su conciencia de un crimen tan horrendo, sino por dejar tranquila la república y á fin de que por su resistencia no resultase alguna sedición. Otra carta muy distinta de estas leyó en el Senado Quinto Catulo, afirmando que se la habían entregado en nombre de Catilina: el contenido de ella es el siguiente:

35. «Lucio Catilina á Quinto Cátulo, salud.—Tu gran fidelidad, que tengo bien probada, y que me ha sido muy apreciable en mis mayores urgencias, me da lugar á recomendarte mis negocios; por cuya razón no pretendo hacer mi defensa con respecto al nuevo orden de cosas; pero sí dar satisfacción á todos de que mi conciencia no me acusa de ningún crimen; y esta verdad, puedo decirlo con juramento, debes confesarla conmigo. Despedazado con injurias y contumelias, privado del fruto de mi trabajo é industria, despreciaba cuanto tenía relación con mi persona y sólo me contraía á defender, como lo hago siempre, la causa pública de los desvalidos; no porque me hubiese sido imposible pagar con mis bienes el dinero pedido en mi nombre, cuando la liberalidad de Aurelia Orestila y de su hija pagó con su hacienda lo que tomé prestado, con fianzas ajenas; sino porque veía que no eran honrados debidamente hombres dignos de aprecio y á mí se me había excluído con falsas imputaciones de los empleos públicos. Hé aquí la causa, bastante honrosa, por la que me he determinado á conservar la poca dignidad que me han dejado en medio de los sinsabores

que experimento. Quería escribirte más largo; pero oigo que tratan de acometerme; y, en conclusión, te recomiendo á Orestila y á su hija, entregándolas á tu fidelidad: te ruego que las defiendas de toda violencia, acordándote de que tú también tienes hijos.—Te deseo toda prosperidad.»

36. Habiéndose Catilina detenido pocos días en casa de Cayo Flaminio, en el territorio de Rieti, y armando el vecindario mucho antes comprometido, partió al campo de Manlio, rodeado de haces y otras insignias de general. Luego que supieron esto en Roma, el Senado condenó á Catilina y á Manlio como á enemigos; y á los demás conjurados determinó día fijo para que impunemente pudiesen dejar las armas, exceptuando á los condenados á pena capital. Además, ordenó que los cónsules hiciesen levas, que Antonio con su ejército persiguiese á Catilina sin pérdida de tiempo, y que Cicerón cuidase de Roma. A mí me parece que en aquella ocasión el gobierno del pueblo romano fué el más miserable; pues obedeciéndole las naciones sometidas por sus armas, desde el oriente al ocaso, en lo interior, lleno de paz y de riquezas, tan preferidas por los mortales; con todo, hubo ciudadanos que obstinadamente tratasen de arruinarse y arruinar la república; pues á pesar de dos decretos del Senado no hubo siquiera uno, entre tanta multitud, que movido del premio, denunciase la conjuración, ni desertase del ejército de Catilina. ¡Tan grande había sido la fuerza del mal, que como contagio había invadido los corazones de muchísimos ciudadanos!

37. No sólo aquellos que eran cómplices en la rebelión tenían intenciones torcidas; sino que todo el populacho, siempre adicto á las innovaciones, aplaudía los trastornos de Catilina: en esto obraba conforme á su antigua costumbre; porque en la ciudad, los que no tienen bienes, envidian á los hombres honrados y elogian á los perversos; aborrecen las instituciones antiguas, y desean otras nuevas; por el hastío que causa su poca fortuna, quieren que se muden todas las cosas; viven gustosos con los tumultos y partidos, porque el desnudo nada tiene que perder. Pero el populacho de Roma se había precipitado en aquellos desórdenes por muchas razones. En primer lugar, especialmente los que se habían distinguido en todas partes por sus infamias é insolencia; en segundo, los que habían dilapidado en tratos inhonestos; últimamente, aquellos que por sus mal-

dades y crímenes habían sido arrojados de su patria: todos éstos se habían acogido en Roma, como en una sentina. Fuera de los citados, otros muchos que se acordaban de las victorias de Sila y veían que unos, de soldados rasos, se habían hecho senadores; otros tan ricos, que pasaban su vida como unos reyes, por la suntuosidad en comer y vestir; cada uno esperaba esta suerte, si, tomando las armas, llegare á triunfar: los jóvenes, que con el trabajo de sus manos habían subvenido á su indigencia en el campo, atraídos con las dádivas del público y de los particulares, habían antepuesto el ocio de la ciudad al afanoso trabajo; á éstos y á otros de toda condición, fomentaba la calamidad pública. De aquí resultó que hombres indigentes, plagados de costumbres corrompidas y llenos de una vana esperanza, mirasen tan poco por sí como por la república. Además, los que veían por la victoria de Sila secuestrados sus bienes, proscriptos sus padres y disminuído el derecho de la libertad, deseaban la guerra, no con otra intención sino de recuperar lo perdido. En suma, todos los que no pensaban como el Senado, y aun sus partidarios, querían el trastorno de la república, sólo porque ellos no tenían mando alguno: este mal, de tal suerte había echado profundas raíces, que después de muchos años volvió á apoderarse de la ciudad.

38. Porque restituídos los privilegios de la potestad tribunicia en el consulado de Cneo Pompeyo y Marco Craso, los jóvenes elevados á este alto poder, que eran fogosos por su edad y por su genio, comenzaron á conmover al pueblo, acusando al Senado; y después con dádivas y ofertas le enardecieron más, y llegaron á tener de esta manera mucho poder y nombradía. Al contrario, la mayor parte de la nobleza se oponía á ellos fuertemente, so pretexto de defender al Senado; pero en realidad por engrandecerse ella misma. Y para decir la verdad en pocas palabras: todos los que conmovían la república en aquel tiempo se defendían, unos con razones especiosas, dando á entender que sostenían los derechos del pueblo; otros, simulando el bien público, atacaban al Senado por su mucha autoridad; y todos estos choques no eran sino porque cada uno aspiraba al poder; ninguno de ellos guardaba moderación, ni medida en sus disputas; todos los partidos usaban cruelmente de la victoria.

39. Pero después que Cneo Pompeyo partió á la guerra

marítima y á la de Mitridates, se disminuyó el caudal del pueblo y se aumentó el poder de algunos: éstos ocuparon las magistraturas, el gobierno de las provincias, y cuanto era apetecible; vivían sin temor de las leyes, con prosperidad, sin recelo alguno; y á los demás les infundían terror con demandas á fin de que tratasen mejor al pueblo en su ministerio. Mas luego que columbraron la esperanza de hacer innovaciones, enfureció sus ánimos la antigua oposición entre nobles y plebeyos. Por manera, que si Catilina hubiera salido victorioso, ó al menos se hubiera retirado con iguales fuerzas, sin duda una gran calamidad habría oprimido á la república. Entonces los vencedores habrían disfrutado de la victoria por mucho tiempo; pues no habría habido uno, bastante poderoso, que arrancase de las manos de aquéllos el mando y la libertad, hallándose todos sin vigor y sin recursos. Hubo también muchos que, sin ser del número de los conjurados, abrazaron el partido de Catilina: entre éstos se cuenta á Fulvio, hijo de un senador, á quien haciéndole volver del camino su padre, le mandó quitar la vida. Al mismo tiempo Lentulo en Roma, como había ordenado Catilina, alistaba por sí, ó por otros, á cuantos creía aptos, por sus costumbres ó por su fortuna, para la nueva empresa; ni sólo á los ciudadanos, sino á todo género de hombres, con tal que fuese capaz de tomar las armas.

40. Por tanto, encargó á cierto Publio Umbreno que tratase con los comisionados de los piamonteses, para atraerlos, si fuere posible, á que cooperaran á la guerra. Creía, pues, que éstos, gravados con deudas propias y con las de su patria; y además, siendo los galos hombres naturalmente belicosos, fácilmente podrían entrar en tal convenio. Umbreno, como que había traficado en la Galia, conocía á los principales de aquellas ciudades. y era también conocido de ellos; y así, sin pérdida de tiempo, luego que vió á los comisionados en el foro, preguntándoles algunas cosas sobre el estado de su patria, y aparentando dolerse de su suerte, les dijo: ¿si esperaban algún buen éxito en medio de tantas calamidades? Mas, después que los oyó quejarse de la avaricia de los magistrados, acusar al Senado, por cuanto ningún auxilio podía esperarse de él, y que, en suma, el único remedio que les quedaba entre tantos pesares, era esperar la muerte, añadió prontamente: «Yo, sí, tengo un remedio para que vosotros salgáis de tantos azares, con tal

que os manejéis como hombres de valor.» Al oir esto los piamonteses, llenos de grande esperanza, suplicaron á Umbreno que se apiadase de ellos; que no habría cosa tan ardua, ni tan difícil, que no la ejecutasen con el mayor placer, con tal de saldar la deuda que gravaba á su patria. Entonces él los llevó á casa de Decio Bruto, situada cerca del foro, y en donde se sabía toda la trama de la conspiración por Sempronia: en aquella sazón Bruto estaba ausente de Roma. Además, llamó á Gabinio para dar más autoridad al convenio; y á presencia de éste les manifestó la conspiración; nombró á los comprendidos en ella, y aun á otros de diferentes clases, que no tenían parte, á fin de alentar más los ánimos de los legados. Estos, al oir tales cosas, prometieron su cooperación, y salieron de la casa.

41. Sin embargo, los piamonteses se mantuvieron indecisos por muchos días, sin saber el partido que abrazarían. Por una parte se les presentaba la deuda, el cuidado de la guerra, y una gran ganancia en la esperanza de la victoria; por otra, mayores riquezas, partidos seguros, premios ciertos, en lugar de una esperanza incierta. Calculando ellos todo esto, triunfó, en fin, la fortuna de la república. Así, pues, se resolvieron á revelar todo el negociado, según lo habían oído á Quinto Fabio Sanga, que era el protector de la patria de ellos. Cicerón, instruído por Sanga, ordenó á los legados, que con mucho cuidado aparentasen llevar adelante la conspiración; que hablasen con los demás; les prometiesen conducirse sin falta, y pusiesen todo esmero en sondearlos hasta lo último.

42. Casi al mismo tiempo hubo asonadas en la Galia citerior y ulterior, en la Marca de Ancona, en el Abruzzo y en la Pulla, porque aquellos que Catilina había enviado antes, obraban en todo locamente y sin prever las consecuencias. Con sus reuniones nocturnas, con las remisiones de armaduras y armas, conmoviendo todo y metiendo prisa, habían causado más motivos de temor que de peligro. El pretor, Quinto Metelo Celer, puso en prisiones á muchos de éstos después de haber juzgado su causa; y también Cayo Murena, en la Galia citerior, que gobernaba aquella provincia en clase de lugarteniente.

43. Pero Léntulo en Roma, con los demás principales de la conjuración y mucho aparato, creyendo que era tiempo de hacer todo esfuerzo, había ordenado que, luego que Catilina llegase con su ejército al territorio de Fiezoli, Lucio Bestia, tri-

buno del pueblo, pronunciase un discurso, reducido á acusar y echar la culpa de la guerra al mejor cónsul que jamás ha existido en la república; y que esta sería la señal, para que en la siguiente noche toda la multitud de conjurados hiciese su deber. Se distribuyó la empresa de esta manera: Estatilio y Gabinio, con bastante refuerzo, debían incendiar al mismo tiempo doce lugares, los más notables de la capital, á fin de que con este alboroto se abriese un paso más cómodo á la casa del cónsul, y á las de otros á quienes se trataba de arruinar; Cétego tuvo la orden de sitiar las puertas de Cicerón, y acometerle con ímpetu; otros recibieron disposiciones contra diversas personas. En fin, los hijos de familias, cuyo número en gran parte se componía de la nobleza, debían matar á sus padres; y acabando con todos por el incendio y el asesinato, partir á reunirse con Catilina. En medio de estos preparativos y órdenes, Cétego se quejaba siempre de la desidia de sus compañeros, diciéndoles que ellos, con sus dudas y dilaciones, perdían los lances más oportunos; que era menester, en semejante peligro, obrar y no detenerse en deliberaciones; que él estaba dispuesto á atacar las autoridades, si le ayudaban algunos, aunque los demás fuesen indolentes. Este era naturalmente atrevido, fogoso y arrojado: creía que el buen éxito consistía en la brevedad.

44. Entre tanto, los piamonteses hablan con los demás, por medio de Gabinio, según la instrucción de Cicerón. Piden, pues, á Estatilio, Lentulo, Cétego y también á Casio, que el convenio vaya jurado y sellado á manos de sus compatriotas, y que, de otra suerte, jamás consentirán en un negocio tan arduo. Los otros, sin sospechar nada, convinieron en ello, y aun Casio les ofreció que él mismo iría allá en breve; y, en efecto, partió de la ciudad poco antes que los legados. Lentulo trató de enviar con ellos á un tal Tito Volturcio, natural de Crotón, á fin de que los piamonteses, antes de llegar á su patria, ratificasen con Catilina el pacto y el juramento que tenían hecho: él mismo da una carta á Volturcio para Catilina, cuya copia es del tenor siguiente: «Quién sea el que te escribe, lo sabrás por el portador de ésta. Piensa en la gran calamidad que te rodea, y acuérdate que eres hombre de valor. Considera la situación en que te hallas: válete de todos, y aun de los despreciables.» Fuera de esto, encarga le diga de palabra, que habiendo sido tratado de traidor por el Senado, no debía escrupulizarse en echar mano de

los esclavos; que en la ciudad todo estaba dispuesto según sus órdenes, y que no dilatase acercarse prontamente.

45. Hecho todo esto, en la noche que habían determinado partir los legados, Cicerón, instruído de todo por medio de ellos, ordenó que los pretores Lucio Valerio Flaco y Cayo Pomptino se apoderasen del convoy de los piamonteses, poniéndole asechanzas en el puente Mulvio; les declara la causa por que les envía, y que en lo demás obren según les dicte la prudencia. Hombres acostumbrados á desempeñar tales comisiones, colocados de guardia sin estrépito, sitian al puente secretamente, según se les había ordenado. Al punto que los legados llegaron allí en junta de Volturcio se oyó una gritería de ambas partes: los galos al instante cayeron en ella y se entregaron á los pretores. Pero Volturcio, habiendo exhortado primero á los demás, se defendió de la muchedumbre con espada en mano; mas, viéndose desamparado de los legados, y rogándole encarecidamente acerca de su libertad á Pomptino, que era su camarada; en fin, lleno de temor y desconfiaza en conservar su vida, se sometió á los pretores, á quienes los miraba ya como enemigos.

46. Conseguido felizmente este paso, se dió parte al cónsul de todo lo obrado, sin pérdida de tiempo. Pero aquél sintió una grande alegría y también un gran cuidado por este hecho. Se alegraba por una parte, que descubierta toda la trama de la conspiración, quedaba la ciudad libre de innumerables peligros. Por otra parte, se contristaba sin saber qué arbitrio tomaría contra tantos ciudadanos, comprendidos en delito tan atroz; su castigo le acarreaba grandes molestias, y su impunidad exponía la república á un desastre seguro. Por último se decidió, con firme resolución, á llamar á Lentulo, á Cétego, á Estatilio, á Gabinio y también á Cepario de Tarracina, que se preparaba á ir á la Pulla con el objeto de sublevar á los esclavos: todos fueron sin detenerse, fuera de Ceparió, que descubriendo lo ocurrido con los legados, había salido poco antes de su casa, y huído de la ciudad. El cónsul en persona llevó á Lentulo al Senado, tomándole de la mano, por ser pretor; á los otros les ordenó que con guardias se presentasen al templo de la diosa de la Concordia; allí reunió al Senado, y á presencia de muchísimos senadores introdujo á Volturcio con los legados; al pretor Flaco le mandó también que compareciese en el citado lugar

con el cofre embargado á los legados, que contenía las cartas y otros documentos.

47. Preguntado Volturcio acerca del objeto de su viaje y de las cartas, y últimamente cuál era su designio y la causa de su misión, comenzó primeramente mintiendo muchas cosas y ocultando la conjuración; mas, después que se le prometió la libertad á nombre de la república, refirió minuciosamente todo lo ocurrido: que poco tiempo hacía le habían obligado á entrar en sociedad con Gabino y Ceparío; que los comisionados debían estar más instruídos que él en esta materia; que solamente había oído varias veces á Gabinio, que Publio Autronio, Servio Sila, Lucio Vargunteyo y otros muchos eran sabedores de la conjuración. Lo mismo declararon los galos. Pero á Lentulo, que pretendía evadirse, le reconvienen, á más de las cartas, con las conversaciones que acostumbraba tenerlas; á saber, que según los libros sibilinos, el reino de Roma no saldría de tres individuos de la familia de los Cornelios; que Cinna y Sila habían sido los primeros, y que él sería el tercero, á quien designaban los oráculos, para apoderarse de Roma. Además, que desde el incendio del Capitolio, aquel año era el vigésimo, en el cual debía haber una guerra civil muy sangrienta, según el vaticinio de los agoreros, en vista de los prodigios. En consecuencia, leídas las cartas y reconocidas sus firmas, ordenó el Senado que Lentulo, destituído de la dignidad senatoria, y los demás fuesen detenidos en las cárceles destinadas á los nobles. Así, pues, fueron entregados Lentulo á Publio Lentulo Espinter, que á la razón era edil; Cétego, á Quinto Cornificio; Estatilio, á Cayo César; Gabinio, á Marco Craso; Ceparío (á quien poco antes habían hecho regresar de su fuga), al senador Cneo Terencio.

48. En este intervalo, el pueblo, siempre deseoso de innovaciones, que al principio había cooperado mucho á la guerra civil, luego que supo la conspiración pensó de otro modo, y comenzó á maldecir los proyectos de Catilina; á exaltar á Cicerón hasta las nubes, y á rebosar en gozo y alegría como si acabara de salir de la servidumbre. Se persuadía que todas las atrocidades de la guerra se habían meditado más bien por robar que por hacer otro daño; que el incendio era cruel, inmoderado y muy perjudicial á sus intereses; porque, en verdad, el populacho hace consistir toda su felicidad en comer y en ves-

tir. Pasado aquel día presentaron al Senado á un Lucio Tarquinio, haciéndole regresar del camino, por cuanto, decían, iba á verse con Catilina. Aquél, habiendo prometido descubrir la conspiración si le otorgaban la libertad, fué intimado por el Cónsul á declarar cuanto supiese: y confesó al Senado, casi en los mismos términos que Volturcio, acerca de los incendios preparados, de los asesinatos de personas ilustres, y del viaje de los conjurados: añadió que había sido enviado por Marco Craso para que previniese á Catilina que no debía aterrarle la prisión de Lentulo, de Cétego y demás compañeros de la conspiración, sino que más bien debía acelerar su marcha á la capital, á fin de alentar de esta suerte los ánimos abatidos y proporcionar fácilmente los medios de evadirse los presos. Empero, luego que oyeron á Tarquinio nombrar á Craso, lo atribuyeron algunos á calumnia, por cuanto éste era noble, muy rico y poderoso; otros, no obstante, juzgaron como verdadera la delación; pero que, en la triste situación en que se hallaban, parecía muy debido moderar y no exasperar la cólera de un hombre tan poderoso; y, en fin, muchos dependientes y beneficiados de Craso levantaron la voz diciendo que la delación era falsa y que se debía dar cuenta al Senado. En efecto, éste, por unanimidad de votos, y siguiendo el consejo de Cicerón, decretó que la acusación de Tarquinio parecía falsa y que se le retuviese preso sin que pudiera salir libre, hasta no manifestar al autor que le indujo á tan grosera calumnia. Había en aquella época algunos que creían que esta trama había sido urdida por Publio Autronio, á fin de que, haciéndole cómplice á Craso, protegiese con su poder á los demás compañeros en el peligro. Otros aseguraban que Tarquinio había sido el instrumento de Cicerón para impedir que Craso, tomando bajo su protección la causa de los malvados, según tenía de costumbre, perturbase la república. Yo oí después al mismo Craso, que se quejaba de Cicerón por haberle levantado tan atroz calumnia.

49. En estas circunstancias sucedió que Quinto Catulo y Cayo Pisón, ni con su autoridad, ni con ruegos, ni ofertas de dinero, pudiesen obligar á Cicerón que insertase en la lista de los conjurados á Cayo César, ya sea valiéndose de los piamonteses, ó de cualquiera otro. La causa de esta venganza era que ambos tenían odio á César, por cuanto Pisón había sido acusado en juicio de cohecho, por haber sentenciado injustamente á

muerte á un habitante de la otra parte del Pó; y Catulo se hallaba enfurecido, porque decía que un hombre como él, avanzado en edad, condecorado con los mayores empleos, se veía excluído de obtener el sumo pontificado por un jovencillo como César. La ocasión parecía muy oportuna para derribarle; pues éste debía ingentes sumas por su mucha profusión en su casa, y en los espectáculos dados al pueblo. Sin embargo, ya que no pudieron corromper á Cicerón para que cometiese un delito tan execrable, ellos hablando en secreto con cada uno, y fingiendo muchas cosas, que decían háberlas oído á Volturcio y á los piamonteses, llegaron á hacerle muy odioso á César; y en tal grado, que algunos nobles de Roma, que habían concurrido armados para custodiar el templo de la Concordia, amenazaron herirle cuando salía del Senado, no sé si movidos de la enormidad del peligro, ó de una generosidad de ánimo, con que querían demostrar su brillante adhesión á la causa de la república.

50. Mientras pasaba esto en el Senado, y entre tanto que se decretaban los premios á los legados de los piamonteses, y á Tito Volturcio después de haber comprobado sus declaraciones, los libertos y partidarios de Lentulo, valiéndose de diversos medios, excitaban á los esclavos y artesanos de Roma para arrancarle de la prisión; otros solicitaban á los cabecillas que acostumbraban, pagados, perturbar la república. Cétego también por su parte, valiéndose de terceras personas, suplicaba á sus domésticos y libertos los más selectos y probados en empresas atrevidas que, reuniéndose con armas, entrasen de tropel donde se hallaba preso. Cicerón, al saber esto, redobló las guardias, según lo permitían el tiempo y las circunstancias; y convocando al Senado les expuso qué debían hacer con los que se hallaban presos, supuesto que el mismo Senado, con una inmensa mayoría, los había declarado poco antes traidores contra la república: entonces Junio Silano, preguntado en primer lugar, por ser en aquella ocasión nombrado cónsul, había dicho que se debía condenar á muerte á los que estaban presos; y además á Lucio Casio, Publio Furio, Publio Umbreno, Quinto Autronio, si fueren aprisionados. Y este mismo había afirmado después, movido del discurso de César, que seguiría en todo el parecer de Tito Nerón; y en fin, que duplicando las guardias, se debía dar cuenta al Senado de todo lo obrado en la materia. Pero

César, cuando le tocó hablar, é invitado por Cicerón á que expusiera su parecer, pronunció el discurso siguiente:

51. «Padres conscriptos: todos los hombres que ventilan asuntos dudosos, deben estar exentos de odio, de amistad, de venganza, y aun de compasión. Difícilmente encuentra el entendimiento la verdad siempre que le dominan aquellas pasiones, ni nadie jamás ha podido reunir elcapricho con lo practicable. Cuando se aplica la razón, todo va bien; pero si se apodera la pasión, ella domina, y la razón de nada sirve. Padres conscriptos: yo pudiera citar aquí un gran número de reyes y pueblos que, dominados de la venganza, ó de la compasión, obraron mal. Pero me reduzco á poneros á la vista lo que nuestros antepasados hicieron recta y ordenadamente contra sus pasiones. En la guerra macedónica que sostuvimos contra el rey Perses, la ciudad de Rodas, grande, rica y populosa, se había exaltado con las riquezas del pueblo romano, y fué contraria é infiel á nuestros intereses; pero, terminada la guerra, cuando se trató de la suerte de los rodios, nuestros progenitores los dejaron impunes, á fin de que no atribuyesen más bien la guerra emprendida al amor de las riquezas, que al empeño de vengar las injurias que se nos habían irrogado. También en todas las guerras contra Cartago, cuando los cartagineses habían cometido mil maldades inauditas en la paz y en las treguas, jamás trataron de vengarse, aunque por los excesos de aquellos pudieron hacerlo con justicia; pues sólo miraban lo que más bien correspondía á su decoro, que á lo que podía hacerse contra tales enemigos, según el derecho de gentes. Esto mismo debéis hacer, Padres conscriptos, para que no prevalezca en vosotros el atentado de Lentulo y de los demás sobre vuestra dignidad; nifomentéis más bien vuestra venganza que vuestra fama. En verdad, si se encuentra un condigno castigo á sus extravíos, apruebo la resolución; pero si la enormidad del delito es superior á todo lo que se puede imaginar, creo que debemos usar de los medios que están prevenidos por las leyes. Muchos que han tomado la palabra antes de mí, para decir su parecer, se han compadecido de la funesta situación de la república, de una manera muy patética y elocuente: han puesto á la vista la crueldad de la guerra, la suerte de los vencidos, el rapto de las vírgenes y de los niños, la separación de los hijos de los brazos de sus padres, los padecimientos arbitrarios que habrían

impuesto los vencedores á las madres de familias, el saqueo de los templos y de las casas, el degüello y los incendios; en fin, ese hacinamiento espantoso de armas, cadáveres, sangre y lágrimas. Pero, por los dioses inmortales, ¿á qué viene este discurso? ¿Es para inspirar horror contra la conspiración? Esto quiere decir que al que no ha conmovido una cosa tan notable y tan atroz, le ha de electrizar el discurso pronunciado. Mas, no es así; pues no hay hombre alguno á quien le parezcan tolerables las injurias que se le irroguen; muchos juzgan que son superiores á lo que merecen; pero no todo es lícito á todos, Padres conscriptos. Pocos saben las faltas que cometieron por vengarse aquellos que viven retirados en la obscuridad: su fama y su fortuna están á la par. Al contrario, cuando los hombres se hallan revestidos de un gran poder y colocados en un puesto eminente, sus hechos son manifiestos á todos. Por esto, el que goza de mucho aprecio tiene pequeños deslices. No debe apasionarse ni aborrecer, ni mucho menos vengarse. Lo que en los particulares se llama ira, en los gobernantes lleva el nombre de soberbia y crueldad. Por tanto, Padres conscriptos, yo creo que no hay pena proporcionada á los crímenes que han cometido éstos. Pero muchos de nuestros ciudadanos miran esto último, y olvidándose del delito con respecto á los enemigos de la patria, sólo atienden al castigo, con tal que éste sea bastante severo. Sé muy bien que Domicio Silano, hombre valeroso y benemérito, en lo que ha dicho no ha tenido otro pensamiento que el bien de la república; pues no es capaz de conducirse, en un negocio tan árduo, por captar el favor de alguno, ó por ejercer su enemistad: tengo bien penetradas las costumbres, la nobleza del carácter de este hombre apreciable. Empero, su dictamen me parece, no cruel (pues, ¿quién puede suponer crueldad en hombres como él?), sino extraño á lo que se observa en nuestra república. Porque en verdad, Silano, hallándote de cónsul, ó el miedo ó la injuria te obligaron á imponer un nuevo género de pena. Nada digo del miedo, cuando es constante que vista la diligencia del muy ilustre cónsul había toda defensa con las armas. Por lo que hace á la pena, puedo decir lo que hay en realidad: en medio de los ayes y de la indigencia, la muerte es la cesación de los tormentos, y no un padecimiento; ella acaba todas las calamidades de los mortales; más allá del sepulcro no hay inquietudes ni go-

ces (1). ¿Y por qué, por vida de los dioses, no añadiste en tu sentencia, que primero fuesen azotados? ¿Fué esto porque lo prohibe la ley Porcia? Pero otras leyes también mandan que los reos sean desterrados y no matados: ¿es acaso porque es más grave azotar que matar? ¿Qué cosa puede ser cruel y demasiado grave contra hombres convencidos de un delito tan atroz? Pero si fuere al contrario, por ser más leve, ¿por qué conviene observar la ley en un asunto de poca monta, despreciándola en otro de mayor interés? No obstante, dirás: ¿quién reprenderá lo que se decretare contra los parricidas de la república? Te respondo: el tiempo, lo que sucederá mañana, y la fortuna, que todo lo gobierna según su capricho. Bien merecido tendrán cuanto les depare su poca previsión. Y por lo que mira á vosotros, Padres conscriptos, reflexionad lo que debéis hacer con aquellos hombres. Todos los malos ejemplos han tenido su origen de buenos principios; pero cuando el gobierno ha sido ocupado por ignorantes ó malvados, este nuevo escándalo pasa de los dignos é idóneos, á los indignos é ineptos. Los lacedemonios, después de haber derrotado á los atenienses, eligieron treinta magistrados que gobernasen la república. Estos fueron los primeros que comenzaron á quitar la vida á los malhechores y detestados de todos, sin las fórmulas legales. El pueblo miraba esto con alegría y decía que estaba bien hecho. Mas, después que poco á poco se introdujo el libertinaje, mataban á su antojo sin distinción de buenos y malos. Así, pues, oprimida la nación con tan cruel servidumbre, sufrió la pena de su necia alegría. En nuestros días, cuando Sila, victorioso, mandó degollar á Dama-

(1) No se puede saber ciertamente si este sentimiento impío nacía del corazón de César, ó si hablaba en nombre de los criminales, que desprecian la muerte y los suplicios eternos. Sea como fuere, el discurso es falso: se aplica la pena de muerte no sólo para imponer terror á los malvados que deben sufrirla, y á los que sobreviven; sino también para arrancar un miembro corrompido y monstruoso del cuerpo social, á fin de que no infeste á los demás sanos. Catón impugna irónicamente el discurso de César; y no merecen otra cosa todos aquellos que proponen arbitrios aéreos en lugar de la pena capital. Desde luego, negada la inmortalidad del alma, sería un consuelo salir de los tormentos de esta vida por medio de la muerte, aun para los criminales. Los publicistas, que tanto declaman contra la pena de muerte, parece que tienen los sentimientos de César. Pero nosotros debemos tener el que animaba á Catón; es decir, el sentido moral, aun cuando no tuviéramos la verdadera religión.

sipo y á otros, que habían llenado de males la república, ¿quién no aplaudía aquel hecho? Decían que habían sido matados justamente unos hombres facciosos y criminales, porque con sus sediciones habían conmovido la república. Pero esta providencía fué el origen de un gran desastre; porque cualquiera que pensaba hacerse dueño de la casa, quinta, ó, en fin, de una alhaja ó vestido de otro, procuraba que éste fuera inscrito en la lista de los proscriptos. Así que aquellos mismos que se habían alegrado de la muerte de Damasipo, poco después eran arrastrados á los suplicios; ni se puso término á los degüellos, sino hasta que Sila llenó de riquezas á sus partidarios. Mas esto, desde luego, yo no lo temo, ni en Marco Tulio, ni en nuestra época. Sin embargo, en una ciudad populosa como la nuestra, hay muchas cabezas que piensan de distintos modos. Puede suceder que en otro tiempo, con otro cónsul que tenga á su disposición un ejército, se tome lo falso por lo verdadero. Cuando con el ejemplo que demos, el cónsul, protegido con un decreto del Senado, desenvainare su espada, ¿quién podrá limitar su abuso ó contenerle? Padres conscriptos: nuestros antepasados jamás necesitaron de consejos ni de audacia, ni por orgullo dejaban de imitar las instituciones extranjeras, con tal que fuesen laudables. Adoptaron las armaduras militares y las lanzas de los samnites, y de los toscanos, muchas insignias de los magistrados, y por último, siempre que veían alguna cosa útil, ya sea entre los confederados, ya entre los enemigos, procuraban con mucho cuidado introducirla en su patria: querían imitar, más bien que apoderarse de los bienes de otro. Pero en aquel mismo tiempo, imitando la costumbre de los griegos, reprendían á los ciudadanos con azotes, y aplicaban á los reos el último suplicio. Después que la república se vió floreciente y los partidos tomaron incremento, comenzaron á perseguir á los inocentes y á ejecutar otras cosas de esta naturaleza. Entonces se establecieron la ley Porcia y otras, por las cuales era permitido desterrar á los reos. Padres conscriptos: yo creo que la presente cuestión es de suma importancia, y por lo mismo debemos tomar una nueva resolución. En verdad, la fortaleza y sabiduría fueron mayores en los que con poco caudal erigieron un imperio tan robusto, que en nosotros, que apenas podemos conservar lo que ellos adquirieron legítimamente. ¿Será conveniente soltar á los presos para que vayan á aumentar el ejército de

Catilina? De ninguna manera; pero mi dictamen es que se les confisquen sus bienes; que se los retengan en prisiones por los municipios más poderosos; que nadie se atreva después á quejarse de ellos ante el Senado, ni mover su causa por medio del pueblo; y en suma, el que hiciere lo contrario, sea juzgado por el Senado como perturbador de la república y del bien de todos.»

52. Después que César concluyó su discurso, algunos senadores apoyaron su dictamen, y otros estuvieron por la negativa. Pero Marco Porcio Catón, incitado á dar su parecer, habló de esta manera: «Padres conscriptos: cuando contemplo nuestros intereses y los peligros que nos rodean, y reflexiono sobre las opiniones que algunos acaban de exponer, estoy muy distante de pensar como ellos. Los oradores parece que han hablado de la pena correspondiente á los que hacen la guerra á su patria, á sus padres, templos y hogares: la misma naturaleza del delito nos indica huir más bien de ellos, que perder el tiempo en deliberar sobre la pena que debe aplicárseles. Porque los demás delitos deben ser corregidos después de haberlos cometido; pero éste, si no se contiene anticipadamente, en vano será buscar remedio para castigarlo. Ocupada la ciudad por los conspiradores, nada les quedará á los vencidos. Hablo con vosotros en presencia de los dioses; con vosotros, digo, que habéis apreciado más vuestras granjas, casas, pinturas y estatuas, que la felicidad de la república. Si queréis conservar estas cosas, que tanto estimáis, sean como fueren; si queréis tranquilamente disfrutar de vuestros deleites, dejad alguna vez vuestra apatía, y sostened la república. Ahora no se trata de las rentas del Estado, ni de las injurias que nos han hecho nuestros confederados: la libertad y nuestra vida son problemáticas. Padres conscriptos, innumerables veces he hablado sobre este particular: en diversas ocasiones me he quejado de la vida voluptuosa y de la avaricia de nuestros ciudadanos, por cuya causa muchos hombres se han hecho mis enemigos. Yo, que jamás he buscado mi propia satisfacción, ni lisonjeado mis pasiones, mucho menos podía tolerar los vicios ajenos. Y aunque vosotros mirabais esto con indiferencia, no obstante, la república se mantenía firme: su gran poder sostenía la negligencia del gobierno. Ahora, pues, no disputamos si nos convenga vivir con buenas ó malas costumbres; cuán extenso y magnífico sea el

poder del pueblo romano; sino que, si estas nuestras cosas, sean como fueren, pasarán juntamente con nosotros á ser presa de nuestros enemigos. A vista de esto, ¿se atreverá alguno á inculcarme la mansedumbre y compasión? Hace tiempos que ya hemos perdido la verdadera significación de las palabras; porque el prodigar lo ajeno se llama liberalidad, y el atrevimiento para lo malo, fortaleza. ¡A qué triste estado ha venido la república! Supuesto que esta es la moda, sean enhorabuena liberales con los bienes de sus amigos; sean compasivos con los ladrones del tesoro público; pero no quieran hacerlo á costa de nuestra sangre; y cuando pretendan perdonar á pocos malhechores, no mediten la ruina de todos los hombres de bien. Cayo César, poco antes, nos ha hablado de la vida y de la muerte, discurriendo con mucha gravedad y adorno sobre la materia en cuestión: creo se persuade ser falso lo que se refiere del infierno; esto es, que los malos, de muy distinto modo que los buenos, se hallan en lugares obscuros, incultos, feos y espantosos; y en consecuencia, ha opinado que los bienes de los conspiradores sean secuestrados, y que aquellos se mantengan custodiados en las prisiones por los municipios; á saber, para que no sean arrebatados de las cárceles por los partidarios de la conspiración, ó por una facción pagada, si se les dejase en Roma, como si estos malos y traidores sólo existieran en la capital, y no estuvieran dispersos en toda Italia; ó que allí no tenga más vigor la audacia, donde hay menos comodidad para resistir. Por tanto, es inaplicable esta providencia si temió algún peligro de parte de ellos; pero si, al contrario, él solo no teme cuando todos tienen grandes motivos de temor, esto mismo debe inspirar más temor á mí y á todos vosotros. En esta virtud, tened por cierto que lo que resolváis acerca de Lentulo y demás conjurados, está resuelto, al mismo tiempo, respecto del ejército de Catilina y de todos los traidores. Cuanto más obréis con energía, tanto más se debilitarán sus fuerzas; y si vieren que procedéis algo indulgentes, entonces se nos presentarán indomables. No creáis que nuestros anteriores hicieron crecer con las armas la república, que al principio fué pequeña; si así fuera nosotros la tendríamos mucho más floreciente, porque nosotros tenemos más abundancia de confederados, de ciudadanos, y además mayor número de armas y de caballería. Pero otras fueron las causas que los engrandecieron, y de las que carecemos nosotros. En lo interior,

la industria; en lo exterior, un gobierno equitativo, mucha libertad para tomar sus medidas, sin exponerse á los delitos y á pasiones: ved ahí las causas. En lugar de éstas, nosotros tenemos la sensualidad y la avaricia; el público está indigente, y los particulares són opulentos; elogiamos las riquezas, y nos entregamos á la ociosidad; no hay diferencia alguna entre los buenos y los malos; la ambición se ha apoderado de todos los premios que merece la virtud. Y no hay para qué admirarse de esto, pues cada uno de vosotros no trata sino de mirar por su propia conveniencia: cuando en vuestras casas atendéis á vuestros deleites, en el Senado os conducís por el interés, ó por el favor; de aquí nace que cualquiera se atreva á trastornar una república desamparada. Pero dejemos esto y veamos lo que nos amenaza. Han conspirado ciudadanos de la primera nobleza con el fin de incendiar la patria: excitan á la guerra á la nación gálica, enemiga acérrima del nombre romano; el jefe de nuestros enemigos, con su ejército, casi está sobre nuestras cabezas. Y con todo esto, ¿vosotros pasaréis el tiempo en disputas y dudas acerca del castigo que merecen los enemigos sorprendidos dentro de los muros de la ciudad? Creo que también debéis usar de compasión respecto de nosotros. Jóvenes ambiciosos han cometido un crimen de lesa patria; y vosotros queréis dejarlos armados: en verdad, que esta vuestra mansedumbre y compasión, si ellos volvieren á tomar las armas, serán la causa de vuestra ruina. Sin duda, las circunstancias son premiosas, pero vosotros no las teméis: he dicho mal: vosotros las teméis más; pero por una apatía y dejadez, mientras que el uno pregunta al otro, pasáis el tiempo en disputas, confiando en los dioses inmortales, que muchas veces guardaron esta república en grandes peligros. Los auxilios del cielo no se consiguen con votos y oraciones de mujerzuelas (1): la prosperidad se alcan-

(1) Catón no censura aquí la devoción del pueblo romano, sino el espíritu supersticioso y temerario con que se quería salvar la república; esto es, confiando solamente en los dioses, sin valerse de los medios que podían sofocar la rebelión de Catilina, según se ve en la serie del discurso. Tito Livio (*secundi belli punici,* lib. 1, c. 26—lib. 2, c. 2) refiere los votos y rogativas mucho más solemnes y abundantes, con motivo de las calamidades que experimentaba el pueblo romano por la expedición de Aníbal. Clamar al cielo en las públicas necesidades es un sentimiento religioso ínsito en el hombre, sea cual fuere su religión.—Así, pues, Catón, que no era impío, no podía reprender este hecho de las mujeres romanas.

za velando, obrando y tomando medidas oportunas: si nos entregáremos á la desidia y negligencia, en vano será invocar á los dioses; entonces estos estarán airados y contrarios. En la época de nuestros antecesores, Manlio Torcuato, durante la guerra contra la Galia, mandó matar á su hijo, porque éste había peleado faltando á las órdenes de su padre; y aquel ilustre joven sufrió la pena impuesta á su valor desordenado. ¿Y vosotros dudáis todavía lo que debéis imponer á unos cruelísimos parricidas? Sin duda será porque su vida pasada equilibra el presente crimen que han cometido. En realidad, respetad la dignidad de Lentulo, si él no se ha opuesto á su propio decoro, á su fama, á los dioses y á los hombres; compadeceos de la poca edad de Cétego, si él no ha vuelto á hacer la guerra á su patria. ¿Y qué diré de Gabinio, Estatilio y Cepario? Que si se hubieran conducido como buenos ciudadanos, jamás habrían proyectado tales maldades contra la república. Por último, Padres conscriptos: os aseguro con toda verdad, si fuera lícito dejar que se cometa este delito, yo lo consentiría, á fin de que la experiencia os convenciera, supuesto que despreciáis las exhortaciones. Pero nos hallamos sitiados por todas partes; pues Catilina nos apremia con su ejército en las puertas de la misma Italia; otros enemigos están dentro de los muros, y en el seno de la capital; nada se puede disponer ni resolver sin que ellos lo ignoren; y por lo mismo es menester obrar con rapidez. En esta virtud, yo soy de parecer que, habiendo llegado la república á unas circunstancias tan críticas por los nefandos proyectos de tantos ciudadanos malvados; y hallándose éstos convictos y confesos, según las declaraciones de Tito Volturcio y de los legados de los piamonteses acerca de su intención en ejecutar degüellos, incendios y otros crímenes horribles y atroces contra los ciudadanos y la patria, con arreglo á lo que han practicado nuestros antepasados, se debe aplicar el castigo tanto á los confesos como á los convictos de delitos capitales: *more majorum supplicium sumendum* (1).»

---

(1) Compárese este discurso de Catón con el de César, y se verá que el primero es tanto más superior al segundo, cuanto la verdadera elocuencia dista de la falsa. Catón habla como un filósofo moralista; César como un filósofo político. Aquél raciocina; éste usa de sofistería. El primero triunfa su virtud, y salva la república; el segundo, parece que quería prolongar

53. Después que Catón concluyó su discurso, elogiaron su dictamen y exaltaron su fortaleza hasta las nubes todos los consulares y una gran parte del Senado: algunos, reprendiéndose entre sí, se llamaban cobardes: Catón sólo es mirado como ilustre y grande; y según su parecer decreta el Senado. Pero yo, habiendo leído y oído muchas ilustres hazañas del pueblo romano en la paz y en la guerra, por mar y por tierra, quise penetrar la causa como había progresado en medio de tantas y tan arduas empresas. Sabía que muchísimas veces con pocas fuerzas había venido á las manos con legiones numerosas de enemigos: conocía que con pocos recursos había sostenido batallas contra reyes opulentos; y además de esto, frecuentemente había experimentado los reveses de la fortuna: los griegos precedieron en la elocuencia á los romanos, y los galos en la gloria militar. Examinando, pues, todas estas cosas, venía á inferir que la acendrada virtud de pocos ciudadanos había obrado estos prodigios; y en resumidas cuentas, que la pobreza había postrado las riquezas, y el pequeño número á la muchedumbre. Pero después que la capital se corrompió con el lujo y la ociosidad, todavía la república, con su gran poder, sostenía los vicios de sus generales y magistrados; y como una madre infecunda, no produjo Roma ningún personaje ilustre en virtud durante mucho tiempo. Sin embargo, en mis días he tenido la satisfacción de ver dos hombres insignes en virtud, aunque

---

los desórdenes á fin de sacar partido de ellos, ó no quedar mal con los facciosos.

Sæpe numero, P. C., decía Catón, *multa verba in hoc ordine feci; saepe de luxuria atque avaritia civium nostrorum questus sum: multosque mortalis ea causa adversos habeo: qui mihi, atque animo meo nullius umquam delicti gratiam fecissem, haud facile alterius libidini malefacta condonabam.*

«Padres conscriptos: innumerables veces he hablado sobre este particular: en diversas ocasiones me he quejado de la vida voluptuosa y de la avaricia de nuestros conciudadanos; por cuya causa muchos hombres se han hecho mis enemigos. Yo, que jamás he buscado mi propia satisfacción, ni lisonjeado mis pasiones, mucho menos podía tolerar los vicios ajenos.» ¡Qué rasgo tan sublime! Parece preferido por la misma virtud personificada. Catón sólo podía hablar así: en boca de César habría excitado la risa. Aquel austero romano se queja de tener enemigos, por haber querido contener los vicios con su elocuencia y con su ejemplo: véase el destino del hombre de bien: véase el fruto de las sociedades corrompidas. ¡Ah! cuántos ciudadanos virtuosos pueden quejarse como Catón!

dotados de costumbres diversas, Marco Catón y Cayo César. A estos, pues, habiéndose presentado la ocasión, me ha parecido no pasarlos en silencio, sin decir algo de su genio y costumbres, según mi capacidad.

54. Catón y César fueron casi iguales en linaje, edad y elocuencia: igual grandeza de alma; la misma gloria; pero cada uno la buscaba á su modo. César era mirado como grande por sus beneficios y largueza, y Catón por sus costumbres depuradas. Aquél se esclareció por su misericordia y mansedumbre; á éste le atrajo el respeto su severidad moral. César se llenó de gloria haciendo dádivas, condescendiendo y perdonando; Catón sin dar nada. El uno era el refugio de los desvalidos; el otro el azote de los malvados. Elogiaban la condescendencia de César y la constancia de Catón. En fin, César se había propuesto trabajar, velar, despreciar sus intereses y cuidar de los de sus amigos; no negar cosa alguna que pudiese concederse; y sólo quería para sí un gran poder, ejército y una nueva guerra en que fuese capaz de desplegar sus eminentes cualidades. Pero Catón ponía todo su cuidado en ser modesto, pundonoroso y principalmente en ser austero. No quería medirse en las riquezas con el rico, en la ambición con el ambicioso; sino en la virtud con el benemérito, en el pudor con el modesto y en la abstinencia con el inocente: esto es, quería ser más bien bueno en realidad que aparecer tal en lo exterior: cuanto menos apetecía la gloria, tanto más le buscaba ésta... (1)

---

(1) Los elogios que tributa Salustio á César no son imparciales. Se sabe que éste le restableció en la dignidad de senador de que había sido despojado por sus vicios; y además le hizo cuestor y pretor, y le dió el gobierno de la Numidia. Así le pagó César sus arengas y su espíritu de partido. No es notable esto en Salustio; porque un ambicioso quiere acomodarse siempre con los que gobiernan, si él no puede mandar. Lo admirable es en Cicerón, que habiendo sido el padre de la patria, el salvador de ella, se haya postrado después á los pies de César, tributándole mil elogios empalagosos. No se puede leer la oración *pro Marco Marcello* sin llenarse de fastidio por tantos hipérboles mal empleados. Lo cierto es que los panegiristas hacen tiranos, ó abren camino para que éstos excedan en su tiranía. Elogiar poco á los beneméritos, y censurar sin acrimonía á los indignos sería el medio más oportuno para alentar la virtud y refrenar el vicio.

Est modus in rebus, sunt certi denique fines,
Quos ultra citraque nequit consistere rectum.

HORAT.

55. Después que el Senado, como queda dicho, abrazó el parecer de Catón, creyendo el cónsul hacer lo mejor posible, trató de aprovecharse de la noche que iba acercándose, á fin de que en ella no sucediese algún trastorno; y ordenó inmediatamente que los triumviros dispusiesen todo lo necesario para el suplicio. El, en persona, con guardias, lleva á Lentulo á la cárcel; y lo propio se ejecuta con los demás por los pretores. Hay en la cárcel llamada *Tuliana* un lugar, subiendo algo hacia la izquierda, metido en tierra cerca de doce pasos, rodeado de paredes y encima con una bóveda de piedras; pero su aspecto es intolerable y terrible, por el desaseo, tinieblas y hediondez. Después que introdujeron allí á Lentulo, le ahorcaron los verdugos, preparados para este efecto. Así, aquel patricio, descendiente de la ilustre familia de los Cornelios, que había obtenido el gobierno consular de Roma, tuvo un fin correspondiente á sus costumbres y maquinaciones. El mismo suplicio sufrieron Cétego, Estatilio, Gabinio y Cepario.

56. Mientras pasaba esto en Roma, Catilina formó dos legiones de toda la tropa que él había conducido, y de la colecticia de Manlio; llenó las plazas de las compañías según el número de los soldados, distribuyendo igualmente en ellas á todos los voluntarios y confederados que habían ido al campamento; y en poco tiempo completó sus legiones con el número correspondiente de soldados; siendo así que al principio no tuvo arriba de dos mil hombres. Pero de toda su tropa apenas la cuarta parte estaba armada militarmente, y los demás no llevaban sino podaderas ó lanzas, y algunos palos puntiagudos, según se les había presentado la ocasión de armarse. Mas después que Antonio se acercaba con su ejército, Catilina emprendió su marcha por los montes, dirigiéndose ya hacia la capital, ya á la Galia, y evitando de esta suerte el venir á las manos con su adversario. Tenía esperanza de que le llegaría un gran refuerzo dentro de pocos días, luego que sus compañeros ejecutasen en Roma lo que les había ordenado. Entre tanto, confiado en los grandes recursos de la conspiración, desechaba los esclavos, que al principio habían acudido en número considerable; y también pareciéndole ajeno de su conducta dar á entender que confundía la noble causa de los ciudadanos con la de los siervos fugitivos.

57. Empero, luego que llegó la noticia en el ejército de que

en Roma se había descubierto la conjuración, y que habían sido ajusticiados Lentulo, Cétego y los demás, desertaron muchos á quienes habían concitado á la guerra la esperanza del saqueo y el deseo de las innovaciones. A los demás los condujo Catilina por montes escabrosos y con marchas muy molestas, al territorio de Pistoya, con la idea de retirarse á la Galia Trans·alpina por senderos incógnitos. No obstante, Quinto Metelo Celer, que ocupa la Marca de Ancona con tres legiones, persuadido de que Catilina se hallaría en las angustias ya citadas, al punto que llegó á saber su dirección por unos desertores, levantó su campo con celeridad, y lo colocó en las faldas de los montes por donde debían pasar á la Galia. Ni Antonio distaba mucho con su gran ejército, para estar en aptitud de perseguir en las llanuras á los que huían sin el embarazo de los bagajes.

58. Pero Catilina, viendo que se hallaba rodeado de montes y de tropas enemigas; que en Roma le eran contrarias todas las cosas, ni tenía esperanza de huir, ni de recibir socorros, creyó que lo mejor que podría hacer en tal coyuntura, era aventurar un combate; y en consecuencia, resolvió, ante todo, atacar á Antonio. Llamando, pues, la atención de sus soldados, les habló de esta manera: «¡Soldados! Yo estoy muy convencido de que las palabras no infunden valor á los hombres: no se hacen esforzados de los cobardes, ni animosos de los pusilánimes con la arenga de un general. Todo el valor que uno ha recibido de la naturaleza ó de la educación, ese lo despliega en la guerra. A quien no le mueven la gloria ni los peligros, en vano es exhortarle; su corazón tímido obstruye sus oídos. Sin embargo, yo he llamado vuestra atención para aconsejaros algunas cosas, y manifestar al mismo tiempo la causa de mi proyecto. ¡Soldados! Ya estáis bien impuestos de que la desidia y negligencia de Lentulo han acarreado un acontecimiento tan fatal á él como á nosotros; y que por tanto, mientras me veo privado de los refuerzos de Roma, no me es posible huir á la Galia. Ahora, pues, cuán premiosa sea nuestra situación lo sabéis tanto como yo; nos embarazan dos ejércitos enemigos, uno de la parte de Roma y otro de la que conduce á la Galia; no podemos permanecer mucho tiempo en estos lugares, aun cuando lo quisiéramos, por la penuria de trigo y otras cosas necesarias. A cualquiera lugar que procuremos ir, nos es preciso abrir el paso con espada en mano. En esta virtud, os amonesto que os pre-

paréis al combate con fortaleza y denuedo; y cuando déis principio á la pelea, os acordéis que lleváis á vuestra diestra las riquezas, el decoro, la gloria, y sobre todo la libertad y la patria. Si saliéremos triunfantes, todo lo tendremos con seguridad: víveres con abundancia, y las colonias y municipios estarán á nuestra disposición. Pero, si por cobardía somos vencidos, todas estas cosas nos serán contrarias. No hallará refugio en ningún amigo, ni en lugar alguno, el que no se defendiere con las armas. Además, ¡soldados! no estrecha la misma necesidad, para tomar las armas, á nosotros que á nuestros enemigos. Nosotros combatimos por la patria, por la libertad y por la vida: aquéllos emplean mal el tiempo por sostener el poder de pocos ambiciosos: por tanto, acometed con intrepidez acordándoos de vuestro antiguo valor. Pudisteis con mucho desdoro vivir en el destierro: os fué lícito á muchos de vosotros esperar en Roma el pan de cada día, mediante el favor ajeno, después de haber perdido vuestros bienes; y como todo esto os pareciese infamante é intolerable á hombres como vosotros, determinasteis seguir nuestro partido. Si queréis evitar los daños de la guerra, es menester esforzaros. Ninguno, sino el vencedor, convirtió la guerra en paz. Es una locura esperar la salud en la derrota, desviando de los enemigos las armas destinadas á proteger los cuerpos. Siempre en la guerra se expone al mayor peligro aquél que teme más: la intrepidez le guarda como una muralla. ¡Soldados! cuando os contemplo y calculo vuestras hazañas, no puedo menos de concebir una grande esperanza de triunfar. Vuestra resolución, edad y valor me animan; y además, la necesidad, que hace valientes aun á los cobardes; porque, en efecto, la estrechura del lugar no permite que nos asedie el enemigo con su muchedumbre. Pero si la fortuna fuere contraria á vuestro valor, guardaos de perder la vida sin tomar venganza de vuestros perseguidores, á fin de que peleando como hombres esforzados, les dejéis más bien una sangrienta y lamentable victoria, que consentir en ser prisioneros, y degollados como ganado indefenso (1).»

(1) Algunos escritores se han burlado de los historiadores, que ponen en boca de sus héroes largos discursos en los momentos de una batalla. Les parece increible que generales no acostumbrados á la elocuencia, hayan podido improvisar con el adorno que tal vez no lo habría tenido un

[illegible] y luego [illegible] el ejér- [illegible] caballería [illegible] del peligro, [illegible] permitiese el [illegible] hacia la derecha, [illegible] más estre- [illegible] y de las [illegible] y los colocó [illegible] sea dirigido por Cayo Mario [illegible] de agua que [illegible] Cayo Mario mien- [illegible] la guerra contra los cimbrios. En el campo contrario, [illegible] y en estado de no [illegible] del ejército en [illegible] general Mario [illegible]. Este coloca al frente las [illegible] veteranas que había reunido para oponerse á la cons- [illegible] el resto del ejército en el cuerpo de reserva. Recorriendo á caballo, y nombrando á cada uno, les habla, les exhorta, les ruega que se acuerden de que van á pelear con ladrones indefensos, por la patria, por sus hijos, por su religion y por sus hogares. Soldado veterano, que contaba

[illegible] gabinete. Además, ¿quién fue capaz de escribir tales arengas pronunciadas con rapidez? ¿Cómo llegaron enteras á la noticia de los historiadores? [illegible] obras compuestas por los historiadores, con el fin de realzar su narracion, dándole el interés que inspiran los hechos y dichos de los héroes.

Todas estas razones pudieran tener fuerza, hablando generalmente: porque la elocuencia es hija de las pasiones; y éstas están más exaltadas en los momentos de una batalla. Aunque no hay quien aprenda ó escriba una arenga al pie de la letra, no es posible que no se encuentre uno que pueda referir los principales pensamientos que hubiese oido; y esto basta para que el historiador, aunque sea añadiendo algunas palabras, que fluyen de los pensamientos sueltos, presente como una oracion, pronunciada por un general. Últimamente se sabe que la escritura entre los antiguos tenía más ventajas que entre nosotros: los taquígrafos quizá eran superiores á los de nuestra época. No era, pues, difícil conservar de esta suerte oraciones dichas con velocidad; y sin duda, muchas de Salustio, de Tito Livio, de Polibio, de Jenofonte, etc., han llegado así hasta nosotros.

más de treinta años de servicio, como tribuno, como prefecto, lugarteniente ó pretor; se había llenado de gloria en las campañas; y por tanto, conocía la mayor parte de su gente, y sabía sus hazañas ilustres; las cuales, trayéndoles á la memoria, enardecían los ánimos.

60. Después de haberse hecho cargo de todo, manda Petreyo tocar á batalla, y marchan lentamente las cohortes; lo mismo ejecuta el ejército enemigo. Llegando al sitio desde donde pudiesen dar principio al combate, los ferentarios vienen á las manos con gran vocería: dejan los dardos y sólo manejan la espada. Los veteranos, acordándose de su antiguo valor, acometen de cerca con intrepidez; pero los otros tampoco les resisten con temor: el combate es cruel de una y otra parte. Entre tanto Catilina, que se hallaba en la primera fila con los que llevaban armas fáciles de manejar, ayudaba á los fatigados, reemplezaba á los heridos con los sanos, atendía á todo, peleaba en persona, hería á los enemigos con frecuencia y cumplía al mismo tiempo con los deberes de un excelente soldado y de un buen jefe. Petreyo, luego que vió peleando á Catilina con mucho ardor, contra lo que él se había imaginado, introduce la cohorte pretoriana por medio de las compañías enemigas, y dispersándolas mata, como igualmente á algunos que querían resistirle. Después, por ambos flancos acomete á los demás; Manlio y Fesulano son los primeros que, peleando, caen muertos. Catilina, viendo sus tropas dispersas, y hallándose con pocos compañeros, se acuerda de su linaje y de su antigua dignidad: se arroja á los enemigos, donde se hallaban más reunidos, y allí combatiendo es herido mortalmente.

61. Pero, terminada la guerra, causaba admiración ver con cuánta audacia y fortaleza habían peleado en el ejército de Catilina; porque casi cada uno ocupaba con su cuerpo, después de muerto, el lugar que había tenido peleando en vida. Pocos eran los que, desbaratados por la cohorte pretoriana, habían caído algo lejos; pero todos se hallaron muertos por las heridas del enemigo. Catilina sólo fué visto distante de su campo, entre los cadáveres de los contrarios, todavía con alguna respiración, y llevando en su semblante grabada la ferocidad que había tenido durante su vida. En fin, ni en la batalla, ni en la fuga, se hizo prisionero á ningún ciudadano noble de todo aquel ejército. ¡Qué desprecio de su vida con tal de arrebatarla al

enemigo! Ni para el ejército del pueblo romano fué alegre, ni menos sangriento el triunfo; porque todos los valientes ó habían muerto en la batalla, ó se habían retirado con heridas crueles. Muchos, que saliendo de su campo, recorrían el del enemigo por verlo, ó por recoger los despojos, hallaban un amigo; otros, un huésped ó un pariente, revolviendo los cadáveres de los vencidos (1). Hubo también algunos que conocieron á sus ene-

(1) El aspecto horrible que presenta un campo después de la batalla, ha ocupado las plumas de varios escritores. Tito Livio describe así el campo de los romanos en la batalla de Cannas, ganada por Aníbal:

«*Postero die ubi primum illuxit ad spolia legenda fœdamque etiam hostibus spectandam stragem insistunt. Jacebant tot romanorum millia, pedites passim equitesque, ut quemque cui sors aut pugna junxerat aut fuga: adsurgentes quidam ex strage media cruenti, quos stricta matutino frigore excitaverant vulnera, ab hoste oppressi sunt. Quosdam et jacentes vivos succisis feminibus poplitibusque invenerunt, nudantes cervicem jugulumque, et reliquum sanguinem invitantes haurire. Inventi sunt quidam mersis in effosam terram capitibus, quos sibi ipsos fecisse foveas, obruentesque ora superjecta humo interclusisse spiritum apparebat. Præcipue convertit omnes substratus numida mortuo super incubanti romano vivus, naso auribusque laceratis: cum munibus ad capiendum telum inutilibus, in rabiem ira versus, laniando dentibus hostem expirasset.*»

«Luego que amaneció el día siguiente, lo emplearon en coger los despojos y observar aquella carnicería, espantosa aun á los mismos enemigos. Hallábanse postrados tantos millares de romanos sin distinción de infantería y caballería, según se habían juntado casualmente, ó peleando ó huyendo; fueron también matados por el enemigo algunos heridos, que se levantaban de medio de la mortandad con el dolor de las heridas, cuya vehemencia se aumentaba con el frío de la mañana. Encontraron á otros tendidos, que tenían las rodillas y muslos cortados, y suplicaban, desnudando el cuello y la cerviz, les acabasen de sacar la poca sangre que les quedaba. Se hallaron otros con las cabezas metidas en hoyos, que parecían haber sido hechos por ellos mismos, con el fin de tapar la boca echando tierra encima, y cortar la respiración. Pero sobre todo, lo que llamó más la atención, fué un numida vivo que tenía sobre sí á un romano muerto, y las narices y orejas despedazadas; pues no pudiendo éste tomar las armas por tenerle el otro cogidas las manos, lleno de furor y rabia, espiró, dándole mordiscos á su enemigo.»

No es menos viva y verdadera la descripción que hace el Tasso, en las estrofas 50 y 51, canto 20, de su *Gerusalemme liberata:*

«Così si combatteva; e' n dubbia lance
col timor le speranze eran sospese.
Pien tutto il campo é di spezzate lance,
di rotti scudi, e di troncato arnese:

migos. De esta suerte, diversas pasiones de alegría, de tristeza, de llanto, de gozo, conmovían á todo el ejército.

---

di spade ai petti, alle squarciate pance.
Altre confitte, altre per terra stese:
di corpi altri supini, altri co' volti,
quasi mordendo il suolo, al suol rivolti.
»Giace il caballo ai suo ignore appreso;
giace il compagno appo il compagno estinto:
giace il nemico appo il nemico; e spesso
sul morto il viso, il vincitor sul vinto.
Non vi é silenzio e non vi é grido espresso:
ma odi un non so che roco e indistinto,
fremiti di furor, mórmori d' ira,
gemiti di chi langue e di chi spira.»

«Así se combatía; y en dudoso equilibrio estaban suspensas las esperanzas con el temor. Todo el campo se veía lleno de lanzas quebradas, de escudos destrozados y monturas despedazadas; de espadas metidas en los pechos y en los vientres descuartizados, y de otras arrojadas en tierra; de cuerpos unos boca arriba, y otros con los rostros hacia abajo, en actitud de morder el suelo.

»Yace el caballo junto á su dueño; el compañero al lado de su compañero muerto; el enemigo cerca de su enemigo; y muchas veces sobre el muerto el vivo; el vencedor sobre el vencido. No hay allí silencio, ni voz clara, sino se oye un no sé qué de ronco é indefinible: bramidos de furor, murmullos de ira, gemidos de quien se debilita y se extingue.»

¿Y con qué objeto presentan los escritores estas pinturas tan terribles? Sin duda para inspirar horror á las batallas. Pero estas lecciones, como otras muchas que dicta la humanidad, son perdidas para la ambición, el interés y la crueldad de los mortales.

BOSQUEJO

DE LA EUROPA Y DE LA AMÉRICA

en 1900

escrito en el año de 1839

—⁂—

Ascende huc, et ostendam tibi, quæ oportet fieri post hæc.

(APOCALIP. IV, 1).

Al Venerable Clero ecuatoriano

Señor:

Vuestro destino sobre la tierra no es otro que el de enseñar y padecer. El Evangelio y la historia eclesiástica prueban esta verdad. Y aun cuando no existieran estos monumentos, la experiencia de este siglo me convencería demasiado. Vos trabajáis con empeño en la viña del gran padre de familias: ¿y cuántos sarcasmos, cuántas injusticias no habéis sufrido por ello? ¿A quién no estimulará este celo tan ardiente?

Hé aquí lo que ha movido mi pluma para escribir estos débiles pensamientos. Los consagro á vos, no como dignos de vuestras miradas, sino para que los corrijáis, y disimuléis sus defectos.

F. V. Solano.

ADVERTENCIA

Hace algunos años que he meditado la presente obra; pero no me he atrevido á publicarla hasta ver lo que pensaban los sabios. Ahora me parece que no debo ya guardar silencio, supuesto que tengo maestros que me dirijan. Sin embargo, no faltarán censores que siempre están mal con todo lo que ellos no piensan. Me llamarán ignorante, visionario, fanático, etc., con otros insultos peores y calumnias (1). La mejor respuesta es dejarlos revolcarse en su fango. ¡Pobres hombres!

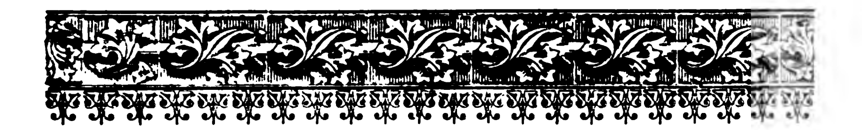
He procurado que el estilo sea sencillo y serio, por ser más adaptable al asunto de que trato. Podemos burlarnos de los individuos; pero las naciones deben ser respetadas, sean cuales fueren sus opiniones en materia de religión. Además, tenemos relaciones tan sagradas con la Europa, que su ruina debe arrancar nuestros gemidos. ¡Desgraciado del americano que mire con horror la patria de sus padres y maestros!

Algunos tal vez querrían más extensión en ciertos puntos muy interesantes; empero, mis enfermedades, y la falta de numerario para los gastos de imprenta, me obligan siempre á escribir lo muy preciso. Abandono esta obrilla á cualquiera que tenga más recursos que yo, para que haga de ella lo que haría con algunos ligeros apuntes suyos. Esto es todo lo que tengo que advertir.

---

(1) Las censuras malignas exigen más bien lástima que respuesta; porque sus autores no se gobiernan por la razón, sino por las pasiones. Leibnitz refiere que un zapatero de Leyden asistía á todos los actos de la Universidad. Notólo un antiguo catedrático, y tuvo el siguiente diálogo con él:—«¿Sabes al menos latín?—No.—Pues entonces, ¿para qué asistes á los actos literarios?—Para juzgar de ellos.—¿Cómo?—Cuando veo que uno de los disputantes se enoja, infiero que le falta la razón.»

¡Regla sublime! ¡Quién creyera que en un sujeto como este se hallase tanto criterio! En efecto: el hombre es un bajel que surca el mar de este mundo; su piloto es la razón; los marineros las pasiones. Pierde el piloto el rumbo, y toda la tripulación se pone en inquietud, furor y desesperación.



BOSQUEJO

DE LA EUROPA Y DE LA AMÉRICA

EN 1900

Un grande problema ocupa á algunos pensadores de Europa: ¿cuál será la suerte de tantas naciones que han obtenido la primacía en nuestro globo? Después de haber recorrido todas las edades de las asociaciones políticas, se hallan en su vejez; y, por consiguiente, próximas á su muerte. Los síntomas son alarmantes: todos conocen el mal y muy pocos piensan aplicar el remedio. Pero aun éste, humanamente hablando, suele ser ineficaz para las naciones en ciertos períodos, como lo es á los individuos en sus males físicos. No obstante, yo quiero manifestar las causas que han conducido á los pueblos europeos al borde del precipicio. Y como la América, desde que fué conquistada, haya seguido la suerte de Europa, estas naciones tienen entre sí tal contacto, que no se puede hablar de la una sin hacer mención de la otra.

De aquí resulta que entra en el plan de mi obra tratar del estado futuro de los americanos, después de la ruina del continente europeo.

LA EUROPA

Dividiré en varios paragrafos esta parte á fin de arreglarla del mejor modo posible. El 1.° contendrá un ligero bosquejo de los beneficios de Dios con la Europa; el 2.° una enumeración de las causas que la han corrompido, á saber: la lectura de los escritos impíos; la propagación de la Biblia en idioma vulgar y sin comentarios; el descrédito de la predicación entre los protestantes, y últimamente la desmoralización de su teatro; el 3.° manifestará los castigos terribles con que Dios la amenaza.

§ 1.°

LO QUE DIOS HA HECHO CON LA EUROPA

La misión de Jesucristo sobre la tierra fué la de propagar una religión universal; ó, como dice san Juan, *para reunir á los hijos de Dios en un solo rebaño*. Él podía haber hecho el centro de esta reunión cualquier punto del universo; así como pudo hacerlo con los judíos cuando los sacó de Egipto. No obstante, les dió la Palestina, este país delicioso, fertil y abundante; ó según la frase de la Escritura, *esta tierra que se deshace en leche y miel*. Del mismo modo eligió la Europa para el centro de este nuevo pueblo escogido. La Europa (1), cuyo clima dulce es la envidia de todos los que viven fuera de ella, y cuycs frutos sustanciosos y sazonados hacen las delicias de la vida. Allí respira el hombre sin sentir las fatigas de una temperatura que hace hervir el alcohol ó congela el mercurio. Allí reinan las

(1) Yo no considero aquí la Europa según su dimensión geográfica. Hablo de .a parte más ilustrada, que es la única que atrae la atención del observador.

ciencias, las artes, el comercio, etc. Todas las naciones han oído sus oráculos y han corrido á contemplar sus maravillas. Cualquiera europeo puede decir de su patria lo que el Salmista de la suya: «Grandes cosas se refieren de tí ¡oh ciudad de Dios!... Aquí vemos á los extranjeros llenos de asombro al mirar nuestra dicha; al opulento mercader de Tiro y á los pueblos de Etiopía, ricos con la abundancia de su oro.»

La fisonomía es no sólo regular, sino llena de bellezas: es única entre todas las naciones. Salid de Europa y sólo encontraréis facciones poco más ó menos ridículas que las de un Kalmuco, y un color cetrino, cobrizo, negro ó albino. Algunos viajeros, entusiastas de lo que ven fuera de su país, han publicado que las georgianas eran las mujeres más hermosas del universo. Se creyó esto sobre la fe de aquellos parlantes. Pero posteriormente se ha sabido que aquellas imaginarias hermosuras no consisten sino en un blanco mate, que procuran ocultarlo con mil afeites; y en una mediocridad de facciones, incomparables á las de una inglesa, alemana, francesa ó italiana. Esto es lo que dice en suma Volney en su *Viaje en Egipto y Siria*, refiriéndose al testimonio de una persona que tuvo la oportunidad de observar cerca de mil georgianas.

Todos estos beneficios emanan de la Religión. La Europa, antes de la propagación del Evangelio, era un país montuoso, malsano, escaso de alimentos, sin populación y poco habitable. La Religión la ha civilizado; de la civilización provienen todos los encantos de la vida, sin exceptuar la belleza del cuerpo. La bondad del clima influye muy poco en ella; la civilización perfecciona el alma, y el alma al cuerpo, por esta íntima unión que tienen entre sí (1). A vista de este torrente de bendiciones

(1) Sin duda las perfecciones del cuerpo pueden transmitirse por la generación, como vemos en los descendientes de los europeos en sus colonias. Pero estas mismas perfecciones no serían permanentes en las generaciones futuras sin la civilización. No obstante, debemos admitir alguna excepción en esta regla, como sucede en todas. Sería un sofisma el decir: es un hombre civilizado; luego es hermoso, ó al contrario. Se habla de las naciones y no de los individuos.

Según los materialistas y sus adherentes, que todo lo quieren explicar por causas físicas ó materiales, las perfecciones ó imperfecciones sólo provienen del clima, de la generación, de los alimentos, y yo no sé de qué otras quimeras. Bufon piensa que el color de los americanos existentes,

que ha corrido sobre aquellos pueblos, ¿no podrá decir Dios lo que en otro tiempo anunciaba por un profeta: *qué más debí hacer y no lo hice, pueblo ingrato?*

§ 2.°

CAUSAS QUE HAN CORROMPIDO Á LA EUROPA

Es tal la condición del hombre que, respecto de Dios. es tanto más ingrato, cuanto mayores son los beneficios que recibe. Nin-

---

bajo el mismo paralelo que los africanos, no es como el de éstos, porque los vientos del Norte templan el calor, que naturalmente debía hacerlos negros. El Africa tiene el monte Atlas, que por su elevación y dirección de Este á Oeste impide el curso de los vientos aquilonares, y la América no tiene este obstáculo. Así será. Yo, por mi parte, creo que la mayor parte de lo que vemos en el hombre proviene de causas inmateriales; que si los africanos y americanos hubiesen sido tan civilizados como los europeos, no habrían tenido los unos el color negro ni los otros el cobrizo. Las causas materiales pueden ser secundarias, pero la primaria es la civilización. Entiendo por este nombre, no precisamente las luces ni las aptitudes mentales, porque éstas son más bien efecto de la civilización. El verbo moderno *civilizar*, tomado del francés *civiliser*, significa reducir á los hombres al estado de ciudadanos, esto es, de hombres sociables, moderados, virtuosos, etc., en contraposición de los salvajes, que viven sin sociedad propiamente dicha y sin virtudes. Ahora bien: compárese un pueblo con una horda, que exista en el mismo clima y bajo un mismo paralelo, y veremos si su color, sus facciones, sus hábitos, etc., no distan como un polo del otro. Algunos fisiologistas puramente físicos mirarán esto como una paradoja: no mporta; ellos declinan al materialismo.

Una de las pruebas de que la civilización religiosa (ó absolutamente la civilización; porque no puede darse ésta donde no hay Religión) influye mucho en las perfecciones del rostro, es lo que nos refiere la historia de los antiguos hebreos. Sabemos que el clima de la Palestina no es á propósito para esto; y sin embargo, eran muy hermosos David, Salomón, Absalón, Daniel, Azarías, etc., etc. Judit y Ester han transmitido su fama como hermosuras originales. Tenían los judíos tan alta opinión de la belleza de sus mujeres, que Salomón en los *Cantares* hace la apología de su esposa egipcia, hija de Faraón, diciendo en persona de ella: «Soy morena, pero hermosa por ser ya hija de Jerusalém.» Al contrario, la falta de civilización niega esta propiedad, aunque el clima sea benéfico á ella. Herodoto refiere que los georgianos descienden de una colonia de egipcios, transportada por Sesostris. Estos egipcios morenos se han hecho blancos en la Georgía, Mingrelia, Circasia y demás lugares contérminos; pero en cuanto á sus acciones ya se ha visto lo que dice Volney.

guna nación en la antigüedad vió más prodigios que la hebrea; y tampoco hubo otra que faltase más á sus deberes. Jeremías afirma que Israel se había hecho más criminal que Sodoma. ¿Y cuál fué su delito? El abandono de la Religión, origen de todos los crimenes y desastres. Lo propio vemos en Europa en la época presente. Desde el siglo XVI comenzó esta obra de iniquidad. Lutero y Calvino, estos hombres salidos de las tinieblas, atacaron la Iglesia con tanto ardor, que dentro de poco tiempo abismaron la mayor parte de Europa. Ellos fueron los precursores del filosofismo, y éste ha puesto su sello á todas las desgracias. Tantos escritos impíos, obscenos y sediciosos han destrozado la moral evangélica y han corrompido las costumbres, que justamente se puede preguntar si este es un pueblo cristiano ó una nación de sibaritas.

La propagación de libros impíos de los filosofistas (sin hablar de los protestantes) es tan asombrosa, que han salido de las prensas de solo París más de un millón y medio de volúmenes de las obras de Voltaire (1), y más de cuatrocientos ochenta mil volúmenes de las de Rousseau. Aun cuando no se publicaran diariamente otras producciones infames, estas solas bastarían para corromper un pueblo el más austero. «Voltaire, dice el conde Maistre, ha corrompido á los jóvenes y mujeres, como

(1) ¿Por qué Voltaire ha merecido tanta reputación? Él abrazó todos los ramos de la literatura y en todos fué mediocre, sin exceptuar la poesía en que se hace fuerte. En la epopeya, no es rival de Homero, ni de Virgilio, ni aun del Tasso. La tragedia es propia de Racine; y ni Voltaire, ni nadie se ha presentado hasta ahora en la escena á disputarle esta gloria. «Después de *Athalia*, decía á un amigo suyo, ¿quién se atreverá á escribir una tragedia?» No se crea que esto fuese efecto de su humildad, porque él jamás la conoció, y así su dicho se ha de tener por una confesión forzada, como la de un condenado á favor de la virtud.—Un bufón ridículo es incapaz de hacer una buena comedia.—Cualquiera que sepa lo que es oda, verá que aquella alma de hierro y corazón de nieve, no eran para esta clase de composición.—Cuando el cínico de Ferney quería hacer un epigrama, producía, naturalmente, una atroz sátira. Pues entonces, vuelvo á decirlo, ¿por qué ha merecido tanta reputación entre ciertas gentes? Por ser un malvado que reunió en sus infames producciones las obscenidades del paganismo y las blasfemias de los sofistas; por ser un impío extraordinario; un demonio.

Napoleón hizo justicia, prefiriendo á Racine respecto de Voltaire, y negándose á que se reimprimieran las obras de éste durante el consulado y el imperio.—Walter Scott quiere, en suma, que esto fuese efecto del despo-

aquel insecto vil de nuestros jardines que roe las plantas en su raíz.» Verdaderamente, está la sociedad minada en sus fundamentos con las obscenidades y truhanerías de este impío. «Yo no creo tener bastante fuerza, decía Napoleón, para gobernar un pueblo que lee á Voltaire y Rousseau.» En efecto, ¿quién podrá contener, ni el monarca más poderoso del mundo, una nación de ateístas ó deístas, tan corrompidos y sediciosos como lo fueron éstos?

De las obras de otros impíos, como Helvet, Holbach, Diderot, Condorcet, D'Alombert, Dupuis, Volney, etc., etc., se han hecho diversas ediciones, y el número de volúmenes asciende á más de doscientos y un mil. Pigault Lebrunt, este charlatán obsceno y ateísta impudente, que Sodoma lo habría detestado, ha tenido la criminal gloria de ver más de ciento veintiocho mil volúmenes de sus obras, publicadas por un solo librero de París. Anda la cabeza al hacer la enumeración de tantos libros infames. No se trata de ninguna ciencia, ni arte, sin que la Religión y las costumbres sufran los mayores ataques. Estos escritores osados acusan á la sociedad de corrompida, al mismo tiempo que contribuyen á corromperla más con la inmoralidad de sus escritos. Se ven poetas que fingen una sociedad fantástica; artistas que pretenden pintar la naturaleza aún más hermosa que su original; matemáticos que quieren calcular los atributos divinos con la regla y el compás; físicos y naturalistas que no contemplan sino materia y modificaciones. La historia no es otra cosa que una sátira violenta de las cosas más sagradas. Hume, Gibbon, Volney, Voltaire, Raynal, etc., etc., no la han emprendido, sino con el objeto de diseminar la incredulidad.

---

tismo de *Bonaparte;* porque Voltaire es un escritor popular, y Racine no. Sin duda el historiador inglés no leyó las obras de su *escritor popular;* porque, de otra suerte, sabría que él fué quien dijo: «no me gusta el gobierno de la canalla,» hablando de las repúblicas. Por este pasaje y otros muchos que se leen en sus escritos, juzga Chateaubriand que se habría opuesto á la revolución de su patria si hubiera vivido en aquella época.

Sea lo que fuere, la observación más importante es que una gran parte de las ediciones hechas en Europa, de las obras de este impío, y de otros, ha circulado en América. La falta de imprentas aun no derrama aquí todo el veneno; pero llegará día en que desaparecerá esta falta, y las reimpresiones innumerables, después de haber descendido á las últimas clases del pueblo, aniquilarán la poca moral que tenemos.

¿Y qué diré de los publicistas? Millares de volúmenes de éstos se publican anualmente, y cada uno es un trompeta del ateísmo y de la disolución. Por manera, que el derecho público es el derecho de no creer nada; el derecho de trastornar todos los establecimientos religiosos; el derecho de no obedecer á nadie; y, en fin, el derecho de no depender sino de sí mismo. Ellos exageran todos los sistemas y los contradicen, y pretenden reunir en su doctrina el feudalismo y la república. Estas quimeras, estas ideas románticas son el fruto de las meditaciones de nuestros sabios á la moda. Son también las lecciones que se dan á la juventud incauta para formar sus corazones y preparar la generación futura. Por consiguiente, los sentimientos religiosos que procura inspirar el clero católico para la recta educación, se miran con horror como unos restos de la barbarie y superstición de nuestros antepasados. Óigase sobre esto un rasgo original de Mr. Aimé Martin, en una obra intitulada *La educación de las madres de familia*.

«En tiempos pasados, dice, no se cansó el púlpito de darles lecciones; mas siendo el arrepentimiento su tema favorito, se dió á los sollozos de la penitencia mucha más influencia que á los efectos de la virtud. Los Bossuets y Massillones se esforzaron en sofocar las pasiones en lugar de darles la dirección debida. No predicaron ni enseñaron el mejor modo de practicar la virtud en esta vida, sino que se dedicaron únicamente á preparar las almas para la eterna. El clero todo de los países donde reina el Cristianismo la ha errado, y si persiste en sus errores inveterados, es como si predicara en un desierto. No cabe duda que si renunciaran los clérigos á sus preocupaciones y á la actual rutina oratoria... podrían contribuir poderosísimamente á la perfección de la sociedad humana, promoviendo con su influencia benéfica la instrucción intelectual de las mujeres, que son las que más han participado de los errores involuntarios del clero.»

No sé si haya hombre que diga más disparates en tan pocas líneas. ¿Con que *el clero la ha errado*, hablando de educación? ¿Y por qué? Porque, en suma, debió haber predicado, no la moral evangélica que hace prorumpir en *sollozos de penitencia*, sino la moral filosófica que alegra, hace reir, enseña á las madres de familia á vivir cómodamente en el gran mundo, y acaba, hablando sin rodeos, haciéndolas unas excelentes coque-

tas. Dirigir el espíritu hacia Dios; sofocar las pasiones criminales; preparar las almas para la eternidad, *no es el mejor modo de practicar la virtud en esta vida. Los Bossuets y Massillones* no supieron su oficio; pues vengan en su lugar á dar lecciones de educación Holbach con su *Moral universal*, Voltaire con su *Ensayo sobre las costumbres*; Volney con sus *Ruinas*, su *Catecismo*, etc., etc. ¡Qué ridículo es este Mr. Aimé Martín! Pudiera decir mucho sobre esto; pero no quiero tener más razón de la que es necesaria.

También merece nuestra atención la periódico-manía de los pueblos de Europa. No hay villa ni aldea que no tenga su escritor de periódicos. Estos escritos se reducen á copiarse unos á otros; á llenar sus columnas de sarcasmos contra la Religión y sus ministros, contra las costumbres más laudables, á vuelta de uno ú otro pequeño artículo sobre alguna verdad trivial; ó más bien, sobre alguna friolera, en mal estilo y peor lenguaje. El pueblo los lee con ansia, porque así se propagan las *luces*, y se aprende á poca costa, según lo dicen sus autores, no siendo más que un semillero de desmoralización y de mal gusto. Apenas habrá ocho ó diez periódicos en Europa dignos de ser leídos y que merezcan el nombre de originales.

Todavía es peor otro diluvio de obras. Los jansenistas, enemigos ocultos, y por lo tanto mucho más peligrosos, han publicado millares de volúmenes para minar la sociedad religiosa y política: son el brazo derecho del filosofismo. La secta jansenística es la herejía más seductora que haya podido inventar el infierno. Sus partidarios, más astutos que los protestantes, vieron que éstos, separándose de la Iglesia, se habían anatematizado á sí mismos, y dejado un flanco para atacarlos; y así se propusieron no separarse exteriormente de ella, protestando siempre sumisión á sus decretos; pero inventando cada día nuevas sutilezas para eludirlos. De suerte que parecían sometidos, mas sus sentimientos eran opuestos. Tales fueron los jansenistas de Port-Royal, y tales son los de este siglo. Con razón Luís XIV prefería un ateísta á un jansenista (1).

(1) Algunos se han quitado la mascarilla; los demás siguen con su hipocresía acostumbrada. De aquí proviene que estos sectarios se introducen con sutileza en las escuelas católicas.—La enseñanza del derecho canónico por los jansenistas Lakis, Cavalario y Van-Espen, prueba suficientemente cuanto he dicho.

¿Se puede imaginar abuso más espantoso de la libertad de imprenta? No sé si tengan razón los que afirman que el género humano nada ha adelantado con esta invención. Lo que hay de cierto es que, como dice un escritor, «la imprenta ha producido efectos admirables, pero de un modo superficial; enseña á saber, pero no á pensar; no se sabe más de lo que se lee, y aun eso se olvida luego, porque no ha costado trabajo el aprenderlo; ha aumentado el número de libros, pero no el de autores; esto es, de autores originales, porque de cien nombres al frente de cien libros, los noventa y nueve son compiladores, redactores, pero no plagiarios, porque á la verdad, no hay á quien robar, no habiendo alguno con propiedad original; en fin, se ha aumentado el número de los que leen; hay bastantes eruditos, pero muy pocos sabios. La librería de Tolomeo tenía seiscientos mil volúmenes, y no había duplicados; todos los libros eran sin duda obras originales, y hemos perdido hasta el nombre de los autores...»

Sin embargo, seamos imparciales: aquella nube de escritos impíos que ha cubierto la Europa, no es un mal imputable sólo á sus autores; nadie se hace pésimo de repente. Los falsos católicos han sido sus precursores. Sus ataques insidiosos contra los cánones, contra la disciplina eclesiástica, contra la autoridad del Papa, han dado materia para fabricar las armas de que se han valido los novadores. Sin hablar de otras naciones, fijemos la vista en la *católica* España y la *cristianísima* Francia: elijamos algunos hechos de ellas, y tendremos las pruebas de mi aserción. Nada diré de los cuatro artículos de la asamblea del clero de 1682, de este texto favorito de los cismáticos, de los protestantes, de los jansenistas y filosofistas. Su mejor refutación es el aprecio de éstos, ó como dice La Mennais: «el amor de nuestros enemigos debe ser la mensura de nuestro odio.» Hablo de sus *casos reales*, de sus *posesorios*, de sus *apelaciones como de abuso*, que según el conde Maistre, «no habían dejado á la Iglesia más que el derecho de hacer el santo crisma y el agua bendita.»

En España, los supuestos *recursos de fuerza* han sido un manantial de atropellamientos de los sagrados cánones. En efecto, ¿qué es lo que prescriben éstos? Que todo clérigo ó fiel oprimido por su obispo, puede apelar al metropolitano; si éste no le guarda justicia, al patriarca ó primado; y así hasta la suprema Ca-

beza de la Iglesia. Mas, puede suceder que los prelados, como hombres, se dejen dominar de sus pasiones, y nieguen el recurso ó apelación para oprimir así al que tal vez fuese inocente. En este conflicto se ordena que el súbdito oprimido recurra al magistrado secular, no para que evoque, sino para que como defensor de los cánones, encargue al prelado no los atropelle, y deje libre el curso de la apelación. Ahora bien: ¿se practicaba esto? No: el *recurso de fuerza* es hasta hoy para que el juez eclesiástico desista de juzgar; para que las causas se sentencien en los tribunales seculares; para que la autoridad episcopal esté, como un niño, bajo su pedagogo; y en fin, para que los delitos queden impunes. El derecho natural y divino claman contra este procedimiento. Porque supongamos que el magistrado sea un infiel, ú otra cosa peor: ¿no sería un escándalo que un eclesiástico apelara á un tribunal semejante, para declinar á su jurisdicción, con el pretexto de que la soberanía es la protectora de las leyes? ¿Qué diría san Pablo, que reprendía á los primeros fieles aun la prosecución de las causas civiles en los tribunales de los perseguidores de la fe? Causa compasión ver á los jurisconsultos españoles devanarse los sesos para defender los *recursos de fuerza* con hechos y doctrinas. Los hechos nada prueban contra el derecho; las doctrinas son falsas; hé aquí toda la respuesta.

Aun era peor otro abuso de las regalías; y era el *pase* á las bulas dogmáticas de la silla apostólica. Esto en sustancia venía á reducirse á que el pastor no podía ejercer una de sus mayores facultades, sin consentimiento de sus ovejas. Que no se podía condenar un error, una herejía, sin que los soberanos y sus doctores dijesen: *puede V. hacerlo*. Así se vió con la bula *Auctorem fidei*, cuya admisión estuvo suspensa por el espacio de seis años en virtud de las arterías de los partidarios del sínodo de Pistoya. Hé aquí un ataque terrible contra el primado; y por decirlo todo de una vez, contra el sistema católico. Lo repito, no echemos la culpa sólo á los protestantes; los malos católicos han sido su apoyo, y los que han contribuído á poner la Europa en el estado en que se halla.

Otra causa que ha influído en la corrupción de costumbres, es la lectura de la Biblia en el idioma vulgar, sin la inteligencia de la Iglesia católica y Santos Padres. Es evidente que las traducciones de los particulares pueden ser falaces; prueba de

ello es que las biblias inglesas, traducidas antes del reinado de Isabel, excitaron un clamor general; y Jacobo I se vió precisado á mandar hacer una nueva traducción, que no es mejor que las primeras. ¿Y de qué proviene esta variedad? De que el sentido de un pasaje puede depender de la elección de una sola palabra en la traducción, y mucho más depende con frecuencia de la puntuación de una frase. Así que las traducciones serán tales cuales fueren los talentos, ciencia, juicio y preocupaciones de los traductores. Los luteranos y calvinistas, por ejemplo, omiten en sus traducciones los pasajes contrarios á sus sectas; los socinianos y deístas los que hablan de la divinidad de Jesucristo, como vemos en las biblias que circulan ahora. Un sabio protestante, Episcopio, estaba tan convencido de la falibilidad de todas las traducciones modernas, que pensaba que nadie podía entender la escritura sin saber el griego y el hebreo. Por consiguiente, según él, era inútil ponerla en las manos del pueblo. Nosotros no exigimos tanto aparato, y sólo decimos que la escritura en idioma vulgar no puede tener autoridad alguna en materia de religión y costumbres, sin la aprobación de la Iglesia. En efecto, causa horror ver los estragos que han hecho los protestantes con sus sociedades bíblicas. El Dr. Hook, obispo anglicano, demuestra evidentemente que los crímenes han ido en progreso en Inglaterra desde el establecimiento de la sociedad bíblica de Londres. ¡Ni qué otra cosa se puede esperar de la doctrina monstruosa del espíritu privado en la interpretación de las escrituras! Este espíritu privado ha sido en todos tiempos el origen inagotable de las mayores calamidades. Sabemos que los judíos, interpretando los libros sagrados á su modo, enseñaron mil errores, como les echaba en cara el Salvador. El espíritu privado los condujo á no reconocer al Mesías, á darle la muerte, á quedarse sin sacerdocio y sin altar. El espíritu privado produjo las sectas de los essenios, herodianos y fariseos. Por esto el Salmista les había anunciado que la escritura, interpretada á su arbitrio, no les serviría sino de un lazo de muerte. La palabra divina es como estos alimentos sólidos y suculentos que un estómago arruinado no puede digerirlos; el espíritu privado es muy débil para recorrer los abismos del Todopoderoso. En fin, el espíritu privado ha producido tantas herejías, tantas variaciones en ellas, tantos desastres en la sociedad, que para describirlos sería menester una

obra como la *Historia de las variaciones*, de Bossuet, ó las eruditas *Cartas* del obispo Minler; las cuales podrá consultar el lector con preferencia á otros escritos. Después de esto, ¿qué adelantarán esos *mercaderes de biblias*, como los llama Volney, con sus ciento cincuenta y tres traducciones de la escritura en distintos idiomas y dialectos, y más de cinco millones de biblias y testamentos?

La tercera causa de la corrupción de costumbres es la ninguna autoridad que tiene la predicación de los ministros protestantes. Sabemos que la mayor parte de Europa, separada de la Iglesia romana, se sostuvo por algún tiempo con una especie de regularidad por la frecuente predicación, que vino á ser todo su culto. En efecto; el medio más poderoso para reformar las costumbres es el ministerio evangélico. Todos los legisladores, todos los escritores más elocuentes, en vano se fatigan sin este apoyo. La escritura misma de nada serviría, si no hubiere quien la explique. «¿Cómo oirán las cosas de Dios, dice el Apóstol, si no hay quien les predique?» Esta es una verdad, enseñada y practicada por el mismo Salvador. Él no escribió bellos discursos para reformar el mundo; predicó y dispuso que sus sucesores en el ministerio hicieran lo mismo. De aquí se sigue que la predicación es el termómetro infalible de las costumbres. Los que quieren arreglar los pueblos con su sabiduría se parecen á Arquimedes, que pensaba sacar el globo de la tierra de su centro con sus grandes conocimientos en mecánica; pero que no podía por falta de un punto de apoyo para fijar su palanca.

Aunque fuera de la Iglesia católica no hay esta virtud que convierte y muda el corazón; esta unción divina que atrae con deleite; esta *tristeza evangélica*, según la expresión de Chateaubriand, que hace prorumpir en lágrimas de verdadera penitencia, sin embargo la predicación protestante podía mirarse como una buena legislación, que aunque no sea capaz de dar las principales virtudes, al menos puede impedir algunos vicios. El Evangelio, no obstante de estar destrozado por las falsas doctrinas, conservaba parte de su fuerza; en una palabra, aún Jesucristo no había sido enteramente rechazado. Una prueba de esto es lo que sucedió con el célebre Haller. Hallábase este sabio protestante fluctuando todavía, como san Agustín, entre el error y la verdad, cuando oyó á un predicador de

su secta hablar enérgicamente sobre la necesidad de no dilatar la conversión; y desde aquel día no pensó en otra cosa que en reconciliarse con la Iglesia, como en efecto así lo verificó.

¿Por qué los ingleses han prosperado hasta elevarse sobre todas las naciones? Algunos han dicho que esto consiste en haber rechazado el culto católico. ¡Insensatos! Ellos no ven la causa inmediata de este fenómeno, porque su espíritu y su corazón los seducen. ¡Qué! ¿No han hecho lo mismo los holandeses, los suecos, los dinamarqueses, etc., etc.? Es el caso que la iglesia anglicana, como dice Dryden, es la *menos deformada por ser la menos reformada*, y esta feliz casualidad les ha servido para practicar muchas virtudes morales, como el amor de la patria, de la justicia, de la modestia en el traje, etc., etc. Sus ministros fueron respetados hasta cierto tiempo, y escuchados como oráculos. El episcopado era el apoyo del culto, y por consiguiente de las costumbres, como lo es en la Iglesia católica. Véase el origen de su grandeza. Véase por qué la Gran Bretaña ha sido la nueva Cartago por su comercio, la nueva Atenas por su sabiduría, la nueva Roma por sus conquistas, y la nueva Tyro por su fuerza marítima. Dios premia temporalmente las virtudes morales con tanta mayor abundancia cuantas son aquéllas. San Agustín observa que los romanos se elevaron á aquel grado porque Dios les premió su patriotismo y su justicia. Lo propio sucederá con cualquier pueblo de la tierra. De aquí vemos que ninguna nación corrompida es capaz de levantarse de su postración; la felicidad de los hombres no es obra de ellos: es de Dios.

Volviendo á la predicación de los protestantes, ahora es nula, porque los ministros, ó son socinianos ó deístas. Ellos no creen en Jesucristo, y, por consiguiente, sus discursos no son más que raciocinios filosóficos, incapaces de producir la más pequeña reforma saludable. El pueblo los conoce y los detesta. Pudiera citar sobre esto innumerables testimonios irrefragables; me contentaré con los siguientes:

«La doctrina de una iglesia *reformada*, dice Gibbón, nada tiene de común con las luces y la creencia de los que son parte de ella; y así es que el clero moderno suscribe á las formas ortodoxas, y á los símbolos establecidos con un suspiro ó con una sonrisa... *Las predicciones de los católicos se hallan cumplidas*. Los arminianos, los arrianos, los socinianos, cuyo número

no se debe calcular por sus congregaciones respectivas, han roto y desechado el enlace y concatenación de los misterios.»

«Gibbón expresa aquí, añade el conde Maistre, la opinión universal de los protestantes ilustrados acerca de su clero...; y así no hay medio para él; si predica el dogma, se cree que miente; y si no se atreve á predicarlo, se cree que el tal clero no es nada.»

«El protestantismo, dice Marheinexe, ministro alemán, no ha envilecido menos la dignidad sacerdotal. Por no aparentar que aspiraban á la jerarquía católica, los clérigos protestantes se han despojado á toda prisa del aparato y ostentación religiosa, y se han sometido bajamente á los pies de la autoridad temporal... Mas porque la vocación de los clérigos protestantes, de ningún modo fuese la de gobernar el Estado, no hubiera debido concluirse que el Estado era quien debía gobernar la Iglesia... (1) Las asignaciones ó sueldos que el Estado concede á los eclesiásticos, los ha hecho enteramente seculares... Dejando los vestidos sacerdotales, no parece sino que se han despojado también de su carácter espiritual... El Estado ha hecho su oficio, y todo el mal debe imputarse al clero protestante. Este se ha hecho frívolo... Bien pronto sus ministros ó *sacerdotes* no hicieron más que su deber de ciudadanos... El Estado ya no los considera sino como oficiales de policía... Y ni los estima, ni los coloca sino en la última clase de sus dependientes... Desde el momento en que la Religión llega á ser la sierva del Estado, es permitido mirarla en este abatimiento como obra de los hombres, y aun, si se quiere, como una impostura. Solamente en nuestros días se ha podido ver que ocupasen los púlpitos con instrucciones de industria, de política, de economía rural y de policía... El clero debe ya creer que llena su destino, y cumple con sus deberes, leyendo en el púlpito las ordenanzas de la policía. Debe publicar en sus sermones recetas contra las epizotias, mostrar la necesidad de la vacuna y predicar sobre el modo de prolongar la vida humana. ¿Cómo podrá después persuadir á sus oyentes á que se desprendan de las cosas tempo-

(1) «En ninguna parte *gobierna* el Estado *á la Iglesia;* pero siempre y en todas partes gobernará á los que habiéndose salido de la Iglesia, se atreven, no obstante, á llamarse *iglesia.* Es preciso escoger entre la jerarquía católica y la supremacía civil; no hay medio...» (*Nota del conde Maistre*).

rales y perecederas, cuando al mismo tiempo se esfuerza á unir más y más los hombres *á las galeras de esta vida?»* Después de un testimonio tan imparcial, es supérfluo insistir más sobre el descrédito de la predicación del clero protestante.

Finalmente, la última causa que yo asigno de la desmoralización europea, es la corrupción de su teatro. Cualquiera que hubiese saludado la historia antigua, sabe que Grecia pereció por esta enorme falta. Temístocles, Anaxágoras, Cimón, Milciades, etc., etc., no salieron desterrados, sino después de haber sido ridiculizados en el teatro. Sócrates bebió la cicuta por consecuencia de las bufonadas brutales de Aristófanes, en su comedia de las *nubes*. En fin, sus mejores ciudadanos fueron puestos en la escena, como no se hiciera con los últimos individuos de la canalla. ¡Qué horror! ¡Qué infamia! ¿Y cuál es el estado del teatro en el antiguo continente? Peor que el de los griegos; porque las personas y cosas que se ridiculizan son más respetables y sagradas. Oigamos sobre esto lo que dice un escritor imparcial, el autor de los *Panoramas matritenses*.

«Concluída la *diversión* (del teatro) vuélvese á casa el *honrado ciudadano*, bien persuadido de que todas las mujeres son cortadas por el patrón de *Catalina Howard*, ó *Lucrecia Borgia;* y que todos los hombres son, poco más ó menos, á la medida de los *Antoni* y *Ricardo Darlingthon;* de todo lo cual viene á deducir que la peor gente del mundo son los hombres y las mujeres; que toda sociedad es una picardía; todo gobierno un embrollo; toda religión una farsa, y toda existencia una pura calamidad. Y á la verdad que la consecuencia no puede ser más natural; porque si el hombre ó la mujer que se les ha presentado en la escena ha sido un príncipe, por fuerza ha de haber tiranizado sus pueblos, y ha de reunir el fanatismo y la crueldad, la hipocresía y el dolor; si ha sido princesa, habránla visto dar convites envenenados, y entregar sonriéndose al verdugo la hermosa cabeza de su amante, ó arrojar al río los favoritos con quienes ha pasado la noche; si ha sido hombre del pueblo, por fuerza sería hijo de un verdugo, y habrá conspirado contra su mismo bienhechor, y se habrá levantado á fuerza de bajezas á las altas dignidades de la república; si ha sido juez, naturalmente habrá sido seductor de su víctima y perjuro, venal y corrompido; si ha sido esposa, habrá enterrado vivo á su esposo para dar la mano á su rival; si ha sido madre, se ha-

brá enamorado de su propio hijo; y si fuese hijo, habrá ensangrentado su acero en el autor de sus días; si ha sido religioso habrá abusado de su santo ministerio para seducir la inocencia, ó para ejercer sus venganzas... Semejantes primores de la moderna escena son, como si dijéramos, el cotidiano alimento que se da á un pueblo incauto á quien se pretende instruir y deleitar; de esta manera se le enseña la historia en caricatura; se le familiariza con las escenas patibularias; se le aparta de toda creencia; se le arrastra, en fin, á un abismo sin límite conocido.»

Cualquiera que estuviere dominado del espíritu de partido, creerá que cuanto llevo expuesto hasta aquí es una exageración; un retrato mal hecho sin conocimiento del original. Puedo asegurar confiadamente que es muy inferior á lo que dicen los mismos escritores de Europa. A más de los que he citado, óigase el testimonio de un protestante de nuestros días, que hace un cuadro completo del estado deplorable de su patria. El pasaje es bastante difuso; pero tan elocuente, que no me es posible extractarlo, sin disminuir todo su vigor.

«Que los negocios humanos, dice Blackwod, están actualmente sufriendo una grande y durable alteración; que nos hallamos en un estado de transición de la sociedad, en el que se están estableciendo cosas nuevas, y en el que los antiguos niveles se han elevado ó dislocado por una fuerza expansiva que viene de abajo, son cosas universalmente admitidas; pero el mundo está todavía á ciegas para distinguir si pasarán en bien ó en mal estos vastos cambios orgánicos. En tanto que los adictos al *popularismo* los miran como principio de una nueva era en la existencia de las necesidades, como data de un período de ilustración, libertad y felicidad general, en que la especie humana, libre del yugo de la tiranía feudal, está para alcanzar un estado sin igual de prosperidad social, el partido *conservador* en todas partes los considera como causa de lo peor que puede sobrevenir á todas las clases de la sociedad; especialmente á los que con ceguedad se empeñan en llevarlos con precipitación adelante: como que ellos conducen á la destrucción de todos los baluartes de la libertad y de la prosperidad. Mientras estas opiniones opuestas é irreconciliables son sostenidas con firmeza por millones en pro y en contra de esta gran controversia, y la victoria se inclina alternativamente á un

lado y otro en el curso de la contienda civil y militar que ella ocasiona, el tiempo sigue su nunca interrumpida carrera; los actores y los espectadores en esta lucha del mundo son igualmente conducidos al sepulcro, y les suceden nuevas generaciones nacidas del mismo origen, que heredan de sus padres las pasiones y preocupaciones inseparables de una cuestión que excita por una parte ilimitadas esperanzas, y por otra pone en peligro intereses de la mayor magnitud.

»Los síntomas de esta transición social se dejan claramente percibir, no sólo en el aumento de poder adquirido por las clases bajas en casi todo el occidente de Europa, sino también en la creación general de esperanzas y proyectos lisonjeros que ha tenido lugar, y que no puede acomodarse á su condición presente, ni á la adaptación universal de las ciencias, literatura, artes é industria á sus necesidades... La Francia está irrevocable y completamente revolucionada. Todas las restricciones al poder arbitrario y al popular han sido completamente destruídas por la loca ambición del populacho; y París se ha transformado en una vasta palestra, donde dos bestias feroces, igualmente fatales para el género humano, el *poder despótico y la ambición democrática*, pelean con furia por el dominio; pero dondo la hermosa imagen de la libertad no volverá nunca á aparecer. España y Portugal están destrozadas por las mismas furiosas pasiones.

»No es sólo en el mundo político donde han de discernirse los síntomas del gran cambio orgánico del occidente de Europa. Las maneras y los hábitos muestran bien claro la prodigiosa y, como nos tememos, descendente transición que se está efectuando entre nosotros. No estamos ciegamente apegados á las costumbres de añejos tiempos, y confesamos, con franqueza, que en algunos respectos el cambio ha producido alguna mejora; pero en otros ¡cuántos males no ha ocasionado, y cuán prodigiosa no es la alteración que va en progreso, ya sea para el bien ó para el mal! Con los sentimientos caballerescos que daban dignidad á las altas clases, y el sentimiento de lealtad que elevaba las bajas; con la religión predominante en las clases influyentes, y la subordinación aun no alterada entre la clase industriosa, había cierta consecuencia en las maneras, se alcanzaba un grado de felicidad, se obtenía alta gloria nacional á la que las futuras generaciones de Europa volverán los ojos

con sentimiento, contemplando que una vez perdida nunca se recobrará. No desesperamos de la suerte de nuestro país, y menos de la del género humano; mas no creemos que tornen á verse aquellos gloriosos y brillantes días. Es verdad que no se carece de vigor; que sobra actividad; que el talento no ha decaído; pero ¿dónde están los sentimientos elevados, los altos designios, la invencible constancia, la inspiración religiosa, la firmeza moral que daban dignidad y grandeza á la edad que pasó? Sin duda estas cualidades se encuentran en muchos individuos; mas nosotros hablamos de la tendencia general de las cosas, y no del carácter de determinadas personas. Y aun cuando se encuentren estos nobles dotes, ¿no se hallan principalmente en los que pertenecen á la clase distinguida? Y la generación que ahora está creciendo, ¿no los señala como restos de una edad anterior, que van desapareciendo rápidamente, y que pronto serán totalmente extinguidos?

»Véase la educación, sobre todo la educación de la clase media y de la baja, y dígaseme si no se está efectuando un grande y degenerante cambio. En esto es más que en ninguna otra cosa en lo que *acontecimientos que se acercan esparcen sus sombras por delante*. El saber que eleva y ennoblece; la instrucción moral y religiosa; las composiciones que purifican y consuelan el ánimo, se menosprecian; las artes, las artes mecánicas ó manufactureras son las que atraen la atención; no se piensa más que en lo que sin dilación puede convertirse en dinero; la Iglesia y todas las instituciones relacionadas con ella se tienen como no destinadas á larga duración; y por esta causa sola la literatura clásica se mira por encima y se abandona. La piedra filosofal es cuanto se solicita por los alquimistas de nuestros días; nada se estudia, sino lo que puede hacer prolífico el entendimiento para producir moneda. Purificar el corazón y humanizar los afectos; elevar el ánimo y dignificar las maneras; procurar, no los medios de elevarse en la vida, sino de mantener la elevación con propiedad; adquirir, no el poder de subyugar á otros, sino de dominarse á sí mismo; inspirar amor á Dios y buena voluntad á los hombres; todo esto se mira como vejestorios ó inútiles prácticas de los monjes de antaño. La química práctica y el ácido sulfúrico; las sales decrepitantes y las máquinas hidráulicas; las ecuaciones algebraicas y academias comerciales; la navegación mercantil y la teneduría de libros

por partida doble y simple, han lanzado así como quiera de la palestra á Cicerón y Virgilio en los seminarios de las clases medias. La vasta extensión de la educación, la prodigiosa actual actividad y energía del espíritu humano, los incesantes esfuerzos de estas medias clases para elevar y mejorar su situación temporal, no ofrecen, lo tememos, ningún fundamento razonable para esperar que esta mudanza descendente pueda contenerse; por el contrario, estas mismas circunstancias presentan una certeza moral de que continuará y que irá en aumento. Que la energía, las esperanzas y el descontento que con generalidad entre las clases laboriosas prevalece, y que se muestra en el febril deseo de las mejoras sociales... es demasiado obvio para que requiera cualquiera ilustración... En medio del choque de tantos intereses que se disputan la preferencia, el conato sosegado por las ciencias que no conduce á la adquisición de dinero será abandonado; las instituciones que aun mantienen este conato serán sacrificadas al clamor progresivo de la rivalidad democrática; la literatura llegará á ser un mero estímulo para las pasiones, ó una diversión del momento; la religión, destituída de su propiedad, se convertirá en tráfico...; todos los estudios generosos que ennoblecen serán desechados..., y en el último paso de la regeneración social, nuestros descendientes acaso se hundirán sin remedio en una degeneración de costumbres...

»La extensión y adelantamiento de las artes mecánicas; la multiplicación de los caminos de hierro, canales y puertos; la rapidez extraordinaria de las comunicaciones interiores; el incesante anhelo por periódicos y por lo que es capaz de causar exaltación de cualquier modo; la generalidad del goce de comodidades y la pasión universal por el lujo, no ofrecen ningún antídoto contra la corrupción innata que hay en el corazón humano. Podremos ir de Londres á París en tres horas, y á Constantinopla en doce; podremos, por medio del telégrafo, entablar una comunicación con la India en el espacio de una mañana, y hacer una excursión de otoño en buques de vapor á las Pirámides, ó á Persépolis en quince días, y con todos estos adelantamientos ser la parte más degradada y corrompida de la raza humana. La comunicación interior en el imperio romano se llevó á un grado muy perfecto: pero ¿revivió ella el espíritu de las legiones, ó pudo repulsar las armas de los bárbaros?

¿restableció acaso las edades de Virgilio y Cicerón? Porque todos los ciudadanos mirasen diariamente suntuosos edificios, y viviesen en medio de un mundo de bellísimas estatuas, ¿pudo por ventura detenerse la rápida corrupción de las costumbres, la irreparable degeneración del carácter y la total extinción del genio? ¿Salvó á los griegos y romanos el orgullo é ignorante desprecio con que miraban á las naciones bárbaras, de ser sojuzgados por una raza más salvaje y grosera, pero más noble y joven? ¿No se ocupaban en charlar sobre las *luces del siglo* y el sin par refinamiento social, cuando ya estaban desenvainadas las espadas de Alarico y de Atila? ¿En medio de todas nuestras excursiones, hemos penetrado ya los más profundos misterios del corazón del hombre? ¿Con todos nuestros progresos, hemos desarraigado una mala pasión, ó extinguido una propensión criminal en esa tenebrosa cuna del mal? ¡Ah! los hechos, hechos claros é innegables, prueban lo contrario: con la difusión de las luces y el incremento de todos los progresos sociales, la depravación ha ido creciendo con pasos acelerados, así en Francia como en Inglaterra, y todo el incremento del saber no parece sino una adición á la longitud de la palanca con que el vicio arruina la fábrica de la sociedad (1). No es el simple saber, es el saber destituído de religión lo que produce este fatal resultado, y por desgracia esta especie de saber es precisamente el objeto á que en la actualidad se dirigen los fervientes deseos populares. La razón de su tendencia corruptora de las costumbres es evidente desprendido de la religión, multiplica los deseos y pasiones del corazón, sin aumentar el vigor de los principios que debieran regularlos; da incremento al impulso que ataca, sin fortalecer el poder que debiera resistir; y de aquí nace el desorden que en todos sentidos se propaga en la sociedad. La señal infaliblemente característica de que el estado social declina y se corrompe, es el aumento progresivo de la fuerza de las pasiones, y la disminución también progresiva de la influencia de los deberes; y esta tendencia tan patente en Francia, y que tan claramente comienza á sentirse entre nosotros (en Inglaterra), por ninguna otra cosa se incrementa tan-

(1) «Las curiosas tablas de Mr. Guerrín, dice el mismo autor, prueban que en todos los departamentos de Francia, sin excepción, la depravación general está en exacta proporción con la difusión de las luces.»

to como por la difusión de las luces sin religión, que es la tendencia manifiesta de nuestros días.»

Hasta aquí Blackwod; con cuya pintura podemos decir de Europa lo que Ezequiel, hablando del pueblo judío: *Nunc finis super te;* ya es llegado el tiempo de tu ruina. Aun cuando el cielo se desentendiera, vosotros mismos, que habéis dejado desarrollarse el germen de vuestra perdición, pereceréis sin remedio: *finis venit, venit finis.*

§ 3.º

CASTIGOS DE DIOS QUE AMENAZAN Á LA EUROPA

Ningún pueblo corrompido puede evitar la ira del cielo. No obstante, el Señor, por su misericordia, jamás derrama el cáliz de su indignación, sin primero anunciarle. Así vemos que el diluvio fué intimado por Noé. Isaías vaticinó, más de doscientos años antes, la desolación de Babilonia por Cyro: Jeremías, Ezequiel, Baruch, Nahum, Jonás, etc., etc., predijeron la ruina de Tyro, de Jerusalén, de Nínive, de los idumeos, de los egipcios, etc., etc. (1) Daniel es casi un historiador de la devastación de la monarquía persa por Alejandro. Las persecuciones de la Iglesia por algunos tiranos y herejes están consignadas en el Apocalipsis. La invasión de los bárbaros del Norte de Europa en el siglo v fué anunciada por varios hombres justos, con relación á las señales que de ella nos dan los Libros sagrados. El gran cisma de Oriente tuvo también sus profetas. En fin, omitiendo otros innumerables pasajes, la espantosa revolu-

(1) Es notable la profecía de Ezequiel sobre el Egipto. Entre otras grandes calamidades que le anuncia, dice que jamás habrá un hijo suyo que lo gobierne. Cap. 30, v. 13). En verdad, desde Cambyses, que trastornó el trono de Egipto, hasta el presente bajá, Mehemet Alí, vemos cumplido el vaticinio. ¿Y por qué este castigo? Porque una nación gobernada por malos extranjeros está siempre abatida. No tiene libertad, ni independencia, cuyo abuso hace caer en mil crímenes detestables. Así es que la nación egipcia no ha vuelto á ver las abominaciones de Memfis y Tentyra del tiempo de los Faraones.

ción de Francia fué predicha en términos casi precisos por el venerable Benito Labre muchos años antes de verificarse. ¿Y creeremos que la terrible catástrofe que debe experimentar la Europa en el siglo XIX por sus enormes delitos se verifique sin predicción alguna? No: yo la encuentro, si no me engaño, en el capítulo XXXVIII de Ezequiel, que habla de la invasión de Gog y Magog. Esta invasión, en otros términos, es la del imperio ruso sobre la mayor parte del antiguo continente. Observemos y decídase con imparcialidad.

CAPÍTULO XXXVIII DE EZEQUIEL

«El Señor me habló diciendo: Hijo del hombre, fija tu vista en Gog, tierra de Magog, príncipe de la capital de Mosoch, y Tubal, y profetiza de él y dile: esto dice el Señor Dios: aquí estoy contigo, Gog, príncipe de la capital de Mosoch, y Tubal. Yo te ejercitaré y pondré freno en tus mejillas; sacaré á tí y á todo tu ejército, caballos y jinetes, todos vestidos de corazas; gran muchedumbre que manejan la lanza, el escudo y la espada. Con ellos estarán los persas, los etiopes, los libios, todos con escudos y morriones. Gomer y todos sus ejércitos, los habitantes de Togorma, las naciones que viven hacia el Norte y toda su fuerza, y muchos pueblos se reunirán á tí. Dispón y apercíbete, y á todo tu ejército que se ha reunido á tí: hazte el jefe de ellos. Pasados muchos días les visitarás: hacia los últimos tiempos vendrás á la tierra que se ha librado de la espada y se ha congregado de muchos pueblos en los montes de Israel, que continuamente fueron desiertos: esta ha sido formada de los pueblos y vivirán en ella todos sin inquietud. Vendrás, pues, como un torbellino, como las nubes para cubrir la tierra, tú y todos tus ejércitos, y muchos pueblos contigo. Esto dice el Señor Dios: en aquel día emprenderás un proyecto altivo y pensarás perversamente, y dirás: vendré á una tierra sin muro; vendré á los que viven en quietud y moran sin recelo; todos estos habitan sin muro, sin cerrojos y sin puertas. Tu expedición será para arrebatar los despojos y apropiarte la presa; para extender tu mano sobre aquellos que fueron desolados y restablecidos; y sobre el pueblo que es formado de los gentiles;

el cual comenzó á poseer y habitar el medio de la tierra. Sabá y Dedan, y los comerciantes de Tarsis, y todos los leones de ella te preguntarán: ¿Vienes á tomar despojos? Sí: reuniste tu ejército para apoderarte de la presa, para arrebatar la plata, el oro, las alhajas y toda clase de bienes; en fin, para robar despojos sin número...»

Para entender perfectamente este texto, hagamos las siguientes observaciones: 1.ª Que entre todos los pasajes de la Escritura ninguno ha sufrido más interpretaciones que éste. Unos lo entienden de los enemigos del reino milenario; otros de la persecución de Antíoco; de la del Antecristo, fundados en el cap. XX del Apocalipsis, en que se habla de Gog y Magog, cuya relación mira sin duda al nuevo Testamento y no al antiguo. Otros ven la invasión de Cambyses; la de los bárbaros del Norte de Europa; otros, finalmente, creen que esta es una alegoría de la persecución de toda clase de impíos contra la Iglesia. ¿Y de qué proviene esta variedad? De que era muy difícil la inteligencia literal, por no hallarse nación alguna, sin exceptuar á los romanos, que reuniese tantos y tan diversos pueblos como Gog y Magog. De aquí es que aplicaban, con alguna verosimilitud, según las circunstancias de los invasores. Yo sostengo que, poco más ó menos, todos han tenido razón (exceptuando á los milenarios, cuyo error está proscripto por la Iglesia). Porque Gog y Magog pueden ser todos los tiranos, figurados unos por otros, ó porque la persecución del uno no sea más que el principio de la obra que debe consumar el otro. Así las atrocidades de Antíoco pudieron ser la figura de las persecuciones de la Iglesia por todos los tiranos hasta el fin de los siglos; y, por consiguiente, como todos se parezcan un poco más ó menos, se comprenden muy bien en la profecía de Ezequiel. Oigamos acerca de esto una doctrina luminosa del sabio jesuíta Maldonado sobre el cap. II, v. 15 de san Mateo.

«Una profecía, dice, en cuanto he podido observar, se cumple de cuatro modos: 1.º cuando se ejecuta aquello que se entendía en su sentido propio y literal, como cuando san Mateo dice que se cumplió en María la profecía de Isaías: *concebirá una virgen y parirá un hijo;* 2.º cuando se hace, no lo que se entendía por el vaticinio, sino aquello que significaba; así estas palabras: *yo seré su padre y él será mi hijo*, es claro que miran á Salomón. Sin embargo, san Pablo aplica á Jesucristo, cuya

figura era Salomón, como si en él se hubiesen cumplido. También aquel texto: *no quebrantaréis sus huesos*, es cierto que se entiende del cordero pascual; no obstante, san Juan dice que se cumplió en Cristo, figurado por el cordero; 3.° cuando no se hace ni lo que propiamente daba á entender la profecía, ni lo que significaba, sino aquello que le es semejante, y en todo lo mismo; de suerte que pueda decirse que la profecía habla no menos de esto que de lo que anuncia, v. gr.: Dios había dicho de los judíos del siglo de Isaías: *este pueblo me honra sólo con los labios;* y Jesucristo afirma que se cumplía en los de su tiempo; 4.° cuando, aunque se haya cumplido aquello que había dicho la profecía ó la Escritura, se dice muchas veces que se hace algo, no sólo porque comienza á hacerse, sino porque se hace más y más, como cuando refiere san Juan que los discípulos de Jesucristo creyeron en Él viendo el milagro de la conversión del agua en vino en las bodas de Caná; esto es, creyeron más y más; porque ciertamente antes de este suceso ya habían creído en Él.»

Según esto, podemos decir que las persecuciones de los antiguos tiranos fueron figuras de la que hará en el siglo presente la Rusia; ó que aquéllas fueron el principio, la de la Rusia el medio, y, en fin, el término, las que otros practicarán en adelante, conforme á las reglas 2.ª y 4.ª que asigna Maldonado. Luego la profecía de Ezequiel será aplicable, más ó menos, según las circunstancias, sin que haya razón para decir que precisamente habla de este ó del otro tirano.

2.ª Digo que la historia de Gog y Magog es más conforme á la invasión de la Rusia en el siglo presente. En verdad, el profeta habla del poder de Gog, que sólo se puede verificar en una nación tan numerosa como aquélla: habla expresamente de pueblos sometidos á su dominación actual, y de otros que sin remedio se le rendirán, como el Asia Menor, la Persia, etc., según veremos después. Ezequiel designa un príncipe de la cabeza, ó capital de Mosoch. Esta es otra prueba bien fuerte de mi aserción, fundada en la autoridad de Calmet. Dice este sabio intérprete, sobre el cap. X, v. 2, del Génesis: «en cuanto á los descendientes de Gog (hijo de Jafet) y Magog, se ha de deducir su origen de la Gran Tartaria, lo cual es el común sentir de los intérpretes. Aun existen en aquella región muchos vestigios de Gog y Magog en los nombres de provincias, ciudades y hom-

bres; y por tradición entre sus habitantes se tiene como cierto que descienden de Gog y Magog.» Y hablando de Mosoch, hijo también de Jafet, después de referir varias sentencias de autores concluye diciendo: «según Montano, Genebrado y Mercero, *Mosoch* es el primogénito de los moscovitas. Es verdad que los escritores antiguos nada dicen de esto. Pero ¿qué hay que admirarse, cuando no tenían comercio alguno con ellos, y cuando sólo se comprendían bajo la nominación de scitas ó getas? Así que, es mucho más verosímil creer que los pueblos llamados *Moschos*, próximos á la Armenia y Capadocia, traen su origen de los moscovitas, que éstos de los armenios. Y las pruebas nada vulgares son el río llamado *Moscho* (Moscwa), la ciudad de *Moscou*, el nombre de moscovitas, y la extensión del país. Los rusos, designados en Ezequiel por la palabra *Rosch*, son pueblos ó mezclados con los moscovitas, ó que hacen con ellos una nación.»

3.ª La profecía dice que vendrá Gog en los últimos tiempos. Aunque sería una insensatez suponer que el siglo XIX sea el último, no obstante debemos creer que habla de un tiempo muy remoto; y tal es nuestro siglo. Fijo en él la ruina europea hasta el año de 1900, no precisamente porque crea que no se pueda dilatar un poco más; sino porque comunmente un siglo basta para mudar la constitución de un Estado de bien en mal, ó de mal en bien. La Europa del siglo XVIII es distinta de la del XVII; y así de los demás. ¿Qué era la Rusia en 1700? Un pueblo grosero, sin artes, sin luces, sin comercio, sin influjo; hoy todo lo tiene. Al contrario, el imperio Otomano hizo temblar á la Europa en el siglo XV; en el XVI comenzó á decaer, y ahora es el juguete de la política europea.

4.ª Ezequiel pinta las naciones invadidas como un pueblo que vive en quietud, en paz, sin muro, sin cerrojos y sin puertas. Esta es una frase muy usada en la escritura para designar la tranquilidad de los pecadores, después de haber roto el yugo de la ley de Dios, y sumergídose en la irreligión. *Paz, paz, y no había paz,* dice el profeta Jeremías, lleno de consternación, reprendiendo el reposo criminal de los judíos, sin embargo de la idolatría. ¿Se puede desconocer la Europa en esta descripción? Se va extinguiendo la Religión en aquel continente: millones de insensatos dicen ¡¡¡no hay Dios!!! y todos viven tan quietos ¡como si nada tuvieran que temer! Aun cuando la ofen-

sa que los amenaza no fuera la de tártaros y cosacos; de unos hombres sedientos del oro y de la plata, de las comodidades que no pueden encontrar en los hielos del Norte, el nombre sólo de invasión extranjera debería hacerlos temblar. Porque el soldado conquistador, sea quien fuere, culto ó salvaje, se penetra de un instinto feroz; tala, arrasa, aniquila sin necesidad ni objeto; mas, por desgracia, según decía Federico II: *esa es la guerra*.

5.ª Gog conquistará unos Estados muy ricos; sus despojos serán sin número, ó, como dice la Vulgata, *infinitos*. ¿A qué pueblo de la antigüedad, invadido por Gog, se puede aplicar ésto? Sin duda estos Estados son los europeos, cuya riqueza es incomparable por sus artes y por su comercio.

6.ª Yo no entro en otros pormenores que contiene la profecía, porque me bastan las observaciones precedentes; y además, teniendo las profecía el carácter de las parábolas, su explicación minuciosa se hace ridícula, como nota muy bien Maldonado. Así que he omitido la conclusión del capítulo, y los castigos de Gog que no vienen á mi intento.

CONFÍRMASE ESTO CON LA AUTORIDAD DE ALGUNOS ESCRITORES

Rasgo del conde de Segur en su historia de Napoleón, y del ejército grande, tom. IV, *lib.* XII, *cap.* XII.

«La estrella del Norte triunfó de la de Napoleón (1). ¿Es, pues, la suerte del medio día ser vencido por el Norte? ¿No le es posible dominar sucesivamente? ¿No es una nueva prueba de ello la espantosa resulta de nuestra invasión? Sin duda que el

(1) Ningún soberano será capaz de reunir las fuerzas que Napoleón para atacar la Rusia; porque ninguno tendrá las proporciones que él. Sin embargo, vió disiparse como el humo medio millón de hombres. Más débil triunfó de los rusos en Austerlitz; y poderoso se abatió en Moscou. ¿Qué significa todo esto? Aquella Providencia que preservó á Cyro de la muerte para la desolación de Babilonia, preservó también el imperio de Pedro I para el cumplimiento de sus designios. ¡Qué hombre! ¡Qué estrategia! ¡Qué ejército! Más admirable es el brazo del Señor.

género humano no camina así; su propensión es hacia el Mediodía, volviendo la espalda al Norte; el sol atrae sus miradas, deseos y pasos. No se sabe impunemente este gran curso de los hombres; el querer hacerlos retroceder, repelerlos y contenerlos en sus hielos, es una descomunal empresa: los romanos se agotaron con ello... Mil años pasaron después... En este intervalo, no se opusieron las ciudades austríacas sin motivos á la introducción de las artes guerreras en aquel vasto campo de los scandinavos. El éxito justificó sus temores. Apenas penetró allí la ciencia de la guerra moderna, cuando se vieron los ejércitos rusos en el Elba, y de allí á poco en Italia; vinieron á reconocerla, y algún día vendrán á establecerse en ella.

La Europa, sea filantropía, sea vanidad, se apresuró, desde el último siglo, á concurrir á la civilización de aquellos hombres del Norte, de quienes Pedro había formado ya formidables guerreros... Pero acelerando la Europa la cultura de aquellos normandos, aceleró quizá la época de su nueva inundación. Porque, no se crea que sus pomposas ciudades y lujo exótico y forzado podrán retenerlos y que, afeminándolos, los harán menos formidables. Aquel lujo y molicie de que se goza á despecho de un clima bárbaro, no pueden ser nunca más que el privilegio de algunos. Las masas, que se aumentan incesantemente con un gobierno que se ilustra, permanecerán pacientes por su clima...; y la invasión del Mediodía por el Norte, empezada por Catalina II, continuará. ¡Ah! ¿quién podrá creer terminada esta lucha tan grande del Norte contra el Mediodía? ¿No es, en toda su extensión, la guerra de la privación contra el goce, la eterna guerra del pobre contra el rico, la que devora lo interior de cada imperio.?»

EXTRACTO DEL DISCURSO INSERTO EN EL *Journal des Debats* DE 23 DE MARZO DE 1833

«En el espacio de un siglo, el Imperio ruso se ha engrandecido de año en año, de guerra en guerra, de transación en transación: este imperio, que confina con los Estados-Unidos y la Suecia, con la Prusia y Méjico, con la China y el Austria, con la Turquía y las Indias, con la Persia y el Asia Menor: este im-

perio que gravita con todo su peso sobre cada una de las potencias fronterizas, y que nada tiene que temer en ninguna de ellas: este imperio de setenta millones de hombres ya no puede engrandecerse sin que se rompa todo equilibrio. Su prepotencia es el único voto del gabinete de Petersburgo, mientras que en Europa se mira como imposible su dominación universal: este es un efecto de nuestra preocupación. Por ejemplo, creen que si la Rusia llevara adelante su ambición, Constantinopla sería su primer objeto; y que guardando este punto, todo estaría seguro. Además, algunos piensan que no puede ensanchar más sus fronteras, sin exponerse á una total disolución. Sin duda hay en esto ignorancia ú olvido de los medios que han producido su grandeza, y que pueden todavía añadir más; en fin, es la disposición general en mirar su poder como más aparente que real. Tales son también los puntos que trataremos con la mayor rapidez posible en un asunto tan grande.

»Un Estado tiene un poder real, cuando nada hay que temer de sus vecinos; y él tiene un poder ofensivo, si todos ellos tienen razones para temerlo. Supuestos estos principios, la Rusia no puede ser sometida por nadie: una coalición sólo podría reducirla á este extremo; esta es su primera ventaja. Ella amenaza á todos; esta es la segunda. De verdad, obsérvense sus fronteras. En el Septentrión se apoya en el polo del mundo; al Este, sus posesiones de Asia, no mirándolas sino como desiertos, la defienden tan seguramente como el Océano glacial; al Mediodía la Georgía, el Shirvan, la Armenia, vastas é inaccesibles llanuras que dominan el Asia entera, y que podrían llamarse el glacis del Cáucaso, se apoyan en dos mares, y tienen estrechadas las dos monarquías musulmanas de Omar y de Alí. De parte del mar Negro y del Danubio, ¿qué tiene que temer la Rusia? Nada; sino esta conquista de Bizancio, que dicen la perdería. A la otra extremidad, por la Laponia sueca, de que se ha apoderado con la Finlandia, hasta el curso del Tornea, ella toca con Stokolmo. Viena y Berlín son mercados de sus fronteras. En una palabra, su posición es ofensiva por cualquiera parte que se la mire; en todos los puntos sus golpes serían decisivos; en todos los lugares una sola victoria pondría á su disposición las capitales. Mas las suyas se ocultan á cuatrocientas leguas detrás de los hielos, y una estrategia sensata emplearía dos campañas para penetrar en ellas.

»No obstante, la Prusia y el Austria, estos dos puestos avanzados de la Europa, estos primeros baluartes de la independencia común, son Estados compuestos de pueblos que difieren en origen, lenguaje, culto, condición y régimen. Luego que aquí se presente una disención intestina, ó que una política imprudente arrastre á uno de los dos á una alianza enemiga, el continente quedará abierto...

»Además, la Rusia tiene una ventaja particular, y es la de proveerse á sí misma. El arroz, la cebada, el trigo, abundan hasta en las profundidades del Norte. Su Ukraina y su Crimea pudieran ser los graneros de Europa. Tiene el hierro, el cáñamo, la madera para sus flotas, los caballos para sus ejércitos. Por sus comunicaciones posee al mismo tiempo el reno en Arcángel, y el camello en Circasia. Desde el Cáucaso hasta los montes de Laponia, ni una colina embaraza sus transportes, ni jamás embarazará las creaciones de la industria. Entre tanto, los lagos, que son mares interiores, unen los cuatro mares en que ella se apoya. Veinticinco ríos, los más grandes de Europa, corren en su llanura central hacia estos cuatro receptáculos remotos, uniendo entre sí todas las partes del imperio, fecundándolas, llevando la civilización, y haciendo progresar el comercio... De aquí resulta sin contradicción un primer progreso que prueba los demás; es decir, este incremento inaudito de la populación que no tiene igual en ninguna parte del globo; y que es de tal naturaleza que, en cuarenta años, la sola Rusia europea contará cien millones de habitantes.

»Las provincias marítimas, principalmente la Finlandia, la Livonia, la Curlandia, suministran marineros. Los habitantes de las sabanas nacen á caballo: son los numidas del Norte. Pueblos generalmente agrícolas, dan una infantería robusta. Y como el siervo, hecho soldado, halla bajo la bandera una existencia más cómoda que en su hogar; como por otra parte el servicio militar obtiene un precio soberbio la libertad, se puede pedir á cada recluta 22 años de su vida... Véanse, según nos parece, los elementos de un poder que no es sólo aparente, sino efectivo y considerable. Quieren, sin embargo, objetar la superioridad de las rentas de nuestros países, y en esto hay alguna razón. Empero veamos hasta qué punto.

»Hay axiomas consagrados, á los cuales no conviene dar un ascenso sin examen. La respuesta de Trivulcio necesita de ex-

plicación (1). Se puede negar que para la guerra se requieran siempre tres cosas: dinero, dinero y dinero; basta una sola, y es la victoria. Las guerras defensivas no pagan sus gastos: ellos son exorbitantes. Así los pueblos que retrogradan son siempre muy pobres para soportar el peso de un estado militar conveniente, como la España y la Turquía. Los imperios que están todavía en su período progresivo, se hallan en cualquier tiempo bastante ricos para aprovecharse de su fortuna, como la Rusia, que hace dos siglos era más pobre que ahora, y que ha conquistado mucho más de lo que hizo el valor del mundo conocido de los antiguos. Es el caso que la conquista es una excelente especulación: se enriquece á costa de las provincias tomadas al enemigo... Por consiguiente, cuanto más pobre sea un Estado, es tanto más temible al verlo con ochocientos mil hombres de infantería. Nadie ignora el consejo de aquel ministro á su soberano: «V. M. no puede mantener sus cien mil soldados, pues mantenga doscientos mil.»

»Fuera de que es preciso persuadirse de que el Imperio ruso no tiene la carga de nuestras enormes deudas, el peso opresivo de nuestras contribuciones; en fin, él no conserva sino un Gobierno y una Corte, mientras que el resto de Europa, en límites tres veces más estrechos, está dividido en 52 dinastías reinantes, y sufre por esto solo un peso calculado en más de 270 millones de francos... (más de 54 millones de pesos).

»Pasemos ahora á los principios mismos que constituyen el poder de la Rusia, y que son poco investigados. Consiste este poder en tres cosas. Primeramente el estado social de sus pueblos: una nobleza que los Romanow han disciplinado, y que tiene luces y valor; un pueblo innumerable de siervos, que no raciocina, pero que combate y se deja matar: aunque esto no sea para la filosofía el más bello espectáculo, ni tampoco la mejor combinación para la civilización y sus progresos, es la mejor para la guerra, la mejor para la conquista.

»Después viene el estado político, el gobierno, el poder ab-

(1) Dijeron á Francisco I que en Milán había una dama de extraordinaria hermosura; y no necesitó más para emprender la conquista de aquella ciudad. Preguntó, pues, á Trivulcio: ¿qué cosas se necesitaban para esta expedición? Y la respuesta del viejo general fué la que refiere el diarista. Sin duda, el rey juntaría mucho dinero, supuesto que se verificó la marcha, y le salió tan mal. Prueba evidente de lo que sostiene el autor.

soluto. Se ha visto que esta constitución aristocrática y militar era una monarquía, que ésta monarquía era despótica, es decir, dirigida por un pensamiento único, omnipotente, que no conoce las resistencias, cuyo secreto no se divulga... Aquí el estado llano, tan inquieto en una sociedad avanzada, es un apoyo para el trono, y hace cuerpo con él. Aquí el clero, que en otras partes sirve de obstáculo á las miras políticas, unido con lazos sagrados al poder temporal, interesa á la obediencia la fe de los pueblos; porque él ha hecho un dogma, y lo ha inculcado tan bien, que se ha visto moscovita, en las mociones populares, preferir el suicidio á la resistencia. ¡Después de esto nos admiraremos de las obras de un gigante, que con tantos brazos no tiene más que una cabeza!

»La constitución religiosa de la Rusia es su tercera palanca; la que la ha hecho robusta desde tanto tiempo, conquistadora, y la que, en fin, puede hacerla todavía más.

»La Iglesia griega tiene más de un carácter distintivo: las naciones que ella rige, tienen el mismo estado social y las mismas costumbres... Este lazo es tan poderoso, que por él todas las separaciones desaparecen. En la insurrección de la Polonia se han visto la Lituania y la Wolhinia, que son griegas, conmoverse apenas al aspecto de los combates dados por sus hermanos de las riberas del Vístula. Este lazo no es únicamente espiritual y moral: hay una jerarquía poderosa que lo estrecha sin cesar. El matrimonio de los sacerdotes les da hijos que no podrían colocarlos ventajosamente, si no viviesen bajo las leyes de un príncipe de su misma religión... Los religiosos se comunican entre sí; ellos forman una vasta red que cubre todo el suelo. El trono de los Czares ha hallado, pues, en ellos, en sus empresas guerreras, una milicia sagrada que le había preparado de antemano la adhesión general. Los conventos forman, en los países aun no sometidos por las armas moscovitas, una especie de puestos avanzados que hacen la conquista fácil antes de tentarla; y que la hacen segura cuando ella se ha ejecutado. Y como esta milicia adicta al trono ocupe aun toda la Turquía de Europa y de Asía, se comprende que hay aquí una fuerza oculta que puede dominar los consejos más desinteresados del gabinete de Petersbourg... ¿Cómo calcular el apoyo que prometen tales auxiliares, los consejos que prodigan y las empresas á que ellos se abandonan?...

»El gobierno ruso reune, pues, á todas estas ventajas el extraño destino de ver, en los países que le están contiguos, la Hungría, la Servia, la Rumelia, la Grecia, el Asia Menor, la Asiria, una capa espesa de 15 á 20 millones de hombres que, casi todos griegos de religión y slavos de origen, tienen la misma fe, igual sangre y genio que sus pueblos; y que por la mayor parte saludarían como el día de su libertad, aquel en que el águila de los Czares fuera colocada en sus campanarios. Esta águila puede llegar á la Croacia y al istmo de Suez antes de presentarse á las creencias, antes de ser verdaderamente en estado de conquista. Ciertamente hay en todas estas consideraciones que hemos hecho, materia para la meditación de los pueblos y de los gabinetes.

»Vengamos ya á Constantinopla, cuya conquista, nos dicen, arruinará el imperio ruso. Pero hay una imprudencia rara en olvidar que Constantinopla tiene dos avenidas; que en el mar Negro hay dos costas; que se puede llegar al Bósforo por dos caminos; que Erivan es tan cerca de Scutari, como Jassi ú Odessa. Es el imperio de Trebizonda que los rusos pensarían primeramente restablecerlo, y no el de Bizancio. Así que es una insensatez presumir que el imperio ruso no puede absorber nuevos reinos sin perecer. Cada época tiene su axioma, con el cual se pierden los Estados; tal es el que han acreditado la preocupación, la ligereza, el miedo. Pero los romanos, contando desde los Scipiones, es decir, por el espacio 500 años (¿lo entendéis? ¡500 años!) reinaron tranquilamente en todo el mundo civilizado... ¡No, no! El adagio que causa nuestra seguridad no puede defenderse á presencia de la historia, ni del buen sentido. Hay en los grandes imperios una tal virtud, cierta cosa muy coercitiva, un poder de cohesión tan grande, que Roma, aun siendo República, conservó la sumisión del mundo en medio de las guerras domésticas, de sus cónsules y de sus legiones de Sila, de Pompeyo, de los Triumviros. Es que los gérmenes de muerte quedan todos sofocados en el seno de una nación que está en progreso de poder, de prosperidad, y si se puede hablar así, en progreso de vida. Las naciones conquistadoras jamás han perecido, sino muchos siglos después de haber cesado de conquistar...

»Sin duda, el Gobierno ruso puede padecer borrascas, como cualquiera otro. Pueden presentarse sucesivamente una revo-

lución militar, una conmoción aristocrática, una servil. Mas, lejos de romper el lazo nacional, todas tres darán engrandecimiento al príncipe, una acción nueva; porque la conquista, que quizá muchas veces no ha sido más que un accidente, llegará entonces á ser un cálculo, una pasión... Es menester, pues, renunciar esta especulación pusilánime ó atolondrada, sobre la imposibilidad de engrandecerse la Rusia sin disolverse. Sea atolondramiento ó pusilanimidad, el sofisma no es digno de la Europa...»

EXTRACTO DEL DISCURSO DE LORD DUDLEY STUART, PRONUNCIADO EN LA CÁMARA DE LOS COMUNES (AÑO 1836)

«La distancia de la capital de Rusia á los confines del territorio ruso que lindan con la Persia, y la de estos confines á nuestras posesiones de la India, es la misma. Al norte de Rusia, se extiende hasta 30 millas de la costa occidental de la Noruega, cuyos numerosos puertos son naturalmente seguros, y jamás se cierran por los hielos: la distancia á las costas de Escocia es la misma que la de Lisboa á Londres, que en barcos de vapor se recorre ahora en cuatro ó cinco días. Por otra parte, está la Prusia á 70 millas de Stokolmo. Tiene abiertas las fronteras de la Prusia, y cruzando el Danubio está más cerca de París, que de Moscou. ¿Y su población? Catalina reinó sobre una población de 22 millones, Alejandro de 36, y Nicolás reina actualmente en Europa sobre una población de 54 millones, sin contar con sus vastas posesiones en el Asia. Su ejército asciende á setecientos mil hombres, y su marina pasa ya de 60 navíos de guerra, sin contar con las fragatas... Es una población enteramente adicta al soberano que tiene el cetro, todos fijan su vista en él, lo temen y lo respetan como á jefe de su raza, y cabeza de la Iglesia, hallándose ligados á él por los lazos que inspiran la raza, la lengua y la fe... La idea de la superioridad de su país es muy prevalente entre los rusos; así es que hablan con entusiasmo sobre esta materia, manifestando un ardiente deseo de ver aumentado el imperio y de dominar el mundo entero...»

«Si se recorre la historia se hallará que desde que la Rusia cobró alguna importancia, la política de los que allí han go-

bernado siempre ha tenido por objeto el engrandecimiento. Hace muy poco que la Rusia ha adquirido esta importancia... Aquí tengo en mi mano una lista de las adquisiciones de Rusia desde principios del siglo pasado. En 1721 se apoderó del territorio donde está situado al presente San-Petersburgo, y poco despues se posesionó de Livonia, Ingria y otras provincias fronterizas. En 1724 adquirió la pequeña Tartaria, y se reconoció la independencia de la Crimea; y en 1725 tomó posesión de ella. En 1792 se apoderó con poca ceremonia de Odessa. En 1793 se efectuó la segunda repartición de Polonia, y se apropió una gran parte de la Lituania. En 1795 le tocaron algunas provincias más de Polonia, y el resto de la Lituania, á lo que poco después se agregó la Georgia, y en 1809 la Finlandia y el Lapland. En 1812 extendió su brazo sobre la Besarabia, y en 1814 privó á la Persia de todas las provincias situadas al sur del Cáucaso. No contenta con estas inmensas adquisiciones, todos los años fué extendiéndose, hasta que en 1815 sus dominios confinaban ya con el mar del Norte; pero en 1828 se extendieron hasta más allá del Araxes. Por el tratado de Andrinópolis de 1829 adquirió un territorio de 200 millas á lo largo del mar Negro. En 1832 convirtió la constitución y reino de Polonia en una provincia rusa... En 1834 consiguió un aumento considerable de territorio á sus posesiones asiáticas, que le han dado el mando sobre el paso de los Dardanelos... Considérese ahora las diferentes posesiones de la Rusia en 1815, cuando se ajustaron los negocios de Europa. La Francia renunció la Italia; la Bélgica cedió los límites del Rhin; la Inglaterra restituyó á Java, Pondichery y Borbon, sin contar con una gran porción de las islas en las Antillas; pero ¿qué cedió la Rusia? Nada; al contrario, adquirió la Polonia, bajo ciertas condiciones que ha violado... Examinando, pues, detenidamente estos hechos y comparando el estado actual de Rusia con lo que era en 1815, ¿se podrá decir que aun existe en Europa la balanza en el poder? En mi concepto está enteramente destruído... No cabe pues duda que el Gabinete de San-Petersbourg aspira al dominio universal en Europa...»

A vista de unos testimonios tan irrefragables, ¿qué recurso queda á la Europa? El que están indicando la Religión y la

razón. Volver al punto de donde partieron; hacer un cuerpo con los católicos, bajo el Vicario de Jesucristo, como se unieron los judíos religiosos á la familia de los macabeos, para evitar los golpes de los reyes de Siria. Mas ¡ay! ¿quién escuchará mis débiles palabras, cuando han cerrado los oídos á los clamores más imperiosos? Bossuet con su voz de trueno anunció á los protestantes el estado en que se hallan; es decir, que sus errores los precipitarían en el deísmo y ateísmo; ó más bien, en la mayor corrupción. Bergier, La Mennais, Maistre, Bonald, Chateaubriand, y otros mil, han hecho ver la misma verdad, é indicado el remedio. Pero lejos de sacar el fruto que debía esperarse, sólo han podido repetir esta sentidísima queja de un profeta: *Curavimus Babilonem, et non est sanata.*

LA AMÉRICA

Muchos esfuerzos hace la América por colocarse al nivel de los pueblos del antiguo continente; no obstante, faltan los elementos más necesarios; luces y población. Estas muchas veces no son la obra del genio, sino de la casualidad. El Occidente de Europa se ilustró con la toma de Constantinopla por Mahomet II; centenares de literatos emigrados del Oriente, huyendo del alfanje otomano, trajeron consigo la lengua de Homero y las bellezas de Platón y Demóstenes. La India fué la cuna de los conocimientos de los egipcios, y éstos transmitieron á la Grecia, de donde pasaron á Roma. Tenemos un hecho reciente que prueba mejor. Cuando Junot se apoderó de Lisboa, emigró la familia real á la capital del Brasil, y por esta casualidad se hallaron en Río Janeiro muchos sabios y excelentes artistas; de suerte que aquella sección de América es la más adelantada en las ciencias y artes.

La populación de un país, dicen, se debe más bien á las introducciones de nuevas familias, que al aumento de los aborígenes. Los Estados-Unidos en 1783 apenas contaban dos millones de habitantes, y ahora pasan de 14 millones. Justamente Tocqueville ha calculado para el año de 1900 un incremento de 100 millones, por la continua introducción de extranjeros. Ya

se ve que todo esto no promete una población constantemente numerosa y selecta, en que estriba la felicidád de las naciones. La introducción de extranjeros, cuando más, da un aumento precario; pero no la causa fecunda, que sólo se encuentra en el seno de la Religión. Así se ha visto que los países siempre poblados sólo han sido aquellos en que el verdadero culto no ha padecido alteración. La heterodoxia es estéril en lo físico, en lo moral y en lo político. Por esto se vale de medios facticios para el incremento de su población y para todo. La naturaleza no conoce otro medio que la bendición de su Criador, inherente á la santidad del matrimonio: *bendición que hace crecer y multiplicar y llenar la tierra.* Si todos conociesen esta verdad, no propondrían, para poblar nuestro continente, la tolerancia de sectas, que lejos de fijar el principio propagativo de la especie humana, es germen de su destrucción. Sin embargo, la grande populación momentánea de la América está reservada para el tiempo de la expedición del Norte sobre el Mediodía de Europa. Entonces emigrarán los sabios, los literatos, los artistas, los hombres industriosos, en una palabra, innumerables familias á estos países, que serán los únicos qus se sustraerán del influjo de la Rusia. La América será para los europeos lo que fué Cartago para los de Tyro en la invasión de Nabucodonosor. Hé aquí el tiempo que ella debe esperar. Su comercio, su industria agrícola, su ciencia, la elevarán á un grado quizá superior á lo que hasta ahora se ha visto en el otro hemisferio. Con los elementos indicados todo es fácil, mientras que al presente estamos luchando con teorías, ó por mejor decir, disparates.

Pero objetará alguno: si la guerra de la Rusia es un hecho, como se pretende, ¿quién garantirá la libertad é independencia de nuestros pueblos? Un conquistador tan poderoso y tan lleno de ambición, ¿se detendrá al pie de las columnas de Hércules? ¿Para él estará escrito el *non plus ultra?* ¿No vemos que la Rusia tiene ya colonias en el norte de América? Esto, y mucho más dirán; porque el hacer argumentos es cosa muy fácil, y el más tonto es el más á propósito. Sin embargo, me parece que nuestro hemisferio será siempre libre de aquella guerra extranjera. Lo primero porque estamos rodeados de un inmenso mar que nos separa de Europa. Una invasión en nuestras costas necesita de una armada respetable, la cual no es fácil que la Ru-

sia, en medio de tantas atenciones, pueda realizarla. Lo segundo, aun concediento esto, será siempre inferior á la que entonces tendrá la América. Porque ó la Inglaterra se sujetará á la Rusia, ó no. Si lo primero, toda su gran fuerza naval vendrá hasta nuestras costas. Si lo segundo, el ruso tendrá en el otro continente un enemigo terrible en pie, que frustrará sus proyectos, así como frustró los planes del duque de Angulema, quien tuvo que repasar los Pirineos con sus cien mil hombres. Debemos añadir á esto los bajeles de los Estados-Unidos, los que tendrán los demás pueblos de la América, y en fin, los que vendrán de otros reinos, huyendo del enemigo común. ¿Si habrá nación que ose arrostrar una fuerza como la que se ha propuesto? Con este motivo no puedo menos que desear ardientemente que nuestros gobiernos no pensaran en otra cosa que en hacerse poderosos en el mar, y reducir cuanto fuere posible sus ejércitos. Pero la necesidad los impelerá algún día á lo que ahora no permiten sus mezquinas ambiciones.

En cuanto á que la Rusia tiene puesto un pie en América, es cosa insignificante. ¿Quién creerá que sus ejércitos atraviesen los desiertos de la Siberia para pasar por el estrecho de Beheringh, llegar á sus colonias, é invadir desde allí el resto de la América? Más fácil es que los americanos se apoderen de las colonias rusas, que éstas de los Estados del Sur.

También debemos reflexionar que la América está en su período de incremento; que ella aun no tiene aquellos vicios ilustrados que anuncian la total ruina de las naciones; y por tanto, hablando humanamente, debe esperar su vejez, como todos los Estados que se han formado en nuestro globo. Así que llegará hasta el siglo XX llena de grandeza (1), y también de vicios

(1) Esta grandeza será el origen de mil disensiones intestinas, como sucede en todos los Estados opulentos. Es probable que los Estados Unidos absorberán Méjico, Guatemala y las Antillas. La vergonzosa expedición contra Tejas no deja esperanza para otra cosa. Además el espíritu de conquista es tan natural en las naciones, como el instinto de engrandecimiento en los individuos: nadie quiere ser inferior á otro. «Un esclavo en cadenas, dice Bodin, cree no desear otra cosa que sacudir su peso; si se desprende de él, desea su libertad; libre, quiere ser ciudadano; ciudadano, solicita ser magistrado; no contento con esto, aspira á los primeros empleos; si los consigue, pretende ser soberano.» Esas grandes palabras de *desinterés*, de *filantropía*, etc., ó son mentiras, ó nacen del *quietismo político*, tan quimérico como el teológico.

que son inherentes á ella. La Religión sufrirá los mismos ataques que en Europa, según el progreso que va haciendo la impiedad. No habrá sino ateístas; y sus obras pedirán el rayo del cielo (1). ¿Será el año de dos mil esta época fatal que debe experimentar el género humano, como dicen algunos escritores eclesiásticos? Aquí se agotan mis conjeturas, y se cae la pluma. Escrito está: *non est vestrum nosse tempora, vel momenta, quæ pater possuit in sua potestate.* (Act. cap. I, v. 7).

En cuanto á la América meridional, no se necesita mucha política para prever cuál será la nación que se apoderará al menos de muchos Estados. Pero al fin todo el continente vendrá á refundirse en los Estados Unidos. La prueba es sencilla. Hay aquí dos razas dominantes, y ambas rivales: á saber: la raza anglo-americana y la hispano-americana. La una precisamente debe sojuzgar la otra; porque no hay equilibrio entre el Norte y el Sur. Sabemos la prepotencia de los Estados de la Unión, y su conato por ensanchar los límites desde la época de su existencia política. Compárese el territorio de 1783 con el de 1839: ¡qué aumento tan prodigioso! Muy pocos conocen la fuerza expansiva del principio democrático que allí se ha adoptado. Tocqueville ha hecho un cálculo bastante aproximativo. Así que llegará día en que el humilde aspecto del Alleghani les cause tedio, y les obligue á buscar la majestuosa perspectiva de los Andes. En fin, los estados del Norte serán la Rusia de América.

(1) Nuestra ruina debe venir con más rapidez que la de Europa, porque ésta ha pasado del protestantismo á la incredulidad en el espacio de tres siglos. Nosotros nos encontramos con la obra acabada, ó por mejor decir, con el deísmo y ateísmo en la puerta. De aquí ese empeño en propagar la lectura de libros impíos; ese odio contra el clero, etc. Pero los que se llevan la mayor parte, son los infelices religiosos; arrojados de sus conventos, privados de sus rentas, tratados todos como unos criminales... presentan el mismo espectáculo que en Europa. El duque de la Rochefoucauld gritaba en la tribuna, pidiendo la extinción de los Cuerpos regulares. Le dieron gusto, y poco después el filósofo Robespierre, en premio de sus peticiones *filantrópicas*, lo mandó coser á puñaladas en los brazos de su esposa. Así se despedazan los tigres después de haber devorado su víctima. ¡Digno castigo del cielo! No, responden los libertinos. ¿Y por qué no? ¿Acaso no dice Dios, casi en cada página de la Escritura, que ayudará al pobre y desvalido, que escuchará sus ruegos, y que hará justicia contra sus perseguidores? ¡Eh! ¿No hay providencia que vele sobre los crímenes de los hombres?...

REVISTA EUROPEA Y AMERICANA



REVISTA EUROPEA Y AMERICANA

I

En el artículo *Cuestión de Oriente* anunció que *por ahora* no había cosa mayor en la guerra de la Rusia, y que la catástrofe de Europa estaba reservada al segundo ó tercer suceso de Nicolás. ¿Y cuál fué mi fundamento? Luego que ví que los rusos se reducían á guardar sus castillos en el mar Negro, era una consecuencia necesaria que la actitud debía ser puramente defensiva, habiendo sido antes ofensiva, no sólo contra el imperio otomano, sino también contra toda la Europa occidental. Si lejos de concentrar todas sus fuerzas imponentes dentro de su imperio, las hubiesen diseminado en toda la Turquía, la guerra habría llegado á ser continental; habrían tenido la cooperación de los griegos, que no esperaban más que el apoyo de los ejércitos rusos para levantarse en masa. Entonces los ejércitos aliados no habrían tenido bastantes fuerzas para sofocar la insurrección griega y combatir al mismo tiempo con los ejércitos rusos. Estos, pues, cometieron una falta, ó más bien, fueron

detenidos por la Providencia, que dispone de la suerte de las naciones con arreglo á sus altos designios. En fin, el suceso de Sebastopol, lejos de extinguir la esperanza de los rusos con respecto á sus conquistas, les ha servido de lección para sus ideas ulteriores. La Europa está siempre amenazada por la Rusia, y ésta no espera más que el momento de una discordia entre las grandes potencias, principalmente entre la Inglaterra y la Francia. Veamos cuál es en la actualidad el estado de éstas.

La Francia está perpetuamente revolucionada, como decía Blakwod en uno de los artículos de la *Revista de Edimburgo*; por manera que su rey, emperador ó presidente, es electivo, como se ha visto en estos últimos tiempos. Si Napoleón III piensa que tendrá un sucesor de su dinastía, se equivoca. Su reinado no es más que una *tregua*, como dice el conde de Montalembert. El mismo Napoleón I, con todo su prestigio, dudaba de su sucesión, y solía decir: *Yo quisiera ser mi nieto*, dando á entender que este transcurso podía afianzar su trono. Cuando los habitantes de Montpeller quisieron erigir una estatua á Carlos Bonaparte, rechazó con firmeza esta oferta, diciendo que no quería ver abatida la estatua de su padre, cuando ni las suyas estaban seguras. Napoleón tuvo un presentimiento de lo que había de suceder: este es un efecto del buen sentido. ¿Quién sabe lo que le sucederá á la Francia después de Napoleón III? ¿Habrá otra restauración con Enrique V, como hubo con Luís XVIII, después de Napoleón I? ¿Influirá la Inglaterra en estas peripecias para tener siempre aliada á la Francia? ¿Quién garantiza una cordial amistad entre estas naciones que se miran con rivalidad? Todo esto, lo que quiere decir es que servirá á la Rusia como una nación favorable para llevar adelante sus proyectos.

Un misterio ocupa á la prensa europea, y es la entrevista de Napoleón III con Victoria en Osborne, y la de este mismo en Stuttgard con Alejandro II. ¿En la primera convinieron que tendría lugar la segunda? Si no, la suspicacia del gobierno inglés no mirara sin recelos el suceso de Stuttgard. Hé aquí una materia para amplios comentarios. ¿Será creible que Alejandro quiera coligarse con la Francia y la Inglaterra para dividirse la Turquía? Semejante proyecto no traería ventajas á ninguna de las tres potencias, según los tratados de París. Pasemos á la Inglaterra.

Lord Palmerston, interpelado por la Cámara de los comunes, que por qué no empleaba el Gobierno los buques de guerra para transportar soldados y elementos de guerra á la India, contestó que el *estado actual de Europa* no lo permitía. ¿Cuál puede ser este estado actual de Europa? ¿No están en paz, al parecer, las potencias continentales? ¡Qué! ¿En Osborne no se trató de la paz de Europa? ¿Ó se separaron los soberanos disgustados de su alianza? En conclusión; todo esto quiere decir que ni la Inglaterra ni la Francia se creen muy seguras. Otra cosa de gran consideración hay con respecto á la Inglaterra, y es la guerra de la India.. Los periódicos nos la pintan con los colores más fuertes y desagradables. Probable es que la Inglaterra reconquiste el país inmenso que ocupan los insurrectos. Pero ¿esto se hará dentro de muy poco tiempo y sin grandes sacrificios de dinero y de tropas? Aun cuando la Inglaterra reconquistara la India, quedaría debilitada y con nuevos compromisos para conservar los reinos reconquistados. Hé aquí una posición favorable á la política de la Rusia.

Napoleón I, cuando se coligó con Paulo I para destruir el comercio inglés, y por consiguiente su poderío, el tratado se redujo á que el monarca ruso enviaría por tierra sus ejércitos, y la Francia su armada, para acometer por mar y tierra las posesiones inglesas. Paulo I murió repentinamente, dicen que envenenado, y fracasó el proyecto que probablemente habría sido funesto á la Inglaterra. ¿Se habrá olvidado Alejandro II de este pasaje tan reciente? Opinen otros como quieran, la posición de la Inglaterra, en las circunstancias presentes, es azarosa y necesita, para salir de ella, de grandes esfuerzos.

Otra potencia de primer orden hay en Europa, y es el imperio de Austria. Este imperio me parece á la estatua de Nabucodonosor, que tenía la cabeza de oro, el pecho de plata, las piernas de hierro y los pies de barro. El choque de cualquier cuerpo débil podía abatir tanta brillantez superior. Los hechos lo comprueban. Cuando Meternich, dice el conde de Montalembert, creía muy bien afianzado su gobierno, unos cuantos estudiantes y judíos han hecho la revolución que destronó al padre de Francisco José. Fué un prodigio, ó lo que vulgarmente se llama casualidad, el que éste se sostuviera en el trono paterno.

La revolución de Hungría es otra prueba de la debilidad de Austria. Viena estaba en vísperas de caer en poder de los ma-

giares; y sin remedio habría sucedido esto, si Nicolás no hubiese tomado una parte activa en sofocar la revolución húngara. Los ejércitos del Czar salvaron el imperio austríaco. ¿Y con esto se creerá que es para la Rusia un enemigo formidable este coloso con pies de barro? La suerte de Austria *me fait pitié*, como dicen los franceses.

Kossuth tiene esperanza de volver á su presidencia, y con razón, atendidas las circunstancias que le derribaron. Su fe política en esta parte es invariable: la víspera de su caída decía á los habitantes de Viena: «Antigua capital del Occidente, han pasado ya para tí los días de infortunio; la primavera de la libertad se aproxima; teje coronas para tus libertadores, los magiares y poloneses; tu incorporación á la Alemania va á realizarse ya. ¡Vivan la Alemania, la Hungría y la Polonia!»

La Prusia, que es otra potencia considerable en Europa, no merece ningún aprecio con respecto á la política actual. Su soberano tiene relaciones íntimas de familia con la dinastía reinante de Rusia. Federico Guillermo y sus descendientes se conducirán con los Czares, como últimamente se ha visto en el negocio de Sebastopol. Más claro; la Prusia prefiere el triunfo de la Rusia al de las potencias occidentales.

Suecia, Dinamarca, Holanda, Bélgica, España, Portugal, Nápoles, son potencias de segundo orden que apenas se sostienen contra los ataques interiores que diariamente pululan. El rey de Cerdeña, que quiso hacer un papel importante tomando parte en la guerra de Oriente, no tuvo otra idea que apoderarse de la Italia con el apoyo de las grandes potencias aliadas. El tratado de París le desengañó, y ha vuelto á su lugar insignificante.

En suma: la Europa está muy trabajada por sus doctrinas revolucionarias. Los demagogos no se acomodan con ningún gobierno actual; los soberanos cada día pierden su prestigio, ó ellos mismos, por sostenerse en sus tronos, se degradan. ¿Cuál es la fuerza que pueda contener tanto desorden? Los hombres de Estado se hallan como Arquímedes, que tenía su palanca, pero no un punto de apoyo para mover el globo terráqueo. Para unos, el *punto de apoyo* es la Religión. Pero la opinión de la mayoría tiende á una especie de paganismo, no con Júpiter y Marte, sino divinizando el *yo*. Para otros, el *punto de apoyo* es la libertad en todo: libertad de cultos, libertad de concien-

cia, libertad de imprenta, etc., que se puede reducir á tres: libertad civil, libertad moral y libertad religiosa. Entre tanto, la Rusia, con su *fe ortodoxa*, con su despotismo, con su orgullo nacional y su incansable deseo de conquistas, se halla observando que el fruto del *liberalismo* llegue á su estado de perfecta madurez, para saborearlo á su gusto.

II

Después de haber observado ligeramente la Europa, vengamos á la América, que se halla casi en la misma posición que aquélla. Las mismas doctrinas, las mísmas tendencias á un porvenir funesto, los mismos motivos de temor reinan en ambos hemisferios. Véase á Méjico destrozado por la anarquía desde tiempos atrás, sin prestigio, sin honor nacional, sin la integridad de su territorio. ¿Qué será Méjico en adelante? Una parte de los Estados-Unidos: este es un hecho. Lo propio se puede decir de Centro-América, cuyos Estados forman un todo tan ridículo como los bonetes del sastre de Sancho Panza. Si muere Valker, no faltará otro que venga á reemplazarle. Cuba y todas las Antillas tienen una tendencia á los Estados de la Unión, como el fruto que no espera más que su madurez para descender al pie del árbol: esta es una cuestión de tiempo, y nada más. Nueva-Granada y Venezuela duermen al borde del precipicio. Quiero decir, que Venezuela tiene su mezcla de despotismo y de liberalismo. Este estado ¿no es mortal?

Un buen soldado y mal hombre, Paez, detuvo la marcha progresiva de Venezuela: su funesto ejemplo ha tenido imitadores en los que le han sucedido en el Gobierno. Paez se hizo odioso por la violenta proscripción del arzobispo Méndez, y ha tenido que experimentar él mismo una pena que había aplicado sin justicia y sin razón: tal es la conducta de la Providencia.

Nueva-Granada tiende al ultra-liberalismo ó romanticismo. Esta idea es halagüeña: pero ¿consiste en ella la vida de las naciones?

El Ecuador es una república original. Tiene dos clases de límites, una de hecho y otra de derecho. La primera es el Carchi por el Norte, y el Macará por el Sur. La segunda, Pasto y la provincia de Jaén con Tumbes, por el derecho de *uti possidetis* que han observado en América para las demarcaciones de límites. El gobierno ecuatoriano ha seguido hasta ahora una política falsa con respecto á esta cuestión. Debía haber reclamado con energía la resolución; y si no era posible con la fuerza, haber vendido ó cedido de una vez aquellos territorios (del mal el menos), cuya posesión no hace otra cosa que causar rivalidades. ¿Quién ignora que entre el acreedor y el deudor no puede haber sincera amistad si se dilata la solución? No se pueden atribuir á otra cosa esas cuestiones que á cada paso han suscitado los granadinos y peruanos. Y ahora mismo, ¿cuántas promesas no les habrá hecho Flores?

Así es que, tanto el Ecuador como las repúblicas limitáneas, se hallan en un estado de ansiedad respecto de unos puntos tan interesantes. Con relación á los límites del Brasil, es más fácil la transacción, y ésta también debe practicarse para que no le suceda al Ecuador lo que á los terrenos que, por falta de un dique, son inundados y destruídos.

Nuestra república tiene un puerto magnífico, y por él nada de lo interior se exporta al Extranjero. Esto me trae á la memoria la imagen de Horacio en la primera página de su *Arte poética*: *mulier formosa superne... desinit in atrum piscem...* Algún día quizá exportarán sus frutos industriales: esperemos. La esperanza, dice un filósofo, es el soberano bálsamo del corazón humano.

Hace más de medio siglo que Caldas nos visitó, y véase cómo se expresa sobre nuestros conocimientos: «Un prodigioso número de doctores de toda edad, clase y condición, reunidos bajo un rector que ellos mismos se eligen, constituyen la Universidad de Quito. Si exceptuamos un corto número de aquéllos, que, poco satisfechos con los conocimientos de los colegios de su patria, se han formado en silencio, los demás no tienen sino el nombre de doctores. Una condescendencia sin límites de los examinadores inspira á los jóvenes el deseo de un título que, al mismo tiempo que les condecora, no exige conocimientos. No hay memoria, en los anales de este cuerpo, de una sola reprobación en el número incalculable de sus doctores. ¿Quito

será ese país privilegiado y único en que se desmienta el proverbio vulgar: *non omnes doctores?»* (No es *proverbio vulgar*, sino sentencia de san Pablo). ¿Se ha reformado este abuso? Si no, esto basta para arruinarnos.

Una de las causas que han retardado el progreso del Ecuador, es haber formado parte de la antigua Colombia. Esta república, por su vasta extensión, por el difícil recurso á la capital, por los intereses opuestos de cada departamento, etc., no podía sostenerse bajo la unidad; fué precisa la separación que exigía la naturaleza de sus partes constituyentes. Así es como al Ecuador, que nada había adelantado, formando una parte de Colombia, le tocaron solamente los males de una administración viciosa y de una soldadesca inmoral.

La sensatez del pueblo ecuatoriano ha rechazado siempre las teorías exageradas en política y en religión; y por esto no ha padecido tanto como las otras secciones de América. Se levantaba una borrasca temible durante la administración de Flores, pero el *seis de Marzo* la extinguió. Algunas pequeñas disensiones no han alterado su cohesión moral y política, si me es permitido usar de esta frase. ¡Ojalá que en adelante se conduzcan los ecuatorianos con esta misma circunspección!

El Perú tiene más elementos monárquicos que republicanos. Ahora no es más que un bello mármol del cual se puede hacer una hermosa estatua; pero falta el artífice. Hablando sin rodeos, el Perú no tiene un hombre de Estado, ó al menos, si los hay, estarán casi próximos á sufrir la suerte de Catón por los triunfos de César. Algún ateísta político podrá persuadirse de que el Perú progresará por casualidad, como los filósofos ateos creen que la maravillosa estructora del universo se debe á la combinación casual de los átomos.

Bolivia va por el mismo carril que el Perú. No hay más diferencia que la que se observa entre lo *alto* y lo *bajo*.

Chile progresa, pero como las plantas tropicales en los invernáculos de Europa; es decir, á fuerza del arte. Además, Chile tiene un principio disolvente como todas las repúblicas hispano-americanas: el espíritu revolucionario. El actual gobierno lo comprime. Pero esta compresión ¿cuánto tiempo durará?

En la República Argentina hay patriotismo, y esta virtud es como la blancura en la especie humana, que, según dicen vul-

garmente, *tapa siete defectos.* Bien pueden los argentinos cometer muchas faltas, como otras veces, pero el patriotismo será entre ellos lo que fué entre los romanos: las disensiones civiles de éstos no impidieron ese asombroso progreso que nos refiere la historia.

El patriotismo de los argentinos ha llevado la independencia desde el Plata hasta el Rimac; y desde el Rimac hasta el Pichincha, en el ejército aliado de Sucre se hallaron muchos valientes argentinos. Es muy sabido el ardor patriótico con que rechazaron la expedición inglesa, aun en tiempo del gobierno español.

Buenos-Aires, en particnlar, es llamado á un porvenir muy halagüeño; esta es una consecuencia de todas las ciudades marítimas. El comercio, la literatura y ciencias hacen su domicilio en estos lugares privilegiados, como nos lo enseña la experiencia de todos los siglos.

El Paraguay ha pasado de las manos de Francia á las de López, y tal vez do las manos de éste pasará á las de su hijo. Pero, aun cuando no suceda esto, es cierto que la tiranía es como esos tintes falsos que los destruye el agua; pero siempre queda manchada la tela.

El Brasil comenzó á figurar con Pedro I como la Rusia con otro de este nombre. Ambos imperios tienen un vasto territorio; y si el Brasil tuviera la población del imperio ruso, pretendería dominar la América, como la Rusia tiene sus pretensiones sobre Europa. Fácil es prever la suerte del Brasil: luego que se difundan en él las luces y su inmenso territorio sea poblado, se formarán muchos Estados independientes. La forma de gobierno del Brasil no puede sostenerse en la América democrática, ó todas las repúblicas americanas deben convertirse en imperios; lo cual es muy difícil.

He dicho al principio de este artículo, que la América española se halla casi en la misma posición que Europa. Esta teme los conatos de la Rusia; la América española los de los Estados-Unidos. La tendencia de éstos no es un misterio; se habla y se escribe con toda claridad. Hay una oposición marcada entre la raza latina y la anglo-sajona. Parece que ésta ha pronunciado contra la primera aquella terrible sentencia de Catón: *Delenda est Carthago.* Mucho antes que se hablara de esta cuestión, ya la anuncié yo en mi opúsculo intitulado *Bosquejo de la Europa*

y de la América. Lo cierto es que los anglo-americanos miran con el último desprecio á los hispano-americanos. Un diputado del Congreso de la Unión, hablando de las razas que pueblan la América, decía: «Nosotros somos anglo-sajono-americanos, y ellos morisco-hispano-americanos.» Nada diré de las ventajas reales que ellos tienen sobre nosotros.

Estas y otras consideraciones han obligado á nuestros políticos á proponer una confederación de todas las repúblicas hispano-americanas contra las ideas de los Estados-Unidos. El año pasado, 8 de Noviembre, se reunieron en Washington los enviados extraordinarios y ministros plenipotenciarios de la Nueva Granada, de las repúblicas de Guatemala y del Salvador, de la república Mejicana, de la república del Perú, de las repúblicas de Costa-Rica y de Venezuela, Yrisarri, Herrán, Manuel Robles, Osma, Luís Molina, Florencio Rivas, para proponer, á nombre de sus gobiernos, un Congreso de plenipotenciarios á fin de que garanticen todas las repúblicas, unas á otras, su independencia y soberanía; pero este proyecto, firmado por dichos representantes, se parece á la *paz perpetua* del abate de Saint-Pierre; es decir, inverificable. El Cardenal de Fleury, á quien el citado abate presentó su proyecto, le dijo: «Os habéis olvidado poner por artículo preliminar el viaje de una tropa de misioneros para disponer el corazón y el espíritu de los príncipes.» Tal vez en Hispano-América no sería suficiente este artículo preliminar, porque nuestros hombres de Estado, ó de estrado, no creen en misiones. Sea lo que fuere, muchos políticos americanos se han burlado del proyecto firmado en Washington. Oigamos á un escritor de Valparaíso, que, con fecha 17 de Marzo del presente año, dice lo siguiente:

«El pensamiento de estrechar los vínculos que ligan á estos países, de manera que puedan oponer una barrera poderosa á los conatos invasores de que se ven amenazados, parece que fermenta en todos los cerebros y que se trata de darle consistencia en presencia del peligro que queremos conjurar. Por nuestra parte, hemos proclamado este principio cuantas veces hemos tenido oportunidad de dirigirnos á nuestros hermanos de este hermoso continente, pero nos hemos guardado de abrigar las ilusiones de los que creen realizable, posible siquiera, la organización de una gran Confederación de estas repúblicas, desparramadas en tan inmensa extensión de territorio, tan ais

ladas las unas de las otras por mares, por desiertos y por moles colosales que interceptan toda comunicación, y sin haber cuidado antes de conservar entre sí poderosas relaciones de interés que hiciesen á las unas solidarias de las otras, en su contacto diario con las demás naciones. Esta es una quimera que no merece la pena de ser discutida, y que sólo puede disculpar el buen deseo de llegar á un fin que casi siempre nos ofusca cuando no se ha tomado el trabajo de examinar detenidamente los medios que á él deben conducirnos.

»Pero los obstáculos materiales, grandes é invencibles como lo son y como lo serán durante muchos años aún, no son, con todo, los únicos que contribuyen al aislamiento en que vivimos; tenemos á la vista obstáculos morales que todavía hacen más ilusorio el pensamiento de la gran Confederación: la desorganización permanente de la mayor parte de los gobiernos de esta bella porción de la América ha sido y es en la actualidad el primer estorbo á todo proyecto que tienda á hacernos fuertes por medio de la unión. Veamos lo que pasa á nuestro alrededor.

»El Gobierno de Venezuela sólo se ocupa en avasallar á la nación que lo rechaza, empeñándose en imponerle una constitución vigorosa, presidencia de diez años, ejército numeroso, etc.

»La Nueva-Granada marcha por el rumbo opuesto, y ha asumido en nuestra Amér ica el papel de heraldo de la libertad y de la democracia; por consiguiente, si los pueblos de aquellos dos países se ven atraídos por los lazos de la simpatía, sus gobiernos se toleran, pero no tienen mucho interés en estrechar sus relaciones.

»El Ecuador está tan postrado en sus recursos, y tan débil en su organización interior, que apenas ha tenido tiempo durante más de doce años para hacer frente á la fantasma de Flores, la cual ha explotado un partido para conservarse en el poder, apelando á veces hasta al elemento norte-americano para prolongar su dominación. Ese mismo pretexto ó temor le ha hecho suspender sus relaciones con el Gobierno del Perú, existiendo entre ambos países rencores inveterados, nada propicios para estrechar los vínculos de fraternidad que debieran unirlos. Tiene, además, con la Nueva-Granada pretensiones opuestas en punto á territorio, y no están muy acordes en principios políticos.

»Del Perú nada diremos: su estado de revolución casi permanente no le permite prestar á las relaciones exteriores la atención que demandan; y la frecuencia con que cambian sus gobiernos no es la mejor prenda para contar con que los convenios y compromisos contraídos hoy, no serán alterados ó desechados por otro partido que triunfe mañana. Sabido es que en nuestra América, los partidos que se reaccionan tienen, como punto de honor, que desbaratar y anular cuanto hizo su antecesor, siendo esta una de las causas del poco crédito de que gozan en el exterior algunos de nuestros pueblos. Por otra parte, mantienen en Bolivia opuestas pretensiones de territorio, graves cuestiones sobre arreglo de moneda, antipatías profundas, fruto de las guerras en que se han visto empeñados, y amigos casi constantes de hostilizarse como enemigos, en vez de protegerse como hermanos. No mencionaremos las antipatías populares que allí existen contra Chile, porque éstas van desapareciendo y desaparecerán al fin por falta de fundamento que las reanime.

»La América Central ha vivido hastaa hora en perpetua guerra civil: los cinco Estados que la ocupan estuvieron un tiempo federados, pero se dividieron luego para hacerse cruda guerra, apenas aplazada cuando el cansancio y la fatiga imponían á los beligerantes una forzosa tregua; esta división abrió las puertas á Walker en Nicaragua; los demás Estados no se apercibieron del peligro hasta que no se vieron directamente amenazados por el azote del filibusterismo. Entonces se prometieron unir sus armas para combatir al enemigo común; pero Costa-Rica se vió sola la primera vez en el campo del honor...

»Volvamos, por último, la vista á Méjico: los intereses personales, las clases de privilegio imprimen á su política un giro que conviene á sus miras privadas; con el coloso á sus puertas que amenaza devorarlo, sus partidos se destrozan constantemente como para invitarlo á apoderarse de una vez de la codiciada presa. Santa Ana lo llama y le entrega una gran porción de territorio, en cambio de unos pocos pesos que despilfarra en poco tiempo sin afirmar con ellos su dominación que era su objeto, y cae. Comonfort se ve asaltado por el clero, el ejército y hasta por las naciones extranjeras que más debieran empeñarse en conservar la existencia de aquella república, y al fin vuelve los ojos ¿á quién? á la misma potencia cuya política nos acon-

seja la necesidad de unirnos todos para conservar nuestra nacionalidad.

»No hablaremos por ahora del Brasil ni de la República Argentina, por no hacer demasiado larga esta revista, y porque basta lo expuesto para persuadirnos de que el pensamiento de la gran Confederación de estos pueblos está fuera de la órbita de los cálculos humanos...»

De todo lo dicho se infiere que en América no se puede establecer una confederación, al menos por ahora. Y mientras llegue la ocasión favorable, ¿quién garantiza nuestra seguridad contra el enemigo común? Ciertos espíritus crédulos se persuaden de que es una cosa muy fácil la confederación entre nuestras repúblicas. Vijil, en su folleto intitulado *Paz perpetua en América*, entre otras cosas, nos dice lo siguiente: «¿Cómo puede ser que hablando de paz á los hombres, les disguste la palabra y se burlen de ella y la llamen delirio, cuando debiera lisonjearles y los honra?» (*Debiera lisonjearlos y honrarlos*). Yo no creo que nadie se burle de la pretendida *paz* bajo el aspecto de ser verificable, sino mirándola al contrario. En efecto: ¿quiénes son los más empeñados en proponer una alianza que nos proporcione la paz? Aquellos que siembran gérmenes de discordia entre las naciones con sus teorías irreligiosas é inmorales. Atacan la Religión, la autoridad de la Iglesia, la del Papa, etc., en pueblos católicos; causan discordias, enemistades y partidos; y luego quieren establecer tal concordia en la sociedad humana, como la que pretendiera introducir un agente entre las fuerzas atractiva y repulsiva. A estos políticos se les puede aplicar aquello del Profeta: «paz, paz, y no había paz.» Esto decía Isaías á los judíos, que después de haber desechado el culto del verdadero Dios, querían disfrutar de los bienes temporales y vivir en una paz inalterable. ¿Cómo es posible que Dios mire con indiferencia semejante proyecto insensato? Así es como los judíos, cuando se lisonjeaban de vivir en paz, vieron arrojarse sobre ellos sus más encarnizados enemigos, causando la desolación de su infeliz patria. Lo propio ha sucedido y sucederá en todas las naciones que trastornan la moral y la Religión.

Oigamos sobre esto un rasgo elocuente del conde de Montalembert, después de haber hecho la enumeración de los castigos de Dios en otras naciones: «En España, ved á ese hombre (Espartero), que el marqués de Boissy calificaba el año úl-

timo de verdugo, y que yo me limitaré á llamarle perseguidor de la Iglesia. Él había desterrado y encarcelado á los obispos y despojado á la Iglesia de sus últimos grados de esplendor; él había hecho más... había imaginado prohibir el ejercicio de las funciones sacerdotales á los sacerdotes que no pudiesen presentar un certificado que acreditase sus buenas opiniones políticas...

»¡Muy bien! A este hombre se le veía omnipotente, había fusilado á sus rivales, era sostenido por la Inglaterra, se burlaba de la Francia, y se le tenía por más poderoso que nunca. En un momento se forma una ligera nube en el horizonte, y esta nube se transforma en una borrasca formidable.

»Este hombre, que había arrastrado al mismo tiempo el valor y el buen sentido, deja caer su espada, y la inteligencia que le había conducido felizmente hasta este punto, le abandona; y yo no creo insultar al desgraciado, diciendo que él ha caído sin honor y sin gloria... ¿Y á dónde ha ido este Duque de la Victoria destronado? A Inglaterra (1). ¿Y qué ha hallado allí? ¡Ah! aquí es donde se manifiesta la justicia de Dios. Sí, la libre, la poderosa, la invencible Inglaterra ve su grandeza amenazada, su poder comprometido, sus increibles prosperidades neutralizadas por la serie de sus atentados contra la Iglesia y el pueblo católico...

»¿Creéis vosotros, señores, que este grande espectáculo de la justicia del Señor sea sin influencia sobre nosotros?...

»Haced lo que quisiereis y todo cuanto os pareciere: la Iglesia os responde por boca de Tertuliano y del apacible Fenelón: *Nosotros no somos temibles á vosotros; pero tampoco nosotros os tememos*. Y yo añado en nombre de los católicos legos como yo, católicos del siglo XIX: en medio de un pueblo libre, no queremos ser ilotas; nosotros somos los sucesores de los mártires, y no temblamos delante de los sucesores de Juliano el Apóstata; nosotros somos los hijos de los cruzados, y no retrocedemos delante de los hijos de Voltaire.»

Véase por qué no puede haber federación ó confederación entre los pueblos que son hijos de la Cruz, y los que son hijos de Juliano y de Voltaire. Ya lo he dicho otras veces: para que

(1) Esto decía Montalembert en la primera caída de Espartero. Creo que la segunda le ha sido más vergonzosa; la mano del Señor le tiene herido!

haya confederación en la América española, es menester, ó que sea una la religión, ó que se establezca una tolerancia perfecta. Esta no es posible que pase impune sin experimentar los castigos de Dios; y uno de los mayores castigos es la guerra. Hé aquí por qué el sacerdocio, que es el ministerio de paz, no puede ser indiferente ó tener connivencia en esta materia.

Otra cosa más notable tiene la federación sin religión de nuestro siglo. ¿Por qué se la quiere? Porque habiendo minado la filosofía, la base de la sociedad con la libertad indefinida, con el exclusivismo, con esa tendencia al *yo*, con el sistema de descentralizarlo todo, era preciso buscar algún medio para rehacer la sociedad disuelta; así como buscaron una virtud aparente, la *filantropía*, después de haber destruído la *caridad cristiana*. La Religión es el lazo más fuerte que une á los hombres; pero nuestros federalistas no cuentan para nada con este elemento. De aquí resulta que su proyecto no es más que *una quimera que no merece la pena de ser discutida*, como dice el escritor chileno antes citado.

Después de haber recorrido rápidamente la Europa y la América, ¿cuál es la conclusión que debemos sacar del estado presente de ambos hemisferios? Un funesto porvenir, si no me engaño. Algunos escritores creen que la Rusia se arruinará por su despotismo, por la ignoracia de su clero, etc. Otros pretenden que puede convertirse al Catolicismo, y en prueba citan las buenas disposiciones del actual emperador Alejandro II, expuestas en un manifiesto que dice así: «Ojalá se consolide y perfeccione la organización interior de la Rusia, con el auxilio del Todopoderoso, que siempre la ha protegido; reinen la equidad y la clemencia en sus juicios; se propague por todas partes con una nueva fuerza el impetuoso movimiento hacia la civilización y hacia toda actitud útil, y disfrute cada uno en paz del fruto de su trabajo bajo la égida de leyes justas, á la par que tutelares para todos! En fin, y este es el más importante y el más caro de mis votos: ¡quiera el cielo que la luz saludable de la fe, al mismo tiempo que ilumine los entendimientos y fortifique los corazones, conserve también y mejore cada día más la moral pública, que es la prenda más segura del orden y de la felicidad!» De estas palabras muy generales infiere el P. Gagarín, citado en la *Razón católica*, la posibilidad de entrar la Rusia en el seno del Catolicismo. Los que anuncian la destrucción de la

Rusia, ó su disposición para convertirse á la fe verdadera, creen lo que quieren. Bien puede tener Alejandro buenas disposiciones, y tal vez por esto dijo su padre Nicolás, *que sería el Luis XVI de la Rusia*. Si esto fuese así, se debe esporar tras de este *Luis XVI*, al *Napoleón de la Rusia*, que incendie la Europa, como el Napoleón francés fué causa del incendio de Moscow. Poco me importa observar el buen éxito de los triunfos: yo miro la invasión y las ruinas.

Se necesita mucha credulidad para persuadirse de que Alejandro y sus sucesores desistirán de la ejecución del testamento de su antecesor Pedro I. Leído este documento, se ve que los Czares han observado fielmente lo que él contiene. Para complemento de la idea que me he propuesto, transcríbolo aquí como lo traen varios autores.

TESTAMENTO DE PEDRO EL GRANDE

EMPERADOR DE RUSIA

«En el nombre de la santísima é indivisible Trinidad, Nos, Pedro primero, á todos nuestros descendientes y sucesores en el trono y gobierno de la nación rusa:

»El Dios omnipotente á quien debemos la vida y corona, y que con sus luces nos ha ilustrado y con su apoyo nos ha sostenido, nos permite esperar que, andando el tiempo, el pueblo ruso dominará toda la Europa. Fundo esta idea en que, habiendo llegado la mayor parte de las naciones europeas á un estado de vejez muy próximo á la decrepitud, ó por lo menos, acercándose todas á este estado, se sigue que deben ser fácil é indefectiblemente conquistadas por un pueblo joven y nuevo, cuando éste ha desarrollado toda su magnitud y fuerza. Para mí, la invasión de países de Occidente y Oriente por los pueblos del Norte, es un movimiento periódico que entra en los designios

de la Providencia, y de que ésta se valió para regenerar el imperio romano por medio de los *bárbaros*.

»Las emigraciones de los hombres polares son como el flujo del Nilo, que en ciertas épocas abona con su légamo las abrasadas tierras de Egipto. A mi advenimiento al trono, la Rusia era un *arroyo;* la dejo *río;* mis sucesores podrán convertirla en *mar* poderoso, y fertilizar con ella á la enervada Europa, como lo hará extendiendo sus ondas por todo el continente á pesar de los diques que quieran oponerle flacas manos, con tal que mis herederos sepan dirigir su curso. Al efecto, les dejo los documentos siguientes, que recomiendo á su atención y estudio constante.

»1. Tener á la nación rusa continuamente en estado de guerra, para que el soldado esté aguerrido; no dejar á éste descansar más que el tiempo necesario para reponer el tesoro público, reorganizar los ejércitos y escoger el momento oportuno para atacar al enemigo; y hacer de esta manera que la guerra sirva para preparar la paz, la paz para preparar la guerra, todo en pro del engrandecimiento y prosperidad de la Rusia.

»2. Atraerse por todos los medios posibles y de los pueblos instruídos de Europa, durante la guerra, capitanes; durante la paz, sabios; para que la Rusia disfrute de las ventajas de las demás naciones, sin perder las que le son peculiares.

»3. Tomar parte en todas ocasiones en cuantos negocios y disturbios haya en Europa, y particularmente en los de Alemania, que como más próxima interesa más directamente.

»4. Dividir la Polonia fomentando en ella continuos desórdenes y envidias; ganar á los poderosos á precio de oro; influir en las Dietas y corromperlas para poder intervenir en las elecciones de rey; hacer que en éstas se nombren hombres de partido, protegerlos y hacer entrar en su auxilio tropas moscovitas permaneciendo con ellas en el país cuanto se pueda hasta lograr la ocasión de quedarse con él.

»5. Si las potencias vecinas se opusieren, aplacarlas momentáneamente dividiendo el país, sin perjuicio de recobrar á su tiempo lo que entonces se ceda.

»6. Tomar todo lo que se pueda de la Suecia y saber hacerse atacar por ella para tener pretexto de subyugarla; á cuyo efecto conviene separarla de la Dinamarca, y á ésta de la Suecia, fomentando cuidadosamente su recíproca rivalidad.

»7. Casar siempre á los príncipes rusos con princesas alemanas para multiplicar las alianzas de familia, enlazar los intereses y lograr que por sí misma se nos una la Alemania y fortifique nuestra influencia.

»8. Procurar con preferencia la alianza mercantil de la Inglaterra, por ser la potencia que más nos necesita para su marina, y que puede ser más útil al desarrollo de la nuestra. Trocar las maderas y demás producciones de nuestro suelo por su oro, y establecer entre sus mercaderes, sus marineros y los nuestros relaciones continuas que adiestrarán á los últimos en la navegación y en el comercio.

»9. Extenderse sin descanso hacia el Norte, por la orilla del Báltico, así como hacia el Sur, á lo largo del mar Negro.

»10. Acercarse lo más que sea posible á Constantinopla y á las Indias. El que en esos puntos reine será el verdadero soberano del mundo. En consecuencia, suscitar guerras continuas, ya á la Turquía, ya á la Persia; establecer arsenales en el mar Negro, apoderarse poco á poco de este mar, así como del Báltico, extremos ambos indispensables para el buen éxito del proyecto; precipitar la decadencia de la Persia; penetrar hasta el golfo pérsico; establecer por la Siria, si es posible, el antiguo comercio de Levante, y adelantarse hasta las Indias que son la factoría del mundo. Una vez allí ya no se necesita el oro de la Inglaterra.

»11. Procurar y conservar cuidadosamente la alianza con el Austria; apoyar en la apariencia sus planes de futura dominación sobre toda la Alemania, y bajo mano suscitar contra ella la envidia y el odio de los príncipes. Procurar que algunas de las partes pida auxilio á la Rusia y ejercer en aquel país una especie de protección que prepare el dominio para el futuro.

»12. Interesar á la casa de Austria en arrojar á los turcos de Europa y neutralizar sus celos cuando se verifique la conquista de Constantinopla, sea suscitándole una guerra con los antiguos Estados de Occidente, sea cediéndole de lo conquistado una parte que se le quitará más tarde.

»13. Dedicarse á reunir en torno de sí todos los griegos disidentes ó cismáticos que están esparcidos en la Hungría y en la Polonia; hacerse su centro, su apoyo y establecer de antemano una predominación universal á manera de autocracia ó

supremacía sacerdotal sobre aquellas gentes, que serán otros tantos amigos con que podrá contarse en el campo enemigo.

»14. Desmembrada la Suecia, vencida la Persia, subyugada la Polonia, conquistada la Turquía, reunidos nuestros ejércitos, dominados el mar Negro y el Báltico por nuestros bajeles, es preciso proponer, separada y muy secretamente, primero á la corte de Versalles, y después á la de Viena, partir con cada una de ellas el imperio del universo. Si una de las dos acepta, lo que no puede menos de suceder, lisonjeando su ambición y su amor propio, servirse de ella para aniquilar á la otra, y después aniquilarla á ella misma declarándola una guerra, cuyo resultado no puede ser dudoso cuando la Rusia sea dueña de todo el Oriente y gran parte de la Europa.

»15. Si, lo que no es probable, rehusaren ambas la oferta de la Rusia, sería necesario suscitarles una guerra en que se aniquilarán la una á la otra. Entonces, aprovechando un momento decisivo, caerá la Rusia con sus tropas reunidas de antemano sobre la Alemania, y al mismo tiempo partirán dos flotas considerables, la una del mar de Azof, y la otra del puerto de Arcángel, cargadas con las hordas asiáticas y escoltadas por las escuadras militares del mar Negro y del mar Báltico. Estas flotas, adelantándose por el Mediterráneo y el Océano, invadirán la Francia por una parte, mientras por la otra las tropas de tierra á la Alemania, y una vez vencidos esos dos países, el resto de la Europa se someterá fácilmente al yugo.

»Así puede y debe ser subyugada la Europa.»

Este testamento debía pasar secretamente de mano en mano entre los sucesores de Pedro I; pero como no hay cosa secreta en este mundo, el embajador de Francia pudo conseguir una copia para remitirla á Luís XIV, y de esta suerte ha llegado á noticia del público.

No necesito hacer un comentario de cada cláusula para manifestar el feliz resultado de la voluntad de Pedro I. Cualquiera que hubiese leído la historia, sabe la desgracia de la Polonia, las disensiones entre Suecia y Dinamarca, adjudicando el influjo ruso unas veces á ésta la Noruega, y otras, despojándola. Las pérdidas que han tenido el Imperio otomano y la Persia, el buen éxito de la reunión de los griegos á la *fe ortodoxa* de San Petersburgo, etc., etc., son cosas muy sabidas. Nicolás creyó

ciertamente que ya era llegado el tiempo de hacer *mar* el *río* que dejó Pedro I. Y si aquél no hubiese sido arrebatado por la muerte, natural ó violenta (que después se sabrá, como la muerte de Paulo I), tal vez Douvres y Calais habrían estado próximos á ser puertos de la Rusia. Así, pues, la cosa ha quedado aplazada para otro tiempo.

Si Europa tiene su *testamento de Pedro I*, la América española tiene el sistema de Monroe, según el cual las repúblicas hispano-americanas no son más que *plumas del águila norte-americana*. Un periodista de Filadelfia ha querido desechar la *pluma mexicana* como indigna del águila del Norte. Dice así: «Si México fuese anexado á los Estados-Unidos, sucedería una de dos cosas; ó sólo á los invasores anglo-sajones será permitido el derecho de votar, ó también á una población ignorante y desmoralizada, compuesta de criollos é indios. El primer plan sería opuesto al espíritu de nuestras instituciones republicanas; el segundo colocaría nuestras libertades á merced de los mexicanos.»

«Si México fuese un país deshabitado ó habitado *únicamente* por pocos indios errantes, su adquisición sería de algún valor para nosotros. ¿Pero qué haremos de su *vil población*? ¿Reducirla á la esclavitud? Seguramente que no avanzaríamos en el progreso humano. ¿Admitirla en masa á votar? La existencia de nuestras instituciones podría peligrar con semejante acto. ¿Limitar su derecho en cuanto á ese privilegio? Mudaríamos *una generosidad* en desafección y violaríamos el espíritu de nuestro republicanismo. Por cualquier lado que miremos la incorporación de México, está llena de peligros.»

No se crea que este lenguaje degradante, y aun soez, provenga de un verdadero sentimiento de desechar la anexión. Al contrario, es el procedimiento de una fiera que arrastra y despedaza su víctima, para introducirla en su estómago. El mejor arbitrio de una política inhumana es degradar las naciones para apoderarse de ellas.

¿Y cuál es el origen de este estado de abyección en que se halla México? La debilidad de su gobierno desde el principio de la independencia. De los clubs masónicos salían los proyectos de reforma que entorpecían la marcha progresiva del orden social; y de aquí esos trastornos bajo los gobiernos de Iturbide, del negro Guerrero, de Santa Ana, y últimamente de Comom-

fort. En México ha sucedido lo que en la revolución de Francia: los clubs hicieron derramar mucha sangre, proclamaron distintas constituciones y acabaron poniéndose bajo el poder de Napoleón, sin quererlo. Este se burlaba del Directorio como ahora se burlan los anglo-americanos de México. ¡Lección terrible para las naciones que quieren progresar saliendo del camino trazado por la moral y la religión!

Lo que ha llamado más mi atención es aquello de *habitada únicamente por pocos indios errantes...*; porque en este caso, fácil sería exterminarlos como lo han hecho con todos los que habitaban la parte oriental de los Estados-Unidos. «¿Pero qué haremos de su *vil población?*» Matarla toda es muy difícil. Vivir con indios iguales en derechos, es *antidemocrático*. ¡Oh bravos republicanos! ¡Pobres indios, si tales gentes llegaran á dominar estos países!

Un escritor, hablando de los beneficios de la Religión, compara la suerte de los indios del Norte, con la de los del Mediodía. Los primeros han sido muertos ó arrojados á los desiertos occidentales. Los segundos han quedado ocupando el suelo paterno, mezclados con los conquistadores y sus descendientes, y formando eso que el orgulloso republicano llama *vil población*. Ved aquí probado hasta la evidencia que la Religión es la fuente de la igualdad, y esa decantada tolerancia el origen del desprecio y del exterminio.

Últimamente, la América, para sostenerse contra cualquiera invasión, debe estrechar sus relaciones entre sus miembros; y para estrecharlas no le queda otro recurso que valerse del único medio que hemos indicado en este artículo. Pensar de otra suerte es extraviarse hasta caer en la esclavitud ó en la ridiculez.

1857.

REVISTA

DE ALGUNOS HOMBRES CÉLEBRES

DE NUESTRO SIGLO



REVISTA

DE ALGUNOS HOMBRES CÉLEBRES DE NUESTRO SIGLO

En todos tiempos se ha mirado como una cosa muy útil la relación sucinta de los hechos de los grandes hombres. Ella pone á la vista las virtudes dignas de ser imitadas y capaces de influir en la prosperidad pública. Entre los griegos Plutarco, y entre los romanos Cornelio Népote, se han distinguido en esta materia. Luego que apareció el Cristianismo, varios escritores emprendieron el trabajo laudable de consignar brevemente los hechos de los héroes de la Religión. El Evangelio mismo se puede decir que no es más que una biografía del Salvador del mundo. Este método verdaderamente es *civilizador*, como se expresa Mr. de Lamartine. Pero para que tenga este carácter, es preciso que los biógrafos sean imparciales, con sana crítica y muchas luces. Es lástima que Mr. de Lamartine carezca de algunos de estos requisitos. Por ejemplo, en la biografía de Juana de Arco da la preferencia á ésta sobre Judit.

«Judit, dice, y Carlota Corday se sacrificaron; mas se sacri-

ficaron hasta el crimen; su inspiración fué heróica, pero eligieron malas armas echando mano del puñal del asesino en vez de tomar la espada del héroe.»

Véase que Judit, en pluma de Mr. de Lamartine, es igual á Carlota Corday, criminal y asesina. La Sinagoga y la Iglesia no la han mirado bajo este aspecto. Judit, como consta de su libro, y principalmente de los capítulos VIII y IX, fué inspirada por Dios para quitar la vida á Holofernes; y el que ejecuta las disposiciones divinas no es un criminal, un asesino. De otra suerte, Samuel, quitando la vida al rey Agag, también habría sido asesino. La aserción de Mr. de Lamartine ni tiene criterio, ni verdadera filosofía. Un filósofo político se habría avergonzado de proferir semejante blasfemia á la faz del mundo cristiano, y en una obra que tiene por título *El Civilizador*.

Hablando de Cicerón, dice: «Y en cuanto á las composiciones con los acontecimientos y con las tiranías de que se reprocha á Cicerón, es preciso recordar el estado de la república romana, la corrupción de las costumbres, la cobardía del pueblo, la enervación de los caracteres de su tiempo, para ser justos hacia este grande hombre. En ninguna época de su carrera civil se ha manifestado débil delante de la muerte...»

De esta doctrina de Mr. de Lamartine se infiere, que cuando uno se halle en una república corrompida, sin apoyo, sin poder hacer nada, es lícito lisonjear al tirano que se apodera de las riendas del Gobierno. ¡Excelente política! Si nada puede hacer el ciudadano, debe retirarse á su casa para no perder la elevación de alma, como Cicerón la perdió, delante de los verdaderos patriotas, lisonjeando á César hasta la bajeza. ¿Por qué se ven tantas revoluciones, tanta duración en las guerras civiles? Porque los hombres prominentes, apoyados en la doctrina de Mr. de Lamartine, no se manejan neutrales, ó prescinden enteramente de tomar partido con los tiranos. Les viene á ser muy arduo el vivir aislados; la intervención en los negocios públicos es una comezón política que tiene inquietos á todos los que han hecho figura en la sociedad. Y véase por qué á estos es indiferente que mande César ó Catón.

«Si era débil delante del César, dice, no era débil delante de la muerte.» ¿Y por qué era débil delante del César? Porque temía la muerte; y cuando ésta le sorprendió, huyendo de Roma, le fué necesario sufrirla. El veía que Marco Antonio y

principalmente Fulvia no le perdonarían jamás las *filípicas;* y que un poco más tarde ó temprano, sería víctima aunque hiciera las más humildes demostraciones, como las hizo con César.

No por esto quiero decir que Mr. de Lamartine carezca de mérito como biógrafo: sus cuadros son buenos, pero no acabados. A Mr. de Cormenin le parece Lamartine un gran poeta, pero nulo en la política y en la elocuencia. ¿Dirá otro tanto de la historia? Sea lo que fuere, á mí me basta lo que he observado, para corfirmar mi aserción sobre la biografía de algunos hombres ilustres. Yo me he propuesto escribir algunos hechos y no biografías completas, por cuanto el espacio de que dispongo no alcanzará á llenar este objeto.

FEDERICO ENRIQUE ALEJANDRO,

BARÓN DE HUMBOLDT

Decía Fontenelle, hablando de Leibnitz, que era un hombre que llevaba delante todas las ciencias. Se puede aplicar este dicho á Humboldt con mucha razón. Astrónomo, geógrafo, físico, mineralogista, matemático, geólogo, botánico, zoologista, químico, historiador... Humboldt á los veintiochos años de edad era un sabio completo. Nacido de una familia ilustre y rica de Berlín, lejos de seguir los halagos de la fortuna, se dedicó á cultivar las ciencias, empleando su dinero en hacer colecciones y viajes. Las ciencias le deben mucho, y principalmente su viaje á América le transmitirá á la posteridad. Reunido con Bonpland recorrió nuestro continente haciendo observaciones físicas, geológicas, botánicas, etc., sin que los objetos más pequeños se escapasen á su sagacidad. Particularmente la botánica fué enriquecida por él, de suerte que hizo conocer á la Europa más de cinco mil especies y géneros, incógnitos antes de su viaje. Los que le han seguido, muy poco han adelantado en los países equinocciales. Humboldt les ha dejado una cosecha inmensa.

Si como sabio es apreciable, lo es también como viajero. ¡Con qué moderación no habla de los usos y costumbres de los americanos! Muy diferente en esto de otros viajeros, que llenan sus Memorias de minucias sobre el culto, sobre las costumbres, sobre los alimentos, etc., de los pueblos que recorren. Piensan que dilatándose en críticas amargas y aglomerando noticias, que poco ó nada importan á los sabios, han de hacer el papel de buenos observadores. En Humboldt todo se reduce á la ciencia; y se puede decir que no hay línea en sus escritos que no contenga alguna instrucción útil.

Los americanos jamás deben olvidarse de Humboldt: los escritos de este sabio les han hecho conocer el país en que viven, como un maestro enseña á sus discípulos los primeros elementos de las artes y ciencias. Humboldt merece una estatua en América.

Cada vez que encuentro una planta en algún lugar designado por él, me viene á la imaginación su presencia: ¡aquí estuvo Humboldt! digo para mí solo, cuando voy en compañía de otros. ¡Gracias á Humboldt sé la altura en que me hallo con respecto al nivel del mar! No puedo dejar de referir lo que en cierta ocasión me sucedió. Había leído, en la parte botánica, que entre Burgay y Deleg se halla una nueva especie de *aralia*, descrita por este sabio con el nombre de *aralia avicenniæfolia*. Por cerciorarme fuí á buscarla en el sitio donde crece; y en efecto, la encontré en el punto en que se comienza á descender al lugar llamado *Verdeloma*. Hay allí mucha abundancia de estas plantas, y ellas me excitaron estas reflexiones: «Aquí estuvieron Humboldt y Bonpland. ¿Cuál será la planta que les sirvió de modelo para sus descripciones? ¿O serán otras las que existen ahora? ¡Qué conversación tan amable no tendría yo con estos sabios en esta soledad sobre las plantas y sobre otras materias! Confuso con estas ideas, daba vueltas en aquel recinto de aralias, y me parecía que en toda aquella colina circulaban los manes de Bonpland y las sombras de Humboldt: esto me causó tal consternación, que me apresuré á salir de aquel lugar, corriendo á rienda suelta, hasta que pudo distraerme en bastante espacio el encuentro de un amigo.

Los sabios, ó no deben nacer, ó no deben morir. Para consuelo de las ciencias, vive todavía Humboldt.

FRANCISCO JOSÉ DE CALDAS

El nombre de Caldas está asociado al de Humboldt, tanto por la amistad que tuvo con este sabio, como por las relaciones que produce la ciencia. Así es que Humboldt le hace justicia llamándole ínclito botánico y excelente físico. Le dedicó también dos plantas, *alstrœmeria caldasii* y *solanum caldasii*, que abundan en la provincia de Cuenca. Willdenow le dedicó igualmente un nuevo género, *Caldasia*, rectificando el género establecido por Cavanilles con el nombre de *Bonplandia*. Así que el nombre de Caldas está unido con el de los sabios. Su muerte prematura fué una pérdida para el mundo ilustrado; y muchas veces se me ha ocurrido la idea de que la independencia de Nueva Granada se hubiese dilatado unos tres ó cuatro años, para que Caldas tuviese tiempo de publicar las obras que había meditado. La paz es necesaria para el cultivo de las ciencias, y por falta de ésta tuvo Caldas la suerte de Arquímedes y Lavoisier. Muchos años pasarán para que la Nueva Granada produzca otro Caldas; es decir, que se necesita un gobierno estable, el término de las teorías y amor á las ciencias, y no solamente al progreso material de las artes.

He visto un elogio de Caldas en algunos números de la parte *literaria ilustrada* de *El Correo de Ultramar*, por un Acosta; y aunque el autor se esfuerza en poner á Caldas en su verdadero punto de vista, no siempre lo hace con una crítica sabia. Muchas veces no hace sino copiar los aciertos y las equivocaciones de Caldas, creyendo que éste es un modelo acabado en los conocimientos que poseía. En mi *Defensa de Cuenca* he hablado largamente sobre este particular, y ahora me contraigo á hacer algunos reparos, que me parecen necesarios con relación á las ciencias. Hablando Caldas del *melloco,* forma un nuevo género, y le da el nombre de *Ullucus tuberosus*. Su descripción es defectuosa y se puede sustituir la siguiente:

Calix diphyllus, laciniis opositis, subrotundis, concavis, pellucidis, coloratis, deciduis.

Corolla pentapetala, petalis cordatis, basi connatis, acuminibus setaceis, subulatis.

Stamima: filamenta 5, brevissima, erecta: antheræ erectæ, 2 loculares, polline luteo.

Pistilum: germen subglobosum minimum: stilus filiformis, longitudine staminum; stigma simplex.

Pericarpium. Capsula unilocuaris.

Semen unicum, oblongum, etc.

Antes de Caldas, Linneo había establecido el género *basella*, y Humboldt y Bonpland no han vacilado en colocar el *melloco* en dicho género: *basella tuberosa*. Por lo cual el nuevo género de Caldas, *Ullucus*, no puede subsistir, y también porque *Ullucus* es palabra obscena en el idioma de los indios: *Ullu-ucuc.*

Dicen los botánicos que el *melloco* hace fecundas á las mujeres. Esta noticia, sin duda, es tomada de los indígenas de nuestro país. Sea lo que fuere, el *melloco* contiene una fécula nutritiva y medicinal: es superior á la fécula de la *achira (canna indica);* y aun al *sagú* que se vende en nuestras tiendas.

El elogiador Acosta, citado arriba, no omite el cuento del Vicario de 1778, que hace relación de la muerte del cirujano Seniergues. Este pasaje, referido equivocadamente por Caldas, es refutado en mi *Defensa de Cuenca.*

También elogia la *Memoria sobre un plan del viaje proyectado de Quito á la América Septentrional*... Esta memoria contiene algunas cosas interesantes, y otras que no habrían podido verificarse. Por ejemplo, la velocidad del sonido. Para inteligencia de esto, veamos lo que dice Caldas.

«La velocidad del sonido, sobré que tanto se trabaja en Quito, parece todavía una materia que merece perfeccionarse, y no debemos despreciar las ocasiones de hacerlo. En Quito se halló que el sonido corría 173 toesas por segundo. Mr. de La Condamine vió que al nivel del mar este espacio se aumentaba hasta 183 toesas por segundo. No se crea que está resuelta la cuestión 13 que Mr. Derham propuso en las transacciones filosóficas: no sabemos si el sonido corre iguales espacios en todas las elevaciones. La observación de Mr. de La Condamine en Cayena, prueba que al nivel del mar corre 8 toesas más que á 1,600 toesas de altura. ¿Se disminuirá esta velocidad en razón de la altura? ¿Se disminuirá en razón de la densidad del aire? ¿Habrá

error en los cálculos de La Condamine? ¿No es cierto que estas velocidades dependen de la medida geométrica? Y siendo ésta dudosa, ¿no lo serán sus consecuencias? Estas reflexiones son verdaderas, y es también verdad que no sabemos la velocidad del sonido en Quito ni en Cayena... Medida una distancia en Riobamba, país tan alto como la cima de Guadalupe en Santafé; otra en Quito, otra en los Canelos, otra en Guayaquil, otra en Sonzonate, en México, Vera-Cruz, etc., bastaría para resolver esta cuestión interesante. Veríamos los resultados en tan diferentes niveles y latitudes, y veríamos si variaban sus leyes, ó su invariabilidad. Pero ¿cómo proporcionarse cañones para estas experiencias en unos lugares en que ni el nombre de ellos se conoce? El recurso es pequeño... pero nada hay pequeño á los ojos de un amante de las ciencias, que quiere sacar partido de todo. Para los fuegos de artificio, de que usan en las festividades, hay en Popayán unos pequeños cañones sin cureña que el vulgo llama *pedreros* (aquí llaman *camaretas*)... dan un sonido tan fuerte y sonoro como el mejor cañón de su calibre y se pueden transportar á todas partes...»

A Caldas le parece que para resolver el problema de la velocidad del sonido, no se necesita más que medir las distancias y hacer sonar *camaretas*. Este problema ha ocupado á los mayores ingenios, y jamás ha podido resolverse con una exactitud matemática, como jamás se resolverá el movimiento perpetuo, la aerostación, etc. Es preciso contar con millares de circunstancias, que imposibilitan formar un cálculo sencillo. Se debe atender á las variaciones del instrumento horario; á la distancia que no debe ser muy breve; que no se confunda el sonido lánguido, que primeramente llega, con el intenso que le sigue; en fin, se debe atender á la elasticidad y densidad del aire, cuyas variaciones pueden dar diversas velocidades. En prueba de esto se debe traer á la memoria el fenómeno admirable que observó el capitán Parry, en una de sus expediciones al polo boreal. Hallábase el termómetro á 45° bajo cero en la isla Melville, y una conversación en el tono regular se oía á una milla de distancia. ¡Cuánto influyen en la velocidad del sonido el frío y la raridad del aire! Ahora bien, ¿cuántas tablas se necesitan para calcular exactamente las variaciones de la densidad y elasticidad del aire, la posición de los lugares, la velocidad del viento, la sucesión de las estaciones, el influjo del

día y de la noche, etc., etc.? ¡Quién sabe si la luz y la electricidad no influyen también en la velocidad del sonido! En medio de tantas dificultades, algunos se han atrevido á calcular por aproximación, estimando la velocidad del sonido en cuatro segundos por milla. A los que carecen de algún instrumento horario, como un péndulo ó una muestra, dan esta regla: obsérvese el pulso, por ejemplo, para calcular la velocidad del trueno; y equivaliendo cada pulsación á un segundo, con cortísima diferencia, si desde el momento en que se divisa la luz del rayo hasta el momento en que llega el trueno se cuentan las pulsaciones, se sabrá la distancia en que cayó el rayo, según lo que queda dicho.

Hablando de Caldas, es preciso hacer una observación interesante á la ciencia. Este sabio refiere en su *Viaje á Paute*, que halló una planta nueva, de la clase *dióica*, ó *diœca,* como dicen otros; y la dedicó á Córdova con el nombre de *Cordovea prolífica.* Esta planta ha quedado incógnita, por cuanto se perdieron las descripciones y diseños de Caldas. ¿Cuál será en realidad? Creo que ninguno podrá resolver ahora esta cuestión con más fundamento que yo. Digo esto, porque expresamente me he dedicado á verificar la noticia de Caldas. El dice que halló la citada planta en Supay-urcu; y habiendo yo recorrido este monte en diversos sentidos, no he encontrado otra planta *dióica,* que el *podocarpus densifolia* de Humboldt, llamada por nuestros indios *huapsay*. A Caldas debió parecerle una planta nueva, porque aunque L' Heritier había establecido el género *podocarpus,* sus especies ó variedades no estaban todavía bien conocidas, hasta que Humboldt y Willdenow las publicaron. Para confirmar mi conjetura, fácil me sería hacer una enumeración clasificada de todas las plantas que crecen en Supay-urcu; y de esta suerte confirmaría que no hay otra planta *dióica* que la citada y ni otra *prolífera* (no *prolífica* como dice Caldas); pero este trabajo sería muy difuso y digno sólo de ocupar otra obra. En conclusión, la *Cordovea prolífica* es indudablemente el *podocarpus densifolia;* y la dedicación al canónigo Córdova no puede subsistir.

JUAN PÍO MONTÚFAR,

MARQUÉS DE SELVA-ALEGRE

El nombre de Montúfar debe seguir á los de Humboldt y Caldas; ambos recibieron señalados beneficios de este ilustre quiteño, y ambos hacen honorífica mención de él. Caldas reprende á los quiteños por el poco aprecio que hacen de sus hombres prominentes; y por mi parte digo que dudo mucho que se conserve un retrato del Marqués de Selva-Alegre; su memoria no vale nada entre sus compatriotas. Humboldt fué su amigo agradecido, y le dedicó varias plantas para perpetuar su memoria: me acuerdo de una gramínea que la llamó *poa montufari*, que fué la primera que halló en Chillo.

La casa de Selva-Alegre era el lugar á donde iban los sabios extranjeros, porque hallaban en ella la franqueza, la liberalidad, la urbanidad, etc. Chillo será un monumento tan célebre en Quito como la quinta de Mecenas, á donde concurrían los literatos y sabios de Roma. En efecto, Montúfar era el protector de todos los literatos: no había colegial que no le dedicase un acto literario y que no recibiese recompensas amplias. Su dinero estaba á disposición de sus amigos y de los necesitados: podía haber sido rico y murió pobre. Semejante conducta le atrajo el respeto público: el Marqués de Selva-Alegre era el más popular de sus conciudadanos.

Su corazón ardía con el amor de su patria: quería verla en un grado eminente; pero las circunstancias del tiempo no le permitían. Presentósele la ocasión más oportuna con la invasión de Napoleón sobre la Península. Queriendo, pues, preservar al menos el territorio que comprendía la antigua Audiencia de Quito, del influjo francés, habló con sus amigos, y de aquí resultó la variación del gobierno en el año 9. Desgraciadamente, no todos los que componían lo que entonces se llamó *Junta*, pensaban como Montúfar. El abogado Morales formó una especie de oposición, queriendo llevar las cosas muy adelante: era el ultra-liberal de aquel tiempo. Montúfar, al contrario, no que-

ría efusión de sangre, nada de teorías, de innovaciones violentas, etc. Rodeado de enemigos, y de amigos que contrariaban sus ideas, no pensó más que en disolver dicha Junta y restablecer el gobierno del presidente Ruiz de Castilla: así se verificó. Hé aquí el origen de los padecimientos de Selva-Alegre, y de la rivalidad de los dos partidos, el uno dirigido por Montúfar y el otro por Morales, hasta producir el funesto desenlace del 2 de Agosto. Si ambos partidos hubiesen trabajado de consuno, jamás habrían entrado en Quito las fuerzas peruanas y granadinas; y el Gobierno quiteño habría marchado con firmeza, sin que las resistencias que le opusieron las provincias limítrofes hubiesen sido bastantes para sofocarlo; tanto más, cuanto que dentro de poco tiempo se incendió toda la América.

Hablando imparcialmente, ni Montúfar ni Morales eran hombres para dirigir una revolución. El primero era un hombre de gabinete; su cabeza tenía buenas ideas, pero su corazón era débil. Selva-Alegre habría sido un gran ministro de cualquier soberano en tiempo de paz. Morales tenía una imaginación ardiente, era literato; pero carecía de conocimientos prácticos, principalmente para sostener una revolución crítica, como la que había emprendido. El decía que moriría como Cicerón; y en efecto, murió el 2 de Agosto en el cuartel, á balazos, sin haber rebajado un punto de sus sentimientos patrióticos. Su muerte fué gloriosa para él, y habría sido también gloriosa para la patria, sin la maldita división introducida por él mismo. Volvamos á Selva-Alegre.

Las semillas de división y de odio que dejó Morales, no le permitieron á Montúfar llevar adelante sus ideas: nuevas complicaciones, nuevos proyectos de tantas cabezas imperitas, sepultaron otra vez en un caos de desorden los gobiernos que se sucedieron. Montúfar se separó de los negocios públicos; mas no por esto dejó de ser víctima del Gobierno español.

Yo no emprendo aquí una biografía del Marqués de Selva-Alegre, ni una relación histórica de los sucesos de Quito desde 1809 hasta 1812; me reduzco solamente á presentar algunos rasgos que recomiendan á Montúfar como á un hombre digno de la atención de sus compatriotas. Entre los hombres, aquel es recomendable, cuando tiene buen éxito su empresa: este es un error. La elevación de cualquiera persona se ha de medir por sus servicios y virtudes, y no por los caprichos de la fortuna.

De otra suerte, César sería más ilustre que Catón y Blucher mejor general que el vencedor de Austerlitz y Marengo. Con esto quiero decir, que Montúfar, si no merece una estatua en Quito, al menos su nombre no debe estar tan ignorado en su patria, que aprecia más á los aventureros que á sus hijos.

FRANCISCO AUGUSTO CHATEAUBRIAND

En la sociedad humana, así como en el orden físico, hay individuos que fijan la atención del observador de una manera extraordinaria. Nada más común que ver la caída de un rayo; pero cada rayo presenta fenómenos muy diversos. Así, los escritores son comunes; pero de siglo en siglo aparecen genios originales y sorprendentes. Mr. de Chateaubriand es uno de éstos. Su carácter es casi indefinible: su vida un misterio. Descontento de sí mismo y de los hombres, se lanzaba en regiones ideales, como el águila que se remonta sobre la región de las nubes. Se puede decir, en suma, que la inconstancia le hizo grande. Viajero en la América, en el Oriente, en la Europa, no hallaba quietud en ninguna parte. Sus ideas se sucedían de la incredulidad al Catolicismo, del Catolicismo á la tolerancia, y aun á la sátira contra los escritores católicos. Esta versatilidad se prueba con sus escritos, luminosos en verdad, pero que carecen de la convicción del escritor para fijar la confianza de los lectores.

El *Genio del Cristianismo* fué formado de materiales que quizá había reunido para combatir la religión cristiana, como él mismo lo confiesa en sus *Memorias de Ultra-tumba.* Aquella obra, sin duda, pasará á la posteridad por la brillantez de las imágenes, por la novedad de las ideas y principalmente por el ascendiente que ha tomado el autor sobre el espíritu de su siglo: la fama es un poder que todo lo somete. Pero si es cierto que el *Genio del Cristianismo* pasará á la posteridad como una obra de literatura, es muy dudoso que se sostenga como una obra clásica de religión. Observado el *Genio del Cristianismo* imparcialmente, se puede decir que convenía su aparición en

circunstancias que la Francia estaba fatigada con la incredulidad y no obstante conservaba la preocupación de que la Religión era el patrimonio de los espíritus vulgares. La Francia se hallaba como un convaleciente que aborrece el mal, pero no puede tomar todavía alimentos sustanciosos y sólidos. Las obras maestras de los Padres y teólogos, de los oradores y controversistas, con todo el siglo de Luís XIV, habían caído en desuso. Era, pues, preciso darles á los convalecientes de la incredulidad una obra como el *Genio del Cristianismo;* y sólo Mr. de Chateaubriand era capaz de desempeñar esta misión, y en efecto, vió coronados sus esfuerzos. El *Genio del Cristianismo*, *Los Mártires* y el *Itinerario* son las obras maestras de Mr. de Chateaubriand. La última tiene la recomendación, por sus descripciones y pinturas, de ser quizá superior á una carta geográfica, según mi modo de concebir. Parece que uno tiene presentes los lugares con el *Itinerario* en la mano. Feliz, si Mr. de Chateaubriand no hubiera escrito más que estas tres obras, ó si después de haberlas escrito hubiese terminado la carrera de su vida; su fama habría sido sin mancha. Las obras posteriores no tienen el carácter de las citadas, y principalmente sus estudios ó *discursos históricos*, en que no se ve sino una miserable mezcla de filosofismo y de Religión. Dice, pues, Mr. de Chateaubriand, que comenzó con el *Cristianismo poético*, y que acaba con el *Cristianismo filosófico*. Tal es la confesión que hace en sus *Estudios históricos*. Si hubiese procedido al contrario, esto es, si hubiese comenzado por el *Cristianismo filosófico* y acabado con el *poético*, su memoria habría pasado á la posteridad como la de tantos hombres ilustres que comenzaron mal y acabaron bien. Ahora el nombre de Mr. de Chateaubriand es como el cuerpo solar: brillante, pero con manchas. Para pintar, en suma, todo lo que es Mr. de Chateaubriand, se puede reducir á estas palabras: genio vasto, grande escritor, orador elocuente, filósofo mediocre y político nulo. Toda su política estaba reducida á la *legitimidad* y á la carta *octroyé* (otorgada). El adoraba á los Borbones, y éstos le trataban como Penélope á sus pretendientes. ¡Qué pequeños son algunas veces los más grandes hombres!

LA HARPE

El Quintiliano del siglo XIX, habiendo sido mucho tiempo el admirador de Voltaire y compañero de Diderot, D' Alembert y otros en el trabajo de la Enciclopedia, casi al fin de su vida abandonó los sentimientos filosóficos para alistarse bajo las banderas del Cristianismo. Antes de esta época la filosofía había lisonjeado mucho su amor propio: se persuadía ser superior á muchos de sus coetáneos que brillaban por sus talentos. Esta debilidad le provenía no sólo de su orgullo, sino de los elogios extraordinarios con que le llenaba Voltaire, vicio tan común en él como en todos los del partido filosófico. Pero habiendo mudado de principios religiosos, La Harpe no por eso vino á ser más moderado ni más dócil; su carácter le acompañó hasta el sepulcro. ¿De qué serviría la Religión, dicen unos sabios, si ella no contribuyese á la reforma de nuestras costumbres y de nuestros defectos?

Este célebre escritor nos suministra una grande lección sobre la dificultad que hay en mudar de carácter habiendo vivido mucho tiempo en la incredulidad. En efecto, no es fácil que vicios tan terribles como la obstinación y el orgullo, propios del filosofismo, se depongan en un momento. No bastan los talentos para ser dóciles y humildes: esta es obra de la Religión inculcada y seguida desde la infancia. Se quejan amargamente del carácter altivo de La Harpe después de su conversión; pero debían deplorar más bien la suerte de haberse educado con tales principios, que no podían menos que inspirarle sentimientos de vanidad y amor propio.

Por lo demás, la mutación de La Harpe podía serle ventajosa, porque tenía un principio capaz de reformarle, cuando en el estado de incredulidad carecía de él. Esta es la grande diferencia que hay entre un católico vicioso y un incrédulo. El primero tiene una puerta para entrar en su corazón y mudarle; mas el segundo está privado de esta ventaja, y durante su incredulidad es imposible que sea un complejo de virtudes: tendrá al-

gunas superficiales que dependen de la organización ó de la vanidad de querer singularizarse, como sucedía á los estoicos y cínicos con su pobreza, y la humanidad tan repetida y jamás perfectamente practicada entre nuestros filosofistas modernos. ¡Oh Religión, cuánto nos das, y cuánto nos quita tu ausencia!

LAMENNAIS Y BALMES

Cuando los hombres se olvidan de sus deberes, se sumergen en sus pasiones y se llenan de orgullo. Dios, que vela sobre el arreglo de las costumbres con una sabiduría admirable, presenta su justicia y los abate. Por esto vemos la ruina de algunas naciones y la exaltación de otras. El abatimiento del orgullo es tan necesario en la Providencia, que sin él la divinidad quedaría degradada, por cuanto la criatura gozaría de impunidad en sus pretensiones de igualarse al Omnipotente. El primer pecado del ángel rebelde fué el orgullo; y el de nuestros primeros padres tuvo su origen en este mismo desorden. Dios los castigó como lo merecían, y el género humano lleva el sello de los anatemas fulminados contra los primeros prevaricadores. Para recordar, pues, tan funesta consecuencia, presenta el Todopoderoso castigos terribles en cada siglo.

El abate Lamennais puede servirnos de ejemplo. Él ha tenido la suerte de Orígenes y Tertuliano, quienes, después de haber sido el apoyo de la Religión, por sus luces, tuvieron un fin trágico. ¿Y de qué provino esto? Del orgullo, según esta sentencia del Apóstol: *scientia inflat*. La ciencia enorgullece, porque el hombre quiere saber más de lo que le conviene: el orgullo de la ciencia es más funesto que cualquiera otro. Suponed un hombre orgulloso por su nacimiento ó por sus riquezas; se humilla cuando se halla pobre, ó ve elevarse algunos individuos inferiores á su esfera. Pero el sabio orgulloso se obstina, porque cree que él solo vale por todos: desecha toda autoridad, y desaparece como el rayo, que habiendo hecho estragos sobre la tierra, se oculta á la vista de los hombres. ¡Terrible espec-



táculo, digno por cierto de producir las sensaciones más aterrantes!

¿Quién creería que Lamennais, este hombre que había combatido con tanto valor por la causa de la Religión, acabase su vida de una manera tan deplorable? Comenzó cristiano y acabó socialista. Para hacer un contraste asombroso de su vida y de su muerte, pongamos á la vista algunos sentimientos suyos sobre las verdades católicas. «Antes de rechazar la Religión, decía, el hombre debe aprender á conocerla. El desprecio es fácil; este es un placer que la ignorancia proporciona al orgullo con poco trabajo; no obstante, es preciso llevar la vista más lejos, y mirar las consecuencias de este desprecio y pensar en lo que se responderá al Legislador supremo cuando él nos pedirá la razón de semejante conducta. Burlarse no es una razón; porque Dios también se burlaría, dice la Escritura: *irridebit et subsanabit eos*. Pero en este día formidable, que será el día de su justicia, la criatura rebelde, contemplando descubiertamente el orden que ha atacado, y admirándolo con desesperación, lo sentirá de tal suerte conforme á su naturaleza, que será para ella un menor tormento el de concurrir por su suplicio, que turbarlo, si fuese posible, por el goce injusto de la felicidad, que ella merece perderla.

»¿De qué sirve engañarse? ¿Qué ventaja nos resulta de esto? ¿Qué es este letargo que se procura por medio de sofismas embriagantes, comparado á esta vigilia terrible que le sigue, y á la cual nada sucede? ¡Sin embargo, se tranquilizan sobre motivos tan frívolos, que yo me avergüenzo aun de recordarlos! Una criatura soberbia, envileciéndose por el orgullo, buscará la independencia en el fondo de la abyección, y lisonjeándose, á fuerza de bajeza, escapará al ojo del Soberano Ser, tratará de atravesar clandestinamente el mundo moral, como estos obscuros vagabundos que la policía ignora ó desdeña...

»Todo en la Religión es infinito, porque todo está lleno de Dios; luego hay entre ella y nuestras facultades una armonía perfecta; y véase por qué en todos los tiempos, en todos los climas, el hombre, naturalmente arrastrado hacia ella, ha sentido la necesidad de ser ilustrado por sus dogmas, consolado, vivificado por sus esperanzas, dirigido por sus preceptos; y cuanto más es la Religión pura, santa y, por decirlo así, rigorosa de verdad y de justicia, tanto más ella es poderosa sobre el hom-

bre, ó conforme con su naturaleza: y no se debe buscar en otra parte la causa de la inclinación que muestran todos los pueblos por el Cristianismo desde el instante en que se les anuncia. Nosotros no cesamos de ser sensibles á esta divina armonía, sino cuando el orgullo ó los sentidos, extraviándonos lejos de nosotros mismos, corrompen y depravan nuestra naturaleza, como lo observa san Agustín, conforme á su propia experiencia...

»El hombre quiere gozar de la verdad, y quiere gozarla sin medida, y jamás se sacia de conocer y de amar. No obstante, nuestro espíritu, abandonado á sí mismo, se fatiga, se deslumbra, se pierde en sus propios pensamientos. El no abraza nada en toda su extensión; de nada se apodera con tanta firmeza para estar seguro de que la duda no vendrá á arrebatarle. ¿Quién resolverá esta contradicción? ¿Quién restituirá el reposo al hombre, restableciendo el equilibrio entre sus facultades y deseos? La filosofía lo ensaya; pero ¿cómo? A veces diciendo al hombre que su inteligencia puede tocarlo todo por sus solas fuerzas; á veces persuadiéndole que ella no puede tocar nada, y prohibiéndole su uso; es decir, haciendo de él ó un Dios ó un bruto; negando su naturaleza, sin poder aniquilarla.»

Tales son las reflexiones de Lamennais en su *Ensayo sobre la indiferencia en materia de Religión;* y ¡cosa extraña! sin pensar, el desgraciado abate escribía la sentencia de su condenación. Confiesa la necesidad de la Religión, y atribuye su pérdida al orgullo; luego este vicio le condujo al fin trágico que jamás se borrará de la historia. El ha muerto peor que Voltaire, porque este filósofo al menos quiso confesarse, y sus discípulos le embarazaron la ejecución. Pero Lamennais ha rechazado positivamente, en la hora de su muerte, los auxilios de la Religión. Un silencio sombrío y siniestro le ha acompañado en sus funerales, sin que ni aun sus amigos y discípulos hubiesen podido hacer la más pequeña demostración que honrase su descenso á la sepultura. ¿A qué atribuir esto? A esta terrible sentencia de la Escritura: *justus es, Domine, et rectum judicium tuum:* «justo eres, Señor, y tus juicios son rectos sobre la suerte de los hombres.»

Lamennais, mirado como escritor, tiene su mérito: él es elocuente, erudito, dotado de una lógica vigorosa, y profundo en sus pensamientos. Tiene algo de Tertuliano y de Rousseau: la

profundidad y arrogancia del primero, y la facilidad y abandono del segundo. Tertuliano, después de su caída, miraba con desprecio á los católicos; los llamaba *psíquicos*, esto es, animales. Lamennais, después de su defección, profesaba un profundo odio al clero: aconsejaba á sus discípulos que lo atacasen como á un cuerpo corruptor de la moral. Rousseau era poco interesante en la conversación; y lo mismo le sucedía á Lamennais. Se necesitaba algún espacio de tiempo para que su acento y sus ideas se animasen hasta tomar alguna ventaja.

Como el corazón de Lamennais no estaba formado en el amor de la Religión, sino en el desprecio de los hombres, su estilo es seco, sin unción y sin vida. Sus admiradores, más bien que el mérito de sus obras, le dieron el título de primer teólogo de la Europa. La filosofía y la política de Lamennais no son muy recomendables. Al principio deprimía la razón, concediendo demasiado á la autoridad. Después de su caída desechaba la autoridad exaltando la razón: estos sentimientos opuestos no podían menos que llevarle á extremos inconciliables con la verdadora filosofía y la sana política.

La distinción honrosa que le hizo el Papa León XII fué, sin duda, el fundamento del proyecto de atraer á la Silla Apostólica al plan de reforma que había comenzado á publicar en su periódico intitulado *El Porvenir (L' Avenir)*. Pero Gregorio XIV no quiso darle audiencia para que le expusiera sus ideas, porque de antemano ya había comprendido las tendencias erróneas que abrigaba su corazón. Irritado ciertamente de esta negativa, aunque habló algo con el Papa, dió á luz sus *Palabras de un creyente*, obra pequeña en el volumen, pero muy grande en malicia, según la frase de un Prelado distinguido de la Iglesia de Francia. Desde esta época, Lamennais ya no guardó miramiento alguno, y sus ataques contra el clero y contra la Iglesia sólo cesaron con su muerte.

En todos los tiempos se ha notado que los eclesiásticos que se desvían de sus deberes, precisamente faltan á la castidad, y aun llegan á mantenerse en un concubinato público. Los jansenistas, que aparentaban mucha austeridad, al fin pagaron el tributo al espíritu de secta, casándose durante la revolución de Francia. La razón de sus escándalos consiste en que sin una gracia particular no puede obtenerse el dón de la castidad. ¿Cómo Lamennais, después de su defección, no fué escandaloso?

Se puede decir que su edad avanzada no le permitía esta ridiculez. La impotencia de la naturaleza hace los oficios de virtud en ciertas épocas de la vida del hombre.

La caída de Lamennais ha servido tal vez para quitar la vida á Balmes. Se refiere que un amigo de éste le dijo en una ocasión que le notó bastante fogosidad: «¡Cuidado, Jaime, no te suceda lo que á Lamennais!» Quedó suspenso Balmes por algunos minutos, y luego le contestó: «He pedido á Dios que me quite la vida, si es posible que pueda tocarme un fin tan trágico:» poco tiempo después ya no existía Balmes, en la flor de su edad. ¿Hay aquí algún misterio?

Si se hace un paralelo entre estos dos apologistas de la Religión, no se encuentra un punto de contacto, sino solamente en el objeto. La elocuencia de Balmes nace de su corazón; la de Lamennais, de su cabeza; la una rinde, y la otra hiere; aquélla es la voz de un maestro; ésta, el golpe de un enemigo. Ya he dicho que Lamennais tiene algo de Tertuliano y Rousseau: Balmes participa de la elevación de Bossuet, y Bossuet es único. Balmes era teólogo, filósofo profundo, matemático y publicista distinguido. Lamennais no tenía conocimientos tan variados. Ambos eran eruditos; pero la erudición de Balmes era selecta, y adquirida en la mitad de la vida que correspondía á Lamennais. En suma, la ciencia de Balmes es un prodigio con respecto á su edad juvenil; mientras que en Lamennais no excede los límites de un fenómeno natural.

BOLÍVAR

Nombrar á Bolívar es recordar no sólo las glorias de Colombia, sino de toda la América meridional. Si Colón descubrió nuestro continente y abrió un paso franco á la Europa, las relaciones fueron en pequeña escala; Bolívar ha puesto á disposición de todos los pueblos todas las ricas producciones de nuestros vastos territorios, con sólo haber roto el lazo que unía á la antigua metrópoli. Un nuevo mundo político y comercial ha

dado Bolívar á la patria de Colón. En fin, la fama de Bolívar se transmitirá á la posteridad como la de todos los grandes hombres que han servido al género humano, con sus virtudes, con sus talentos ó con su valor.

Así que son más dignos de compasión que de censura ciertos hombres que se han hecho cargo de desacreditar á Bolívar por algunas faltas verdaderas ó supuestas. Estas pobres gentes no saben que los héroes son como esos mosaicos, cuyo conjunto causa una vista tan agradable, mientras que sus partes, separadamente tomadas, tal vez no sirven de nada. No saben que Rousseau ha dicho que los héroes no son tales porque sus virtudes son sin mancha, sino porque tienen vicios y virtudes brillantes. No saben que si se tratase de disminuir las glorias de Washington ó de Guillermo Tell, no dejarían de encontrarse faltas notables. No saben que Horacio dice que nadie nace sin vicios, y que aquel es mejor que menos los tiene: *optimus est ille qui minimis urgetur*... Todos aquellos que andan buscando defectos en los héroes, pensando ridiculizarlos, son como el gramático Zoilo que criticaba la *Iliada*, creyendo hacerse superior al inmortal Homero.

Dejemos á éstos, y veamos el carácter eminente de Bolívar en sus hechos y en sus pensamientos. En una oración fúnebre, inédita, se leen los siguientes pensamientos que dan á conocer con bastante fidelidad al ilustre caracasano.

I

BOLÍVAR COMO MILITAR

. . . .

Es preciso haber nacido con el dón de hacer la guerra, ó más bien, haber recibido del cielo este dón de conducir las campañas dudosas á la victoria con éxito feliz. «Bendito seas, Dios mío, decía el Salmista, que me has enseñado á pelear y vencer.» No se triunfa leyendo los comentarios de César y algunos tratados de estrategia. El arte de la guerra, para conseguir una brillante jornada, es como la retórica respecto de la elocuencia... ¿Y quién, al menos entre nosotros, ha poseído este dón en

más alto grado que Bolívar? Su genio creador le suministraba recursos que los espíritus subalternos miraban como imposibles. Este golpe de vista tan necesario á un general, le presentaba los tiempos, las circunstancias, los movimientos, la táctica, la fuerza, el carácter del enemigo, en una palabra, cuanto era menester para combinar y trazar planes, capaces de producir un fenómeno tan rápido como el que se observa con la sombra á presencia de la luz.

Ni el hielo de los Andes, ni lo escarpado y rígido de las serranías de Colombia, ni el calor de los valles del Perú, ni los sitios poco ventajosos para el triunfo, pudieron servir de obstáculo á su genio emprendedor y marcial. Combatir y vencer eran voces sinóminas de aquella táctica que llevaba escrita en el gran libro de su corazón. El ha peleado contra los cielos, los hombres y la tierra: ha triunfado de todos ellos. Napoleón atribuía su detención en Santa Elena á la oposición que encontró en los elementos, cuando invadió la Rusia. A Bolívar toda la naturaleza le franqueó sus tesoros, como á su hijo predilecto. No atribuyamos esta desigualdad entre el vencedor de Boyacá y el de Marengo á un contraste de la fortuna, según el lenguaje del vulgo, que jamás medita sobre los grandes acontecimientos. Lo que se llama *fortuna* es una voz vaga é insignificante: ella no es un agente. Tomada la fortuna por la felicidad, está más bien sujeta á nuestra disposición, que nosotros á la de ella. El hombre es el alumno de su espíritu y de su corazón: su prosperidad y su ruína son efectos de la desobediencia á estos preceptores que raras veces se engañan. Por esto dice el célebre Bacón «que cada uno es el principal y primer artesano de su fortuna...; que si se busca ésta con una vista perspicaz y atenta se la hallará fácilmente; porque si ella es ciega, no es invisible... Una fortuna rápida é inesperada hace á los hombres turbulentos y temerarios; una fortuna lenta y adquirida los hace al mismo tiempo prudentes y valerosos.»

Napoleón era un militar formado en la revolución, y por consiguiente, inconstante y poco previsor. Una fortuna rápida le colocó sobre el trono: su brillantez le deslumbró, y fué como un ciego á estrellarse en Moscou. Al contrario, Bolívar meditó, combinó, ejecutó una gran revolución; es decir, obró con una fortuna lenta y adquirida á costa de mil sacrificios; necesariamente debió ser un militar prudente y valeroso, según el

pensamiento del filósofo ya citado. No nos admiremos, pues, que el uno hubiese muerto desterrado y prisionero en medio del Océano, y el otro en su patria, entre los brazos del genio que presidió á la última campaña, libertadora de Sur-América. ¡Oh Ayacucho, tú eres muy semejante á York-Town, cuya rendición fijó para siempre la suerte venturosa de Norte-América! ¡Oh Bolívar, oh Washingthon! Vosotros sois justamente puestos en pararelo: vosotros sólo podéis llamaros grandes generales en todo el rigor de la palabra. La naturaleza les hizo guerreros, y no la suerte, y por consiguiento les coronó hasta el fin. Esta semejanza entre estos dos héroes obligó á conjeturar al general Lafayette, que si hubiese vivido Washingthon, habría preferido á Bolívar, para hacer el regalo de su retrato...

No obstante, es menester confesar que al ilustre norteamericano le faltó una propiedad tan recomendable como necesaria á un gran general: la elocuencia militar. Su aire frío y poco interesante, su imaginación desprovista de ideas brillantes, le hacen muy inferior á Bolívar, cuya elocuenciasublime, tanto en el gesto como en los pensamientos, arrebataba los corazones, penetraba de fuego al soldado, y fijaba èl punto preciso de la victoria. Tenemos todavía en nuestras manos sus discursos y proclamas, que pasarán á la posteridad como obras maestras de elocuencia y de buen gusto. Si yo fuese capaz de trazar un cuadro perfecto de este hombre singular, diría que la naturaleza se había complacido en formarle tan grande como Washingthon y tan elocuente como César.

Mas lo que pone un sello á la gloria militar de Bolívar, es haber combatido contra un pueblo acostumbrado á vencer, contra una nación, que para sojuzgarla, necesitó la orgullosa Roma de mucha circunspección y paciencia, según la expresión del autor del libro I de los Macabeos, contra unos enemigos, en fin, que acababan de arrojar de la península los ejércitos vencedores de Austerlitz, Jena y Marengo. Tales eran las tropas del general Morillo; y las de La Serna en el Perú habían sostenido catorce años un choque siempre ventajoso para ellas, hasta burlar todas las providencias que tomó el general San Martín para arrollarlas. Hagamos justicia: seamos imparciales. La independencia de Sur-América jamás se habría verificado sin el LIBERTADOR. Esta no es una proposición á la ventura, sino una consecuencia legítima del dicho de un sabio que recorrió la

América, haciendo profundas observaciones. Cuando Bolívar viajaba en Europa, se encontró con el barón de Humboldt, á quien le abrió su corazón sobre el proyecto de emancipar este continente: «Yo creo, le respondió aquel sabio, que su país ya está maduro, mas no veo al hombre que pueda realizarlo.» En efecto, Bolívar solo era capaz de ejecutar tamaña empresa; porque ninguno había tenido esta constancia impertérrita para chocar con hombres acostumbrados á la preocupación y al hábito de obedecer. La América, para ser regenerada, necesitaba de un hombre valeroso, activo, constante, insensible á las injurias del tiempo y de los hombres, como Scipión al frente de Numancia. ¡Campos de Araure, de Victoria, de Boyacá, de Carabobo, de Junín, y otros innumerables! Vosotros seréis para siempre el foco donde se reunirán todas las circunstancias de la brillante carrera del LIBERTADOR. ¡Desgraciado el que os mire con indiferencia, y mucho más desgraciado si al contemplaros no adora los consejos del Eterno sobre la suerte de las naciones!

. . . .

¡Soldados! ¿Dónde está vuestro jefe, ese guerrero ilustre que os condujo con tanto denuedo á la victoria? ¿Qué se ha hecho este ídolo de vuestros corazones, á quien sacrificabais todo vuestro afecto con expresiones las más tiernas? ¡Ah! ¡el genio de la inmortalidad nos ha privado de su vista, para que la envidia y los celos no manchasen su gloria!

¡Ingleses, vuestro grande amigo ya no existe! (1). El héroe que ha muerto en Santa Marta en nada se parece al que falleció en Santa Elena. Este dijo en su testamento: «Lego el oprobio de mi muerte á la nación inglesa.» Aquel, en su última voluntad, os declara amigos en las personas del general Wilson y de su hijo Belford Wilson. Llorad, pues, al contemplar su túmulo, y guardad este vasto silencio que se observó en Roma cuando los restos de Germánico fueron transportados de la Siria al sepulcro de los Césares.

¡Naciones enemigas de la independencia de América, el LIBERTADOR ha muerto! Nosotros no rehusamos daros esta noticia, porque él es muy grande para que ignoréis su fin. No nos ha-

(1) Este pasaje debió ser pronunciado con un movimiento oratorio muy patético, pues que el general Sandes y otros ingleses que le acompañaban, sacaron los pañuelos para enjugar sus lágrimas.

llamos en la posición de David, que quería ocultar á los filisteos la muerte de dos ilustres defensores de Israel, Saul y Jonatás... Antes bien, recibid esta noticia para que digáis lo que Montecuculi cuando supo la infausta suerte de su competidor, el mariscal de Turena: «¡Ha muerto, dijo, un hombre que hacía honor al hombre!» Sí: el LIBERTADOR ha honrado la humanidad no sólo con sus virtudes y talentos militares, sino también con sus ideas políticas...

II

BOLÍVAR COMO POLÍTICO

. . . .

Apenas había tomado la espada para romper los lazos que nos unían á la metrópoli, cuando pensó darnos una constitución que fuese la obra de la reflexión y de la experiencia, como aquellos israelitas que, vueltos del cautiverio de Babilonia, edificaban la ciudad santa, teniendo en una mano la espada y en la otra la escuadra y el nivel. Leed el proyecto de constitución que presentó al segundo Congreso general de Venezuela, reunido en Angostura: leed también el elocuente discurso que pronunció en aquella ocasión, y veréis establecidos los principios más luminosos que no se encuentran en la mayor parte de los publicistas. Razona sobre toda clase de gobierno, analiza todas nuestras necesidades, nuestra educación, nuestras relaciones de una manera que hace honor á los sentimientos de que se hallaba penetrado.

¡Que no pueda yo presentaros todos sus pensamientos! Sin embargo, escuchad algunos rasgos: «La libertad, dice, es un alimento suculento, pero de difícil digestión (1). Nuestros débiles conciudadanos tendrán que robustecer su espíritu mucho antes que logren el saludable nutritivo de la libertad. Entume-

(1) Las primeras palabras del Libertador son tomadas de Rousseau. Véase todo el pensamiento de este filósofo: La libertad es como estos alimentos sólidos y suculentos, ó estos vinos generosos, propios á nutrir y for-

cidos sus miembros por las cadenas, debilitada su vista en las sombras de las mazmorras y aniquilados por las pestilencias serviles, ¿serán capaces de marchar con pasos firmes hacia el augusto templo de la libertad? ¿Serán capaces de admirar de cerca sus espléndidos rayos y respirar sin opresión el éter puro que allí reina?... Muchas naciones antiguas y modernas han sacudido la opresión, mas son rarísimas las que han sabido gozar de algunos preciosos momentos de libertad; muy luego han recaído en sus antiguos vicios políticos, porque son los pueblos, más bien que los gobiernos, los que arrastran la tiranía... No aspiremos á lo imposible, no sea que por elevarnos sobre la región de la libertad, descendamos á la región de la tiranía. De la libertad absoluta se desciende siempre al poder absoluto, y el medio entre estos dos términos es la suprema libertad social. Teorías abstractas son las que producen la perniciosa idea de una libertad ilimitada...»

Su máxima fundamental era que, el sistema de gobierno es perfecto cuando produce mayor suma de felicidad posible, mayor suma de seguridad social y mayor suma de estabilidad política (1). Aplicadas estas sumas á las necesidades de Améri-

tificar los temperamentos robustos, acostumbrados á ellos; pero que oprimen, arruinan y embriagan á los débiles y delicados, que no están hechos á su uso... Si acaso intentan sacudir el yugo, se extravían tanto más de la libertad, cuanto que tomando por ella una licencia desordenada, que le es enteramente opuesta, sus revoluciones los abandonan casi siempre á seductores que no hacen sino agravar sus cadenas. El mismo pueblo romano, este modelo de todos los pueblos libres, no estuvo en estado de gobernarse por sí, al salir de la opresión de los Tarquinos. Envilecido por la esclavitud y los trabajos ignominiosos que ellos le habían impuesto, al principio no fué más que un estúpido populacho, á quien era preciso gobernar con la mayor prudencia, para que, acostumbrándose poco á poco á respirar el aire saludable de la libertad, estas almas enervadas adquiriesen por grados esta severidad de costumbres y este valor constante que, en fin, hicieron de ellas el más respetable de todos los pueblos.

(1) Después de Bolívar, Balmes ha hecho consistir la perfección social *en un triple punto hacia al cual debe tender la sociedad.* Cuando, dice, la más grande suma de inteligencia posible, cuando la mayor suma de moralidad posible, cuando la más grande suma de bienestar posible, sea procurada al mayor número posible. *El poder público, pues, no debe hacer otra cosa que fomentar y proteger esta marcha. De aquí se infiere que cuando el individuo se somete al poder, es por un precepto que le impone su propio interés.*

ca, resultaba, según su cálculo, un *déficit*, incapaz de ser cubierto por los gobiernos proclamados en aquella época. En fin, «los códigos, dice, los sistemas, los estatutos, por sabios que sean, son obras muertas que poco influyen sobre las sociedades: ¡hombres virtuosos, hombres patriotas, hombres ilustrados constituyen las repúblicas!» ¿Podéis imaginar política más sana, ni más ilustrada? ¡Oh libertad indefinida! Tú fuiste la caja de Pandora en Francia durante la época del terrorismo, y Robespierre hizo de tí el instrumento de sus asesinatos. Cromwel invocó tu terrible nombre para degollar á Cárlos I y ejercer sobre sus conciudadanos un despotismo asiático. Bolívar se ha horrorizado al contemplarte: ha querido proscribirte como filósofo, como legislador y como guerrero. Náda más prueban sus dichos y hechos. ¿Y esto se llama aspirar á la tiranía?

. . . .

No es menos digno de observación un hecho que realza demasiado el talento político de nuestro héroe; este es su empeño por la reunión del Congreso de Panamá. Nada era más interesante para la paz y estabilidad de nuestro continente que esta dieta célebre. A la verdad, si por nuestra desgracia no se hubiese frustrado, ahora respiraríamos en la dulce atmósfera de la tranquilidad, en medio de goces que aun esperamos, y quizá jamás llegaremos á poseerlos.

¡Oh LIBERTADOR! Yo bien sé que todas vuestras ideas se han desechado, no sólo como quiméricas, sino como perniciosas. Empero, ¿merecía la pena de que se le tratase tan cruelmente? ¿Por qué atribuir á miras siniestras todas las expresiones que emitía con esa franqueza de ánimo, propia de un hombre libre? ¿Por qué á Washingthon no le calumniaron sus compatriotas por haberse opuesto fuertemente al federalismo? ¡Ah! lo único que resulta es que Washington vivió en un país lleno de virtudes sociales; en un país de luces que tenía en su seno á los Franklin, á los Jefferson, los Adams; en un país, en fin, donde la libertad cuenta muchos lustros, y donde se emiten las opiniones sin que los sarcasmos de los envidiosos puedan ofender á los héroes; y que Bolívar no pudo tener esta dicha. La mayor prueba de que él no aspiraba á la tiranía es haber perdonado generosamente á los traidores que asestaron su vida el 25 de Septiembre del año 1828. Estos *setembristas* (así llamaban en Francia á los asesinos del aciago 2 de Septiembre del año 92),

estos setembristas, digo, fueron convencidos de su delito: el LIBERTADOR podía haberlos hecho decapitar, bajo la égida verdadera ó aparente de las leyes; y sin embargo, prefirió vivir más bien en una continua alarma, que adoptar una política sanguinaria. Tan digno de elogio se manifestó en esta ocasión, que se le podían aplicar las palabras de san Ambrosio sobre la clemencia del emperador Valentiniano: *Immemor imperii, memor tantum germanitatis*. Se olvidó de su grandeza al ver que sus enemigos eran sus conciudadanos, y muchos de ellos amigos y confidentes.. . . . .

. . . .

Pero nada pudo hacerle vacilar: él sufrió con una grandeza de alma todos los sarcasmos hasta el último momento de su vida...

«He sido víctima, dice en su última alocución, he sido víctima de mis perseguidores, que me han conducido á las puertas del sepulcro. Yo les perdono.» Napoleón, disponiéndose para morir, respiraba cólera y venganza contra la coalición que le destronó. Bolívar perdona á sus perseguidores que han querido arrebatarle la vida y la fama, bienes estos más preciosos que todas las coronas del mundo. . . . .

. . . .

J. J. OLMEDO

Cuando en el número 2.° del *Semanario Eclesiástico* publiqué una crítica del *Canto á Bolívar*, se burlaron altamente de mí; dijeron que yo no era hombre para criticar á Olmedo, y poco faltó para que me silbaran como á un pobre diablo. El tiempo ha venido á manifestar que ellos eran los *pobres diablos* y que mi crítica ha sido muy razonable. Para confirmar esto basta leer el elogio de Olmedo, por Torres Caicedo, en el *Correo de Ultramar*, números 185 y siguientes. «Todos cuantos han leído, dice, el *Canto á Junín*, convienen en que la aparición de Huayna Capac es de un efecto admirable que satisface á la necesidad en que se había puesto el poeta de celebrar esos dos

grandes hechos de armas; y esto sin faltar á la unidad de sugeto, sino sólo aprovechándose de la mayor libertad y viveza que debía reinar en la poesía lírica. Además, por su mérito literario, la dulzura de su versificación, lo elevado de los pensamientos, la nitidez del lenguaje y lo rico de la vena, este incidente es de lo mejor que tiene el canto.»

En la época que hice mi crítica no había visto los votos que posteriormente han dado los literatos: sólo me fundé en mis propias ideas, tomadas del estudio que he hecho sobre las bellezas poéticas. Véase lo que tengo escrito, que es casi lo mismo que dice Torres Caicedo.

«La aparición del Inca es una máquina poética tan hermosa, que no se encontrará cosa semejante, según mi pequeño modo de concebir, ni en Homero, ni en Virgilio, ni en el Tasso, etc. Es una imitación de la profecía de Anquises, en el libro 6.° de la *Eneida*. Pero esta imitación es superior al original. El cantor de Eneas hace hablar al príncipe troyano de las futuras glorias y calamidades de los romanos, para tomar de aquí ocasión de elogiar á Augusto y á su joven sobrino Marcelo. Esta es una pura idea del poeta. El cantor de Bolívar pone en boca de Huayna-Capac un discurso que, á excepción de algunos períodos, es el mismo que pronunciaron Huáscar, Atahualpa y Manco-Inca. Véase la historia de Garcilaso. En una palabra, esta ficción es la más verosímil entre todas las apariciones de divinidades, fantasmas, furias, espectros, etc., de los poetas más famosos. Por manera que el señor Olmedo ha observado literalmente el precepto de Horacio en su poética.

Ficta voluptatis causa, sint proxima veris;

y de aquí resulta aquel apasionarse el lector americano de una multitud de ideas, que hace nacer esta visión con respecto á su patria, mucho mejor que los cuentos de Homero y el pasaje tan patético de Virgilio: *Tu Marcellus eris...*, que hizo derramar lágrimas á Octavia y á su hermano Augusto.»

Hé aquí que mi crítica ha sido conforme con la de los mejores literatos; y mi modo de ver quizá superior al de aquellos. Compárense los juicios con imparcialidad, y se verá quién ha tenido razón.

Torres Caicedo, continuando el elogio de Olmedo, dice: El ilustrado chileno, Miguel L. Amunátegui, ha calificado de *fantasmagoría ridícula* ese incidente del poema de Junín; nosotros

tenemos por más exacto y justo lo que acerca de esto decía Bello en 1829... «Nada hallamos, pues, de reprensible en el plan del *Canto á Bolívar*, pero no sabemos si hubiera sido conveniente reducir las dimensiones de este bello edificio á menor escala, porque no es natural á los movimientos vehementes del alma, que sólo autorizan las libertades de la oda, el durar largo tiempo.»

La crítica de Amunátegui no merece la pena de ser contestada; pues se puede decir, en dos palabras, que habló con preocupación, ó no meditó lo que escribía. En cuanto á Bello, es claro que la duración del *canto* depende de la profecía del Ynca, y siendo esta la parte más bella del *canto*, el defecto, si lo hay, es casi nulo.

Yo critiqué también el principio del *canto*, que dice así:

«El trueno horrendo que en fragor revienta
Y sordo retumbando se dilata...»

«Lo primero que ocurre, dije, al leer la *Victoria de Junín*, es el entusiasmo con que el poeta rompe el silencio y se arrebata inmediatamente á la *inflamada esfera*, según su expresión. En efecto, el estro lírico, á vista del grandioso objeto que iba á cantar, no permitía esta plácida introducción que observamos en la *Eneida...*»

Bolívar, según la relación de Torres Caicedo, había desechado este modo de introducirse, en una carta dirigida al poeta. Véase lo que éste le contestaba: «Todos los capítulos de las cartas de V. merecerían una seria contestación; pero no puede ser ahora. Sin embargo, ya que V. me da tanto con Horacio y con su Boileau, que quieren y mandan que los principios de los poemas sean modestos, le responderé que eso de reglas y de pautas es para los que escriben didácticamente, ó para la exposición del argumento en un poema épico. ¿Pero quién es el osado que pretenda encadenar el genio y dirigir los raptos de un poeta lírico? Toda la naturaleza es suya: ¿qué hablo yo de naturaleza? Toda la esfera del bello ideal es suya. El bello desorden es el alma de la oda...»

Obsérvese, pues, que yo, sin haber hablado con Olmedo, ni haber visto la crítica de Bolívar, ni de nadie, he tenido el mismo pensamiento de Olmedo en cuanto al principio de su canto. De aquí podrá inferir el lector imparcial, que todo lo que he

dicho sobre la *Victoria de Junín*, en el *Semanario Eclesiástico*, está arreglado á la sana crítica y al buen gusto.

Olmedo no sólo cantó á Bolívar, sino también á Flores, por el triunfo de Miñarica; pero si es sublime en el primer canto, es inferior en el segundo. No podía ser de otra suerte, porque los objetos grandiosos son los que animan y dan todo el valor á los poemas. Miñarica dista mucho de Junín en toda la extensión de la palabra. Oigamos sobre esto á un escritor imparcial: «Desgraciadamente, este canto, dice Torres Caicedo, se compuso en circunstancias tan diferentes de las que existían cuando el poeta recibió la inspiración de su primero é inmortal poema... Da pena ver que Olmedo hubiese consagrado su inspiración á inmortalizar una lucha intestina, una guerra fratricida. Y sin embargo, había una voz que le gritaba al poeta: *¡No cantes!* Y el poeta, que nos confiesa haber oído esa voz sonora y grave, voz de la sabiduría y del patriotismo, no quiso oirla y cantó.»

La última estrofa, que comienza así:

Rey de los Andes, la ardua frente inclina,
que pasa el vencedor...!

me parece muy atrevida. Un poeta, hablando del pasaje de Aníbal por los Alpes, dice que éstos se *inclinaron*. Aníbal y su ejército de 80 á 90 mil hombres, atravesando los Alpes para destruir á Roma, es en efecto una cosa grandiosa. Flores, pasando por el pie del Chimborazo con 600 ó 700 libertos y esclavos para destruir la libertad ecuatoriana, sostenida por corazones patrióticos, y no por cónsules y soldados romanos, es una cosa muy pequeña. Cuando Bonaparte, después de la paz de Campo Formio, se presentó al Directorio, Barrás le dirigió un discurso que comenzaba con estas palabras: «Cuando los Apeninos, las rocas del Tirol y la Carintia se abatían bajo vuestros pasos...» esto era sublime. ¡Qué ejército! ¡qué jefe! ¡qué obstáculos! ¡qué objetos tan grandiosos conquistados para la República francesa!

Entre todas las piezas delicadas de Olmedo, la que más me gusta es su *retrato*, dirigido á su hermana:

¡Qué dignos son de risa
esos hombres soberbios,
que piensan perpetuarse
pintándose en los lienzos!

De blasones ilustres
sus cuadros están llenos,
de insignias y de libros
y pomposos letreros.

De este modo, ellos piensan
que sus retratos viejos
serán un gran tesoro
á sus hijos y nietos;

y que todos los hombres
del siglo venidero
su arrugada figura
mirarán con respeto...
. . . .
. . . .

Mucha filosofía, sencillez y moralidad atractiva reinan en todo este bello poema.

Las demás composiciones del bardo del Guayas tienen un mérito nada vulgar, tanto por los asuntos como por su versificación hermosa: son raros los versos duros ó flojos. En suma, Olmedo es uno de los poetas que honran la América y el Parnaso.

Carta crítica sobre el poema intitulado, «Victoria de Junín, canto á Bolívar, por J. J. de Olmedo.»

Mi estimado amigo: No sé cuál será su fundamento para recurrir á mis escasas luces con el objeto de esclarecer sus dudas sobre el poema que se intitula *Victoria de Junín, canto á Bolívar*. Si no conociese el carácter de V. diría que su pregunta era por burlarse de mí. Porque si se tratase de la *Iliada*, de la *Eneida*, de la *Jerusalén* del Tasso, etc., ya podría decir algo con acierto; no tuviera otra cosa que hacer, sino copiar algunos párrafos de tantos libros buenos que hay en pro y en contra de aquellos poemas. Pero querer hablar con tino de una pieza original, es decir algo más de lo que pueden mis fuerzas, que jamás se han ejercitado en servir á las musas. Sea lo que fuere: V. me

insta, y voy á darle gusto, bajo la inteligencia de que mi dictamen, bueno ó malo, quizá nunca verá la luz. (1)

Yo entro solo en este sendero; quiero decir, que no he leído otra crítica que la de J. J. de Mora, inserta en el *Correo Literario y político* de Londres, núm. 2.°, que más bien debe llamarse un panegírico exagerado que un juicio imparcial. Cuando esto se hace con método, ciencia y buen gusto, enseña mucho más que todos esos centones de obras didascálicas que por lo común carecen de buenos ejemplos, sea por falta de discernimiento en el compilador, ó por estar destituídos de bellos modelos en el idioma en que se escribe. Tal es, sin duda, el defecto de las Lecciones de Blair, así en el original inglés como en la traducción castellana por Munarriz, según el sentir de buenos críticos.

Lo primero que ocurre al leer la *Victoria de Junín*, es el entusiasmo con que el poeta rompe el silencio y se arrebata inmediatamente á la *inflamada esfera*, según su expresión. En efecto, el estro lírico, á vista del grandioso objeto que iba á cantar, no permitía esta plácida introducción que observamos en la *Eneida:*

Ille ego, qui quondam gracili modulatus avena
Carmen...

Si esta primera estrofa hubiese sido dictada por el buen gusto, habría llegado al sublime; pero desgraciadamente no lo es, como se verá luego.

La conclusión del poema es digna de atención. A la vehemencia de los primeros acentos sucede la calma, y á esta calma el reconocimiento de la musa que le ha inspirado. Aquí todo es natural en el pensamiento y en los versos.

Mas ¿cuál audacia te elevó á los cielos,
humilde musa mía? ¡Oh! no reveles
á los seres mortales
en débil canto arcanos celestiales,
y ciñan otros la apolínea rama.
. . . .

(1) Así creía el autor de esta carta en otras circunstancias; pero estas han variado ahora, y quizá la lectura de ella no será enteramente inútil.
Hay algunas críticas minuciosas que en un país muy ilustrado serían supérfluas; mas en el nuestro son necesarias, á fin de que los jóvenes se aficionen á la bella literatura.

Yo volveré á mi flauta conocida
libre vagando por el bosque umbrío,
. . . .
que matiza la margen de mi río.

Se nota en la mayor parte del canto bastante elocuencia filosófica y moral. Tal es, entre otras, la estrofa que comienza:

Las soberbias pirámides que al cielo
el arte humano osado levantaba,
. . . .
ludibrio son del tiempo, que con su ala
débil, las toca, y las derriba al suelo
. . . .
Entre la sombra del eterno olvido,
¡oh de ambición y de miseria ejemplo!
el sacerdote yace, el Dios y el templo.

La aparición del Inca es una máquina poética tan hermosa, que no se encontrará cosa semejante, según mi pequeño modo de concebir, ni en Homero, ni en Virgilio, ni en el Tasso, etc. Es una imitación de la profecía de Anquises, en el libro 6.° de la *Eneida*. Pero esta imitación es superior al original. El cantor de Eneas hace hablar al príncipe troyano de las futuras glorias y calamidades de los romanos, para tomar de aquí ocasión de elogiar á Augusto y á su joven sobrino Marcelo. Esta es una pura idea del poeta. El cantor de Bolívar pone en boca de Huaina-Capac un discurso que, á excepción de algunos períodos, es el mismo que pronunciaron Huáscar, Atahuallpa y Manco-Inca. Véase la historia de Garcilaso. En una palabra, esta ficción es la más verosímil entre todas las apariciones de divinidades, fantasmas, furias, espectros, etc., de los poetas más famosos. Por manera que el señor Olmedo ha observado literalmente el precepto de Horacio en su poética:

Ficta voluptatis causa, sint proxima veris;

y de aquí resulta el apasionarse el lector americano de una multitud de ideas, que le hace nacer esta visión respecto á su patria, mucho mejor que los cuentos de Homero y el pasaje tan patético de Virgilio: *Tu Marcellus eris...*, que hizo derramar lágrimas á Octavia y á su hermano Augusto.

La versificación es, por lo común, fluida y proporcionada al

asunto. Esto hace conocer que entiende el uso y mecanismo de nuestro verso, no como aquel pedante de Bogotá, que compuso un entremés intitulado *Las convulsiones*, en versos endecasílabos pareados y estilo sacrílegamente chocarrero. A esta clase de obras llamaban los romanos comedias tabernarias. ¿Qué idea tendría este buen hombre de nuestras composiciones dramáticas? ¿Se podrá aplicarle estos versos de Despreaux?

Un sot, en ecrivant fait tout avec plaisir,
il n'a point en ses vers l'embarras de choisir;
et toujours amoreux de ce qu'il vient d'ecrire,
ravi d'etonnement, en soi même il s'admire.

Que imitaría así:

Un escritor tolondrón
todo lo hace con placer
á pesar de no tener
en sus versos elección.
De amor propio en un abismo
se transporta por su escrito;
contémplale de hito en hito,
y se remira en sí mismo.

Pero la crítica imparcial no debe limitarse á observar lo bueno y ocultar los defectos. Estos son inevitables en todas las producciones del espíritu humano; y se puede decir que los hay notables á la par de las bellezas de un poema. Homero, Virgilio, Milton, el Tasso, etc., no están exentos hasta del ridículo. Bien es verdad que el legislador del buen gusto, cuya autoridad no debe causar tedio aunque se repita ¡varias veces en esta materia, Horacio, digo, nos asegura que, cuando hay muchas cosas estimables en las poesías, no debemos inculcar demasiado sobre algunas faltas: se entiende cuando estas no sean sustanciales.

Verum ubi plura nitent in carmine, non ego paucis
offendar maculis, quas aut incuria fudit,
aut humana parum cavit natura.

¿Cuáles son, pues, en la *Victoria de Junín*? Hélas aquí, según mi modo de juzgar. La primera estrofa, respecto de la segunda, es retumbante, hinchada y fría. Dice así:

El trueno horrendo que en fragor revienta
y sordo retumbando se dilata
por la inflamada esfera,
al Dios anuncia que en el cielo impera.
Y el rayo que en Junín rompe y ahuyenta
la hispana muchedumbre.

. . . .

Y el canto de victoria
que en ecos mil discurre ensordeciendo,
proclaman á Bolívar en la tierra
árbitro de la paz y de la guerra.

Prescindiendo ahora de la cuestión sobre la naturaleza de la poesía, si consta en la ficción, ó no; digo que la primera estrofa es fría, porque debió precisamente, con relación á la segunda, tener una ficción poética que la animase. El verso último, *al Dios anuncia que en el cielo impera*, es una verdad tan brillante cuanto son los órganos por donde ella se nos trasmite: la revelación y la razón. Ahora bien: comparemos esta verdad luminosa con los últimos versos de la segunda estrofa; y al leerlos se queda yerto el lector cristiano. Se dice que Dios es dueño del rayo celeste con independencia, y lo mismo Bolívar del de la guerra. Esto último es una ficción y lo primero una verdad. Hé aquí puestas en paralelo dos cosas que pugnan entre sí, y se oponen á todo sentimiento religioso. Esto, en buen castellano, se llama blasfemia. Luego todo el pensamiento, queriendo elevarse al sublime, se ha quedado hinchado y retumbante, sin ser capaz de acalorar una imaginación medianamente perspicaz. El sublime no dista mucho del ridículo, se ha dicho repetidas veces, imitando este verso de Horacio:

In vitium ducit culpæ fuga, si caret arte

Así que, debió en la primera estrofa decirse de esta manera, ú otra semejante, sin perder el metro:

A Jofe indica que en el cielo impera.

Entonces la explosión del trueno viene muy bien á la ficción del poder absoluto de Júpiter; entonces Bolívar puede dividir el suyo con esta divinidad quimérica, y ser árbitro en la tierra;

en fin, se hace una bella imitación de estos versos de Virgilio en honor de Augusto:

Tota pluit nocte, redeunt spectacula mane:
Divisum imperium cum Jove Cesar habet.

Se dirá, tal vez, que Bolívar es un subalterno del Dios que en el cielo impera. Yo también creo que se debe entender así; y que, por consiguiente, resulta una linda loa, en versos de colegio. Nada poético hay bajo este aspecto. El bello ideal, si pudiese darse aquí, consistiría en que Bolívar fuese árbitro de la paz y de la guerra; y esto solamente se consiguiera, como he dicho, por una ficción en la primera estrofa. Aun en este caso, todo vendrá á reducirse al citado pensamiento de Virgilio, que es una ingeniosa bagatela, según la expresión de un excelente crítico. Véase el Diccionario histórico universal, art. *Virgile*.

Algunos criticadores que se jactan de tener narices fruncidas, tal vez querrán aplicar al Sr. Olmedo los siguientes versos de Horacio, contra los poemas que comienzan retumbando:

Nec sic incipies ut scriptor cyclicus olim
fortunam Priami cantabo, et nobile bellum
quid dignum tanto feret hic promissor hiatu?
(Art. Poet.)

. . . .

Ni has de empezar diciendo,
como el otro poeta adocenado,
cantar del celebrado
Príamo la fortuna y guerra emprendo.
¿Qué saldrá, al fin, de esta arrogante oferta
pregonada con tanta boca abierta?

. . . .

(Traducción de D. T. de Iriarte.)

En la pintura de los caracteres no es siempre feliz el poeta. Por ejemplo: el Inca es á las veces ignorante ó incrédulo. Obsérvense los versos que siguen: ellos son una fuerte diatriba, sin algún fundamento, contra los españoles conquistadores y su religión:

Guerra al usurpador. ¿Qué le debemos?
¿Luces, costumbres, religión ó leyes?

¡Si ellos fueron estúpidos, viciosos,
feroces, y por fin supersticiosos!
¿Qué religión? ¿La de Jesús?... ¡Blasfemos!
Sangre, plomo veloz, cadenas fueron
los sacramentos santos que trajeron.
No estableció la suya con más ruina
el mentido profeta de Medina.

Nada es bello sino lo verdadero, ha dicho Boileau; y muchos hombres de gusto depurado han suscrito al pensamiento del legislador del Parnaso. Sea de esto lo que fuere: para el caso presente basta saber que aunque el Inca hubiere sido un idiota en carne mortal, no le conviene este carácter, hallándose en las *regiones de luz y de verdad*, como dice el mismo poeta en su última nota. Es cosa que se puede demostrar por la historia, que nuestros antepesados no nos trajeron más religión que la de Jesús: ellos ciertamente no fueron herejes, ni incrédulos: profesaron el Cristianismo, tal como se observaba en toda la nación; luego es una calumnia ó ignorancia decir lo contrario. Este carácter puede convenir á un sér revestido de pasiones innobles; pero los inmortales no son embusteros. Menos que el Inca use del lenguaje de *Eponamón* ó diablo de los araucanos, el cual dice mil mentiras contra los españoles, en pluma de D. Diego Santistevan Osorio, continuador de la *Araucana* de Ercilla.

¿Y es verdad que los españoles fueron estúpidos? Esta cuestión tiene sus interesados, y allá se avengan. Así que me contraigo solamente á su creencia, asegurando á V. que aunque tal vez se pudieran tolerar las citadas expresiones en una sátira ó epigrama, no es posible en boca de un hombre revestido del carácter que se le atribuye. De otra suerte, tampoco nosotros tendríamos religión verdadera; pues la que profesamos es la misma que la del *divino Casas* y del *iracundo sacerdote Valverde*, como los llama el poeta. Confundir la religión con el modo de plantarla, es faltar á las reglas de lógica y buen gusto. Paréceme que no se extienden á tanto las licencias que se despachan por la covachuela de Apolo. ¡A cuántos lectores incautos es capaz de sofisticar esta raposería! Ella necesitaba siempre de un correctivo, que no excluye la indulgencia de Horacio. Por esto dice muy bien Bentham, en su advertencia al tratado de los *sofismas anárquicos:* «Aprobamos la crítica lite-

raría que analiza con el mayor rigor las expresiones de un poeta: adquirimos mérito en corregir una palabra supérflua, un término obscuro, una frase equívoca, y juzgamos que contribuye á la perfección del arte el que discierne los defectos más ligeros.»

Fuera de que la Religión no se estableció por los soldados que nos trajeron *plomo veloz*, sino por los varones apostólicos que inmigraron luego á América. Las bayonetas y cananas fueron un medio de que se valió la Providencia para tremolar el estandarte de la cruz en la tierra del sol y del monstruoso Vitziliputzili. Para Dios todos los medios son indiferentes: Él sabe sacar partido de la ambición de César y del desinterés de Cincinato; de la paciencia de Job y del furor de Jezabel.

Otras veces el Inca habla en guirigay. Con efecto, no se sabe qué quiere decir:

Yo con riendas de seda regí el pueblo,
y cual padre le amé...

La suavidad ó blandura (que eso significa aquí la seda) no debe referirse á la materia de las riendas, sino al modo de manejarlas. Poco importará que éstas sean de seda, de beta ó de cadenillas de hierro, si se las tuviese tirantes: el caso es que estén flojas. Son, pues, las tales *riendas de seda* una metáfora embrollada y ridícula. ¿Quién ignora que con una rienda de metal se puede hacer mucho bien y causar grandes males con un cordón de seda? Cuando Carlos V publicó guerra al Papa Clemente VII por haberse confederado con Francisco I de Francia, se alistaron voluntariamente bajo las banderas imperiales muchos luteranos de Alemania (¡y cómo no lo habían de hacer, si la guerra era contra el Papa!): uno de ellos llevaba al cuello una tranzadera muy bella de seda; y preguntado sobre esto: «Llevo, dijo, para ahorcar con ella á Su Santidad.» Si el poeta hubiese dicho, *riendas de mantequilla*, habría sido más tolerable, porque aunque su metáfora fuese baja, es más natural que no se haga daño con semejantes riendas tan suaves. Un estado regido siempre con blandura, según la idea del autor, sería el más pernicioso y el más abominable. «Debemos aprobar, dice Cicerón, aquella mansedumbre y clemencia que por el bien de la República se hallan juntas con la severidad, sin la cual no es posible gobernar á los hombres.» *Illa proban-*

da est mansuetudo atque clementia, ut adhibeatur Reipublicæ causa severitas, sine qua administrari civitas non potest. (Lib. I de *officiis.)*

Sigue el Inca con otra que bien baila:

Yo fuí conquistador, ya me avergüenzo
del glorioso y sangriento ministerio;
pues un conquistador, el más humano,
formar, mas no regir, debe un imperio.

Confieso que esto es capaz de atolondrarme ó hacerme loco. Digo á V. así, porque son estos *mismísimos versos, nominatim,* elogiados como una bella máxima de política por J. J. de Mora, en la crítica que cité al principio de esta carta. ¿Cómo es posible que se engañen dos grandes genios, el uno escribiendo y el otro elogiando? Soy yo, sin duda, por lo menos, un tamaño molondro, á quien no le entran las *bellezas*: concedido. No obstante, el empeño en que me hallo de parlar á V. mis boberías, me obliga á decir que la tal máxima es una friolera ó más bien un dislate. Atienda V. primeramente que el *ministerio del conquistador* no se reduce á *formar,* sino á destruír imperios ó repúblicas. Ciro trastornó el imperio de los caldeos, Alejandro el de los persas, César la república romana, etc., etc.; y en nuestros días hemos visto á Napoleón arrasar la Europa y el Asia. En una palabra, ellos mandan, ellos respiran sobre los cadáveres de los Estados que han destruído. Observe V. en segundo lugar: si el conquistador *debe formar un imperio*, ¿por qué no podrá gobernarle, siendo la obra de sus manos? Si todo conquistador, *el más humano,* tiene su poca tiranía, según quiere darnos á entender el poeta, ¿cómo *deberá formar un imperio* que no se halle afeado con aquel vicio? Y un imperio de esta naturaleza, ¿quién será capaz de regirle, sino un tirano? Pero tal vez me dirá V.: ¿no ha visto á los artífices, cuando tienen que manejar piezas delicadas y sutiles, usar de pinzas y otros instrumentillos, que impiden la comunicación del sudor de las manos, á fin de no manchar la brillantez de la obra? Así, ni más ni menos, un conquistador, *el más humano,* debe valerse de *pinzas políticas* en la formación de un imperio, para que ni una pizca, ni un átomo de tiranía se introduzca en las partes constituyentes... *¿Quid rides?*

Tras esto, echa el Inca unos cuantos versos en honor de la libertad.

Oh libertad. . . . .
Ya tu imperio y tu culto son eternos;
y cual restauras en su antigua gloria
del santo y poderoso
Pacha-camac el templo portentoso,
tiempo vendrá, mi oráculo no miente,
en que darás á pueblos destronados
su majestad ingénita y su solio;
animarás las ruinas de Cartago;
relevarás en Grecia el Areopago,
y en la humillada Roma el Capitolio.

¿Creerá V., mi amigo, que aquí el carácter del Inca es no tener memoria ó ser tan salvaje como cuando era hijo del Sol? Vaya V. notando. Cualquiera que esté medianamente instruído en la historia romana, sabe el dicho de Catón respecto á la ruina de Cartago. Catón era el órgano de la política del Senado y del pueblo. Se sabe también que Roma, orgullosa en los días de su grandeza, no pudo sufrir rival: sojuzgó cuanto quiso. Ahora, compóngame V. esa resurrección del Capitolio con el Areopago y Cartago, y no sé cuántas restauraciones parecidas á la realidad del templo de Pacha-camac. Yo creo que es posible una libertad razonable; pero no soy capaz de persuadirme que ella, sea la que fuere, pueda combinar cosas contrarias, ó realizar lo que implica contradicción. Además, ¿sobre cuál estado del Capitolio insistirá esta santa profecía? ¿Si hablará de las bellas épocas de Nerón y Calígula, de Mario y Sila? ¿Anunciará la regresión de aquel tiempo en que la carta geográfica de Roma comprendía el inmenso espacio que hay desde la embocadura del Tigris hasta la del Tajo? ¿O querría decirnos que volverá á ser lo que fué, cuando sus límites apenas tocaban las faldas del monte Aventino?—Esto último parece posible y tolerable.—Pues señor mío, un poco más de extensión tiene ahora.—Es verdad; pero *Roma está humillada*.—¡Qué me dice V.! ¿Y por quién?—«Por un nigromántico, responden Montesquieu y Voltaire, que hace creer á los simples todo lo que él quiere.»—Y si Roma estuviera regida por Vds., caballeros, ¿se hallaría *humillada?* ¡Bah! que no. Tengan la bondad de escuchar un gracioso suceso y trái-

gase á cuento, en réplica á sus respuestas: «Había en cierto lugar un hombre hacendado y muy religioso: tenía en el oratorio de su casa una imagen N. á la que celebraba todos los años con mucho culto. Metiéronse los indios de la hacienda á querer imitarle; pero de manera que todo lo reducían á embriaguez, algazara y chacota. Irritado el amo, les prohibió el mezclarse de allí en adelante en sus operaciones. Así se verificó. No obstante, los indios fueron á murmujear tras los pilares y paredes, y se decían, riéndose, unos á otros: *¡Esta dizque es fiesta! ¡Que tal fiesta!...* Estas pobres gentes pensaban, sin duda, que la fiesta estaba *humillada*, porque no se hacía como querían ellos.»

Hasta aquí habrá observado V., querido amigo, que la mayor parte de mi crítica ha sido literaria. Permítame alguna vez hacer del político y del filósofo moralista, quizá sin practicar la moral, como se acostumbra en nuestro siglo. Digo así, porque me parece que V. precisamente me preguntará: ¿para qué quiere la restauración del Areopago? Sin duda para que veamos los bellos tiempos de la República de Atenas y el tren de sus filósofos. Pero la lástima es que otros no quieren ver nada de esto, diciendo «que era un populacho mal organizado, vano, ligero, ambicioso, celoso, interesado, incapaz de conducirse por sí mismo, y sin poder sufrir en sus jefes la fortuna que les debía... Un pueblo injusto para con sus aliados, ingrato para con sus mejores capitanes y cruel para con sus enemigos.» Tales son las expresiones de un filósofo, del autor de la *Felicidad pública.* Voltaire no se expresa con menos acrimonia contra los atenienses. Por lo que hace á los filósofos, estamos todavía peor. Sin hablar de los Pirrónicos, Scépticos, Cirenaicos, cuya doctrina minaba los fundamentos de la virtud y de los deberes; ni de los obscenos Cínicos, la moral de Sócrates, Platón, Aristóteles, Zenón y los Estoicos causa horror. Sus costumbres están perfectamente delineadas por Cicerón, Luciano, Quintiliano y Lactancio. La estrechez de esta carta no me permite citar los pasajes que prueban sus errores y su corrupción. A éstos desea el poeta, ú otros parecidos á éstos, que vengan á reemplazar á los moralistas del Evangelio. Mejor político era Herodoto, cuando decía con mucho juicio: «Si se concediere á los hombres la libertad de elegir las costumbres que les parecieren mejores, no hay duda que, después de haberlas examinado bien, no escogerían las de su país.»

Todo esto, y las doctrinas de libertad que ejecuta imposibles; ó por hablar con más claridad, de libertad que mete en un mismo saco á Roma y Cartago para que vivan en paz, como un par de pichones en su nido, ¿no pueden producir funestas consecuencias? Un cráneo enfático, un entusiasmo de pitonisa á favor de lo que llaman *liberalismo*, las creerá á pie juntillo, y querrá plantear entre nosotros cosas que se excluyen como el calor y el frío. De aquí resultara una cáfila de teorías, más ó menos ominosas: el optimismo puramente ideal, sin contar con los tiempos, las pasiones, las costumbres, las necesidades de los pueblos. Agréguese á esto la *humillación* de Roma, y se tendrá un lindo código para hacer que los hombres se devoren mutuamente. ¿No lo está V. viendo así? ¡Mi dulce amigo! al escribir estas líneas, me lleno de una profunda tristeza, y se me cae la pluma... Continuemos nuestras observaciones literarias para disipar este momento de melancolía.

Una severa crítica no puede menos que notar en el presente poema el uso de voces anticuadas, como *bullente, atambor*, *asaz*, etcétera, etc., sin necesidad. En este caso el *arcaismo* es un vicio, según la regla invariable de la bella literatura. Vea V. una prueba de esto en la siguiente estrofa:

Y en ágil planta, y en gentiles formas
dando al viento el cabello *desparcido*
de flores matizado,
cual las horas del sol raudas y bellas
saltan en derredor lindas doncellas
en giro no estudiado;
. . . .

En lugar del participio anticuado *desparcido*, se debe sustituir *esparcido* con más elegancia. Y como en este caso se pierde una sílaba por la concurrencia de la última de *cabello*, constrúyase el verso de esta suerte, sin perder los consonantes en los siguientes:

Dando ál viento cabellos esparcidos
de flores matizados,
cual las horas del sol raudas y bellas
saltan en derredor lindas doncellas
en giros no estudiados;
. . . .

Yo no puedo ser juez de mis producciones; pero me parece que la expresión *cabellos esparcidos*, en plural, es más natural y más enérgica que el *cabello desparcido*, en singular, ya porque se trata de muchas doncellas, ya por ser un lenguaje que está en uso.

A los literatos que se matan por voces de *antaño*, les dice burlándose D. Diego de Saavedra, en su *República Literaria*, que se tiñen las barbas por hacerse viejos, como otros por parecer mozos. «En todos los siglos, según el pensamiento de un crítico, el *arcaísmo* se ha reputado como licencia de aquellas que se permiten en el estilo, ó por una grave necesidad, ó por particular gracia, y no muy á menudo, siendo principalmente muy bien recibido en lo burlesco.» Quevedo tenía los mismos sentimientos, cuando chiflaba á los afectadores del lenguaje anticuado. En la dedicatoria de la *culta latiniparla*, dice: «y á poder de exorcismos se descubrieron dos medios renglones (en un papel de D.ª Escolástica Polianthea de Calepino), que iban en hábito de *Pacuvios*, y le lanzamos los *obsoletos* como los espíritus.»

También su poquito de neologismo, sin necesidad. Allá van las pruebas:

Que de India y Tiro y Menfis opulenta
curiosos *mercadantes* le encarecen.
. . . .
Arena, muerte, asolación, espanto
difunde por *doquier:* todo le cede...

Estos versos bien pueden tener lugar en la graciosa epístola á Andrés, de D. Leandro Fernández de Moratín que empieza: «Quieres casarte, Andrés?...» y prosigue:

Si tus atriles, bonancibles años
que meció cuna en menear dormido,
del bostezante sueñecito umbrátil
. . . .

Es un disparatorio hecho con una crítica muy fina y chistosa contra los neólogos. Los bellos versificadores Meléndez, Arriaza, Cienfuegos, etc., están llenos de estas expresiones flamantes, que nada dicen ni al oído, ni á la imaginación, ni al corazón. Punto delicadísimo es la introducción de voces nuevas: es un

caso reservado, cuya absolución no suele despachar Apolo sino con mil cortapisas. Véase la carta de Fenelón á la Academia francesa, y la del sabio benedictino Feijoo, que es la 33.ª del tomo I de *Cartas eruditas.*

Aunque no se quiera juzgar el presente poema según todas las reglas de la epopeya, sin embargo, se debe notar si tenga ó no unidad; y á pesar de que parezca salvarse ésta con maestría por el discurso del Inca, se hacen muy visibles los objetos dispares, Junín y Ayacucho, Bolívar y Sucre. Se necesita, pues, de un grande esfuerzo de genio para unir los héroes en uno. Este empeño se parece al de un geómetra, que á fuerza de infinitésimas trata de aproximar dos cantidades inconmensurables. Homero no está libre de esta falta; pues Héctor y Aquiles, griegos y troyanos, no son subalternos para producir la unidad épica: cada uno de ellos es un héroe distinto, que fija la imaginación del lector, y mucho más Héctor, contra la idea del poeta. En consecuencia, para reducirlos á un solo punto de vista, es preciso usar de mucho artificio: defecto que se opone al *simplex et unum*, según el precepto de Horacio:

Denique sit quodvis simplex dumtaxat et unum

No obstante, cuando en las faltas manifiesta el escritor mucha habilidad, se le perdonan fácilmente; porque entonces, aunque carezca de gusto, suple el genio. «Una especie de irregularidad, dice el abate Trublet, es más picante en la belleza del espíritu que en la del rostro.»

¿Omitiré otro defecto, que quizá me parecerá tal, por falta de penetración? Es la dureza de muchos versos; v. gr.:

Y el rayo que en Junín rompe y ahuyenta:
. . . .
Lento el caballo, perezoso el plomo:
. . . .
El vencedor del vencedor de Europa:
. . . .
Votos y negra sangre y hiel brotando.
. . . .

Usted sabe que para discernir esto, la mejor regla es el buen oído. Hay ocasiones en que tanto el poeta como el versificador carecen de él. Lo propio sucede con el entusiasmo, y entonces

se toma el falso por el verdadero. Algunas personas son tan felices en la armonía métrica, que raras veces la pierden. Tal es Lope de Vega, entre los españoles y Luís Racine entre los franceses. La belleza de los versos de éste llenaba de admiración á Voltaire.

Aquí iba á concluir esta carta; pero se me hace un grave caso de conciencia pasar la sensación que produce el *Canto á Bolívar*, al cerrar el libro. ¿Y cuál es esta sensación? La misma que se experimenta al leer el poema de la *Religión natural*, de Voltaire. No se encuentra siquiera un rasgo de Religión, siendo ésta la única que ha formado los grandes poetas. El Inca, que podía decirnos algo acerca de esto, no hace sino echar unas cuantas palabrotas sobre la superstición, el fanatismo, el Dios-Sol, el templo de Pacha-camac. Ya sabe V. á qué se reducen estas pobreterías filosóficas. (Hablemos sin rodeos: *La victoria de Junín, canto á Bolívar*, es una producción seca y descarnada, que á excepción de algunos buenos versos, está tan distante del sublime, cuanto es la diferencia entre el fuego del verdadero genio y el frío hálito del filosofismo).

Tal vez me dirá V.: ¿qué tiene que hacer la Religión con esto, ni con otras producciones? ¿Qué tiene?—Pues sepa que el alma de la poesía, principalmente en las máquinas, no es otra que lo maravilloso de la Religión. La Henriada, Alzira, Zaira, exceptuando los rasgos religiosos, no valdrían tanto. Juan Bautista Rousseau, ¿cómo se ha elevado á la dictadura lirica entre los modernos, y por qué le llaman el Horacio francés?—Por sus odas sagradas. A Racine y Corneille, ¿quiénes les inspiraron sino las musas religiosas? *Athalia* y *Polyeucte* ¿no son las obras maestras de estos grandes genios? «Si es propio de la poesía, dice L' Harpe, animar y personificar todo, se ve que nada es más poético que el estilo de los salmos y de los profetas. Todo en ellos toma una alma y un lenguaje.» En efecto, cuando el célebre La Fontaine leyó por primera vez la profecía de Habacuc, quedó extático al contemplar aquellas imágenes brillantes y arrebatadoras que aun no las había encontrado en los poetas que manejaba. En verdad, ¿puede darse otra igual á esta? *Sol et luna steterunt in habitaculo suo, in luce sagittarum tuarum, ibunt in splendore fulgurantis hastæ tuæ.* «El sol y la luna permanecieron quietos en su lugar por la luz de tus saetas, y caminarán con el esplendor de tu lanza que deslumbra.» El

profeta habla aquí de la interrupción del curso del sol y de la luna en tiempo de Josué. Nos pinta, pues, estos dos astros detenidos por la sorpresa que les causaba la luz que despedían las saetas y las lanzas que manejaban Josué y los israelitas por orden de Dios. Y si hubieran querido caminar, ya no habría sido para derramar su luz, sino para recibir de los brillos de las armas israelíticas: *ibunt in splendore fulgurantis hastæ tuæ.* Justamente se detuvieron como avergonzados. ¡Qué poesía tan sublime! Aquí nada hay exagerado: ¡Dios despide rayos de indignación contra sus enemigos, ó saetas y lanzas de fuego, según dice el profeta; y estos rayos, este fuego divino pueden asombrar á todo el universo y eclipsar los astros más brillantes.

Es verdad que Boileau se aspa á gritos:

De la foi d' un chretien les mistères terribles
d' ornements égayes ne sont point susceptibles.

. . . .

De la fe cristiana los dogmas terribles,
de adornos festivos no son susceptibles.

Pero también es cierto que es muy difícil responder si no son adornos *égayes* los castos amores de Adán y Eva en pluma de Milton; y en la de Fenelón, las dulzuras del cielo, incomparablemente superiores al Elíseo de la Eneida. (*Télémaque,* lib. 19).

Desde que los filósofos empezaron á mirar la Religión como contraria á las bellas artes y á las bellas letras, se ha tenido el cuidado de demostrarles lo contrario; y ahora creo que Boileau cuenta muy pocos sectarios; es decir, aquellos que tienen interés peculiar en dar al través los dogmas católicos. «Hay dos cosas, dice Pascal, en las verdades de la Religión: una belleza divina, que las hace *amables*, y una santa majestad, que las constituye venerables.» O según el excelente pensamiento de Guenard: «La Religión se parece á esa nube milagrosa que guiaba á los israelitas en el desierto: brillante por un lado, y obscura por el otro; si todo fuese tinieblas, la razón, sin ver nada, huiría lejos con horror de este espantoso objeto.» Véase, pues, la Religión bajo estos dos objetos, y quedará disipada la absoluta de Despreaux.

Yo quiero, en conclusión, probar á V. con un argumento de hecho, que sin Religión no hay poesía. Sabe V., y si no sépalo

ahora, que críticos de primer orden dicen que la *Iliada* fué compuesta sobre el modelo del sublime cántico de Débora. Virgilio imitó á Homero; y hé aquí que los únicos poemas épicos excelentes de lá antigüedad, no son más que imitacionesde los acentos de una mujer inspirada por Dios. Luego cualquiera que no esté penetrado del entusiasmo religioso, no será sino un bello versificador, y quizá un hombre sin genio, según la expresión de Chateaubriand.

Amigo, V. estará ya fatigado con mi prosa; y así, concluyo, asegurándole mis respetos y adhesión, etc. (1).

JOSÉ IGNACIO MORENO

At mihi nunc narraturo vitam defuncti hominis, venia opus fuit: quam non petissem, ni cursaturus tam sœva, et infesta virtutibus tempora.
(TACIT. *vit. Agricol.*)

Nació en Guayaquil, patria de muchos hombres ilustres, el día 30 de Julio de 1767. Fueron sus padres D. José Ignacio Moreno y D.ª Ana de Silva Santistevan. Su juventud fué tan arreglada, que se puede decir, sin exageración, lo que el sagrado texto, hablando del joven Tobías, á saber: que en los primeros años de su vida no cometió vicio alguno de los que se notan en semejante edad, y que mientras los otros jóvenes iban á adorar los becerros de oro, erigidos por Jeroboam, él sólo huía de la sociedad de los demás para ir al templo de Jerusalén. En efecto, el joven Moreno, por su modestia, por su asistencia continua

(1) Esta *Carta crítica* ha permanecido inédita en su mayor parte hasta el presente. Comenzó á publicarse en el *Semanario Eclesiástico*, periódico que redactaba el P. Solano en el año de 1835. La incluímos en este lugar para completar el estudio sobre Olmedo que se publicó en *La Escoba*, periódico del mismo Padre, año de 1858.

á las funciones religiosas, por su amor al retiro, por su aplicación á la ciencia de los Santos, fué el modelo más acabado de la virtud, en medio de la licencia que reinaba entre los de su edad y condición. Tan bellos principios no podían menos de anunciar un porvenir muy favorable, como lo ha confirmado la experiencia.

Esta rectitud de costumbres le condujo naturalmente al estado eclesiástico, que lo abrazó como aquellos sacerdotes de la edad de oro de la Iglesia; es decir, para ser el mártir de la felicidad de sus semejantes, y no para sentir las delicias del reposo, que Tácito llama enérgicamente *inertiæ dulcedo*. El ministerio parroquial vió en Moreno un nuevo apóstol, que templando el fuego del celo con el suave rocío de la caridad, destruyó los vicios y fecundó sobre sus ruinas las virtudes que tanto habían menester los pueblos encomendados á su dirección. Además, vino al mundo con disposiciones tan felices para las ciencias, que causaban admiración á sus maestros. Así, no debemos maravillarnos de que hubiese hecho progresos tan rápidos, cuyos frutos vemos con placer en sus elocuentes obras.

Un buen ingenio, un grande talento, un genio extraordinario, si no tiene por apoyo el juicio, es como el rayo, que deslumbra y aterroriza sin producir jamás un efecto verdaderamente saludable. La falta de juicio prueba la carencia de buen gusto. Los sofismas en materias científicas y religiosas no tienen otro origen sino éste. Si Moreno hubiese carecido de juicio, sin duda habría sido miserable sofista. Le habría faltado el buen gusto, este tacto sutil para discernir las bellezas de la Religión entre las sombras de la fe.

Si el juicio es la fuente del buen gusto, no lo es menos de la lógica, que conduce á la convicción. No digo de aquella lógica que consiste en silogismos, y que apenas mueve el entendimiento, sin destruir los sofismas del corazón. Tal me parece la lógica de los mejores controversistas protestantes, que han hablado del Cristianismo en general, como Abadía, Jaquetot, etc., etc. Solamente la religión católica tiene esta lógica divina, que se apodera del entendimiento y pasa á producir todo su efecto, que es la postración del corazón humano. Esta lógica viene del cielo: Moreno la poseyó.

Su piedad le inclinó al conocimiento de las cosas sagradas, y en breve llegó á ser un profundo teólogo. Pero siendo todas

las ciencias esclavas de la teología, Moreno jamás habría llegado á ser rico en ésta sin el auxilio de aquéllas. Así es que emprendió el estudio de la jurisprudencia civil y canónica, de la filosofía, de la historia natural, de las matemáticas y de la historia eclesiástica y profana. La dedicación á las lenguas sabias le suministró un descanso en medio de las fatigas de su ministerio. Poseía el griego cuanto basta para entender los escritos de los Padres y los Concilios celebrados en Oriente, como lo probó en una controversia que tuvo con un literato sobre la inteligencia del canon 17 del concilio de Calcedonia. El P. Feijóo prefería el conocimiento de la lengua de Bossuet y de Racine, al estudio de la de Homero y Demóstenes; pero aquel célebre religioso se engañaba de una manera muy notable. Moreno creía que un sabio debía poseer ambas, y por lo tanto se hizo dueño de ellas.

Muchos son los escritos que han salido de su docta pluma; pero los principales son las *Cartas peruanas* y el *Ensayo sobre la supremacía del Papa*. Aunque la materia de las *Cartas peruanas* ha sido tratada por varios escritores, es decir, la refutación de los libros impíos, sin embargo, Moreno la presenta de una manera que parece original. Su estilo rápido, y á veces elegante; sus pensamientos felices, su raciocinio siempre sostenido por la autoridad; en fin, su buena fe en las citas, tanto de los apologistas de la Religión como de sus contrarios, hacen la lectura de dichas cartas interesante en sumo grado. ¡Qué pequeños me parecen Dupuis, Volney, Pigault-Lebrun, etc., cuando leo las *Cartas peruanas!* La pluma de Moreno es un fuego que consume estas tristes víctimas de la impiedad en las aras de la Religión.

El *Ensayo* contiene dos partes: la 1.ª mira al origen divino del Papado; y la 2.ª á su autoridad con relación á la institución de los obispos. La primera parte es la obra maestra de Moreno; parece que en ésta dominó á su placer el genio de la Religión. La fuerza del raciocinio, la concisión del estilo y la claridad, que raras veces se reunen, se hacen notar de un modo admirable. Aunque en estos últimos tiempos hayan discutido esta materia escritores muy elocuentes, como Lamennais, Barruel, Maistre, etc., no obstante, la obra de Moreno me parece superior á las de éstos. ¿Será pasión nacional? Creo que no. Moreno ha desbaratado los sofismas de los jansenistas modernos, de Pradt,

Villanueva, Tamburini, Gregoire, etc.; y aun cuando no tuviera más mérito que éste, sería digno de ser preferido á otros.

Los partidarios de la novedad, ó los que son *llevados por todo viento de doctrina*, como dice el Apóstol, no aprobarán cuanto enseña Moreno. Según el sentir de aquéllos, lo que no huele á rebelión contra el Jefe visible de la Iglesia universal, se llama *ultramontanismo:* Bossuet es su corifeo. Pero Moreno cita al Padre de la iglesia galicana al tribunal severo del consentimiento universal. Le hace observar la tradición, la Escritura, la doctrina de los Padres, y lo que él mismo había enseñado antes de la redacción de los *cuatro artículos* por influjo de Luís XIV; y con estos documentos confunde al grande Obispo de Meaux, como en otro tiempo condenó el joven Daniel á los jueces de Israel que se habían corrompido en la Corte de Babilonia. En fin, el *Ensayo* pasará á la posteridad como un libro clásico, y el nombre del autor será inscrito en los fastos de la Religión. Justamente en Europa ha tenido buena acogida y debe causarnos placer este acontecimiento.

La segunda parte es inferior á la primera en cuanto al método y estilo, pero es una compilación llena de doctrinas sólidas y muy útiles para nuestro siglo. El mérito literario de un escritor no se ha de calcular por la multitud de obras: basta un libro bien escrito para inmortalizarle.

Un hombre de tanto mérito como Moreno no podía vivir sin que las dignidades y honores fuesen á buscarle. Pero él rechazó unos con modestia, y admitió otros, más por la precisión de vivir en sociedad y ser miembro del clero, que por el lucro y la vanidad. Sin duda, las diócesis que no merecieron tenerle por su obispo, en virtud de su resistencia, perdieron mucho, pero también es preciso confesar que son necesarios estos ilustres modelos de virtud para refrenar la ambición en el santuario, mucho más ominosa que en los gabinetes de los potentados del siglo.

En todo el curso de su vida se manifestó benigno, afable, compasivo, sensible á la amistad, enemigo del fasto y de las distinciones. Su grande crédito no le sirvió sino para hacer bien á sus semejantes. Este carácter le hizo ver la muerte con resignación. Murió en Lima el día 7 de Mayo de 1841. El cabildo de aquella iglesia metropolitana, del que era miembro, se llenó de un vasto dolor, sin embargo de tener en su seno

sugetos de un mérito distinguido. ¡Pero tal es la suerte de los grandes hombres, que desaparecen como el astro del día, dejando impresiones melancólicas, aunque suceda la luz de los demás astros!

ESTUDIOS

SOBRE FÍSICA É HISTORIA NATURAL



PRIMER VIAJE Á LOJA

PRELIMINAR

«Desgraciado el europeo, dice mistress Trollope, que viaja por la América sin conocimientos botánicos.» En efecto, parece que esta parte de la Historia natural ha presentado á cualquier viajero casi todos los objetos de utilidad y de deleite en todas las partes del antiguo continente. Pero la América, en sus bosques, tiene riquezas que están todavía ocultas á las investigaciones de los sabios.

El zoologista no siempre encuentra animales; y para tenerlos á mano ha menester emplear muchos desvelos y molestias. El mineralogista necesita de la geología y de la química para perfeccionar su ciencia; y aun con todo esto los minerales no se presentan á su vista con frecuencia. Pero el botánico no hay paso que dé sin hallar nuevos objetos de placer. Si del hondo valle sube á la eminencia de los Andes, recorre una escala geográfica que le presenta variedades de plantas análogas á la diversa temperatura que va experimentando; por manera que dentro de tres ó cuatro horas ha observado más vegetales que los que podría el viajero europeo haber visto en muchos meses en su curso del Mediodía al Norte de Europa.

El botánico contempla la naturaleza en el punto de vista más importante: esta naturaleza que, según la expresión de un sabio, ha colocado su trono en el campo para que, observándola en su palacio, tengamos la ventaja de adquirir la salud, que no se halla en los palacios de los reyes. Todo llama la atención del botánico: una flor, una hoja, una nueva familia, un nuevo género, una especie... la naturaleza le rodea por todas partes. Algunas herbáceas bajo sus pies; las matas y los arbustos á sus lados, y los árboles sobre su cabeza. Engolfado en este mar de delicias, camina sin sentir los rigores del calor y del frío.

El sistema sexual de Linneo es en botánica lo que el de Copérnico en astronomía; esto es, que las apariencias bien se pueden tomar por realidades hasta que aparezca otro sistema mejor. Las objeciones contra el sistema linneano son débiles, y en el día están todas satisfechas. La mayor, que consistía en la fecundidad de las semillas de las plantas hembras sin el concurso de las flores machos, es nula; porque casi no hay planta, de la clase diecia, que accidentalmente no produzca alguna flor macho. Por ejemplo, yo he observado en la *papaya* que las plantas hembras tienen algunas veces flores hermafroditas; y otras, unisexuales; con esta diferencia, que las hermafroditas son de la clase dodecandria; y las flores machos son de la decandria, como vemos siempre en los pies que llevan estas flores. En suma, no es posible explicar de otro modo que por una generación esas inclinaciones de los órganos reproductores de las plantas. Unas veces las anteras se inclinan á los estigmas; otras, los estigmas á las anteras: éstas derraman el polen; aquéllos lo reciben, se retiran y perecen. En la floración de las umbelíferas y de otras plantas que tienen muchas flores reunidas, se observa al mismo tiempo una variedad de fenómenos muy curiosos. La *tristeza después del coito*, según la observación de Aristóteles, no sólo se verifica en los animales, sino también en las plantas. El cáliz, los pétalos y todo lo que servía para cubrir y conservar los órganos de la generación, se marchitan y desaparecen poco á poco á medida que éstos han ejecutado la grande obra de la naturaleza. La flor se destruye y al ovario le sucede un fruto, como en el animal, después de la generación, un embrión, un feto. Todo esto encanta al que sigue la marcha de la naturaleza y el poder y sabiduría del Criador.

Si del placer que proporciona la botánica pasamos á su uti-

lidad, ¡qué cosas tan admirables no encierra esta ciencia! Sin botánica no hay medicina; sin botánica muchas artes estarían olvidadas, ó ignoradas, ó en su infancia. Yo atribuyo la superioridad de los modernos sobre los antiguos, en las artes, á los progresos de la botánica.

Pero no solamente es deleitable y útil la filología ó botánica á los hombres en general, sino que, en cierto modo, es necesaria á los eclesiásticos para la inteligencia de los vegetales bíblicos. Cualquiera que lea la obra del célebre inglés Guillermo Carpenter intitulada: *Historia natural de la Escritura ó exposición descriptiva de la geología, botánica y zoología de la Biblia*, quedará convencido de esta verdad. Además, un cura, por ejemplo, sería útil á sí mismo, á sus feligreses y á todos sus semejantes si con algunas nociones botánicas tomase posesión de su beneficio rural. Allí podría estudiar las virtudes (1) de las plantas con la comodidad, que no la tiene un viajero ó un sabio en su gabinete. Un cura de *montañas*, sobre todo, ¿qué descubrimientos tan útiles no haría en los bosques, que se hallan todavía vírgenes, y los transmitiría á la posteridad? Para todo esto es preciso amor á la botánica y poseer los elementos de esta ciencia.

Entre nosotros la Historia natural se halla tan abandonada, que parece no la necesitamos, ó que solamente deben emprenderla los ociosos, ó los que no han nacido para mandar y obtener empleos. ¡Qué desgracia! Con el objeto, pues, de estimular á mis compatriotas á tan útil estudio, he querido publicar los ligeros apuntes que he hecho durante mi *viaje á Loja*.

Muchos me dirán que no tengo bastante autoridad para dar nombres científicos á algunas plantas. Esta objeción la hicieron á Linneo y á otros: ella no merece contestación. Sea lo que fuere, en materia de Historia natural, siempre hay algo que leer con agrado, aunque la obra padezca algunas objeciones, tal vez fundadas.

(1) Digo *virtudes*, porque lo esencial de la botánica no consiste en contar estambres y pistilos y clasificar según los sistemas que hay sobre la materia. Un indio que sepa distinguir las plantas útiles de las inútiles, las salutíferas de las nocivas, etc., es un verdadero botánico.

OBJETO DE MI VIAJE

Este fué el deseo de hacer algunas observaciones sobre la *cascarilla* (1) en el monte Uritosinga, tan afamado por las especies de quinos que produce. No me fué posible pasar inmediatamente á dicho monte, por hallarse la ciudad de Loja en el preparativo de celebrar el jubileo que el actual Pontífice concedió á la Iglesia universal, con el fin de implorar la misericordia del Señor, en medio de tantas calamidades públicas. Me contraje, pues, á dar ejercicios espirituales, y tuve el placer de observar un movimiento cristiano casi general. El pueblo de Loja es muy religioso y muchas personas de la clase elevada, principalmente las mujeres, llevan una vida edificante. El Cura de la matriz de Loja, eclesiástico ejemplar, y los Padres de santo Domingo, cuya iglesia es el asilo de la devoción, fomentan la piedad en unión de los demás beneméritos sacerdotes.

Por distraerme algo de las fatigas del púlpito y del confesonario, leía á veces algunas obras que hallaba por casualidad. Un amigo me prestó las *Memorias* de D. Manuel de Godoy, príncipe de la Paz. Ya había oído hablar con elogio de esta obra; pero jamás hice buen concepto de ella. En efecto, no me había equivocado en mi juicio. Las *Memorias* de Godoy, escritas en un estilo afectado, y llenas de pormenores machacones, no presentan sino el cuadro que han hecho de su vida todos los ministros imperitos, después de su caída. Ellos han querido dar á entender que los reinos, y aun el género humano, habían perdi-

(1) Hablando botánicamente, la *cascarilla* es distinta de la *quina*. Esta corteza es de los *quinos*, que pertenecen á la clase *pentandria monoginia* de Linneo; y la *cascarilla*, aunque sea un equivalente de la *quina* en el tratamiento de las fiebres intermitentes, pertenece á la clase *mocenia monadelfia*, y al género de los *crotones: crotón cascarilla*. Así, pues, usaré del término de *quina*, para la corteza, y del de *quino*, para el árbol.

do mucho, á causa de los enemigos que les derribaron. Tal era la manía de Carvalho en Portugal, de Choiseul en Francia, de Tanucci en Nápoles, de Kaunitz en Alemania, etc. Godoy será siempre reprensible, porque si hizo algo por las ciencias y las artes, casi nada hizo por la Religión y por las costumbres. Así es como la España caminó con pasos de gigante al estado en que la vemos hoy. Para plantar sus proyectos, Godoy nos dice que prodigaba *togas, mitras* y *prebendas;* un tal sistema no podía menos de causar mucho daño en la moral y en la disciplina eclesiástica.

Un hombre que no tenía más que la política de Maquiavelo, ¿podía hacer la felicidad de una nación? Oigamos á él mismo como se expresa sobre este particular. Hablando del fin que tuvo el proyecto de apoderarse del imperio de Marruecos, por medio del supuesto Aly-Bey, D. Domingo Badía, nos refiere que Carlos IV se opuso á tamaña perfidia. Godoy le hizo presente las *ventajas* que resultaban á la España de la ruina de Muley-Abduselem, emperador de Marruecos. Carlos IV le replicó con esta máxima del Apóstol: *Non sunt facienda mala unde veniant bona* (1). Godoy le dijo: «Gran principio, *verdaderísimo*, si lo observasen todos; pero en política dañoso, si es uno solo el que lo observa (2).» ¿No es este un maquiavelismo consumado? ¿Qué sería del mundo si se pusiese en práctica la doctrina de este nuevo expositor de san Pablo? Con razón dice el Conde de Toreno, que Godoy «con sus *Memorias*, ha puesto á su carrera un funesto túmulo.»

Un político como Godoy no podía ser muy adicto al clero ni á sus instituciones. Así es como en el tomo V, pág. 15 y siguientes, se desenfrena contra las congregaciones regulares y sus institutos. Nada más dice, sino lo que han dicho los protestantes y filosofistas: esta es una cuestión agotada en pro y en contra; la Religión decide.

Se gloría de haber deprimido el tribunal de la Inquisición, y si no pudo extinguirlo, fué porque las circunstancias no le favorecieron. ¿Y por qué este furor contra la Inquisición? Por-

(1) El texto de san Pablo es el siguiente: *Et non (sicut blasphemamur, et sicut ajunt quidam nos dicere) faciamus mala, ut veniant bona: quorum damnatio justa est.* (Ad Rom. III, 8). El sentido es el mismo.

(2) *Memorias* del príncipe de la Paz, tomo IV, pág. 70.

que era un tribunal que no dejaba pensar á cada uno según su placer. Pero, ¿qué Inquisición hubo en Atenas, para dar la muerte á Sócrates, desterrar á Arístides, á Anaxágoras, á Temístocles? ¿Salieron de aquella ciudad fugitivos Platón y Aristóteles de miedo de la Inquisición? ¿Descartes y Grocio fueron á buscar asilo en Suecia por causa de la Inquisición? Yo pudiera hacer un largo catálogo de hombres ilustres, y aun obscuros como yo, que han sido perseguidos por sus opiniones, sin que para esto haya tenido parte la Inquisición. Quedemos en que los sabios siempre serán víctimas de la ignorancia y de la envidia, haya ó no haya Inquisición. Al contrario, esta no perseguía á nadie meramente por sus opiniones, sino porque no querían uniformarlas en materias de religión. En esto no hacía otra cosa que ejecutar lo que enseñan algunos publicistas y filósofos. Vatel dice, «que cuando hay una religión establecida, nada tiene que hacer el soberano,» es decir, que nadie tiene el derecho de alterarla. A Fritot le parece una cosa deseable la uniformidad de religión. Leibnitz dice terminantemente que un hereje debe ser reprimido, así como se encierra á un loco en la casa de los orates. Es cosa digna de risa ver á Calvino declamando contra la *Inquisición*, y mandando quemar á Servet como á hereje. No quiero extenderme más sobre esta materia, ni tampoco sobre las otras que conciernen á las *Memorias* de Godoy. Se le puede aplicar á éste, en suma, la fábula de D. Tomás de Iriarte, *Del lobo y del pastor*.

. . . .

El pastor responde: ¡perverso animal,
maldígate el cielo, maldígate, amén!
después que estás harto de hacer tanto mal,
¿qué importa que puedas hacer algún bien?

En seguida leí los tomos XXVI y XXVII de la *Biblioteca religiosa*. El 1.° se intitula: «De la paz entre la Iglesia y los Estados,» por el Sr. Clemente Augusto, arzobispo de Colonia, traducidos del alemán por el Conde de Horrer, uno de los redactores del *Universo*. El Conde de Horrer, eminentemente católico, manifiesta en su *prólogo* el origen y el éxito de las persecuciones suscitadas por el gobierno prusiano contra el Arzobispo, Barón de Droste, esto es, por causa de los matrimonios mixtos, de la

enseñanza mixta, de los colegios mixtos, de la Universidad de Bona, mixta, etc. «El gran ministro de la Justicia divina, dice, la muerte, puso fin á las persecuciones del virtuoso Arzobispo, llamado el Atanasio de Alemania.» Murieron el rey Federico Guillermo III y su malvado ministro, promovedor de las cosas *mixtas*. El sucesor Federico Guillermo IV (1844) vió los negocios de la religión con otros ojos que los de su padre. Trató benignamente al Arzobispo, y éste entró en el goce de su libertad y tranquilidad. Una cosa notable sucedió, durante la persecución del Sr. Clemente Augusto, y es que las señoritas católicas de Prusia hicieron una especie de Liga para vivir, si posible fuese, en el celibato, antes que contraer *matrimonios mixtos* con los protestantes, sin las condiciones que para estos matrimonios requieren los sagrados cánones. ¡Cuánto puede el influjo de un obispo celoso!

El traductor se extiende bastante en pintar el carácter insidioso del Conde Spiegel, arzobispo de Colonia, antecesor del Barón de Droste. El Conde Spiegel, vendido al gobierno prusiano, causó mil males fingiendo el sentido de la bula de Pío VIII sobre los matrimonios mixtos, y obligando á ellos á todos los sufragáneos de Colonia, etc.

El Sr. Clemente Augusto, en su obra, es de parecer que el sistema *mixto* es la mayor persecución que pueda padecer la Iglesia. En los primeros siglos, dice, había una separación total del paganismo y de la Religión; lo propio sucedió al principio de la reforma protestante; esto no era lo peor. Viendo que de este modo no han podido destruir la Religión, se han valido ahora del sistema *mixto*, es decir, de una confusión de verdades y de errores; de la luz y de las tinieblas; de la Iglesia y del Estado, etc., etc. En cuanto á la acusación que hacen los enemigos del clero, sobre el relajamiento de éste, encuentra el ilustre autor, entre otras causas, el *patronato y los recursos de fuerza*, ignorados, dice, en los tiempos apostólicos, y que apenas llegan (los recursos de fuerza) al reinado de Luís XII de Francia. Según el modo de pensar del autor, los prelados eclesiásticos jamás podrán reformar completamente su clero, mientras haya aquellas dos plagas, etc.

El tomo XXVII contiene esta cuestión: *¿A dónde vamos á parar?* Es propuesta y resuelta por el abate Gaume. Su opinión

es que el mundo va acercándose á su término; esto es, al juicio universal. Oigámosle:

«Primeramente, dice, en este desvío progresivo del Cristianismo, principio vital de las sociedades, ve el cristiano una decadencia del mundo. Este espectáculo no le asombra, porque sabe que el mundo debe acabarse. El mundo ha tenido siempre la conciencia de que debe tener fin. Sería inútil aglomerar los pasajes de los autores judíos y cristianos que dan testimonio de esta verdad; los mismos paganos la reconocieron. Heráclito creía que el mundo sería consumido un día por las llamas, y renacería de sus cenizas. Los estóicos defendieron más adelante la misma opinión. Lucano la expresó del mismo modo en el libro VII de su *Pharsal*... Lucrecio dice lo mismo... Ovidio recuerda la antigua tradición... Aunque no pueda ni deba determinar (el cristiano) la época de la catástrofe, sabe que una tradición la fija en el discurso del sexto millar, y que deben anunciarla algunos signos precursores. Esta tradición es dos veces respetable, ya por su antigüedad, ya por los nombres que la corroboran. Siendo común á los judíos y á los cristianos, resume el pensamiento de los dos pueblos depositarios de las doctrinas primitivas, y se pierde en la noche de los tiempos. Entre los hebreos corría bajo el nombre del profeta Elías. «La casa de Elías, dice el Talmud, enseña que el mundo durará seis mil años.» Esta tradición, lejos de haber sido desechada como una opinión sin fundamento ó una fábula pueril, ha pasado á la Iglesia, se manifiesta desde los tiempos apostólicos, y es general entre los Padres y comentadores. Entre otros cuenta á san Bernabé en su favor: «Del sábado se hace mención desde el principio de la creación, y Dios hizo las obras de sus manos en seis días y acabó al séptimo, y descansó en él y le santificó. Advertid, hijos, que dice acabó en seis días; esto quiere decir, el Señor Dios acabará todas las cosas en seis mil años; porque delante de Él los días se equiparan á mil años, como lo atestigua Él mismo diciendo: «El día de hoy será como mil años.» Así, hijos, en seis días, esto es, seis mil años, se consumarán todas las cosas.»

Sabemos muy bien que la epístola católica de san Bernabé no está admitida entre las escrituras canónicas: si así fuera, esta cuestión estaba ya decidida. Pero sabemos que sube á los tiempos apostólicos, porque la citan con grandes elogios Oríge-

nes, Clemente de Alejandría, etc. Eusebio y san Jerónimo la atribuyen á san Bernabé. El Dr. Máximo dice: «Esta carta puede servir mucho para la edificación de la Iglesia y la tengo como Eusebio por verdaderamente de san Bernabé.»

Después viene san Justino, varon apostólico, mártir y apologista célebre de la Religión bajo el imperio de Marco Aurelio. «Según varios lugares de la Escritura, dice, puede conjeturarse que dicen verdad los que afirman que el estado presente de este mundo durará seis mil años...» San Hipólito martir era de la misma opinión. Lactancio añade: «Luego, supuesto que todas las obras de Dios se concluyeron en seis días, es necesario que el mundo permanezca en este estado por seis siglos; esto es, seis mil años; porque el día grande de Dios es de seis mil años, como lo indica el profeta diciendo: Ante tus ojos, Señor, mil años son como un solo día.»

Los dos intérpretes más doctos de la Sagrada Escritura, san Jerónimo y san Agustín, siguen la misma opinión... La cadena de esta antigua tradición se continúa con brillantes eslabones por entre los siglos. Bástenos nombrar de los Padres y doctores de Oriente y Occidente á san Juan Crisóstomo, san Cirilo, san Hipólito, Anastasio el sinaita, san Isidoro y san German, patriarca de Constantinopla, y san Gaudencio, obispo de Brescia, y otros muchos; y de los comentadores y escritores más modernos, á Sixto de Sena, Rabano, Serrario, el abad Joaquín, el célebre cardenal Nicolás de Cusa, Pedro Bongo y otros muchos.

El piadoso cardenal Balarmino se expresa en estos términos después de copiar el texto de san Agustín: «El grande Obispo de Hipona guarda una prudente reserva sobre este artículo y considera esta opinión como probable, y aun la siguió como tal en sus libros de la Ciudad de Dios. Mas no se sigue de aquí que nosotros sepamos el tiempo del día último, porque decimos que es probable que el mundo no haya de durar más de seis mil años; pero no decimos que esto sea cierto.»

Ya hemos visto que san Ireneo es del mismo sentir. El P. Fevardent, en sus notas á este Santo Padre, dice: «Esta sentencia de Ireneo sobre la duración del mundo tiene tantos y tan grandes defensores y confirmadores, y se apoya en tan plausibles razones, que con tal que no se limite temerariamente el poder divino, la seguiría yo con gusto.» El célebre Maluenda añade: «Con todo, no condenaré absolutamente en general que el mun-

do no deba durar más de seis mil años, aunque la cosa sea incierta por la autoridad de los Padres que lo han escrito; porque nunca juzgaré que aquellas grandes lumbreras de la Iglesia se aventurasen á decir esta opinión sin grandes razones; pero no por eso puede saberse y conocerse de cierto el fin del mundo, siendo, como hemos dicho antes, tan incierta ó inaveriguada la cuenta de los años transcurridos desde la creación del universo. Mas ¿quién negará que puede en cierto modo presentirse por ciertas *conjeturas probables* el fin de las cosas?»

Por último, Cornelio Alápide resume en estos términos la imponente tradición que acabamos de exponer: «En esta sentencia, dice el docto y piadoso intérprete, convienen los cristianos, los judíos, los paganos, los griegos y los latinos; de modo que parece ser tradición común y antigua... (*In Apocalip.*, *capítulo* xx, *5*).»

Muchos signos, continúa, deben preceder al juicio. Sabemos los unos por tradición y los otros por la Escritura. Los primeros se reducen á la ruina del imperio romano y del imperio otomano. El primero ya no existe; porque habiéndose dividido en imperio de Oriente y de Occidente, aquel se arruinó con la toma de Constantinopla por Mahomet II; y el de Occidente, con la renuncia de Francisco II, en 1806, tomando el modesto título de Francisco I, emperador de Austria. Si por *imperio romano*, dice, se entiende con algunos teólogos, el imperio espiritual del Papa, tampoco existe como debe ser. El Papa es el Antecristo para los protestantes; y para los católicos (falsos) es un extranjero. Las relaciones con la Santa Sede no son *filiales*, sino puramente *diplomáticas*... ¡Ya no existe el imperio romano! Por lo que hace al imperio de los turcos, es muy sabido que apenas se sostiene, porque así lo quieren las potencias europeas, principalmente la Rusia. El autor prueba todo esto con autoridades de Padres, teólogos é historiadores.

Los signos constantes de la Escritura, y los más principales, son la predicación universal del Evangelio y la apostasía universal. El primero se ha verificado, ó se va verificando. Las cuatro partes del globo, la Europa, el Asia, el Africa, la América han oído la trompeta evangélica; la quinta, ó la Oceanía, hace ver los progresos de los misioneros por el continuo desvelo de la *Propagación de la fe*. «No se acabará el mundo, dijo Jesucristo, mientras no se publique en todas partes el Evangelio.»

En cuanto á la apostasía, el autor trae pruebas tan palpables, que no es posible rechazarle ninguna. El *progreso* de la impiedad en todos los estados y condiciones, va ganando terreno con pasos desmedidos. Véase la Europa; véase la América. Aquí también tenemos nuestros *sistemas mixtos*. Uno de ellos es el baturrillo de religión romana y la tolerancia de cultos privados del art. 6.° de la Constitución de Quito. La *Constitución* ha perecido; pero las opiniones subsisten.

El autor habla de san Vicente Ferrer, que anunció *cercano* el juicio. Esta es una especie de objeción que se propone; y da dos respuestas. Primera, pudo san Vicente decir que se *acercaba* el juicio, como Jonás dijo que dentro de cuarenta días sería arruinada Nínive. Ni la predicción de san Vicente, ni la de Jonás, se han verificado. ¿Y por qué? Porque la de Jonás fué condicional, esto es, si no hiciesen penitencia. Lo propio pudo suceder con san Vicente. Antes de que apareciese éste, la Europa no era más que una nueva Nínive; el gran cisma de Occidente con tres pontífices había puesto el cúmulo á todos los desórdenes. Bien pudo Dios haber determinado la destrucción de tantos criminales con el juicio universal. Pero san Vicente, con su predicación, tal vez hizo lo que Jonás: apartó el rayo de la Justicia divina. En efecto, fueron tales y tantas las conversiones, que causa asombro á cualquiera que lea la vida del Santo. Prescindiendo de esto, bien pudo decir san Vicente que el juicio estaba *cerca;* porque poco tiempo después de la muerte del Santo comenzaron á ponerse los fundamentos de aquel espantoso día. La ruina de la Religión en Oriente por la toma de Constantinopla por Mahomet II, la aparición de Lutero y Calvino, etc., han sido signos próximos de la muerte del mundo. Casi no hay período, en la obra de Gaume, que no sea digno de atención. El ha probado su aserto según las reglas de una estricta lógica. ¡Ojalá que esta obrita estuviese en manos de todos!

Yo puedo añadir las siguientes reflexiones, fundadas en la Escritura, como un corolario de la obra del abate Gaume. El día del juicio es un misterio reservado al conocimiento de solo Dios; porque solamente depende de su voluntad el abreviar ó dilatar aquel día formidable. Jesucristo dijo que los predestinados serían arrastrados á la perdición si posible fuese, si no se *abreviasen* los días de persecución y de tormentos. Luego, si

faltasen estos, algo más se dilataría el juicio. Hay sucesos en la vida de los hombres que anticipan ó dilatan los castigos y la muerte. Así Ezequías vivió quince años más por su penitencia, cuando sin ella habría muerto, como le anunció el profeta Isaías. Los ninivitas habrían perecido sin remedio, si no se hubiesen arrepentido de sus malas obras, por la predicación de Jonás, etc. Del mismo modo puede suceder que el día del juicio se *abrevie*, aunque el mundo pueda durar mucho más del sexto milenario, según la corrupción de costumbres y la irreligión. Por esto con razón los hombres justos de todos los siglos, desde el principio de la Iglesia, han temido la *cercanía* del juicio, como consta de la historia eclesiástica. Luego san Vicente Ferrer dijo bien con arreglo á la depravación de su siglo. Luego nosotros también podemos decir otro tanto probablemente, al ver tanta irreligión, tanta persecución de la Iglesia, tanta inmoralidad en todos los estados y condiciones, etc., etc.

En mi obrita intitulada *La Europa y la América en* 1900, he demostrado la ruina de los reinos en Europa por el poder colosal de la Rusia. En efecto, se van sintiendo ya los amagos del imperio de Gog y Magog, para venir del Aquilón con ese *ejército formidable*, descrito por Ezequiel. Esa inquietud de las naciones, ese porvenir funesto que anuncian los políticos de Europa, ¿son ó no presagios de la última catástrofe del mundo? Apartemos la vista de este cuadro espantoso, por un momento, y fijémosla en otros objetos para dar algún descanso á la imaginación.

Luego que respiré un poco de mis fatigas, traté de hacer algunas herborizaciones. Con este objeto me dirigí al citado monte, pasando por los valles de Malacatos y Piscobamba. Yo quisiera tener el genio de Mr. de Chateaubriand, admirable en sus descripciones y pinturas, para expresar la sensación que produjo en mí la vista de aquellos valles. El ambiente perfumado con las flores de los naranjos, de los chirimoyos, y de los fayques; el canto armonioso de tantos pájaros en medio del follaje de los árboles, y el aire moderadamente caloroso, parece que daban un nuevo sér á mi vida. Un verjel de ocho ó nueve leguas, siempre ameno, siempre rodeado de ríos bastante caudalosos, me presentaban la idea, aunque débil, del delicioso huerto de Edén, donde respiraba la inocencia, y donde murió para no resucitar jamás. Nunca se borrará de mi imaginación tan bello

espectáculo; y diera lo más caro de mi vida para que en mí volviese á renovarse. Pero ¡qué infeliz condición la del hombre! Jamás logrará la dicha de que en él se renueve la primera sensación del placer.

Volviendo á tomar el hilo de mi narración, digo que no me fué posible ir al monte mencionado: la distancia y la estación lluviosa me embarazaron. Mas no fué inútil mi viaje; porque mi apreciable amigo, el Sr. José Miguel Carrión (1), que tomó un vivo interés en mis observaciones, me prometió enviar peritos que trajesen del monte cuantas especies de quinos se encontrasen; y en efecto, así se verificó. Me trajeron, pues, siete hacecillos, que constaban de cortezas, hojas y frutos. Para hablar con algún método acerca de ésto, y de otros particulares relativos á mis observaciones, trataré primeramente de los vegetales, después de los minerales, y últimamente de los animales, con arreglo al orden con que se me presentaron, poco más ó menos.

VEGETALES

La CINCHONA. *(Pentandria monoginia)*. Luego que recibí los citados hacecillos, encontré tres especies, á saber; la *cinchona spatulifolia*, la *oblongifolia*, y la *ovalifolia*: los demás me parecieron variedades. En mi regreso de Loja me han presentado hojas y cortezas con el nombre de *cascarilla;* pero no me ha sido posible clasificar ni especificar por falta de flores. En el comercio todo pasa con el nombre de *cascarilla*, aunque no haya la verdadera *quina*, según la división que hice antes. En suma, en Loja no hay ni la *cinchona rubicunda*, ni la *calisaya*, ó *cordifolia*, ni la *lancifolia*. Hay, sí, la blanca, la roja obscura, la gris, ó *cinchona condaminea*, según mis observaciones, digo. Yo no lo he observado todo; pero las numerosas especies

(1) Este recomendable joven ha sido víctima de innumerables disgustos, por haber sido gobernador de Loja, verificando en su persona aquella sentencia de Pitágoras: «Ciudadano, si te hacen gobernador de una ciudad pequeña, prepara tu mula y tu maleta;» dando á entender que la magistratura es muy peligrosa en los lugares pequeños.

que algunos refieren, serán tal vez consecuencia de la confusión de *cascarilla* y *quina*, ó de quinas falsas, que pertenecen, no al género *cinchona*, sino al que llaman *exostemma*. Probable es también que del monte Uritosinga no me hubiesen traido todas las especies de quinos. Ultimamente, es muy difícil conocer la buena quina por sus hojas, ó por otros caracteres; porque una misma especie se perfecciona ó degenera según el temperamento, el terreno, etc. Sucede á veces que la corteza de una especie es mejor que la de otra planta de la misma, con diferencia de pocos pasos de distancia; y lo que es más, en un mismo árbol, la corteza que recibe los rayos solores es preferible á la que ha estado en la sombra.

El INDACO. (*Diadelfia decandria*). Esta planta herbácea, de dos ó tres piés de elevación, crece en los lugares calientes. Su hoja es compuesta, y su flor papilionácea con el estandarte gris, la quilla blanca y las alas rojas. Su fruto es una legumbre pequeña y cilindroide. Hablando de esta planta el P. Velasco en su *Historia natural*, pag. 40, dice lo siguiente: «*indaco ó añil*, planta mediana de que se saca la tinta azul, usada en todo el mundo. Raynal dice, que de las Indias orientales se trasplantó á la América; pero se engaña, porque los americanos la usaban en sus tinturas desde tiempo inmemorial, siglos antes que fuesen descubiertos por los eurepeos....» Esta relación habría sido bien hecha, asignando los caracteres botánicos de la planta, y no presentándola sin ellos, y con equivocaciones.

Indaco es corrupción de *indacuc*, (el que da el color azul). De *indacuc* se formó *indaco;* de éste, *indico* é *indigo;* y de *indigo* la palabra científica *indigofera*, que significa lo mismo que *indacuc:* el que dá ó lleva en sí el color azul. Los botánicos distinguen el *añil* del *indigo*: aquel más subido, y este inferior, aunque todas estas plantas sean del mismo género. *Indigofera añil, indigofera tinctoria, indigofera argentea, indigofera americana*. Esta última es indigena de nuestros países; y las primeras son procedentes de la India y del Egipto, según dicen los mejores botánicos. Sea lo que fuere, no se puede negar que el *indaco* da un azul muy bello y superior al *pastel* de Europa, el *isatis* de Linneo.

El modo de extraer el color azul, es por la maceración y la fermentación. Se ponen las hojas en agua muy limpia (esta es condición necesaria), por manera que el agua algo turbia hace

perder mucha materia colorante. A las 24 horas se completa la fermentación, y entonces se apartan las hojas, y con un batiente se hace resaltar la espuma. Esta espuma se cuaja con una especie de cuajo, que consiste en mascar una plantita que llaman *cosa-cosita* en Loja, es una variedad de la *thea condaminea*, muy pequeña y casi rastrera. Con el zumo de esta plantita masticada se cuaja la espuma y se precipita. Se vuelve á batir, y se repite la misma operación, hasta que cese de dar espuma. Entonces se saca toda la porción cuajada, y se hace escurrir en un lienzo, y se seca. Otros me han dicho que el queso mascado produce el mismo efecto.

He hablado de la *thea condaminea (monadelfia poliandria)*, que en Loja llaman *cosa-cosa*, y en Cuenca *uisho* (pronúnciese la *sho* como el *je* francés), y me es preciso caracterizarla. La *thea condaminea* es de la altura de tres á cuatro pies, con los tallos flexibles como nervios; la hoja es elíptica, la flor tiene la corola pentapetala y amarilla; el cáliz monófilo y quinquefido. Esta especie, ó sea variedad, debe llamarse *thea condaminea major*. La *cosa-cosita*, ó *thea condaminea minor*, tiene la corola blanca con los estilos de dos á seis, blanquizcos, en lugar de que la primera especie tiene diez, y de color rojo obscuro, que tira á negro. En lo demás convienen. Estas plantas son un excelente pasto para las bestias, pues las comen con avidez; de tal suerte, que en los campos abiertos se hallan los tallos sin hojas y sin corteza; y á veces devoran hasta los tallos, sin duda por ser un alimento muy tónico y apetitoso. Otras especies hay que no merecen mencionarse porque no tienen uso.

El APOCINO ECUATORIANO *(Pentandria diginia)*. Ví esta planta en el valle de Malacatos: es de dos á tres pies de altura, con hojas oblongas y opuestas; cáliz partido en cinco lacinias; corola de cinco pétalos rojos y revueltos, y una corona amarilla. El jugo lechoso que despide es un veneno activo. El fruto consiste en dos folículos membranosos, polispermos, y cada semilla tiene penacho de dos á tres pulgadas de largo, suave y brillante como la mejor seda. Por todo esto me persuadí de que esta planta debía pertenecer á la familia de las *apocineas*. No hubo persona que me diese el nombre; y no sé tampoco si algún botánico la habrá descrito. Yo la he llamado *apocinum œquatorianum*. Si se cultivase esta planta, quizá se podría sacar alguna ventaja de sus finos penachos, como la que sacan los valen-

cianos con sus tejidos del *apocinum africanum* de Quer. En suma, los penachos son más suaves que la seda; y mezclados con algodón dan un hilo fuerte y suave como ella.

El DRAGO *(Icosandria polig.)* Es un árbol bastante elevado y muy abundante en los bosques cercanos á Loja. Dan el nombre de *sangre de drago* al licor que se saca del tronco por incisión. Tiene las mismas virtudes que el verdadero *drago:* es astringente, bueno para las disenterías y afecciones pulmonares. Mezclado este licor con un poco de agua y batido, da mucha espuma, que es calmante. Este árbol es distinto del *pterocarpus draco* de Linneo. Aquél tiene la flor icosandra, y el *pterocarpus draco*, papilionácea y diadelfa. Una propiedad bastante notable de este vegetal, según dicen en Loja, es que en el novilunio está lleno de jugo; por manera que el chorro que sale de la incisión es capaz de llenar media botella; y en el plenilunio muy poco. Véase un argumento, si la cosa fuese cierta, para que prueben, los que creen, el influjo de la luna, según sus fases, en los cuerpos sublunares.

El OROZUZ *(Diadelfia decandria)*. Se halla una especie de esta planta en Loja, aunque no con todas las propiedades de la *glicirrhiza glabra*, de Linneo, ó regaliz oficinal. Hay dos variedades: una arbórea y otra semileñosa y pequeña; la raíz de ésta es mejor. Son bien sabidas las virtudes del orozuz.

La QUIMOSPELIA (1) *(Didinamia angiospermia)*. Esta planta herbácea, de cinco á seis pies de elevación, contiene en sus hojas un jugo amargo y drástico. Hay dos variedades: una de flor amarilla con el cáliz monosépalo, corola monopétala, infundibuliforme, fruto oval, estambres didinamos, estigma bífido; otra de flor morada con algunas variaciones en las hojas, en la flor y en el fruto. Vulgarmente llaman *chinininga*. Puede tener más uso en la veterinaria que en la farmacia, para matar los animales entozoarios de las bestias *(coscoja)*, dándoles de beber el zumo con un poco de sal marina.

El AMARANTO. Hay muchas especies de esta planta. Fuera del *amaranto sanguíneo (monecia pentand.)*, conocido en estos lugares con el nombre vulgar de *ataco*, y de los amarantos bicolor, tricolor *(escancel)*, se conocen muchos de hojas muy bo-

(1) *Quimospelia* se compone de la palabra griega *kimos*, el humor; y del verbo *pellere*, arrojar.

nitas por sus colores, como el *amaranto reniforme*, ú hoja de riñón. El amaranto sanguíneo es astringente, y sus flores dan una buena tinta roja, si después de machacarlas se mezclan con un poco de hollín. Este es un desecante que absorbe toda la parte acuosa de las flores. El amaranto bicolor, ó amaranto triste, es cordial; y la gente pobre usa mucho del *reniforme* en las fiebres agudas.

La MIMOSA FAIQUE *(Singenesia ig.)* Este árbol es muy conocido en todos los lugares calientes. Su porte en ellos es bastante elevado; tiene hojas bipennadas, flor amarilla en cabezuela, y de una fragancia agradable. Sus ramas están erizadas de espinas de dos á tres pulgadas de largo: sus frutos son legumbres polispermas, chatas y de ventallas muy gruesas. El *fayque* da una goma bastante buena para suplir la falta de la que produce la *mimosa nilótica*, llamada vulgarmente *goma arábiga*. Pero es preciso tener mucho cuidado en recogerla, porque se deteriora con facilidad. Las cenizas contienen mucha sosa, y son buenas para las oficinas de jabonería. El *fayque* pertenece á las *mimóseas*, y participa algo de la propiedad de la *sensitiva:* se observa una ligera contracción en sus hojas al tocarlas. Su madera es muy hermosa por la blancura bajo la corteza y el color morado en lo interior: es dura, sin conducto medular, y muy buena para las obras de ebanistería. Una cosa notable hay en este árbol, y es que cada hoja, en el peciolo, cerca de la base de las foliolas, tiene un botoncito ó glándula, como el *ricinum* (higuerilla), lleno de una sustancia muy parecida á los esporulos de las criptogamas. ¿Cuál es su fin? Véase una cuestión que me ha ocupado muchos días; y probablemente nadie la resolverá, como otras muchas cosas misteriosas que contienen los vegetales.

Las CACTEAS *(Icosandria monog.)* Hay muchas especies de estas plantas. Sin hablar del *cactus* pentágono, hexágono, heptágono (conocido entre nosotros con el nombre de *aguacolla*), ni de otras especies muy sabidas, me contraeré solamente á dos, poco comunes, á saber: el *cactus zorocca* y el *cactus pitahaya*. El primero tiene los tallos delgados, pequeños, débiles, muy espinosos y siempre heptágonos. Su fruto es una baya de color amarillazo y fragante. El *cactus pitahaya* tiene los tallos triangulares y poco espinosos: es planta algunas veces parásita, que vegeta muy bien en los troncos de los árboles robustos. Su

flor se parece bastante á la del *cactus grandiflorus* de México. El fruto es una baya roja, fragante y agradable al gusto. El P. Velasco hace una muy mala descripción del *cactus pitahaya*, confundiendo las especies, y llamando *pitahaya mayor* y *pitahaya menor* á los frutos del *cactus* mamilar, del serpentino, del *cactus cottonnatus*, ó cubierto de una pelusa algodonosa, etc.

Algunos botánicos se equivocan, haciendo del *cactus peruvianus*, ó cirio, una especie distinta del pentágono, hexágono, heptágono. Este pierde los ángulos, ya sea por la vejez, ó por varias modificaciones del terreno, del clima, etc., y se hace cilíndrico, como cualquiera puede comprobarlo. Se observa que los *cactus* angulosos hacen su floración en los ángulos salientes, y nunca en los entrantes. También el *cactus opuntia (tuna)*, y el *cactus coccus*, ó *nopal (cochinilla)* producen flores, no en la superficie del tallo ó pala sino en los bordes. Por lo demás, es muy sabido que las cacteas tienen un jugo mucilaginoso y emoliente, que podría reemplazar la falta de las malváceas, usando de alguna precaución.

La cuscuta emética *(Pentandria monog.)* El cura de la matriz de Loja me mostró una plantita sin hojas, seca y nudosa, para que la observara, diciéndome que era el *cuichunchulli* del P. Velasco. Me pareció más bien una gramínea que el citado *cuichunchulli*. Con este nombre ha circulado entre nosotros una multitud de plantas herbáceas, que parece al cuento de los dientes de santa Apolonia. Probablemente ningún botánico ha hecho la descripción de esta planta. Yo me acuerdo que siendo muy muchacho, tendría ocho ó nueve años, solía jugar con ella, arrancándola de las aberturas de las piedras, donde se encuentra. Luego que leí la *Historia natural*, del P. Velasco, me acordé de la citada planta. Véanse sus caracteres. El *cuichunchulli* pertenece á la familia de las *convolvuláceas:* es una venilla, como una parte del *epitimus major*, que no se eleva sino apoyándose en algún cuerpo, por lo común, entre las piedras. Su tallo es de un violado claro, cuando tierno; blanco en su edad media, y amarillento en su madurez. Sus hojas son muy pequeñas, simples y alternas. Su fruto es un botoncito blanco. No me acuerdo de su flor; pero debe ser pentandra y monogina. Yo le he dado el nombre científico de *cuscuta emética*, en atención á sus caracteres y propiedades. El P. Velasco nos la ha presentado como un remedio celestial contra la elefancia, ó mal *de*

Lázaro. Ignoro si hasta ahora se haya repetido la prueba. Las infinitas ocupaciones de mi ministerio no me han dado lugar para una herborización en los lugares donde ella nace: quizá tendré tiempo para hacer un descubrimiento tan útil.

Me es preciso omitir una multitud de plantas que he observado; porque no trato de hacer una flora nacional, ni aun provincial, tanto porque no tengo tiempo, cuanto por no hacer difuso este escrito. Sin embargo, después de haber descrito tal cual planta fanerogama y oficinal, hablaré de algunas criptógamas, los helechos.

Hay muchísimas especies: véanse algunas. Los helechos arborescentes (*chonta*) abundan desde las alturas de Sareguro hasta cerca de Loja. Divierte mucho ver estos vegetales, propios de América, de 25 á 30 pies de elevación. Los indios tienen una especie de veneración para hacer cruces del tronco; ó bien, porque presenta una superficie desigual y agradable á la vista, por las señales que dejan los enormes peciolos cuando caen, como las estipulas en el tallo de las malváceas.

La LLASHIPA. Así llaman una especie de *asplenium*, alta y vistosa. Es tan abundante, que infesta los campos. Esta planta contiene mucha potasa, y sus cenizas son un excelente abono.

La DORADILLA. Es un helecho pequeño, y pertenece al género *pteris*. Llaman doradilla, porque sus hojas, al secarse, toman un color amarillo de oro. Tiene las mismas virtudes que el *asplenium ceterach* de Linneo.

El POLIPODIUM CALAGUALA es muy común en Loja, y aun en Cuenca; pero estiman más la calaguala del pueblo de Cariamanga, que nace sobre las piedras. Merece popularizarse lo que dice el P. Velasco (*Historia natural*, lib. II, pág. 33), de la calaguala, ó calahuala, con arreglo á las observaciones indígenas. «*Calahuala*, planta sin vara ni flor, cuyas hojas salen desde la tierra, largas de tres á cuatro palmos (no es regla general), y anchas de tres dedos, lisas, lustrosas y algo quebradizas. La raíz obscura y barbona es el específico poderoso para sacar todos los malos humores y apostemas internas, bebida en cocimiento. Es de dos especies: *macho*, color obscuro, únicamente bueno; y *hembra*, verde claro, que no sirve; y por lo común se hallan juntas. La apetecida es de las partes más frías y montuosas. Nace por lo común en las ciénegas, canales y partes húmedas. En la provincia de Loja hay también otra celebrada,

que nace sobre las piedras grandes, y extiende en ellas sus raíces. La más célebre en el reino de Quito es la que se saca de *Tusa* (del pueblo de *Tusa*) en partes cenagosas, y se lleva á muchas provincias aun fuera del reino.» Aquí el nombre de *macho* y *hembra*, es en el sentido vulgar; las *criptogamas* no tienen sexo conocido.

MINERALES

Hay dentro de la ciudad de Loja una mina (1) de mercurio puro. Me mostraron un pozo de poco más de dos varas de profundidad, de donde habían sacado cerca de 18 libras. Además del mercurio puro, hay cinabrio oscuro en poca cantidad. Sería difícil el laboreo por el peligro del hundimiento de las casas; y para evitar éste, el *acodalamiento*, ó el *revestido*, tal vez costarían más. Este cálculo pertenece á los prácticos.

En el valle de Malacatos, á la distancia de media legua del pueblo, se halla la mina del cerrito de Santa Cruz. Entré en ella y vi que la habían trabajado en *banqueta* más de 50 varas. Un pedacito de mineral que pude conseguir, me pareció sulfuro de arsénico y plata. Está abandonada esta mina por haberse aguado, luego que se pusieron á trabajar perpendicularmente. El pozo se halla lleno de agua; pero sin necesitar de bombas hidráulicas, es muy fácil abrir una galería de desagüe. Esta operación desecaría la mina y daría agua al inmediato vallecito, que se halla inculto por falta de ella.

Al oriente de Loja, poco más de una legua, se ven las minas de oro, llamadas de Zamora. Entré en una de ellas y observé que el oro se contenía, entre filones de cuarzo, en sulfuros de hierro y plomo. Están abandonadas estas minas, no sé si por falta de brazos ó porque la explotación no era productiva. El célebre mineralogista Blondeau dice «que los filones auríferos son

(1) Hablando mineralógicamente, *mina* es el lugar donde ya se explotan los minerales; uso aquí de la palabra *mina* en el sentido vulgar. Según él, se llama *mina* todo criadero de minerales.

tan pobres, que no se les explota ya: en México se saca de piritas. Está bien averiguado que el oro de las vetas es por lo general menos puro que el de aluvión.»

En Loja hay tanta cantidad de galena, que puedo decir que toda la provincia está sobre este mineral. Desde el pie de Cajanuma hasta la confluencia del río de Malacatos con los de Vilcabamba y Piscobamba, me pareció que el suelo estaba lleno de galena terrosa. Tal vez á esto se debe la malignidad del agua de Malacatos. He visto pedazos de galena que casi no tenían ganga. Esta es *mina de plomo*, dicen con aire de desprecio. ¿Pero el plomo no es necesario? Ese *plomo* tiene plata: ¿y por qué no se extrae el plomo puro y la plata? Los procedimientos metalúrgicos para sacar el plomo de la galena ó protosulfuro de plomo son muy sencillos y poco costosos. Causa admiración ver la cantidad de plomo que se beneficia en Europa. Setecientos mil quintales al año da la Europa; y una gran parte de este plomo viene á América. Este es un ramo de riqueza nacional. . . . .

. . . .

Volviendo á la galena de Loja, me han dicho que en el río de Malacatos se han hallado pedacillos de plata pura; prueba de la abundancia de galena argentífera que contienen los lugares inmediatos.

Hay también mucha abundancia de pirita marcial ó bisulfuro de hierro (*soroche*). Me divertía viendo un cerco de piedras brillantes (masas piritosas) en la hacienda del *Andangui*. Una fachada de iglesia ó de una casa con estas *piedras* labradas harían una perspectiva muy bella.

He visto criaderos de carbón de piedra; pero no del que se llama hulla grasa, sino seca.

A propósito de minerales, referiré una historieta divertida con el aire de un cuento, y con toda la verosimilitud de la historia. Hay en el valle de Piscobamba un sitio llamado *Quinara*: en él dice la tradición que se contiene una gran *huaca* ó una cantidad inmensa de oro puro. Tomemos la relación desde el principio. Se sabe por la historia que Atahuallpa ofreció por su rescate á Pizarro tanta cantidad de oro cuanta pudiese llenar la altura del bastón extendido horizontalmente en toda la extensión de la pieza en que se hallaba cautivo. Le dijo también que esto no podría verificarse prontamente, porque no era po-

sible traer el oro con brevedad de los confines del imperio de Quito y del Cusco. Igualmente es cierto que Rumiñahui embarazó el acarreo del oro del reino de Quito; por manera que el inca Illescas llevó muy poca cantidad. Asimismo parece cierto que Piscobamba era el depósito del oro que se reunía. He visto que hasta ahora existe un horno en que se derretía el oro: sus paredes conservan todavía algunas partículas de este metal. Pasó rápidamente por mi imaginación la inmensa cantidad de oro que habría recibido aquel horno. Creso y Salomón me parecieron pobres.

Esto supuesto, es probable que de Piscobamba iba á Cajamarca una gran cantidad de oro: la tradición es tal vez exagerada: 40 mil indios, dice, conducían este tesoro. Luego que supieron la imposibilidad del rescate, por las noticias que corrían, enterraron el oro en el lugar citado. Transcurridos muchos años, un indio había quedado con la tradición, como quedó Cantuña con la noticia del tesoro de Quito. Dió todas las señas á un lego jesuita, quien las redactó y vino del Perú á buscar el entierro. Sea porque se cansó, ó porque después lo tuvo por fabuloso, quedó abandonado y pasó de mano en mano la relación escrita. Después de muchos años, con arreglo á ella, pensaron algunas personas de Loja en hacer excavaciones. En efecto, conforme iban cavando, se presentaban las señas: la primera era una gran concha espiral (*quipa*): la encontraron. Segunda, un círculo de columnas de piedra, con otra más grande en medio: se hallaron dichas columnas. He visto algunas que existen todavía: la que se encontró en medio tiene más de dos varas de altura. Tercera, un poco de argamasa muy compacta entre las columnas: también la vieron. Cuarta y última, era una especie de cara, ó mas bien una calavera grabada en piedra. La dirección de esta cara indicaba el lugar y la distancia. Llenos de alegría con la invención de las primeras señas, se descuidaron en la última; y sin pensarlo, la voltearon entre la algazara y la multitud de trabajadores. Hé aquí perdida toda la dirección, y al punto abandonada la empresa. Hé visto el *mascarón,* así llaman la figura citada, que sirve de base en un pilar de la casa de una hacienda en Piscobamba; y esta figura me confirmó en el hecho. No es obra de la naturaleza; es del arte. Ni es creible que casualmente se hubiesen hallado las cosas citadas, con arreglo á la relación escrita; ni tampoco que al-

guno ó algunos hubiesen tomado el ímprobo trabajo de esconderlas á tanta profundidad, con el fin de chasquear la posteridad. La *huaca*, pues, de *Quinara* parece ser positiva. Quizá en algun día, por algún afortunado, se descubrirá.

ANIMALES

Loja es un jardín botánico y no el lugar preferente en que se debe estudiar la zoología, sino Guayaquil. Allí puede el naturalista ecuatoriano hacer descubrimientos en la ictiología, en la entomología, en la herpetología y en la ornitología. Sin embargo, hablaré de algunos animales. El *amingo* parece que es un mamífero que no está descrito en la historia natural; pero como yo no lo he visto y la descripción que me han hecho sea confusa, no puedo hablar de él con precisión.

Hay en Loja un pájaro que llaman *yangachi*, que es el *merops rufus* de Mr. Gmelín. Los naturalistas españoles le dan el nombre de *hornero*, con alusión al nido que hace de barro, en figura de horno. Es del tamaño de un tordo, de color bermejo en la espalda y blanquecino en la garganta: tiene el canto bastante agradable. El macho y la hembra viven en sociedad perpetua. Aunque muchas aves hagan sus nidos de barro, como la golondrina, el vencejo, etc,, el hornero es notable, tanto por la singularidad de la obra, como por su solidez y artificio. Trabaja en unión de la hembra; y aun me han dicho que convida á otros de su especie para el trabajo. Siempre procura construir en la axila de alguna rama para que esté firme el hornito; y en cada puesta hace otro nido, ciertamente porque el primero se deteriora con las lluvias. De aquí es que en las cercanías de los ríos de Loja, raros son los árboles que no tengan un nido de los horneros. Prefieren vivir junto á las aguas, para amasar su barro. El P. Velasco (*Historia natural*, pág. 105) ó se engaña ó describe otro *yangachi* cuando dice que es propio de la provincia de Maynas.

El *turdus poliglotus*, de Cuvier, llamado en Loja el *corregidor*, en Piura *soña*, y en Lambayeque *chisco*, es un pájaro muy su-

perior en su canto al ruiseñor de Europa. Este no canta, dicen, sino en la estación de sus amores; el *tordo poligloto* en todo tiempo, de una manera tan variada, que además de los muchos modos naturales que tiene, imita el canto de las otras aves, y aprende cuanto le enseñan. Fuera de esto, pronuncia algunas palabras: es singular entre todos los mirlos y tordos; ó según la expresión de los naturalistas, entre todos los *denti-rostres.*

Hay multitud de insectos, que llaman *zúngaros*, y en la historia natural tienen los nombres de *buprestes* y *elateres* (una especie de estos últimos llaman en Cuenca *buenas nuevas* y *malas nuevas*), de la familia de los coleopteros. Menciono estos insectos, para corregir una equivocación del Padre Velasco, que en este siglo puede causar risa. En su *Historia natural*, páginas 74 y 75, § 9, dando por cierto el cuento de los zoofitos, habla de un animalito que se convierte en planta. Según la descripción, el *animalito*, no puede ser otro que un *bupreste* ó un *ciervo volante*. El *bupreste major* ó *gigante* es un insecto de tres á cuatro pulgadas de largo, y algunas veces muere parado introduciendo sus patas en la tierra. Es muy sabido que todos los coleopteros tienen dos *elictras*, ó alas anteriores. Estas elictras sirven de estuche á las otras alas y guardan el dorso del insecto. Además, las elictras y las patas son de una materia córnea, y cuando muere el insecto, se conservan bastante tiempo. Pero al fin se abren las elictras y se introducen por medio de ellas algunas semillas pequeñas, que en el cuerpo ya corrompido, germinan con facilidad, y echan raíces por los tubos de las patas; y véase en la apariencia un animal-planta, capaz de engañar á cualquiera. El P. Velasco dice que al fin desaparece el animal, y queda solamente la planta; y así debe ser porque las elictras y las patas, aunque sean fuertes, se pudren con el tiempo y desaparecen.

En cuanto á las plantas que producen *animalitos*, véase la verdad. Hay un insecto, especie de *esfex* ó *esfeje (sphex)*, que acude con frecuencia á ciertas flores, como las mariposas y las abejas. Aquellas flores tienen dos clases de alimento para el citado insecto: una materia viscosa, y los insectillos que se alimentan también de esta materia. El *sphex* pone sus huevos en estas flores, y los hijuelos salen á veces pegados en ellas por la materia. Viven algunos días con los mismos alimentos que sus padres, y en fin, cuando tienen bastantes fuerzas, rompen sus

prisiones y vuelan. Cuando yo aun no salía de mi infancia, ciertas gentes me contaban con admiración los frutos-animales de algunas plantas, y principalmente atribuían esta propiedad á la *chilca*. Pero sin ser naturalista, me acuerdo que no creía tales cuentos.

Aquí suspendo la serie de mis observaciones, por las razones ya dichas. Omito muchas cosas con relación al clima, al terreno, á la agricultura, que se halla muy atrasada en Loja; á los hermosos puntos de vista, y principalmente á la soberbia perspectiva que presenta la cima del Villonaco, de donde se observa el panorama completo de la ciudad, y de otros puntos remotos hacia el Oeste, etc., etc. Hablando generalmente, tengo algunos materiales de historia natural; tanto que algunas veces me ha venido la tentación de escribir una obrilla con el título de *Adiciones y correcciones á la Historia natural del Padre Velasco;* porque en verdad, este escritor, en la parte botánica y zoológica, no guarda ninguna clasificación científica. Mas no por esto se crea que le desprecio: yo no soy como Cuvier, que al P. Labat le llama *ignorante,* porque en su *Historia de las Antillas* no procedió según el *savoir* del tal Mr. Semejante tratamiento no es el de un maestro, sino el de un tirano de la república literaria, que insulta á quien no le ofende. Me gusta Leibnitz, este sabio, que llevaba delante todas las ciencias, según la expresión de Fontenelle, y leía todos los libros; porque en todos ellos, decía, encontraba algo que aprender. Se supone que hablaba de libros útiles, que no contengan errores contra la moral y la Religión; porque los libros son como las drogas, que unas son saludables y otras dan la muerte.



SEGUNDO VIAJE Á LOJA

1849

ADVERTENCIA

Irisarri y Rocafuerte han hablado del Ecuador poco menos que de una horda de salvajes. Estos censores exageran según sus pasiones, ó más bien preocupaciones. Un escritor peruano ha llamado á esta república, *la Arabia ecuatoriana*. Una *Arabia* que produce Morenos y Olmedos, no debe ser tan despreciable. Pudiera también añadir á Vivero, que aunque inferior á Bello (hablo de los publicistas americanos y contemporáneos), no deja de tener mérito, como escritor de segundo orden, quitándole esa filosofía rancia de Mably, de Filangieri, etc. Un crítico imparcial dirá que el Ecuador, ni es Atenas, ni es Arabia: es lo que debe ser una nación que comienza como todas las de América. Dirá también que aquí se dedican los jóvenes á la bella literatura, á la teología, á la jurisprudencia y á la medicina y yo convendré en que si no hay grandes hombres en estas facultades, no por esto deben llamarse *árabes*. Ultimamente diré, que aun cuando hubiera grandísimos teólogos y jurisconsultos, no podría titularse nación ilustrada. La España, á mediados del siglo precedente, los tenía; y Rousseau la llamaba *un pueblo de parlanchines*. Se dirá tal vez, que Rousseau era un incrédulo y enemigo de la España católica, como Voltaire y otros. El P. Feyjoo, que era católico y español, dice mucho más que el filósofo de Ginebra en todo su *Teatro crítico*, y en sus *Cartas erúditas*. A Feyjoo le parecía que la España estaba sumergida en la ignorancia, porque no se

cultivaban en ella las matemáticas, la física, la historia natural, etc.; y con esta idea emprendió su inmortal obra del *teatro*, que arrojó el gérmen de la ilustración. Tuvo muchos enemigos, porque es preciso que los idiotas y los ignorantes, que son los tiranos de la literatura, hagan mártires como los perseguidores de la Religión. Feyjoo triunfó de todos: hizo ver á su nación, que con sus teólogos, sus jurisconsultos y sus médicos, estaba muy atrasada. A Feyjoo debe la España el rango que ocupa ahora entre las naciones ilustradas. Así, pues, Larra no tiene razón para llamar *batuecos* á sus compatriotas en la época presente.

Lo que aquel sabio benedictino decía de su patria, digo yo de la mía. No basta que tengamos doctores en teología, y en ambos derechos, médicos y gramáticos. En suma, si el Ecuador quiere elevarse á la altura de las naciones ilustradas, es menester que se persuada de que no debe contentarse con lo que tiene; porque entonces se le dirá lo qne Rousseau de la España.

En mi primer *Viaje á Loja* dije algo sobre la historia natural, con el objeto de estimular á mis compatriotas á tan útil estudio. Ahora vuelvo á instar sobre lo mismo, publicando algunas observaciones relativas al aire, al agua y á las plantas. Quiera el cielo que tengan buena acogida mis deseos.

En la descripción de los vegetales me ha parecido oportuno poner algunos de los que trae el P. Velasco en su *Historia natural*, primeramente con el nombre vulgar, y después con el científico, rectificando las ideas de aquel escritor: de esta suerte quedará conocida la planta en bastante extensión. Además, el conocimiento de las plantas vulgares causa más afición á la botánica que las nociones obscuras, ó descripciones de las exóticas ó peregrinas. Después añadiré algunas otras, primero con el nombre científico, y en seguida con el vulgar, para que se conozca el trabajo de cada uno.

Ya he dicho en mi primer *Viaje á Loja*, que aquella provincia es un *jardín botánico*. Sólo por ver la hermosa *Catlia*, llamada en Loja *amancay*, es capaz un botánico ó un florista de hacer un viaje, aunque les fuera molesto (1). Esta ha sido mi idea; y me he confirmado en ella encontrándome en aquel país con Mr. de Warszewiez, botánico del rey de Prusia, sabio, afable y muy urbano. Le acompañé en algunas herborizaciones, y observé que hallaba especies nuevas: había hecho una colección bastante numerosa.

---

(1) Presenté una flor de éstas á Mr. de Warszewiez, quien después de haberla mirado con mucho placer, la dibujó, y me dijo que había visto otra especie en Centro-América; pero menos hermosa.

En una de mis correrías herbarias me sucedió un lance gracioso y quiero referirlo. Habiendo hallado una especie de *bromelia*, muy bonita, la llevaba en la alforja del guía, por no tener otro lugar más cómodo. La planta salía fuera; y excitó el apetito de la mula en que iba montado: extendió su pescuezo, y tiró un bocado que deshizo la planta. Me indigné por este hecho; pero después me reí, porque me pareció oir á mi genio que me decía: «No es la primera mula que te hace daño: acuérdate... No hay hombre que se dedique á las ciencias con ardor, que no tenga su mula ó mulas. La mula de Fenelón fué el abate Faydit; la de Bossuet, este mismo abate que le llamaba la *burra de Balaam*. ¡¡Bossuet, la burra de Balaam!! La mula de Boileau fué el abate Cotin; la de Racine, el poetastro Padrón. La mula de Chateaubriand, el abate Morellet; las de Pope, los que no creían que este ublime poeta pudiese traducir la *Iliada*, porque era cojo, etc. La mula del Tasso fué la academia de la *Crusca;* la de Cervantes, el ridículo Avellaneda...» Se necesita un volumen grueso para continuar esta materia: dejémosla aquí.

DEL AIRE

El aire respirable ó benéfico, según los químicos, se compone de veintiuna partes de oxígeno, setenta y ocho de azoe ó nitrógeno y una centésima de ácido carbónico. La turbación en esta mezcla hace el aire ó nocivo ó mortífero. Está demostrado que además de los gases citados, como constitutivos de la atmósfera, hay en ella una multitud de otros flúidos aeriformes, más ó menos dañosos, como el ácido carbónico, el gas ácido sulfúrico, el hidrógeno fosfórico, etc. Estas substancias se desprenden de los cuerpos animales y vegetales que se hallan en fermentación pútrida. Las aguas en estagnación, los escrementos, toda clase de inmundicias, producen tantas fiebres pútridas y otras enfermedades, que nadie es capaz de calcularlas exactamente.

El hidrosulfúrico, llamado por los antiguos aire inflamable, se desprende por lo común de las balsas y de toda materia limosa. Para convencerse, basta repetir el experimento del célebre Volta, á saber: metiendo un bastón en la margen de una agua corrompida y aplicando inmediatamente al agujero una vela encendida, se verá que el gas se inflama y forma una especie de fuegos artificiales en todos los puntos que se repita la operación. El hidrosulfúrico es el que produce esa luz en los cementerios, en los lagos y aun en el mar. Los buscadores de tesoros escondidos, cuando ven *quemar*, como ellos dicen, se persuaden de que infaliblemente sucede esto, porque la plata, ú otro metal oculto, arrojen llamas. Se engañan: el hidrosulfúrico, desprendido de cualquier cuerpo, aunque sea de la misma tierra, puede presentar este fenómeno.

Tres centésimas de hidrosulfúrico, dicen, bastan para hacer deletéreo el aire que se respira. El hombre muere en él ó queda, rara vez, herido de algún accidente grave. La pequeñez de este escrito no me permite traer muchísimos ejemplos. Este gas no sólo es un veneno cuando se respira, sino que obra vigorosamente en lo exterior del cuerpo. A su acción se deben tantas variaciones y enfermedades en la piel, etc. Él ataca las muelas, ya sea inmediatamente ó ya mezclándose con la saliva, que la corrompe; y después de haber hecho daño á los dientes y muelas, pasa al estómago para corromper toda la masa humoral. De aquí tantos dolores de muelas en ciertos días del año, tantas fiebres pútridas, dolores de cabeza, etc., según la cantidad de hidrosulfúrico y con relación á la temperatura y á la abundancia de materias corrompidas.

El ácido carbónico también es un veneno cuando se respira; pero es menos nocivo que el gas precedente. Aquí es lugar de reprender á aquellas personas que tienen en los cuartos donde duermen, flores, frutas, carbón, etc. De estos cuerpos se desprende mucho ácido carbónico; porque las flores y frutas encerradas en el cuarto y con el calor comienzan á macarse y se ponen en fermentación que, aunque no sea tan sensible como en la cerveza, la chicha, etc., no por eso deja de despedir ácido carbónico, á proporción, como estos líquidos. Entre nosotros, principalmente, hay un descuido notable. Cuando los enfermos tratan de recibir el Viático, se colocan en el altar floreros; y éstos quedan como de adorno dos ó tres días con sus noches,

fermentándose entre tanto las flores con el calor de las velas y de las gentes. ¿Y qué resulta de esto? La peoría, si no la muerte del enfermo, y la enfermodad de los asistentes.

Los antiguos químicos creían que el nitrógeno en sí era dañoso; los modernos dicen que no. Que los animales mueren en el puro nitrógeno, no porque él sea nocivo, sino por falta de oxígeno ó de aire vital. ¿Y qué adelantamos con esta teoría para los casos prácticos? Nada. Tanto vale que los vivientes se hallen mal en un aire cargado de nitrógeno, porque éste sea nocivo en sí, como porque la falta de oxígeno haga el aire insalubre. Vamos á la experiencia. Es cierto que todos los animales, para conservar la vida, descomponen el aire atmosférico y consumen una cantidad de oxígeno, arrojando entre tanto por la respiración el nitrógeno. Ya he dicho que este gas, sea como fuere, es nocivo. Sin embargo, ¿qué es lo que vemos? Hállase un pobre enfermo en un lecho de dolores: allá van de día y de noche los primos, los tíos, los sobrinos, los hijos, los amigos... ¡y què se yo quiénes más! con sus visitas, con sus tertulias, con sus majaderías: llenan la habitación de humo con los cigarros; disminuyen el oxígeno por la respiración, fuera del que se consume por la combustión de las velas, de los braseros de carbón que se introducen para calentar los remedios: en suma, el cuarto queda hecho un infierno, y el enfermo agravado, cuando, por fortuna, no muere. Los médicos, que deben velar sobre esto, nada dicen: el Padre auxiliante se desentiende; y si alguna vez reprende, tendrá que sufrir una descarga horrorosa. ¡Ah bárbaros! Más quietud tiene un salvaje en su lecho de pieles ó de musgo. Pues al menos respira un aire que no corrompen tantos visitadores ó tantas gentes importunas. El médico, uno ó dos asistentes, el ministro de la Religión: ved ahí las únicas personas que deben acercarse de vez en cuando al lecho del enfermo. De este modo debe morir un hombre civilizado.

En los patios de las casas, principalmente de las haciendas, se ven amontonados él estiércol y otras inmundicias, porque allí se tienen los pesebres y se recogen los ganados. Toda esta reunión de materias se corrompen con los orines de los animales y con las aguas estancadas en invierno. De aquí tantas fiebres, catarros, etc. Respirando de día y de noche un aire impregnado de muchos gases mortíferos, no hay que admirarse de tantas muertes violentas. El vulgo dice: *las entradas y sali—*

das del invierno son temibles, como si Dios hubiera puesto el *invierno* (el tiempo de las lluvias) para matar.

Tal vez dirá alguno: si esto es así, ¿cómo no mueren todos los que viven en tales lugares? Hablando generalmente, el desaseo poco más ó menos es de todos los hombres y de todas las habitaciones. Pero la naturaleza suple á veces la negligencia de aquéllos. Sucede en el orden físico lo que en el político y moral: un vicio arroja otro, y los malvados se destruyen entre sí. Así vemos substancias deletéreas que por las afinidades químicas ó se mezclan ó se combinan y neutralizan como el amoníaco y el hidrosulfúrico. También puede suceder que el ácido carbónico, mortal cuando es respirado, se mezcle con el agua que bebemos y se convierta en un principio antiséptico, como dicen los médicos, ó antipútrido. Pero estos fenómenos son raros en la naturaleza.

La pureza del aire es tan necesaria, que hasta los animales rehusan vivir en los lugares infestados por ellos mismos. El ganado se enferma; los ratones mudan de habitación, y por esto vemos que hacen tantos agujeros en una casa. La sarigueya despide un fetor intolerable y que á ella misma debe causarle molestia: jamás entra en la trampa en que otras han caído y han dejado su hediondez. Los físicos del siglo pasado creían que las plantas no se ocupaban en otra cosa que en purificar el aire, consumiendo el azoe y otros gases nocivos y arrojando el oxígeno: las hojas, decían, son el laboratorio de esta admirable análisis. Pero hoy está demostrado que tanto los animales como los vegetales necesitan de oxígeno para conservar la vida; con la sola diferencia de que los vegetales consumen una gran parte de los gases que son nocivos al hombre y al bruto. Por esto aconsejan que se crien plantas en los lugares frecuentados, con preferencia las yerbas y arbustos. ¿Y por qué? Porque el ácido carbónico, por ejemplo, siendo más grave que el aire atmosférico, debe hallarse á una corta altura de un árbol elevado; mientras que las plantas pequeñas pueden absorber todo el ácido, hallándose las hojas sumergidas en el citado gas. Con todos debe suceder lo que conmigo. Cuando me paseo muy de mañana por un bosque de árboles elevados, no siento aquel desembarazo y aquella alegría como en una vuelta por un prado de gramineas; v. gr., de *un trigal* ó cebadal, etc. Además, en un bosque, si no es muy limpio, las hojas caídas es

corrompen, cuyo daño no es inferior al provecho que causan las hojas verdes y vivientes.

Sea cual fuere el origen del virus variólico y del virus venéreo (1), es cierto que éstos aumentan sus funestos efectos á medi-

(1) Yo creo que el virus sifilítico y el variólico son transmitidos á la especie humana por el comercio con los brutos. Para demostrar esta aserción sería menester, al menos, una disertación. Sin embargo, digo algo. Es indudable que ciertos animales están expuestos á las enfermedades citadas. Los monos, los caballos, las cabras, las ovejas, las vacas, etc., reciben del hombre el virus variólico; y ellos también comunican á los hombres por una analogía de humores. Es muy sabido el descubrimiento de la *vacuna*, por el célebre Jenner. El perro padece continuamente de gonorrea, etc. Por otra parte, la historia nos presenta (y ¡ojalá no fuera cierto!) el abominable comercio de hombres y brutos. Causa horror leer sobre este particular la historia de Egipto; y cabalmente la lepra trae su origen del Oriente. Si las viruelas y los males venéreos son propios de la especie humana, ¿por qué no se han visto en todas partes y en todos tiempos? Algunos creen que los compañeros de Colón llevaron la primera vez de América á Europa lo que se llama *gálico*. Bien puede ser falso esto; pero no cabe duda que jamás se había visto igual progreso, como el que experimentaron en 1497, poco tiempo después del descubrimiento de la América. Prueba de que los compañeros de Colón fueron plagados de esta terrible enfermedad, por su comercio con las indias salvajes. Hay pueblos que jamás habían conocido las viruelas. El abate Molina, en su *Historia de Chile*, dice que en la provincia de Maule se introdujo esta enfermedad en 1786 (*). Aun entre los salvajes de nuestros bosques se han encontrado hordas que han vivido libres de esta calamidad. Ellos ciertamente no habrán tenido comercio con los brutos, ni con los hombres contagiados por ellos. Robertson (*Hist. de América*, lib. 4.°), después de manifestar su inclinación al sentimiento de la propagación del virus sifilítico en Europa por los compañeros de Colón, concluye así: «En fin, semejante á la lepra que ha desolado la Europa durante muchos siglos, quizá se agotará por sí misma (la enfermedad citada), y en una edad más dichosa esta peste occidental no será ya conocida, así como la de Oriente, sino por las descripciones.» Ojalá se verificara esta predicción! Pero los estragos que hace entre nosotros, por la depravación de costumbres, no da lugar á esperar un porvenir tan halagüeño.

Yo quisiera hablar algo más sobre esta materia; pero la estrechez de una nota, y la naturaleza de este escrito, no me lo permiten. Una anécdota curiosa dará bastante idea de las funestas consecuencias del mal venéreo. Francisco I de Francia galanteaba á una mujer casada, llamada por los franceses *la belle Ferronniere*. El marido celoso, para vengarse, meditó el proyecto de un demonio. Buscó una prostituta que le comunicase el virus: así sucedió. El comunicó á su mujer, y ésta al rey. Francisco I padeció nueve años, y al fin murió á consecuencia de aquella enfermedad terrible.

(*) El mismo abate Molina dice que es muy buena la leche de vaca administrada á los virolentos con una decocción de raíz de perejil, según la receta del Dr. Lassone, médico francés. En las viruelas, que poco hace se vieron muchos estragos, aconsejé á algunas personas este remedio, y surtió buenos efectos.

da de la infección del aire. El germen de lo que se llama *gálico* se desarrolla con una rapidez eléctrica en los lugares húmedos, donde abunda la corrupción. El vulgo cree que la humedad es la causa eficiente del virus; no siendo sino la causa ocasional de su progreso. Por *humedad* entendemos los vapores que se elevan de la tierra; y estos vapores, descompuestos por mil causas, producen gases mortíferos que aceleran el incremento de los gérmenes virulentos preexistentes en el cuerpo animal. Si la *humedad* fuera la causa del virus, las personas que viven en las serranías, donde las neviscas y las lloviznas son frecuentes, serían todas acometidas de aquella funesta enfermedad. Al contrario, vemos que gozan de salud y robustez, como nuestros indios. En los países calientes, por lo común, hay minerales de azufre, de vitriolo, de varias sales, etc., que, mezclándose con los vapores, mucho más abundantes por la acción del calórico, se descomponen y forman gases que influyen en la actividad del virus (1)

Cuando un individuo acometido de esta enfermedad, vive en un mal temperamento, sea frío ó caliente, es imposible una curación radical. ¿De qué servirán los remedios, cuando hay causas que impiden la expulsión del virus? Véase por qué no hay más que curaciones paliativas. En este caso se puede aplicar á todas las boticas del mundo el letrero que puso un estudiante de la Universidad de Oxford á una de las boticas de aquella ciudad: *Hic venditur emeticum, narcoticum, febrifugum, et omne quod exit in um, prœter remedium.* «Aquí se vende el emético, el narcótico, el febrífugo y todos los acabados en O, fuera de remedio.»

(1) El virus es un Proteo: se reviste de diversas formas atacando varias partes del cuerpo. El sistema linfático, el nervioso, el sanguíneo, el cutáneo, el huesoso, etc., pueden ser acometidos; y en cada parte parece distinto mal. Cuando el virus penetra hasta el periostio, esta membrana delicada se altera y produce lo que llaman *dolor de huesos*. Al que denominan vulgarmente *lazarino*, no es más que un hombre que tiene su sangre infectada por el virus. La elefancia, ó elefantiasis, parece distinta del *lázaro*: la causa es la misma; el efecto varía según las localidades. Un solo remedio puede atacar todos estos males. Una de las pruebas de que el virus hace estragos con la corrupción atmósferica y alimenticia, es que vemos más *lazarinos* en la clase baja de la sociedad, que en la elevada, por razón de que la primera se halla en medio de las inmundicias, y se alimenta muy mal.

Se ha preconizado en nuestros días, como un remedio antisifilítico, el urato de cal ó *huano*, sin hacerse cargo de la naturaleza de este mineral, ni de las circunstancias en que pueda obrar. En las islas de los pájaros dicen que ha producido algunos buenos efectos; y puede ser porque el aire impregnado de las emanaciones de aquel *urato*, obre de muy distinta manera en el cuerpo humano, que cuando se tome aquella substancia desleída en algún licor. Además, el *huano* legítimo, según las observaciones de Vauquelín, debe constar de veinticinco partes de ácido úrico, saturado por la cal y amoníaco; y también ácido oxálico, saturado en parte por el amoníaco y la potasa, el ácido fosfórico, combinado con las mismas bases y con la cal, y muy cortas cantidades de sulfato y de hidroclorato de potasa y de amoníaco. No toda sustancia excrementicia de los pájaros de las islas del mar del Sur da esta sal, sino donde abundan los géneros que los naturalistas llaman *phenicopterus* y *ardea*. En suma, puede suceder con el *huano*, lo que con el estiércol de los bueyes: muchos tísicos han sanado respirando solamente por algún tiempo el aire de los corrales del ganado vacuno. Tomando interiormente el *huano* de los bueyes nada aprovecha. Tampoco otros han sanado; prueba de que se debe atender á la naturaleza de la boñiga, según los alimentos, las aguas, etc.

Según el estado actual de los conocimientos humanos, el fundamento para la destrución del virus y de todo mal es un aire puro, una habitación en terreno sin minerales nocivos, una agua potable, como diré depués, y unos alimentos no corrompidos ni capaces de corromper la masa humoral. Por supuesto, lo primero es una vida moral. Los milagros que cuentan de Prietznitz con su método hidropático, yo los atribuyo á la bondad del temperamento y á la de las aguas de Graenfemberg.

Huffeland dice, que el hombre puede prolongar su vida hasta 200 años: esto me parece poco. Dadme un hombre sano, colocado en las circunstancias del párrafo antecedente, y yo digo que vivirá tanto como un patriarca antediluviano. La *macrobia* y *microbia* (1) de los hombres están en la naturaleza de las cosas. La dificultad no está en prolongar la vida, sino en sacar á los hombres de su inercia y apatía; de sus hábitos viciosos, apo-

(1) *Macrobia* se compone de las palabras griegas *makros* grande, y *bios* vida; y *microbia* de las voces *mikros* pequeña, y *bios*.

cados y mezquinos; en una palabra, en hacerlos *aseados física y moralmente.* Tales individuos nacen en el punto A; sus padres y sus abuelos vivieron también en él: dejaron bienes raíces, y una memoria indeleble: véase la patria: esta *patria*, que según la expresión de Chateaubriand, atrae las plantas de los habitantes, como un poderoso imán el acero. Sea cual fuere su clima, aunque sus aguas y sus alimentos sean nocivos, vivirán en ella con preferencia á cualquiera otro punto de la tierra. Alguna excepción no destruye la regla general. Al ver esta innata adhesión de los hombres, decía Ovidio:

Quid Roma melius? Scitico quid frigore pejus?
Attamen ex illa barbarus urbe fugit.

¿Qué cosa hay mejor que Roma
y peor que la helada Scitia?
Huye el bárbaro, no obstante,
de las romanas delicias.

¿Qué se infiere de todo esto? Que el hombre no sólo ha de morir, sino que tiene gana de morir prematuramente, sin mirar por su salud. En efecto, las palabras *morte morieris,* del Génesis, tienen este último sentido, según la fuerza del texto hebreo.

Apliquemos toda la doctrina precedente á los lugares sobre cuyo temperamento he hecho algunas observaciones, y pueden también servir á otros. Quito tiene el aire húmedo y frío, y sería casi intolerable si no estuviera como barreado por el *Panecillo.* Esta colina abraza con su base toda la área de la ciudad, é impide la acción del viento Sur, que domina principalmente en los meses de Junio, Julio y Agosto. De esta suerte, la ciudad no recibe inmediatamente todas las emanaciones que lleva la corriente atmosférica de los cerros nevados y volcanes que existen hacia el Sur. Sensiblemente experimenté, durante mi permanencia en el convento de San Diego, que este punto tenía el aire mucho más insalubre que el de Quito, sin embargo de estar no muy distante. Cuando entuve en aquella ciudad habia mucho desaseo en las calles, que producía una corrupción terrible: las fiebres pútridas, los catarros, las fluxiones eran frecuentes. «No hay más policía en Quito, decía el gracioso doctor León y Carcelén, que el aguacero.» En efecto, las lluvias

son allí copiosas y tienen la facilidad de llevar las inmundicias por hallarse la ciudad en un plano inclinado. Ahora me dicen que hay bastante aseo en las calles, pero no basta esto: es menester velar continuamente sobre la limpieza de todo el torrente llamado *Jerusalem*, depósito de todas las inmundicias de las casas que lo circuyen. El carcabón que atraviesa por medio de la ciudad, es otro receptáculo de innumerables materias corrompidas. Si velaran en Quito sobre la pureza de aire, me atrevo á decirlo, la tez de las quiteñas sería casi igual á la de las georgianas ó circasianas. Aun en el estado presente, el ambiente quiteño es un regular cosmético.

¡Ojalá pudiera decir de Cuenca lo poco que he dicho de Quito! Cuenca se parece á una ciudad asiática con relación á su desaseo. Por do quiera que se extienda la vista se hallarán bascosidades; las calles son las letrinas del populacho; las acequias que reciben las basuras de las casas no corren con libertad; las que están fuera de las habitaciones principales, contienen un fango que jamás se limpia; la acequia que llaman del *gallinazo*, pone el cúmulo á todos los principios de corrupción, por ser el depósito de todas las inmundicias de las casas contiguas, y porque la poca agua que corre no es suficiente para limpiarlas. La plazuela de San Francisco, lugar en que se celebra el mercado los viernes, presenta la suciedad de un establo. El convento de la Merced tiene una laguna de agua corrompida, perenne. Hay calles, como las que están tras el convento de monjas concepcionistas, en que es preciso aplicar el pañuelo á las narices y pasar con velocidad. Este conjunto de corrupción no puede menos de hacer muy insalubre el aire que respiran en Cuenca. Existe otra causa morbífica, y en la que nadie piensa: tal es el cementerio ó panteón. Debieron haber construído en otro lugar. El viento dominante en Cuenca es el Nordeste, y cabalmente el panteón se halla situado hacia esta parte, y la ciudad á barlovento. Por consiguiente, todos los efluvios malignos pasan por ella. En vano se dirá que se crían plantas en el cementerio común, y se toman algunas precauciones; todo esto es ilusorio, si se considera lo que he dicho antes, que el hidrosulfúrico se inflama en los cementerios, aunque ellos parezcan limpios: prueba que este gas no se neutraliza fácilmente.

La corrupción que proviene de las tiendas es otra de las

causas dignas de atención. El populacho vive en aquellas habitaciones estrechas, en unión de los animales: el perro, el puerco, el carnero, los cuyes, las gallinas, son los compañeros de las gentes infelices. Sí; más infelices que los árabes, pues que estos, si viven juntos con su camello, su dromedario, su caballo, es al aire libre. Yo no diré con Rousseau, que es un dón funesto del cielo haber recibido un alma sensible; pero sí puedo asegurar que á veces me abruma el sacerdocio, cuando entro á ejercerlo en una de estas miserables sepulturas de vivientes. ¡Qué espectáculo tan triste ver á un moribundo en estos lugares! Los animales y el fogón consumen todo el gas vital, y el enfermo sucumbe, por lo común, después de mortales agonías.

Yo me río (se supone con indignación) cuando veo en ciertas ciudades sucias promoviendo lo que llaman *civilización*. Se trata de educar á las niñas, á los niños...: fundan escuelas que sean una maravilla. Pero no hay una escuela, una sociedad para el fomento de la limpieza pública, origen de la salud del cuerpo y del despejo de las facultades intelectuales. Algunas veces he visto que la policía quiere hacer algo; y en resumidas cuentas, nada hace. Digan lo que quieran: para mí las personas en individuo, como en sociedad, si no son aseadas, no son civilizadas.

Se dirá tal vez: si es verdad lo que afirmas, ¿cómo existen en esta ciudad por lo menos sin llevar una vida lánguida? La objeción es especiosa, y la respuesta es fácil. El temperamento en sí es bueno, el terreno es excelente. Cuenca se halla situada en un valle muy extenso: por el Norte no tiene límite cercano de algún monte elevado ó colina considerable; por el Sur corre la colina del *Turi* á distancia de más de una legua; por el Este se halla esta misma colina prolongada, y separándose más de la ciudad; por el Oeste, el último parapeto de los Andes, que es bastante elevado, se halla tambien distante. Por consiguiente, no hay monte cercano que arroje los vapores de su cima sobre la ciudad. Los vientos se cruzan libremente, después de haber chocado á grandes distancias con las cimas de los cerros elevados que hay en todas direcciones. El terreno en que está fundada Cuenca es muy favorable: es una arcilla ocrea amarillenta muy compacta, mezclada con piedras de la misma naturaleza, y con una capa muy somera y pobre de tierra vegetal. Así que no hay partículas salinas, ni sulfúricas, ni calcáreas, etc., que pueden desprenderse y dañar la atmósfera: la columna,

pues, de aire que gravita sobre la ciudad, es pura por su naturaleza. Además, la temperatura, en la mayor parte del año, es de 11° á 12° sobre cero, á la sombra, en el termómetro de Reaumur: reunidas todas estas propiedades con el aseo de las habitaciones y de las calles, Cuenca sería un Paraíso por su temperamento. Véase por qué, á pesar de tantas causas accidentales, aun no es mortífero el aire que respiran en esta ciudad.

Otro tanto puedo decir de Loja; y aun más, porque en Cuenca al menos la mayor parte de las casas tienen limpieza. Pero en Loja los patios están llenos de basura, que con las aguas que se estancan en invierno exhalan un fetor intolerable á las personas que no están acostumbradas á él. Las casas no dan una salida libre á las aguas que caen de los tejados: estas se detienen y se corrompen, y si se rezuman dejan una humedad perenne y pasan á las casas inmediatas. Las calles son insufribles en tiempo de lluvias. Ademas, como el temperamento sea bastante caliente (el termómetro de Reaumur marca 14° á 15° sobre cero, á la sombra, en la mayor parte del año), la putrefacción es más veloz y más sensible. El aire, pues, allí es muy nocivo en ciertas estaciones: el virus se desenvuelve con rapidez y las gentes, por lo común, son enfermizas. ¿Qué remedio? Ya lo he dicho: el aseo interior y exterior de las habitaciones. En Loja es muy fácil conseguir esto, por ser la ciudad pequeña y porque hay sugetos pudientes, capaces de promover la felicidad de su patria.

Sin embargo, muchas personas, lejos de agradecerme, se irritarán contra mí: tal es el carácter de los hombres irreflexivos. Entonces no les responderé otra cosa que la anécdota de un jefe de policía de Madrid. Sabido es que aquella Corte, antes del reinado de Carlos III, era una pocilga. Este monarca, tratando de mejorar la suerte de los matritenses, puso á la cabeza del cuerpo de policía un sugeto activo é inteligente. ¿Qué sucedió? Lo que siempre. Se levantó el clamor de las gentes: quejas, acusaciones, pasquines... Llega á noticia del Rey el descontento general: llama al comisario, le pregunta, y responde éste friamente: «Señor, V. M. no haga caso de este rumor infundado: los hombres son como los niños, que lloran cuando los limpian...» No hay duda que puede haber algún exceso de parte de los comisarios; pero aquí no se hace la apología de esto: el celo, la prudencia, la perseverancia de los magistrados se

necesita en esta, como en otras materias de beneficencia pública. En suma, concluyo diciendo que el aseo de una ciudad no es obra de un día; pero tampoco se necesita un lustro para plantificar una regular policía.

DEL AGUA

El agua pura, es decir, potable, según los químicos y mineralogistas, debe ser inodora, sin color, transparente, fría, insípida, (á causa de que desde nuestra infancia estamos acostumbrados á ella). No describo otras propiedades del agua, porque estas pertenecen á la física, á la química y á la historia natural: aquí sólo se trata de las que miran á la economía.

Se divide el agua en fría y termal: la primera no pasa de 17 grados; de aquí hasta 90 es termal (1). Hay aguas puras ó *potables*, y minerales. Se conocen las primeras cuando disuelven bien el jabón, y las legumbres quedan perfectamente cocidas en ellas. Las segundas se conocen cuando se encuentran diversos principios mineralizadores, como gases, sales, etc. Así, por ejemplo, se llaman *acidulas*, cuando predomina el ácido carbónico; *salinas*, cuando son abundantes las sales; *ferruginosas*, cuando hay exceso de carbonato de hierro, ó sulfato de este metal, etc. Las aguas *minerales* se llaman *medicinales*, á diferencia de las *deletéreas*, que son las que contienen substancias venenosas, como sales de cobre, y otras. Bajo este supuesto, veamos algunas aguas en particular.

Quito tiene muy mala agua. Todas las fuentes, que llaman

(1) Al sudoeste de Cuenca, y á distancia de dos leguas, se halla el agua termal, llamada de *Baños*. Esta agua está saturada de carbonato de cal, y por lo mismo no sirve para bañarse en toda clase de enfermedades. Si hubiera personas curiosas podrían sacar algunas ventajas de la propiedad de aquella agua. Es sabido que las estalácticas y estalácmitas son productos del carbonato de cal. Hay una grutita donde se forman estas concreciones. Recibiendo en moldes el agua que se filtra. se podrían formar estatuas, vasos, etc., como si fueran hechos de mármol, según dicen los naturalistas. Para esto sería preciso vivir en el pueblo de *Baños*.

pilas, están surtidas de derrames de los cenagales de las faldas del Pichincha. Los acueductos son pésimos: ó son de cal y ladrillo, ó de tubos que llaman *atenores*, fabricados de arcilla figulina con galena ú otros óxidos de cobre, etc. El agua de *San Francisco*, que miran como buena, es quizá peor que todas; porque conducida ocultamente desde su origen del modo citado, no tiene tiempo de perder alguna parte de sus malas cualidades por la evaporación. El río *Machángara* va poco más ó menos por estos términos. No hay cosa más fácil que tener buena agua en Quito, recogiendo los torrentes limpios que bajan por otras direcciones de la altura del Pichincha. La dificultad está en la conducción; porque si se hace del modo dicho, ó por terrenos salinos, ó que contengan protoxido de plomo, la cosa quedará en el mismo estado, ó talvez peor. Una persona que tenga conocimientos en química ó en historia natural, podrá conocer la naturaleza del terreno y proporcionar los medios más aptos para conseguir un buen resultado. No es posible detallar todos los pormenores en esta obra, destinada únicamente á dar nociones generales. En suma, ¿cuánto costaría este trabajo? Unos 14 ó 15 mil pesos, cantidad muy pequeña para un pueblo como Quito y para una empresa tan útil.

Después de haber escrito esto, he sabido que se han hecho esfuerzos para tener una agua mejor que la antigua; pero ignoro los medios que hayan elegido para este efecto.

En materia de aguas, Cuenca está peor que Quito. Tiene un *Matadero*, cuyo nombre es muy adecuado á sus efectos nocivos. El río *Matadero*, que corre de Oeste á Este, hacia el Sur de la ciudad, es una agua que tiene en solución carbonato de cal y protosulfuro de hierro (caparrosa verde). De aquí resulta, que los que usan de ella sienten el estómago pesado, y las obstrucciones que son su consecuencia (1). Peor es todavía el agua que llaman del *molino*. Esta recibe innumerables inmundicias, y sin embargo, por ser más inmediata que el río, sirve á la mayor parte de los habitantes. Ciertamente causa indigna-

(1). Una prueba química me ha confirmado en lo que llevo expuesto. En un vaso de agua he echado un poco de ácido oxálico, y me ha dado un precipitado de cal, ó más bien un oxalato de cal. Me ha causado admiración ver proporcionalmente la cantidad de agua y la cantidad de carbonato de cal que en ella se contiene.

ción ver en Cuenca este desorden. Si no hubiera una agua buena de que echar mano, serían las gentes dignas de compasión. Pero teniendo mucha facilidad de proveerse de aguas puras, es reprensible esta desidia. Un riachuelo que baja de la cordillera de los Andes y corre de Norte á Oeste, á distancia de poco más de una legua de la ciudad, es una agua excelente: se llama vulgarmente el agua del *capulí*. Cuantas personas han hecho uso de ella, han sentido sus buenos efectos por la fácil digestión, y porque excita el apetito. Los indios, en la época de sus Incas ó antes, mucho más industriosos que nosotros en cuanto á la comodidad de la vida, conducían esta agua hasta el valle de Tomebamba, según existen todavía los vestigios. El acueducto es sencillo: el lecho es de piedras, y también las paredes: los intersticios se hallan obstruídos con tierra carbonosa. De esta suerte pasaba el agua pura á mayor distancia que aquella en que nos hallamos ahora. ¡Felices indios! ¿Y por qué nosotros no los imitamos? Porque nosotros somos ilustrados, y los indios de antaño eran bárbaros. Es decir, que nosotros, los ilustrados, no hacemos aprecio de la salubridad pública; y los indios, como brutos, buscaban la fuente de la vida.

El río *Yanuncay*, que dista apenas un cuarto de legua, también es una agua pura. Esta debería servir al menos para beber, á toda la ciudad. El vulgo cree que aquel río es bueno, porque viene *lavando las raíces de zarza* (zarzaparrilla): el color entre amarillo y rojo obscuro que presenta el agua cuando corre en mucha cantidad, ha dado origen á este disparate. Todo río que manifieste este color, será bueno para beber; porque se infiere que corre por tierras ocreas, cargadas de óxidos de hierro de diversos colores. Al contrario, las aguas blanquizcas ó verdosas son pésimas, porque contienen carbonato ó sulfato de cal, caparrosa verde, etc., etc.

Loja en esta parte es feliz, porque su río *Zamora* es una buena agua; y sería mejor, si limpiaran todo el lecho del río; porque en las márgenes, con las crecientes, quedan pequeños depósitos que se corrompen y se mezclan con la masa total.

DE LOS VEGETALES

En mi primer *Viaje á Loja* clasifiqué algunas plantas según el sistema de Linneo; pero como este sistema no sea del gusto de aquellos que prefieren el sistema de familias, principalmente el de Decandolle, indicaré las plantas de ambos modos, para que de esta suerte queden satisfechos los aficionados á la botánica. Yo aconsejaría á los que quieran estudiar por diversión la botánica, el sistema de Linneo; pero es preciso confesar que el sistema de familias, como más natural y más extenso, suministra ideas análogas á un conocimiento profundo de las plantas.

Altamisa. Hay dos especies de esta planta: mayor y menor. El P. Velasco dice que la mayor es como la especie europea. Lo que aquí llamamos *altamisa*, es la *melvidia bipennata* de los botánicos. La *altamisa* europea es la *artemisia* de Linneo. La *melvidia* pertenece á la clase singenesia y á la familia de las *synantereas*. Las virtudes son equivalentes á las de la *artemisia*, principalmente de la especie menor, que abunda en los temperamentos calientes; es decir, que es emenagoga (buena para hacer correr las reglas), antihelmíntica (contra las lombrices y gusanos), antistérica y antiepiléptica.

Arquitecta. Es una especie de *gnaphalium* muy abundante en nuestras serranías. El P. Velasco dice que es propia de Cuenca, y que es buena para toda infección y putrefacción. También hacen uso como de un purgante saludable. Es planta de un pie de elevación, con hojas pequeñas, enteras é inclinadas hacia el pie del tallo, formando un cuerpo imbricado ó empizarrado. Toda la planta está cubierta de una pelusa algodonosa: su flor es compuesta de flósculos amarillos con vilano sentado, y pertenece á la clase singenesia de Linneo.

Chamico (*Datura stramonium*). Esta planta es muy conocida, y omito su descripción. Pertenece á la clase *pentandria monoginia* de Linneo, y á la familia de las *solaneas*. El extracto del estramonio dicen que es bueno para curar la locura. Lo

efectivo es que su raíz, usada en forma de cigarro, es excelente contra el asma.

Chilca (*Baxares*). También es muy conocida entre nosotros. Es planta vulneraria y absorbente de las humedades del cuerpo humano. Su tallo seco y frotado se electriza. Esta planta pertenece á la clase singenesia. Sus flores son en corymbo, blancas y de mediana fragancia.

Chilchil (*Tagetes multiflora*). Se eleva á tres palmos y aún más: ama los terrenos grasos. Las hojas son imparipinnadas, y tomándolas en decocción teiforme hacen buen efecto en las cólicas por indigestión. Esta planta pertenece á la clase singenesia, y á la familia de las *sinantereas*, y á la división de las corimbíferas ó radiadas.

Chuquirahua (*Eligrison fruticicosum*). Esta planta se parece á una *inmortal*, porque su flor conserva los colores aunque esté seca Se halla guarnecida de escamas pajosas, y se compone de flósculos con vilanos plumosos. El tallo es semileñoso, cubierto de hojitas con puntas á manera de espinas. Se eleva, por lo común, á la altura de un pie; pero en algunos temperamentos muy rígidos, y en terrenos que le son favorables, se eleva como un subarbusto. La *chuquirahua* es diaforética (sudorífica), febrífuga, tónica. Se toma su decocción en bebida teiforme, cuidando de arrojar la primera. La mejor *chuquirahua* es la de los páramos elevados y cercana á su floración.

Coca (*Erithroxilon coca*). Arbolillo de cuatro á cinco pies de altura; sus ramas y hojas son alternas: estas son ovales, puntiagudas, enteras, lisas, suaves, marcadas con tres líneas longitudinales, largas de una pulgada y media y con peciolos cortos. Las flores son blancas y numerosas, de cinco pétalos y diez estambres. El cáliz es persistente y pentáfilo. Los frutos en racimos son bayas rojas al principio, y después negras. Esta planta es de la clase decandria monoginia y de la familia de las *ramneas:* es muy tónica y nutritiva. Se ha dicho mucho acerca de estas virtudes; pero nada me parece decisivo como el testimonio de un sabio que acaba de dar una idea muy ventajosa de las hojas de la *coca*. El Conde de Castelnau, en su informe al ministro de Instrucción pública de Francia, con fecha 10 de Agosto de 1846, de la misión de *Sarayacu*, dice lo siguiente: «Con algunos puñados de hojas de este arbolillo, y sin otras provisiones, estos hombres (los indios del Marañón) emprenden



un viaje de ocho días, y aun más. Yo no dudo que en una época que está muy cerca (1) este producto no sea buscado en Europa; él me parece principalmente ser muy útil á los marinos, que les serviría de recurso contra los horrores del hambre, tan frecuentes en los viajes dilatados.» Quiera el cielo que se verifique el vaticinio de Mr. de Castelnau, para el bien de la humanidad y para la utilidad de nuestros países. La *coca*, pues, según la relación de este viajero, es el «árbol de la vida.»

FLORIPONDIO (*Datura suaveolens*). Esta planta es muy conocida entre nosotros por su hermosa flor blanca, olorosa, monopétala, campaniforme, y por sus hojas grandes, oblongas, enteras y algodonosas. Pertenece á la clase pentandria monoginia, y á la familia de las *solaneas*. Tiene la virtud detersiva y emoliente en sus flores; y en suma, estas son resolutivas y ayudan á la supuración de los humores. No se debe tener esta planta muy cercana á las habitaciones, porque su flor, aunque fragante, es algo narcótica.

HUÁNTUC (*Datura sanguínea*). Es de la misma clase y familia que la antecedente. Es uno de los narcóticos más fuertes que se conocen.

MASTUERZO QUITENSE (*Tropæolum*). Es la *capuchina* de los españoles. Esta planta es tan abundante en Cuenca, que infesta los campos circunvecinos. Han dado el nombre de *mastuerzo* sólo porque tiene las mismas virtudes. El mastuerzo europeo (*sisimbrium nasturtium*) es de otro género, especie y clase. La *capuchina* tiene muchas especies; pero yo no conozco más que tres: el *tropæolum majus*, muy común en nuestros jardines, con flor amarilla. Esta es la *gran capuchina*. El *tropæolum minus*, cuya flor es de color de fuego, y abundante en las cercas y en los árboles, formando hermosos emparrados. El *tropæolum peregrinum*, que lo he visto en los pueblos de Gualaceo y Paute. Este tiene las hojas con tres ó cinco lóbulos. Las primeras especies tienen las hojas casi redondas ó en forma de broquel. Esta planta pertenece á la clase octandria monoginia, y á la familia de las *geranieas*.

Se ha dicho que la *capuchina* se llama *mastuerzo* porque tiene las virtudes de esta planta: veámoslas. Es antiescorbútica;

(1) Alude al comercio de los europeos, que en breve se apoderará de toda la América española.

pero no se debe emplear en todo escorbuto, dicen los prácticos, sino sólo cuando su carácter es ácido y no hay apariencia de gangrena ó de disolución de los vasos ó putrefacción. Se debe administrar el jugo en la dosis de 3 ó 4 onzas, y no en forma de decocción. El jugo se esprime de la planta fresca; y cuando se quiere dar en caldo, éste debe ser tibio. Con el mismo jugo y miel rosada se hacen gargarismos, que son un específico contra todas las especies de esquinancias y contra las úlceras de la garganta, del paladar y de la lengua. Sirve también para fortificar los dientes cuando se aflojan por algunos ataques en las encías. Los europeos comen como las alcaparras los frutos tiernos, y las flores, antes de abrirse, en ensalada. Deben ser gustosos. No hay duda que la *capuchina* es una gran planta medicinal. Se le ha dado este nombre, porque el espolón de la flor tiene la figura de la capilla piramidal de los capuchinos.

MECHOACAM *(Convolvulus mechoacam)*. Esta planta tiene los tallos sarmentosos y rastreros, angulosos, lechosos, guarnecidos de hojas alternas, cordiformes y verdes: las flores son campaniformes, de color de carne y purpurinas interiormente. Pertenece á la clase pentandria monoginia, y á la familia de las *convolvulaceas*. Se ha sustituído la jalapa como purgante á la raiz del «mechoacam» por obrar con más lentitud y en pequeña dosis. Sin embargo, está indicada como provechosa tomándola en substancia en la gota, en los lamparones, en las enfermedades venéreas, en la hidropesía; es decir, para purgar los humores espesos, viscosos y serosos de la cabeza, del pecho y de las articulaciones. Cuando se toma, ya sea en polvo ó en infusión de vino ó de otro cualquier licor, se tiene la precaución de no hacer hervir.

ORTIGA QUITENSE, ó CHINI (*Urtica*). Hay muchas especies de ortigas; pero las comunes son la *urtica pilulífera*, y la *urtica urens*. La primera tiene el tallo alto de dos á tres piés, redondo, débil, ramoso y guarnecido de pelos blancos, que causan comezones muy pungentes, cuando los tocan. Las hojas son pecioladas, ovales, puntiagudas, dentadas y rodeadas de aguijoncillos: las flores son axilares, sobre pedúnculos de cinco á seis líneas y reunidas en cabezuelas y en forma de pelotillas. Los latinos han llamado esta planta *urtica* del verbo *urere* (quemar); porque, en verdad, los pelos tiesos de su tallo y hojas parece que queman cuando los tocan. La figura de sus flores y

frutos ha dado á Linneo la idea de llamarla *urtica pilulifera*. La otra especie, que los indios llaman *caballochini*, es alta de medio pie ó poco más; esta hace picaduras más quemantes y dura su ardor hasta veinticuatro horas. Las ortigas pertenecen á la clase monecia tetandria, y á la familia de las *urticeas*.

Maravillas cuentan los botánicos de las ortigas: véanse algunas. Las raíces, dicen, son muy buenas contra los dolores causados por el cálculo: las hojas y las flores en cataplasma son excelentes para las contusiones y fracturas. El jugo depurado de la ortiga contiene el esputo de sangre, la hemorragia de la nariz y el flujo de las almorranas. Conviene también para la disentería y para las flores blancas, como igualmente este jugo es bueno, con especialidad el de la especie pequeña, para contener la inmoderada pérdida del flujo menstruo. Cuando los animales orinan sangre, se les da á beber media onza de este jugo, etc., etc. Otra maravilla más, y acabo. Un matemático y naturalista inglés (Hooke), con un excelente microscopio observó que en la base de los aguijoncillos de la ortiga había una vejiguilla que contenía un licor acre, mordicante, venenoso; y que la punta era una substancia muy dura, con un agujero en medio por donde fluye el licor y excita aquel dolor en la parte picada. Según la relación de este observador los aguijoncillos de la ortiga tendrán casi el mecanismo de los dientes de la víbora. *Fides sit penes auctorem.*

Payco (*Chenopodium ambrosioides*). Las hojas de esta planta tienen un sabor aromático, parecido al del comino. Su tallo herbáceo es de uno ó dos pies de elevación, recto, ramoso. Las hojas son sencillas, de un verde pálido, lanceoladas, serpeadas. El *payco* es sudorífico, carminativo (contra la flatulencia), útil en el asma y obstrucciones; la infusión de las hojas sirve también en los dolores de riñones y en los que causa la piedra ó cálculo. En las constipaciones del pecho se administra en bebida teiforme, y surte buen efecto. Los españoles llaman *té de España*. El *payco* es el *chenopodium ambrosioides mexicanum* de Linneo. Pero no sólo hay en México, sino casi en toda la América. Ha sido trasplantado á Europa, y se ha aclimatado muy bien. Una de las propiedades recomendables de esta planta dicen que es matar los gusanos nocivos al grano del trigo cuando se halla entre los *trigales;* se debe hacer la prueba á fin de sacar las ventajas posibles. En suma, el *payco* pertenece á

la clase monecia pentandria, y á la familia de las *quenopodeas*.

Nosotros tenemos muchísimas especies del género *chenopodium;* pero la más útil y la más fácil de cultivarla es el *chenopodium quinua*. ¡Cuántas ventajas no suministra al pueblo por su virtud nutritiva y medicamentosa!

Quina (*cinchona*). En mi primer *Viaje á Loja* hablé de las *quinas*. Ahora diré dos palabras más. Al Sudeste del pueblo de Saraguro hay un bosque abundante de *quinos*, que llaman *cascarilla de hoja de olivo*, porque, en verdad, las hojas se parecen bastante á las de este árbol. El sabor acre y picante de la corteza se asemeja al del *clavo*. Yo mostré á Mr. de Warszewiez, y me dijo que se debía llamar *cinchona cariophilus*, y que era superior á la *cinchona condaminea*.

Aliso ó ranran (*Betula americana*). El *ranran* no es *aliso:* esta planta es de otro género, llamado *alnus* (aliso ó chopo). Nuestro *ranran* es del género *betula* (abedúl). El P. Velasco dice que es un árbol mediano; no es así en los sitios húmedos y apropiados á este vegetal; pues vemos bosques de árboles muy elevados en todos los temperamentos. Su corteza da un tinte muy rojo en algunas partes, como he visto en la que produce el pueblo de Malacatus, en la provincia de Loja. La madera del *ranran* se parece á la del *abedúl;* es decir, leve, buena para zuecos, horteras, etc.; y para hacer carbón de forja, fabricar pólvora, etc. Pertenece á la clase monecia triandria, y á la familia de las *amentaceas;* es decir, de las plantas que tienen las flores en *amento*.

Guaranga ó guarango (*Cesalpinea aculeata*). Es de la clase decandria monoginia, y de la familia de las *leguminosas*. El *guarango* es un árbol muy útil por su hermosa madera, que casi tiene las propiedades del *brasilete* ó palo del Brasil, al menos en los temperamentos muy calientes. Pero la mayor recomendación es, que las silicuas ó vainas abundan en ácido gálico, y dan un precipitado negro muy superior con la tintura de vitriolo. Se procede para esto del modo siguiente: se ponen las vainas secas y enteras, según la cantidad que se quiera, en infusión: á los cuatro ó cinco días se decanta, y se hace un extracto. Este se pone en un vaso ó en otra cosa limpia, para el uso que luego diré. Se toma sulfato de hierro (caparrosa), se pulveriza, y se pone en infusión cinco ó seis días. Este líquido debe estar lo más claro posible; lo mejor es hacer esta infusión

en una botella de cristal á fin de verter á la vista el líquido puro y dejar el sedimento. Cuando se trate de hacer tinta, se tomará á discreción, en un vasito de cristal, un poco de esta tintura, y desprendiendo con la punta de un clavo una pequeña porción del extracto, se irá deshaciendo y probando el color de la tinta, hasta que aparezca negra y briliante. Un poco de extracto y un poco de agua de caparrosa bastan á los laboriosos en la escritura para muchos meses. De esta suerte se atiende al aseo de las mesas de escribir, arrojando esos tinterotes llenos de borra.

La bondad de esta receta consiste en la elección de la caparrosa. Es sabido que los químicos distinguen tres clases. El *protosulfuto de hierro*, que es la caparrosa verde; el *deutosulfato*, que es de un amarillo de naranja, y el *tritosulfato*, que es de un color amarillazo ó amarillo blanquizco. El primero es superior, el segundo, bueno, y el tercero, casi inútil.

Escobilla de ambar (*scabiosa*). El P. Velasco nombra así, y también «poma de ambar,» haciendo dos especies de esta variedad de escabiosas. Todas las flores que llamanos *pomas* blancas, moradas, etc., no son más que variedades de la *scabiosa atropurpúrea* de Linneo. Además, esta planta no es quiteña, sino originaria de la India. De allá vino á Europa, y de Europa á América. Pertenece á la clase tetrandria monoginia, y á la familia de las *dipsaceas*. Usamos de la variedad blanca como pectoral y calmante. La inflorecencia de las escabiosas puede causar equivocación á los principiantes en botánica, tomándola por la clase singenesia de Linneo; pues al primer golpe de vista parecen semejantes, pero los caracteres botánicos son distintos.

Rosa amarilla (*Tagetes*). Impropiamente llaman *rosa* esta planta. Los indios dicen *aya rosa*, ó rosa de muerto; sin duda por su tal cual semejanza con la rosa y por su olor fétido. Todavía es más impropio el nombre que vulgarmente dan en Europa de «clavel de Indias;» pues en nada se parece al clavel. Se conocen muchas especies de *tagetes*. El *tagetes major*, cuya flor amarilla es muy grande; el *tagetes minor*, de flor pequeña y de un color menos encendido; el *tagetes patula*, con pintas encarnadas, y últimamente el *tagetes minima*, de flor amarilla y muy pequeña, que abunda entre nosotros en los lugares húmedos. Las márgenes del río *Matadero* casi están cubiertas de esta

última especie. El *tagetes multiflora* ó *chilchil* queda ya descripto. Las cuatro primeras especies pertenecen á la familia de las *sinantereas* y á la división de las radiadas. Dicen que estas plantas son venenosas tomadas en decocción. Sin embargo, las flores y hojas son medicinales para resolver y hacer supurar los tumores. Se hacen cataplasmas con unto de puerco.

TORITO. Es la *sthanopea* de Humboldt. Entre todas las flores irregulares, ciertamento el *torito* es muy notable, por su estructura y por su fragancia. Los pétalos conformados con bastante semejanza á la cabeza de un toro, han dado origen á su nombre. La patria de esta planta es la provincia de Loja; por manera que fuera de ella, tanto el color como la fragancia son muy inferiores. No menos curiosa es la flor del *perico (ashineta odoratissima)*, muy semejante al cráneo de los pájaros del género *psitacus*, loros, cacatoes, pericos, etc., y de un perfume más agradable que el *torito*. Estas flores pertenecen á la clase diandria monoginia, y á la familia de las *labiadas*, y la segunda á la división de las *personadas*. Sus virtudes son las mismas, poco más ó menos, que las de toda la familia, es decir, tónicas y antiespasmódicas.

JOYAPA (*Macliana*). El P. Velasco dice que la *joyapa* es de Loja; sin duda iría allá con los ojos cerrados; pues toda la cordillera de *Silván* (sin nombrar otros puntos) está llena de esta planta. Hay dos especies, *la macliana speciosa* y la *macliana cavendisea*. La primera es un arbusto muy bello por sus hojas terminales de color de rosa, y las inferiores de un verde claro. El cáliz tubuloso y coriaceo se convierte en fruto de color encarnado cristalino. La flor tiene diez estambres y un pistilo. No se encuentra sino en temperamentos muy fríos. La raíz de la *macliana* es purgante, y su fruto, comido con exceso, da disentería. La otra especie se parece bastante á la primera en sus hojas y flores; pero su tallo es arbóreo y su fruto es pequeño, verde y algo amargo.

ZAPALLO (*Cucúrbita potiron*). Se conocen dos especies: la *cucúrbita potiron máxima*, ó zapallo grande: de color amarillo bronceado, con listas verdes ó blancas, y la *cucúrbita potiron sulcata*, ó zapallo *limeño*, de color verde opaco, con listas blancas. El color de la pulpa de ambas especies es de un bello amarillo, y cuanto más vivo es éste, tanto más es agradable al gusto. La decocción de la pulpa, principalmente de la primera espe-

cio, se aprecia como refrigerante, y su sustancia propia para extinguir los ardores de las entrañas y las constipaciones que dependen de esta causa. Ella relaja las primeras vías y hace evacuar suavemente. Los botánicos y agricultores distinguen muchas especies de *potirones;* pero, en verdad, no son más que variedades causadas por el clima, el terreno, etc. Se ha visto algunas veces en el centro del zapallo grande (algunos son tan grandes, que pesan 40 ó 50 libras) un sapo, y los campesinos lo han desechado con horror, atribuyéndolo á brujería. Es verdad que un tal suceso es extraordinario y sorprendente; pero lo es mucho más haberse hallado este animal en el centro de una piedra muy compacta, ó en medio de un muro antiguo de cal y ladrillo. Para el vulgo estos son misterios incomprensibles; para el naturalista son efectos que están en la esfera de las causas naturales. Los huevecillos de ciertos reptiles é insectos pueden introducirse de mil maneras en los cuerpos y desarrollarse al fin de muchos años. Sucede con esto lo que con la semilla de los vegetales; hay algunas que germinan en la tierra á los diez y veinte años, cuando se presenta una estación favorable. Un viajero encontró granos de trigo en las ruínas de Tebas: aquellos cereales tenían la antigüedad de tres mil años, y sin embargo, según la análisis de sabios químicos, tenían todavía gluten. ¡Qué prodigio! Los insectos llamados *rotiferos* se conservan muchos años entre la arena, sin ejercitar ninguna función animal; parecen muertos. Mas cuando sienten una humedad proporcionada, se vivifican, según las observaciones de Spallánzani. Así los gérmenes de muchos animalejos pueden estar ocultos en ciertas partes, habiéndose introducido, ya por los poros, ya por medio del agua, y desarrollarse oportunamente, sustentándose al mismo tiempo de las materias que les sirven de habitación.

Sambo. (*Cucurbita pepo*). El *pepón* llamado por los españoles *cidra cayota*, así como el *potiron* ó zapallo, tienen el cáliz monosépalo con cinco divisiones, la flor monopétala y amarilla, con la única diferencia que en el *pepón* el fondo de la corola es casi infundibuliforme, ó en forma de embudo, y su limbo no es inclinado. Ambas especies pertenecen á la clase monecia monadelfia, y á la familia de las *cucurbitaceas*. Esta planta es vivaz; por manera que teniendo cuidado de preservarla de los hielos y de la sequedad, da fruto hasta muchos años. Este se conserva

también dos ó tres años. «El pepón amelonado, ó almizclado» de los europeos, que es un medio entre el *sambo* y la *calabaza*, no es más que una degeneración de la especie primitiva, según el clima, el terreno, etc. Esto está comprobado. Asimismo las especies que otros distinguen, no son más que variedades que dan diversas formas; y por lo tanto se llaman *polymorpha.* La pulpa fibrosa de la «cidra cayota» (sería mejor adoptar este nombre español) es refrigerante, y confitada constituye el dulce llamado «cabellos de ángel.» Las pipas tostadas son nutritivas y más sabrosas como condimento que el maní, *arachis hipogœa* ó el *lupinus*, (altramuz ó chocho) que los usan en muchos lugares. La cidra cayota y el zapallo, cuando son tiernos, arrojan goma, haciendo en su pericarpio una ligera incisión. Esta goma es un buen depilatorio.

Zangu y vitinio (*Caladium*). Esta planta pertenece al género *arum*, en español *yaro*, y á la familia de las *aroideas*, y á la clase monecia. Su raíz tuberosa y feculenta se come como la papa. Su inflorecencia es en espádice, y cubierta de una espata. Sus hojas son radicales, grandes, pecioladas, sagitadas y de un color verde muy precioso. Nuestro «zangu ó yaro comestible» es el mismo que la «colecasia» de Egipto, ó al menos muy semejante.

Achira. Es la *canna indica* de Linneo, *monandria monoginia*, el *balisier* de los franceses y el «cañacoro» (1) ó «flor del cangrejo» de los españoles. Es una bella planta americana, que ama los lugares húmedos. Su raíz es algo tuberosa, guarnecida de fibras y feculenta. Sus tallos son sencillos, nudosos, rectos, de 5 á 6 piés de altura, según los terrenos. Sus hojas son ovales, alternas, pecioladas, de un verde lustroso, y en su magnitud se parecen á las de la «heliconia» (bijao), y á las del *banano* ó plátano. Las flores son terminales, en espiga, y de un bello rojo ó amarillo. A estas flores suceden cápsulas ovales, triloculares, y de semillas globulosas, muy duras, á manera de balas pequeñas. Unos cuentan hasta cinco especies de *achira*; pero Linneo no enumera sino tres, de esta suerte; 1.ª *canna indica*,» con hojas ovales, terminadas en punta aguda por ambos extremos y con nervios. 2.ª *Canna indica angustifolia*,

(1) «*Cañacoro*» es traducción de *cannacorus*, nombre que dió Tournefort á esta planta.

con hojas pecioladas y en figura de lanza (lancifolia) con nervios. 3.ª *Canna glauca*, con hojas como la antecedente; pero sin nervios. Yo he procurado verificar esta distinción específica, y no he podido, y así me parece que las especies de Linneo serán variedades, según el clima, el terreno, etc. Más bien se puede distinguir por sus propiedades. La una especie tiene la raíz muy feculenta, y habita en los temperamentos calientes; la otra da poca ó ninguna fécula; la otra, en fin, tiene la hoja muy amarga y tomentosa por debajo.

Me he detenido bastante en la descripción de esta planta tan útil por sus hojas y por su raíz. La fécula ó almidón que se saca de ella es diurética y sucedánea del sagú, y algunas veces superior á éste. Pero ¿cuál es el médico que receta este alimento á sus enfermos? Ordenar una papilla de *achira* sería muy vulgar: es preciso que las recetas lleven un nombre altisonante y extranjero: tal es el *sagú*. Si el almidón de *achira* viniera en botes herméticamente cerrados con el pomposo título de «fécula de canna indica. A París, rue de l'Eperon, n. 128, chez Dindon... ó London, street...» Se vendería á peso de oro, y no habría médico que no lo recetase, ni enfermo que dejase de tomarlo con avidez. ¡Qué miserables son los hombres! He dicho que el almidón de *achira* es algunas veces superior al sagú, porque éste, por lo común, viene adulterado: prueba de ello es que he oído á muchísimos enfermos quejarse del «daño que les ha hecho» este alimento.

A propósito de sagú, no será extraño dar alguna idea de esta fécula alimentosa. El sagú se saca del meollo de una especie de palmera de las Indias orientales, llamada por Linneo *cycas circinalis*. Los modernos dicen que el *cycas* de Linneo da una fécula parecida al sagú; pero que el legítimo sagú se saca de la palmera *sagús*. Para dirimir esta cuestión sería preciso hacer un viaje á las Indias orientales: empero no se necesita de este trabajo para inferir que, habiendo muchas especies de palmeras que dan una substancia parecida al *sagú*, es muy fácil vender «gato por liebre,» como suele decirse vulgarmente.

El modo de hacer el sagú no es del caso presente: pero sí el dar á conocer que la pasta feculenta la reducen á pequeños granos: los hacen hinchar un poco por medio del fuego; y entonces toman un colorcillo rojo. Es facilísimo dar estas apariencias á cualquiera substancia feculenta. Adviértase que yo he

hablado de la *achira* como alimento y no como remedio; porque en este último caso debe ser preferido el sagú (se supone el legítimo) para las enfermedades indicadas por los profesores, como la tisis y la fiebre ética.

Omito la mayor parte de las plantas que refiere el P. Velasco, porque mi intento no es hacer un comentario sobre su Historia natural, sino dar alguna idea á los aficionados á la botánica, escogiendo las plantas útiles por sus virtudes. Paso ahora á observar otros vegetales, según advertí al principio.

RUMEX. Es la «romaza» de los españoles y el *gulac* de los indianos. Hay muchas especies; pero las más comunes aquí son el *rumex acutus*, y el *rumex aquaticus* de Linneo, ó *rumex grandifolia* de los modernos. La primera es muy abundante en las praderas húmedas. Sus hojas son pequeñas respecto de la segunda, puntiagudas y oblongas: su tallo es ramoso y con flores verdes verticiladas. La segunda es abundante en los pantanos y en las márgenes de los ríos que no son rápidos. Se distingue fácilmente por sus hojas grandes. El jugo de estas hojas es aperitivo y produce buen efecto en toda clase de enfermedades de la piel. Yo he visto un pueblo en el Perú que no tiene otro remedio en los meses de Julio y Agosto, en que abundan las fluxiones ó hinchazones de cara que bañar la parte afectada con este jugo tibio; y los pacientes experimentan alivio. La raíz del *rumex grandifolia* de los lugares fríos, casi es un equivalente del ruibarbo. La «romaza» tiene seis estambres y pertenece á la familia de las *poligoneas*.

BERBERIS VULGARIS. En español se llama *agracejo*. Este arbusto es muy común en los lugares templados y calientes, y principalmente en los alrededores de Cuenca: la orilla del *Matadero* está cubierta de él. Las raíces de esta planta son amarillas, ramosas, fibrosas y rastreras; las hojas son pequeñas, oblongas, alternas y de un verde claro, lisas y de un gusto ácido, guarnecidas en su base de un aguijón trífido. Las flores tienen un olor fuerte, están dispuestas en racimos pequeños y compuestas cada una de muchas hojitas amarillas. El pistilo se convierte en un fruto cilíndrico, oval, blando, que se hace rojo madurando. Tiene una clase de pulpa ácida, bastante agradable, y uno ó dos núcleos oblongos. La raíz del *agracejo* sirve para teñir en amarillo. Los frutos, dicen, son refrigerantes y astringentes: templan el ardor de los humores, disminuyen el

flujo de vientre bilioso, contienen las disenterías, fortifican el estómago y excitan el apetito. En farmacia se hace un sirope y un rob de estos frutos que se cuentan entre los cordiales. En Europa se hace beber en lugar de limonada el jugo de las bayas del *agracejo* mezclado con agua, para mitigar la acrimonia alcalina de las fiebres ardientes y pútridas: las pepitas ó granos son astringentes, buenos para las flores blancas. La decocción en agua, ó la infusión en vino de la corteza de las raíces, sirven contra la ictericia y es un específico contra la fiebre cuartana: se bebe un gran vaso una hora antes del acceso, y tres después. Esta bebida hace vomitar algunas veces; pero la curación es infalible. Esto dicen los botánicos. Si fuere así, véase que nosotros tenemos en nuestro país una gran planta sin uso, por ignorancia ó por desidia. Las bayas del *agracejo* son abundantes en los meses de Junio y Julio. Finalmente, este arbusto pertenece á la clase hexandria monoginia, y á la familia de las *berberideas*.

SMILAX SPURIA. Llaman *palo de la China* ó *raíz de la China*, por parecerse esta planta por su porte y por sus propiedades al *smilax aspera chinensis* de los botánicos. Su tallo es nudoso, parecido á la caña, con ramos sarmentosos y zarcillos que sirven para asirse de las plantas inmediatas: así el tallo como los ramos tienen espinas pequeñas, ganchosas y opuestas. Las hojas son oblongas, membranosas y nervosas. Se parecen á las del *smilax zarzaparrilla*, con la sola diferencia que son más pequeñas y con nervios más delicados. De la axila de las hojas salen flores pequeñas de seis estambres, amarillas y en forma de ramilletes. Su raíz es oblonga, nudosa, tuberosa, de un rojo negruzco en lo exterior y rojizo por dentro. Esta raíz sirve para expeler radicalmente, dicen, las enfermedades venéreas, para purificar la sangre, y es útil contra los tumores esquirrosos, la ictericia y la gota. He visto este vegetal en los bosques de Loja, hacia la parte que mira al Oriente, llamada *Zamora*; y en la hacienda de la *Papaya*, en el camino que conduce al pueblo de Saraguro. El *palo de la China* pertenece á la familia de las *asparagíneas*.

POLIGONUM PERSICARIA. Cuando veo esta plantita en tanta abundancia en las aguas estancadas de las calles de Cuenca, me admiro del cuidado de la Providencia por la salud de los hombres. En efecto, ¿cuál debe ser la causa final de las plantas

acuáticas, sino absorber por su vegetación la mayor parte de los gases deletéreos que emanan de la fermentación pútrida? Galeno, al contemplar la maravillosa organización del cuerpo humano, cantó un himno al Criador del hombre: el botánico debe hacer otro tanto al *Dios de las plantas*, por el admirable destino con que las ha criado.

La *persicaria* crece en las fosas y lugares acuáticos: tiene tallos de dos pies de altura, redondos, ramosos y nudosos: sus hojas son agudas y oblongas con largos peciolos. Sus flores son en espiga densa y bastante estrecha: salen de la parte superior de las hojas. Cada una de estas flores es monopétala, de color ordinariamente purpurino, á veces blanquizco; dividida en cinco segmentos ovales y contienen cinco ó siete estambres y dos pistilos. Esta planta, dicen que es vulneraria y astringente: la decocción buena para los flujos de vientre, para la disentería principalmente cuando se sospecha alguna úlcera en los intestinos. Ella conviene en las enfermedades de la piel y se hace beber útilmente la tisana á los que tienen sarna ú otras erupciones cutáneas. Véase el *Diccionario* de Rozier, art. *Polígono*.

POLYGONUM HIDROPIPER. Llámase en español *pimienta de agua*, que es una traducción de *hidropiper*. Aquí llaman vulgarmente *solimanillo*. Habita los mismos lugares que el anterior polígono. El tallo es débil, nudoso, de dos á tres pies de extensión, con hojas alternas, oblongas y puntiagudas. Las flores son en espiga, pequeñas, de un blanco sucio, con bracteas verdes, de seis estambres y tres estigmas. Los peciolos abrazan por su base el tallo. Las hojas tienen un sabor muy picante, superior al de la pimienta; su jugo es excelente para el escorbuto de las encías. También es detersivo y útil en lavativas contra el tenesmo y la disentería, teniendo cuidado de mezclar con algunos calmantes. Las hojas molidas y aplicadas á las partes doloridas del cuerpo, alivian de la gota. Es una planta, de mucho uso en la cirugía, para los tumores edematosos de las piernas, etc.: aplicadas sobre las úlceras inveteradas, consumen sus carnes babosas y limpian la putrefacción. En la veterinaria sirve para curar las enfermedades de la piel de los caballos; y cuando se lavan las úlceras con la decocción ó jugo de esta planta, no se acercan las moscas para molestar á los animales. Estos *polígonos* tienen variaciones muy ligeras con respecto á los de Europa.

CROTON DEMISSUM. Es una plantita de un pie de extensión y casi rastrera. Su tallo es fruticoso ó semileñoso: sus hojas alternas, crasas y tomentosas. Las flores son en espiga de la clase monecia monadelfia. Esta planta abunda en el pueblo de Oña. Llaman *Quiñarín* los naturales, quienes hacen mucho uso de la raíz como purgante y antisifilítica; y en verdad, sienten buenos efectos. Es sabido que el género *croton* pertenece á la familia de las *euforbiaceas*.

POLÍGALA. Según los botánicos, hay muchas especies de *polígalas;* yo no he encontrado desde aquí hasta Loja, sino cuatro especies. De éstas, dos han llamado mi atención. La *polígala tinctoria*, cuyas bayas dan una tinta azul, buena para escribir. Abunda en la hacienda de la *Papaya*. Es un arbolillo de hojas oblongas, alternas y de un verde claro por encima, y algodonosas por el envés. Las flores son terminales y azules. La otra especie es la *polígala trifoliata*, llamada por los indios *huadtlua:* es muy conocida. Es tónica, y obra como estimulante en las afecciones del pulmón. Estas *polígalas* son de la clase diadelfia octandria, y de la familia de los *poligaleas*.

TILLANDSIA. Linneo llama así las plantas que los modernos incluyen en el género *bromelia*. Lo que vulgarmente llaman *huicundo*, *achupalla*, *ahuarongo*, etc., se comprende bajo el nombre *tillandsia*. Algunas de estas especies son muy bellas por sus hojas encarnadas, amarillas, variegadas, etc. Nuestros bosques presentan una vista agradable por la inmensa variedad de estas plantas parásitas. La *tillandsia Bompliana* es el más grande y el más hermoso de los *huicundos*, por sus hojas y por las espigas de sus flores. Se ve esta planta en los lugares elevados, en las rocas y en temperamentos templados ó calientes. El género *tillandsia* pertenece á la familia de las *liliaceas*, y á la clase hexandria monoginia.

La TILLANDSIA GIGANTEA (*ahuarongo*) vegeta en las alturas muy frías; sus hojas radicales presentan un ramillete como la *bromelia ananas*, ó piña; pero aquéllas son más anchas y guarnecidas de pinchos mucho más grandes y fuertes. Las hojas, en su base, tienen un poco de fécula azucarada, por lo cual buscan los osos para alimentarse. El instinto de estos animales para arrancar las hojas sin lastimarse, es admirable: pues aun al hombre, armado de algún instrumento, le cuesta trabajo esta operación. El hombre ocioso no se ocupa sino en disputar á los

brutos su alimento. ¡Qué impresión tan fuerte me causó en este año (1849), cuando vine de Loja, al ver estos vegetales despedazados sin excepción por los indios, en toda la travesía de *Silván!* La carestía que han experimentado estos infelices á principios de este año, los ha obligado á este recurso. Es un escándalo en el Ecuador ver gentes pereciendo de hambre. ¡Cuántos terrenos baldíos! ¡Cuántas plantas, no sólo alimentosas, sino nutritivas, no se encuentran en abundancia! Estas, con poquísimo trabajo, servirían de un gran recurso en los años de escasas cosechas.

Permítaseme citar aquí unos hermosos versos de un poeta francés (Mr. Lorenzo Pichat) haciendo hablar á Dios como trabajador, y exhortando al hombre para que le imite:

Travaillez! en vivant votre vie ouvriere,
le travail, l' est la foi, le culte, et la priere.
Courage! cette terre est un gran atelier;
je ne vous y veux pas loin du ciel oublier.
. . . .
Rien de ce que j' ai fait, quoique le reste vaille,
ne vaut la main qui donne et le bras qui travaille!

No es posible traducir estos versos sin hacer perder su energía. ¡Esta sí que es poesía! Poesía de acción, de predicación: el poeta llega hasta el origen fecundo y vivo del pensamiento militante: es poeta y pensador. ¡Qué idea tan sublime, contenida en estas palabras verdaderamente divinas: «Nada de lo que he hecho, aunque todo sea apreciable, equivale á la mano bienhechora y al brazo que trabaja!» Sigo el hilo de mi discurso.

La TILLANDSIA USNEOIDES, que llaman aquí *salvaje,* es muy conocida entre nosotros. Sus tallos filiformes se parecen á los del musgo llamado *Usnea*; y por eso Linneo le da el nombre de *Usneoides*. Este vegetal, que nadie aprecia, es bueno, por su virtud absorbente, para conservar las plantas sin corromperse; y por esta misma virtud debemos desear que los colchones, principalmente de los hospitales, fuesen henchidos de *salvaje*. Muy pocos saben el daño que causan los colchones de lana, mayormente cuando están recargados de esta materia.

CACALIA CORDIFOLIA. Es una plantita de dos á tres pies de elevación, que abunda en las márgenes del *Matadero*. Su tallo

es semileñoso, con hojas opuestas y acorazonadas: sus flores en corimbo, pequeñas, amarillas, flosculosas con vilano, exhalan un olor agradable. Estas flores sirven para hacer fumigaciones. Hay muchas especies de *cacalia;* pero no he encontrado sino la que acabo de describir.

PANDANUS. En español *pándano*. Vi esta planta en el valle de Piscobamba de la provincia de Loja. No me cansaba de verla por su porte majestuoso y semejante á una palmera. Los naturales creen que es una palmera de dátiles. El *pándano* tiene hojas muy parecidas á las del *ananas* ó piña. Sus flores son dioicas. El fruto es formado de una cantidad de nueces rojas, angulosas y unidas entre sí. El *pándano* de que hablo me pareció de la especie que llaman *fascicular:* pertenece á la familia de las *tifaceas*. Los modernos lo colocan en una nueva familia de *pandaneas.*

CLEMATITIS CLEMALIS. En español *clematida*. Esta planta es muy abundante en los lugares calientes de la provincia de Loja; en la de Cuenca, en el valle del *Yunguilla*, etc. Los tallos sarmentosos forman hermosos emparrados sobre los árboles, que á veces los maltratan mucho. El fruto es en cariopsas numerosas, con estilo plumoso y blanquecino, que hace una vista agradable. Es de la clase poliandria poliginia y de la familia de las *ranunculaceas*. En Europa llaman vulgarmente esta planta «hierba de los pordioseros;» porque éstos, para excitar la compasión de sus semejantes, se aplican las hojas en alguna parte del cuerpo y forman úlceras. Estas son más aterrantes que malignas; porque lavadas con agua fría, ó aplicadas las hojas de *puerro*, se cicatrizan fácilmente. Las cariopsas ó semillas de la *clematıda* son muy buenas para curar el muermo de las caballerías, haciéndolas sorber en polvo por las narices. Las hojas pueden ser empleadas con buen éxito para roer las carnes babosas, que impiden la cicatrización de las llagas.

Yo pudiera formar fácilmente un libro de botánica reuniendo las observaciones de otros y las mías; pero no trato de esto, sino de dar alguna idea, según queda dicho. Concluyo, pues, con la siguiente reflexión: el hombre necesita de la botánica cuando necesita de vivir con salud. ¿Dónde se halla el principio de ésta? Ciertamente en la naturaleza; y por esto dice el Eclesiástico que «Dios crió los medicamentos de la tierra... el tronco de cierto árbol sirvió á Moisés para endulzar las aguas

amargas de Mará.» (Eccl. c. XXXVIII, v. 4 y 5). Los vegetales elaboran el principio de la vida, contenido en los cuerpos metálicos, metaloideos, sales, etc. Yo me figuro las plantas con respecto á la absorción de las substancias minerales, como los animales respecto al trabajo de las substancias vegetales. La miel y la cera preexisten en los nectarios y en las anteras de las flores; sin embargo, se necesitan las abejas para extraer aquellos preciosos productos. La materia de la seda se contiene en la morera, y es preciso un gusano para labrarla... La inmortalidad del primer hombre consistía en alimentarse de un árbol: *lignum vitæ;* y para que no comiese de su fruto después del pecado, y viviese mucho tiempo, fué arrojado del Paraíso. Ahora son necesarios otros medios para vivir: Dios es el *eterno botánico*, que ha enseñado á los hombres las virtudes de las plantas, como dice el Eclesiástico: luego la botánica es necesaria para la medicina. Tal es la conclusión de esta obrita.



TEORIA SOBRE EL ASPECTO FÍSICO DE LA TIERRA

ANTES Y DESPUÉS DEL DILUVIO

He conjeturado (1), con la autoridad de Moisés, que el Océano tenía antes del diluvio una inmensa profundidad, y, por consiguiente, no podía estar derramado como lo vemos ahora. Esta idea me ha conducido á fijar los puntos que entonces ocupaba, fundándome siempre en la relación del texto sagrado. Me parece que, según él, hay vestigios de la estructura antigua y exterior de nuestro globo.

Las ruinas de Persépolis y de Palmira nos dan á conocer la grandeza y posición de aquellas ciudades, á pesar de la injuria de los tiempos y de las mutaciones que han sucedido. ¿Y será posible que la tierra no conserve señal alguna por la cual conozcamos lo que ella fué antes del diluvio? Esta inquisición físico-geográfica es muy interesante para la Religión y para las

(1) Felizmente, dice Humboldt, el campo de la hipótesis se va estrechando cada día más y más. Esto depende de que los hombres no quieren creer á nadie sobre su palabra ó sobre conjeturas arbitrarias. Por lo común, tienen razón. Así que, damos aquí las pruebas de lo que avanzamos, ya se ve, con bastante fundamento.

II

Pruebas de esta teoría, tomadas del aspecto presente del globo

Póngase á la vista un mapa-mundi, y obsérvense el curso de los ríos, la dirección de las cordilleras y la posición de los mares. La mayor parte de los ríos corren de Norte á Sur, ó al contrario, exceptuando muy pocos que cruzan del Este al Oeste ó en sentido inverso como el Danubio, el Marañón, el Senegal, el Tajo y otros; pero estos mismos pudieron tener su embocadura en los mares polares, describiendo una curva. Fuera de que, después del diluvio, deben haber ríos secundarios como hay montañas; esto es, ríos que se han formado por el trastorno del globo, y que han tomado un rumbo distinto.

Las cordilleras más célebres se dirigen constantemente de Sur á Norte y del Este al Oeste. Los Pirineos tienen una dirección visible con el Hemo, el Cáucaso y las cadenas de montañas que corren desde la Bukaria hasta las fronteras de la China. El monte Atlas tiene la misma dirección y manifiesta que las Canarias eran su parte integrante, y, por consiguiente, el famoso Pico de Tenerife. «¿Estos granitos, dice Humboldt, y estas esquitas en forma de mica (1) de la isla de Gomera, estaban antiguamente reunidas á la cordillera del Atlas, como las montañas primitivas de la Córcega parecen ser el núcleo central del Bocheta y del Apenino? Esta cuestión no podrá resolverse sino cuando los mineralogistas hubiesen observado las islas que circulan el Pico y las montañas de Marruecos, cubiertas de nieves perpetuas (2). Sea cual fuere algún día el resultado de estas

(1) No encontramos en el castellano una voz equivalente al francés *micacé*, que expresa las propiedades del mineral llamado *mica*; y por esto hemos traducido *esquitas en forma de mica*, esto es, esquitas parecidas al mica. En algunas partes de América llaman *piedra pelada* al *skiste micacé* y en otras se da el nombre de *soroche* al mica amarillento pulverizado.

(2) Si algun día visitase un mineralogista todo el archipiélago de las Canarias, con la cordillera del Atlas, y concluyese que su estructura era

investigaciones, no podremos admitir con M. Peron, «que en ninguna de las islas Canarias se encuentran verdaderos granitos y que todo el archipiélago, siendo exclusivamente volcánico, los partidarios de la Atlántica deben suponer, lo que es igualmente desnudo de verosimilitud, ó un continente en todo volcánico ó bien que sólo las partes volcánicas del continente han sido respetadas por la catástrofe que le ha sumergido.» (1)

Los montes Kong y Al-Quamar, en lo interior del Africa, están casi bajo una paralela, igualmente que las islas del cabo Verde. Las grandes cordilleras del Asia corren de Norte á Sur y del Este al Oeste. La cadena de montes Himalaya tiene esta última dirección. Desde el golfo de Kara, en la nueva Zembla, hasta el de Omán, se ve una dilatada serie de montañas, y de aquí al polo austral están casi en la misma línea las islas Laquedivas, Maldivas, Archipiélago de Chagos y tierra de Kerguelen. Entre el imperio de Siam y el de Birman, hay otra cordillera con esta dirección, hasta el estrecho de Sincapura. Los Andes se tienden de Sur á Norte y manifiestan su continuación por las Antillas con los Apalaches, en los Estados Unidos, y con el nuevo Shetlan, hacia el Sur.

«El Padre Kircher y otros muchos, dice Brison, observaron que las montañas grandes formaban al rededor del globo terráqueo una especie de anillo ó de cadena, cuya dirección es bastante constante de Norte á Sur y de Este á Oeste, que sólo se interrumpe para no violentar las aguas de los mares, bajo de cuyo lecho se extiende la base de estas montañas, volviéndose á hallar esta cadena en las islas que perpetúan su continuación,

---

distinta, no por esto se seguiría que las Canarias jamás han sido parte del Atlas. Las investigaciones geológicas probarían entonces, cuando más, que el grupo de rocas de las Canarias y el Atlas han padecido un trastorno que los ha diversificado. Al geólogo que quisiera sacar ventajas de sus esquitas, de sus granitos, etc., encontrados en un lugar y no en otro, para inferir que el uno es un monte primitivo y el otro no; á este geólogo, digo, se le podrían aplicar aquellas palabras del suegro de Moisés: *Stulto labore consumeris*, Los montes, antes del diluvio, abrazaban el globo en forma de anillo, como se infiere del texto sagrado, hablando de los círculos ó cadenas de montes que contenían los mares, según veremos después. De aquí se deduce claramente que el Pico es continuación del Atlas, digan lo que quieran los mineralogistas.

(1) *Voyage aux regions equinoxiales du nouveau continent.* Tom. I, liv. I, chap. II.

hasta que vuelve á aparecer entera sobre el continente. Sin embargo, algunas veces se hallan aisladas varias de estas montañas (primitivas); pero entonces puede presumirse que comunican por debajo de tierra con otras de la misma naturaleza, por lo regular muy distantes, con las cuales no dejan de estar enlazadas; de donde se sigue que las montañas primitivas pueden mirarse como la base, ó para decirlo así, la armazón de nuestro globo.»

Es ocioso insistir más sobre la posición de los montes en toda la tierra. Este pequeño bosquejo basta para mover la atención del lector, quien podrá por sí mismo observar en un mapa mundi, ó en un atlas detallado, mucho más de lo que podríamos decir. De aquí se infiere que los montes, antes del diluvio, estuvieron colocados como se trazan en el planisferio los meridianos y paralelos (1). Este orden era muy necesario para la consistencia y equilibrio de las partes del globo, como para contener los mares en sus respectivos límites, cuales eran los puntos polares. Si los montes no se hallan ahora, como se ha dicho, es porque el diluvio los ha interrumpido y creado nuevas prominencias, llamadas montañas secundarias, que han tomado una dirección opuesta. Sin embargo, ella no puede confundir la localidad de las montañas primitivas: es visible á cualquiera que observe con reflexión.

Si contemplamos el mar, vemos hacia los polos dos porciones que se comunican por el Océano Atlántico y por el pequeño estrecho de Behring. El mar Austral contiene mayor cantidad que el Boreal. Por otra parte, observamos que desde la equinoccial al polo ártico, están las montañas más encumbradas. El largo sistema de montes de Himalaya, cuyos puntos principales descuellan en el globo como el ciprés elevado entre los matorrales, basta, entre otros, para prueba de esto. Al contrario, en las regiones australes, apenas encontramos la cordillera de los Andes. Una multitud innumerable de islas manifiesta el trastorno que produjo el diluvio en estos lugares. En una palabra, estas islas son reliquias de las elevadísimas cordilleras que se presentan ahora como conos cortados cerca de su base. Luego

(1) Lo que queremos decir es que abrazaban la tierra en forma de zonas ó anillos, según los cuatro puntos cardinales, aunque no se hubiesen cruzado en ángulos rectos, como los meridianos y paralelos.

en las regiones meridionales hubo mayor cantidad de escombros producidos por el diluvio. Luego cuando el mar regresó á sus antiguos depósitos para desecar la tierra, debió llevar más cantidad de cuerpos al polo Antártico que al Artico. Luego debió ser mayor la difusión del Océano sobre la tierra en el Mediodía que en el Septentrión. ¿Es así la posición de los mares? Me parece que no necesitamos más que tener ojos para ver lo dicho en un mapa-mundi.

La violencia con que iba precipitándose el mar Austral por su cavidad, y llenándose ésta por los cuerpos heterogéneos antes de recibir toda el agua, la hizo refluir (1) hasta comunicar con el Océano Boreal, por medio de una zona ó faja que forma el Atlántico y hasta el estrecho de Behring, que algunos geógrafos piensan que fué el istmo por el cual vinieron los primeros pobladores de América.

La multitud de islas ó montes en el Pacífico, prueba que tuvo éste un grande obstáculo para correr de Sur á Norte y se difundió lateralmente de Este á Oesto. Si la América no hubiese tenido su gran cordillera, habría sido inundada, tanto por la fuerza hacia el Cabo de Hornos, como por la presión de la parte del Oeste. En el Atlántico no vemos tantos obstáculos, y por

(1) Este regreso de los mares está claramente consignado en la Escritura. En el cap. VIII, v. 3.° del Génesis, se lee: *reversæque sunt aquæ de terra euntes et redeuntes*. El hebreo: *eundo et redeundo*. La paráfrasis caldaica: *euntes et revertentes*. De suerte que esta ida y vuelta, ó flujo y reflujo, se hizo paulatinamente, según lo dice el mismo texto sagrado en el v. 5.° del citado capítulo: *at vero aquæ ibant et decrescebant usque ad dicinum mesem...;* así como la inundación del globo tampoco fué momentánea, sino despacio. *Et clausi sunt fontes abyssi et cataractæ cæli*, dice Moisés refiriendo la cesación del diluvio: luego hasta aquel momento habían dado agua las fuentes del abismo: luego todavía hubo más, que no salió; del mismo modo que no se agotaron las cataratas del cielo: *et prohibitæ sunt pluviæ de cælo*. ¿Qué diréis á esto, calculadores del Océano, para asegurar intrépidamente que no hay bastante agua que cubra la superficie del globo? Id á los polos con vuestra sonda, y decidnos la cantidad que allí se contiene. Yo os aseguro que algún día llegarán los hombres á estos puntos desconocidos, y volverán llenos de asombro al contemplar su inmensa profundidad. Así, pues, las investigaciones físicas, geográficas, etc., no servirán sino para confirmar más la autoridad de los libros sagrados. Bergier tiene razón en decir que «cuanto mejor se conozca la naturaleza, tanto más nos convenceremos de que el legislador de los hebreos ha estado muy bien instruído.»

consiguiente debió correr hasta el polo opuesto. Son tan visibles los fenómenos que presenta este mar en su curso retrógado, que sería ocioso detallarlos.

Infiérese de aquí que el mar, con poca diferencia, ocupa los mismos puntos que en la creación. Al principio estuvo circunscrito á los polos y refrenado por una especie de rodete ó cordillera de montes. Así lo dice el autor de los Proverbios, hablando de la Sabiduría eterna que precedió á todas las cosas: *Necdum montes gravi mole constiterant... Quando certa lege et giro vallabat abyssos* (1). El Padre Scio traduce literalmente: «Aun no se habían asentado los montes sobre su pesada masa... Cuando con ley cierta y círculo redondo cercaba los abismos (2).» El nombre de abismo se da en la Escritura comunmente al mar, y ni se puede aquí entender otra cosa. ¡Qué admirable es esta armonía de los libros sagrados con el aspecto físico del globo! Continuemos nuestras observaciones.

Antes del diluvio, los mares Boreal y Austral debieron tener una profundidad asombrosa, en virtud de su posición. Luego no hubo flujo y reflujo, ó si lo hubo, debió ser igual. La atracción por el centro ó eje de la tierra debió ser muy grande para no presentar movimientos desiguales en la superficie. Ahora se ha perdido esta igual profundidad; el mar Boreal debe ser más profundo que el Austral: luego debe haber desigualdad de movimientos. Hé aquí la causa del flujo y reflujo y de la tendencia del mar Antártico hacia el polo Boreal. La grande distancia de polo á polo debe producir un efecto muy tardío. ¿Será ésta la causa del flujo y reflujo ánnuo? Esta misma, combinada con las profundidades ó atracciones intermedias del Atlántico y del Pacífico, ¿no producirá el flujo y reflujo mensual y diurno? He dicho ya, en otra ocasión, que se necesita una multitud de observaciones: sin ellas no se puede proponer sino un proyecto de sistema, ó más bien, una conjetura para que otros ingenios más

(1) Prov. cap. VIII, v. 25 y 27.

(2) El texto hebreo, según la translación de Santos Pagnino, lee: *Quando describebat circino superficiem voraginis:* «Cuando describia con compás la superficie del abismo.» Vatablo traduce: *Quando describebat circulum in superficie abyssi:* «Cuando describia un círculo en la superficie del abismo.» Los que piensan que el Pacífico, el Atlántico, el Mediterráneo, etc., han existido siempre desde el principio de la creación, ¿creerán que estos mares son redondos como un círculo y hechos á compás?

felices trabajen sobre este plan. Este método ha descubierto grandes verdades.

En mi hipótesis, los polos deben ser navegables, sin que haya en el Artico este sumidero (como el de Malstrón en el mar de Noruega) que absorbe todo el Océano para arrojarle por el Antártico, según dicen algunos delirantes con Kircher. Es gracioso el cuento de viejas que refiere este jesuita, de un fraile que fué llevado por el diablo al polo Boreal, y vió allí sumergirse el mar por cuatro corrientes. Si estos buenos hombres hubiesen buscado la explicación de los fenómenos del Océano en los libros sagrados, y no en su fantasía, la habrían encontrado con facilidad, sin valerse de oposiciones mágicas.

Aunque yo no conociera el mar, afirmaría que se mueve de Oriente á Occidente. Los obstáculos que encontró el Atlántico en el cabo de Buena Esperanza y en el de Hornos, le hicieron correr, como se vé. Este, en su curso, tuvo mayor oposición de parte de las costas de Africa que de América; por consiguiente, vino á refluir hasta los golfos de México y de Darien; es decir, que adquirió un movimiento de Oriente á Occidente. Este movimiento le conserva por razón de su formación y del flujo y reflujo, y le conservará hasta un nuevo trastorno en el globo. El Pacífico debe tener el mismo curso. El choque que experimentó en el cabo de Hornos y en toda la cordillera de los Andes, hacia la parte del Oeste, le dió una dirección de Oriente á Occidente: luego debe conservar este mismo movimiento por el flujo y reflujo. En una palabra, se repiten los mismos movimientos que acaecieron cuando regresó el mar Austral por falta de cavidad suficiente para depositarse.

Corolario 1.°—Supuesta la dirección de los montes, su altura y la posición de los mares, era imposible que se inundase el globo por las leyes de la naturaleza. Fué menester una mano omnipotente que derrocase estas inmensas murallas, rompiese los receptáculos del agua y la hiciese correr sobre la faz de la tierra. Así lo dice el texto sagrado: ***Rupti sunt omnes fontes abyssi magnæ.*** Esta ruptura ó movimiento de las partes del globo fué la causa primaria del diluvio. Véase un hecho indudable. En los años de 1766 y 1767, hubo en Cumaná un terremoto que duró catorce meses, repitiéndose cada hora. Durante este sacudimiento se vió llover mucho. Lo propio sucedió en la provincia de Quito, cuando se destruyó Riobamba, el 4 de Febrero

de 1797. «Mientras que el suelo oscilaba continuamente, dice Humboldt, la atmósfera parecía resolverse en agua. Fuertes olas ó avenidas llenaron los ríos... (1).» ¿Qué prueba este fenómeno? Que una de las causas más aparentes para hacer llover, es el movimiento del lecho de la atmósfera. En Cumaná y Quito llovió durante el terremoto, sin duda porque él reunió los vapores de la atmósfera sacudida (2). Si este movimiento fuese violentísimo y en todo el globo, habría un diluvio como el que se vió en los días de Noé.

Corolario 2.º—Si quisiésemos explicar por medio de hipótesis la formación de montañas y su dirección, según los cuatro puntos cardinales del globo, no nos faltarían pruebas. En efecto, hemos imaginado dos movimientos de las aguas en su separación hacia los polos. El uno de Occidente á Oriente, en virtud del movimiento primitivo de la tierra; y el otro desde el Ecuador á los polos, por razón de la depresión de la tierra en estos puntos. Estos movimientos en un cuerpo mole, no podían menos que hacer profundas excávaciones de Oeste á Este y de Sur á Norte. Véase aquí la causa de la dirección y formación de las montañas en el seno de las aguas, más razonable que las propuestas por Telliamed ó Maillet y Buffon. Sin embargo, como improbamos todo lo que no se pueda explicar según el texto sagrado, nos parece ridículo este origen mecánico de las montañas. Porque, aunque esto fuese verdad, ¿cómo explicaríamos la formación de los diferentes cuerpos de que se componen? ¿Cuál es la causa que produjo las venas metálicas hacia la base? ¿Cuál la que dejó las partes térreas en la superficie, y los mármoles y granitos en lo interior? Es menester para esto y otras cosas admirables que presentan las montañas en su estructura, no una causa mecánica, sino inteligente y sapientísima, que dispuso simétricamente todas las partes del globo. Voltaire ha tenido razón de burlarse y decir que es tan cierta

(1) *Voyage aux regions equinoxiales.* (Tom. II, livr. 2, chap. IV, página 272).

(2) Sea que el movimiento simple de la atmósfera reuna los vapores, ó que desprendiéndose de la tierra mucho hidrógeno, se mezcle con el oxígeno del aire y forme agua, que caiga en lluvia, para el caso es lo mismo: siempre el sacudimiento del lecho de la atmósfera es causa ocasional de lluvia.

la formación de las montañas por el mar, como que éste ha sido formado por aquéllas.

Corolario 3.º—Antes del diluvio, los valles colocados entre montañas elevadísimas, debieron tener una temperatura admirable. El aire atmosférico constaría de oxígeno con muy poca parte de azoe (1). Trastornadas todas las partes del globo por la catástrofe del diluvio, se mezclaron las substancias con el agua marina, y de aquí las mofetas, los betunes, los volcanes y toda especie de gases sofocantes: innumerables producciones que rodean al hombre para acortarle la vida.

. . . .

. . . .

Supuesta la dirección de los montes de Sur á Norte y del Oeste al Este, se puede explicar fácilmente la propagación de los terremotos á inmensas distancias. «El día en que los habi-

(1) El aire puro de oxígeno, no es aparente ahora para la vida animal ni para la combustión. Una y otra suceden con mucha rapidez; pero este fenómeno proviene de la poca cantidad de oxígeno de que se compone el aire atmosférico. La mayor parte es de azoe ó nitrógeno; es decir, de un gas destructor de la vida. Así que, si toda la atmósfera, ó la mayor parte, constase de oxígeno solamente, la circulación de la sangre sería más lenta, la respiración pausada, la combustión no tan rápida; al contrario de lo que sucede ahora por la poquísima parte de oxígeno que se contiene en la vida animal y en la combustión. Antes del diluvio nos parece que la atmósfera carecía de muchos gases sofocantes, porque la presente corrupción del globo, no pudo tener lugar en aquellos tiempos: de consiguiente, se respiraría un aire más puro. Además, el globo, después del diluvio, ha quedado árido y yermo; el mar ocupa la mayor parte de su superficie; en una palabra, ha perdido una innumerable multitud de plantas que consumen el nitrógeno y purifican el aire. La mezcla del agua marina con otras substancias y la muchedumbre de lagos, subministran una cantidad asombrosa de un fluido nocivo, que se llama gas hidrógeno de las lagunas. La rareza de las plantas hace que en todos tiempos sea mayor la cantidad de nitrógeno que la de oxígeno en el aire atmosférico. Una experiencia diaria y sencilla nos manifestará la bondad y sabiduría del Criador en la producción de las plantas. Estas inspiran, digámoslo así, el nitrógeno, le consumen y respiran el oxígeno. Las hojas son el órgano de estas funciones admirables. Los animales, al contrario, inspiran el oxígeno, le consumen y respiran el nitrógeno. De aquí resulta, que el aire muy respirado es nocivo. Dios crió mayor número de plantas que de animales, á fin de que las primeras consumiesen el principio destructor de los segundos. Que los vegetales consumen el azoe, el carbono, el hidrógeno, etc., es una verdad sencilla. Donde hay mayor cantidad de estas substancias, allí son esas plantas más hermosas, más copadas y más fructíferas.

tantes de tierra firme (en 1812), dice Humboldt, se asustaron por un ruído subterráneo, era el mismo en que el volcán de San Vicente (en las pequeñas Antillas) hizo una erupción... El ruído de la explosión parecía á descargas alternativas de cañones de grueso calibre y de mosquetería; y, lo que es digno de observarse, pareció mucho más fuerte en plena mar, á una grande distancia de la isla, que cerca de tierra, en las inmediaciones del volcán inflamado.

»Hay en línea recta doscientas diez leguas del volcán de San Vicente al río Apure, junto á la embocadura del Nula; por consiguiente las explosiones se han oído á una distancia igual á la que hay del Vesubio á París. Este fenómeno, que se halla conforme con un gran número de hechos observados en la cordillera de los Andes, prueba que es mucho más extensa de lo que pudiera creerse la esfera de actividad subterránea de un volcán, según las pequeñas mutaciones producidas en la superficie del globo. Las detonaciones que se oyen en el nuevo mundo por espacio de muchos días enteros, á ochenta, á ciento, y aún á doscientas leguas de distancia de un cráter, no llegan por la propagación del sonido en el aire; es un ruído transmitido por la tierra, quizá en el mismo lugar en que nos hallamos. Si las erupciones del volcán de San Vicente, del Cotopaxi y del Tungurahua, resonasen tan lejos como un cañón de un volumen inmenso, el estruendo debería aumentarse en razón inversa de la distancia; pero las observaciones prueban que no hay tal incremento. Aun hay más: en el mar del Sur, partiendo de Guayaquil para la costa de México, hemos pasado Mr. Bompland y yo parajes en que todos los marineros de nuestra embarcación se asustaron por un ruído sordo que salía del fondo del Océano y se comunicaba por las aguas. Esta era la época de una nueva erupción del Cotopaxi, y nosotros nos hallábamos tan lejos de este volcán, cuanto lo está el Etna de Nápoles. Hay ciento cuarenta y cinco leguas desde el volcán del Cotopaxi á la villa de Honda; y sin embargo, durante las explosiones de este volcán en 1744, se oyó en Honda un ruído subterráneo que entonces se pensó eran descargas de artillería... Todas las montañas colosales de Quito, de los Pastos y de Papayán, valles y profundidades sin número, se hallan entre el Cotopaxi y Honda. No se puede admitir que, en estas circunstancias, el ruído se ha transmitido por el aire ó por la

capa superior del globo y que hubiese venido del punto en que se hallan el cono y el cráter del Cotopaxi. Parece, pues, probable que la parte elevada del reino de Quito y de las cordilleras vecinas, lejos de ser un grupo de volcanes aislados, forman una sola masa combinada, un enorme muro volcánico prolongado de Sur á Norte, y cuya cumbre presenta cerca de seiscientas leguas cuadradas de superficie. El Cotopaxi, el Tungurahua, el Antisana, el Pichincha, están colocados sobre esta misma bóveda, sobre este terreno levantado. Se les dan diferentes nombres, aunque no sean más que distintas cumbres de una misma masa volcánica...

»Avanzando hacia el Norte, hallamos entre el volcán del Cotopaxi y la villa de Honda otros *dos sistemas de montañas volcánicas:* los de Pasto y Popayán. En los Andes, la relación de estos sistemas se manifiesta de una manera incontestable, por un fenómeno que he citado hablando de la última destrucción de Cumaná. Una columna espesa de humo salía, desde el mes de Noviembre de 1796, del volcán de Pasto, situado al Oeste de la ciudad de este nombre, cerca del valle del río Guáitara... Todos nos han dicho que, con grande asombro de ellos, vieron el 4 de Febrero de 1797 perderse en un momento el humo, sin que se hubiese sentido conmoción alguna. Cabalmente, este era el instante en que, á sesenta y cinco leguas hacia el Sur, entre el Chimborazo, el Tungurahua y el Altar (Capac-urcu), fué destruída la villa de Riobamba por un temblor el más funesto... ¿Cómo dudar, según esta coincidencia de fenómenos, que los vapores salidos de las pequeñas bocas ó *ventanillas* del volcán de Pasto, no participasen de la presión de los fluídos elásticos que han sacudido el suelo de Quito, haciendo perecer en pocos instantes á treinta ó cuarenta mil habitantes?»

Estos fenómenos prueban que las cordilleras corren de Sur á Norte y del Este al Oeste. De otra suerte, jamás se podrán explicar las reacciones volcánicas á inmensas distancias. Los filones ó vetas metálicas que han quedado hacia las bases de las cordilleras arruinadas en la superficie del globo por el diluvio, pueden servir de conductores del fluído elástico que conmueve los volcanes. Así, aunque el cráter de un volcán se halle en una distancia inmensa, se sentirá su sacudimiento como se ve en la máquina eléctrica, cuya impresión es sensible á cualquiera distancia, siempre que haya medios no interrumpidos. Pue-

de suceder á veces que un temblor comience por una dirección de Sur á Norte, y luego se propague hacia el Este ú Oeste, según se observó en el famoso terremoto de Caracas, de 26 de Marzo de 1812. Esto proviene del orden que conservan las cordilleras en el globo, y por consiguiente las venas metálicas que sirven de conductores, como lo observa Humboldt.

En las dos ruínas de Lisboa, los días 1.° de Noviembre de 1755 y 31 de Marzo de 1761, se vió que en el primero de estos temblores el Océano inundó en Europa las costas de Suecia, Inglaterra y España; en la América, las islas antiguas, la Barbada y la Martinica... En las Antillas y en muchos lagos de la Suiza, este movimiento extraordinario de las aguas fué observado seis horas después del primer sacudimiento que se sintió en Lisboa. Estos fenómenos prueban comunicaciones subterráneas á enormes distancias. Comparando las épocas de las grandes ruinas de Lima y Guatemala, que se suceden generalmente á largos intervalos, se ha pensado á veces reconocer el efecto de una acción que se propaga lentamente hacia lo largo de las cordilleras, ya de Norte á Sur, ya de Sur á Norte (1).

Corolario 4.°—Si antes del diluvio los mares se hallaban contenidos en los polos y enfrenados por una cordillera de montes elevadísimos, todas las regiones boreales y meridionales serían habitables: su temperatura, con poca diferencia, debió ser igual á la de los países equinocciales. La razón es que, estando cubierto el globo de montañas, podían fácilmente éstas reflejar los rayos de luz hacia todas partes, y por consiguiente templar toda la atmósfera. Tenemos una prueba de hecho en la congelación de los mares boreales y australes. Estos se hallan innavegables á los 50° de latitud, cuando en el polo opuesto se ve todo lo contrario. Este fué el grande obstáculo para que Cook no pudiese penetrar más allá de los 50° de latitud meridional. Si estos mares tuviesen regiones inmensas junto al polo, no estarían cubiertos de nieve á tanta distancia, pues la reflexión de los rayos solares de las partes térreas calentaría la atmósfera, cuya acción no daría lugar á la congelación eterna, y á esta reunión de masas flotantes que asombran y hacen retrogradar á los navegantes más intrépidos. ¡Qué idea tan bella

(1) Cosme Bueno: Descripción del Perú, etc.—Humboldt: *Voyage aux regions equinoxiales*. Tom. II, lib. 2.°, chap. IV, pág. 296.

nos presenta el globo antes de su ruina! ¡Y qué desorden, qué confusión en la época presente! Si hubiese sido desde el principio tal como le vemos ahora, quizá no habría ya un palmo de tierra para la habitación de los míseros mortales. Este contínuo choque del agua contra los continentes y el decremento de éstos por las continuas lluvias y otras causas, prueban que algún día el globo perderá el orden que ahora presenta; y le habría perdido ya, si muchísimos siglos no hubiese estado tan bien ordenado, que ninguna causa natural era capaz de alterar su superficie.

1827



OBSERVACIONES

SOBRE EL CLIMA DE CUENCA

POR clima entienden los geógrafos el grado de latitud de un país; pero como éste se manifiesta frío ó cálido, según los diversos grados de latitud, de aquí la palabra clima ha venido á ser sinónima de temperatura del aire, aunque la de un lugar no esté arreglada á su grado de latitud. «Una multitud de hechos, dice un autor, prueba, al contrario, que ella es modificada y aun desnaturalizada por diversas circunstancias del suelo, tales como su superficie árida ó acuosa, desnuda ó cubierta de plantas, su elevación ó su abatimiento sobre el nivel del mar, su exposición á tal ó cual aspecto del cielo, en fin, sobre todo, por la especie y la cualidad de las corrientes del aire, es decir, de los vientos que recorren esta superficie; de donde se sigue que el suelo viene á ser un elemento constitutivo de la temperatura, y por consiguiente del clima, tal como se le entiende.»

Nosotros, al presente, nos contraemos á hablar del clima de Cuenca, con respecto á las variaciones que producen las corrientes dominantes de su atmósfera y, por consiguiente, de los grados de calor y frío que se experimentan en el curso del año.

Dos son los vientos principales que alteran nuestra atmósfera: el Nordeste y el Sudoeste. El primero comienza á soplar desde mediados de Junio hasta Septiembre, y á veces hasta fines de Octubre, segun su mayor ó menor rapidez, y también conforme al tiempo en que dió principio su curso, esto es, tarde ó temprano. Si el viento de que vamos hablando comienza en los primeros días de Junio y sopla con mucha violencia en Julio y Agosto, su acción es casi nula á mediados de Septiembre. Pero si durante los meses de Julio y Agosto fué remisa su corriente, se acelera en los siguientes hasta Octubre y Noviembre. Los labradores deben atender este fenómeno sencillo, pero de suma importancia para no aventurar las siembras; pues de la mayor ó menor acción del viento Nordeste en los meses de Julio y Agosto, depende la venida tardía ó temprana de las lluvias, como diremos luego.

Nuestra atmósfera padece una alteración sensiblemente nociva en los tres meses de Junio, Julio y Agosto, porque en este período no se respira sino un aire seco que sopla de la parte de Nordeste. Este fenómeno proviene, según lo explican algunos físicos, de que todos los vapores que arroja el Atlántico se depositan en la cadena de los Andes, que es el punto común donde vienen á chocar todos los alisios de la parte del Este y de sus puntos contiguos. Pero lo más natural parece que estos vientos, pasando por los países cálidos y llenos de bosques impenetrables de las Amazonas, se impregnan de una multitud de gases morbíficos, cuya acción es sensiblemente nociva en territorios diametralmente opuestos por su temperatura. Sea lo que fuere, lo cierto es que en los meses de Julio y Agosto se experimenta una sequedad por razón de que la mencionada corriente de aire impide el curso del Sudoeste que nos trae los vapores del Pacífico, á los cuales atribuímos las lluvias que desde Septiembre empiezan á humedecer nuestro suelo. Cuando la acción del Nordeste ha sido muy temprana y muy violenta, es preciso que su duración no sea muy larga, pues la atmósfera comprimida hacia la parte opuesta, es decir, al Sudoeste, debe hacer prontamente su reacción y contener el curso de su contrario. De aquí resulta que las lluvias aparecen en nuestro horizonte, á proporción de la mayor ó menor rapidez del Nordeste. Cualquiera, con una pequeña atención, verá este fenómeno verificado según la indicación que hacemos. Comunmente los

labradores esperan lluvias por los meses de Septiembre y Octubre; pero esto no puede suceder con uniformidad sino en caso de que en Julio y Agosto hubiese sido muy violento el Nordeste, porque entonces la corriente opuesta ejercerá su elasticidad prontamente y arrojará los vapores contenidos en el espacio de dos ó tres meses. Con sólo observar esto, no se adelantarían las siembras; se esperaría el tiempo oportuno en que, según los movimientos de nuestra atmósfera, puede llover ó no; y en una palabra, no habría *año estéril*, como comunmente suele decirse, á pesar de que la naturaleza próvida no quiere negarnos sus beneficios, sino que los estudiemos.

De lo dicho hasta aquí se infiere que se puede prever si el año será lluvioso, si habrá tempestades, rayos, truenos, etc. Si en los meses de Julio y Agosto ha sido remiso el viento, las lluvias en los posteriores serán pocas ó ninguna; por consiguiente, la atmósfera debe estar seca y cargada de fluído eléctrico. Los físicos convienen en que el calórico se absorbe y se neutraliza por el agua reducida en vapores y que entonces no desarrolla sus propiedades naturales. Cuando, al contrario, el aire es muy seco y frío, la materia ígnea, que no halla con que combinarse, sobreabunda y manifiesta su presencia donde le permiten sus leyes.

El calor de nuestra atmósfera no varía tanto como en otros lugares, y por consiguiente no se experimenta esta mutación súbita y violenta que produce funestos efectos en la economía animal. Ni el calor ni el frío son excesivos; pues apenas el termómetro de Reaumur, colocado en la sombra, da 7 grados de calor (48° de Fahreneit) en el mes de Diciembre, que es el tiempo en que se experimenta el máximum. Expuesto el termómetro á un sol muy ardiente, en este mismo mes, da 10 grados y á veces hasta 11 (1). El frío no excede de 2 grados, aun en la estación de los hielos (heladas) (2). Comunmente se observa que en los equinoccios es menor el calor que en los solsticios, sin embargo de que la latitud de Cuenca es de 2°, 47', 10" hacia el Sur. Hemos visto algunas explicaciones sobre este fenómeno que se experimenta en otros lugares; pero si hemos de decir verdad, son tan aventuradas como todas las que se hacen de

(1) A medio día.
(2) A la seis de la mañana, que es la hora del mayor frío.

efectos que tienen muchas causas complicadísimas. A nosotros nos parece que la mayor ó menor intensidad del calor proviene de la mayor ó menor densidad de la atmósfera; porque es visto que el calórico de un cuerpo está en proporción con su densidad. Cuando el sol pasa por nuestro zenit, será su efecto en razón inversa, porque los rayos directos deben enrarecer la atmósfera; por consiguiente, es preciso que sea menor el calor que cuando se halla en el trópico de Capricornio, en cuya estación, nuestra atmósfera, cargada de vapores, no puede tener un agente que los disipe, sino que los caliente y haga sensible su influjo. Tal vez hay otras concausas que modifican esta acción para presentarla de una manera inversa. Entienda esto quien pudiese entenderlo.

Se ha observado que en los meses de Julio y Agosto abundan catarros, fluxiones, etc.; y á veces fiebres pútridas muy peligrosas á aquellos que tienen los humores más ó menos corrompidos. Volney, en su viaje de Egipto y Siria, atribuye las fluxiones y la oftalmía que se experimentan en aquellos países, á la corrupción de humores, tanto por la malignidad del aire, como por los alimentos groseros. ¡Qué excelente sería el método purgante para los habitantes del Cairo y de la Siria! ¿Y por qué entre nosotros no se debe preferir el método indicado, cuando tenemos una experiencia continua de su buen éxito? También los baños templados surten muy buen efecto; pues hacen correr los humores y los preservan de su corrupción.

Cuando hablamos de purgantes, quisiéramos que se prefiriese el de Leroy, por ser el único capaz de curar radicalmente, digan lo que quieran sus adversarios. En la medicina y en la física no valen autoridades y raciocinios: la experiencia es el único apoyo de estas facultades. El antiguo y nuevo continente son testigos de los milagros de Leroy; y la naturaleza, cansada de maltratar á sus hijos porque no la han entendido sus intérpretes, se ha valido del órgano de un hombre, á quien le ha inspirado un nuevo idioma, y le ha hecho explicar el arcano de la salud y de la vida.



EL PICAFLOR

Muchos naturalistas dan este nombre al pájaro que los indígenas llaman en el Ecuador *quindi*; y este nombre me parece que debería preferirse en la historia natural de nuestro país; porque *picaflor*, según su etimología, quiere decir una ave que pica las flor es y se mantiene de su jugo; y no solamente el *quindi* tiene esta propiedad, sino otros muchos pájaros. Sea lo que fuere, yo he destinado este artículo á una sucinta relación de algunas observaciones sobre los picaflores, supliendo lo que he visto omitido por algunos ornitologistas, como Buffon, Azara y otros.

Aunque el picaflor es una ave indígena de América y se encuentra desde el Canadá hasta el río de la Plata, sin embargo parece que los países ecuatoriales son más á propósito para su existencia, pues en éstos se halla mayor número, como lo observó Mr. de la Condamine. Algunos naturalistas han creído que el picaflor sólo se mantiene del jugo de las flores; pero Azara refiere que también come insectos, y yo he observado que no sólo se mantiene con las cosas citadas, sino también que come granos de tierra, y parece que en esto conviene con las demás aves frujívoras. La variedad de picaflores es tan nume-

rosa, que ningún ornitologista la ha descrito exactamente hasta ahora. Buffón distingue 24 especies de picaflores y 19 de colibríes, que así los llama; pero siendo esta distinción arbitraria, como nota juiciosamente el naturalista Azara, tenemos 43 especies de picaflores. Agréguense á estas las 11 descritas por el citado Azara, y resultan 51. ¿Pero esta nomenclatura ha agotado la familia de los picaflores? De ninguna manera; pues, según mis observaciones, creo que pasarán de sesenta especies, si los naturalistas no se han equivocado, tomando por diferentes las hembras de los machos, y multiplicando especies por variaciones accidentales, que dependen del clima y de otras circunstancias. He dicho que pasarán de sesenta, porque muchas especies no se hallan en las descripciones de los naturalistas. La estrechez de este artículo no permite difundirme; y sólo me contraigo á hablar de dos especies que llamo *suprema* é *ínfima*. El picaflor de la primera es casi del tamaño de un tordo; puede tener de longitud diez ó doce pulgadas, desde la punta del pico hasta el extremo de la cola; su color es de canela, sin mancha ninguna. Este picaflor busca flores de mucho jugo, como son aquellas que tienen el cáliz largo; por lo común no chupa como los demás picaflores, sino que en su base forma pequeños agujeros sin maltratar los pétalos. Tiene un grito muy agudo, que consiste en la voz *pig*, pronunciada con el acento muy largo en la *i*. Este grito es, sin duda, en los momentos de tristeza; pues cuando está alegre á vista de las flores, tiene una voz semejante al balido de la oveja, es decir, un *ba* repetido cuatro ó cinco veces con mucha velocidad. De aquí se infiere que es falso lo que dicen Buffón y Azara, á saber, que los picaflores no tienen más voz que un pequeño grito *cre*, *cre*, frecuentemente repetido; esto dice el primero; y el segundo, *tere*, *tere*. La especie de que hablo es muy rara, y pocas veces se ven algunos individuos, y por esto tal vez no ha llegado á noticia de los naturalistas.

La especie ínfima es inferior á la que asigna Buffon con el nombre de *picaflor mínimo*. Para formar una idea de lo que afirma este naturalista, transcribiré sus palabras: «Conviene dar principio, dice, por la más pequeña de las especies, á la enumeración del más pequeño de los géneros. Este pequeñísimo picaflor apenas tiene quince líneas desde la punta del pico hasta el extremo de la cola. El pico tiene tres líneas y media,

la cola cuatro; de suerte que no restan más que unas nueve líneas para la cabeza, el cuello y el cuerpo del ave; dimensiones más pequeñas que las de nuestros moscardones. Toda la parte superior de la cabeza y del cuerpo es de un verde dorado pardo, con cambiantes y reflejos rojizos; todo lo inferior es gris blanquecino. Las plumas de las alas son de un color pardo tirando á cárdeno, y este color es casi generalmente el de las alas de todos los picaflores, como también de los colibríes. Tienen también harto comunmente el pico y los pies negros: las piernas están cubiertas hasta bastante abajo, de un vello sutil, y los dedos están guarnecidos de unas uñitas agudas encorvadas. Todos tienen diez guías en la cola... El color de estas guías de la cola es, en la mayor parte de las especies, de un color negro azulado con el brillo de acero bruñido... Por lo demás, esta primera y mínima especie se halla en el Brasil y en las Antillas: nos la han enviado de la Martinica sobre su nido y Edwars la ha recibido de la Jamaica.»

Esta relación de Buffon es, sin duda, de otra especie pequeña que he visto, pero de ninguna manera de la que yo llamo *ínfima*. El picaflor de que hablo será la mitad del que describe Buffon; no tiene los colores que asigna este naturalista, sino el de canela en todo el cuerpo, con manchas de un blanco sucio. Tampoco la cola está formada con guías largas, como se ve en la mayor parte de los picaflores, sino en figura de abanico y muy corta. Este picaflorcito es tan raro, que apenas he visto uno en toda mi vida, por una casualidad. Parecerá increíble que haya en la naturaleza un pájaro tan pequeñito; pues aun el que describe Buffón, llamándolo *picaflor mínimo*, lo han mirado algunos naturalistas como fabuloso. Tal vez el Ecuador sólo es la patria de mi picaflorcito; y por esto se ha ocultado á la vista de los más curiosos observadores, debiendo decirse de él lo que Plinio hablando del fénix: *rara avis in terra.*

Extrañarán algunos que yo no dé las dimensiones de este picaflor para formar una idea exacta; pero lo cierto es que jamás lo he tenido en mis manos: lo he visto del modo siguiente: Hallándome una vez junto á un alhelí que estaba cerca de mis pies, vi que venía volando una cosa, que al principio me pareció una mosca ó una mariposilla, y luego comenzó á chupar las flores que había. Quedé admirado sobremanera cuando distinguí que era un picaflor que hasta entonces no lo había visto.

La cercanía me dió lugar para observar bien sus colores y tamaño, y el tiempo fué más que suficiente, pues se detuvo bastante hasta visitar todas las flores. Quería extender la mano para cogerlo; pero temía quedar burlado en mi empresa y sin el placer de verlo. Sin embargo, habiéndome satisfecho de su vista, saqué el pañuelo para atraparlo, y voló á este movimiento. El ruído que hacía con sus alitas era tan recio como el de los demás picaflores. No necesito advertir que mi presencia no le embarazó al picaflor, porque, según han notado los naturalistas, estos pajaritos son muy atrevidos, y más bien quieren exponerse al peligro que perder la ocasión de chupar una flor. ¡Verdaderas imágenes de la pasión del hombre!



LA VISTA DE ALGUNOS ANIMALES

La naturaleza es admirable en todo: cuanto más la estudia el hombre, tanto más se llena de asombro, y no puede menos de reconocer la mano omnipotente que trazó esta grandiosa obra. La vista de los animales presenta al naturalista filósofo motivos de admiración y de placer. Este asunto, tratado con tanto magisterio por los sabios, quiero reducirlo á los límites de un artículo, á fin de dar alguna idea á mis lectores curiosos.

Hay animales que se distinguen por la rapidez de su vista, como algunos pájaros, que son superiores en este sentido á todos los seres vivientes: otros hay dignos de admiración por la variedad con que ven los objetos. Por regla general, los pájaros que vuelan con mucha velocidad, tienen una vista más perspicaz que los otros; y si la cosa no fuese así, se verían expuestos á chocar continuamente contra los obstáculos, ó no harían uso de la rapidez de su vuelo. El pájaro dotado de esta cualidad, con un golpe de vista recorre pronta y sucesivamente en todas direcciones un inmenso espacio, mucho mejor que lo que nosotros podemos conjeturar y juzgar por nuestros raciocinios, aun con el apoyo de todas las combinaciones del arte.

Se puede demostrar la perspicacia de la vista de un condor, por ejemplo, por el cálculo siguiente: sabemos que un objeto, ilustrado por la luz del día, no se pierde de nuestra vista sino á la distancia de tres mil cuatrocientos treinta y seis veces mayor que su diámetro: supongamos un condor de catorce pies de vuelo, es decir, que del extremo de una ala al extremo de la otra tenga catorce pies (1); este pájaro, pues, se perderá de nuestra vista á la distancia de cuarenta y ocho mil ciento cuatro pies (2); y no obstante, él llega á distinguir un corderito recién nacido, de una distancia quizá dupla ó tripla de la que se ha asignado. La experiencia diaria nos enseña que un hombre, colocado en una eminencia, extendiendo su vista hacia todas partes, no encuentra condor ninguno; pero luego que el observador deja en su lugar un cordero, y se oculta, se ven venir muchos condores: prueba evidente de que el objeto fué divisado por estas aves á una inmensa distancia. Algunos han hecho cálculos exagerados sobre la vista del condor y del buitre; pero me parece que se necesita una multitud de datos, y entre tanto debemos contentarnos con lo que llevo expuesto.

El águila se eleva más allá de la región de las nubes y desde allí divisa los objetos más pequeños. Justamente algunos naturalistas han conjeturado que la vista del águila tiene tanto alcance como nuestros mejores telescopios. Quizá ella ha visto los satélites de Herschel, de Saturno y Júpiter, á Ceres, Palas, Juno y Vesta, que han estado ocultos á los hombres desde la creación del mundo hasta la invención del telescopio. Si esto es admirable, no lo es menos el modo con que ven los pájaros de alto vuelo; ellos son *presbitas* y *miopes* según las distancias; por manera que ven tan distintamente de lejos como de cerca. Este fenómeno se verifica por un raro mecanismo de sus ojos; tienen una membrana movible á discreción (3), es decir, que esta

(1) Parece que no hay condor que tenga más diámetro que este. El abate Molina, en su *Historia natural y civil de Chile,* asigna esta dimensión al condor más grande.

(2) Cuarenta y ocho mil ciento cuatro pies hacen dos leguas de á 20 al grado, con poca diferencia.

(3) Así dicen los naturalistas; pero yo creo que este movimiento de la membrana no depende del ave, sino de la acción del objeto, ó más bien, de la luz sobre el ojo, más claro, es una acción mecánica. Una multitud de reflexiones me ocurre acerca de esto: hé aquí algunas. Vemos que los piés de

membrana retira cierto humor de la retina ó lo acerca á ella. Para entender mejor esto, se ha de saber que cierta materia que se halla en la parte anterior del ojo, se llama *humor acuoso*. Como los pájaros se hallan siempre en una atmósfera muy enrarecida y que refracta poco los rayos de luz, recibieron una gran cantidad de este humor acuoso, á fin de que la luz, refractándose mucho al entrar en sus ojos, llevase á ellos las imágenes muy claras, y así es que las aves, remontadas hasta una altura en que apenas se divisan, ven el más pequeño reptil que se oculta entre las hierbas. Cuando desciende el ave, esta vista cansada ó *presbita* no distinguiría los objetos cercanos; y véase para qué la naturaleza las ha provisto de una membrana, por cuyo medio retiran de la retina el humor al bajar á la tierra, y varían así la propiedad de sus ojos, como nosotros pudiéramos hacer con los lentes de un anteojo, sin perder jamás de vista el objeto.

Es tan varia la visión en cada animal, que á cada uno se presenta la naturaleza bajo distintos aspectos. Los ojos de un arador y de un rinoceronte, los de un buitre y de una mariposa, no ven los mismos prodigios. Los insectos que tienen los ojos de dos colores, ven por un lado praderas doradas y azules, y por

los pájaros tienen un juego de músculos, por el cual se sostienen firmes en una rama, y este juego ó resorte no está sujeto á la voluntad del ave; pues aun cuando ella no quisiera, resultaría siempre el mismo efecto. El pie del pájaro está construído de tal manera, que cuando es oprimido en el centro ó en el talón, los dedos abrazan naturalmente el cuerpo que los oprime. Un gato ve de día y de noche. En el primer caso, la pupila del ojo se cierra, y en el segundc se abre, sin que el gato tenga parte en estos movimientos; todo depende de la acción de la luz sobre los ojos de este animal. Observamos en nosotros mismos que cuando entramos en un cuarto obscuro, nada distinguimos; pero poco á poco se quita este embarazo y vemos con bastante claridad los objetos. Sucede esto, porque estando á la luz, nuestra pupila se halla algo cerrada, y al entrar en el cuarto oscuro, no pasan suficientes rayos á la retina para pintar los objetos. Pero si nos detenemos en el cuarto, la pupila se abre, y por consiguiente, recibe bastante cantidad de rayos de luz con que se distingue los objetos. Todo esto se verifica sin que tenga parte nuestra voluntad: luego lo mismo debe suceder con el ave, para ver de cerca y de lejos. Supóngase la habilidad que se quiera en los movimientos voluntarios del ave, jamás podrá compararse con la rapidez de la acción instantánea de la luz, y esta acción necesitan principalmente las aves de rapiña, para no retardar sus movimientos con respecto á la presa.

el otro objetos de color de púrpura y de rosa. No hay insecto que no tenga su adorno peculiar. Las observaciones microscópicas nos manifiestan á estos animalillos hermoseados con los colores más brillantes; unos parecen cubiertos de diamantes, esmeraldas y topacios; otros representan todos los matices del arco iris. ¿Qué escenas tan agradables no se ofrecerán á su vista?

Los ojos de una mariposa son treinta y cuatro mil seiscientos cincuenta, y por consiguiente es preciso que para este insecto se multiplique de un modo extraordinario la naturaleza. La mariposa debe ver sobre el horizonte un número prodigioso de soles, como nosotros vemos estrellas de noche. ¡Y qué espectáculo tan admirable no será para ella, viendo multiplicadas la luna y las estrellas! Este es un prodigio de que no puede formar idea nuestra imaginación. Para que se verifiquen estas maravillas, la naturaleza no ha hecho más que colocar en la cabeza de la mariposa un prisma labrado en facetas. Algunos naturalistas dudan de esta conformación admirable de los ojos de la mariposa, y también de la que presentan los de la mosca; pero me parecen sus razones bastante débiles para destruir las observaciones de Leuvenhoek y Hoock.

Muchos creen que la araña forma su tela y se coloca en el centro de ella para sentir el movimiento que hace la mosca enredada en cualquiera de sus extremos, y no es así. La araña tiene muchos ojos colocados al rededor de su cabeza, y por lo tanto, descubre la presa por todos lados. Hay insectos que tienen ojos en todo el cuerpo. El camaleón puede dirigir sus ojos al mismo tiempo á dos partes opuestas, es decir, puede contemplar al enemigo que vuela y al que se arrastra en la tierra. El caracol (nuestros indígenas llaman *churu)* tiene sus ojos fuera de su cabeza, sobre dos membranas á manera de dos anteojos de larga vista que dirige á su arbitrio hacia todas partes.

El caballo lleva dos excelentes microscopios en sus ojos, y por consiguiente los objetos que se pintan en su retina deben ser inmensos. Al caballo se le presenta como un coloso la estatura de un muchacho que lo conduce; un riachuelo es para aquél un brazo de mar; una pequeña cuesta, una altura interminable; en fin, todos los objetos le son grandiosos y terribles. Obsérvese un caballo de pesebre, caminando por lugares que él no ha frecuentado: todo le causa admiración; su movimiento es fogoso, sus miradas espantadizas, y sus orejas, horizontal-

mente rectas, indican asombro. La providencia quiso dotar á este animal con una propiedad tan excelente, porque debía ser el compañero del hombre en sus peregrinaciones. Así es que el caballo no teme ningún peligro, porque está acostumbrado á ver siempre precipicios inmensos, mares, obstáculos insuperables: él se arroja denodadamente tanto sobre un grupo erizado de lanzas y bayonetas, como en un río caudaloso. Si los caballos de carga no hacen lo mismo, es porque, abatidos con el trabajo, pierden lo que vulgarmente llaman *espíritu*, que no es otra cosa que la vivacidad sorprendente de sus ojos, por la cual aceleran y varían los movimientos.

¿Y qué diremos de la vista del hombre? Es verdad que sus ojos no son telescópicos como los del águila, ni microscópicos como los del caballo; pero en recompensa ha recibido otras prendas. El ha sido criado para la ciencia; y si todo lo viese, se acabaría su espíritu investigador, le causaría hastío el espectáculo del universo y sería el sér más desgraciado. El descubriría peligros en el aire, en la tierra, en todos los elementos. El queso que come, el agua que bebe, no serían más que un conjunto de insectos abominables, si él tuviese una vista microscópica. Su cuerpo mismo le causaría horror al verlo cubierto de poros y de escamas. Ha sido, pues, preciso, según la presente providencia, formar los sentidos del hombre tales como son, porque así corresponden exactamente á las ideas del Criador. El hombre debe dirigir sus miradas hacia el cielo, morada de toda hermosura, de todo placer, y no puede gustar de estos encantos sino á medias sobre la tierra. La ignorancia de muchas cosas estimula su ardor por la ciencia, y como ésta no es consumada aquí, infiere que algún día este mundo material, que encierra tantos objetos dignos de nuestra atención, llegará á ser perfectamente conocido. Al contrario, no habiendo sido destinados los brutos á la eterna felicidad, son recompensados con algunas ventajas materiales sobre el hombre. Con razón, á vista de estos prodigios, exclamaba el Salmista, lleno de asombro: *¡Quam magnificata sunt opera tua, Domine... omnia in sapientia fecisti!*



GRADOS DE CALOR QUE PUEDEN SOPORTAR LOS ANIMALES

La causa del calor en el cuerpo animal es una cuestión que todavía no se ha resuelto. Los químicos creen que hay una verdadera combustión en los pulmones, la cual calienta la sangre que, extendiéndose por todas partes, comunica el calor y la vida. Aunque sea innegable la existencia del calor producido en el pecho por la respiración, y al mismo tiempo sea cierto que este es uno de los medios empleados por la naturaleza para conservar el calor en los cuerpos animales, no obstante, este medio solo no explica los diferentes grados de calor de que son susceptibles los animales, bajo las relaciones de la temperatura, del estado de enfermedad, etc. Sea cual fuere la causa, debemos persuadirnos de que el hombre y los brutos son susceptibles de un grado de calor que parece contrario á su naturaleza.

He observado una multitud de insectos del tamaño y figura de los escarabajos de agua, en unos baños termales cuyo calor era cabalmente el del agua hirviendo. Yo no podía meter la mano para cogerlos, y sin embargo aquellos animalillos vivían con la misma comodidad que los otros vivientes en un elemento suave y refrigerante. ¿Qué clase de organización

tenían estos insectos para resistir tanto calor? Véase una cuestión que debería yo haber procurado resolverla, si hubiese tenido la experiencia que ahora, cuando ví aquellos insectos hace muchos años. ¿Quién sabe si otros animales también no podrán vivir en una temperatura igual ó superior á la del agua hirviendo?

De un físico inglés dicen que permaneció ocho minutos en un cuarto que tenía el calor de 25 grados del termómetro centígrado sobre el agua hirviendo. Tan grande era el calor de este cuarto, que la cera se derretía y el agua cubierta de aceite empezaba á hervir. Asimismo se refiere que dos muchachas permanecían sin incomodidad en un horno cuyo calor excedía con 32 grados al del agua hirviendo del termómetro de Reaumur. No es mi objeto explicar las causas de estos fenómenos, según los sistemas de los físicos. Lo que quiero demostrar es que los animales, y principalmente el hombre, pueden vivir en una temperatura que parece contraria á su existencia. ¿Cómo pueden resistir los poderosos efectos del calor? Cualquier cuerpo, por ejemplo, un pedazo de carne, se habría asado, un leño se habría reducido á cenizas. Debemos, pues, concluir que lo que preserva á los animales de la combustión en ciertos casos, es el principio de vida. ¿Y en qué consiste este principio físico? Lo ignoramos. Pero, por lo mismo, no podemos afirmar que el hombre sea incapaz de vivir mucho tiempo en el fuego; quizá algún día, con el progreso de las ciencias, se resolverá este asombroso problema.

Chateaubriand conjetura (1) que si el hombre hubiese permanecido en el estado de inocencia, podía haber emigrado á los planetas; y su razón fundamental es que el hombre tenía una ciencia que nosotros no podemos comprenderla. Si ahora, dice, en el estado de ignorancia se ha apoderado de los otros elementos para hacerlos servir á su uso, ¿por qué no podría haber hecho lo mismo con el aire para transportarse á los planetas? Antes de la invención de la brújula, se miraba como imposible la navegación en alta mar; lo propio sucede ahora con la navegación aérea. Tal vez algún día se encontrará una brújula que dirija en el aire, ó se conocerán todas las corrientes de este fluido. ¿Por qué elevándose el aereonauta catorce ó quince mil

(1) Véase el *Genio del Cristianismo*, tom. I, lib. III, cap. III.

pies sobre la superficie del globo, no podrá elevarse hasta la atmósfora de la luna? Lo cierto es que cuanto hace el hombre imperfectamente en el estado de ignorancia, lo habría hecho perfectísimamente con la ciencia prodigiosa que tuvo antes de su caída. He dicho esto para probar que si el hombre fué criado con la posibilidad de transportarse á los planetas, también fué criado para poder vivir en el fuego. Sabemos que los planetas inferiores tienen una temperatura muy ardiente. Mercurio, según el cálculo de Newton, tiene un calor superior al del agua hirviendo. Este cálculo se funda en la distancia de Mercurio al sol (distancia media) dc 13.361,000 leguas, y de más de 2,000 grados de calor del sol (1). Supóngase en Mercurio alguna modificación del calor por razón de su atmósfera densa, de sus altas montañas, etc., sin embargo, siempre resultará un calor muy considerable. Lo que se ha dicho de Mercurio se puede aplicar á Venus, con la debida proporción.

(1) Otros piensan que este cálculo es exagerado, que el calor del cuerpo solar no asciende sino á 1,200 ó 1,500 grados.



ANALOGIA DE LOS VEJETALES CON LOS ANIMALES

Este mundo se compone de seres cuyas relaciones son algunas veces incógnitas; y por tanto parecen aislados. El estudio reflejo de la naturaleza nos presenta, al contrario, que nada hay existente sin relación alguna, aun entre las cosas que parecen más desemejantes por su naturaleza. Un grano de arena, una partícula de un cuerpo metálico ó metalóideo, tienen grande afinidad con todos los cuerpos sublunares, y quizá con todo el sistema planetario, por una escala intermedia de infinitos cuerpos. Dejando aparte esta vasta investigación, me contraigo ahora á hablar de las relaciones quo tienen los vegetales con los animales.

Siendo éstos tan variados en sus géneros, especies y necesidades, era preciso que los vegetales que les habían de servir de alimento, fuesen criados del mismo modo. Una hierba no contiene madera como un árbol; los mismos géneros de árboles se presentan unos más dèbiles que otros, mientras que algunos llegan á alturas prodigiosas. La Divina Providencia ha ido proporcionando así ol reino vegetal para el servicio de todas las especies de los animales que se propuso crear. No solamente los tallos y hojas sirven para este efecto, sino también las flo-

res, los frutos y el perfume que ellos exhalan. Así los pájaros no gustan de ciertas frutas que no les son análogas. El mono por el olfato conoce la calidad de las frutas de que conviene alimentarse; sirviendo muchas veces esta propiedad al hombre extraviado en los bosques para comer algunas que espontáneamente nacen en aquellas soledades. El caballo y casi todos los cuadrúpedos huelen primero lo que han de comer; las aves lo ven, porque tienen la vista más delicada que aquellos, para distinguir el alimento que les es más análogo. Es una cosa digna de tener lugar en la historia natural lo que sucede con nuestro *chirote (turdus sternoporphireus)*. Este pájaro se alimenta de granos, de insectos y de raíces tuberosas como la yuca, el camote, etc. Pero prefiere para su alimento el trigo y el maíz; por manera que éste corre mucho peligro, cuando se siembra, de ser devorado por los *chirotes*, escarbando la tierra. Para remediar este inconveniente, lo envenenan en algunos países, como en Loja, con el fruto de la *Cerbera thevetia*, llamada vulgarmente *jacapa*. Lo machacan en gran cantidad; lo mezclan con agua y ponen en él en infusión al maíz: veinticuatro horas bastan para que se penetre el grano de toda la virtud deletérea del fruto de la *Cerbera*. En este estado se siembra, y el chirote que lo come queda muerto; pero sucede esto rara vez, porque el pájaro, guiado ciertamente por el olfato, no toca las semillas sembradas, según el modo sobredicho. De aquí observaré de paso que no es tan general lo que comunmente observan los naturalistas acerca de los sentidos de los animales: dan la preferencia al hombre en el tacto, á los cuadrúpedos en el olfato, y á las aves en la vista. El chirote ciertamente no ve los granos de maíz, que están bajo la tierra, para distinguir sus propiedades; y además la vista sola no puede asegurarle sobre el veneno que contienen. Es necesario, pues, que él huela á su modo cierta emanación ó fluido que sale de los granos macerados en el agua del fruto de la *jacapa* y que se hallan á distancia de muchas pulgadas bajo la tierra. Este olfato es comparable al de los cuadrúpedos, que distinguen los alimentos aunque se hallen cubiertos por la tierra.

También se debe notar que no todos los animales pueden vivir bajo la misma presión atmosférica; y de aquí resulta, que la Providencia les ha proporcionado diversos medios de subsistencia. En las alturas se ven pájaros y cuadrúpedos que tienen

frutos, hojas y raíces que los mantienen, y que no podrían encontrar en los hondos valles. El oso encuentra abundante alimento en la multitud de plantas de los géneros *pourretia* y *pitcairnia* (Achupalla, Aguarongo) de nuestras cordilleras, mientras que al pie de ellas, aun suponiéndolas despobladas, moriría de hambre. Al contrario, los indígenas de países calientes hallan en ellos los que les conviene para su alimento y desarrollo. De aquí resulta esa línea de demarcación que circunscribe la existencia de los animales, como se ve en la geografía de los vegetales.

Además, cada planta se alimenta en cada una de sus partes animales de distintos géneros. La savia sirve de alimento á los animales microscópicos; las hojas á una multitud de cuadrúpedos é insectos; las flores á las mariposas, abejas, etc.; los frutos á los cuadrumanos y aves. En fin, los instrumentos para comer y alimentarse son proporcionados á la clase de alimentos. Unos tienen colmillos y garras; otros, una trompa; otros, chupadores, etc., por manera que ningún sér está fuera de la capacidad de subsistir por los medios que le ha proporcionado el Autor de la naturaleza.

Todo lo que he dicho hasta aquí no es más que un preámbulo á lo que voy á exponer. Cualquiera que estuviese instruído medianamente en el sistema sexual de Linneo, sabe que las plantas de la clase monecia tienen en un mismo pie flores machos y hembras, como se ve, por ejemplo, en la familia de las cucurbitáceas, el zapallo *(cucurbita potiron)*, el sambo *(cucurbita pepo)*, la sandía *(cucurbita citrollus)*, etc. Estas plantas, cuando se hallan en un terreno feraz y análogo á su desarrollo, producen más cantidad de flores hembras que machos, es decir, que el fruto que producen es más abundante á proporción de la fecundidad del terreno. Al contrario, cuando éste es estéril, sólo se observan flores machos; algunas veces muy pocas flores hembras desmedradas, y á veces ninguna. Esto lo enseña la experiencia de todos los días. Ella me ha guiado para observar el grado de fecundidad en los animales por la analogía. Siendo la generación de las plantas casi en todo semejante á la de los animales, pues tanto aquéllas como éstos tienen sus órganos de generación y reproducción, me parecía que podría hallar la solución del problema sobre la fecundidad animal por los principios de la fecundidad vegetal.

En efecto, he hecho mis observaciones en la especie humana, y he hallado que las mujeres, si son vigorosas, paren más hembras que varones; y al contrario, las débiles paren más varones que hembras; lo mismo que sucede en las plantas, según lo que acabo de exponer. De aquí resulta: 1.° Que la naturaleza siempre fecunda tiende á la producción del sexo femenino. 2.° Que la mujer no es un sexo imperfecto como decían algunos antiguos, sino un sér producido por el vigor del principio generativo. 3.° Que esta regla puede faltar algunas veces, no respecto de la naturaleza, sino de parte del observador, que no puede tener siempre certidumbre sobre los grados de robustez y debilidad de las mujeres. Muchas, que parecen robustas, en realidad son débiles, y en cuanto á la generación sucederá todo lo contrario. Algunas, que en la apariencia son débiles, son en sí robustas para la producción, yéstas engañarán también al observador.

Después de haber observado en la especie humana, he llevado mis investigaciones á los animales; y he hallado que lo propio sucede en muchas especies, como en las yeguas, vacas, ovejas, etc. Estos animales, cuando se alimentan de pastos substanciosos y abundantes, son fecundos, y su fecundidad tiende siempre al mayor número de hembras. Por analogía se debe extender este fenómeno á todos los animales, tanto vivíparos como ovíparos. Si alguno mirase esto como una mera teoría, en él está hacer observaciones para confirmarla ó destruírla.

La aplicación de mi sistema á los casos prácticos puede tener resultados curiosos y útiles. Por ejemplo se puede anunciar probablemente el sexo del feto, según el estado de la madre; esto es, si ella es robusta ó débil, tanto en la especie humana, como en la brutal. Si se quisiese tener más machos que hembras, como en una manada de ovejas, cabras, etc., no habría otra cosa que hacer, sino escasear el alimento, ó al contrario Otras cosas podrán resultar con el transcurso del tiempo y de las observaciones, que ahora no me es posible abrazarlas todas.

PLANTAS ANDINAS

Los Andes están cubiertos de plantas, que para describirlas botánicamente, no bastarían veinte tomos en folio. Yo quiero referir en este artículo y en otros, algunas que tienen un uso oficinal ó económico, asignando la clase á que pertenecen, según el sistema de Linneo, y el orden natural ó de familias.

Cinchona. Esta es la reina de las plantas andinas: pertenece á la clase *pentandria monoginea*, y á la familia de las *rubiaceas*. La quina, según Humboldt, comienza desde la altura de 300 toesas, sobre el nivel del mar, y el término superior es de 1,500 toesas; por manera que el ancho de la zona es de 1,200 toesas. Caldas da mayor dimensión á esta zona, pues el límite inferior, según él, es de 183 toesas, y el superior de 1,679 toesas, sin contar con una pequeña diferencia de fracciones decimales. Yo he encontrado la quina *oblongifolia* de Mutis á la altura de 4,000 metros sobre el nivel del mar; y por consiguiente, mayor que la de Humboldt y Caldas.

Según algunos, hay sesenta especies de quina; otros dicen que hay diez y seis; y otros reducen á cuatro; que las demás sólo son variedades. Hasta ahora no se ha resuelto de un modo

satisfactorio esta cuestión; pues para esto sería preciso que un botánico recorriese muy despacio todos los países en que se encuentra la quina, desde Bolivia hasta la Nueva Granada. Por las relaciones de otros no es fácil hacer comparaciones, y asignar los caracteres específicos. Los que más han trabajado en esta materia son Ruíz y Pavón, Mutis, Humboldt y Bonpland. Caldas, según él mismo refiere, había hecho un estudio profundo sobre la quinología; pero sus diseños y descripciones no han llegado hasta nosotros.

Sabidos son los usos que tiene la quina en la medicina; pero no se ha puesto todavía el cuidado necesario para esclarecer si es un remedio eficaz contra las mordeduras de las serpientes, aplicando interior y exteriormente como han indicado algunos.

Cercxilon andicola. Nombre que impuso Humboldt á la planta que produce la *cera* llamada *de palma*. Pertenece á la clase *poligamia monecia*, y á la familia de las *palmas*. Antiguamente se creía que era verdaderamente cera la materia pulverulenta que se halla en el tronco de esta planta. Pero Boussingault, después de haber hecho el análisis, dice: «Según estos ensayos, la cera de palma es una especie de resina, y por tanto es impropiamente que se le da el nombre de cera... Así es, que para que pueda servir á fabricar bujías la mezclan con grasas de animales ú otra cera vegetal.» El traductor de los *Viajes científicos...* de Boussingault, dice: «Mr. de Humboldt añade en una nota que Mr. Vauquelín había sometido á algunas experiencias una pequeña cantidad de cera de palma que él trajo de América, y que había creído reconocer en ella los verdaderos caracteres de la cera, pero que la lectura de la nota de Mr. Boussingault le hizo variar enteramente de opinión. Añade Mr. de Humboldt, que pudo ser que la cera de palma que trajo de América contuviera alguna parte de cera legítima que le habrían mezclado antes de dársela.»

He referido todo esto para desengañar á aquellos que piensan blanquear la cera de palma y hacer bujías tan buenas como las de la cera de abejas. Para continuar esta misma materia, pongo inmediatamente otra planta.

Myrica cerífera. Pertenece á la clase monecia y diecia (por cuanto unas veces las flores machos y hembras se hallan en un mismo pie; otras, en distintos pies) y á la familia de las *myriceas*. La materia que se recoge de las drupas ó frutos de esta

planta, llaman vulgarmente *cera de laurel*. El modo de extraerla es muy sabido. Lo mismo que he dicho de la cera de palma, se pretende hacer con la *cera de laurel;* es decir, blanquearla perfectamente y hacer bujías tan buenas como de la cera que llaman del Norte. No sé si hasta ahora habrán resuelto este problema, que me parece árduo, por cuanto unos dicen que no es cera, sino estearina, que contiene muy poca cantidad de cera, y mucha de materias extrañas; otros, en fin, que disolviéndola con el auxilio del calor en el éter, se disgrega en forma de láminas casi blancas con el enfriamiento del líquido, etc. Según esta variedad de opiniones, se puede inferir que la *cera de laurel*, después de varias manipulaciones, da una materia *casi blanca*, mas no tan blanca como la cera de abejas. En suma, esta materia puede servir en su estado natural para varios usos; pero para hacer un negocio de especulación blanqueándola, no produciria mayor utilidad, porque no blanquea perfectamente, y disminuye la cantidad en las diversas operaciones. El método vulgar para *blanquear algo* es exponer por algún tiempo al sereno y al viento: entonces pierde una gran parte de su tinte verdoso.

La *myrica cerífera*, y otras de su género, como la *myrica angustifolia*, *latifolia*, etc., que producen cera, se hallan en temperamentos templados, y también crecen en las cimas que tienen más de 2,000 metros de elevación sobre el nivel del mar; y por consiguiente son plantas de distintos temperamentos como la quina.

Weinmannia, llamada vulgarmente *zarar*, es de la clase *octandria diginia*, y de la familia de las *saxifrageas*. Es muy abundante este vegetal en nuestra provincia, y sirve la corteza para la curtimbre. Tiene mucho tanino, es astringente y bastante enérgica contra la disentería. Caldas en su *Viaje á Paute* refiere como una planta propia de aquel pueblo, y dice que en Popayán llaman *ensenillo*, y que hace la fortuna de su casa. Ciertamente en Popayán será muy rara, pero entre nosotros, como he dicho, es abundante; y según el terreno y la presión atmosférica, es arbusto ó se eleva á una estatura colosal.

Aunque hay muchas especies de *Weinmannia*, las que sirven á nuestros curtidores son la *Weinmania microfhila* y la *Weinmannia fagaroides*. Ignoro si las otras especies que refiere Humboldt, propias de la provincia de Loja, la *Weinman-*

nia babbisiana, *elliptica* y *macrophila*, contengan tanino, como las especies antes citadas. Probable es que así sea.

Gleichenia. Pertenece á la familia de los helechos. Esta planta es muy abundante en nuestras cordilleras á la altura de 3,000 metros, poco más ó menos, sobre el nivel del mar. Los indios llaman *monomaqui* (mano de mono), porque, en verdad, cuando es tierna, el tallo y las hojas plegadas y cubiertas de un vello parduzco, se asemejan bastante á la mano de un mono. Sirve para adornar los altares de los niños en la fiesta de Navidad. Hay muchas especies de *gleichenia*, pero la más común es la *gleichenia revoluta*, que cubre grandes espacios cerca de los pajonales. ¿Qué utilidad se puede sacar de esta planta? Voy á decirlo.

Se sabe que los helechos contienen mucha potasa, y sus cenizas servirían para hacer legías buenas y fabricar un regular jabón. El que se vende en Cuenca, con nombre de *jabón negro*, causa asco por su fetidez, por su color y por su mala disposición para limpiar la ropa. La legía común, hecha de cenizas de hornos y cocinas, es muy débil; y de aquí resulta la mala calidad del jabón. Cuando las cenizas contienen sosa, ó al menos mucha potasa, la legía es fuerte y da al jabón blancura y consistencia. Una persona que estableciera aquí una jabonería con las legías de helechos, tendría mucho lucro y haría un servicio al país.

Hay más: los indios harían un negocio de especulación trayendo de las alturas las cenizas de este helecho tan abundante é indestructible. He visto quemar en nuestras cordilleras esta planta, que ocupa, como he dicho, espacios inmensos, cuyas cenizas disipa el viento en balde.

En los desiertos *(despoblados)* de Piura y Sechura se cría una planta que los botánicos llaman *sesuvium portulacastrum* (falsa verdolaga), porque las hojitas se parecen bastante á las de la verdolaga, y la ceniza de esta planta da una legía fuerte con que fabrican el jabón blanco en Piura y Lambayeque. Bien es verdad que el *sesuvium* tiene mucha sosa, pero á proporción nuestros helechos darían una legía bastante buena para blanquear el jabón, tan negro y tan sucio, como aquí se vende.

En los alrededores de Cuenca hay mucha abundancia de helechos, que según he observado pasan de ocho géneros y veinte especies. Principalmente el *polipodium ensifolium* nace

espontáneamente sobre nuestras paredes viejas y en los cercos con tanta profusión que sus cenizas solas bastarían para mantener en buen pie una jabonería.

Dicen que Pedro I de Rusia, para dar vuelo á las manufacturas y artes, comenzó introduciendo la fábrica de alfileres. Una cosa que parecía tan pequeña, ha servido de base para el progreso de los rusos en todos los ramos de industria. Comenzar con algo, aunque sea imperfecto, siempre es una mejora, y el término es la perfección de la obra.

Me parece que en Loja llaman *llashipa* una especie de *gleichenia*.

Oreocallis grandiflora. Es el *embotrium grandiflorum* de Humboldt y Bonpland; y el *embotrium emarginatum* de Ruiz y Pavón, que vulgarmente llaman *cucharitas ó cucharillas*. Pertenece á la clase tetandria monoginia y á la familia de las *protaceas*. Este planta es excelente, principalmente en su fruto, para consolidar las fracturas de los animales, y aun de la especie humana. Sus hojas son fáciles de reducir á esqueletos, haciéndolas hervir en legía ú otro licor fuerte, capaz de destruir el paremquima y dejar solamente los nervios y venas. Como la hoja es de bastante dimensión, estando en esqueleto, presenta un aspecto y color agradables.

Melastoma Cœlatum. Es de la clase *octandria monoginea*, y de la familia de las *melastomeas*. Esta planta es muy común en nuestras cordilleras y llaman los indios *quillu-yuyu*, que quiere decir *yerba amarilla*, porque en verdad sirve para teñir de amarillo con la planta siguiente.

Hypericum acerosum que llaman vulgarmente *matequillcana*. Es de la clase *polyadelphia pentaginia*, y de la familia de las *Hypericeas*. Estas dos plantas reunidas sirven, como he dicho, para teñir de amarillo; y este color, preparado con alumbre, es superior al de la *gualda (reseda luteola)* de los europeos. Muchas plantas tenemos que dan este color, como el *berberis ilicifolia*, el *berberis rigidifolia*, cuyas raíces son amarillas, y las plantas son llamadas vulgarmente *espuelas-casha*. No hacen uso de estas plantas y será porque ignoran su virtud. Yo creo que reuniendo estas darían un *color* más ó menos subido, como se quiera.

Gentiana. Es de la clase *pentandria diginia*, y de la familia de las *gentianeas*. Muchas especies hay en nuestras cordilleras,

como la *gentiana paniculata*, la *gentiana cernua*, etc. Caldas ha preconizado la virtud de la gentiana de una manera interesante. «Los habitantes de Quito, dice, hacen uso frecuente de sus raíces, de su tallo y de sus flores, para dar fuerza y vigor á los miembros paralíticos y para entonar el estómago. Aquellos niños opilados en quienes las lombrices han hecho progresos considerables y que aumentándoseles el vientre se mantienen descarnados y pálidos con unos movimientos perezosos y lánguidos y que no pueden dar paso sin apoyo, tienen un recurso seguro en esta especie de *gentiana*.»

Caldas no hace más que una especie, como se ve, de todas las *gentianas*. En su tiempo no estaban descubiertas todas las especies que tenemos en el Ecuador. Ahora se conocen las siguientes: *gentiana limoselloides*; con corola blanca; *gentiana rupicola*, con corola purpúrea; *gentiana saxifragoides* con corola anaranjada; *gentiana cernua*, con corola de color purpúreo que tira á negro; *gentiana diffusa* con corola azul; *gentiana hissopifolia* con corola morada; *gentiana sedifolia* con corola azul; *gentiana paniculata* con flores azules. Esta gentiana la he visto en las alturas de Zaraguro. Las panojas de esta especie son muy hermosas, y sirven para adornar los altares.

Myrica cerifera. He hablado del producto de esta planta en el número 25, y un amigo me escribe que lo ha blanqueado, y en prueba me remite una muestra. Esta es bastante amarilla, y no es más que una *materia casi blanca*, como he dicho. Además si se ha blanqueado con el ácido sulfúrico, como indican algunos químicos, no puede ser un objeto lucrativo de comercio; porque ó el ácido sulfúrico es caro ó barato. En el primer caso, *más caro es el caldo que los huevos*, como dice un proverbio vulgar. En el segundo, siempre será preferible la estearina por su mucha blancura, debida al ácido sulfúrico. Luego la *cera de laurel* no puede ser un *negocio de especulación blanqueándola*, como he dicho en el citado número. En fin, si se redujese á pura cera se disminuiría la cantidad, y tal vez en este caso el comercio de la cera de abeja tendría preferencia. Mi amigo me dice que en su manipulación no se ha disminuído la cantidad: puede ser así, pero ella no es muy blanca para superar ó al menos equilibrar el comercio de la estearina.

Wintera granatensis. Pertenece á la clase *polyandria polyginia*, y á la familia de las magnolias. Esta planta se creía que

era propia de la Nueva Granada por haberla encontrado primeramente Mutis, que la llamó *drymys granatensis*, y creyó que era la misma que el *drymys winteri*, que crece en el estrecho de Magallanes, de donde fué llevada á Europa por el capitán Winter, á quien se le dedicó. Pero Humboldt distingue el *wintera granatensis* del *wintera aromática*: la primera, dice, es propia de la Nueva Granada, y la otra del estrecho de Magallanes. No obstante, conjetura que el género wintera se puede hallar en México, y quizá también en los Estados-Unidos de la América Septentrional.

Esta conjetura de Humboldt se funda en la naturaleza de la citada planta, que no quiere una temperatura muy elevada. Así es que se la encuentra en el Ecuador como en la Nueva Granada. La cordillera que mira á la parte oriental del pueblo de Zaraguro, es donde se encuentra el *wintera granatensis*, y me parece que algunos la conocen con el nombre de *cascarilla picante*. La corteza, en realidad, es tan picante como el ají, y cuando está fresca es mucho más que él. En medicina ha sido muy preconizada contra el escorbuto. Todo esto, quiero decir, la singularidad de su existencia y su virtud, hace muy recomendable esta planta, y por lo tanto quiero describirla para que algún aficionado á la botánica pueda encontrarla: la descripción es tomada de Humboldt.

Arbol siempre verde de dieciocho á veinte pies de altura con muchos ramos tortuosos y extendidos. Tronco recto, cilíndrico, de diez pulgadas poco más ó menos de diámetro, cubierto de una corteza cenicienta y rasgada de diferentes maneras, de un olor fuerte, penetrante y de un gusto acre é insoportable cuando ella es fresca. Ramas alternas, extendidas, desnudas, cilíndricas. La corteza es de un verde más ó menos subido, y es más aromática y menos picante que la del tronco. Hojas alternas de cuatro pulgadas de largo y una de ancho, lanceoladas, oblongas, coriaceas. Peciolos largos de una media pulgada. Flores blancas, polipétalas. Cáliz compuesto de tres foliolas ovales, cóncavas, de un bello verde. Corola blanca, polipétala, de la misma longitud que el cáliz: doce pétalos dispuestos en dos órdenes. Estambres numerosos, mucho más cortos que la corola, insertos en un disco hipogino con anteras apareadas. Pistilo: ocho ovarios implantados sobre un disco oval. Fruto: en general, tres ó cinco bayas ovales, de una media pulgada de longi-

tud. Granos: de cuatro á doce, dispuestos en dos órdenes, ovales, reniformes, de consistencia bastante dura, brillantes y de un bello color negro.

Conservo en mi poder algunas cortezas de esta célebre planta para muestra; y he observado que secándose han adquirido un ligero olor de canela, sin perder su virtud acre.



PLANTAS EMENAGOGAS

Llámase en medicina y en botánica planta *emenagoga* la que sirve para hacer correr el flujo ménstruo detenido. Entre muchísimas que pudiera citar, hablaré de algunas.

Es muy común en nuestros campos y jardines una que llaman vulgarmente *hierba de Santa María*, que es la *matricaria parthenium* de Linneo y de su clase *singenesia*; de las compuestas de Jusieu, y de la división de las *radiadas*. Esta planta, digo, tiene una virtud admirable para hacer correr las reglas, tomando en decocción las flores y las hojas. Por haber leído así en los botánicos, he recetado á algunas mujeres, y me han dicho que les ha producido buenos efectos. Si todos nuestros médicos se dedicasen á la botánica, sin duda hallarían grandes recursos en tantas plantas medicinales que tenemos á mano.

La hierba de *Santa María* es también tónica y muy superior en esta virtud á otra de su género: *matricaria camomilla* (manzanilla). Es muy común entre nuestras mujerzuelas y curanderos el uso de *limpiar*, como dicen, el *malviento*. Cuando ven á algunos niños flacos, pálidos, etc., dicen que les ha dado el *malviento*, y para curarlos proceden así: toman en cada una

de las manos una porción de dicha planta, y frotan el cuerpo desnudo rezando tres *Credos* ó tres *Ave Marías*, y el resultado es que los niños sanan comunmente. La virtud no está en la superstición del rezo, ciertamente reprensible, sino en la tonicidad de la planta; pues aquellos muchachos, que se suponen con el *malviento*, no padecen otra cosa que una debilidad de nervios, una atonía: la frotación los fortifica, y esto sucedería aun cuando no rezaran los curanderos sus tres *Credos*, etc. De este hecho se puede inferir que, estudiando las virtudes de esta planta, se podrían sacar maravillosos resultados para curar ciertas enfermedades. En suma, lo que hasta ahora se sabe es que las hojas y flores son olorosas y amargas; anodinas, tónicas, estomáticas, emenagogas y detienen la leche: se usan con admirables efectos en la pasión iliaca de los niños, en la cólica, en la jaqueca y el histérico. Esto es lo que dicen los botánicos.

Otra planta muy emenagoga es la que vulgarmente se llama *altamisa*. Según los principios botánicos, esta no es *altamisa*, sino la *ambrosia artemisiæfolia*. La altamisa europea es la *artemisia* de Linneo: tal vez la habrán llamado *altamisa*, porque sus hojas se parecen á las de la *artėmisia*. Las indias hacen mucho uso de esta planta para el efecto enunciado. Además, la *ambrosia* tiene la virtud antihelmíntica, es decir, contra las lombrices, antistérica y anti-epiléptica.

La *ambrosia*, en fin, es de la clase singenesia monecia de Linneo, y de la familia de las *compuestas monoicas* de Jusieu. Es decir, que tiene las flores machos y hembras en un mismo pie; aquéllas en la parte superior de la espiga, y las otras bajo las flores macho.

Los indios la llaman *marcu* y distinguen dos especies, *cari marcu* y *huarmi marcu;* macho y hembra. Esta distinción no tiene lugar, porque las flores machos y hembras no están en distintos pies, sino en uno, ó lo que es lo mismo, son flores *monoicas*. Hay distintas especies de *ambrosia*, y todas tienen las mismas virtudes con más ó menos energía.

Las plantas del género *anthemis* son muy parecidas á las del género *matricaria*, nombrado antes; la diferencia consiste solamente en que el receptáculo de éste es desnudo, y el de aquel es pajoso. La especie que se llama *anthemis nobilis*, vulgarmente *manzanilla romana*, muy común en nuestros jardines, también es emenagoga, y además, dicen los botánicos, la hierba y flores

son balsámicas, paregóricas (dulcificantes, calmantes), antiespasmódicas, emenagogas y carminativas (contra las flatulencias); sirven para la neflitis (dolor de riñones), para la cólica de las paridas, para el histérico y el cálculo. Por lo demás sería inútil y difusa una descripción minuciosa, porque esta supone conocimientos botánicos: basta nombrar la planta y dar alguna idea.

PLANTAS VULNERARIAS

Se llaman así en botánica y en medicina las que tienen virtud de curar las heridas. Hay muchísimas, pero me contentaré por ahora con indicar algunas.

El *geranium* es de la clase *monadelphia octandria*, de Linneo, y de la familia de las *gerdnicas*. Casi todos los geranios tienen la virtud de cicatrizar las heridas aplicándolas exteriormente. El más común entre nosotros es el *geranium moschatum* (geranio almizclado), llamado vulgarmente *hierba de las agujas*. La sustancia balsámica que contiene este geranio lo hace aparente para el efecto indicado. No obstante, nadie hace uso de él.

El *pelargonium*, que es muy parecido al geranio, tiene también la misma virtud. Se distingue el *pelargonio* del *geranio*, en que éste tiene las divisiones del cáliz iguales; pero el pelargonio tiene la lacinia superior del cáliz más ancha, y en su base se ve un agujerito, que los botánicos llaman *poro nectarífero*. Además, los pétalos son de distintas magnitudes. Según estos caracteres, es fácil distinguir los geranios de los pelargonios.

En muchos jardines hay muchos pelargonios, conocidos con el nombre genérico de geranios. Hay el *pelargonio fuljido*,

con hojas entre redondas y en forma de riñón, tomentosas y recortadas. El *pelargonio rizado*, con hojas en forma de riñón, rizadas, ásperas. El *pelargonio con cinto (pelargonium zonale)* tiene las hojas señaladas con cinto en el disco. Pero el más célebre entre los pelargonios que adornan nuestros jardines, es el *pelargonium odoratissimum*, llamado vulgarmente *malva olorosa*. Esta plantita, á más de su virtud vulneraria, es también muy tónica; su olor agradable hace que la conserven en los balcones en tiestos ó macetas.

Gnaphalium. Este género pertenece á la clase *singenesia* de Linneo, y á la familia de las flores *compuestas*. Casi todos los *nafalios* son plantas vulnerarias. Se conocen perfectamente, porque sus hojas, por lo común, están cubiertas de un bello blanquecino. La *lechuguilla*, que es el *gnaphalium maculatum*, es muy recomendada por el P. Velazco, como un *bellísimo emoliente, y eficaz para las enconaduras*. La experiencia confirma la aserción del P. Velazco.

Gnaphalium lanuginosum. A más de la virtud ya dicha, posee otra muy recomendable. El vulgo llama esta planta *vira-vira*, planta pequeña, balsámica, de hoja delgada, algo pelada, blanquizca y flor amarilla en mazos á las extremidades. Es un excelente pectoral, que bebido como té cura los catarros... Según Humboldt, cuya descripción científica omito, el *nafalio lanuginoso* ó *vira-vira*, se halla cerca de 3,000 metros sobre el nivel del mar.

Baccharis Hambatensis. Es de la clase *singenesia* de Linneo y de la familia de las *compuestas*. Se llama vulgarmente *chillca*. Los botánicos Ruiz y Pavón formaron un nuevo género, que lo llamaron *Molina*, dedicándolo al célebre ex-jesuita Ignacio Molina, natural de Chile. Pero Humboldt y Bonpland han visto que pertenece al género *baccharis* de Linneo. La *chillca* es planta polígama, es decir, que tiene las flores hermafroditas y machos en un pie, y las femeninas en otro. Humboldt dice que no pudo conseguir la planta femenina, y omite su descripción. Yo voy á suplir esta falta, porque he tenido proporción de observar muchas plantas femeninas. La descripción científica es como sigue:

Baccharis Hambatensis. Planta faeminea. Flores.— *Tubus elongatus, gracilis, apice 5 dentatus. Stilus excertus, laciniis duabus divaricatis, Filamenta et antheræ nulla. Akenia et pappus*

ut in planta mascula. Sæpius hujusmodi flores per abortum invicem connectuntur, et massam globosam referunt. Caetera ut in descriptione fruticis masculi ab Humboltio tradita.

Esto es para los botánicos; ahora vamos á las virtudes de la *chillca* para el común de las gentes. El P. Velazco en su Historia natural, pág. 33, dice lo siguiente: «Cuando están las hojas calientes al sol ó al fuego, se pegan unas con otras, como también á las manos, y son eficacísimas para sacar frialdades y soldar roturas de huesos...» Algunas personas á quienes he indicado esto, me han asegurado que les ha ido bien.

Baccharis Odorata. Llámanla vulgarmente *chamana*, y es una especie de *chillca*. Los cogollos de esta planta exhalan un olor balsámico muy pronunciado, y su virtud vulneraria es superior á la de la especie precedente. Casi todas las plantas conocidas con el nombre de *chillca* tienen la citada virtud. Humboldt cuenta 54 especies de *baccharis* (bacaride) desde la Nueva Granada hasta el Perú.

Miroxilum Peruiferum. Es lo que vulgarmente llaman «chaquino:» pertenece á la clase decandria monoginia, de Linneo, y á la familia de las *leguminosas*. Esta planta se encuentra en los países calientes. El célebre Mutis fué el primero que la hizo conocer á Linneo, habiéndola visto en Nueva Granada. Entre nosotros es muy común en el valle del Yungilla y en otros puntos. Hablando los botánicos de la resina que destila el «chaquino» dicen que se llama bálsamo del Perú; es tenaz, de color amarillo-rojo, entre amarga y acre y de olor suave. Excelente vulneraria y emenagoga. Se usa con buenos efectos en las heridas, asma y tisis.

Chenopodium Ambrosioides. Se llama vulgarmente *payco*. Es de la clase pentandria diginia de Linneo y de la familia de las *quenopodeas*. El P. Velazco, hablando de esta planta, dice: «Se le atribuyen las virtudes del té (en efecto los españoles llaman té de España) y es eficaz para curar heridas.» No me queda la menor duda de que el *payco* tiene las virtudes vulneraria y antipútrida, desde que leí en el «Viaje á los países equinocciales,» de Humboldt. Este sabio dice que se han encontrado momias muy bien conservadas en las islas Canarias de sus antiguos habitantes llamados «huanchis ó guanchos,» que manifestaban en su interior el «Chenopodium ambrosioides,» ó *payco*. Dichas momias estaban tan bien conservadas como las

de Egipto. Se puede hacer la prueba de esto, embalsamando algunos cadáveres.

Los botánicos dicen: el *payco* es poderosamente sudorífico, diurético, emenagogo, carminativo y tónico. Es notable lo que he leído en el «Nuevo Diccionario de botánica medical y farmacéutica, art. Botrys.» «Toda la planta tiene un sabor acre y amargo; su olor es fuerte. Ella es excitante y tónica. Se la recomienda para las cólicas que sobrevienen después del parto, ya sea que se la aplique exteriormente sobre la región abdominal, en forma de cataplasma, después de haberla hecho hervir ligeramente en vino; ya sea que se la dé interiormente en infusión á manera de té. La conserva que se prepara con azúcar ó con sirope, tiene las mismas virtudes. Esta preparación es también muy útil á los asmáticos y á los que respiran con dificultad.

»Hermann alaba mucho el agua destilada de esta planta para los niños que tienen el vientre inflado, y para disipar los flatos. Puesta esta planta entre los vestidos y entre las telas, se preservan de las polillas y otros insectos...»

Si todo esto es cierto, el *payco* es una botica. Lo que he observado es que, no sé si por instinto ó por alguna tradición, el común de las gentes mezcla el *payco* en sus alimentos, principalmente en los que llaman *locro*. Hernández dice que cocido con los alimentos, fortifica á los asmáticos y á los tísicos; y añade que la decocción de la raíz contiene la disentería y disipa la inflamación.



LA GUAYUSA

TAL es el nombre que dan los indios de Gualaquiza á una planta del género *symplocos*, cuyas propiedades voy á describir aquí por ser muy interesantes. Una descripción botánica no es muy necesaria para el pueblo que conoce esta planta, pero que ignora el grado de energía que tiene para restablecer las funciones del cuerpo humano.

Nosotros hacemos uso del té y del café, más por moda que porque carezcamos de plantas superiores á las infusiones de las hojas del té y del fruto del cafetero. La *guayusa* es una planta al mismo tiempo medicinal y agradable al gusto. Su energía es admirable para facilitar mucho la digestión y restablecer las funciones del estómago y de todo el sistema gástrico. Además es diaforética y muy buena para las fiebres intermitentes que resultan de una súbita transición del calor al frío; es muy conveniente dar fricciones en todo el cuerpo, y luego administrar la infusión de la *guayusa* del modo arriba indicado: mucho mejor si al paciente se le provoca el vómito con bastante cantidad de dicha infusión. La transpiración cutánea se restablece, y el enfermo queda libre. ¡Ojalá que los médicos estudiaran las virtudes de esta planta admirable, que los principios de la botánica solamente no alcanzan para abrazarlas todas!

En confirmación de la virtud de la *guayusa* para restablecer las funciones del estómago, referiré un suceso que me contaba una persona fidedigna: «Llegué, me decía, á Gualaquiza, y como en todo el día apenas había tomado un almuerzo muy ligero, á la tarde, cerca de la noche y hora de mi llegada, me sentía con gran disposición para merendar. En efecto, me pusieron mucha yuca, plátano y carne de puerco, únicos alimentos que suministra aquel país salvaje. Mi apetito, que estaba en superlativo grado, me obligó á comer, ó más bien devorar cuanto me pusieron. A la noche ya no fuí hombre: una indigestión espantosa me conducía á la muerte, puesto que casi no podía respirar. Una persona que había residido allí y me acompañaba, comenzó á burlarse de mi triste situación. Esto me irritó sobremanera, y le dije algunas palabras reprochándole su inhumanidad. Entonces mi compañero se puso serio, y me dijo: Hombre, aquí nadie muere con *cólico*, porque tenemos la *guayusa*. Con efecto, hizo hervir una cantidad de estas hojas, y me las administró. Apenas tomé una taza, cuando sentí un alivio instantáneo, como por milagro.» Muchos que han hecho la prueba en semejantes casos, han experimentado el mismo efecto.

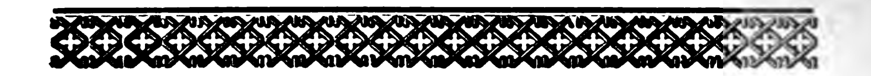


EL SEN

ENTRE nosotros el sen goza de una gran fama, porque tal es la que tiene en Europa. Pero es preciso advertir que las hojas de este vegetal no siempre vienen á nuestras manos sin padecer falsificaciones, y ya se vé cuántos daños pueden resultar de aquí en la aplicación. Si desde su país no vienen alteradas, en Europa las falsifican con las hojas de una planta que los botánicos llaman *colutea alborescens*, que también son purgantes. Para distinguir, pues, botánicamente el sen de otras plantas, es preciso saber que hay tres especies de sen: *cassia acutifolia*, *cassia lanceolata*, *cassia obovata*. Las hojas de la primera son pinnadas, ovales, lanceoladas y agudas. La segunda tiene hojas más estrechas, y no pubescentes como la primera. La tercera es parecida á las precedentes, y no se diferencia sino en que sus hojas son aovadas al revés. Para poder conocer en las boticas estos caracteres, es preciso saber botánica; y su ignorancia hace incurrir muchas veces en faltas notables. Comunmente las hojas que usamos con el nombre de sen, son de otras plantas, poco más ó menos purgantes. Si todos nuestros médicos supieran botánica se remediarían fácilmente estas trapacerías oficinales; y á falta del verdadero sen, se sustituirían otras hojas casi equivalentes.

Se sabe que el género *cassia* tiene especies muy purgantes, y abunda entre nosotros. Por ejemplo la *cassia nitida,* á más de la belleza de sus flores amarillas en panoja, y sus hojas brillantes, que pueden hacer un bello contraste en un jardin, son purgantes; y esta especie de *cassia* la he visto en Gualaceo y en Paute.

Las personas que no pudiesen distinguir el sen verdadero del falso, según los principios sobredichos, pueden valerse del color que presenta la infusión de las hojas. Este es parduzco, cuando el sen es legítimo; y en el caso contrario se observará el color amarillento, verduzco ó cualquiera otro.



AGAVE AMERICANA

Agave *americana*. Se llama vulgarmente *maguey* ó *cabuyo*: es de la clase *hexandria monoginia* de Linneo y de la familia de las *bromelias* ó *bromeliaceas*. La utilidad que presta esta planta en la economía doméstica, es muy sabida. Pero su perfección ha comenzado en nuestros días por un hábil fabricante; y esta consiste en dar á las fibras del agave una blancura muy brillante, hasta ahora ignorada. El inventor llama *seda vegetal*. La descripción tomada de un periódico extranjero es como sigue:

«Mucho tiempo hace, se sabía que en América, y aun en España, se utilizan las fibras filamentosas del agave americano ó pita y las del agave fétido, para hacer cuerdas y tejidos ordinarios; pero su uso había quedado limitado á aquellos países, no pareciendo merecer ser importado á la industria europea. Un hábil fabricante de París, Mr. Pavy, sabiendo que esos vegetales abundaban en el Mediodía de la Europa y en nuestros establecimientos de Africa, se ha dedicado á nuevas pruebas, y ha llevado á un alto grado de perfección la fabricación de las cuerdas y esteras de todas clases con esta substancia. Se sabe que el agave es una planta vivaz con muy largas hojas carnudas y esponjosas. Mr. Pavy las somete á la acción de cilindros poderosos después de haberlas cortado. De este modo exprime toda la parte mucilaginosa y separa los hilos que se lavan en agua corriente, blanqueándose después en tendales. Así se ob-

tienen madejas compuestas de hilos largos de una hermosa blancura plateada, que tienen la apariencia y el brillo de la seda, y de una fuerza tal, que 4 hilos sostienen el peso de 40 libras. Mr. Pavy fabrica con esos hilos cordajes de la mayor fuerza, que serán del más ventajoso uso en la marina, para remolcar los buques, para piezas de velamen y mil otras aplicaciones, porque lejos de deteriorarse en la humedad, ganan en ella mayor fuerza.

«Estas cuerdas deben preferirse para tales usos á las del cáñamo, desde que son más fuertes en una tercera parte, y del mismo precio por su diámetro igual. Mr. Pavy fabrica también un sin fin de objetos de cordonería, riendas, bozales, cordones de campanilla y cortinas, cuya apariencia es exactamente la de la seda. Otra clase de industria, ejecutada con la misma substancia y que ha obtenido mucha aceptación, es la fabricación de esteras. Así se ven algunos felpudos de todos colores y de todas formas, tan abrigados como las pieles que se usan para los pies. Estos se lavan fácilmente: teñidos de verde, parecen césped, y sirven maravillosamente para bancos de asientos, lo mismo que para alfombras, en adorno de los jardines y de las glorietas rústicas: en cuanto á las primeras, tienen la ventaja de ser muy sólidas, inalterables á la humedad, no expuestas á los insectos, y de no tener revés.

»El inventor espera fabricar con la seda vegetal varios tejidos, y sus primeros ensayos dan ya resultados satisfactorios.»

Entre nosotros las fibras del agavo americano casi no tienen uso. Las cuerdas ó sogas y algunos tejidos se fabrican de lo que llaman *cabuyo blanco*, que es la *yucca gloriosa* de Linneo. Para utilizar de estas fibras, ponen en maceración por muchos días, lo cual hace que en parte se pudran y no tengan la blancura correspondiente. Además, esas pozas de maceración exhalan el gas hidrosulfúrico, que es muy nocivo á la salud. Todo esto se evitaría si se adoptara el método de Mr. Pavy para extraer las fibras, tanto del *agave americano*, como de la *yucca gloriosa*, por medio de la presión. Una especie de *trapiche* me parece que sería suficiente para esta operación, sin necesidad de una prensa hidráulica, ú otra cualquiera de alta presión. Podrían dividirse la hojas para someterlas á la acción de los cilindros si por el grosor de ellas no pudiesen pasar con facilidad.



ENTOMOLOGÍA

LEPISMA *Zacharina*. Es un pequeño insecto americano que ha emigrado á Europa en el azúcar: se llama forbicina ó *lepisma de azúcar*. Tiene el cuerpo blanco y brillante; carece de alas, y por tanto pertenece á la clase de los *Apteros*. Tampoco tiene metamórfosis; y en lugar de patas, lleva en los lados del vientre pequeñas prolongaciones, como falsas patas que los incluyen, según algunos naturalistas, en la clase de los *Miriapodos*.

Bruchus. Este insecto, que también se llama vulgarmente *gorgojo*, es largo de dos líneas, de color moreno, con bandas grises: sus alas son cubiertas de estuches coriáceos, como igualmente todo el resto de su armadura. Los brucos provienen de un huevo que había sido puesto en la vaina de las legumbres: el huevo se hace una larva blanca, sin pies, y se mantiene á expensas del fruto, etc.

Anobium Paniceum. Este insecto se encuentra en las obleas, y apenas tiene una línea de largo. Es de color moreno rojizo, proviene de una pequeña larva en forma de gusano blanco, con la cabeza morena y seis pequeñas patas.

Anobium Pertinax. Se llama vulgarmente *polilla* y también taladro, por cuanto su larva hace infinitos agujeritos redondos como taladro, en la madera seca ó en la parte más blanda de la albura, derramando al mismo tiempo una materia muy sutil como serrín. Este insecto hace un ruido muy semejante al del reloj, para llamar, dicen, á los insectos de su especie; pero es más probable que este ruido provenga de los golpecitos que da el insecto para agujerear la madera. En el estado perfecto es de la misma forma que el *Anobium paniceum* ó polilla de pan; pero es dos veces más grande y de un color menos lustroso.

Ptinus Fur. Este insecto también vive en las obleas, y en la harina añeja cuando se halla en el estado de larva. Entonces es un gusano blanco, que hace en las harinas canales ó galerías entapizadas de seda. El *tino* se distingue por sus antenas mucho más largas y más delgadas.

Calandra Granaria. Se llama vulgarmente gorgojo del trigo. Es un coleoptero de línea y media de largo con su cabeza prolongada en trompa, en cuya extremidad están las maxilas. Por medio de esta trompa agujerea los granos de trigo ó de maíz para nutrirse ó para poner huevos. La larva que proviene de este huevo es un pequeño gusano blanco sin pies, de cabeza amarillenta y escamosa.

Calandra Palmarum. Polilla de las palmas. Se parece á la precedente; pero es mucho más pequeña.

Tinea granella. Otros insectos atacan también el trigo en los graneros. El uno se llama *tinea granella* y el otro *œcophora cereatella.* Todos estos se conocen con el nombre vulgar de polillas. El primero, cuando se halla en el estado de larva, ata muchos granos de trigo con hilos, y se forma en medio un pequeño tubo de seda, de donde sale para roer. Este insecto es más nocivo al trigo que el *calandra granaria*, porque los remedios de la ventilacion y del sacudimiento propuestos contra éste no bastan contra aquél. Tiene el color ceniciento con manchas morenas y su longitud es de 5 á 6 líneas con alas muy reunidas que cubren casi todo el cuerpo.

La *œcophora cereatella* se intruduce en un granero y roe como el gorgojo. Es más pequeño que éste y su color es de café en leche. Sus alas, aunque muy reunidas, son casi horizontales.

Aglosa Farinalis. Se llama así la larva de una polilla particular de la harina, que carece de trompa y tiene las alas ama-

rillentas en el estado perfecto, con una mancha rojiza en la base y otra en el borde, acompañadas ambas de una línea blanca.

Tenebrio Molitor (Tenebrión molinero). Se llama así porque su habitación es en las panaderías y molinos; y por esta misma razón se halla frecuentemente en el pan. La larva es un gusano blanco que se transforma en un insecto coleoptéro, negro y bastante largo.

Acarus Farinæ. Hállanse también en la harina unos pequeños insectos, casi imperceptibles, llamados vulgarmente *aradores*, y que por mucho tiempo se han mirado como el último término de comparación.

Acarus Siro. Es otro insecto pequeñísimo que vive entre las costras de los quesos secos. Estos *acaros*, vistos con el microscopio, presentan un cuerpo casi redondo, blanco, blando y con ocho patas: algunos no tienen sino seis, y éstos son los más jóvenes.

Una reflexión bien triste produce la parte entomológica de la Historia natural con respecto á la multitud de insectos que pueden atacar el primer alimento del hombre, el trigo y la harina. No es posible conservarlos por mucho tiempo en medio de tantos enemigos. ¡Con razón el Salvador del mundo nos enseñó á pedir el *pan de cada día!* ¡Qué oración tan llena de sabiduría y previsión!

EL TRIGO

En el artículo antecedente hablé de los insectos que podían dañar el trigo. Este cereal es el primer alimento del hombre civilizado; y así su conservación ha sido el objeto preferente de la economía, destruyendo los insectos que puedan inutilizarlo. Por tanto me ha parecido conveniente hablar en este artículo de un asunto tan interesante, después de haber presentado los enemigos de la conservación del trigo. Pero antes hablaré generalmente de su naturaleza, de su posición geográfica, de su incremento, de su duración, etc., para llegar después al método de conservarlo.

El trigo pertenece á la clase *triandria diginia* de Linneo, y á la familia de las gramineas con espiga en el sistema natural. Hay muchas especies, pero no todas son tan productivas ni tan delicadas como la de que se hace el pan común. El trigo es el compañero del hombre, y no se ha encontrado, dicen, en el estado natural ó silvestre. Según el barón de Humboldt, en su «Geografía de las plantas», el cultivo del trigo abraza una zona que tiene de latitud 2,300 metros (2,668 varas), es decir, comenzando desde 1,000 metros hasta 3,300 sobre el nivel del mar. Más abajo el calor excesivo destruye el principio del desarrollo del germen. Esta es la región de la *janipha manihot*

(yuca), del *convolvulus batata* (camote), de la *musa* (plátano), etcétera. Más arriba, es decir, más allá de los 3,300 metros, sólo se encuentran el *tropæolum esculentum* (mashua), la *axalis tuberosa* (oca), la *basella tuberosa* (melloco), etc. Cuando desaparece el trigo cede su lugar á otras plantas amiláceas (1) como la yuca, el camote, la papa, el melloco, la oca, etc., tanto en lo inferior como en las partes superiores de su zona. De esta suerte la divina Providencia ha ido sustituyendo al trigo otras plantas que casi le son análogas.

La temperatura media correspondiente al desarrollo del trigo es desde 9° hasta 22° del termómetro centígrado, hablando generalmente, pero no deja de admitir alguna excepción, según la posición de los lugares; pues se encuentra trigo hasta en 500 metros sobre el nivel del mar; y los rusos, cuando descubrieron la pequeña Tartaria, en 1563, vieron allí germinar naturalmente el trigo, en una temperatura inferior á *cero*.

El cultivo del trigo necesita mucha precaución; es preciso sembrarlo no muy estrechamente, dando lugar para la deshierba y para el riego, operaciones muy descuidadas en algunos países, por cuya razón se pierden frecuentemente las cosechas. El trigo quiere humedad mediana hasta el tiempo en que, cayéndose los estambres y pistilos de las flores, el germen toma el desarrollo necesario para fructificar. Entonces no quiere otra cosa sino la ventilación: los países expuestos á esta acción de la atmósfera son los más aptos para producir buenos trigos, como sucede entre nosotros con los pueblos de Cañar y de Nabón. La continua ventilación impide que en las espigas permanezca la humedad, que es la causa del *tizón* más ó menos pronunciado para hacer el trigo moreno. El tizón, según la observación de varios botánicos hábiles, no es otra cosa que una especie de hongos pequeñísimos que destruyen el grano; así como en el maíz el *uredo*, que también es una especie de hongo y que se llama vulgarmente *atopa*, echa á perder los granos de la espiga de esta gramínea. He observado que cuando los tallos del maíz están cargados de mucho jugo, y además hay lluvias continuas, se ven llenos de *uredo*, en lugar del fruto, ó de las mazorcas. De aquí se infiere que también debe suceder lo mismo en el trigo con respecto á la producción del tizón.

(1) Que tienen almidón.

El trigo, siendo una graminea, quiere caminar; pues la palabra *graminea* sale del verbo *gradior, graderir*, que quiere decir caminar ó viajar. Cuando el trigo es estacionario en un solo lugar, es decir, cuando no se siembra semilla traída de otra parte, degenera en tal grado que no corresponde á la expectación del labrador ni á su trabajo. Es menester, pues, no sembrar la misma semilla de la cosecha precedente, sino traerla de otro punto, sea cual fuere su clima y terreno. Cualquiera puede observar este fenómeno con toda especie de gramineas; por ejemplo: tómense algunas semillas del género *poa*, y siémbrense en otra parte distante, y se verá que las plantas son más altas y las espiguillas más llenas y más gruesas.

La duración del trigo bien conservado es asombrosa. En el siglo pasado se encontraron en España varios acopios de trigo, hechos ciertamente en la época de la invasión de los moros, cuando los fieles españoles se refugiaron en las cordilleras de Asturias y León. Aquel trigo todavía podía servir para hacer pan, pues no había perdido sus propiedades químicas. Un viajero halló trigo en las ruinas de Tebas, en el alto Egipto; es decir, que aquel trigo tenía, por lo menos, tres mil años de antigüedad, y con la singularidad de haber conservado el gluten. Omito otros hechos que prueban la asombrosa duración de este grano, por parecerme suficiente lo que he referido.

Siendo, pues, el trigo naturalmente propenso á conservarse por muchos siglos, su destrucción no depende sino de causas externas, que quedan asignadas algunas en el artículo antecedente. Ahora vamos á ver cuáles son los medios capaces de preservarlo. Entre nosotros, las cosechas de trigo no son pingües, y por tanto no hay necesidad de una conservación dilatada; pues se consume con rapidez y aun hay ocasiones en que se experimenta su falta. Algunos que tienen fundos considerables, para conservar el trigo, lo dejan acopiado en *parvas* (así llaman los haces amontonados en figura de dos conos que se tocan por sus bases, con el inferior truncado), para ir trillando poco á poco según las necesidades. Pero sucede á veces, y es muy frecuente, que esta precaución se frustra, por cuanto los turones y ratones hacen madrigueras entre las piedras que sirven de basa á las *parvas*, y de allí se extienden interiormente hasta el vértice del cuerpo formado por los haces. Por manera que no se han encontrado granos en las espigas, sino tallos y aristas sola-

mente. ¿Sería mejor trillar de una vez toda la cantidad de una cosecha para conservar los granos puros? Esta cuestión voy á resolver, exponiendo á mis lectores lo que traen los escritores que hablan de esta materia.

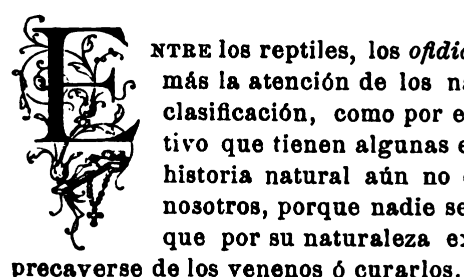
El trigo para conservarlo debe estar bien seco y limpio de toda materia que pueda atraer la humedad, como son los guijarros, la paja, etc. El lugar en que se encierra el trigo debe ser muy limpio y tener una buena ventilación. Además de esto, toda la cantidad se debe remover cada quince días al principio; y en adelante al menos cada mes. De esta suerte se liberta de toda calefacción.

Si se quiere evitar este trabajo, se usa de otro método. Después de haber limpiado y secado bien el trigo, se pone en el granero en pequeños montones á discreción; y se echa sobre cada uno de ellosun lecho de cal viva bien pulverizada, de tres á cuatro pulgadas de espesor. Sobre la cal, con una regadera, se echa agua, que con la cal y con el trigo forma una costra impenetrable á todo insecto. Los granos de la superficie germinan, pero se secan luego juntamente con la cal, y todo lo interior del montón de trigo se conserva perfectamente ileso.

Otro método hay, más fácil, de conservar este grano; y consiste en calentarlo hasta destruir el principio de la germinación. Para hacer la prueba tómese una pequeña cantidad, y después de haber calentado regularmente en una vasija de barro, guárdese el tiempo que se quiera, y se conservará apto para hacer pan. Es verdad que este trigo no sirve para sembrar, pues, como he dicho, ha perdido por el calor el principio fecundante. Se puede hacer esta operación en grande, mediante un horno ó muchos hornos fabricados para este efecto. El trabajo y los gastos de este procedimiento serían muy inferiores á la pérdida del trigo conservado en las parvas ó amontonado en los graneros. En suma, después de la trilla, sepárese la cantidad necesaria para sembrar, y lo demás se debe exponer á la operación antedicha. La economía es la que enriquece un pueblo; y la falta de ésta, como igualmente el atraso en la agricultura, hacen perder entre nosotros la mayor parte de las mieses y de los cereales acopiados en los graneros. Queremos que la tierra, con un trabajo muy somero, produzca abundantes cosechas, sin reflexionar que esto era propio del estado primitivo del hombre. ¿Nos hallamos en este estado feliz?



HERPETOLOGÍA



ENTRE los reptiles, los *ofidianos* ó serpientes llaman más la atención de los naturalistas, tanto por su clasificación, como por el veneno más ó menos activo que tienen algunas especies. Esta parte de la historia natural aún no está bien estudiada entre nosotros, porque nadie se dedica á ella; siendo así que por su naturaleza exige mucha atención para precaverse de los venenos ó curarlos.

Algunos naturalistas asignan ciertos caracteres para distinguir todos los géneros y especies de serpientes, y comunmente dicen que son ocho los géneros, á saber: *coluber*, *boa*, *crótalus angüis*, *amphisbœna*, *cæcilia*, *acrocordum*, *angàha*. No todos estos géneros se hallan en todas partes, sino que están diseminados en todo el globo. En el Ecuador parece que no hay más que los seis primeros con bastantes especies, y por lo tanto, sólo hablaré de ellos.

El género *coluber* se conoce en que todo el cuerpo de la serpiente está cubierto con una serie de laminitas ó *escudos*, como llama Linneo, que cubre todo el ancho del cuerpo y también toda su longitud. Las especies de este género se distinguen por el número de los escudos escamosos, y la mayor parte está pro-

vista de un veneno activo. Se llaman *víboras* porque nacen los hijuelos ya formados, y no por huevos como en los otros géneros ovíparos.

El *macanchi*, así llamado vulgarmente en algunas provincias, es una víbora cuya magnitud llega algunas veces á tres ó cuatro varas, y su grosor es mucho más que el puño de un hombre. Es vivíparo y tiene el veneno activo. Su movimiento es pesado, y su astucia para hacer presa tiene algo de extraordinario, por cuanto su color pardo-oscuro, que casi tira á negro, con manchas blanquizcas, le confunde con la tierra y con las reliquias de los vegetales. Dicen que caza las aves abriendo la boca y exhalando su hálito venenoso, y que de esta suerte atrae al ave y la devora. Esta misma propiedad atribuyen á otras serpientes, que muchos naturalistas miran como una fábula. No obstante, aquí hay un error vulgar y una incredulidad científica. El ave, á la vista de un enemigo tan formidable, queda temblando, y sin fuerzas para volar; empieza á dar vueltas en la rama del árbol en que se halla, con fuertes chirridos: los movimientos y el susto le causan vértigos, y precisamente cae. Véase todo el misterio de la atracción de las serpientes con su hálito. En los brutos el terror pánico tiene más fuerza que en el hombre á vista de su enemigo. Además, cualquiera sabe que el vértigo precipita al que lo padece hacia el lugar que lo produjo. Supongamos un hombre colocado en el borde de un abismo que se halla á su diestra, y á la siniestra tiene una extensión firme: este hombre caerá hacia el lado diestro, y no al siniestro. Lo propio sucede con los animales en presencia de las serpientes, que tienen la boca abierta para aterrar á sus víctimas; quiero decir, que caerán en la boca de estos ofidianos, que es el abismo que les ha causado el vértigo ó vahido.

Los indios hacen mucho uso de la grasa del *macanchi* para curar las heridas, las hinchazones, etc.

El género *boa* se distingue en que la parte inferior del cuerpo y la que toca á la cola tienen una sola serie de chapas semicirculares. Este género, en verdad, abraza serpientes de una magnitud extraordinaria; pero el *boa* de que hace mención el P. Velazco, en su *Historia natural*, pág. 113, parece fabuloso. «La ordinaria longitud, dice, de esta gran bestia, es de 20 á 30 brazas vulgares, esto es, de mano á mano, con los brazos abiertos, y tal vez tiene mucho más, como se verificó con una el año



de 1643, en el río Napo... se vió allí por bastante tiempo una de estas serpientes atravesada como puente, con el cuerpo sobre el agua, con la cabeza á la una ribera, y con la cola ó extremidad á la otra, y que estando ésta oculta dentro del bosque no podía saberse cuanto más se dilataba hacia á dentro. Lo grueso del cuerpo es comunmente de tres varas de circunferencia...»

El género *crótalus* se diferencia en que las serpientes tienen en la extremidad de la cola una serie de piezas cónicas de una substancia escamosa, que hace bastante ruído; por cuya causa las llaman *culebras de cascabel*. Su veneno es muy activo.

Las serpientes que pertenecen al género *angüis* tienen las escamas dorsales y abdominales imbricadas, esto es, puestas unas sobre otras como las tejas. Algunos llaman *orvetos* y han hecho una familia, distinguiendo de las serpientes propiamente dichas. No tienen veneno y prestan muchos servicios al hombre, consumiendo los ratones, insectos, etc. El ojo de estos reptiles se halla cubierto de tres párpados que sirven para moverlos, según sus necesidades, dicen los naturalistas. Pero en el *colambo*, que es del género *angüis*, he observado que no es una simple membrana la que compone el párpado, sino una especie de cartílago diáfano, que se asemaja bastante á unos anteojos para preservar la vista del hombre. La sabiduría del Creador brilla en esta obra. Estos reptiles corren con velocidad tras su presa, y no podrían hacerlo si llevasen sus ojos abiertos ó cerrados. En el primer caso, arrastrándose entre las malezas y el polvo, sufriría mil lesiones su vista; en el segundo, no podrían ver ei objeto que perseguían. Así es como llevando los ojos guardados con un cuerpo diáfano, ven sin que le molesten los cuerpos intermedios. Yo he picado los ojos de un *colambo* con una espina, y no ha hecho la más pequeña señal de incomodidad. De aquí he inferido que no es un simple párpado, sino que el cartílago está pegado á la piel; y cuando muda ésta, se desprende igualmente de aquél, que debe estar ya empañado, como un hombre muda de anteojos deteriorados.

La *amphisbœna* tiene su cuerpo igualmente grueso en toda su extensión y cubierto de anillos escamosos completos. Las serpientes de este género, por razón de la igualdad de sus partes anterior y posterior, pueden andar hacia adelante y hacia atrás; lo cual ha dado origen á la fábula de que tenían dos cabezas. La *Runavinci-mama* del P. Velazco *(Historia natural,*

pág. 112), descartando todo lo que huele á fábula, no puede ser otra cosa que una especie de *amfisbena*. «Por la una extremidad, dice, que no tiene diferencia de la otra, abre la boca para comer...» Según queda dicho, esto conviene á la amfisbena. Estos reptiles carecen de veneno. La reunión de las partes separadas de las amfisbenas, son cuentos de marras, por más que el P. Velazco quiera hacernos creer con la autoridad de su *Misionero*, describiendo la *Runavinci-mama*.

El género *cæcilia* está muy bien caracterizado, por cuanto las serpientes que pertenecen á él carecen de escamas, y en su lugar llevan pliegues ó dobleces transversales. El número de estos pliegues distingue las especies. Estas no tienen veneno.

Las serpientes que llaman *corales*, unas tienen el veneno activo y otras no. Las primeras pertenecen al género *coluber*, y las segundas al género *angüis*. Hay *corales* que tienen todo el cuerpo rojo; otras tienen manchas negras, blancas y coralinas, que hacen un bello contraste.

Tanto las escamas ó chapas, como los anillos, sirven para la locomoción de las serpientes. El cuerpo de éstas es muy flexible, porque su espinazo consta de muchísimas vértebras movibles en todas direcciones. Cuando la serpiente se arrastra, las chapas ventrales van pegadas á la tierra como ganchos, y se suceden con rapidez en esta acción á medida que el animal avanza, valiéndose de la ligereza de su cuerpo. Lo propio sucede cuando suben á los árboles. Así es que las escamas ó chapas ventrales hacen el oficio de una gran multitud de pies según el mayor ó menor número de aquéllas. El continuo roce no puede menos de debilitar estas partes: y véase por qué la naturaleza ha provisto á los ofidianos con la muda de su epidermis ó piel cada año.

Las serpientes procuran esconder la cabeza cuando se ven cogidas: el instinto de conservar la vida es causa de esto. Por más ligero que sea el golpe que reciban en la nuca, es para ellas mortal. Este hecho se explica por ser pequeño el intervalo que hay entre el cráneo y la primera vértebra del cuello, y por consiguiente, cualquier golpe, por ligero que sea, interrumpe la comunicación de la medula espinal con el cerebro. Esta misma es la razón por que un golpe en la nuca de cualquier animal viene á serle funesto.

Digamos ahora algo de los venenos y de sus remedios. Unos

dicen que las serpientes tienen su veneno en dos ganchos movibles que se llaman dientes. Otros afirman que el veneno se contiene en un aparato particular situado bajo el ojo que consiste en una glándula con un conducto hasta los dientes. De esta suerte el funesto líquido baja desde la glándula á los ganchos en el acto de la mordedura. Sea como fuere la propagación del veneno, lo que interesa saber es el antídoto. Se han propuesto tantos, que en la práctica, ya sea por su poca energía, ó porque las circunstancias en que debían aplicarse hayan pasado, se miran hoy casi como inútiles. La *hierba del guaco*, que es el *mikania guaco* de Humboldt y Bonpland, pasa por un remedio eficaz, si se administra interiormente en decocción y exteriormente en forma de cataplasma. Pero no hay en todas partes el *mikania guaco;* y además es difícil conocer la verdadera planta, por cuanto hay muchas especies que son parecidas. Yo daría aquí la verdadera representación, tomándola de la lámina que trae Humboldt, si la imprenta me lo permitiera. Supuesto que esta operación no me es posible, pasemos á otro antídoto.

La lejía concentrada, dicen algunos que es un remedio contra el veneno de las serpientes. La lejía es casi un equivalente del *álcali cáustico* (potasa), que propuso el abate Fontana, como remedio para las mordeduras de estos reptiles. Aunque los remedios no obren sino según la naturaleza del veneno, no obstante, se debe aplicar la lejía á falta de la potasa.

Otro remedio bastante eficaz y no muy vulgarizado es el siguiente: se machaca la corteza de la raíz del *croton pungens*, que vulgarmente llaman *mosquera*, y se pone en infusión en un frasco de aguardiente resacado; y habiendo sacudido muchas veces el frasco, se da á beber este licor al paciente, repetidas veces. En diversas ocasiones ha surtido buenos efectos, aun con los venenos muy activos. En los países calientes, el *croton pungens* es abundante, y puede tenerse este remedio á mano. A falta de la *mosquera*, puede suplir otra planta de su género que es el *croton flavens*, que se conoce aquí con el nombre de *zulzul;* pero esto sólo quiere un temperamento templado, y no se encuentra en países ardientes. Yo infiero que estas plantas contienen en sus raíces bastante álcali, para obrar del modo que queda indicado.

Según esta idea, se debe lavar la herida cuanto se pueda

con lejía y dar de beber al paciente el licor antes expresado. De esta suerte obraría con más eficacia el principio alcalino, pues los remedios aplicados interior y exteriormente son más enérgicos, como se observa en la *yatraléptica*.

Me ha parecido conveniente, después de concluído este artículo, dar el significado de los nombres genéricos de las serpientes, para facilitar la inteligencia. *Coluber* quiere decir *culebra*, y este nombre se atribuye vulgarmente á todas las serpientes; pero estrictamente hablando, sólo se da á las que tienen grandes chapas ventrales, y pequeñas bajo la cola. El género *coluber* ó culebra es el más numeroso, pues tiene más de 200 especies, difundidas en todo el globo.

Se llama *boa* de la palabra latina *bos;* y se infiere que esta etimología es correspondiente á la propiedad que tienen muchas especies de este género de alimentarse de la leche de vaca. Este hecho parece que está bastante averiguado, y aun añaden que maman á otros animales, sin exceptuar á la mujer. Se han visto también otras especies, como las víboras, que gustan mucho de la leche.

El nombre de *crotalus,* según el naturalista Daubenton, viene de *crocalia*, que significa *pendientes*, adorno de las damas romanas, que hacían ruido chocando entre sus partes. Considerando Linneo nada más que el ruído que hacen las serpientes de este género, porque ellas tienen en el extremo de la cola anillos secos y movibles, como se ha dicho, impuso el nombre de *crótalus*. En términos de historia natural, los *crótalos* no son culebras; no obstante, dicen *culebras de cascabel*.

La etimología de *angüis* parece que viene de *angulos,* porque las serpientes de este género hacen líneas angulosas cuando se arrastran; pero esto es común á todas las serpientes, y únicamente por la autoridad de Linneo conservan algunos esta denominación.

Amphisbæna quiere decir *doble-caminante*, por cuanto las serpientes de este género pueden caminar hacia adelante y atrás, aunque no tengan dos cabezas.

Cæcilia quiere decir *ciego*, y esta denominación tuvo lugar fundándose en el error antiguo de que las serpientes de este género eran ciegas: esto es falso. No obstante, tienen los ojos muy pequeños; y así como á los hombres de corta vista llaman *ciegos*, bien pudieron los antiguos dar el nombre de ciegas á las serpientes del género *caecilia*, sin que por esto hubiesen entendido una perfecta ceguedad.

Aunque dije al principio de este artículo, que no hablaría sino de las serpientes que hay en el Ecuador, no obstante, me ha parecido después dar alguna idea de los dos últimos géneros *acrocordum* y *angaha*. El *acrocordo* es una serpiente que tiene todo el cuerpo y cola cubiertos de tubérculos; y dicen que sólo se encuentra en el Asia. No obstante, algunos piensan que la serpiente llamada *verrugosa* en el Chocó, puede ser una especie de *acrocordo*. Finalmente, un ofidiano que se encuentra en la isla de Madagascar, forma el único género y especie *angaha*, cuyo carácter distintivo es tener placas ó chapas grandes bajo el cuerpo hacia la cabeza, y ofrece hacia el ano anillos escamosos completos.

La palabra *serpiente* viene de la latina *serpere (arrastrarse)*; y la voz *ofidiano*, de la griega *ophis*, que significa reptil ó serpiente.

Se ha seguido en este artículo el método de Linneo y de Cuvier como más sencillo; el de otros naturalistas es bastante complicado.

Hablando de la virtud del *croton pungens* en la corteza de su raíz contra las mordeduras de las serpientes, dije que la experiencia había probado sus buenos efectos. Paréceme que toda la planta debe tener esta misma propiedad; pues cuando se pica el tallo fluye un líquido corrosivo, que cauteriza las llagas y las cura. ¿No tendrán la misma virtud algunas *euforbiaceas* á cuya familia pertenece el *croton*? Un vasto campo presenta la botánica á la medicina.

He dicho antes que las serpientes guardaban mucho su cabeza cuando eran cogidas, por el instinto de conservar su vida. Este hecho es muy notable, pues la Escritura nos lo recomienda. En el cap. III del Génesis se leen estas palabras: «pero la serpiente era el animal más previsor *(calidior)* de cuantos había criado el Señor Dios.» Esta astucia, esta previsión consiste en tener un gran cuidado de conservar el principio de su vida,

que es la cabeza, como queda explicado. Los demás animales no cuidan mucho de su cabeza, y véase por qué el texto sagrado dice: *calidior cunctis animantibus terræ*. En oposición á esta *astucia*, dijo Dios que *sería quebrantada su cabeza: ipsa* (ó *ipse*, como leen otros) *conteret caput tuum*. Maldición misteriosa, tomada de la delicadeza de la vida de la serpiente, y aplicada al poder del demonio. Lección terrible, al mismo tiempo, contra nuestros primeros padres, que habían hecho poco aprecio de su vida y de la de sus descendientes, cuando la serpiente cuidaba tanto de la suya, más que todos los animales!

El Salvador decía á sus discípulos: «Sed prudentes como las serpientes...» San Juan Crisóstomo y otros Padres creen que la *prudencia* de las serpientes consiste en guardar su cabeza, y que el Hijo de Dios quiso decir, que sus discípulos guardasen la fe, que es la *cabeza* de todas las virtudes. ¡Qué grandes se presentan las ciencias, aplicadas á la Religión!



AÑAS Ó AÑANGO

Hay entre nosotros un mamífero de pequeña talla que los indios llaman *añas* ó *añango*. Los naturalistas lo describen; pero aun no tenemos nociones exactas de su sér ni de sus costumbres. El P. Velazco distingue dos especies: á la una llama *añango* y á la otra *añas*. La primera, dice, «es del cuerpo de un gato, cuya arma para defenderse es la orina, tan pestilencial, que apesta una ciudad entera y hace huir la gente y los perros...» «La otra especie de zorra menor, dice, hace el mismo efecto de la pestilencia, no con la orina que nada hiede, sino con ventosearse al verse perseguida.» Véase una graciosa distinción de especies. ¿Qué hombre podrá observar esto en medio de una fetidez que es capaz de quitar la vida á los mismos perros? El *añas* ni es del género zorra (*vulpes*), ni se sabe ciertamente si sea la orina la que causa la pestilencia. El fetor parece que proviene de un licor segregado en una especie de bolsa casi invisible entre la abertura de las dos piernas traseras, que lo arroja cuando se ve perseguido, y con tal astucia que con él asperja los objetos inmediatos, valiéndose de su cola como de un rociador. De esta suerte se propaga la fetidez hasta un radio de más de un cuarto de legua. Es muy probable que el licor fétido que tiene el *añas* no es en la misma cantidad que cuando lo arro-

ja; pues se ha observado que á los animales de su género es preciso irritarlos para aumentar ciertas sustancias que contienen, como se experimenta en el *viverra civetta*, y en el *viverra zibetha*, vulgarmente llamado *gato de algalia*.

El *añas* es el *mustela mephitis* de Cuvier, el *viverra mephitis* de Linneo y el *viverra mapurito* de Humboldt. Según Cuvier, hay dos especies: *mustela putida*, negra con cinco rayas blancas y paralelas en el lomo. *Mustela mephitis*, negra, en la parte inferior y blanca en el lomo, con una raya negra: la cola muy poblada y blanca. Pero la especie que comunmente se observa es de color de café con una ó dos rayas blancas en el lomo, y la cola muy felpuda. Sea lo que fuere de las especies ó variedades, lo cierto es que el *añas* tiene un licor tan fétido, que he visto perros, queriendo darle caza, ponerse en inquietud más fuerte que cuando les acomete la hidrofobia. Entran en el agua repetidas veces, se revuelcan en la arena y se acercan á los hombres dando ahullidos, como pidiéndoles socorro. Sin duda esto debe suceder á los perros por la perspicacia de su olfato; pues á los demás animales no les causa tanta molestia. El hombre mismo no percibe la fetidez, sino con arreglo á la delicadeza de su olfato.

El *añas* se alimenta con preferencia de insectos: busca con avidez las larvas bajo la tierra; y por esto vemos frecuentes excavaciones al pie de las plantas de papas, donde ponen sus larvas los escarabajos. Una especie propia de la América tropical que es el *scarabæus hercules* de Linneo, tiene 5 ó 6 pulgadas de dimensión; y por consiguiente su larva es muy grande: los indios llaman *cussu*.

El hígado del *añas*, dicen vulgarmente que es un excelente específico para el dolor de la pleura ó *costado*, y el P. Velazco en su Historia natural apoya este dictamen. También dicen que la grasa es muy buena para las contusiones y para el dolor de los tendones, que llaman *cuerda levantada*, haciendo frotaciones ligeras. Al menos he oido á los indios preconizar este remedio, confirmado, según ellos, con innumerables experiencias. Pero se puede decir lo que el otro, cuando se le quería hacer una amputación dolorosa: *non est digna tanto dolore salus*. La fetidez de la grasa es intolerable, y ciertamente sería un gran sacrificio sufrirla por recobrar la salud, como me ha sucedido á mí.



EL ASFALTO

ME parece conveniente dar alguna idea de los usos que pueden hacerse del mineral citado, tomando la noticia siguiente de un periódico extranjero.

«Se ha constituído recientemente en Madrid una empresa con el objeto de promover los adelantos y la aplicación del asfalto á la multitud de usos á que en otros países se destina, género de industria casi enteramente nuevo en España, y que promete los más satisfactorios resultados.

«Este sistema de dar solidez á los pisos, consiste en convertir la brea asfáltica en una pasta llamada por los franceses *mastic*, que mezclada con arena en proporciones dadas se extiende sobre los pavimentos. En París y otras poblaciones importantes de Europa se ha generalizado hasta el punto de que asfaltan las habitaciones, patios, aceras, y aun calles y paseos. Su utilidad es inmensa, pues se aplica con ventaja en todos los sitios húmedos, albercas y estanques, y con la composición asfáltica se construyen además caños para bajadas y conducciones de agua siendo superiores al plomo por su mayor resistencia y baratura, y porque no experimentan influencia alguna de las varia-

ciones atmosféricas. Los franceses aplican además el asfalto á pavimentos de lujo construyendo elegantes mosaicos de diversos colores, en los que se ven mil dibujos de capricho, así como las armas y emblemas heráldicos de las personas que lo encargan. La brea asfáltica tiene además otros muy importantes usos, y en Francia é Inglaterra se están aplicando con ventajas para carenar los buques. Con lo indicado se podrá formar una idea de la extensión que esta industria tiene en el día, y del punto á que podrá llegar.»

La aplicación del asfalto ó brea mineral á las cañerías y conducciones de agua, me parece no muy conveniente, por cuanto dicho mineral debe comunicar algún tufo al agua, mayormente en las estaciones de calor, en que el asfalto, aunque no se derrita, no obstante se desprenden exhalaciones de mal olor. El mejor modo de conducir el agua pura y sin la menor calidad nociva, es el que indiqué en mi segundo *Viaje á Loja* hablando de la conducción *del agua del capulí* á esta ciudad.



ERUPCIONES VOLCÁNICAS

Referí lo que había pasado el día 4 de Octubre, y al mismo tiempo anuncié que la atmósfera impregnada de materias volcánicas causaría fiebres, catarros, etc.: así ha sucedido en este lugar y en otros. La razón es muy sencilla: ¿cómo es posible que respirando un aire craso y lleno de materias deletéreas, no se experimenten funestos efectos en el cerebro, en los pulmones, en todo el sistema? Pero los hombres son comunmente afectos á lo extraordinario: hasta los males han de venir siempre del extranjero. He oído decir que la presente epidemia ha venido en no sé qué buque, como si el mismo buque no pudiese haberla contraído luego que entró en el foco de nuestros padecimientos.

Los astrónomos que defienden la posibilidad de entrar la tierra en las colas de los cometas, dicen que esa especie de niebla que se observa, si proviniera de la tierra, se disiparía con las lluvias; y no es así, según varias observaciones. Es verdad que algunas veces no la disipan inmediatamente las lluvias; y esto proviene de dos causas: primera, que cuando la lluvia es violenta, no pasa limpiando toda la atmósfera; los puntos que quedan entre gotas y gotas, conservan las partículas volcánicas

hasta que diversas combinaciones de movimientos purifiquen perfectamente el aire: segunda, es muy sabido que los cuerpos que se hallan en nuestra atmósfera, tanto más se elevan sobre ella, cuanto más son leves. Entre las materias volcánicas unas son algo crasas, otras sutilísimas: las primeras no pasan de la región de las nubes, y estas pueden ser precipitadas á la tierra por las lluvias. Las segundas se elevan mucho más allá de la región de las nubes; y éstas necesitan de algún tiempo para ser disipadas por las lluvias, el viento, etc. Véase por qué algunas veces las epidemias desaparecen luego: otras, se dilatan meses enteros. ¡Cuántas observaciones meteorológicas hay que hacer sobre esta materia tan interesante!



ESTRUCTURA DE LOS ANDES

NINGUNA parte del globo, dice Humboldt, ha sido tan agitada por el fuego subterraneo como la cordillera de los Andes. Desde el cabo de Hornos hasta el monte San Elías, se cuentan más de 50 volcanes inflamados. Los más distantes del mar, son: el Popocatepelt, en N. España, á 37 leguas náuticas del golfo de México; el Cotopaxi, en la provincia de Quito, que dista 40 leguas náuticas del mar del Sur. La naturaleza de estos volcanes de los Andes varía mucho. Unos, los menos altos particularmente, arrojan lavas; otrcs, como los de Quito, *lanzan únicamente* vapor de agua, *rocas escorificadas* y principalmente un lodo arcilloso, mezclado de carbón y azufre.» Este sabio se equivoca cuando dice que los volcanes de Quito *lanzan únicamente* las materias que indica; pues lo que llama *rocas escorificadas*, á veces se reduce á una materia pulverulenta en inmensas cantidades, que recorren centenares de leguas. Ya he hablado en los números anteriores de este fenómeno, común entre nosotros y muy nocivo á la salud de los hombres y de los animales, y aún á la vegetación de las plantas: es decir, á toda clase de seres organizados. La erupción de tal materia no se hace con fuertes detonaciones, como en la que se lanzan las materias indicadas por Humboldt, sino en silencio, y cuando más con un pequeño ruído, que se extingue á distancia de pocas leguas. Esto hace que muchas veces pasen desapercibidas esas lluvias ó nieblas de

materias sutiles volcánicas. Ellas producen terribles efectos en la economía animal, y las gentes atribuyen á mil causas extrañas. Sería de desear que nuestros sabios, principalmente los médicos, estudiasen esta materia para conocer la verdadera causa de ciertas enfermedades, que aparecen repentinamente, y dan lugar á mil conjeturas y disparates.

Se equivoca también Humboldt cuando dice, que la cordillera de los Andes sólo presenta *cuarzo puro* hacia el Oeste de Cajamarca; pues al Oriente del pueblo de Nabón, en nuestra provincia, se observa también esta formación sin mezcla de *porfido con anfibolio*, que es muy abundante en la cordillera de los Andes. Se equivoca igualmente cuando niega que en los Andes, aunque ricos en toda clase de metales, se encuentra el plomo. En la provincia de Loja, en Cuenca, en el Chimborazo, etcétera, por donde quiera se halla galena en abundancia.

Hablando de los metales, si los Andes son tan ricos, ¿cómo hasta ahora no se explota una mina con alguna ventaja? ¿Es por desidia ó porque los extranjeros pagados para este efecto, no quieren más que especular sobre la sencillez de los ecuatorianos? Sabida es la historia de lo que nos sucedió con la explotación de la mina de *Pilzhum*. «Es tal, dice el citado Humboldt, la abundancia de minas de metales preciosos en la cordillera de los Andes, que la América española, que hoy exporta anualmente 38 millones de pesos en oro y plata, podría triplicar este producto á medida que se aumente su población.» ¿En qué hemos parado con estos anuncios tan halagadores? Lejos de progresar hemos retrogradado; y retrogradaremos todavía, si no pensamos más que en teorías ó tonterías.

Uno de los minerales abundantes, y propio de los Andes, es el *paco*. Este se compone de arcilla, de óxido de hierro, de cloruro de plata y de plata nativa, según los químicos. En las minas de Hualgayoc (Perú), que al principio de la explotación sacaban 80 y 100 marcos por *cajón*, no hicieron aprecio del *paco*. Mas luego que aquellas minas se aguaron, comenzaron á beneficiar el *paco*, que les producía de 7 á 8 marcos por *cajón*. Este producto, me decía un minero, nos deja por ganancia líquida uno ó dos marcos de plata; y así se puede trabajar, por cuanto lo demás se emplea en los peones, etc. ¿No hay siquiera *paco* entre nosotros? Y si lo hay ¿no se encuentra uno que lo conozca y calcule sus productos?



FENÓMENO EXTRAORDINARIO

En un periódico extranjero leo la siguiente noticia, que tiene relación á un suceso extraordinario, observado el 3 de Febrero del año pasado.

«Los pasajeros y la tripulación del *Pera*, durante su último viaje al Mediterráneo, presenciaron un extraño fenómeno al acercarse á Alejandría... A mediodía sobrevino una densa niebla que casi hizo invisible el sol, y el buque y toda su arboladura se cubrió de un polvo muy fino que penetraba en las orejas, la boca y las narices de los espectadores, causándoles la más desagradable sensación.

»Gran alarma se originó á bordo, y todos temían alguna funesta calamidad. Se cerraron las escotillas, y el capitán Soy, quien mandaba el paquete, dirigió el buque mar afuera.

»Durante esta semitiniebla, el viento soplaba del Sur, y el mar estaba sumamente agitado. Aunque el «Pera» navegó 50 millas mar afuera, no pudo libertarse de la niebla; y hacia la costa de Egipto la obscuridad era completa. Este fenómeno duró ocho horas, al cabo de las cuales la niebla se disipó, calmó el viento y se tranquilizó el mar.

»Todo ello fué debido á lo que en Egipto se llama el *Kham-*

seem ó tormenta de arena, aunque es una circunstancia notable el que haya alcanzado á tanta distancia de la costa. Por la dirección del viento parece que el *Khamseem* debió haberse originado en el Gran Sahara. Allí se levanta la arena en masas con un movimiento espiral; las partículas gruesas caen muy pronto á tierra, mientras las delgadas ó pulverizadas, son conducidas á grandes distancias. Los que se hallaban á bordo del *Pera* supieron después que este *Khamseem* había arrancado árboles, volcado carros en los ferrocarriles, y arrojado ganado al canal de Alejandría y Cairo.»

En otros artículos he hablado de las erupciones volcánicas que se extienden á grandes distancias; y lo que acabo de referir es una prueba perentoria, pues siendo los torbellinos de menor fuerza que las acciones volcánicas, debemos suponer que éstas abrazan mayor espacio. He hablado también de los efectos nocivos que produce en la vista el polvo de Egipto según dice Volney. El fenómeno referido tuvo su origen en los grandes desiertos que tiene aquel país: ¿cuántos daños no causaría en él? Así, pues, debemos concluir que, propagándose á grandes distancias el polvo sutil, sea por la acción de los volcanes, ó por la del viento, es indudable que varias enfermedades deben provenir de semejante causa. Infiérese también que, según esto, el foco de los males puede estar á una distancia inmensa, mientras que algunos se ocupan en atribuír los efectos á ciertas circunstancias locales.

¿No podrán provenir las epidemias del polvo que levantan los torbellinos de los desiertos de la India, del Egipto, del Africa, en Europa y tal vez en América? Nuestro continente también tiene desiertos que pueden producir este fenómeno con respecto á otros países remotos. Este polvo fino respirado insensiblemente puede dar más energía al principio de corrupción que existe en ciertos lugares por su temperatura, por sus aguas estancadas, etc. Véase por qué es difícil la investigación de la causa de las epidemias, de las pestes, etc.

OBSERVACIONES METEOROLÓGICAS

Parece que no cesan las erupciones volcánicas: el día 26 y siguientes del mes pasado se presentó la atmósfera opaca con la especie de niebla de que he hablado en artículos anteriores. La materia que reuní en un pedazo de papel blanco parecía á un polvo muy sutil de escoria. Los efectos nocivos ya quedan indicados. ¿Cuál será el volcán que está en acción en el Ecuador? Esta cuestión, que parece de ningún interés, tiene mucha relación con los conocimientos sobre la estructura de nuestros volcanes; pues observando las materias que ellos arrojan, se llegaría á descubrir varias causas que alteran nuestra atmósfera de muy distinta manera. Sabido es que según la naturaleza de los gases que se respiran, son los males que se experimentan en nuestro cuerpo. Haciendo, pues, experiencias sobre la naturaleza de la materia que arroja cada volcán, se podría inferir también la naturaleza de sus consecuencias nocivas.

Siempre que la atmósfera está cargada de dicha materia pulverulenta, se halla en calma, ó lo que es lo mismo, está en equilibrio. Mas, luego que comienza á disiparse, se pierde el equilibrio entre las columnas del aire, contenidas en el espacio que abraza la acción volcánica y las columnas que se hallan fuera de ella. De aquí esos vientos fuertes que disipan las nu-

bes, promueven la irradiación nocturna del calórico y traen las *heladas*, según hemos observado en las noches de los días 22, 23 y 24 del mes pasado.

Cuando sucede este fenómeno, el remedio es restituir la densidad de la atmósfera, comunicándola al mismo tiempo cierto grado de calor que perdió por la irradiación. Hay un método muy sencillo para preservar las mieses de los funestos efectos de la *helada*, y que por desidia únicamente no se ejecuta. Sin embargo, como me he propuesto en este artículo hacer *observaciones meteorológicas* de utilidad práctica, transcribo con gusto lo que dice un sabio físico y químico, Mr. de Boussingault.

«Según noticias que pude adquirir, parece que en las cordilleras intertropicales no hiela á una altura inferior á 2,000 metros; sin embargo, pueden presentarse algunas circunstancias que favorezcan tan extraordinariamente el enfriamiento nocturno, que es realmente imposible indicar un límite cierto. Bastan, por ejemplo, muchos días cubiertos seguidos de noches muy serenas para aumentar considerablemente el frío producido por la irradiación del calórico. Puede decirse de un modo general, que en las planicies cultivadas de las cordilleras que están suficientemente elevadas de 10° á 14° centígrados, hay riesgo de sufrir los efectos del hielo. Acontece, por desgracia con frecuencia, que una sementera de trigo, de cebada ó de maíz, que da las mayores esperanzas, queda destruída en una noche y á veces en una hora, por consecuencia de la irradiación nocturna del calor... Cuando se consideran las pérdidas que el hielo causa á los agricultores en las circunstancias que acabo de mencionar, no puede menos de pensarse que la ciencia, que ha determinado también las condiciones bajo las cuales se produce este fenómeno, debería igualmente indicar un arbitrio practicable para preservar los campos cultivados de la irradiación nocturna. Ignoro si se ha propuesto alguno, pero voy á dar á conocer un método imaginado y seguido con buenos resultados por un pueblo agricultor.

»Los indígenas del Alto Perú que habitan las llanuras elevadas del Cuzco, están más que ningún otro pueblo expuestos á ver sus cosechas perdidas por consecuencia de la irradiación nocturna del calórico. Los Incas habían determinado perfectamente las condiciones bajo las cuales debía temerse el hielo durante la noche, y habían reconocido que no helaba sino cuan-

do el cielo estaba sereno y la atmósfera tranquila. Sabiendo, pues, que las nubes impedían el hielo, imaginaron para proteger sus campos contra el frío de las noches, hacer en cierto modo nubes artificiales. Cuando el aspecto de la noche indicaba que era de temerse el hielo, es decir, cuando en tiempo de calma las estrellas brillaban con luz pura, los indios encendían hogueras de paja y estiércol cuyo humo turbaba la transparencia tan temible de la atmósfera. En caso de viento la precaución sería infructuosa, pero tampoco sería necesaria, pues que cuando hay viento no es de temerse el hielo causado por la irradiación nocturna...

»La práctica de los indios que dejo indicada está escrita por Garcilaso de la Vega, en sus *Comentarios reales del Perú*, parte 1.ª, cap. V, lib. 7.°»

Otros sabios han observado que Plinio el naturalista consignó en sus escritos los útiles efectos de los humazos para impedir la congelación nocturna.

El traductor de Boussingault añade lo siguiente: «Como había sido muy costoso mantener hogueras toda la noche, no las hacían prender hasta la una de la mañana en que empieza el riesgo, y como rara vez hay calma perfecta, observé que era mejorcolocar las hogueras en la extremidad del campo de la dirección del airecillo, con el fin de cubrir de un velo de humo la sementera.» Esto es lo que se debe practicar cuando amenaza el hielo, que vulgarmente se llama *helada*. Ahora resta saber, ¿cómo se podrán calcular los grados de frío que amenazan á las sementeras?

Según mis observaciones, en Cuenca jamás hiela sin que el termómetro de Reaumur descienda á 8°. La temperatura media en Cuenca es de 12°, y desde este punto va descendiendo hasta 8°. Así es como observando este fenómeno se podría preservar las sementeras por medio de los humazos.

Caldas, hablando de la temperatura de *Tarqui*, dice: «A principios de Junio, en Diciembre y Enero, es cuando se verifican estos estragos *(de las heladas)*. Cuando la noche es despejada, cuando no aparece una nube en la extensión del cielo, cuando se ven con la mayor claridad las estrellas, la vía lactea... es bien seguro que vienen *heladas*. En estas noches deseadas por los astrónomos y que hacen sus delicias, se siente un frío de 4° á 2° de Reaumur á las once ó doce de la noche; se

aumenta por grados insensibles hasta la presencia del sol en que es el máximum; entonces el termómetro indica 1° ó 2° bajo la congelación?»

Ciertamente hay mucha diferencia entre la irradiación de Tarqui y la de Cuenca; pues esta produce 8°, y como he dicho, que es el máximum á las seis de la mañana, cuando en Tarqui es de 1° á 2° bajo el punto de congelación. Con razón en Tarqui se observan esos desastres que causan los hielos, á los cuales siempre están expuestos todos los lugares que no se hallan guardados inmediatamente por algunas cordilleras, ó al menos colinas elevadas, árboles, etc.

Un termómetro, que es un instrumento muy sencillo, sería útil á todos; pero, á falta de éste, basta observar el cielo, y el aumento de frío en varios meses del año, como son Noviembre, Diciembre, Enero, Febrero, Junio, Agosto, Setiembre. No hay días determinados, ni aun en estos meses.

Aquí es ocasión de deplorar la desidia que hay en una materia tan interesante. Continuamente oímos quejarse de las perdidas que han sufrido por causa del hielo. Un cañaveral, que prometía 300 ó 400 pesos, por lo menos, es destruído en una noche por haber omitido un pequeño trabajo en hacer humazos. Soy capaz de apostar mil contra uno, que después de leer este artículo, ninguno se tomará la pensión de practicar lo que él contiene.

He dicho antes que *cuando la atmósfera está cargada de materias volcánicas*, etc., resultan hielos; y esto no quiere decir que la causa del hielo es únicamente aquel estado de la atmósfera, sino que es una de las causas. Muchas pueden haber que produzcan el hielo; pero generalmente se puede afirmar que los vientos impetuosos que disipan las nubes y producen la irradiación, traen su origen de la pérdida de equilibrio de la atmósfera. Esto se observa en los meses citados, cuando una estación seca levanta mucho polvo y hace el aire craso y sofocante. En Cuenca, el viento dominante en los meses de Junio, Julio y Agosto, es el Nordeste, que llaman *viento de Cañar;* y en el resto del año, el Sudoeste, que es el que trae las lluvias. Algunas veces hay variación en estos vientos; pero es de pocos días ú horas. Así los unos como los otros, cuando son violentos, disipan las nubes y producen el hielo; y por consiguiente, es preciso velar para precaver sus daños.

SOBRE EL CULTIVO DEL ALGODÓN

En varios escritos míos he hablado sobre el importante objeto de cultivar algunas plantas, que progresan en nuestros países con mucha ventaja, como el olivo, la nuez, el almendro, etc., pero generalmente hablando, las mejores indicaciones suelen ser las menos atendidas. No obstante, el buen patriota no por esto debe desalentarse, reflexionando que, si los hombres son piedras, las verdades son como las gotas de agua, que cayendo continuamente, pueden hacer cavidades profundas. Con esta confianza, y viendo que varios sugetos amantes de su país, como el señor Dr. Benigno Malo, han emprendido promover el cultivo del algodón, mediante el establecimiento de una máquina de hilar y tejer, voy á publicar este artículo.

El algodón se puede mirar de dos modos; en cuanto á su naturaleza, y en cuanto á su cultivo. Lo primero pertenece á la botánica: y lo segundo, á la agricultura. Hablaré de lo primero, aplicándolo á las artes.

I

El algodón pertenece á la clase *monadelphia polyandria* de Linneo, y á la familia de las *malvaceas*, de Jusieu. Los caracteres botánicos son: un cáliz doble, el exterior de tres divisiones profundas y grandes, y el interior más pequeño y abierto: una corola de cinco pétalos: estambres numerosos, reunidos en columna por abajo, y libres superiormente, llevan anteras reniformes: un ovario superior oval ó redondeado: un estilo tan largo ó más largo que los estambres, coronado por tres ó cuatro estigmas gruesos: una cápsula ó cajita del grueso de un huevo pequeño, algunas veces puntiaguda, con semillas medio verdes ó medio negras, lisas ó ásperas. Estas semillas están rodeadas de filamentos blancos, ó amarillos, ó rojizos, más ó menos largos, finos y sedosos, conocidos con el nombre de algodón. Las flores de los algodoneros son amarillas ó purpúreas, y nacen en las axilas de las hojas. Estas son dispuestas alternativamente en los ramos, y, por lo común, son divididas en muchos lóbulos; algunas veces son palmeadas ó lanceoladas.

Muchas especies, aunque en pequeño número, hay de algodoneros. Recorramos algunas.

El algodonero herbáceo, *gossypium herbaceum* de Linneo. Se eleva, cuando más, á un pie y medio ó dos pies: sus flores son amarillas, sus hojas son suaves al tacto, con cinco lóbulos, y puntiagudas en la parte superior.

El algodonero de la Barbada, *gossypium barbadense*. Es un arbusto de cinco á seis pies, originario de la América: las hojas y flores se parecen bastante á las del algodonero herbáceo; pero tiene más cantidad de algodón: la semilla es negra.

El algodonero de la India, *gossypium indicum*. Esta especie se eleva á diez ó doce pies, y su tallo subsiste durante algunos años: tiene las hojas comunmente de tres lóbulos no redondos, las flores pálidas, con una mancha purpúrea en la base. Las semillas son negruzcas, rodeadas de un algodón muy blanco y fuertemente adherido á ellas.

El algodonero velloso, *gossypium hirsutum*. Esta especie es propia de los países muy cálidos de la América. Tiene las flores de color purpúreo pálido, las cápsulas gruesas, y el algodón muy abundante, fino y bello. Dura un año ó dos, y el color de su semilla es verde. Este algodón es muy estimado en el comercio.

El algodonero en árbol, *gossypium arboreum*. Se llama esta especie arbórea, no porque en realidad sea un árbol, sino porque es un arbusto, bastante elevado, de quince á diez y seis pies. Tiene las hojas con peciolos de un rojo bruno. Su fruto da un algodón blanco, muy abundante y de una excelente calidad.

El algodonero de tres puntas, *gossypium tricuspidatum*. Le han dado este nombre, porque sus hojas superiores son divididas en tres ángulos apartados, ó tres lóbulos cortos y puntiagudos. Sus flores son, á veces, totalmente blanquecinas, y por lo común, de un blanco de azufre, con un tinte de rosa, ó de púrpura. Las cápsulas contienen un algodón suave y muy blanco; pero muy adherente á los granos.

El algodonero con hojas de vid, *gossypium vitifolium*. Tiene flores grandes, amarillas, manchadas con un color purpúreo en su base. El cáliz exterior es profundamente dividido en lacinias largas y agudas. Este carácter lo distingue del algodonero arbóreo; pues éste tiene las foliolas de su cáliz enteras. Además, es fácil reconocerlo por sus hojas palmeadas con lóbulos ovales lanceolados, muy puntiagudos, y por debajo con una glándula sobre uno de sus nervios. Esta especie es la común en nuestros países, y aun me parece que, en valles del Perú, no se cultiva otra. Da algodón en abundancia, blanco, y fácil de separarlo de las semillas. Tales son las especies principales, que con el cultivo han producido muchas variedades hasta el número de treinta, según algunos. No obstante, las variedades poco ó nada han influído en el comercio por exigir mucho trabajo.

El algodonero verdaderamente es una de las plantas muy útiles al hombre. Le da en sus hojas, flores y corteza, medios para curarse; lo viste con sus filamentos, y de las semillas se extrae un gas para el alumbrado.

Ya he dicho que el algodonero pertenece á la familia de las malváceas. Los individuos de esta familia son sucedáneos, casi todos; y así el algodonero puede reemplazar á la malva, por su virtud emoliente, para fomentos y cataplasmas; lo mismo que

la lavatera arbórea, llamada vulgarmente malva alta, el malvavisco, la álcea rósea, conocida con el nombre vulgar de malvarosa, etc., etc.

Los filamentos del algodón, vistos por el microscopio, no son cilíndricos, sino torcidos y angulosos con filos cortantes. De esto resulta, que el algodón y sus tejidos sirven más bien para abrir llagas, que para cicatrizarlas. Además, el citado instrumento nos presenta los filamentos con poquísimos poros; y esta es la causa por que es difícil teñir el algodón. El principio colorante, no pudiendo depositarse en los poros, se desliza y cubre, si hay fuertes mordientes, la superficie, como hace el barniz sobre los cuerpos. De aquí la debilidad de los colores y su facilidad en borrarse. Al contrario de lo que sucede en la lana, que estando llena de poros, entra en ellos fácilmente la materia colorante. Entre nosotros he visto teñir el algodón en amarillo con bastante viveza y duración, con los pétalos del *bidens humilis* de Humbolt y Bonpland, que vulgarmente llaman *ñáchag*; y lo mismo en color encarnado, con los pétalos de la *passiflora manicata* de los citados botánicos, que los indios llaman *pirigullán*. La corteza de la *Weinmannia microphila* y la de *Weinmannia fagarvides*, que nuestros curtidores llaman zarar, tiñe el algodón en color café ó castaño, como se quiera. Estas operaciones suponen la aplicación de los mordientes necesarios.

El algodón puede ser hilado con filamentos de otros vegetales suaves y sedosos, como lo han propuesto varios. Pero en la aplicación se ha visto que no es muy ventajoso este procedimiento, ya sea por la poca tenacidad de la materia, como porque las fibras son cortas, por ejemplo, las del ceiba ó saibo, que tienen la suavidad y lustre de la seda. No obstante, yo he hecho una experiencia que tal vez será útil algún día.

Hay en la provincia de Loja, en los lugares calientes, como Malacatus, el Catamayo, etc., una planta herbácea y lechosa, del género *asclepias*, muy parecida al *asclepias luctifera* de Linneo. Ella es abundante dentro del pueblo de Malacatus, pues nace espontáneamente. Cuando estuve allí, me llamó la atención y observé que los folículos de este asclepias contenían unos filamentos largos, y tan suaves y lustrosos como la seda. Mandé hilar mezclándolos con algodón, y me dieron unas hebras tenaces y muy suaves al tacto; por manera que podrían hacerse tejidos muy finos, que serían un medio entre la seda y

el algodon. Adviértase que el hilo mandé sacarlo muy delgado, á fin de hacer la última prueba de su tenacidad. Por último, si se tratase de establecer una industria semejante, fácil sería hacer plantíos del citado asclepias, de cuyo nombre vulgar no me acuerdo, y hacer cosechas como las del algodón. Todo este trabajo costaría tanto cuanto es necesario para hacer el lienzo común.

II

Antes de entrar en los pormenores del cultivo del algodón, lo primero que ocurre es la cuestión: ¿puede ó no ser útil este cultivo? Supongamos que los cosecheros no consigan algodones, ni en cantidad ni en calidad recomendables, para ser exportados al Extranjero. Pero no hay duda que siendo esta materia muy necesaria para vestir á las gentes del pueblo, habría mucho consumo entre nosotros mismos, sin necesidad de traerla del Perú, como se hacía antes. Además, el cultivo del algodón irá perfeccionándose y tendríamos un ramo de comercio para la exportación, suponiendo que no hubiese máquinas. El verdadero modo de paralizar ó destruir el comercio extranjero, es perfeccionar los elementos de que se forma tal ó cual industria. Santana cometió una grave falta en economía, prohibiendo en México la entrada de mercancías extranjeras, para fomentar la industria del país. Su derecho fué la sentencia de su ruina. En materia de economía se necesita mucha prudencia, y lo que he dicho antes; y no atacar de frente con decretos y leyes inútiles, que solamente producen el contrabando, ú otra cosa peor.

Para cultivar cualquiera planta es preciso atender dos cosas: la temperatura y el terreno. El algodonero progresa regularmente desde diez y seis grados, temperatura media, del termómetro de Reaumur. La temperatura inferior á este grado hace vegetar el algodonero como en Cuenca; pero el fruto es muy mezquino.

El terreno, cualquiera es aparente. Los llanos, las colinas, los sitios secos y húmedos son poco más ó menos propios á este

cultivo. La duración de los algodoneros llega á cuatro ó cinco años; y pasados éstos, es preciso renovarlos enteramente, porque apenas producen una ú otra flor.

El método ordinario y más cómodo es sembrar en cuadros: las distancias dependen de la especie que se quiere cultivar; para el algodonero con hoja de vid, bastarán tres ó cuatro varas. Se debe tener cuidado, en cuanto sea posible, de que los lugares no estén expuestos á vientos muy recios. En el terreno preparado se hacen agujeros, en que se echan tres ó cuatro granos; y si llueve, inmediatamente germinan con prontitud.

Al fin de tres semanas ó un mes se deshierban las plantas tiernas y se arrancan las supérfluas, no dejando en cada agujero, sino una ó dos. Cuando ellas tienen cuatro ó cinco piés de altura, se contiene su elevación, para hacer que la savia se dirija hacia las ramas laterales; y cuando comienzan á hacerse muy largas, es preciso contenerlas, cortándolas un poco en las extremidades. Esta operación sabiamente ejecutada, dicen los agricultores, obliga á las ramas á subdividirse; y por este medio se procura dar toda la fecundidad de que el algodonero es susceptible.

Hemos dicho antes, que tanto el terreno seco como el húmedo son favorables á esta planta; pero la humedad no debe ser mucha, porque la experiencia enseña que en este caso la planta se esteriliza; el terreno seco, con un poco de lluvia al principio de la plantación, produce mejor efecto.

La lluvia, generalmente hablando, es muy contraria á la cosecha del algodón; porque cuando comienzan á abrirse las cápsulas, si se introduce el agua, se tiñen ó se pudren los filamentos. Así es que deben calcularse los meses, para que el algodonero tenga en ellos su fruto maduro. En algunos países calientes los meses de Junio, Julio y Agosto carecen enteramente de lluvias; y por consiguiente deben ser preferidos para comenzar la cosecha siete ú ocho meses después de haber sembrado. En algunas partes hacen dos cosechas, y al fin de ellas cortan las plantas, y los renuevos dan un algodón mucho mejor. En suma, la regla general para sembrar el algodonero, es que se haga en tiempo seco.

Cuando se trata de cosechar, se tiene cuidado de no maltratar las cápsulas, ni tirar de las ramas, exponiéndolas á que se rompan. Por último, la agricultura requiere práctica; y las

mejores reglas padecen excepciones, según los lugares. Así es como el discreto plantador verá si conviene ó no dar más elevación que la antes asignada; pero no de tal suerte que deje crecer la planta á discreción, conforme á la práctica rutinera. Si la poda es necesaria en todas las plantas para que fructifiquen bien, lo es mucho más en el algodonero, porque se trata de sacar toda la utilidad posible.

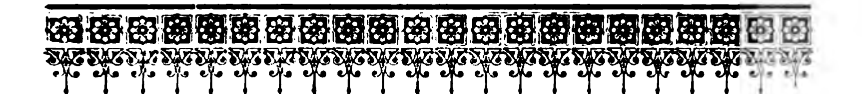
DEFENSA DE CUENCA

1851

Pulchrum est benefacere reipublicæ; etiam benedicere haud absurdum est.

Honroso es defender la patria; y elogiarla es cosa digna de aprecio.

(Salustio: *Catilin. n. 3.*)



DEFENSA DE CUENCA

DEFENDER la patria es un deber, una virtud, cuya práctica es tan recomendable como la de todas las virtudes morales. Así vemos que muchos han emprendido este trabajo, y han merecido los elogios que corresponden á su patriotismo é imparcialidad. Cuando Raynal, Paw, Robertson, Buffon, etc., trataron de disminuir las glorias de América, muchos escritores, no sólo indígenas, sino también extranjeros, tomaron la pluma para refutar victoriosamente á estos escritores. En una palabra, no hay nación, no hay provincia que puedan mirar con indiferencia las censuras calumniosas ó infundadas que se publican contra ellas. Los cuencanos no pueden ser una excepción de esta regla general; y por lo mismo no son capaces de mirar con frialdad lo que se dice contra ellos en el *Semanario de la Nueva Granada*, por el Sr. D. Francisco José Caldas, reimpreso en París en 1849. La fama del autor y la multiplicación de ejemplares por la prensa extranjera pueden producir ideas muy desventajosas contra los habitantes de Cuenca. Véase

por qué he resuelto contestar brevemente á los ataques del señor Caldas con razones y con hechos que pondrán fuera de controversia la verdad, que se ha tratado de obscurecer por falsos informes, ó por una preocupación provincial.

Yo usaré de un lenguaje moderado como es debido, atacando á un sabio y á un hombre digno de mejor suerte, cuya pérdida no sólo fué deplorable á su patria, sino también á la América y á la Europa. Este pequeño escrito contendrá dos partes: en la primera satisfaré á todo lo que dice el señor Caldas contra los cuencanos; y en la segunda presentaré las conjeturas probables del origen de su censura.

Es lástima que una obra tan apreciable haya salido con este borrón, y con muchos errores tipográficos, principalmente en la parte botánica. Así leemos *maxua* por *mashua* (1); *sparteus junceus*, por *spartium junceum; Cardios permy*, por *cardiospermum; tillanasia*, por *tillandssia*, etc., etc. Hablando imparcialmente, el *Semanario* tiene cosas muy bellas y originales; tal es, entre otras, este rasgo, describiendo las *gencianas amarillas* y *azules* (pág. 242): «Muchas veces hemos visto estas gencianas sobre Pichincha y demás montañas de la provincia de Quito... Los habitantes de Quito hacen un uso frecuente de sus raíces, de su tallo y de sus flores, para dar fuerza y vigor á los miembros paralíticos, y para entonar el estómago.

»Aquellos niños opilados, en quienes las lombrices han hecho progresos considerables y que aumentándoseles el vientre se mantienen descarnados y pálidos, con unos movimientos perezosos y lánguidos, y que no pueden dar paso sin apoyo, tienen un recurso seguro en esta especie de *genciana*. Su nombre en el idioma de los Incas, manifiesta esta virtud preciosa. Se lama *calpachina* (callpachina) *yuyu* que en nuestro idioma significa (2) *hierba que hace caminar* (correr). Los peruanos, siem-

---

(1) Pronúnciese la *sh* á la inglesa. *Mashua* es el *tropæolun esculentum* de Humboldt: se parece bastante á la oca (*oxalis tuberosa*).

(2) Algo más significa: para decir *hierba que hacen caminar*, debía llamarse *purichic quihua*. *Callpachina yuyu*, significa: «hierba tierna, suave ó jugosa, que sirve para hacer correr.» *Yuyu* deberá expresar el estado de la planta en su principio y no en su madurez; y *Callpachina*, que no sólo sirve para hacer caminar como quiera, sino que fortifica los miembros hasta dar vigor para correr con velocidad. Para confirmar lo que dice el señor Caldas acerca de la propiedad del idioma de los Incas, ó quechua,

pre exactos y siempre cuidadosos en dar á las cosas nombres tomados de sus propiedades, de sus virtudes, de su figura, de su situación, etc., llamaron á las hierbas por sus virtudes y por sus usos en la medicina, en las artes y en la sociedad. Cuando se conoce un poco su lengua, esta lengua armoniosa (1), dulce y flexible, esta lengua que representa en el nuevo continente á la toscana del antiguo, entonces se conoce el juicio y la elección que tuvieron los peruanos en la imposición de los nombres á todos los objetos que los rodeaban. Un volcán que arroja de su cima columnas de humo espeso, mezcladas con llamas, se le nombra *Cotopaxi* (masa de fuego); otro que lanza de su seno nubes de arena, conmueve los fundamentos de la provincia, y arruina los templos y los edificios, se le llama el *Pichincha* (el temible, el amenazador): una cima inmensa cubierta de nieve, y colocada al otro lado de un río, se nombra *Chimborazo* (nieve al otro lado) (2): á una población establecida en una garganta estrecha que corta la cordillera, se le impone el nombre de *Lacta-cunga* (garganta estrecha) (3); y en fin, una planta que fortifica los músculos, que da vigor, que hace andar á un tullido, se llama, como hemos visto, *calpachina yuyu*. Los nombres de esta lengua contienen las virtudes de las plantas y las cualidades de todos los objetos. Al oir los nombres de las plantas casi se saben sus virtudes. ¿No es esto más sabio, más importante á la humanidad, que esos nombres que ha criado la adulación, el re-

pongamos otro ejemplo en la palabra *zapallo*. Esta es corrupción de *zapalla*, ó más bien *sapalla*, que quiere decir solo, aislado, etc. Es muy sabido que el *zapallo* (*cucurbita potiron*) gusta de vegetar solo: una planta, en un terreno apropiado á ella, produce más fruto que dos ó tres en un mismo lugar. La razón es porque quiere extender con libertad sus tallos, y extraer todo el jugo necesario para su desarrollo. Excluyendo la compañía de los individuos de su especie, mucho más debe excluir los de otra: así se observa. Es, pues, *sapalla* el *sapallo*.

(1) En efecto, así es: citemos como una prueba de esto la anécdota de la india de Saraguro, que dijo, viendo muerto á su hijo en lo más florido de su edad, según refiere el Sr. Caldas: *chaupipunchapi tutayarca*: «en la mitad del día le anocheció.» Es una traducción débil, no equivale á la energía y á la sublimidad del original.

(2) *Chimborazo* es corrupción de *Chimbarazu*, *Razu* es propiamente el granizo menudo, á diferencia de *runtu*, que es el grueso. *Chimba* el otro lado del río, y *razu*, granizo menudo. Se puede entender nieve.

(3) Otros dicen que llamaban *Llatacgunga* por apodo (*garganta desnuda*), hoy Latacunga.

conocimiento ó el interés? ¿Qué idea nos pueden dar de una planta las voces *dioscorea*, *plinia*, *buffonica* (buffonia), *boerhavia*, *sigesvechia* (siegesbeckia)? No nos dicen otra cosa más sino que ha habido un Dioscorides, un Plinio, un Buffón, un Linneo, un Boerhave, á cuya memoria se han consagrado estas plantas. Y ¿qué diremos de aquellas dedicaciones á hombres obscuros, ignorantes, que tanto se han prodigado en nuestra edad?»

Aunque no se pueda seguir el sistema que propone el Sr. Caldas por la complicación que resultaría con plantas de distinta especie y de distinto género, con una misma virtud, y con las plantas nuevas, cuya virtud se ignora; sin embargo, la idea del autor da á conocer que él no era un botánico rutinero, y tal vez tendría otras razones de facilitar la ejecución de su sistema. Esto me ha parecido conveniente poner á la vista de los amantes de la botánica: entremos ya en la materia del objeto propuesto.

«El clero (de Cuenca), *dice*, nivelado sobre el de Quito, es proporcionalmente numeroso, y no hallamos diferencia con el de esta ciudad en cuanto á costumbres. En Cuenca, es preciso decirlo, no hay más que *Córdova*, de quien hemos hablado en nuestro *Viaje á Paute*. Las letras están en cero en esta capital. No hay ni nociones ligeras, ni noticias de las ciencias; esta proposición nos dispensa de entrar en un pormenor. No hay ni un seminario conciliar en un obispado rico y poblado. Un poco de mala gramática es toda la educación pública que presenta Cuenca á su juventud.

»Los artesanos, más atrasados que en Quito, sólo trabajan, á fuerza de paciencia y de industria, el carey. Los artistas que trabajan el mármol blanco y blando de que tienen un mineral, ya están en vísperas de perecer...

»El morlaco, nacido en el seno de las tinieblas de su patria, se cree el sér más importante del universo, y mira con desprecio á cuantos le rodean. Orgullosos, creen que todo existe para que sirva á sus caprichos tan vanos como insensatos. La más ligera resistencia á sus deseos, la falta más leve enciende el fuego de la discordia. Su honor está en arruinar al que no dobló la rodilla en su presencia, en tener grandes riquezas, en jugar la espada, en traer un aire de Catón en público, en un tren que ellos juzgan magnífico, y que no pasa de mediano y de anticuado. Há pocos años que el desafío, el asesinato y las manchas de la sangre de un desgraciado, eran el más precioso blasón de su

gloria. Amigos de los litigios, viven rara vez en paz. El proceso es la primera necesidad del morlaco; y los fondos para sostenerlo en estos tribunales superiores son los graves cuidados que los agitan. Con 300, 500 ó 1,000 pesos en sus arcas para la porfía, este es el nombre que dan á sus litigios, nada temen, y desafiarán al universo. Insubordinados, duros por carácter, insociables, viven retirados en sus casas, que son otros tantos templos que encierran estas divinidades imaginarias. Ignorantes, una bagatela los acalora hasta el entusiasmo, y miran con indiferencia los asuntos más serios. La educación de sus hijos se reduce á inspirarles sus preocupaciones y delirios. Envejecidos en estas máximas, ¿quién podrá desengañarlos? Vallejo ha comenzado. Las mujeres, á pesar de la dulzura natural de su sexo, manifiestan cierto aire de dureza, que sólo un viajero puede percibir. Retiradas siempre, escondidas y cubiertas, pasan una vida honesta y laboriosa, aunque triste. Sobre ellas cae todo el peso del mantenimiento de una familia. Imitadoras fieles de las mujeres del Orinoco, sudan debajo de la carga, mientras el marido duerme tranquilo en el seno de la misma ociosidad. Hubo tiempo en que ciñeron también un puñal á imitación de sus maridos. El morlaco es poco fiel en sus contratos, y no es extraño ver al hijo demandar á su padre, y al contrario. Este es el origen de sus divisiones...

»Los indios, más esclavos que los de Quito, llevan sobre sí cargas terribles que les impone la dureza de los jefes y de los curas.»

La nivelación del clero de Cuenca *sobre el de Quito*, me ahorraría la contestación, si no fuera preciso hablar de cosas pasadas, que ignoran los contemporáneos. En la época del Sr. Caldas vivían en Quito los SS. DD. Villamagán, el célebre doctor Rodríguez, Araujo, Flórez, Vázcones, Yépez, etc., etc., que aunque no hubiesen sido unos literatos y sabios de primer orden, no por esto deben llamarse *ignorantes* y *corrompidos*, según el pensamiento del Sr. Caldas. El clero de Cuenca ha visto salir de su seno á los señores obispos Egüez y Fita; y tenía también en aquella época á los DD. Domingo Delgado, Landivar, Coello, Polo, á quien el Sr. Caldas elogia mucho, sin nombrarle, en su *Viaje á Paute*. Luego no es cierto que en Cuenca no *había más que Córdova*. De este *Córdova* diré después lo que valía.

«Las letras, dice, están en cero en esta capital. No hay ni nociones ligeras, ni noticias de las ciencias.» Esto todavia es más falso que lo que ha dicho del clero. El Sr. Caldas nos refiere que halló en Cuenca un *precioso teodolite*, un *excelente barómetro* con su termómetro é higrómetro reunidos, una *cadena geométrica*, instrumentos que no tenían (son palabras del señor Caldas) ni Santa Fe, ni Quito; y no sabe cómo hubiesen venido á un lugar tan ignorante, como él supone: sin duda los traería el diablo. Cualquier hombre imparcial habría juzgado que, aun suponiendo la presente ignorancia, en otro tiempo se habían cultivado las ciencias. Para que se vea el modo arbitrario con que censura el Sr. Caldas, hé aquí la verdad.

Don Pedro Unda era un hombre versado en las matemáticas, y principalmente en la trigonometría, tan necesaria para las observaciones astronómicas. La prueba de todo esto es que ocurrió á Londres por muchos instrumentos físicos y matemáticos, como son el barómetro citado, el teodolite y la cadena geométrica, un telescopio de la misma fábrica de *Nairne* y *Blun*, artífices del teodolite, que vió el Sr. Caldas. También hizo traer espejos ustorios, grafómetros, estuches matemáticos, microscopios, una cámara obscura, polemoscopios, y otros instrumentos que ya no existen. ¿Cómo ignoró todo esto el señor Caldas? ¿Cómo no vió el telescopio que lo manejó el barón de Humboldt? Con este telescopio me parece que he visto el fenómeno de la *calina* en la luna, y los montes solares, según el sistema de Laplace. Digo *me parece*, porque yo no soy hombre de hacer descubrimientos en el sistema solar: eso se quedó para Galileo, Casini, Herschel, Piazzi, etc. Sin duda lo que he visto debe ser una ilusión óptica. Volviendo á nuestra materia, digo que Unda dejó discípulos, y entre ellos conocí á D. Francisco Astudillo, inteligente en la geometría y geografía. Existe en mi poder un plano de la provincia de Cuenca, levantado por él, y por orden del gobernador Aymerich. En aquel mismo tiempo vivía D. Pedro García de la Vera, cuyas observaciones sobre el cinabrio, llama *sabias* el baron de Humboldt. García tenía muy buenas nociones en física, en mineralogía y en las matemáticas. ¿Cómo después de esto se atreve á decir el Sr. Caldas, que en Cuenca «no hay ni nociones ligeras, ni noticias de las ciencia?» *Apage nugas*.

La falta de *Seminario conciliar* no fué por culpa de los cuen-

canos, sino del Sr. Obispo Carrión y Marfil, que en el espacio de once años que gobernó esta diócesis, no se ocupó en otra cosa que en pelear con el gobernador Vallejo, dejando un funesto ejemplo al clero. Ahora existe el Seminario con el nombre de *misto*; es decir, que todavía no tenemos Seminario. Hallándose, pues, este en embrión, sólo se enseñaba gramática latina; pero esta no era «un poco de mala gramática» como dice el Sr. Caldas. Los maestros de latinidad Andrade y Beltrán eran excelentes gramáticos: he visto unos versos latinos del primero en elogio del Sr. obispo Fita, que aunque no eran comparables con los de Virgilio y Horacio, no por esto debían llamarse producción de una *mala gramática*. Siento no tenerlos á la mano para refutar cumplidamente al Sr. Caldas.

Nada diré de la observación sobre los *artesanos, que sólo trabajan á fuerza de paciencia y de industria el carey*. Unos *artesanos* que trabajaban tan bellamente el carey sin más instrumentos que la *paciencia y la industria*, habrían sido coronados en Roma y en Atenas: aquí no; porque eran *morlacos*. *Sólo trabajan* es otra gracia del Sr. Caldas. No, Sr. D. Francisco, no sólo trabajan el carey: había excelentes lapidarios, ebanistas y carpinteros, cuyas obras pasaban por extranjeras. Hé aquí una anécdota sin réplica. Hallándome en una ciudad principal del Perú, hace muchos años, un amigo me llevó á una casa donde oí tocar una vihuela. «¡Qué preciosa vihuela, dije, y qué sonora! —Es española, me contestaron, y ha costado tantas onzas...» No contento con esto, y con una curiosidad de un hombre que quiere saberlo todo, me acerqué á la persona que dejó la vihuela á su lado, después de algunas tocatas. La toqué, y con bastante dificultad pude ver en el fondo del instrumento un papelito con estas letras: «Me hizo N. Zangurima en Cuenca...»—Esta vihuela ha sido hecha en Cuenca, dije inmediatamente, aquí tienen Vds... Mi descubrimiento, que en nada se parecía á los de Newton, ni á los de Colón y Vasco de Gama, no fué muy bien acogido; pero el engaño mismo probaba la excelencia de la obra. Zangurima vivía en tiempo del Sr. Caldas, y dejó hijos y discípulos muy hábiles.

Vaya otra gracia: «Los artistas que trabajan el mármol blanco y blando están en vísperas de perecer,» luego no hay artistas ni artesanos en Cuenca. Lo propio debe suceder en Londres y París, donde el formidable decreto de morir está tan vigente

como en Cuenca. Felizmente la profecía del Sr. Caldas ha salido falsa, pues aun tenemos algunos de esos *perecederos* que saben serrar y pulir mármoles.

«El morlaco, nacido en el seno de las tinieblas de su patria, se cree el sér más importante del universo...» Ya hemos visto que el *morlaco* no vivía en *tinieblas*, y además, en adelante veremos que era más ilustrado que los que ahora se venden por tales. ¿Y por qué nos llama *morlacos* el Sr. Caldas? Porque así lo ha oído á sus antepasados. Pero un filósofo no debe raciocinar así: semejante método es el del vulgo ignorante. En efecto, este llama *gringos* á los ingleses; *gabachos*, á los franceces; *godos*, á los españoles; *tudescos*, á los alemanes; *lazaroni*, á los napolitanos, etc., etc. Los turcos apodan á todos los europeos con los nombres de *infieles* y de *perros cristianos*. Casi no hay pueblo de América que no tenga su apodo: comencemos por el Norte. A los anglo-americanos llaman *yankes;* á los mexicanos, *léperos;* á los granadinos, *lanudos*. En la *Historia de la revolución de América*, por Torrente, he leído que así denominan los venezolanos á los neo-granadinos. A los quiteños dicen *puendos* los pastusos, que en su gerigonza significa *ladrones*. Los latacungueños son llamados *aguacates;* los ambateños y riobambeños, *puruhuayes;* los guayaquileños, *montuvios;* los cuencanos, *morlacos;* los lojanos, *reperos;* los peruanos, *palanganas;* los chilenos, *guasos;* los argentinos, *gauchos*, etc. ¿Con que, señores *léperos*, *lanudos*, *palanganas*, etc., todos tenemos nuestra piedrecita en el rollo? Pues guardaos de arrojarla al techo del vecino, cuando el de vuestra casa sea de cristal. Ahora, por vida de la madre que me parió, hagamos algunas reflexiones sobre las voces *lanudo* y *morlaco*. ¿Me tolerarían si yo, en *revanche*, como dice el francés, dijera, el *lanudo Caldas*, en un escrito serio y científico? Si esto sería reprensible, hablando de un particular, ¿cómo no podrá serlo, tratando de todo un pueblo? ¿Y qué quiere decir *morlaco?* Un disparate; porque Cuenca no es el país de Morlaquia, para que *morlaco* sea un nombre gentilicio. Sin duda se usará de este nombre en el sentido que trae el Diccionario castellano; analicemos. «Morlaco, dice, el que afecta tontería ó ignorancia.» *Afectar*, dice también, entre otros significados, fingir, simular, como la ignorancia, celo, etcétera, *fingere, simulare*. Luego *morlaco* querrá decir un hombre que finge, ó simula ignorancia ó tontería; pero que

en realidad no las tiene. Yo creo que el apodo *lanudo* es más degradante que *morlaco;* porque el primero huele á cosa de bestia, y el segundo, cuando más significaría *tonto*, dándole un sentido que no tiene en nuestro idioma. Dejemos esto, que causa vergüenza entre gentes civilizadas y de honor. Excusemos al Sr. Caldas, porque en su tiempo no había más educación que esa pedantería y orgullo de colegio. Aun los sabios eran arrastrados por estos vicios.

Por lo demás, no me cansaré en refutarle período por período; pues al mismo editor le ha parecido mal el reto del semanarista. «Hoy Cuenca, dice en una nota, presenta un aspecto bien diferente, y sus habitantes participan de las ventajas y educación del resto de la república ecuatorial. Este cuadro de Caldas parece exagerado aun para aquella época.» No sólo es *exagerado*, sino falso, injurioso é indigno de la pluma de un sabio. No es así como han escrito de Cuenca, Alcedo, Velasco, etcétera. El cuencano ha tenido sus vicios y sus virtudes, como todo los hijos de Adán; menos aquellas virtudes heroicas como el martirio; ni aquellos vicios horrendos como la sodomía, la venta de sus mujeres, el suicidio, etc.; ni aquellos errores que estremecen al género humano, como el ateísmo, el escepticismo, el materialismo, etc., porque todo esto está reservado á los pueblos civilizados...: no quiero decirlo todo. Vamos á otra cosa.

El retiro y abstracción de las mujeres hasta cierto punto son unas virtudes: al Sr. Caldas todo le parece mal, y se equivoca cuando afirma que son parecidas á las indias del Orinoco en su trabajo. Esto lo dijo sin discernimiento, confundiendo las personas. El P. Velazco, hablando de esta materia, en el lugar arriba citado: «Los indianos, dice, son altos, robustos y buenos trabajadores. Se emplean, á más de cultivar las tierras, en varios tejidos de algodón y de lana, de que hacen bastante comercio. Esto lo atribuyen los escritores extranjeros á las mujeres; pero falsamente, según soy testigo de vista por algunos años...» Lo que han dicho falsamente los escritores de las mujeres indianas, lo atribuye el Sr. Caldas á todas las mujeres de Cuenca. ¡Excelente observador!

Es también falsa la noticia de que los indios de Cuenca son *más esclavos que los de Quito*. Yo no sé cómo observaba el señor Caldas á las personas. En Cuenca casi no hay indio que no tenga su pedazo de tierra; cuando en Quito casi todos son peo-

nes ó inquilinos. Por manera que aquí no tendría lugar el sistema de los comunistas; pues poco más ó menos se halla establecido. Las *cargas terribles*, impuestas por los jefes y por los curas, ciertamente eran reprensibles, si hubiesen sido así; pero ahora han quitado á los *curas* el uso de imponer *cargas terribles*, para dejar solamente á los *jefes*. Esto se ve, no sólo en el Ecuador, sino en toda la América.

No obstante, supongamos que los cuencanos hayan sido como quiere dar á entender el Sr. Caldas; esto sería excusable en un tiempo en que casi toda la América, aun en sus capitales más populosas, carecía de una educación sólida y brillante. Véase lo quo Humboldt dice de Caracas. Después de referir alguna instrucción de los caraqueños, prosigue: «En medio de una naturaleza tan prodigiosa y tan rica en producciones, nadie se ocupa en el estudio de las plantas y de los minerales en aquellas costas: solamente en un convento de San Francisco he hallado un venerable anciano (el P. Puerto) que calculaba el almanaque para todas las provincias, y que tenía algunas nociones exactas de la astronomía moderna; nuestros instrumentos le interesaban vivamente, y un día vimos, con gran sorpresa, llenarse nuestra casa de todos los frailes de San Francisco, que deseaban ver una brújula de inclinación...» (*Viaje á las regiones equinoxiales*, tom. II, lib. 4, cap. VIII). Según esto, podemos decir que, en la época del Sr. Caldas, en Cuenca había más ilustración que en Caracas. Por lo que mira á Quito, yo nada diré habiéndome ahorrado el Sr. Caldas todo trabajo con su relación, que al editor le parecía falsa. En efecto, es así; pero aquí no tratamos de esto, sino de argüir *ad hominem*.

Si Santa Fe se aventajaba en las ciencias, gracias á Mutis; que si no, ni el Sr. Caldas hubiera sido lo que fué, ni hubiera habido observatorio astronómico, y en Cuenca hubiera venido á conocer lo que es teodolite, etc. Una casualidad hizo venir al sabio Mutis á la Nueva Granada; y si esta casualidad hubiera influído en Cuenca, ¡qué progresos no hubiéramos visto, con las disposiciones que he referido! A pesar del grande influjo de Mutis y de algunos discípulos suyos, vemos que se queja el Sr. Caldas de que «en la capital de la Nueva Granada no se podía sostener un periódico;» que le criticaban por haber elogiado á Humboldt, etc. Estas no eran cosas de *morlacos*.

También el Sr. Caldas nos echa en cara la muerte del ci-

rujano francés que vino con La Condamine, Godin y Bouguer. Hay hechos que se transmiten sin criterio alguno, y sólo porque los oyeron ó porque quisieron calumniar por su interés ó por su capricho. ¡Cuántos años no han charlado los enemigos de la Iglesia romana sobre la supuesta condenación del sistema copernicano en la persona de Galileo! Hoy está demostrado lo contrario; pero el vulgo de los escritores lo ignora, ó afecta ignorarlo. Lo propio sucede con la muerte del cirujano Seniergues. Veamos lo quo dice el Sr. Caldas.

Hablando de su entrada en el pueblo de Asoguez, en medio de aclamaciones, porque iba en compañía del Sr. Córdova, dice así: «¡Qué tiempos tan diferentes de aquellos en que J. Jussieu, Godin, Bouguer, La Condamine, Juan, Ulloa, y sus compañeros se vieron aborrecidos, perseguidos, atacados, y uno de entre ellos, Mr. Seniergues, cirujano de los académicos, asesinado públicamente por el populacho de Cuenca, animado por el mismo que debía contenerlo! ¡Qué diferencia de jefes! ¡Qué contraste el que hace en mi imaginación el vicario de 1778 con el vicario de 1804!» (pág. 484).

Al leer este pedazo, cualquiera que no esté instruído en la materia, creerá sin duda que el pueblo de Cuenca *aborreció*, *persiguió*, *atacó* á los académicos franceses sólo porque eran sabios, y mató á Seniergues porque les pertenecía. No es posible ver esto sin indignación, y todo corazón imparcial reprenderá la reticencia del Sr. Caldas sobre la causa de la muerte de Seniergues. Yo no necesito difundirme aquí para refutar tales aserciones: véase referido todo el hecho por el P. Velazco en su *Historia de Quito*, tom. III, § 14, pág. 126.—Allí se lee que no fueron *perseguidos*, *aborrecidos*, *atacados*, sino protegidos con esmero por las personas principales, cuando el orgulloso y corrompido Seniergues insultó á varias personas del pueblo con el mayor atrevimiento. Esta fue la causa de su muerte. Velazco es más digno de fe que el Sr. Caldas, porque vivió en Cuenca, y porque fué contemporáneo á aquel suceso. Mr. de La Condamine dijo lo que quiso en su *Relación histórica* por vindicarse; pero no pudo persuadir á los mismos franceses, cuya opinión severa condenó á todos los académicos. Hé aquí cómo se expresa el abate Chaudon, en su *Dictionnaire historique*, art. *Condamine*. «Los frutos de este viaje, en que manifestó (La Condamine) tanta actividad y valor, no correspondieron á la especta-

ción del público; y aun poco faltó para que en dicho viaje pereciera por la imprudencia de uno de sus compañeros, llamado Seniergues. El libertinaje y el tono altanero de este joven, habiendo irritado á los ciudadanos de la nueva Cuenca, hicieron éstos un tumulto contra los viajeros; pero, felizmente, el único criminal fue la víctima.» Véase en pluma de un francés imparcial cómo aparece *criminal* Senierges: luego serán unos criminales todos aquellos que quieran hacer su apología, echando la culpa solamente á los habitantes de Cuenca.

¿Y de dónde sacó el Sr. Caldas la noticia de que el vicario de 1778 (1789 debe leerse; porque en aquel año estuvieron La Condamine y sus compañeros en Cuenca) *animaba al populacho* de Cuenca para que matara á Seniergues? Sin duda de la falsa relación de La Condamine y de los rumores infundados. La presunción está en contra, tanto por las circunstancias de la muerte de Seniergues, cuanto porque los escritores imparciales no dicen lo que el Sr. Caldas. El fin es denigrar al clero, aunque sea con una conjetura ó con una falsedad.

Pero ¿cuál fue el origen de las equivocaciones del Sr. Caldas? Esto voy á demostrar con buenas conjeturas. Todas sus relaciones y sus amistades estuvieron reducidas al trato con el señor canónigo Córdova, según dice en varios lugares de su viaje en estos países. Córdova era un clérigo á quien miraban mal los cuencanos por sus maneras bastante inurbanas, y principalmente por su predicación satírica y muy poco edificante. Hé oído varias anécdotas sobre este particular, pero sólo referiré lo que me consta. En un sermón del misterio de la Santísima Trinidad, predicando en la iglesia de las Carmelitas, con un numeroso auditorio, se expresó de esta manera: «No creáis, señores, que la unión que tiene el Padre con el Hijo y el Espíritu Santo, sea como la que hay entre la manga de un fraile y su brazo; sino...» Yo vi que los principales del auditorio se incomodaban; y salieron criticando al pobre Córdova, como era justo; porque aquello de la *manga del fraile*, era algo más que una gerundiada. Reprendiendo en sus sermones usaba, dicen, del apodo favorito del Sr. Caldas: «Estos morlacos corrompidos...; vosotros, morlacos ignorantes...»

Ya verán mis lectores si un tal predicador podía ser bien visto; y por tanto, vivía Córdova aislado, rodeado solamente de aquellas personas á quienes había deslumbrado. Este no podía

ser el hombre que había hecho *cristianos á los morlacos*, según la frase urbana del Sr. Caldas. De aquí se infiere que como el Sr. Córdova no tuviese una acogida favorable, tampoco podía tenerla el Sr. Caldas que se había reunido con él. Por esto me parece que nos llama *insociables;* pues huyendo de Córdova huirían también de su compañero.

Como yo no hubiese llegado todavía á mi pubertad en aquellos tiempos, apenas veía la cara de aquel canónigo; y por tanto, nada puedo decir acerca de su sabiduría, tan elogiada por el Sr. Caldas. Si Córdova fué sabio, sin duda sería uno de aquellos de quienes dijo Molière: «Peor es un tonto sabio, que un tonto ignorante.» Así lo demostró Córdova en sus tonterías: las principales fueron el entredicho que puso en esta ciudad sin causa justa, contra lo que previenen los Cánones. El cabildo eclesiástico le depuso del gobierno por este hecho escandaloso; ¡y qué tropelías no cometió por defenderse! Vivía siempre descontento con sus compañeros los canónigos; y en fin, hallándose de arcediano, renunció su silla: fué á Lima, y de allí, por no ser testigo de la independencia de América, partió á la Península, donde murió: *requiescat in pace.* El tiempo que vivió allá lo empleó en escribir librejos mediocres de devoción, como si no tuviéramos excelentes á millares.

¡Qué lástima! Yo, por supuesto, con mi tontera, digo que hubiera hecho mejor publicando algunas obritas de física, de historia natural, etc.; ó siquiera nos hubiera dado la descripción de la *Cordovea prolífica (prolífera)*, planta que le dedicó el señor Caldas; que con esto la tal *Cordovea prolífica* (1) no nos hubiera dejado en ayunas por haberse perdido los diseños del Sr. Caldas. Nuestros pecados son la causa de tamaños males; y Dios nos libre...

(1) Sin duda aquí hay yerro de imprenta. *Prolífera* se dice en botánica una flor de cuyo centro salen otras flores: este puede ser un carácter que dé una distinción específica. *Prolífica* no es una voz técnica, y conviene en su sentido general à todas las flores, tanto hermafroditas como monoicas y doicas. Además, notará cualquiera, que habiendo censurado el Sr. Caldas las dedicaciones de las plantas á Buffon, á Boerhave, etc., ¿cómo se atreve á dedicar á Córdova? Es imposible persuadir que Córdova haya sido más benemérito en las ciencias que Buffon y Boerhave.

CONCLUSIÓN

Mi objeto ha sido *defender*, y no elogiar á Cuenca; y por esto omito lo que dice el Sr. Caldas acerca de la belleza de este país, comparable con la *Bética* de Fenelón; y el golpe de vista que le causó cuando vió á Cuenca desde *Cosarpamba* (hoy *Tablón)*, etc. Esto poco ó nada importa al filósofo: un parisiense no es más por hallarse en el delicioso valle de Cachemira, ni menos, por estar en los desiertos de la Arabia. Me parece que he demostrado, sin usar de hipérboles, lo que me propuse. El amor de la patria me ha hecho tomar la pluma; no el prurito de impugnar al Sr. Caldas, á quien estimo y venero. Es lástima que este sabio no hubiese insertado en su *Viaje* al Sur de la Nueva Granada todas sus observaciones ó al menos algunas más sobre las plantas. Una desgracia para las ciencias hizo perder los diseños: allí estarían nuevos géneros y especies, principalmente de Loja, de este *jardín botánico* de América. Yo, en lo poco que he recorrido de esta provincia, he hallado muchas especies nuevas de los géneros *mirosma epidendrum*, *lobelia*, *sida*, etc., etc. ¡Cuántas no hallaría el sabio, el *ínclito botánico* Caldas, según la expresión de Humboldt! Deseo que se reimprima el *Semanario*, rectificando todos los errores tipográficos de que astá lleno, en cuanto á los cálculos, nombres propios de plantas, de lugares, etc.

A propósito de Loja, no me parece importuno transcribir lo que trae el Sr. Caldas, hablando de esta provincia interesante.

«Loja, para salir de la miseria que hoy la oprime, dice, debe llevar sus miras sobre el Catamayo, que va á desembocar cerca de Paita, y sobre el río de Zamora, que entra en el Marañón, un poco más arriba del estrecho de Manseriche: aquél le facilita la extracción de sus frutos para el Perú, Chile, etc.; y éste le proporciona un comercio lucroso con las naciones bárbaras y con la provincia de Mainas. Pocos lugares hay más ricos en producciones, ni con ventajas para el tráfico, que la provincia de Loja. Yo me alejaría demasiado de mi objeto, si entrase en pormenores sobre este bello y fecundo país.»

La navegación por el río Zamora me parece muy ardua, aun suponiendo una populación numerosa, y aunque digamos con Horacio: *nihil mortalibus arduum*. No así por el Catamayo, que no requiere una empresa de romanos, según mis conjeturas, para llevar el comercio á las costas del Perú. El Sr. Caldas tiene razón en decir que Loja es un *bello* y *fecundo país*. Es *bello* por su temperamento, por su localidad y por sus producciones: la fecundidad es asombrosa. Lo que le falta á Loja es populación (1) y un espíritu emprendedor; y estas cosas se conseguirían si los lojanos dejaran esa rivalidad de familias, que es el germen del atraso y de la destrucción de las sociedades. ¡Cuán sensible me fué en el año pasado no haber podido, por esta causa, recorrer aquel bello país, habiendo ido allá con este objeto! Mi idea era seguir el curso del Catamayo hasta donde pudiese: observar plantas, minerales, etc. Tal vez habría encontrado algunas cosas dignas de atención. Pero desgraciadamente vivimos en un tiempo en que los hombres no saben lo que necesitan, ni lo que han de hacer.

---

(1) Se equivocan los que pretenden poblar un país solamente con la introducción de extranjeros. Esta puede ayudar algo; pero la fuente de la populación se halla en el mismo país á proporción de los medios de subsistencia. En los Estados-Unidos, según los cálculos estadísticos, es mayor incomparablemente la populación con respecto á los nacidos en el país, que á los extranjeros: esto está en la naturaleza de las cosas. Una familia no puede componerse de mayor número de extraños: es menester que exceda el de los hijos y parientes domésticos. En cualquier terreno es mayor el número de plantas indígenas, que el de exóticas ó peregrinas. El único medio de aumentar la populación entre nosotros, es tener un gobierno regular y pacífico; y destruir ese espíritu fanático de provincialismo: éste debe ser todo nuestro código económico por ahora. En efecto, ¿cómo progresará la populación, aunque traigamos toda la de Asia, si no hay gobierno estable, si convertimos el Ecuador en un Saturno que devore á sus hijos? ¿Cómo si cada provincia quiere oprimir á la otra, mirando con desprecio los intereses locales? Una cosa es el egoismo de nación á nación, y otra con respecto á los miembros de un mismo cuerpo. El progreso de las artes, de la agricultura y del comercio, que tanto inculcan los economistas políticos para la felicidad pública, es una consecuencia de lo que acabo de exponer. Estas ideas sueltas necesitan de amplificación; pero la naturaleza de este escrito no me lo permite.

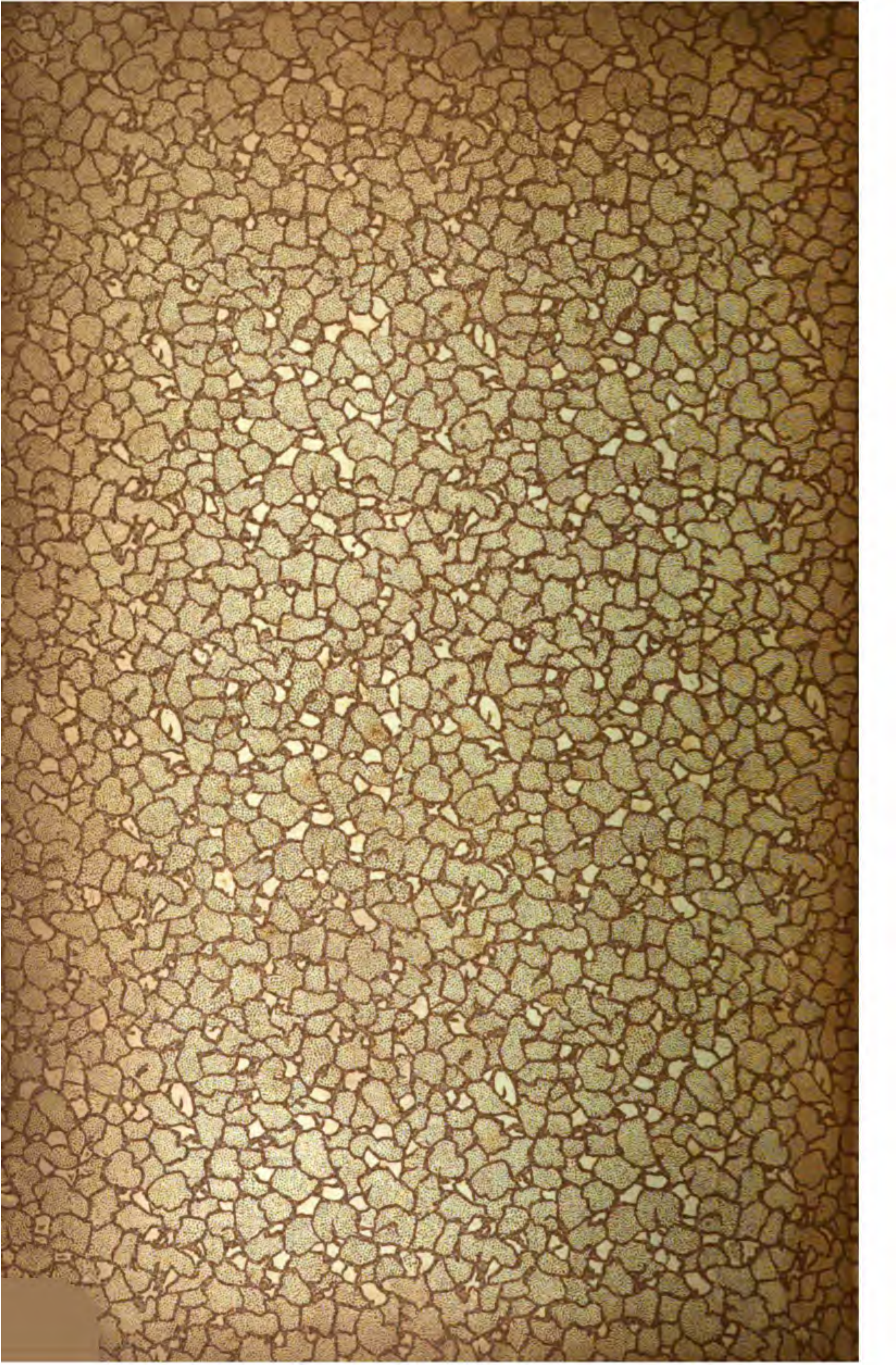
ÍNDICE

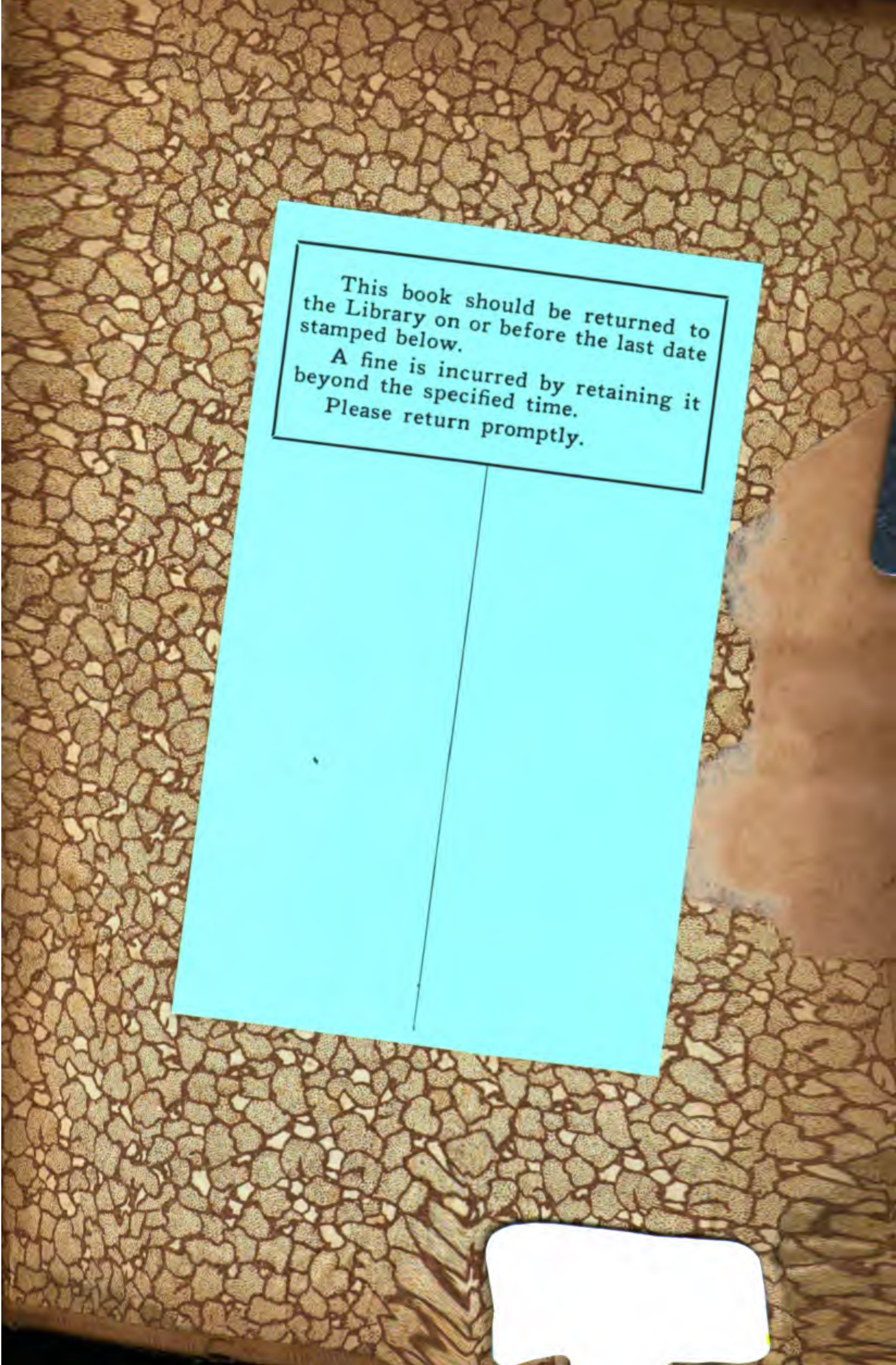
Paginas

FIN DEL TOMO PRIMERO

ERRATAS NOTABLES

Pag.	Lin.	Dice	Léase.
29	16	*Cusier*	Cuvier
31	7	Papayán	Popayán
37	34	El nombre etc.	«El nombre etc.
62	15	algunos	Algunos
62	17	pirámidades	pirámides
124	6	acabaron	acabarán
185	37	preferido	proferido
220	26	es evidente desprendido	es evidente: desprendido
306	25	Bautista	Jacobo
386	38	Papayàn	Popayán
483	18	todo	todos
491	8	161	261





This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.
A fine is incurred by retaining it beyond the specified time.
Please return promptly.


SAL 6142.48.11
Obras de Fray Vicente Solano de la
Widener Library 002405654
3 2044 080 657 406